

Una *stripper*. Un asesino de la *mafia*. Dos *investigadores* con sus propios problemas.
La guerra en Los Ángeles no ha hecho más que comenzar.

Zed está muerto



De la autora de EN EL PUNTO DE MIRA

ARANTXA RUFO

ZED ESTÁ MUERTO

Arantxa Rufo

PRÓLOGO: MATAR

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE: MENTIR

LA VÍCTIMA

LA DETECTIVE

LA TESTIGO

LA AMIGA

EL AGENTE ESPECIAL

EL GUARDAESPALDAS

EL ENVIADO

LA DESCUBIERTA

EL ASESINO

EL CADÁVER

EL HOMBRE DE MOSCÚ

EL PADRE

EL DESTAPADO

LA BAILARINA CAÍDA

LA VECINA

EL ROSTRO

LA ALUMNA

EL CHICO

SEGUNDA PARTE: BAILAR

EL INTERROGATORIO

ÓRDENES

LA NOTICIA

LA VERDAD
EL ASALTO
LA AYUDA
LA ESCENA DEL CRIMEN
LA HUIDA
CAUTIVA
LA LLEGADA
LA REALIDAD
EL VENGADOR
LA BOXEADORA
LA PREPARACIÓN
LA DESPEDIDA
EL CAMBIO
LAS PRUEBAS
EL REHÉN
LA EMBOSCADA
EL TRAIADOR

TERCERA PARTE: MORIR

LA TRAICIÓN
EL INFIERNO
FBI
EL EJECUTOR
MUERTE
LYAGUSHKIN
SWAT
DESPEDIDA

PRÓLOGO

MATAR

PRÓLOGO

Jueves, 19 de julio – 07:40 h

18th St. Santa Mónica, Los Ángeles

El teléfono comienza a sonar a la hora convenida. Mi corazón, que los últimos minutos ha latido descontrolado, aterrorizado, se detiene de golpe.

El dispositivo vibra entre mis dedos. La pantalla no muestra ninguna foto, solo una silueta azul; tampoco un nombre ni un número, «Número desconocido», pero sé que es él. Eres tú. Por última vez.

Deslizo el icono verde de la pantalla y esta cobra vida. Las imágenes se reproducen en directo. Veo tu barrio, casi desierto a esta hora de la mañana, y aun así iluminado de una manera indecente. En Los Ángeles siempre luce el sol. El coche recorre las calles en soledad, con el lejano rumor del motor como única compañía. Un bache hace vibrar la imagen, que no tarda en estabilizarse.

Él, el asesino, tu asesino, desvía la mirada hacia el retrovisor, pero apenas llego a ver sus ojos azules tras las gafas con las que camufla la cámara que retransmite estas imágenes. Tampoco necesito ver su cara, no me interesa. Tengo su nombre y él no tiene el mío, eso es lo único que importa. La mitad del pago por lo que está a punto de hacer ya ha sido transferida a su cuenta; el resto, si todo sale como espero, no lo recibirá nunca.

Va a hacerlo. Voy a hacerlo. Aprieto el móvil con tanta fuerza que tiembla conmigo. Me quedan segundos para acabar con esto, para detener esta locura.

El coche toma una curva a la izquierda e identifico el Ford negro en la puerta de tu casa. Consulto el reloj como si no me supiera de memoria los turnos de sus ocupantes. Hoy le toca a Isay. Te cae mal, me lo has dicho cientos de veces, a mí también, pero está ahí para protegerte, aunque nunca imaginamos que tendría que protegerte de mí.

Lo siento.

El coche se detiene tras el Ford. El motor se apaga. El asesino abre la

puerta, desciende y rodea el vehículo, que resulta ser una furgoneta pequeña y blanca. El bamboleo de sus pasos me marea un poco, pero no aparto la vista de la pantalla del móvil. No sé por qué me he empeñado en ver esto, no creo que me haga ningún bien verte morir, pero siento que te lo debo.

El asesino abre el portón trasero. El maletero está vacío a excepción de una caja de una conocida tienda *online* en la que compras continuamente. Las manos enfundadas en guantes de trabajo la cogen y cierran, rodea de nuevo la furgoneta y se dirige hacia tu casa a través del sendero empedrado que divide el jardín. No mira hacia el Ford ni una sola vez, aunque yo me descubro inclinando la cabeza para buscar a tu guardaespaldas más allá de lo que la pantalla del móvil me permite ver. Si sospecha algo, si sale del coche antes de tiempo, todo se irá al garete.

El asesino llega ante tu puerta y toca el timbre. Parece tan tranquilo mientras yo me muero de dolor. En el interior de la casa se escuchan los agudos ladridos del perro. Aún es un cachorro y ya no tendrás tiempo de educarlo, pero, con el modo en que lo mimas, dudo que hubieras llegado a conseguirlo.

La puerta se abre. La cámara se mueve como un latigazo y desciende hasta el animal, que se ha alzado contra las rodillas del recién llegado y mueve la cola a la espera de una caricia.

—Lo siento. Lo siento —te oigo decir entre risas—. Vamos, adentro, no molestes. Venga.

El perro desaparece pasillo adentro, y a medida que la cámara asciende hasta tu rostro, se me atraganta la respiración en el alma.

—¿Señorita Ekaterina Maksimova?

Tú vuelves a sonreír. Veo a tu espalda el interior de la casa, el recibidor, tus muebles, tu decoración, los bolsos que cuelgan del perchero acechándote como espectros.

—Soy yo —dices. Y te ríes—. ¡Qué temprano viene hoy!

—Tengo un día ajetreado —responde tu asesino—. Me alegro de haberla encontrado en casa.

—Por poco —observas.

El asesino se mueve, la pantalla se desestabiliza por unos segundos en los que creo que va a hacerlo ahí mismo, pero no. De algún sitio ha sacado una tableta electrónica en la que debes firmar la recepción del paquete. Tú, experimentada en estos asuntos, la coges, separas el *pen* y lo posas en la pantalla, pero esta no reacciona. Lo intentas otra vez.

—Qué raro —dice él. Luego la imagen se mueve de nuevo, mareante, hasta que muestra un impreso, que te tiende—. Lo siento. Puede firmar aquí. Estas cosas siempre se están estropeando.

Coges el papel con otra de tus sonrisas, pero entonces ambos os dais cuenta de que no tenéis un bolígrafo. Tú te ríes. Será la última vez que oiga tu risa.

—Espere un momento —te disculpas—, voy a por un boli.

Te das la vuelta y entras en la casa. El asesino te sigue y cierra. El tiempo se acelera.

Isay debe de haberse extrañado al verlo entrar. Dudará unos segundos, pero no tardará en salir del coche y dirigirse a la casa a toda prisa con el arma desenfundada.

Es mi última oportunidad. Una sola palabra y todo se detendrá, tú firmarás el papel y él se marchará dejándote con un guardaespaldas desconcertado y una caja vacía.

Una sola palabra.

Una palabra que no pronuncio.

Apareces por la puerta lateral que da al salón. Traes un bolígrafo en la mano y una sonrisa en los labios, que se desvanece al ver la jeringuilla que tu asesino ha sacado de no sé dónde. No te da tiempo a chillar. Él rodea tu cuello con un brazo y te pega a su cuerpo. Silencia tus gritos con la mano enguantada. Los ladridos del perro me obligan a bajar el volumen del teléfono. Tú te revuelves. Por el movimiento de la cámara, creo que aciertas algún golpe en su cara o su cabeza, y, aunque no debo, siento orgullo. «Defiéndete» pienso, aun cuando sé que no tienes posibilidad alguna contra este tío. Entre el vaivén de las imágenes veo el bolígrafo caer al suelo, casi a cámara lenta.

En unos segundos te clava la aguja en el cuello. Un agudo chillido hace que me pregunte qué le ha hecho al perro, que, de repente, ha dejado de ladrar.

El asesino te traslada hasta el salón, donde el timbrado en la puerta me hace pegar un brinco. Isay ya está aquí.

—¿Señorita Maksimova? —pregunta a gritos desde el exterior.

Tu asesino no se inmuta. Te tiende en el sofá, con delicadeza. Aún estás viva y no puede dejar ninguna marca en tu cuerpo que estropee la puesta en escena que ha planeado y que no me ha querido desvelar.

—¿Señorita Maksimova? ¿Está usted bien?

Aguanto la respiración.

El asesino va hacia la puerta que comunica con el recibidor, por la que

tú saliste un minuto atrás, se oculta contra la pared y espera. Yo espero con él.

En el silencio de la casa oigo el retumbar de mi propio corazón. Un nudo me retuerce la boca del estómago, y apenas me permite respirar. Es la primera vez que siento algo así, este pánico, y me pregunto si el asesino se sentirá la mitad de nervioso que yo. Sé que no.

Estoy a punto de decir esa palabra que lo detendría. ¿Tengo tiempo aún? Da igual. Recuerdo lo que has hecho y sé que no hay vuelta atrás. Vas a morir aunque una parte de mí muera contigo.

—¡Señorita Maksimova! ¡Voy a entrar!

«Eso es, gilipollas», pienso, «dilo bien alto por si el asesino no ha tenido tiempo de prepararse». Gilipollas.

El asesino en cuestión mira hacia la puerta, oculto tras la pared, pero ni él ni yo vemos nada. Ambos aguardamos inmóviles.

Oigo la puerta que se abre y luego un paso.

—¿Señorita Maksimova?

«Vas a desgastar el apellido. Entra ya».

Otro paso. Otro más.

Durante dos segundos, todo permanece en silencio. El guardaespaldas, el asesino y yo, como si esperásemos a ver quién hace el primer movimiento. Es Isay.

Todo es demasiado rápido para identificarlo en las imágenes de la pantalla. Primero aparece la pistola, seguida de la mano y el brazo. El asesino agarra este y tira hacia delante. Escucho un grito de sorpresa. Isay sale despedido y el asesino lo agarra por el cuello, como hizo contigo, y le clava la aguja sin ningún titubeo. En un segundo, todo ha terminado. Isay yace inconsciente en el suelo.

Noto en el temblor de la imagen el reflejo de su respiración agitada. O quizá sea la mía. ¿Estoy respirando?

El asesino atraviesa el recibidor en dos zancadas y cierra la puerta. Cuando se da la vuelta de nuevo veo a Isay sobre el parqué. Su rostro muestra una expresión suave, relajada, como si estuviera en medio de un plácido sueño. Aún no he visto tu cara desde que te sedó, y me pregunto si estarás igual de tranquila. Me aseguró que no sufrirías. Insistí mucho en eso. No quiero que sufras.

El asesino se agacha para recoger el cadáver, lo agarra bajo las axilas y lo arrastra hasta el sofá.

Tú estás tumbada a lo largo. Por fin puedo verte. Pareces tranquila.

Acaricio la pantalla del móvil y me salta un menú para cortar la comunicación. Retiro el dedo como si me hubiera quemado. No quiero cortarla. Esta es la última vez que te veo con vida.

¿Por qué tuviste que hacerme algo así? Yo confiaba en ti. Eras la única persona en la que confiaba. El odio repentino y amargo me hace cerrar los ojos. ¿Por qué?

Cuando los vuelvo a abrir, tu rostro ha sido sustituido por el primer plano de una boca. Se me escapa un gemido de asco.

—Voy a cortar ahora —dice el asesino.

—¡No! —grito—. No cortes. Quiero verlo. Necesito verlo.

—No va a ser bonito —me explica.

—No me importa. Se lo debo.

Él asiente con indiferencia. Yo tomo aire. No va a ser bonito, pero es necesario.

PRIMERA PARTE

MENTIR

LA VÍCTIMA

Jueves, 19 de julio – 14:04 h

Los Ángeles, CA

Theressa Britton había aprendido a ignorar a su instinto. Como todo en esta vida, lo había aprendido a base de golpes, de equivocarse, de pensar que sí y luego ser que no. Pero no era una persona que se rindiera con facilidad, ni siquiera a sus propias ideas, así que ahí iba, atravesando Los Ángeles a toda la velocidad que era capaz de exprimir de su Volkswagen Tiguan. Al menos, hasta que un semáforo en rojo la obligó a detenerse. Golpeó el volante con una maldición. El tráfico parecía haberse aliado en su contra; autobuses, peatones y semáforos se conjuraban como una señal. Aunque ella no creyera en señales.

—Vamos, vamos...

Sus dedos tamborileaban contra el volante al mismo ritmo frenético con que golpeaba el pie sobre el acelerador. Los segundos transcurrían como horas bajo la luz roja que regulaba la esquina entre la 14 y Montana. Es lo que pasa cuando alguien tiene miedo. Y Tessa estaba aterrorizada.

Aunque no tenía motivos. Era cierto que su mejor amiga nunca había faltado a clase, y también que antes se cortaría la mano que apagar el iPhone; pero que justo ese día hubiera hecho las dos cosas no tenía por qué significar nada malo. Al menos, nada tan malo como lo que había imaginado a lo largo de todo el trayecto desde la academia. Nada tan malo como lo que sabía desde hacía tiempo que iba a ocurrir.

—No tiene por qué —se recordó.

La mano roja con la cuenta regresiva para los peatones comenzó a parpadear en el semáforo, y ella se preparó para pisar a fondo. Por el rabillo del ojo distinguió a una anciana que se acercaba por la acera con la firme intención de atravesar el paso de cebra. No tendría tiempo de llegar al otro lado, pero no parecía importarle.

—Ah, no —masculló Tessa dando una serie de acelerones al motor, cuyos ruidos aconsejaron a la mujer quedarse donde estaba.

El semáforo cambió a verde, y ella aceleró los ciento ochenta caballos

que llevaba bajo el capó. La anciana quedó atrás, con cara de pocos amigos, pero Tessa no la vio. Sus ojos volaban dos kilómetros por delante.

Se sentía más estúpida a cada metro que avanzaba, y la ciudad a su alrededor contribuía a aquella sensación. Era un día radiante de cielo azul, salpicado de nubes que se alejaban hacia oriente como briznas de algodón. Era la clase de tarde en la que nada podía salir mal, y, sin embargo, aquel extraño retortijón no le permitía dejar de imaginar las peores desgracias. Llevaba así todo el día. Había llamado a Katya una docena de veces, le había mandado veinte mensajes, pero ninguno mostraba el icono de recibido. Su instinto clamaba que lo peor debía de haber pasado, y no importaba si ella creía o no en su instinto, la voz en su cabeza le exigía que acelerase, y ella se llamaba estúpida a sí misma y aceleraba.

Apenas se dio cuenta cuando los modernos edificios del centro fueron sustituidos por las mansiones del barrio que alojaba a su mejor amiga. Las palmeras alineadas a ambos lados de la calle, como curiosos en un desfile, se mecían con la brisa que aliviaba el calor de esa tarde de julio. Tras ellas, las hileras de casas de colores suaves, con sus jardines, sus garajes y sus banderas al viento, formaban un paisaje de postal: «Saludos desde Los Ángeles».

Tomó la última curva a la izquierda y sus ojos saltaron a la casa de Ekaterina. Era difícil distinguirla entre la fila de viviendas ocultas tras el batallón de palmeras y verdes jardines, aunque era una de las pocas en las que no ondeaba la bandera americana ante la puerta. Pero, además, la casa de Katya contaba con algo que la hacía destacar más allá de cualquier detalle arquitectónico: el Ford Taurus de color negro y cristales tintados aparcado ante la puerta. Verlo allí, donde tenía que estar, la alivió. Si el guardaespaldas se hallaba en su sitio, Katya también. La encontraría, quizá con dolor de cabeza o cólicos o cualquier otro motivo perfectamente lógico para perderse las clases y apagar el móvil. Se sentarían y hablarían, y soportaría las risas a su costa.

Aceleró casi sin darse cuenta hasta detenerse detrás del Taurus. Apagó el motor y miró hacia la casa. El jardín estaba limpio, las puertas y ventanas cerradas. El barrio descansaba en silencio. No había gente por la calle ni vehículos que circularan a esa hora en la que la mayoría de vecinos continuaban en el trabajo.

La paz que la rodeaba no la reconfortó.

Bajó del coche. El motor chasqueaba a medida que descendía la

temperatura.

Rodeó el Taurus a cierta distancia, inclinando la cabeza para mirar en su interior sin acercarse del todo. Estaba vacío. Los asientos desocupados se intuían a través de los cristales oscuros, y Tessa sintió que el nudo en el estómago se apretaba un poco más. Alargó la mano hacia el capó, pero antes de tocarlo, echó un último vistazo a su alrededor. Estaba sola, y el vehículo, frío. No supo decir si eso era bueno o malo.

Pero en cuanto se acercó a la vivienda supo que algo, en efecto, iba mal. No era el volumen atronador de la música que escapaba del interior, tan alto como para escucharla a través de la puerta cerrada; ni el tipo de música, si bien era cierto que a su mejor amiga jamás le había gustado Miley Cyrus. No, no era eso. Quizá fuera todo junto o nada en particular, pero en ese momento, al levantar la mano para tocar al timbre, observó que estaba temblando.

La voz de Miley le impidió escuchar el timbrado. Intentó captar algún ruido, pero no oyó nada. Cada vez más nerviosa, golpeó con los nudillos.

—¡Katya!

Nada. Ni siquiera los ladridos de Rudolf respondieron a su llamada.

La voz que le había exigido que acelerara durante el camino, le pedía ahora que se marchara, decía que no había nada que ver. Ella la ignoró. Golpeó de nuevo con idéntico resultado y se aferró a la idea de que su amiga no podría oírla por encima de la música. Tenía que ser Miley, con lo que la detestaba.

Giró la mirada hacia el coche negro. La carrocería lanzaba destellos de sol a la tarde, pero su interior continuaba inquietantemente vacío.

Tocó el timbre otra vez.

—¡Katya, soy yo!

Sin esperar una respuesta que sabía que no llegaría, abrió el bolso y extrajo el teléfono móvil. El número ocupaba el primer puesto entre las últimas llamadas, así que solo tuvo que deslizar el dedo por la pantalla para marcarlo. Intentó escuchar el tono dentro de la casa, pero solo oía la desagradable voz de Miley que se empeñaba en repetir que lo perdonaba, lo perdonaba, lo perdonaba.

—Vamos, Katya, ¿dónde estás? —susurró.

El buzón de voz la saludó. Colgó. No quería dejar un mensaje, quería encontrar a su amiga. Volvió a guardar el teléfono en el bolso y bordeó la casa hasta el ventanal del salón. A lo largo de la pared brotaban matorrales de

amapolas rojas que brillaban como los zapatos de la bruja de *El mago de Oz*. Con cuidado de no pisarlas, se puso de puntillas y se asomó al interior, pero fue inútil, las cortinas cerradas no le permitieron distinguir más que siluetas fantasmales: los sillones y la librería a la derecha. Ni rastro de Katya ni de su guardaespaldas, cuya ausencia la inquietaba aún más que la de su amiga.

Regresó a la puerta. Estaba a punto de llamar al timbre por tercera vez cuando la canción terminó y su mano quedó paralizada en el aire. Las uñas pintadas de rosa temblaban ante sus ojos.

—¿Katya?

Nada. Ni en el interior de la casa ni fuera, ni voces ni ladridos. ¿Dónde estaba Rudolf? La calle seguía desierta. La brisa se había detenido. Los árboles aguardaban inmóviles. Hasta los pájaros parecían haber huido de allí. En el silencio, unos acordes de guitarra dieron comienzo a la siguiente canción del disco.

La joven resopló, furiosa. Ya estaba bien de tonterías. Se recogió un mechón de pelo tras la oreja y golpeó la puerta hasta que una idea turbadora la inmovilizó en medio de dos puñetazos. Insegura, desvió la mano hacia el pomo. Era una locura, no podía estar abierta, y, sin embargo, el tirador giró bajo sus dedos y la puerta se entornó hacia dentro. Un escalofrío se enredó en los finos cabellos castaños que poblaban su nuca.

Entró.

La música la golpeó de frente. El rostro se le contrajo en un gesto instintivo que no logró disminuir el estruendo.

—¿Katya!

La canción absorbió su grito. Miley tenía miedo. Ella también.

—Katya...

Se empujó las gafas de sol hasta la frente, aguardó a que los ojos se adaptaran a la penumbra y entonces miró hacia arriba. La escalera a la segunda planta se insinuaba como una tentación a un lugar más silencioso.

—¿Katya! ¿Estás ahí?

Nada.

Pasó de largo y avanzó hasta la puerta de arco que llevaba al salón. Conocía esa casa tan bien como la suya, pero jamás había estado allí sin su amiga. Ni siquiera había ido sin avisar. No era que Katya no lo permitiera, el problema era que sus guardaespaldas portaban grandes pistolas negras bajo las axilas. Se imaginó a sí misma muerta en el suelo, con un disparo en la cabeza y la sangre serpenteando entre las vetas del parqué.

—¡Soy yo! —gritó—. ¡Tessa!

El salón la recibió frío y oscuro, con las cortinas cerradas y el aire acondicionado a toda potencia. Se pasó las manos por la piel erizada de los brazos. El aire era gélido y olía mal, un lejano olor metálico que no reconoció. Y sonaba como el infierno.

Se tapó las orejas y corrió hasta la mesa del comedor desde la que el portátil enviaba aquella música ensordecedora a los altavoces distribuidos por la librería. El Spotify ofrecía la lista de discos de Miley en modo bucle. Pulsó el botón de *Pause* y el eco de la canción se desvaneció en el aire.

—¿Katya? —gritó en el silencio—. ¿Estás ahí?

Nada. Nada más que el latido de su corazón.

No, se equivocaba, había algo más, un gemido ahogado sonaba en algún lugar a su espalda. Los aullidos de cachorro de Rudolf.

Con las manos en jarras y un extraño nudo en el pecho, Tessa se dio la vuelta.

Su grito escapó por la ventana, más fuerte de lo que los altavoces habrían podido reproducir.

LA DETECTIVE

Jueves, 19 de julio – 18:37 h
Venice Gym. Los Ángeles, CA

El dolor desapareció. A veces ocurría, aunque Isabel Delgado nunca había llegado a comprender cómo ni por qué. En un segundo estaba sudando, jadeando, con el pulso enloquecido y los músculos ardiendo, y al segundo siguiente, nada. Cuerpo, cabeza y alma se unían en uno solo, su cerebro pulsaba el botón de *off* y todo lo que normalmente la atormentaba desaparecía absorbido por el saco de boxeo.

No era algo consciente, no se daría cuenta hasta después, cuando despertara a la realidad, de que se había recluso en un silencio que acallaba la música de los auriculares y el mundo a su alrededor. Ella misma dejaba de existir: los pulmones ya no ardían, el corazón no aullaba en su pecho, la coleta no la golpeaba en la espalda y la voz de Eminem no insistía en repetir que estaba cansado. Qué sabría él. El ruido seco de los golpes no le recordaba los latidos de un corazón agonizante.

Pum, pum.

Pum, pum.

Lo había intentado todo antes de descubrir aquel remedio, cualquier cosa con tal de que los recuerdos y el dolor la dejaran respirar, aunque solo fueran unos minutos al día. Su primera herramienta fue el trabajo, más horas, más investigaciones, más casos... Pero era difícil huir de algo a lo que la rutina la obligaba a enfrentarse día tras día. Cada crimen era un puñetazo, cada víctima, una nueva cuchillada en un alma atormentada. El estrés hizo mella en su vida, apareció el insomnio, su capitán consideró que necesitaba tomarse un tiempo de baja, y los bares estuvieron allí para acogerla, con sus luces de colores, su anonimato en la oscuridad y el amargo sabor del dolor descendiendo por la garganta. Y funcionó. Al menos por un tiempo. Limitó la existencia a la ginebra y los brazos de hombres que la ayudaran a olvidar, rostros cuyos nombres era incapaz de recordar y cuyos rostros se desdibujaban en la memoria como fantasmas tras una pesadilla. Cualquier

cosa valía, porque no sentía nada. Y eso era lo único que necesitaba.

Pum, pum, pum, pum. Directo, *crochet*, directo, *crochet*...

Pero el olvido tiene un precio, y ella pagó con todo lo que tenía: su trabajo, su familia y su novio. Y sin embargo, ¿quién le iba a decir que aún había gente que la quería? Su mamá la encerró en casa bajo llave, su hermano la abofeteó hasta que comenzó, de nuevo, a sentir. Su jefe la amenazó con una expulsión definitiva. Las tres únicas personas que permanecían a su lado se aliaron en su contra y, pese a su resistencia, la salvaron.

El gimnasio hizo el resto. Allí, golpeando el saco de cuero negro, su mente encontró por fin un atisbo de calma. Directo, gancho, *crochet*, directo, directo, gancho, *crochet*.

Pum, pum, pum, pum.

Silencio.

Casi como si la hubieran empujado desde atrás, Isabel Delgado detuvo el puño en el aire y maldijo en voz baja. Al tiempo que el tono de llamada comenzaba a sonar en los auriculares, el dolor y las imágenes que trataba de exorcizar regresaron a su mente: el cansancio y el ahogo, el calor, el sudor que le empapaba la piel y el fuego en los pulmones. Y regresó aquella garra que le atenazaba el corazón, como un depredador al acecho de la más mínima debilidad.

No consultó la pantalla del dispositivo, guardado en una riñonera a la cintura, ni se planteó detenerse. Volvió a golpear. Fuera quien fuese, que llamase después. Mucho después. O nunca.

El tono se repitió casi una veintena de veces antes de que quien estuviera al otro lado se diera por vencido.

Ella continuó golpeando, más fuerte, más rápido. Algunos compañeros de sala la miraron de reojo al notar el aumento de intensidad, pero ella no se percató. Se había acostumbrado a las miradas. No era la única mujer en aquel gimnasio especializado en deportes de combate, tampoco la mejor ni, desde luego, la más atractiva, pero solía atraer las miradas de los otros luchadores. Quizá por el silencio que la acompañaba o la soledad de la que gustaba rodearse. En un centro en el que todos eran conocidos, compañeros y rivales, ella se escondía en su esquina, a solas con el saco y la música, y allí pasaba las horas. La gente la veía sudar, sufrir y llorar, pero, tras los primeros intentos, ya nadie preguntaba, y así estaba bien. Era lo único que necesitaba, que el mundo la dejara en paz, que continuara de largo sin esperarla.

Directo, *crochet*, directo, directo, directo, directo. Pum, pum, pum, pum.

Dieciséis minutos después, la alarma del móvil anunció el final del entrenamiento. Isabel cerró los ojos y, con un gruñido de rabia, asestó el último puñetazo al áspero saco de cuero. Su cuerpo pedía más. No, su cuerpo estaba agotado, su mente pedía más, un poco más. La adicta que había encontrado una nueva droga. No era la primera vez que deseaba alargar la sesión más tiempo del recomendado, pero cuando se dejaba tentar, sus nudillos lo pagaban, y el dolor al día siguiente la había convencido de que no era una buena idea. Pero era tan difícil regresar al presente...

Permaneció abrazada al saco mientras la respiración y las pulsaciones recuperaban la normalidad. Eminem decía ahora que había tocado fondo. Qué sabía él. Qué sabía nadie.

Se abrió el velcro de los guantes con los dientes y se quitó el derecho. Se estaba desatando el izquierdo cuando una llamada interrumpió de nuevo la música. Isabel llevó la mano derecha al auricular inalámbrico y pulsó el botón integrado para contestar.

—Diga —jadeó.

—Buenas tardes, detective.

El mundo se detuvo. Hacía casi un año que nadie la llamaba por el cargo, y seis meses desde que no escuchaba aquella voz, pero sintió como si solo hubieran pasado dos minutos. Su rostro negro, arrugado y bonachón se conjuró ante ella: los ojos hundidos, el bigote canoso que temblaba cada vez que se enfadaba. Percibió el olor a papel que se respiraba en su despacho, la musiquilla del teléfono y el peso de su mano en la espalda cuando ella más lo necesitó. Sintió en la lengua el sabor de la ginebra que vino después, y deseó poder tomarse otra, allí mismo, en ese instante, en un vaso ancho y sin hielo.

—Capitán Venters. —Se dijo que el temblor en la voz se debía al cansancio.

—Hola, Elizabeth. ¿Cómo estás?

Isabel volvió a ser Elizabeth. Cerró los ojos e inhaló.

—No llama para preguntarme eso, ¿verdad?

Unos segundos de silencio al otro lado de la línea bastaron para confirmar sus peores sospechas. Retrocedió hasta la pared, justo detrás del saco, y se apoyó contra ella. El frío del cemento atravesó la vieja camiseta húmeda hasta entumecerle la parte baja de la espalda.

—¿Cómo te va con el psicólogo?

Ella rio con cansancio, mucho más mental que físico.

—¿Qué quiere, capitán?

—Te necesito, Elizabeth —respondió él. Luego, como si quisiera adelantarse a su negativa, añadió—: El doctor Brice dice que estás preparada; que debes reincorporarte poco a poco.

Sí, eso había dicho, que estaba lista para una vuelta paulatina al trabajo, pero ella ni siquiera lo había oído. Nunca lo escuchaba, por mucho que su psicólogo se pasara dos horas a la semana, martes y jueves, hablando sin parar. Ella se había negado desde el principio a compartir sus emociones y él esperó vencer su reticencia a base de aburrimiento. No funcionaba, pero él lo seguía intentando; hablaba y hablaba, y ella asentía o negaba según interpretaba su tono de voz, mientras su mente se disipaba en el dibujo de la cortina que le impedía ver el mundo tras la ventana. Así habían pasado once meses. Esa misma mañana, el doctor Brice había insinuado que ya estaba lista para plantearse la reincorporación y ella asintió. Se equivocó. Él la miró con una expresión triunfal y ella vio en el brillo tras sus gafas que ya no había marcha atrás. Pero creyó que tardaría en recibir esa llamada.

—No. Aún no.

—Escucha, Elizabeth, es lo mejor para ti. Este caso es una mera formalidad, dos muertos por sobredosis. Confirmas la causa y se lo pasamos a Antidroga.

Se dejó caer al suelo, resbalando contra la pared, y consultó las pulsaciones en el reloj: 158. Consecuencia del entrenamiento. Nada más.

—Capitán...

—Por favor. El doctor Brice ha dado el visto bueno. Dice que este es un caso ideal, un escenario seguro y tranquilo en el que volver a familiarizarte con el entorno.

Seguro y tranquilo. Lo mismo había pensado la última vez. Seguro y tranquilo. Giró la cabeza y sus ojos se escabulleron por la cristalera que comunicaba con el paseo de Venice Beach. La gente solía curiosear el interior del gimnasio cuando pasaba por delante, pero ella nunca se había fijado en ellos. En ese momento, unos niños jugaban ante él. Vestían pantalones cortos vaqueros y camisetas de colores; el niño, una azul y la niña, una rosa. Cosas que nunca cambian. La niña la saludó con la mano, pero la madre la agarró del brazo y se la llevó; algo en la mirada de aquella mujer sudorosa y tirada en el suelo no le había dado confianza. Elizabeth no se lo reprochó.

—No puedo interrumpir las investigaciones de los demás por esta estupidez —continuó el capitán—. Encárgate del escenario, la autopsia y los informes. En tres días estará hecho. Por favor.

La detective de baja Delgado se secó el reguero de sudor caliente que le resbalaba por las sienes. Le temblaba la mano. La cerró en un puño y apretó hasta sentir el dolor en los dedos. Eso estaba bien. Los apretó un poco más.

—Por favor —repitió él.

La madre y los niños desaparecieron tras un carrito de helados que impregnaba el paseo con su música dulzona. Un jack russell cruzó ante el ventanal a toda velocidad, con la correa tras él como la cuerda de una cometa perdida. Cuatro segundos después lo siguió su dueño, gritando Toby a voz en gritos. «¿Toby? ¿En serio?». Ese era el mundo del que huía: las hordas de gente que se dirigía a la playa en bikini o bañador, como si ponerse algo encima fuera una pérdida de tiempo; las parejas que caminaban entrelazadas de la cintura, sonriéndose embobados, protagonistas de una mala película romántica; patinadores, *skaters*, deportistas que cargaban con todo tipo de balones rumbo a las canchas habilitadas unas manzanas más allá; bandadas de niños que huían de los gritos y las fotos de sus madres, en pos de pelotas, sobre patines, monopatines y bicicletas. El puto sueño americano. La puta California. Tienes que ser feliz en California, todo el mundo quiere ir a California. Sueños californianos y chicas de California. Por ella podían darle bien duro a California.

Devolvió la mirada al salón y se encontró con un hombre de unos veintipocos años y cuerpo escultural que la observaba a unos pasos de distancia. Unos meses antes habría mostrado algún tipo de interés, falso pese al evidente atractivo del joven. Un interés más volcado en su utilidad como método de olvido que en su belleza física. En aquella época cualquiera valía. Pero eso era hace meses, antes de descubrir que el boxeo la ayudaba a olvidar mejor que nada y le causaba menos problemas. El chico esperaba su turno para el saco, pero ella no podía moverse de allí. Aún no. Apartó la vista.

Dos hombres en el *ring*, cuatro sacos ocupados, tres peras, *punchings*, *paos*... Los golpes reverberaban por el salón y le impedían oír con claridad las palabras de su antiguo capitán, que esperaba una respuesta, igual que parecían hacer los rostros de antiguos boxeadores que la observaban desde la pared. Sus ojos se clavaron en un viejo neón de una marca de cerveza. Una cerveza valdría. Una ginebra sería mejor, pero se conformaba con una cerveza fría, espumosa...

Respiró hondo y supo que se arrepentiría de lo que estaba a punto de decir.

—Deme la dirección.

—Gracias, Elizabeth. —La voz del capitán reflejó su alivio—. Necesito que vayas lo antes posible. Te esperan para la retirada de los cadáveres.

Ella cerró los ojos.

—Estupendo.

—No pasa nada, lo entenderán.

Por supuesto que lo entenderían. Su tardanza sería el menor de los chismorreos cuando la vieran aparecer. La amistad entre compañeros de trabajo era un asunto frágil, pensó al recordar el modo en que sus miradas habían cambiado.

—Le diré a Ellis que se reúna allí contigo.

—No.

La palabra salió de su boca como un disparo. No había pensado en esa posibilidad y no la meditó ni un segundo. No.

—Elizabeth...

—Capitán, no. No quiero compañero.

—Elizabeth, por favor. Te buscaré otro.

—No quiero a ninguno. ¿No lo entiende? No quiero a nadie. —Hizo un gesto en el aire para zanjar el asunto y se sorprendió al descubrir que ya no temblaba. Ahora tenía algo por lo que luchar y no iba a ceder en eso—. Iré, certificaré la muerte y haré el informe para Antidroga. No necesito compañero.

El capitán volvió a suspirar, con el sonido de una ráfaga de viento contra las ventanas.

—De acuerdo.

—Deme la dirección —repitió.

Venters recitó la calle, el número y el barrio, a toda velocidad, como si temiera que se echara atrás. Ella se esforzó en recordarlas. Hacía tiempo que no tenía que memorizar algo; su vida se había basado en olvidar.

—Gracias —repitió él por enésima vez—. Me encargaré del papeleo en Recursos Humanos y lo tendrás todo listo cuando vengas. También avisaré al agente al mando en la escena para que sepa que vas.

Colgó. Sin ningún motivo recordó el día en que Charlie le dejó caer un informe sobre las manos mientras ella trabajaba en el ordenador. El peso la hizo pulsar varias teclas a la vez, y se enojó, pero él sonreía porque había encontrado algo decisivo para el caso: un almacén en el que podía haber un testigo, una pista. Seguro y tranquilo.

Antes de que una lágrima rodara por su mejilla, se puso en pie y echó a andar hacia las duchas.

El chico que estaba esperando se lanzó a por el saco.

En cuanto tomó la curva, supo que había llegado a su destino. El barrio acomodado y tranquilo por el que el GPS la había guiado los últimos minutos se convertía, de una calle para otra, en un hervidero de gente; curiosos y vecinos que se agolpaban contra el cordón policial. Había señoras bien vestidas que se cubrían las bocas con las manos como si a alguien le interesara lo que cuchicheaban entre sí, y niños que disfrutaban entre gritos y risas de un alboroto al que no estaban acostumbrados. Había familias y perros al final de correas cuyos dueños se perdían en la maraña de gente. Y fotos, fotos, teléfonos móviles que asomaban sobre las cabezas a la caza de algún recuerdo de lo que ocurría al otro lado del cordón policial. Dentro de un rato, la luz del atardecer quedaría bien en las noticias.

La agente Delgado aparcó su Accord lejos del barullo y salió al calor aplastante del exterior. El cabello le mojaba la espalda a través de la camiseta. Cuando se secara, los rizos la harían parecer un león oscuro, pero no era algo que le preocupara. Solo había tenido tiempo de ducharse y vestirse: vaqueros, camiseta y zapatillas, y aún notaba la piel húmeda, era imposible secarse del todo con aquel bochorno.

Le puso la alarma al auto con el característico bip-bip y forcejeó para atravesar la masa de gente, entre las miradas y reproches de quienes creían que intentaba colarse. Dos vehículos de policía y dos furgonetas del equipo forense flanqueaban la entrada a la casa, al otro lado del perímetro. Un poco más allá acechaba una ambulancia con las luces estroboscópicas apagadas. No había prisa, no quedaba nadie a quien salvar. Dos enfermeros se apoyaban en un lateral, fumando y charlando con el gesto aburrido de quien espera poder largarse pronto; igual que los policías, que mantenían un ojo en los curiosos, casi con ganas de que alguno les animara el día. En alguna parte sonaban los ladridos frenéticos de los perros vecinos a los que no habían permitido unirse a la fiesta.

Elizabeth se preparó para comenzar el espectáculo. Su placa se había quedado once meses atrás sobre la mesa del capitán Venters, junto con la Glock y el resto de su vida, pero esperó que eso no fuera un problema. No, al

contrario, esperó que lo fuera, que no la dejaran pasar y así tener una excusa para marcharse y no volver. Miró hacia atrás. Las cabezas apelotonadas no le permitieron ver el auto.

Suspiró.

—¡Agente!

El policía que se hallaba más cerca, un hombre uniformado de unos treinta y pocos años y ascendencia latina, la miró con indiferencia.

—No puede pasar.

—Soy la detective Delgado, me están esperando.

El rostro del agente se arrugó entre los ojos. La observó un instante y, al fin, algo dentro de su cabeza encontró la cara que buscaba. Reconoció el nombre y recordó una historia, algo malo. Carraspeó antes de contestar.

—Claro, discúlpeme, detective. Me avisaron de que vendría. —Levantó la cinta amarilla—. La esperan dentro.

Ella cruzó por debajo y se alejó. Oyó a su espalda el chasquido de la radio y supuso que estaba dando aviso de su llegada. Ya no había marcha atrás.

Recorrió el sendero de grava que atravesaba el jardín hasta una imponente vivienda unifamiliar de dos plantas. Era el tipo de casa con el que su abuela había soñado mientras cruzaba el desierto: listones azules en la fachada, ventanas blancas, tejado a dos aguas, garaje doble y un porche que vertía su sombra sobre la entrada. Elizabeth no había nacido entonces, pero había escuchado cientos de veces la terrible historia en la voz grave y cálida de su abuela, acompañada por los recortes de revistas que había llevado con ella desde México. El sueño americano. Pero ni su abuela ni su mamá, tras más de cincuenta años en el país, ni ella, con su sueldo de policía, podrían jamás permitirse una casa en aquel barrio.

Saludó con un gesto de cabeza a dos uniformados que charlaban a un lado del camino, y ellos le devolvieron el saludo con cierto retraso. Los oyó cuchichear cuando pasó de largo. Una mujer y un hombre, en monos blancos con el anagrama de la unidad científica, aguardaban junto a la puerta, con el mismo gesto aburrido que todos los demás. La forense y su ayudante. «Todos te están esperando».

—Doctora Franke, Jim. —Recordaba sus nombres como si no hubiera pasado casi un año—. Siento la tardanza. ¿Me dan unos minutos?

—Lo que necesite, detective —respondieron casi al unísono, antes de intercambiar una mirada inquieta.

Elizabeth la ignoró. Conocía esas miradas que reflejaban el temor a decir algo inapropiado que la hiciera recordar. Miradas de lástima.

Se giró hacia la mujer.

—¿Algo que deba saber?

Ella dio un paso adelante. Tenía el pelo oscuro y recogido en un moño, y lucía una capa de maquillaje digna de los estudios de Hollywood, a unos kilómetros de allí. Ahogó un bostezo y negó.

—Dos muertos por sobredosis. Por la rapidez con la que acaeció el fallecimiento, me juego un brazo a que la heroína estaba adulterada con alguna variante de Fentanilo, y que al camello se le fue la mano con la mezcla. Como esto esté por las calles no serán los primeros que veamos.

Elizabeth resopló furiosa, pero no sorprendida. La droga de moda, más letal y rápida que cualquier otra conocida, aparecía en los informes toxicológicos cada vez con mayor frecuencia. Los drogadictos la mezclaban con cualquier sustancia para incrementar su efecto y no se daban cuenta de que una mínima cantidad por encima de su umbral de resistencia podía matarlos.

—He recogido muestras para toxicología —continuó la forense—, pero recuerda no acercarte al polvo sin protección.

Ella asintió. Aquella mierda era tan peligrosa que hacía años que se había implementado todo un protocolo de seguridad policial para manejarla sin riesgos.

—¿Hora? —cambió de tema.

—Difícil de decir por el momento. El aire acondicionado estaba a tope y las drogas pueden afectar a la estimación. Según el *rigor* y la lividez, yo diría que menos de doce, pero no me arriesgaré a asegurarlo hasta tener el informe definitivo.

—¿Isabel?

La detective se giró hacia el hombre que acababa de aparecer por la puerta de la casa y sonrió al confirmar que se trataba del agente Stein, el único policía del mundo que la llamaba por su nombre real. Un irlandés con el que había coincidido en decenas de casos hasta que el compañerismo se convirtió en amistad, y que, además, fue quien mejor se portó con ella tras lo ocurrido. No la miraba de reojo, no la trató con condescendencia, no se comportó como si fuera su pinche madre. Le dio justo lo que ella necesitaba, hasta que una noche cruzaron la línea que no debían haber traspasado, demasiadas cervezas, demasiada ginebra, lo que fuera. Una noche que lo jodió todo y de la que les costó semanas recuperarse. Una amistad arruinada por un error estúpido.

—Art.

Él se agachó para abrazarla, y ella percibió el conocido olor que desprendía su piel: *aftershave* y un lejano efluvio a sudor no del todo desagradable.

—Cómo me alegro de verte. No me lo podía creer cuando me dijeron que te reincorporabas.

—Poco a poco. —Hizo un gesto de disculpa antes de añadir—. Siento llegar tan tarde.

—No te preocupes. —Stein rio y se pasó una mano por el cabello, poco más que una sombra rojiza que cubría la única zona de su cuerpo en la que no se veían las pecas. Un poco por encima de esa mano, justo encima de dos grandes lunares, destacaba un tatuaje del tamaño de un puño: el escudo del Derry City, el club de fútbol de su ciudad de origen. Un escudo que una vez había sido rojo, negro y blanco, pero que el tiempo había teñido de tonos verdosos.

—Toma. —Él le tendió una hoja en la que ella escribió su nombre, número de placa, hora de llegada y su firma—. Sígueme.

El recibidor era una pieza pequeña y alargada, de papel pintado a rayas blancas y rosas, y mobiliario en los mismos tonos. Había una mesita con flores frescas a la izquierda y un espejo sobre ella, en el que Elizabeth esquivó su mirada. En la otra pared colgaba un perchero del que pendían dos bolsos, uno dorado y otro blanco, y una enorme mochila deportiva que desentonaba con todo lo demás. Al fondo, una escalera ascendía al segundo piso. La forense se había referido el aire acondicionado, pero el ambiente en el recibidor no era en absoluto fresco, era cálido y húmedo, y olía al familiar hedor de decenas de personas entrando y saliendo.

—La doctora Franke dijo que el aire estaba a tope.

—Sí. Lo apagamos en cuanto los forenses nos dieron permiso, hacía un frío insoportable. —Stein le guiñó un ojo—. Pero no te preocupes, no hemos alterado ninguna prueba y lo pondremos todo en el informe.

El irlandés atravesó una puerta de arco en la pared derecha, y, al seguirlo, Elizabeth se encontró de golpe en medio de un bullicio del que había perdido la costumbre.

Cerró los ojos y sintió cómo su boca se secaba.

—Bienvenida al espectáculo.

Los volvió a abrir. Stein la observaba con los brazos en cruz.

El salón que se abría tras él era un espacio amplio y luminoso. Un

ventanal permitía el paso de la luz a la habitación que, al igual que el recibidor, estaba decorada por y para una mujer, con tonos crema salpicados de detalles rosados, cuadros con alegorías de danza, espejos y plantas. El espacio central lo ocupaba un conjunto de sofá y dos sillones que les daban la espalda y enfocaban a una librería en la pared del fondo, en la que faltaban libros y sobraban fotografías y figuritas de porcelana. Sobre la mesa del comedor, a la izquierda de la sala, se exhibían varios dispositivos electrónicos metidos en bolsas de plástico y preparados para su retirada por el equipo forense: un ordenador portátil, un iPad y un teléfono móvil de última generación. La propietaria de la casa no solo era una mujer, sino que parecía una mujer joven, soltera, sin hijos y de evidente poder adquisitivo. Una mujer como podría ser ella misma si ganara el doble de su sueldo, pero que, por otro lado, no podía ser más diferente. Los colores, el mobiliario, la profusión de cursiladas por todas partes... Elizabeth nunca se había considerado femenina, pero comparada con la dueña de aquella casa, era el ogro Shrek.

Un agente pasó junto a ellos de camino al escenario. Todavía quedaban tres rezagados recogiendo huellas, empaquetando, etiquetando y sacando fotos de todo. El ruido del *flash* la sobresaltó. Un sonido que solía ser familiar le aceleró de repente el pulso, disparos blancos que la cegaban, sonidos que le recordaron la ocasión en que ella fue la protagonista de las imágenes.

—¿Qué tenemos?

El fognazo se escuchó por encima de sus palabras. *Flash*. El fotógrafo enfocaba lo que había encima del sofá, algo que ella, al estar tras el respaldo, no podía ver.

—Acompáñame. —Un destello brilló sobre la frente del irlandés. *Flash*.

Rodearon el mueble.

Sangre. Dientes y trozos de cerebro desparramados por el suelo, grisáceos, esponjosos. Rojo. Sudor. Pelo. Uñas.

Flash.

El chispazo la devolvió a la realidad. Nada de lo que había visto estaba allí. Quizás había sido un efecto de los fognazos o la ansiedad de verse de nuevo ante la muerte. O quizás el recuerdo que la angustiaba cada noche había decidido visitarla de día para saludar. En cualquier caso, el escenario que se abría ante ella no tenía nada que ver con lo que su imaginación, como un gancho a la mandíbula, le había disparado.

Flash. El fotógrafo se colocó una mascarilla en la boca y se giró para

retratar la mesa. Si la droga que se exponía sobre esta era Fentanilo, como suponía la doctora Franke, no podía asumir riesgos. Elizabeth tragó saliva.

Flash. Flash.

Las dos víctimas estaban desnudas. La chica yacía tumbada boca arriba a lo largo de las tres plazas del sofá. El hombre, cubierto de tatuajes en un setenta por ciento de su cuerpo, descansaba acostado encima de ella, boca abajo, y la ocultaba casi por completo. Era grande y tan alto que los pies colgaban por encima del reposabrazos.

Flash.

El suelo estaba cubierto de ropa, desperdigada alrededor de los sillones y la mesa. Esta, de madera blanca y cristal, ofrecía un muestrario de utensilios para drogadictos: bolsitas de plástico, cucharas con marcas de fuego, mecheros, jeringuillas y restos de polvo blanco. El fotógrafo, desde una distancia prudencial y con la mascarilla bien pegada a la boca, tomaba imágenes de cada uno de ellos, y todas iban acompañadas de la explosión y el destello de luz. Un fogueo, *flash*, otro, otra explosión. *Flash. Flash.*

La detective se giró hacia el agente Stein y descubrió que este le tendía una caja de guantes. Tomó dos y se los puso.

—De acuerdo. —Los cadáveres la esperaban en su abrazo amoroso, desnudos y fríos—. El capitán no me ha dado muchos detalles. ¿Quiénes son?

—No sabemos nada sobre él.

Elizabeth lo miró. Un nuevo disparo la cegó un instante. *Flash.* Parpadeó.

—¿Nada?

—Nada —repitió Stein—. No llevaba cartera ni identificación. Le tomaremos las huellas en la morgue. —Señaló la espalda—. Y también fotos de los tatuajes, a ver si aparecen en la base de datos. No me extrañaría que estuviera fichado.

Elizabeth estuvo de acuerdo. Los hombres como ese siempre estaban fichados.

—No será difícil de encontrar —aventuró—. Entre los tatuajes y su tamaño... Este tío es enorme.

Flash. Flash. ¿Cuántas fotos tenían que tomar? *Flash.*

—Seguramente aparezca, sí. Pero ¿quieres oír algo interesante? —La detective arqueó las cejas, picada de curiosidad—. Hemos encontrado dos pistolas semiautomáticas, dos Makarov. Debajo del sofá.

—¿Qué dices? ¿Usadas?

—No. Tienen los cargadores llenos.

Dirigió la mirada al cuerpo desnudo que ya nunca volvería a empuñar aquellas armas. Porque estaba segura de que eran suyas. Un tipo cubierto de tatuajes, dos armas rusas que no necesitó utilizar. Una sobredosis.

—¿Quién demonios es este tío? —murmuró para sí.

—La amiga de la víctima dice que era un conocido de la chica —continuó Stein—, pero no da muchos detalles. Dice que no sabe su nombre. Sigue en estado de *shock*.

—¿Dónde está?

Él señaló con la cabeza hacia el exterior. El resplandor del *flash* iluminó el receptor como si alguien hubiera encendido la luz. *Flash*. Elizabeth tomó aire. El ruido constante de aquellos chispazos la estaba volviendo loca.

—Fuera. Tengo a uno de mis hombres con ella.

Asintió. Tendría que tomarle declaración. Pero primero acabaría con la escena.

Se acuclilló y se centró en el cadáver masculino. Treinta y tantos años, rapado al cero. Los labios mostraban el característico color azul de una muerte por sobredosis de opiáceos, aunque sin restos de vómito. Era grande, pero no estaba gordo. Cada gramo de su peso era músculo, sin un pelo en todo el cuerpo, al menos en la zona visible de espalda, brazos, glúteos y piernas, que eran, por otra parte, una galería de tatuajes. El más grande descendía desde la nuca hasta los riñones y representaba a una virgen con el niño en brazos saliendo de entre las nubes. No era la única alegoría religiosa, también exhibía un ángel en el bíceps derecho y una cruz ortodoxa en el antebrazo, además de un rostro de mujer, una paloma, un ataúd y, en las falanges de los dedos, caracteres cirílicos. Las uñas habían adquirido el mismo tono azul que los labios. El brazo izquierdo se ocultaba contra el respaldo del sofá, mientras que las piernas, a la vista, aparecían decoradas con rosas, estrellas, ataúdes y cruces, desde los glúteos hasta los tobillos. Bajo los destellos de las fotos —*flash, flash, flash*— los dibujos parecían cobrar vida y bailar sobre la piel marchita del muerto. Entre la pintura destacaban dos cicatrices, probables cuchilladas de viejas peleas: una, bajo las costillas en el lado derecho, y otra, que había estado cerca de costarle la vida, dos dedos por debajo del corazón. Elizabeth intentó girar el brazo derecho para ver el interior del codo, pero no pudo, el *rigor mortis* estaba casi completo y la musculatura del hombre parecía cemento. Se inclinó para intentar visualizar el pliegue del codo cuando

el enésimo chispazo volvió a cegarla.

Flash.

—¿Podría esperar a que acabemos aquí? —El fotógrafo la miró, sorprendido. Stein también. Su tono había resultado más agresivo de lo que pretendía—. Por favor.

El agente se retiró y Elizabeth devolvió la atención al brazo del cadáver. Un solitario punto rojo en el interior del codo marcaba el lugar por el que había penetrado la aguja. Un único punto.

Chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—¿Y qué hay de ella?

Stein emitió un gruñido ronco.

—Es la dueña de la casa. ¿Te imaginas? Todo este caserón para una niña, y yo, en mi casucha de mala muerte. Manda huevos. —Elizabeth rio. Sí, la vida no era justa, pero tampoco aquel era el lugar para adentrarse en discusiones filosóficas sobre la injusticia del mundo. Quizás en un bar, con una... Agitó la cabeza y señaló el cuaderno de Stein, él carraspeó y comenzó a leer—. Ekaterina Lukaevna Maksimova, veinticuatro años, nacida en Moscú. Su amiga, eh... Theresa Britton, la encontró así hace poco más de una hora, con el aire acondicionado a temperatura de Siberia y la música a todo trapo. Tenemos su cartera, su permiso de conducir, su tarjeta de residencia. Todo.

Elizabeth asintió sin apartar los ojos de la víctima. Era una chica bonita de rasgos eslavos: pelo rubio y facciones suaves. Labios azulados. Le miró las uñas, y pese a que el esmalte rosa no le permitió distinguir el mismo tono en aquellas, aunque lo dio por sentado. Misma muerte por sobredosis e igual de rápida. Un brazo le colgaba hacia el suelo mientras el otro envolvía el cadáver del calvo, cuya cabeza reposaba sobre su hombro. Lo poco que se podía ver de su piel se revelaba inmaculado, ni heridas ni tatuajes, blanca como si acabara de llegar de Rusia la semana anterior. El antebrazo estaba a la vista, y en él encontró la huella de la aguja. Solo un pinchazo.

—¿Te parece la típica drogadicta? —preguntó.

—Desde luego que no. No tiene marcas de punciones aparte de esa, ni cicatrices ni heridas a la vista. —Stein enumeró los detalles en los que ella ya se había fijado—. Tengo la sensación de que fue su primera vez.

—Pues menudo estreno.

Observó los cuerpos con detenimiento. Una raya casi perfecta mostraba la línea en la que la lividez cadavérica se había asentado. Por encima, la piel era de color blanco fiambre; por debajo mostraba la característica mancha

púrpura de la sangre depositada cuando el corazón dejó de bombearla por el sistema nervioso. Se habían acostado, habían cerrado los ojos y no los habían vuelto a abrir. Pero algo no encajaba. Él tenía el brazo izquierdo entre su cuerpo y el de la chica, ella casi desaparecía bajo la mole de su amante. Era una postura extraña si pretendían mantener relaciones sexuales, y más aún si solo se habían tumbado así para pasar el chute. La joven no aguantaría demasiado tiempo allí debajo, y a él se le dormiría el brazo.

Elizabeth se incorporó. Le tocaba ver a la amiga de la víctima, aunque no le apetecía nada hablar con ella. Los familiares, los amigos, los testigos y su dolor resultaban un trago amargo para cualquier policía.

Se preguntó cómo sería ella, rubia y delicada como la víctima, o peligrosa y tatuada como su compañero. Se preguntó si mentiría, si sabría algo de la muerte, si estaría implicada. Y rezó para que así fuera. La conversación que estaba a punto de mantener sería mucho más dura si era inocente y se había encontrado con la muerte sin esperarlo. En ese caso no habría nada que pudiera decir para aplacar su dolor. Ahora lo sabía. Todas las frases del manual y las palabras escogidas por los psicólogos no servían de nada.

Antes de abandonar la estancia echó un último vistazo a los cadáveres. El agente se detuvo al notar su ausencia de camino al exterior.

—¿Ocurre algo?

El hombre tatuado con huellas de peleas a navajazos, la chica inmaculada, suave. Los dos desnudos. La droga, el sexo...

—¿Tú crees que una chica como esa se lo montaría con un tipo como este? —La propia Elizabeth negó, pensativa—. Quiero decir que he visto a crías hacer auténticas pendejadas por un pico, pero... No lo sé. Hay algo raro en todo esto.

No sabía qué, pero algo no encajaba en ese escenario que, por otro lado, parecía tan perfecto. Agitó la cabeza para ahuyentar sus pensamientos. Era un caso de sobredosis, seguro y tranquilo, lo certificaría y se marcharía tan rápido como pudiera. Luego solo tendría que acabar con el papeleo y presentar su dimisión. Sin escenarios que le recordaran lo que no quería recordar, ni preguntas que no respondieran a aquellas cuyas únicas respuestas necesitaba.

LA TESTIGO

Jueves, 19 de julio – 20:13 h

18th St. Santa Mónica. Los Ángeles, CA

El sol había caído cuando salieron al exterior y el cielo aún mostraba el azul moribundo previo a oscurecerse del todo. El mundo se disipaba entre sombras que las farolas recién encendidas no podían combatir. Llegaba la noche. Elizabeth sintió que el aire le enfriaba la piel húmeda de sudor tras el bochorno en el interior de la casa.

—Todo suyo —dijo a los forenses que continuaban junto a la puerta.

Era su turno, les tocaba recoger los cuerpos y llevarlos a la morgue, donde cualquier resto de humanidad desaparecería bajo los focos y el escalpelo.

La chica aguardaba dentro de la ambulancia que había visto al llegar, aplastada bajo las luces fluorescentes del habitáculo. Se encogía sentada sobre la camilla, con los codos apoyados en las rodillas y la cara oculta entre las manos, ocultas a su vez tras una cortina de pelo castaño y revuelto. No parecía abultar más que una muñeca. Pequeña, delgada y frágil, temblaba bajo la mirada de un sanitario que abandonó el lugar en cuanto los vio aparecer.

Elizabeth escaló al interior del vehículo y se sentó en el banco libre frente a la joven.

—Hola —saludó cuando dos ojos inyectados en sangre se asomaron a través de los largos mechones de pelo—. ¿Señorita Britton? Soy la detective Elizabeth Delgado, LAPD.

La chica levantó el rostro, colorado y cubierto de lágrimas. Era poco más que una niña, igual que su amiga fallecida, veintitrés o veinticuatro años, y lucía la misma mirada de incompreensión que Elizabeth había visto demasiadas veces en otros ojos. Costaba entender que un ser amado desapareciera de repente, sin avisar. Acaso, se dijo, no llegaba a comprenderse nunca.

—Tessa. —La voz de la joven se balanceó al final de un hilo—. Todo el

mundo me llama Tessa.

—Gracias, Tessa. Tú puedes llamarme Elizabeth. Vamos a descubrir lo que le ha pasado a Ekaterina —explicó—. Sé que es muy duro y que ya has hablado con mis compañeros, pero te agradecería que volvieras a contarme lo ocurrido.

La testigo se irguió y reveló un perro acurrucado sobre sus piernas, un chuchó de pelo largo, blanco y negro, que parecía tan perdido como ella y que lucía un vendaje en la cabeza.

Elizabeth buscó una explicación en el agente Stein.

—Pertenece a la víctima —murmuró aquel—. El asesino debió de darle una patada. Hemos tomado muestras de la herida y de la boca, por si lo mordió, pero creemos que no; no había fibras ni rastros de sangre.

—Lástima —masculló la chica.

La detective asintió con una mueca que aquella no vio. Sus ojos se habían perdido en dirección a la casa. Los forenses ya no estaban ante la puerta, los policías se iban marchando poco a poco. Dentro de nada, no quedaría ningún recuerdo de lo que había sucedido allí, una cinta policial pegada a la puerta, que el tiempo haría desaparecer, y rumores que desplomarían el precio de venta de la vivienda. A su dueña poco podía importarle ya, pero en un barrio como aquel, Elizabeth estaba segura de que alguno de los mirones ya se estaba preocupando por ello.

—Vine a ver a Katya... Ekaterina. Katya es... Es un diminutivo —balbuceó la joven antes de devolver la mirada al perro, al que acariciaba con manos temblorosas—. Había faltado a clase y ella nunca faltaba...

—¿Clase de qué?

—De baile.

—¿Sois bailarinas? —Elizabeth sonrió como si eso fuera algo fantástico que pudiera hacer que la joven olvidara lo ocurrido.

—Yo sí. —Se recogió un mechón de pelo tras la oreja—. Katya quería ser actriz. Estudiaba interpretación, baile, canto... De todo. Ha hecho un par de anuncios, pero nada más...

La detective se contuvo para no chasquear la lengua. Otra aspirante a actriz muerta era lo que menos necesitaba esa ciudad. Otra Dalia Negra. Todas las chicas bonitas del país querían ser actrices, ahora resultaba que las rusas también, y cada par de semanas aparecía el cadáver de una. Muy bonitas y muy tontas, en general. Muy fáciles de matar.

—De acuerdo. ¿Y a qué hora debería haber llegado a clase?

—Ella entra a las nueve.

—¿Tú no?

—No, yo empiezo a la una. —Tessa alzó los ojos al techo de la ambulancia y tomó aire. Le costaba retener las lágrimas, pero se estaba comportando con sorprendente entereza—. Asisto a clase hasta las tres, y luego enseño ballet clásico a alumnos principiantes hasta las cinco. Katya termina las suyas a las doce, y casi siempre comemos juntas de doce a una. Entonces ella se marcha y yo me quedo.

—Gracias. Lo estás haciendo muy bien, Tessa.

La chica asintió. Su intento de sonrisa se quebró antes de comenzar, pero no se podía decir que no lo intentara.

—La llamé cuando vi que no estaba, pero no contestó al teléfono, y eso era... Aún más raro, ¿sabe? Pensé que era una tontería, pero...

Apretó los párpados y agitó la cabeza. Elizabeth la comprendía. No pensaba decírselo, pero ya nunca dejaría de doler. Tendría que acostumbrarse a la ausencia, porque el hueco nunca se cerraría.

—Cuando llegué la música estaba a todo volumen —continuó, al cabo de unos segundos—. Y también era raro, porque era Miley Cyrus, y no nos gusta, pero... Llamé al timbre y, como no contestaba, entré.

—¿Qué hora era?

—Pues... —La joven buscó un reloj con la mirada, pero no lo encontró. Tampoco importaba. Se arregló el pelo y calculó—. Salí de la academia a las cinco así que serían las cinco y media cuando llegué.

—Muy bien, Tessa. ¿La puerta estaba abierta?

Asintió.

—Estaba cerrada, pero no con llave. Me extrañó no ver a Rudolf —dijo, mirando al animal—. Siempre sale a mi encuentro y temí que se hubiera escapado, que Katya hubiera salido a buscarlo, pero luego lo encontré en el salón, cuando fui a apagar la música. Y entonces... Yo... Los vi...

Enterró la cara entre las manos y rompió a llorar. Desde abajo, Stein le pasó un pañuelo de papel a la detective y esta se lo entregó a la chica, que se limitó a enroscarlo entre los dedos hasta que desapareció convertido en una bola arrugada e inútil. Lloró durante unos minutos, acompañada por los gemidos y lametones del animal, hasta que, por fin, se calmó. Intentó entonces usar el pañuelo, pero este ya no servía para nada, y Stein le pasó otro.

—Gracias. —Temblaba—. Lo siento.

—No pasa nada, Tessa, lo estás haciendo muy bien. Tranquila. —

Elizabeth se inclinó con su voz más amable—. ¿Viste algo que te llamara la atención, algo raro?

La chica se encogió de hombros.

—Todo era raro. La puerta, la música, el... —Se interrumpió un instante, apenas una fracción de segundo que alertó a los agentes—. Todo era raro.

—La droga que hay en el salón ¿era de Ekaterina?

—¡No! —Tessa le disparó una mirada cargada de rabia. Sus ojos eran hermosos, de color avellana, aún más si no hubieran estado inyectados en sangre—. Ella no consumía. Nunca.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque es mi mejor amiga. Si se hubiera drogado, yo lo sabría.

—¿Y qué hay del hombre que está con ella, es su novio?

Tessa parpadeó, se humedeció los labios y apartó del rostro un mechón de cabello. Le costó dos intentos sujetarlo tras la oreja. Elizabeth se preparó para la mentira que vendría a continuación.

—No. Era un conocido.

Los agentes intercambiaron una mirada resignada. Con cierto cinismo, la detective se preguntó si Ekaterina Maksimova habría sido mejor actriz que su amiga; luego recordó que esta solo era bailarina y se alegró. Ya había demasiadas malas actrices dando tumbos por los archivos de las comisarías.

—¿Eran novios, amantes?

—No. No, o sea, no lo sé. Ella no...

La joven volvió a llorar. Negaba, columpiándose al borde de un ataque de ansiedad, y Elizabeth sintió que enfurecía. Le molestaban las mentiras y la gente que dificultaba su trabajo.

—No mames, Tessa, ¿por qué no me ayudas?

—Porque tiene miedo.

La voz masculina atronó en el exterior de la ambulancia. La detective giró la cabeza para descubrir a un hombre algo mayor que ella, unos cuarenta y tantos años, impecable traje negro y corbata que, si bien no aparentaban ser caros, sí parecían hechos ex profeso para que los lucieran hombres como él.

—¿Quién es usted? —preguntó, aunque el traje y la actitud ya le hubieran respondido.

El desconocido abrió la cartera que llevaba en la mano y le mostró una placa de agente federal que reflejó las luces de la ambulancia sobre su superficie pulida.

—Agente Michael Poulsen, FBI —confirmó con esa sonrisa propia de los hombres atractivos, tan conscientes de su apariencia que fingen disculparse por ella—. ¿Y usted es...?

Elizabeth se tragó el lugar al que quiso mandarlo. ¿Quién demonios había llamado al FBI?

—Detective Elizabeth Delgado, LAPD. Este es mi caso. ¿Quién lo ha llamado?

El federal le indicó con un gesto que descendiera de la ambulancia.

—De acuerdo —dijo cuando se encontraron abajo—. ¿Quieres saber quién es el cachas de ahí dentro, Elizabeth?

Él se había apoyado de lado contra el lateral de la ambulancia, y ella tuvo que alzar la cabeza para mirarlo a los ojos. Con su metro sesenta y cuatro, estaba acostumbrada a que los compañeros le quedaran por encima del ángulo de visión, pero resultaba frustrante cuando la persona a la que se enfrentaba le caía mal.

—Detective Delgado —lo corrigió.

—Su nombre es Isay Utkin. —Él ignoró el comentario y respondió a la pregunta—. Miembro de una de las organizaciones de la mafia rusa más importantes del país. Pregúntame qué hacía aquí.

La detective se cruzó de brazos.

—¿Qué hacía aquí?

—Era el guardaespaldas de Ekaterina. —Elizabeth giró el rostro hacia la casa en la que dos personas habían muerto de una manera que ya no parecía tan clara como le habían dicho. El federal dibujó otra de esas sonrisas de actor en el papel de policía—. Ahora pregúntame cómo se llama el jefe de la organización a la que pertenecía.

Elizabeth ya no estaba irritada, ni siquiera molesta por la sonrisilla triunfal que curvaba los labios del agente. Lo que sentía se parecía demasiado a una espada que colgara sobre su cabeza.

—¿Cómo se llama?

—Se llama Luka Maksimov.

Maksimov. Solo necesitó un segundo para localizar el nombre.

—Dios mío.

—Exacto, igual que tu víctima: Ekaterina Maksimova. La hija única de Luka Maksimov.

La detective se llevó las manos a la frente y se apretó la sien. Podía oír el ruido sordo de la muchedumbre, un coche que se alejaba, una bocina,

ladridos. Los curiosos que se agolpaban contra el cordón amarillo de seguridad parecían menos ansiosos que un rato antes, pero continuaban a la espera de algo: una noticia, un culpable, una detención. Justo en ese momento, el equipo forense atravesó la puerta de la casa. Los *flashes* blancos de los móviles iluminaron la calle como una tormenta de verano y se reflejaron en la camilla que transportaba una voluminosa bolsa de plástico negro. Una segunda camilla siguió a la primera.

Elizabeth esperó que Tessa Britton no estuviera viendo eso. Su declaración no se apartaba de lo que habría esperado de alguien inocente, pero dada la nueva información, no pensaba fiarse. No solo quien encuentra un cadáver es siempre el primer sospechoso, sino que, en un caso de la mafia, nadie es inocente.

Cuando devolvió la mirada al federal se encontró con sus ojos verdes clavados en ella. Parecían centellear bajo el reflejo de las luces azules y rojas de los coches de policía.

—Por eso tu testigo no dice nada —continuó él.

—Sabe quién era su amiga y sabe lo que le ocurrirá si habla.

Elizabeth regresó a la ambulancia y se enfrentó a la mirada confusa de la chica. Por debajo de su dolor se veía algo más, algo en lo que no había reparado hasta el momento. Algo a lo que no supo dar nombre. ¿Miedo?

—Tessa, sí o no, ¿ese hombre era guardaespaldas de Katya?

Tessa Britton alzó las cejas en una genuina muestra de terror, y aquella fue toda la contestación que Elizabeth necesitaba.

—No. Yo no... No sé...

—Tessa, por favor. No me mientas.

La chica bajó la vista. Allí, sola, pillada in fraganti en su mentira, parecía una niña pequeña a la que habían sorprendido robando galletas. Sus dedos retorcían compulsivamente las orejas del perro que, lejos de quejarse, disfrutaba de la atención recibida.

—Sí.

—Bien. —La exclamación del agente especial Poulsen llegó acompañada de una palmada que resonó en la noche—. Ese chucho no tendrá uno de esos collares con cámara, ¿verdad?

La chica negó mientras observaba la fina tira de cuero rosa cubierta de pequeños brillantes, como si la viera por primera vez. Elizabeth quiso creer que eran falsos, de plástico, pero por algún motivo lo dudó. Si quería una prueba de que aquello no había sido un robo, ahí tenía una indiscutible.

—Una pena —se lamentó él, luego se volvió hacia la detective—. ¿Habéis encontrado las armas de Utkin?

Elizabeth afirmó con la cabeza. Estaba mareada, confundida. Poulsen asintió.

—Dos Makarov, ¿verdad? —Ella volvió a asentir—. Bien. Las quiero en cuanto me hagas el traspaso.

La detective parpadeó.

—¿El traspaso?

Y él sonrió.

—Claro, Lizzy. Ha sido un placer conocerte, pero este caso es mío.

Aquella palabra le atenazó los pulmones. ¿Cuánto hacía que nadie la llamaba así? ¿Por qué él? ¿Por qué tenía que llamarla así precisamente ese güey? Lizzy, Lizzy. Dicho con acento de Maine, Lizzy entre risas, Lizzy gritado durante una discusión, Lizzy en los momentos buenos y en los malos. Lizzy.

Bajó de la ambulancia y se encaró con el federal. Por primera vez percibió el leve olor a tabaco que emanaba su aliento.

—Primero: no te atrevas a llamarme Lizzy —exigió. Su voz temblaba, pero él se limitó a dibujar otra sonrisa, como si ella le resultara muy divertida—. Segundo: este sigue siendo mi caso hasta que yo lo diga. Quizá la víctima esté relacionada con la mafia, pero todavía hay que demostrar que eso tiene algo que ver con su muerte.

El agente dejó de sonreír, pero Elizabeth no se sintió victoriosa. Acababa de decir una estupidez y lo sabía, pero no permitiría que aquel pendejo engreído le arrebatara su caso sin pelear.

Él negó con la cabeza.

—¿Crees que es una casualidad? ¿Que Ekaterina Maksimova se follaba a su guardaespaldas? ¿Que él se habría arriesgado a enfurecer a su padre compartiendo picos de heroína con la niña de sus ojos y metiéndole la polla hasta hacerla gritar?

Tessa Britton se deshizo en llanto dentro de la ambulancia. La discusión había subido de nivel y sus voces habían llegado hasta ella. Los sollozos inundaron el silencio en el que los agentes contenían todas las palabras que deseaban escupirse, y en medio de esa tensión, Elizabeth se enfrentó al oficial del FBI.

—Salga de aquí ahora mismo, agente especial Poulsen.

Él la apuntó con un dedo.

—Escúchame...

—No, escuche usted. —El agente Stein se interpuso entre ambos. Era más alto y más fuerte que Poulsen, pero este no se amilanó, ni siquiera cuando el uniformado le apoyó una mano en el pecho para obligarlo a retroceder. El agente del FBI miró aquella mano como si fuera un ejemplar exótico en un museo natural.

—Fútbol, ¿eh? —Sus ojos analizaron el tatuaje que coloreaba el antebrazo del policía—. Un juego sucio, de mentirosos y quejicas.

El oficial se hinchó. Creció varios centímetros hacia arriba y hacia los lados, y su nuca, lo único que Elizabeth veía de él, se volvió roja como los colores de su equipo.

—Váyase al infierno.

—No, gracias, ya he estado casado.

—Bueno, basta ya. —Elizabeth empujó a un lado al agente Stein y, como había hecho él un momento antes, se interpuso entre los contrincantes—. Este no es el lugar ni el momento para competencias de *machos*, ¿entendido? Art, quédate con Tessa. Y usted —«pendejo», estuvo a punto de añadir—, lárguese de mi escenario.

Los dos hombres se miraban a los ojos. Ninguno hablaba ni se movía. Los dos iban armados. Elizabeth, no. Se preguntó qué haría si comenzaban una pelea. Podía tumbar a cualquiera si aplicaba sus conocimientos de boxeo, pero eso la metería en un lío del que ni siquiera el capitán podría sacarla.

Los puños del agente Stein temblaban a poca distancia del arma reglamentaria que le colgaba del cinturón. Poulsen no había dejado de sonreír. Parecía que nada en el mundo podía borrar aquella sonrisa prepotente de sus labios, y quizá el irlandés se estuviera preguntando si lo lograría de un puñetazo.

—He dicho que ya basta —repitió ella.

Stein la miró. Tras un momento de duda, claudicó y se retiró de vuelta a la ambulancia. Poulsen se giró hacia la detective y señaló a Tessa Britton con un dedo.

—La quiero para prestar declaración.

Y sin una palabra más, se alejó con un paso que decía «Tú ganas aquí dentro, pero el caso será mío».

Y tenía razón.

LA AMIGA

Viernes, 20 de julio – 01:27 h

Hot Corner Club. Los Ángeles, CA

La primera bofetada bastó para derribarla. Era la primera de la noche, pero no sería la última, como tampoco la primera que recibía en su vida, aunque sí la primera que llegaba de aquellas manos. El Checo tenía muy mala fama entre las bailarinas del club, pero era raro que Bogdanov le permitiera desahogarse con ellas. Una *stripper* cubierta de moratones era una *stripper* que los clientes no querían ver de cerca ni contratar para un baile privado, era una *stripper* que había que mantener oculta hasta que se curara. Y eso era dinero perdido.

Sin embargo, desde el instante en que vio a Katya en aquel sofá, Tessa Britton supo que el Checo tendría su momento. No le importó. El dolor de los golpes no alcanzaría jamás al que le atenazaba el corazón.

Alzó la mirada desde el suelo. El Checo sonreía con aquella expresión simiesca que tan bien había aprendido a identificar. Exhibición de dientes y pupilas dilatadas.

En realidad, lo más doloroso no eran las bofetadas, sino la rabia. Siempre había sabido que aquel momento llegaría. En esa ocasión, por primera vez, se lo había ganado.

—Cuéntamelo, Summer.

Tessa sintió que el nombre artístico con el que la habían bautizado cuando empezó a trabajar como *stripper* se le clavaba en el alma. Nunca lo había odiado tanto. Nunca se había odiado tanto a sí misma.

—Ella no fue a clase y...

Bum.

La mano tatuada del Checo le incrustó la mejilla contra los dientes, y el sabor herrumbroso de la sangre le resbaló por la mandíbula. Aquel cabrón sonreía, abriendo y cerrando los dedos cubiertos de tatuajes, pero ella no lo miró a él, miró a Bogdanov, el jefe de ambos, quien hacía las preguntas. Erguido, sonriente y cabreado como una hiena en traje de seda.

—Ya, ya. No me refiero a eso —dijo este—. Me refiero a la chica.

¿Quién la ha matado?

Tessa dejó que un hilillo de saliva roja escapara entre sus labios y observó cómo se escurría entre las grietas del parqué. El despacho de Bogdanov era un oasis blanco en la zona privada del club, y le alegró mancillarlo con su sangre, a cambio del modo en que ese lugar la había mancillado a ella.

—No lo sé...

Bum. Georgy el Checo se lo estaba pasando en grande. Una bofetada tras otra, la clase de golpes que prefería; no dejaban marcas tan profundas como un puñetazo y resultaban más humillantes, como si ella no mereciera enfrentarse a toda su fuerza.

—¿No lo sabes?

Bogdanov se acuclilló para mirarla a los ojos.

—¿No lo sabes? —repitió—. ¿Acaso no te contraté para que la vigilaras? ¿Acaso no estabas allí para tenerla controlada?

Tessa se limpió la cara. Las lágrimas ya descendían por sus mejillas. Odiaba llorar delante de ellos, pero no podía evitarlo. Era una traidora, una mentirosa, una asesina. Se merecía llorar su dolor en manos de aquellos dos.

—Lo siento... —Bum—. ¡No sé quién la mató! —Bum—. Era mi amiga...

Bum.

Amigas. Sí. Amigas y mucho más que eso, pero ellos nunca lo comprenderían. Katya se había convertido sin esperarlo en la mejor amiga que había tenido nunca. Amigas, compañeras, casi hermanas. Amantes, en alguna ocasión. Y aun así ninguna de aquellas palabras definía el sentimiento que la había unido a Ekaterina Maksimova, lo que la había obligado a serle fiel pese a los riesgos de engañar a Bogdanov. Lo que había acabado por matarla. Ahora Katya estaba muerta y los golpes del Checo eran la mejor manera que había descubierto para que dejara de doler.

Bum.

El primer puñetazo la lanzó hacia atrás y Tessa se golpeó la sien contra el suelo. Su voz se rompió en un sollozo que ya no pudo detener.

—Maldita estúpida. —Un violento tirón de pelo la trajo de vuelta de la neblina negruzca en la que su cerebro trataba de sumergirse—. ¿Crees que a Maksimov le importa una mierda lo que sintieras por su hija? La jodida cría está muerta y resulta que tú, una maldita *stripper* de uno de sus clubes, es quien encontró el cadáver. ¡Su mejor amiga! —Con cada palabra bamboleaba

su cabeza en el aire. El dolor en el cuero cabelludo lograba disimular ligeramente el de la sien, que había comenzado a sangrar—. ¿Crees que está contento? ¡No lo está! —Bum. La abofeteó en la mejilla, sin soltarla. Ella gritó—. ¿Y qué pasa cuando Maksimov no está contento? —Bum—. ¡Que yo tampoco lo estoy!

La empujó de nuevo contra el suelo, y Tessa se encogió. Ya no podía dejar de llorar. Estaba mareada, le dolían la cabeza, la sien, el pómulo; su boca era un pozo de sangre y náuseas. Y acababan de empezar. Iba a morir esa noche, apaleada, en el suelo de un bar de *striptease* bajo la mirada rabiosa de su jefe y el psicópata de su mano derecha.

—¿Qué le dijiste a la policía?

Los ojos ardían en llamas. Llevaba todo el día llorando y ahora el sudor y la sangre se le colaban bajo los párpados. Intentó limpiarse, pero no logró más que empeorarlo, así que los cerró con fuerza. Quizás así el mundo terminara de desvanecerse a su alrededor.

Bum. Otro puñetazo directo a la boca. Tessa se mordió el labio y volvió a gritar.

—¿Qué les dijiste?

Le costó recordar lo que les había contado. Le habían hecho mil preguntas en aquella ambulancia, la detective de la policía de Los Ángeles y el otro tipo, el del FBI. Intentó no decir nada, tal y como Bogdanov le había ordenado por teléfono, pero ya no estaba segura. Y querían que lo hiciera de nuevo. Querían su declaración por escrito, querían que la repitiera, que la firmara. No se fiaban de ella y hacían bien.

—Nada... No les dije nada, se lo juro... Como usted me ordenó... — Se apartó el pelo de la cara. Su larguísimo cabello se le pegaba a la piel humedecida—. Pero se enterarán, conocían a Maksimov y...

Bum.

—Al señor Maksimov, zorra.

—Al señor Maksimov —rectificó entre lamentos—. Lo conocen, saben quién es y sabrán que yo trabajo aquí... Se enterarán...

Los sollozos entrecortaban sus palabras, pero aquella era la frase más larga que le habían permitido decir, y sintió una pequeña victoria, justo antes de entender que su confesión le acarrearía la muerte.

Bogdanov se incorporó. Se cubrió el rostro con las manos y aspiró mientras se alejaba de ella. Uno, dos pasos. La música que ambientaba la noche en el club se escuchaba amortiguada al otro lado de la pared, por

debajo del llanto de la bailarina. Él dejó que sus ojos recorrieran el panel de televisores que reproducían las imágenes de las cámaras de seguridad. Las chicas se cambiaban de ropa en los vestuarios, conscientes de que él las miraba e incapaces de hacer nada por evitarlo. Esa imagen siempre lo tranquilizaba.

—¿Quién la mató?

—No lo sé...

La bofetada le provocó una arcada de sangre caliente que se desbordó entre sus labios. Sintió las palpitaciones en la boca. El Checo había recuperado la voz cantante en la fuerza bruta y ella volvía a llorar. Ya solo quería que acabaran de una vez.

—¿Quién la mató, Summer? —insistió Bogdanov—. Cuéntame lo que sepas.

Bajo un llanto desesperado y con la voz distorsionada por el dolor, Tessa le contó lo que debían oír, lo mismo que había declarado ante los policías: que no conocía a nadie que quisiera matarla, que todo el mundo la quería, que no sabía nada. Cuando acabó, las lágrimas ya no procedían del dolor físico. Nacían de la pérdida de la única persona por la que había merecido la pena vivir.

Bogdanov la observó desde lo alto con una expresión de desprecio y lástima a partes iguales. Estaba sudando. El aire acondicionado del despacho no bastaba para enfriar el ambiente. Se secó la frente con el dorso de la mano y volvió a acuclillarse ante ella. Tessa retrocedió a rastras por el suelo con un gemido de dolor y pánico. En lo alto, el Checo sonrió y la frase en cirílico que llevaba tatuada en el cuello se estiró como una cicatriz.

—Sabes que no quiero que te pase nada, Summer. —Bogdanov alargó la mano y le acarició la mejilla. Ella se encogió un poco más al notar el reflejo del dolor en la zona golpeada—. Eres mi niña bonita, lo sabes, los clientes te adoran y no quiero perderte, pero no sé si podré protegerte de Maksimov. Su mejor hombre ya está en camino para encargarse de esto, y cuando llegue vas a tener que portarte muy bien, ¿me entiendes? Vas a decirle lo que yo quiera que le digas y ni una cosa más. Maksimov no puede pensar que esto ha sido culpa mía. ¿Me entiendes? —Tessa asintió. Pese a los años que su jefe llevaba en el país, cuando se cabreaba recuperaba el acento ruso y recurría a coletillas como forma de autocontrol. También la violencia le funcionaba para eso. La abofeteó—. ¿Me entiendes? ¿Me entiendes? —Una bofetada con cada pregunta y Tessa lloraba cada vez más alto. Lo entendía,

claro que lo entendía.

—Sí. Lo entiendo —sollozó.

Él se incorporó y le dio la espalda. Durante unos minutos no dijo nada, con la mirada perdida en los televisores de la pared y las manos en jarras en las caderas. Cuando habló, su voz sonó fría y resuelta.

—Lárgate —dijo—. Vete a tu casa y recupérate. Te voy a necesitar en buena forma cuando llegue ese tipo. —Se giró hacia ella, y lo que Tessa vio en sus ojos la hizo encogerse contra el suelo como si hubiera sacado una de las pistolas que solía llevar bajo la chaqueta—. Vas a tener que portarte muy bien para solucionar este embrollo. Vas a tener que ponerle ojitos y conseguir que crea todo lo que le digas. Lo que yo te diga que le digas. Sabrás hacerlo, ¿verdad?

Ella asintió. Sabría.

—Bien. Pues lárgate. No soporto oírte lloriquear ni un segundo más. — Se volvió hacia el Checo—. Acompáñala fuera.

Este afirmó con una sonrisa, y ella contuvo un gemido. Bogdanov mandaba al Checo para asegurarse de que ella no hablaba con nadie para que continuara el trabajo de intimidación y amenaza de camino al coche.

Aquel la agarró por el brazo y, casi a tirones, la sacó del despacho por la puerta de atrás.

Portarse muy bien. Sabía lo que eso quería decir. Otras chicas se portaban muy bien con ellos, con sus socios, con sus amigotes, a cambio de dinero o ventajas laborales que ella se había ganado con el baile, con la traición a Katya y con su silencio. Pero nada la salvaría más. Estaba perdida y se lo merecía. Ella había matado a Katya.

El aparcamiento privado en el lateral del edificio dormitaba atestado a aquella hora de la noche; todas las chicas del último turno continuaban en sus puestos de trabajo, y los hombres de Bogdanov no se marcharían hasta que el jefe saliera por la puerta. El murmullo de música y voces del interior del club moría contra el aislamiento de las paredes, y el lugar se asfixiaba en el escalofriante silencio de un pueblo fantasma.

El Checo la arrastró entre las moles negras que casi todos aquellos hombres conducían, hasta el rincón colorido y atemorizado de coches de las bailarinas. Llegaron hasta su Tiguan y la soltó de un empujón. Tessa cayó al suelo de rodillas, y el dolor la estremeció como una descarga.

—No te levantes —ordenó él desde arriba. Luego se acuclilló. Sonreía. Le acarició la mandíbula y le clavó los dedos en la carne. Apretó hasta que la

oyó gemir de dolor, y entonces sonrió más—. La has cagado bien, ¿eh, Summer? Bogdanov ya no quiere protegerte como antes, ya no eres su niña mimada. —Ella lloraba, su cabeza intentaba alejarse de él, pero el Checo la sujetaba con fuerza—. Ahora eres una más.

La soltó con un empujón y se puso en pie. Con una sonrisa cada vez más cruel, comenzó a desabrocharse el cinturón.

—Bien —dijo—. Ahora vas a hacer algo por mí antes de que el enviado de Maksimov acabe contigo.

Y acompañada del ruido de la cremallera, ella pensó que, si aquel sicario la mataba, no perdería gran cosa.

EL AGENTE ESPECIAL

Viernes, 20 de julio – 09:17 h

**Estación de policía de Los Ángeles Oeste. Los Ángeles,
CA**

Michael Poulsen, agente especial del FBI, consultó su reloj de muñeca. El enorme cacharro marcaba las nueve y diecisiete, lo que significaba que llevaba más de cuarenta minutos en aquella silla, jugueteando con el collar y oyendo al capitán Venters y la detective Delgado, tras la puerta cerrada del despacho, librar una batalla perdida por teléfono. No querían al FBI en su investigación. Peor para ellos. Mike casi podía oír la voz firme del director Monroe diciéndoles que no tenían alternativa. Los asuntos de la mafia correspondían al FBI. Y punto. Eran ellos los expertos en el tema, por mucho que les molestara. Y les molestaba mucho. De vez en cuando oía voces que subían de tono, una discusión que se moría de ganas de escuchar, pero la secretaria de Venters estaba más atenta a él que al ordenador, y no se atrevía a acercarse más. La mujer de cuarenta y pocos años, peluquería reciente, manicura y sutil maquillaje, lo miraba de reojo mientras se mordía el labio y jugaba a enredar un mechón rubio entre los dedos, una sarta de clichés tras otro como si hubiera visto demasiadas películas de los años ochenta. En cualquier otra ocasión, él se habría sentado ante la mesa que ella ocupaba y, entre timbrado y timbrado de un teléfono que no paraba de sonar, habrían entablado conversación. Pero no hoy, hoy su interés estaba al otro lado de una puerta gris cuya placa rezaba: Capt. M. Venters.

Ya sentía el culo plano tras permanecer tanto tiempo en aquella silla anexa a la puerta en cuestión.

—Señor. Escúcheme, es que la chica no...

No oyó el resto de la frase, pero la imaginó. La chica. Ekaterina Maksimova. Ella no pertenecía a la mafia, y esa era la única baza que manejaba la policía, la idea de que quizá su muerte no estuviera relacionada con las actividades de la organización. Podía ser, por supuesto, pero con un

apellido como el suyo ¿cuántas posibilidades había?

Mike se removió en el asiento y reprimió un bostezo. Era un hombre con mucha paciencia, no le quedaba otra a una persona que pasaba gran parte de su jornada laboral haciendo vigilancias, pero daría cualquier cosa por saber qué les estaba diciendo el director.

De repente, un ruido lo sobresaltó, el sonido de un auricular que regresaba a su soporte con demasiada fuerza. La conversación había terminado. El caso era suyo. Se enderezó en la silla y aguardó a que la puerta del despacho se abriera, pero eso no ocurrió. Aún sonaban voces en el interior. El capitán y la detective. ¿De qué estaban hablando?

—¡No quiero este caso!

El grito femenino atrajo su mirada hacia la puerta. ¿No lo quería? No tenía sentido. Cualquier policía agradecería un caso como aquel, una investigación de asesinato relacionado con la mafia, una *task force* con el FBI. Él habría matado por algo así cuando estaba en el cuerpo, pero ella no quería.

Las frases volvieron a bajar de volumen. Ya no oía nada. Y los minutos pasaban. Las nueve y cincuenta y tres. Quizá pudiera salir a fumarse un cigarro. Llevaba horas sin fumar y, lo que era peor, perdiendo el tiempo, atado de pies y manos hasta que aquellos dos arreglaran sus diferencias.

—Martin, por favor. —De nuevo, la voz de la detective.

Así que la M. significaba Martin. Así que ella se podía permitir llamarlo por el nombre de pila.

No pudo oír la respuesta del capitán a la súplica. Tras un intercambio de frases ininteligibles, las patas de una silla arañaron el suelo, y el agente se alejó de la puerta a tiempo de soltar el collar y parecer distraído cuando la detective Delgado la abrió.

—Pase, agente especial Poulsen —le ordenó, en un tono tan frío como su mirada.

El despacho del capitán de policía de la Comunidad de Los Ángeles Oeste, distrito que englobaba algunos de los mejores barrios de la ciudad, era mucho menos glamuroso de lo que sus vecinos habrían aprobado. Paredes blancas, estanterías repletas de carpetas y libros de consulta, y tres banderas: la de las barras y estrellas; la del estado de California, con el oso en el centro; y la de la ciudad de Los Ángeles, que, con sus colores verde, oro y rojo, siempre le recordaba al emblema rastafari.

El capitán le indicó con un gesto que tomara asiento junto a la detective.

Desde que lo había visto por primera vez, hacía algo más de una hora,

le había recordado a uno de los osos de peluche de su hija Samantha: negro, calvo y gordo, con un bigote blanco de morsa. Era uno de esos hombres a los que resultaba difícil imaginar enfadados, pero nadie llegaba a ocupar esa silla siendo un blando, así que no pensaba subestimarlos.

La detective, por su parte, vestía igual que el día anterior: vaqueros, camiseta, zapatillas y el pelo recogido en una coleta baja. Mike no había visto a una mujer más desastrosa que aquella desde su traslado a Los Ángeles. No llevaba una pizca de maquillaje, su pelo era un matojo de rizos, y su cuerpo... Bueno, ese era otro tema. Estaba delgada, pero la ropa permitía intuir una musculatura bien formada bajo las mangas. Además, su manera de actuar, de caminar... Casi parecía estar buscando una excusa para sacar el arma. ¿Era así con todo el mundo o solo con él?

El capitán exhaló por la nariz antes de arrancar a hablar.

—Bien —comenzó—. Agente Poulsen, vamos a llevar el caso interagencias y será usted nuestro enlace con el FBI, pero quiero que me escuche con atención. —Lo apuntó con el dedo y Mike tuvo ganas de reír; podía amenazarlo todo lo que quisiera si así lo dejaba trabajar en paz—. Por ahora es nuestro caso. Mi gente llevará la investigación, y hasta que no confirmemos que la mafia está implicada, ustedes no intervendrán, ¿me oye?

El agente asintió con calma.

—Yo lo oigo perfectamente, pero ahora escúcheme usted. Quien se haya cargado a esa chica ha provocado una guerra, y si no hacemos algo rápido esta ciudad va a llenarse de cadáveres como un capítulo de *Walking Dead*. —Supuso que el capitán no había entendido la referencia, pero tampoco necesitaba que le explicaran lo que ocurriría si su teoría era cierta—. Quiero estar presente durante toda la investigación, saber lo que su gente sepa, ir donde ellos vayan y total libertad de actuación cuando llegue mi turno.

—Si llega.

—Llegará.

Venters abrió la boca, pero se arrepintió y la volvió a cerrar con un movimiento horizontal de cabeza. Era un hombre listo, sabía cuándo valía la pena discutir y cuándo era mejor dejarlo pasar. Debían aceptar sus palabras, el momento llegaría, la sangre empezaría a correr y tendrían que ser muy rápidos si querían impedir que fuera a más.

—Está bien —suspiró el capitán—. ¿Y qué sabemos hasta ahora?

Mike se arrellanó en la silla, cruzó las piernas y entrelazó los dedos sobre el estómago.

—Tenemos dos víctimas, y una es Ekaterina Maksimova, la hija única de Luka Maksimov, *pakhan*^[1] de una organización de la Bratva^[2]. Aparece muerta en un escenario que apunta a una sobredosis durante una sesión de sexo con su guardaespaldas. ¿Se lo creen?

Venters miró a la detective Delgado, y esta negó con la cabeza.

—No. Hay demasiadas cosas que no encajan.

Mike se sorprendió. Había esperado una mayor reticencia, algo más parecido a la discusión de la tarde anterior. Mucho mejor así.

—¿Como qué?

—¿Como qué? —repitió ella.

—Exacto. Dime todo eso que no te encaja.

La detective apretó los dientes, alargó la mano hacia la mesa y cogió la carpeta que allí se encontraba.

—Hay un millón de cosas —empezó, sacando el primer informe—. Por ejemplo, la hora de la muerte. Según el cálculo inicial de la doctora Franke, el fallecimiento se produjo menos de doce horas antes de que la encontrásemos. Y Tessa Britton declaró que Katya entraba a clase a las nueve, de modo que si faltó fue porque ya estaba muerta. En ese caso, tenemos una ventana entre las cinco y las nueve de la mañana. ¿Quién se monta una fiesta de drogas y sexo a las cinco o seis de la mañana si tiene que acudir a clase de ballet tres horas después? Por otro lado... —Acarició el papel hasta que encontró el dato que buscaba, y golpeó la frase con la yema del dedo antes de lanzar la hoja hacia el capitán—. La droga no concuerda con el escenario; los opiáceos inhiben el deseo sexual. Después de un chute lo bastante fuerte como para matarlos, no habrían tenido ganas de desnudarse y menos aún de echar un polvo.

—¿Y si lo hubieran hecho antes?

Elizabeth y el capitán lo miraron sorprendidos. No esperaban que rebatiera sus teorías, pero él debía hacerlo para que se convencieran de que estaban en lo cierto. Porque, para su propia sorpresa, la detective iba acertando en sus sospechas.

—También lo he pensado —continuó ella—, pero no había preservativos por ninguna parte. Y es imposible que lo hicieran a pelo. El padre los habría matado si Ekaterina se hubiera quedado embarazada. A los dos.

—Hasta que no esté la autopsia no lo sabremos con seguridad —afirmó, con razón, el capitán.

—Vale. Otra cosa —continuó ella. Había cogido carrerilla y ya no

pararía. Mike conocía bien aquella ansia, tan adictiva como la droga que había matado a la insólita pareja—. El guardaespaldas.

—Isay Utkin —la interrumpió.

—¿Perdona?

—Isay Utkin. Es el nombre del guardaespaldas.

Elizabeth inspiró y soltó el aire, despacio.

—Isay Utkin —pronunció con exasperación—. Ese tío era enorme, un friki de la musculación. Alguien así está obsesionado con su cuerpo, puede tomar drogas, pero serán esteroides, no heroína.

—Puede que sí, puede que no,

—Tampoco creo que sea el tipo de hombre que le gustaría a una chica como Ekaterina, pero aunque así fuera, no se acostaría encima de ella. — Elizabeth buscó una fotografía del escenario y se la pasó al capitán, que la inspeccionó un momento antes de entregársela al federal. Mostraba a las dos víctimas tal y como habían aparecido, Katya Maksimova enterrada bajo el cuerpo inconmensurable de su tatuado guardaespaldas—. A la pobre casi ni se la ve debajo de esa mole, es imposible hacerlo así. Con esa diferencia de tamaños, ella se habría puesto encima.

Mike observó la fotografía, asintiendo de nuevo. Tenía razón. Isay Utkin medía un metro noventa y tantos y pesaba casi cien kilos, Ekaterina no pesaba más de cincuenta y apenas pasaba del metro sesenta. Se podía hacer, por supuesto, el sexo se podía practicar de cualquier manera mientras hubiera ganas, pero el misionero no era la postura más cómoda en esa situación, y menos en un sofá del que Utkin se salía por todos los lados.

De momento no eran más que especulaciones. A lo mejor sí preferían follar de esa manera pese a la diferencia de tamaños. A lo mejor la heroína los ponía cachondos. Todo era posible, pero no lo creía. No era una sobredosis, no con una víctima como esa. El escenario apestaba a montaje y le gustaba saber que la detective Delgado estaba de acuerdo con él.

—Isay Utkin era el guardaespaldas de Ekaterina —interrumpió el capitán Venters, atusándose el bigote—, pero habría más.

—Dos más: Yegor Popov y Radimir Lagounov —respondió él—. Me pasé por sus casas anoche, pero ninguno de ellos estaba allí.

Elizabeth no dijo nada, aunque lo fusiló con una mirada rabiosa, y Mike supo que la había vuelto a fastidiar. No era culpa suya. En un caso como aquel no había tiempo que perder con burocracias.

—Está bien —intercedió el capitán—. Enviaremos unidades de

vigilancia a sus domicilios, por si aparecen, aunque no cuento con ello.

—Yo tampoco —coincidió Mike—. O han huido o se los han cargado.

Con Yegor y Radimir ausentes, apenas quedaba nadie con quien hablar. Los amigos de Ekaterina no sabrían nada de las actividades de su padre, y los miembros de la organización no abrirían la boca.

—Tenemos que hablar con Theresa Britton —sugirió.

Se moría de ganas de hablar con la bailarina. La hija de un mafioso debía de tener un montón de historias que compartir con su mejor amiga, y esperaba que esta las revelara. Por desgracia, la habían citado para el día siguiente. Tendrían que esperar. No importaba. Así la chica tendría tiempo de relajarse, de inventar mentiras que podrían comparar con su primera declaración en la escena. Las contradicciones podían ser más reveladoras que la verdad.

—Muy bien. —Elizabeth cerró la carpeta y cruzó los brazos contra el pecho—. Pero tengo otra duda.

—Dispara.

—El guardaespaldas tenía dos pistolas cargadas; ¿por qué no las usó? ¿Cómo pudo un intruso entrar en casa de Ekaterina y matarla a ella y a su guardaespaldas sin que ninguno tuviera tiempo de defenderse?

Mike dejó de jugar con el collar.

Era una buena pregunta, la misma que llevaba haciéndose él desde la tarde anterior. Y no tenía respuesta.

—No lo sé —admitió—. No tiene sentido. Utkin era un profesional, un hombre de confianza de Maksimov. El tipo que lo cogiera desprevenido tenía que saber lo que hacía, conocer la casa, los horarios, las rutinas...

—¿Un trabajo desde dentro? —preguntó el capitán—. ¿Alguien cercano?

Él se encogió de hombros.

—Los más cercanos son siempre los primeros sospechosos.

La detective asintió. Había cogido un bolígrafo de la mesa y lo balanceaba entre dos dedos, absorta en el hipnótico movimiento, arriba y abajo. Mike reparó por primera vez en el reloj deportivo que ella lucía en la muñeca, uno de esos aparatos que, además de dar la hora, medían las pulsaciones, calorías y otras tantas variables. Quizá por eso estaba tan delgada, a lo mejor era una de esas adictas al *running* o a cualquier otro deporte de moda. Él prefería el baloncesto, un deporte de equipo en el que todos trabajaban al mismo tiempo y en la misma dirección. Y en el que, al

acabar, podía ir a tomar unas cañas con sus compañeros y con los rivales. ¿Por qué no? No era más que un juego.

—¿En qué piensas? —preguntó el capitán.

Ella parecía perdida en algún lugar oscuro del que le costó regresar.

—Estamos enfocando el caso de dos maneras, o alguien quería matar a Ekaterina o alguien se la cargó para hacer daño a su padre, pero hay otra opción.

Él vio por dónde iba antes de que lo dijera.

—¿Utkin?

—No sería descabellado. ¿Quién sabe en qué líos podía andar ese tío?

—Sería un suicido llevarse por delante a la hija de Luka Maksimov solo para eliminar a su guardaespaldas.

Elizabeth alzó un hombro.

—Es verdad. O también puede ser que el asesino no supiera quién era ella o que quisiera matar dos pájaros de un tiro. Perdón por el chiste.

Él arqueó las cejas, más sorprendido porque la detective reconociera la gracia en la expresión utilizada, que porque la hubiera utilizado en un primer momento. Sí que tenía sentido del humor, aunque lo retuviera a latigazos como a un león amaestrado. Estaba bien saberlo.

—No descartaremos nada —dijo.

El capitán se enderezó en el asiento como si quisiera pitar el inicio del partido.

—Pues ya saben por dónde empezar —dijo—. Agente Poulsen, espero que su oficina colabore con nosotros en todo lo que necesitemos.

—Por supuesto —respondió el aludido—. ¿Colaborarán ustedes con nosotros?

Elizabeth clavó sus ojos negros en él.

—Por supuesto —repitió.

Mike no tuvo tiempo de creerla o dudar de su palabra, la detective se puso en pie y se alejó hacia la puerta. No había llegado, sin embargo, cuando el capitán la llamó. Ella se giró. Él abrió un cajón y sacó del interior una placa y una Glock 19 que dejó sobre la mesa. Elizabeth regresó, cogió ambas cosas y volvió a salir sin una palabra.

Mike dirigió una última mirada al capitán antes de seguirla. Habría jurado que en sus ojos flotaba una pizca de lástima, y se preguntó si sería por ella o por él.

EL GUARDAESPALDAS

Viernes, 20 de julio – 09:35 h

18622 Keswick St. Los Ángeles, CA

Radimir Antonovich Lagounov asomó la cabeza por la puerta de atrás y escudriñó el interior de su casa. Latas de cerveza por el suelo, revistas porno acumuladas sobre la mesa, una caja de pizza que colgaba inestable del brazo del sofá, acorralada por varias cajetillas de tabaco. Lo normal. Entró y, con la Makarov por delante, recorrió todas las habitaciones, abrió los armarios y levantó los colchones. Vacío.

Miró el reloj de la cocina. Las diez menos cuarto. Demasiado tarde. Demasiado tarde. Había perdido un día entero por culpa de la puta de su exmujer. Debería estar ya a kilómetros de allí, pero no podía marcharse hasta que su hija saliera del campamento. La muy zorra de la madre no le había permitido llevársela la noche anterior. ¿Por qué no? Era su hija también. A Darya le encantaba quedarse con papá, pero aquella puta se ceñía a la orden del juez: fines de semanas alternos y ni un día más. Suerte que ese viernes le tocaba recogerla a él, porque si hubiera sido uno de los fines de semana sin ella, se habría visto obligado a llevársela por la fuerza. Unas horas más, lo último que podía permitirse. ¿Qué le habría costado dejar que se la llevara desde el jueves? Ya estarían lejos, muy lejos de ella y de todos los problemas que lo hostigaban.

Las nueve y cuarenta y siete. Cuanto más tardara en salir de aquella casa más posibilidades tenía de no hacerlo nunca.

Dejó la pistola en la mesilla del dormitorio, a mano, cerca, y bajó la maleta de deporte del estante superior del armario. La lanzó abierta sobre la cama y regresó a por su ropa. No se detuvo a mirar lo que cogía, sacó los pantalones de un cajón, las camisetas de otro, las chaquetas de las perchas...

¿Qué más?

El mundo se tambaleó cuando se detuvo. La resaca había pospuesto su llegada, esperando que se fuera a dormir para recibirlo a la vuelta, pero él no se había acostado aún, no tenía tiempo ni valor para cerrar los ojos. Ni

siquiera lo habría tenido para volver a casa si no hubiera sido por los seis vodkas y las tres rayas que se había metido entre pecho y espalda. ¿Adónde iba a huir sin dinero, sin ropa, sin Darya? El amanecer lo espoleó, tenía tiempo. Tras pasar todo el jueves refugiado en un motel, pensó que podría intentarlo, una visita rápida, coger lo necesario para él y la niña, y largarse a toda hostia.

Llevaba dos horas vigilando la casa sin ver nada sospechoso, así que decidió arriesgarse, la policía no tardaría en aparecer, pero tenía tiempo. Quizás no hubieran relacionado todavía su nombre con el de Ekaterina e Isay, pero lo harían y entonces vendrían a por él. Aunque no eran la pasma lo que él temía. Todo lo contrario.

Apretó los párpados para concentrarse.

Por la abertura de la maleta asomaba la ropa que ya había lanzado a su interior, como las entrañas de un cadáver. ¿Qué le faltaba? Los calzoncillos. Abrió el cajón de la cómoda, metió la mano y sacó tantos como le cupieron en el puño. Algunos cayeron dentro y otros no, pero no se preocupó por eso. ¿Qué más? Calcetines. El cajón inferior.

Las nueve cincuenta y dos. Desvió la vista hacia la Makarov que reposaba en la mesilla. Esperaba no tener que utilizarla; todo dependía de la prisa que se diera en hacer la maleta y largarse de allí.

Zapatos. Tenía que coger zapatos. Sacó del armario dos pares de deportivas y las lanzó también a la bolsa, sin mirar. Uno de ellos rebotó sobre la cama y cayó al suelo con un ruido sordo. Ya lo recogería. ¿Qué más?

Desodorante. Útiles de afeitado. Corrió al baño y sacó del armarito todo lo que pudo; si le faltaba algo lo compraría al llegar. Lo metió en la bolsa y los pequeños frascos se diseminaron entre el contenido a falta de un neceser que los recogiera. ¿Qué más?

Las cosas de Darya. Su hija tenía once años, y a esa edad el dormitorio era todavía un mundo infantil de colores rosas y muñecos de peluche, pósteres de cantantes que no tenían edad para beber, y fotos de familia. Le daba reparo entrar allí. No podía evitar sentirse un extraño en un mundo que no era el suyo y al que no debía acceder. Como si estuviera mal, como si su presencia allí fuera algo sucio. Al fin y al cabo, todo a su alrededor era sucio.

Por eso había dejado las cosas de Darya para el final, pero tenía que hacerlo ya. Tic tac. El tiempo se acababa.

Su habitación estaba en la otra punta de una casa que no se había construido para albergar dos dormitorios. Había reformado para ella lo que

debía ser el cuarto de la limpieza y, ante su sorpresa, a la niña le encantó aquel pequeño rincón aislado del mundo. En su próxima casa tendría una habitación propia, con baño propio también. Y un cuarto para jugar. Todo para ella.

Atravesó el pasillo y el salón sin mirar a su alrededor. Llevaba cinco años en aquella casucha de mala muerte, maldiciendo cada dólar que su exmujer le robaba para la manutención y que, en realidad, se gastaba en salidas nocturnas en busca de una polla que comerse, pero lo echaría de menos. Había pasado buenos momentos allí: risas con Darya y sus dibujos animados, sexo de pago con Rubí, siempre a escondidas para que Maksimov no se enterara. Echaría de menos a aquella dominicana de tetas grandes y culo fofo que sabía calentar como nadie sus genes rusos. Echaría de menos muchas cosas.

Borró a la puta de su mente en cuanto se detuvo ante la puerta en la que unas pegatinas de purpurina anunciaban el comienzo de los dominios de su hija. Entró. Oía a ella. El olor más maravilloso del mundo, como algodón de azúcar, dulce y alegre. Inocente.

Miró el reloj de la mesilla. Hello Kitty marcaba las diez y tres.

—Lo siento, cariño —susurró.

La cama deshecha y las puertas abiertas del armario mostraban el rastro de su apresurada incursión en busca de asaltantes al llegar a la casa. Si hubiera encontrado a alguien allí, precisamente en aquella habitación, lo habría matado con sus propias manos. Pero no había nadie. Aún. Respiró aliviado y se dispuso a hacer lo que tenía que hacer.

Un arco iris de colores pastel se desplegó ante sus ojos al acercarse al armario. El interior de la puerta estaba decorado con fotografías que la niña, precavida, no había querido que él advirtiera, instantáneas con su madre. Sin embargo a él sí que le gustaba verlas; en ellas se apreciaban todos los rasgos que compartía con él y lo diferentes que eran entre ellas. Darya tenía su mismo cabello oscuro, los ojos marrones, la piel pálida con tendencia a sonrojarse, el rostro redondo y los labios finos. Laura, su madre, se teñía de pelirrojo desde hacía tanto tiempo que él ya no recordaba su tono original, tenía los ojos claros y el rostro afilado. La niña era una fotocopia de su padre, y eso a la madre la enfurecía, y a él le encantaba.

Esa niña era su vida. La quería más que a su propio ser y le ofrecería una buena vida a partir de ahora; se la llevaría lejos de allí, buscaría un trabajo decente con el que poder mantenerla y darle una habitación de verdad.

Con vistas al mar.

—Lo haré, Dasha, ya lo verás. Te lo prometo.

La única prenda que reconoció fueron los vaqueros con un parche de corazones en la pierna derecha. Los cogió, pero no tenía dónde guardarlos. Se le había olvidado la bolsa en el dormitorio.

—Чёрт!^[3]

No importaba. Lanzó el pantalón sobre la cama y cogió todo lo que pudo abarcar con las manos: vestidos, camisas, faldas..., con perchas y todo.

Las diez y ocho.

Los zapatos se alineaban como lápidas en la parte inferior del armario. Su hija era una niña ordenada; lo debía de haber heredado de la zorra de su madre, porque él era un desastre. Cogió unas deportivas blancas y rosas y dos pares de zapatos al azar, y los lanzó también a la cama. El señor Fluffy lo observaba con gesto censorador en sus ojos de canicas negras.

—No me mires así o no te llevaré.

Era mentira, por supuesto, el oso de peluche de Darya era lo primero que iría en la bolsa, pero lo cogería después, antes tenía que acabar con la ropa. Arrancó las prendas de sus perchas y separó las prácticas de las más inútiles. No podía llevárselo todo, ya le compraría más cosas cuando llegaran a México. O a donde fuera, aún no lo había decidido. Lo único que sabía era que debía salir de allí lo antes posible.

Ojalá hubiera hecho caso a Yegor. Ya estaría en un sitio seguro a esas alturas. Pero Yegor no tenía una hija ni una exmujer que llamaría a la policía si intentaba sacar a la pequeña del campamento antes de tiempo.

Las diez y trece. Cogió el montón. Las mangas y las perneras colgaban en el aire como miembros amputados. Dos zapatos cayeron al suelo. Ahora volvería a por ellos. Agarró al señor Fluffy por una oreja y salió del dormitorio para recorrer el camino de vuelta a través del salón.

Entonces ocurrió. Una figura negra se abalanzó sobre él y lo derribó.

La ropa, los zapatos y el muñeco se desperdigaron sobre la moqueta con una serie de ruidos sordos. Ignoró el dolor en los codos y las rodillas y trató de revolverse, de escapar de su asesino. Boca abajo, amagó una patada hacia atrás, pero aquel le tenía bien agarradas las piernas y no pudo hacerlo. El cabrón sabía lo que hacía.

—Отпусти меня!^[4] —gritó.

Le salió del alma, aunque sabía que no lo soltaría; si no lo lograba él, estaba muerto. El intruso escalaba por su cuerpo clavando los dedos en su

carne, las rodillas, la cadera, la espalda. Debía de ser un tío enorme, porque Radimir, a quien muchos definían como una bestia, sintió que lo aplastaba contra el suelo. Gritó. El dormitorio estaba a menos de dos metros de distancia, pero eso era una eternidad. Su verdugo ya había ascendido hasta sentarse sobre sus lumbares. Se inclinó hacia abajo y le envolvió el cuello con el brazo mientras, con una mano enguantada, le tapaba la boca y la nariz.

—Chist... —lo instó a callarse, y Radimir se dio cuenta de que seguía gritando—. Solo quiero hablar.

Hablaba ruso. Ya sabía que lo haría. No sabía su nombre ni le había visto jamás la cara, pero sabía desde el principio qué idioma hablaría.

—Unas preguntas y podrá irse.

No era verdad, aunque tampoco tenía tiempo de discutir; aquel tipo apretaba y él se quedaba sin aire. Maldijo su torpeza; era un tío fuerte y grande que había sido entrenado para situaciones como esa. Sabía que contaba con varios segundos antes de perder el conocimiento por la falta de oxígeno, y sabía qué movimientos realizar para librarse de su atacante, pero cuando intentó ejecutarlos, aquel se anticipó. Se inclinó a la derecha cuando él se alzó de ese lado y a la izquierda cuando lo intentó, ya con menos fuerzas, del revés. Lo aplastó contra el suelo con su propio cuerpo de modo que no pudiera incorporarse. Era un profesional, como sabía que sería.

Un profesional ruso.

El salón estaba cada vez más oscuro; el aire, caliente y húmedo. El mundo se desvanecía y Radimir se desvaneció con él.

No podía mover los brazos. Eso fue lo primero que notó. Abrió y cerró los dedos, pero no agarró más que aire. ¿Qué había pasado? Poco a poco empezó a recordar. La chica Maksimova, el asesino, el mareo y ese dolor de cabeza que le martilleaba la sien como ráfaga de ametralladora. Estaba muerto.

Le costó abrir los ojos y le ardieron cuando lo logró. Tenía la cara húmeda, pero el regusto salado en la boca era de sudor. No estaba herido. Aún.

—С добрым утром^[5]

El ruso estaba detrás de él, agachado, quizá terminando de afianzar las ligaduras con las que le había sujeto las piernas a aquella silla de comedor. Su silla, su comedor, su casa.

Radimir Lagounov giró la cabeza para ver al hombre que lo iba a matar, pero no tuvo que esforzarse, él mismo lo rodeó hasta colocarse delante, a unos pasos de distancia. Se apoyó contra la mesa y lo miró.

Lo primero que pensó fue que llevaba un gorro, pero no, no era eso, en cuanto logró enfocar la vista se dio cuenta de que se trataba de un pasamontañas recogido hasta la frente. No le importaba que viera su cara, no importaba porque no saldría vivo de allí. Aquel hombre, poco más que un crío rozando la treintena, iba a matarlo. El rostro cadavérico, los ojos apagados y el cabello blanquecino como el tuétano; la expresión de la mirada mucho más seca de lo que se podía esperar de alguien de su edad. Uno más de los miles de niños que corrían descarriados por Moscú cuando él vivía allí. Y pequeño. No llegaría al metro setenta, y no sobrepasaría los setenta kilos, pero se había manejado sobre él como un gorila. Radimir era un hombre grande y fuerte, y aquel chiquitajo lo había doblegado sin derramar una gota de sudor.

—Solo quiero hablar —dijo.

Radimir sonrió con desgana.

—Si vas a matarme, al menos, no me tomes por idiota.

El joven le dirigió un gesto serio.

—Conteste mis preguntas y veremos cómo termina esto.

Radimir asintió y algo en su cabeza se movió como si hubiera agitado una coctelera. No debería haber pasado la noche en el bar, ahora tenía sueño y resaca, pero no sabía qué hacer. Quiso huir, pero se acordó de su hija; quiso llevársela, pero se lo impidió su exmujer; quiso matarla, pero se acordó de Maksimov. Acabó en el bar. Creyó que tendría tiempo. Hacer la maleta, recoger a Darya y desaparecer. Se equivocó.

—Míreme, Radimir.

Levantó la vista del suelo. El asesino había puesto un pedazo de plástico debajo de la silla para el momento en que la sangre comenzara a salpicar. Aquella tela transparente era la promesa de lo que vendría a continuación, una amenaza tanto como una advertencia.

—Ekaterina Lukaevna Maksimova.

Tomó aire. Sabía que iba a morir, pero no cargaría con las culpas de lo ocurrido.

—No fue en mi turno —se defendió—. Cuando me fui ella estaba bien.

—Ya lo sé, Radimir. —El asesino repetía su nombre una y otra vez, una táctica para tranquilizarlo que no funcionaba—. Ocurrió en el turno de Isay, y él está muerto. Por eso quiero que me cuente lo que sepa.

—Yo no sé nada.

El señor Fluffy lo observaba desde el suelo con los ojos tristes. Ninguno de los dos volvería a ver a su dueña.

El asesino se levantó, tomó aire y paseó su mirada heladora por la habitación. Observó las cortinas de rayas beige y la televisión en la pared, los muebles baratos y las cosas de Darya tiradas por el suelo. Sus ojos se detuvieron sobre el oso. «No lo mires» quiso decir Radimir, pero no halló el valor para hacerlo. Al fin, el enviado de Moscú devolvió la atención sobre él.

—Escuche. —Alzó la pierna derecha y apoyó el pie en una silla igual a la que ocupaba él, un conjunto de comedor en oferta en un centro comercial de saldos—. Sé que no tuvo nada que ver con su muerte. —Se levantó la pernera y dejó a la vista unas deportivas negras, unos calcetines negros y un cuchillo Finka NR-40 que resaltaba a gritos sobre la piel pálida de la pantorrilla—. Pero comprenderá que el señor Maksimov quiere saber qué le ha pasado a su hija. —Sacó el cuchillo, despacio—. ¿Verdad?

Radimir tragó saliva. El asesino jugueteaba con el arma entre las manos enguantadas, admirando el modo en que el sol dibujaba destellos sobre la hoja. Al contrario que la que debía calmarlo, la maniobra para intimidarlo funcionaba a la perfección. El sudor le resbalaba por las sienes y se le colaba entre los labios. Sentía el estómago contraído y el corazón enrabiado en el pecho. Lo habían preparado para eso, pero hacía tanto tiempo desde aquellos días... Lo trasladaron a Estados Unidos, escaló posiciones en la organización, se casó, tuvo a Darya, se divorció y le encargaron proteger a la hija del jefe. En todos esos años había olvidado cómo sobrevivir a la tortura. Pero aguantaría lo que hiciera falta. Aquel cabrón no sacaría nada de él.

—Seré sincero con usted, Radimir, no tengo tiempo para torturarlo. Así que va a decirme lo que quiero saber o lo mataré y luego iré al Hancock Park y me llevaré a su hija. —Con un grito desesperado, Radimir se agitó en la silla. Las cuerdas se le clavaron en las muñecas y los tobillos, pero el hombre de Maksimov ni siquiera se inmutó—. Tranquilo, no la mataré, aunque si yo fuera usted, quizá lo preferiría. Lo que haré será entregar a la pequeña Darya a la organización. Ya sabe, hay zonas en las que siempre están necesitados de mujeres. En los clubes de Norilsk o Dagestan no aguantan mucho tiempo con vida.

—Como toques a mi hija...

—Tiene once años ¿verdad? Para algunos hijos de puta esa es una edad ideal. —El asesino aspiró ruidosamente por la nariz—. Pobre Darya.

Radimir sintió que la resignación se mezclaba con el odio y el pánico. Desde el principio había sabido que debía alejarse de su hija. Lo que más quieres es lo que te acaba matando, pero ¿cómo separarse de aquella bolita rosa que le entregó la enfermera, que lo miraba con sus inmensos ojos oscuros, que se aferró a su dedo cuando él quiso, aterrado, acariciarla por primera vez?

—Te diré lo que quieras.

—Sé que lo hará. —El hombre se sentó en la silla, con las piernas abiertas, los codos sobre las rodillas y el Finka bailando entre los dedos—. ¿Quién la mató?

—No lo sé. No pasó nada. No hubo ningún incidente, nada que pudiera...

El ruso saltó, le tapó la boca y le clavó el cuchillo en la rodilla. Todo en un solo movimiento. Una llamarada de fuego le retorció las entrañas, y Radimir aulló contra aquel cuero negro que se empapó de su agonía. No podía respirar. El corazón le bloqueaba la garganta.

—Míreme, Radimir.

Levantó la mirada entre lágrimas. Aún no le había liberado la boca. El rostro cadavérico del asesino parecía un enviado del infierno para llevarse su alma a donde pertenecía.

—Ekaterina Lukaevna Maksimova estaba viva ayer a las seis de la mañana cuando Isay empezó su turno, y estaba muerta a las cinco y media de la tarde. Y eso tiene que haber sido por algún motivo, ¿verdad?

Radimir asintió y la mano del torturador se movió con su cabeza. El mundo se difuminaba en un dolor lacerante y blanco.

—Bien. Pues algo tuvo que pasar, porque, según la policía, Isay y ella se drogaron, se enrollaron y murieron por sobredosis. ¿Eso es cierto?

Negó. Igual que antes, la mano lo siguió.

—¿Isay y la chica se acostaban?

—No. —El ruso apartó la mano y él repitió la respuesta entre jadeos. La pierna ardía como brasas—. Ella nos... odiaba, no se acercaba. E Isay tenía novia... Una dependiente de... De una zapatería en... Melrose. No tenía nada con la chica... De verdad...

—Bien. —El sicario se retiró. El cuchillo quedó clavado en la rodilla, el asta de una bandera en lo alto de una mancha roja que comenzaba a resbalar por el vaquero—. Entonces alguien los mató. ¿Quién?

Radimir sollozó. Estarían así toda la vida, lo que lograra aguantar aquel dolor insoportable.

—No lo sé... —repitió—. Te juro que no lo sé. Ella... solo iba a clase y salía con sus amigas, con esa bailarina... No lo sé... A veces se marchaba... El tipo se levantó.

—¿Qué quiere decir que se marchaba? ¿Adónde?

—No lo sé. Nos daba esquinazo. Ella... Ella se largaba por... la puerta de atrás... No cogía el coche, y... Ni... Ni siquiera nos enterábamos. No lo sé...

—¿Dónde iba, Radimir?

—No lo sé —sollozó. No lo sabía. No tenía ni idea, y aquel maldito asesino debía creerlo—. No lo sé. Te lo juro, no lo sé... Nos enterábamos cuando regresaba... La muy puta nos saludaba al entrar.

El ruso le dio una bofetada que disparó lágrimas a medio metro de distancia.

—Está hablando de la hija del jefe, Radimir. La que está muerta por su culpa.

—Lo siento... Lo siento... No sé adónde iba... Yo quería contárselo al señor Maksimov, pero Yegor no me dejó. Dijo que nos mataría, que nos echaría la culpa... Lo siento... Lo siento... —Entre hipidos y sollozos habló hasta que se quedó sin aire y sin nada más que decir.

—¿Dónde está Yegor Popov?

«Yegor fue listo» pensó. Su compañero del turno de tarde había llegado a casa de Ekaterina y se había encontrado el coche de Isay vacío y la puerta de la casa sin cerrar con llave. Entró, vio el panorama y supo lo que ocurriría después. Y huyó. Ojalá hubiera hecho él lo mismo cuando lo llamó. Ahora él y Darya estarían lejos de allí. Muy, muy lejos.

La mano de cuero en la boca le dio una décima de segundo para prepararse. El ruso agarró el Finka y lo retorció dentro de la pierna. La hoja desgarró la carne, el fémur, los ligamentos. Radimir volvió a chillar contra el guante de su torturador mientras este lo observaba a unos centímetros de la cara. El acero de sus ojos se volvía más y más blanco con cada vuelta del cuchillo, con cada grito de su víctima.

—Contésteme, Radimir. ¿Dónde está Yegor?

Radimir le gimió a la palma de la mano.

—No lo sé —babeó. El torturador la separó y él lo repitió—. No lo sé...

La mancha candente de sangre negruzca se extendía por los pantalones, desde la rodilla hasta el tobillo, y escurría ya sobre la tela de plástico a sus

pies. También allí iban a caer las gotas de su muerte anticipada, lágrimas y sudor. Toc. Toc. Toc. El fin acercándose.

—Me llamó ayer. Yo... Yo no sabía... Me contó lo que, que... que los había encontrado muertos y... que se había largado... Que Maksimov mandaría a alguien a por... nosotros.

El ruso asintió con gesto serio.

—Y aquí estoy yo, ¿eh?

—Por favor... No sé más. Por favor. Mi niña...

No podía parar de llorar. Había perdido la dignidad, la vergüenza y el orgullo. Había perdido incluso el miedo, y ya solo quedaba dolor.

—Vamos, Radimir, llevaban mucho tiempo trabajando juntos, seguro que le dijo adónde iba.

—No... Lo diría, te lo juro... Nunca me lo dijo... Él...

—¿Qué?

—No lo sé... A veces hablaba de... el norte... Canadá... No le gustaba el clima... aquí... Pero no lo sé... Por favor...

Su cuerpo se había desplomado hacia delante, las cuerdas que le rodeaban el pecho se le clavaban a través de la camiseta empapada, pero no podía dejar de llorar, no podía erguirse ni cesar las súplicas. Solo quería que acabara el dolor. El llanto sacudía su cuerpo y, con él, el cuchillo clavado en la carne. Y empeoraba la agonía. La pierna era una llama incandescente que mandaba reflejos de fuego desde el pie hasta el pecho. Y Darya... Tenía que salvarla, pero no contaba con más información, no podía darle más, solo sus ruegos.

—Por favor... Darya... Por favor...

El asesino se incorporó.

—Está bien, Radimir. Le creo. —Él no lo oyó, su llanto enmudecía cualquier otro sonido—. Ya está. Se acabó. Voy a sacarle esto, ¿de acuerdo?

Radimir sollozó de alivio. Ya estaba. El hombre agarró el mango del Finka y alzó la vista hacia él, como si le pidiera permiso. Radimir asentía y lloraba al mismo tiempo. Había terminado, ya estaba. Le había dicho la verdad. Él no sabía nada y ahora lo dejaría libre para marcharse con su niña y empezar de nuevo. Siempre había querido ser cocinero. Se le daba bien. Preparaba unos Pelmeni dignos de premio. Quizá podría buscar trabajo en un restaurante ruso, convertirse en alguien honrado y darle una buena vida a Darya. Era lo único que quería. Lo único.

El asesino sacó el cuchillo de un tirón, y Radimir se mordió los labios

para no chillar. Fue inútil, el grito arrasó la habitación y el llanto lo siguió. Pero ya había terminado.

El sicario le acarició la cabeza.

—Ya está —susurró—. Darya estará a salvo.

Radimir notó la punta del cuchillo en el cuello.

—Se lo prometo.

Abrió los ojos y el mundo se apagó.

EL ENVIADO

Viernes, 20 de julio – 21:43 h

Hot Corner Club. Los Ángeles, CA

La puerta se cerró tras él. La penumbra lo cegó por un instante, si bien nunca le había costado adaptarse a la oscuridad. La oscuridad lo protegía, lo acunaba como los brazos de la madre que tanto le costaba recordar. Era ese sol californiano el que lo amenazaba, demasiado fuerte para la lividez de su piel, deslumbrante para sus ojos y revelador para sus actividades.

Una chica preciosa tras un mostrador le pidió los veinte dólares de entrada. Tras ella, semioculto en las sombras, distinguió a un grandullón con cara de pocos amigos y brazos de haberlos eliminado a tortas. Seguridad. Pagó sin rechistar. No quería llamar la atención todavía, pese a saber que dentro de unos minutos tendría acceso libre por todo el local. La chica sonrió, le entregó un recibo del pago y abrió la cortina negra que daba acceso al club.

Él ignoró la música machacona que atronaba por los altavoces y echó un vistazo rápido al local. No se distinguía de los otros cientos de clubes de *striptease* que había visitado a lo largo de su vida: luces chispeantes, bolas de espejos, paredes oscuras, una barra a la derecha y un escenario que avanzaba desde el fondo hasta la entrada y en el que tres preciosidades ofrecían sus tetas a medio pagar para el disfrute visual de la clientela. Y esta no era escasa. Sobre cada una de las sillas que rodeaba el escenario se revolvía algún ocupante que agitaba billetes en el aire, dinero que las chicas se agachaban a recoger con insinuantes sonrisas llenas de promesas.

El lugar olía a sudor reconcentrado.

Un gorila vestido de negro protegía una cortina del mismo color en la pared izquierda, tras la que se accedía a los reservados, cubículos para bailes que requerían cierta intimidad. Junto a esta se extendía una pared de espejos con una puerta disimulada en la estructura.

A los lados del escenario vislumbró dos puertas más: una, también custodiada por su correspondiente hombre de negro, que debía de llevar a la zona privada, y otra que se anunciaba como «Salida de Emergencia». Era lo

que estaba buscando. Por si hiciera falta. Costumbres de asesino que más le valía no olvidar.

Dedicó el siguiente vistazo al factor humano. Treinta y ocho clientes se distribuían entre la barra y las butacas junto al escenario, y ninguno de ellos le prestaba atención. Las tres *strippers* sobre la tarima. Dos corpulentos gorilas en los extremos de la barra, armados. Tres camareras en su interior y otras cuatro que deambulaban con bikinis diminutos repartiendo mentiras embotelladas. El guardia de seguridad en la puerta de los reservados —dos pistolas bajo la chaqueta y una en el tobillo—. Otro igual ante el acceso a la zona privada, casi un clon del primero. El que había intuido entre las sombras de la entrada. Cinco posibles enemigos. Por lo menos.

Nada que no pudiera controlar.

—¿Te sirvo algo, guapo?

El recién llegado se giró. Una rubia sonreía por encima de un sujetador que no dejaba nada a la imaginación. Quiso mirarla a la cara, pero fue incapaz.

—Busco a Bogdanov —dijo.

La camarera arrugó los labios, decepcionada al comprender que no conseguiría una propina.

—El señor Bogdanov no está ahora mismo —mintió—. Puede esperarlo en la barra, no tardará en llegar.

Él le dio las gracias. Sabía que había mentido, Bogdanov estaba allí, y en cuanto ella anunciara su presencia, las seis cámaras de seguridad que había adivinado en la oscuridad de las esquinas del techo apuntarían hacia él. Como no tenía ninguna prisa, se aseguró de que estas lo enfocaran bien y ocupó uno de los taburetes de cuero.

La boca se le abrió en un bostezo involuntario que a duras penas reprimió contra el dorso de la mano. Se estaba haciendo mayor. Solo tenía treinta años, pero ya empezaba a notar los síntomas de la edad y el estrés. Lo habían despertado de madrugada, se había pasado doce horas en un avión y había torturado y matado a un hombre nada más llegar. Para su cuerpo eran las siete y cincuenta y una de la mañana del sábado, pero el reloj marcaba las nueve y cincuenta y dos de la tarde del viernes. Y lo peor era que no sabía cuándo podría descansar. Le esperaban unos días agitados.

La camarera más próxima se le acercó con la sonrisa de quien puede ofrecer la felicidad en un vaso.

—¿Qué te pongo, cariño?

El ruso deslizó la mirada desde aquella falsa promesa hasta los dos balones de plástico que se exhibían bajo un escote de rejilla negra. No tenía nada en contra de los implantes, pero algunas personas no sabían parar a tiempo. Aquellas dos podían asfixiar a un hombre que se quedara dormido en el lugar equivocado.

—¿Cuál es el mejor whisky que tienes?

La chica sonrió condescendiente.

—El Higland 30, cielo. Pero la copa cuesta...

Qué barato se vendía el amor en esos lugares, no llevaba ni cinco minutos allí y ya le habían llamado guapo, cariño y cielo. Si aguantaba un poco más saldría casado y con hijos.

Contuvo una risa afilada como el puñal que siempre llevaba consigo, y asintió. Muy buena elección.

—No he preguntado el precio. Ponme uno. Sin hielo.

La camarera se encogió de hombros; si un cliente ponía problemas a la hora de pagar, una sola mirada obtendría la ayuda de cualquiera de los gorilas que montaban guardia en los extremos de la barra. Se dio la vuelta, cogió una botella de la parte más alta de la estantería y sirvió dos dedos de su contenido en un vaso ancho. Sin hielo.

El forastero se lo llevó a los labios en cuanto se quedó solo. En el líquido amargo saboreó el último instante de paz de que dispondría antes de que Bogdanov diera la cara.

Devolvió el vaso mediado a la barra y observó su imagen en el fondo ambarino. Todavía parecía aquel niño rubio que corría por las calles de Nueva York haciéndose valer a puñetazos. Él solo contra el resto del mundo. Los chicos lo llamaban comunista sin saber lo que aquello significaba. Ni siquiera él lo sabía entonces. Pero ahora sí, ahora sabía muchas cosas sobre quién era y de dónde venía. Madre americana. Padre soviético. Hubo un tiempo en que se preguntó qué habría sido de él si su madre no hubiera insistido en criarlo en América, y también lo que habría ocurrido si su padre no se lo hubiera llevado de vuelta a Rusia cuando ella murió, pero ya no lo hacía. Era lo que era, un niño sin raíces, ruso en Estados Unidos y americano en Rusia, y ninguna de esas, una buena opción. Aunque no culpaba a sus padres de aquello en lo que se había convertido. Sus decisiones. Su destino. Su instinto.

Un asesino.

Silencio.

La música machacona que había sonado hasta el momento se desvaneció en el aire y las luces se extinguieron.

Él detuvo la mano a medio camino del vaso del que había pretendido dar un segundo trago, y hasta el último músculo de su cuerpo se preparó. Cinco enemigos, recordó con los sentidos alerta. Tan solo contaba con el Finka, limpio y preparado en su funda del tobillo, y no necesitaba más.

En la oscuridad, un redoble de batería electrónica rompió el silencio y dos potentes focos iluminaron de repente el escenario vacío. La cortina se abrió por la mitad y una bailarina emergió como una aparición recién sacada del infierno. Vestía de cuero negro: con un pantalón diminuto y un sujetador que, de tan ceñidos, parecían tatuados sobre la piel.

El forastero se permitió volver a respirar y se giró para disfrutar del número. Conocía la canción, la versión de Marilyn Manson del *Tainted love* que tan famoso había sido en los ochenta. Aquello prometía. Aquello prometía.

La chica avanzó sobre el escenario, volando sobre zapatos de tacón por encima de los comunes mortales. Un paso tras otro, sacudía la cadera al ritmo de la música mientras las pulseras de cuero y tachuelas lanzaban destellos hipnóticos a la oscuridad.

*Sometimes I feel I've got to
Run away I've got to
Get away*

From the pain you drive into the heart of me^[6]

Era delgada, con una cintura que podría rodear con una sola mano; tetas pequeñas, quizá, pero un culo firme, perfecto. Sus labios sanguinolentos tarareaban la canción, y eso le gustó. Lo excitó. La cantó con ella.

*The love we share
Seems to go nowhere^[7]*

Los focos de luz blanca la acompañaban como dos espadas. Ella bailaba ajena a todo, acariciando su cuerpo como si sus manos fueran las de esos hombres que agonizaban a sus pies. Se agarraba a cada uno de los tubos de metal que atravesaban el escenario, giraba, se restregaba y los abrazaba entre las piernas abiertas.

Y de repente se elevó. En un giro que nadie vio venir, alcanzó la parte superior de la barra y se colgó boca abajo, sujeta solo por el tobillo, con la otra pierna extendida en el aire como si clamara por una lengua que la recorriera. Su larguísimo cabello castaño se desplegó casi hasta el suelo.

*Once I ran to you (I ran)
Now I'll run from you^[8]*

Su piel reflejaba las luces que la bola de espejos le disparaba. Parecía tan frágil y, al mismo tiempo, tan fuerte y poderosa ahí arriba, en aquella sucesión de posturas acrobáticas, porque nada podía hacerla caer mientras durara la música.

*This tainted love you've given
I give you all a boy could give you
Take my tears and that's not nearly all^[9]*

Aquella chica había nacido para bailar. No era una de esas *stripper* que actuaban sin ganas, o incluso colocadas, ni de las que disfrutaban de las miradas lascivas sobre sus cuerpos. El escenario era su medio natural, como si fuera a desvanecerse en cuanto se apagara la música, como si no existiera nada más fuera de aquel rectángulo negro. Estaba sola allí arriba y, al mismo tiempo, cada hombre sentía que estaba con él, que bailaba solo para él.

Tainted love^[10]

Descendió con un giro y el suelo la acogió como fiel amante. Se tumbó boca abajo y gateó por el escenario. El hombre que estaba más cerca cayó de culo sobre la silla; se había levantado para verla mejor. El forastero también estaba en pie, tan entregado como el resto de tíos que aullaban a su alrededor.

*To make things right
You need someone to hold you tight
You think love is to pray
I'm sorry I don't pray that way^[11]*

En un giro salvaje, la chica saltó sobre la siguiente barra y allí, en el aire, se arrancó el sujetador. El local estalló en una ovación. Él se descubrió aplaudiendo, también, sin poder evitarlo. Eran pequeñas, de acuerdo, pero se las habría metido en la boca y habría chupado hasta...

El pantalón voló hasta la misma esquina en la que había caído el sujetador, y él sintió que dejaba de respirar. Ya solo llevaba un tanga minúsculo, negro, una fina tira de cuero que deseó desgarrar con los dientes.

De rodillas al suelo, la chica se acarició los muslos, el estómago y los pechos, cada poro de su cuerpo desnudo, alimentándose del deseo de los hombres que agonizaban a sus pies.

Tainted love^[12]

Gateó hasta el final del escenario y, de repente, allí, levantó la mirada y la clavó en él.

Cantó:

Touch me baby, tainted love
Touch me baby, tainted love^[13]

Los ojos, dorados como el whisky de su vaso e igual de adictivos. La lengua asomaba entre los labios, susurrándole algo que él habría muerto por oír de su boca. El cabello a ambos lados del rostro, salvaje como las serpientes de Medusa. Si ella hubiera sido la figura mitológica, él se habría convertido en piedra hacía rato. Una parte de su anatomía ya lo estaba.

Touch me baby, tainted love!

Se incorporó de un salto y se alejó bailando, colgándose de las barras, insinuándose a todos los que la miraban embobados, a los que agitaban su sueldo en el aire, a los que él, en aquel momento, habría podido matar con sus propias manos.

Pero ella se inclinaba ante ellos, uno a uno, se insinuaba y agradecía con una sonrisa o un guiño aquellos billetes que le introducían por la cinturilla del tanga. Y luego se retiraba, orgullosa, inalcanzable. Cada vez más lejos.

Más lejos.

Hasta que desapareció tras la misma cortina por la que había aparecido, y el mundo se apagó cuando las luces se encendieron.

—Eh, tú.

La voz áspera lo despertó de la ensoñación en la que aún se encontraba. Tras el deleite de aquel cuerpo perfecto bajo los focos, enfrentarse al rostro malencarado de un individuo cubierto de tatuajes fue un duro regreso a la realidad.

Borró de su retina la imagen de la *stripper* y se concentró en el presente. Un tipo alto, delgado y escurridizo como una lagartija, un rostro de facciones horadadas por marcas de acné, ojos hundidos y pelo al uno que lo observaba con desconfianza. El entramado de tatuajes que le cubría el cuello y los fibrosos brazos por debajo de una camiseta sin mangas certificaba su pertenencia a la organización, para que quedara bien claro por si la policía tenía alguna duda: una frase en cirílico en el cuello, estrellas en los hombros, un toro en el bíceps izquierdo, una daga en el antebrazo, puntos y sellos en los nudillos, las torres de lo que parecía una fortaleza asomando por el pecho, un tigre en el brazo derecho que lo hizo retorcerse de rabia, un pirata con un

cuchillo entre los dientes en el antebrazo. Delincuente sexual, asesino, encarcelado varias veces, propenso a la violencia. Ningún arma a la vista, pero, seguro, una en los riñones.

—¿Eres tú el que pregunta por el señor Bogdanov? —El acento lo sorprendió, en concreto, la ausencia de uno. Aquel tío era estadounidense por mucho que quisiera aparentar otra cosa.

—Me está esperando. Me llamo Zed.

—Zed. ¿Eso tendría que decirme algo? —Con cada palabra que pronunciaba, la frase tatuada al cuello se estiraba y contraía como una sonrisa macabra. *каждому своё*^[14]. Se preguntó si sabía lo que significaba o la había encontrado en un libro sobre cómo parecer el perfecto mafioso ruso.

—Se lo dirá a su jefe. Dígale que estoy aquí.

Con un bufido de desdén, la lagartija sacó el teléfono móvil del bolsillo trasero del pantalón y tocó la pantalla.

Zed se volvió hacia la barra. Debía concentrarse en reducir el efecto que la bailarina había obrado en él; el bulto en la entrepierna no era una buena carta de presentación para enfrentarse al *avtorityet*^[15] local.

—Señor, el tipo dice que se llama Zed... Sí señor, ahora mismo... Sí.

Sin esperar una indicación, Zed se terminó el whisky y se levantó del taburete. Todo estaba en calma entre sus piernas. Sacó la cartera para pagar la bebida, pero un gesto de la lagartija lo detuvo.

—No, no, por favor. —Llamó a la camarera y señaló el vaso vacío—. Apunta su consumición en la cuenta del jefe.

Zed no le dio las gracias y el otro no esperó que lo hiciera.

El gigante que vigilaba la puerta en la pared de espejos, y que desde luego no era Andrey Bogdanov, miró al recién llegado con la meticulosidad de quien busca armas escondidas bajo la ropa, y pese a que Zed estuvo seguro de que había localizado el Finka en el tobillo, se hizo a un lado y los dejó pasar.

El tipo que había visto a la entrada era grande, los que vigilaban la barra, también, y la lagartija tatuada tenía más músculos de lo que aparentaba, pero ninguno de esos le preocupaba; aquella clase de gorilas eran más apariencia que amenaza. El que lo observaba ahora en la penumbra de la habitación era otro cantar. Metro noventa y cuatro, ciento y pico kilos, pura fibra vestida de negro, gesto feroz. Su tamaño lo haría lento en un cuerpo a cuerpo, pero con que uno solo de sus puños diera en el blanco, sería el final.

Zed se complació con el tacto del cuchillo en la pierna, y echó un vistazo a su alrededor. Lo que desde fuera parecía una pared de espejos era en

realidad un cristal opaco a través del cual se veía el interior del local: las chicas en el escenario, los clientes y la barra. La luz de los focos multicolores que se colaba a través de él generaba ondas en las paredes negras, como reflejos en una piscina, y era toda la iluminación que necesitaba aquel cuartucho de dos por dos para impedir ser detectado desde fuera, para permitir ver sin ser visto.

—Deje aquí sus armas, por favor. —El grandullón señaló la única mesa de la habitación—. Lo que lleve en el tobillo.

—No.

—Nadie entra armado a ver al jefe.

—Y yo no me separo del Finka.

Los hombres dirigieron una mirada furtiva a su tobillo derecho. Todos habían oído hablar del Finka, aunque era probable que ninguno hubiera visto en persona el legendario cuchillo. Aquella arma, nacida en Finlandia como herramienta polivalente, había sido modificada para el uso criminal por los primeros *vory*^[16] de principios del siglo XX, y más tarde adoptada por el ejército rojo. Era un arma vieja y sencilla, comparada con los imponentes cuchillos militares de la actualidad, pero era tal su leyenda que todavía hacía temblar a quien conocía su nombre.

La lagartija tatuada vaciló durante unos segundos de tenso silencio, hasta que algo le dijo que era mejor hacer caso a aquel tipo que se comportaba como si el mundo le perteneciera, de modo que, sin esperar una orden, se dirigió hacia una puerta al fondo y desapareció tras ella.

Regresó al cabo de un minuto.

—Pase, por favor.

El despacho de Bogdanov lo deslumbró con su inesperada claridad. Era una habitación amplia, de paredes y techo blanco, suelo de parqué y salida de emergencia. La zona de trabajo, a la izquierda, contaba con una mesa de oficina y silla ergonómica; mientras que el área para reuniones informales, a la derecha, estaba montada alrededor de una mesita y un conjunto de sofá y dos sillones contra la pared. Las dos mesas eran de cristal. Todos los asientos, de cuero negro.

En la pared sobre el sofá, una docena de televisores en cuadrícula de seis por dos reproducían las imágenes de las cámaras de seguridad dispuestas por el club, incluidas dos en los vestuarios de las chicas. De las otras paredes colgaban cuadros de arte moderno que no le dijeron nada.

Andrey Bogdanov, el *avtorityet* de la división de Los Ángeles, se

dirigió hacia él con el brazo extendido y gesto serio.

—Zed —saludó, al estrecharle la mano—. Es un honor.

Cuarenta y tantos años, pelo castaño con mechas rubias. Los ojos azules brillaban en un rostro curtido por horas de sol. Se mantenía en forma y vestía con ostentación, con aquel estilo hortera que algunos de sus compatriotas consideraban el colmo de la elegancia: traje de seda azul, corbata roja, Rolex de oro y unos zapatos marrones que podían iluminar por sí solos todo el local.

Zed no necesitó ver más. Había conocido centenares de hombres como aquel y ya sabía lo que podía esperar. En su garganta se dibujó una mueca de desprecio que no se reflejó en los labios.

—Señor Bogdanov —lo saludó, en ruso.

El apretón de manos, al menos, fue firme.

—No, no, tutéame, por favor —respondió aquel en el mismo idioma—. Estamos entre amigos. Lamento no haber salido a recibirte. No sabía que eras tú, yo... te imaginaba mayor.

Zed asintió, le pasaba mucho. Treinta años no parecía edad suficiente para el currículo que llevaba a cuestas, pero se debía a que había empezado pronto. Muy pronto. Su rostro aniñado tampoco ayudaba, pero no era algo que pudiera remediar y, si era sincero, que sus enemigos lo subestimaran resultaba un arma más efectiva que cualquier pistola.

Bogdanov le ofreció algo de beber al tiempo que señalaba la silla ante la mesa de despacho, pero Zed rechazó ambas cosas y ocupó el centro del amplio sofá en el lado opuesto de la sala. Con una risita nerviosa, el *avtorityet* se instaló en el sillón anexo.

—Espero que hayas tenido un buen viaje.

—¿Este sitio es seguro?

—Sí. Sí, por supuesto. Siempre está vigilado. No te preocupes.

Era imposible no preocuparse. Tenía un cuchillo en el tobillo y asuntos sucios que tratar.

Miró a la lagartija.

—Déjanos solos —ordenó Bogdanov, regresando al idioma local.

Zed confirmó sus sospechas. Aquel tipo llevaba en el cuello una frase escrita en cirílico, pero no hablaba ruso. Farsante.

—Cuéntamelo —ordenó en cuanto se quedaron a solas.

Bogdanov cruzó las piernas.

—Los encontraron ayer por la tarde. Todo parece indicar una sobredosis de heroína durante una noche de... —Su mano se agitó en el aire en

busca de una palabra que no localizó—. Ya sabes...

—Dime lo que no sé.

—Pues...

Bogdanov dudó, pero Zed no dijo más. Era un hombre silencioso. Ya de pequeño prefería la soledad al bullicio de los chicos del barrio, que decidieron tomarla con el niño raro sin imaginar la reacción que eso provocaría. El mundo no perdió nada, pero lo ganó a él, tan malo como eso sonara. Con el tiempo, su silencio innato había resultado ser un arma de gran efectividad. La gente arrancaba a hablar para defenderse de su mirada, y acababan diciendo lo que no habían pensado decir. Justo lo que él necesitaba saber.

—No se acostaban —arrancó Bogdanov, estirando la manga blanca de la camisa—. Díselo a Maksimov, yo nunca lo habría permitido. No. Y... Nunca dio problemas. Yo casi ni la conocía. Solo la vimos una vez, cuando llegó. Georgy, el que has visto fuera, el que te trajo, eh... Él y yo la recogimos en el aeropuerto, la ayudamos a asentarse. Ya sabes, por si necesitaba algo... Pero nada más desde entonces.

Zed tomó nota en su cabeza. Aquellos hombres habían conocido a la chica. No se fiaba de ninguno de los dos.

—¿Se pinchaba?

Bogdanov se restregó la nuca. Pese a que el aire acondicionado mantenía el despacho a una temperatura propia de Moscú, su piel brillaba empapada en sudor.

—No. No lo creo. Summer dice que no.

—Summer. —Recordó el nombre que había hecho enrojecer de rabia a Maksimov—. Tu chica. La que pusiste a vigilar a la hija del señor Maksimov. La *stripper*.

—Yo solo... —El hombre en el sillón tragó saliva, una bola dura que le abultó la garganta. Su mirada recorrió el despacho que había ocupado los últimos años como si fuera la última vez que lo veía. De su respuesta dependía que tuviera razón—. Zed, te juro que pensé que era la mejor opción. Tenían una edad parecida, a las dos les gustaba bailar... Y acerté, ¿no? Estuvieron juntas todo este tiempo, y Summer me daba informes todas las semanas. Todo iba bien, nada hizo sospechar que...

—¿Sabe ella algo de lo que pasó?

—No. No lo creo... No sé, tendrías que verla, no hace más que llorar... No creo que sepa nada, la he interrogado con minuciosidad.

El enviado de Moscú no preguntó qué significaba «interrogado con minuciosidad», lo sabía de sobra, pero él podía ser más minucioso.

—Háblame de los guardaespaldas.

—Pues... Maksimov los eligió específicamente para cuidar de la chica, y si él confiaba en ellos, yo también. Nunca me dieron razones para no hacerlo. Ni drogas ni broncas ni putas... Eh... Uno... sí, Yegor Popov... Bueno, ha desaparecido. Puede que Radimir sepa dónde está.

—No lo sabe.

—¿Está...?

—Está como el señor Maksimov quiere que esté.

El *avtorityet* tardó unos segundos en asimilar aquella respuesta, segundos en los que analizó de arriba abajo a su interlocutor y comparó su reducido tamaño con el de la bestia que era Radimir Lagounov. Zed se inclinó hacia él y Bogdanov retrocedió.

—No me preocupa Radimir —continuó en un susurro, casi una confidencia—. Ni Yegor. Tenemos a gente buscándolo y pistas sobre su paradero. Lo que quiero es al asesino de Ekaterina Maksimova.

Se abstuvo de decir que también quería al propio Bogdanov en cuanto descubriera si la muerte de la chica se había debido a su incompetencia o, peor aún, a una traición. El gran jefe odiaba a los traidores más que a nada en el mundo.

—Lo entiendo, lo entiendo, claro.

—¿Qué hay del negocio?

Bogdanov se incorporó en el asiento y emitió un suspiro con las cejas arqueadas varios centímetros sobre la frente. Zed torció el gesto, ahora venía la típica retahíla rusa sobre problemas y dificultades que casi nunca eran reales. Por si presumir de buena fortuna tentaba al karma. Por suerte, Maksimov ya lo había puesto al corriente sobre los informes de situación que su delegado californiano le hacía llegar, y no por nada este ganaba un sueldo de cinco ceros a la semana.

—Un infierno. La policía nos está jodiendo todo el rato y hay un millón de gilipollas que quieren hacerse con un pedazo del pastel. Chicanos, amarillos, moros... Es una guerra constante.

—¿Alguna operación que haya salido mal últimamente?

—No, pero...

—¿Han detenido a alguno de los nuestros?

—No, eso no...

—¿Algún enfrentamiento con chicanos, amarillos, moros u otras organizaciones?

—No, ninguno, pero... los Lyagushkin...

—El señor Maksimov me ha dicho que colaboras con ellos en el tema de la droga.

—Sí. Sí.

—¿Ha habido algún problema?

Bogdanov retrocedió en la silla y bajó la cabeza.

—No. Todo está tranquilo.

—¿Seguro?

El gran jefe californiano lo miró a los ojos y asintió con resignación.

A su pesar, Zed tuvo que admitir que aquel individuo debía de ser un gran diplomático si conseguía mantener la paz con todas las bandas que se disputaban la ciudad. Por algo Maksimov confiaba en él para la división de Los Ángeles. Aunque eso no lo ayudaba. No tenían ningún problema, pero sí una chica muerta.

—A partir de ahora me encargo yo —concluyó—. Pero nadie debe saberlo. Dirás a tus hombres que he venido a seguir la investigación y repatriar el cadáver. ¿Entendido?

—Entendido. Claro.

Andrey Bogdanov se puso en pie con ligereza. Atravesó el despacho hasta el mueble bar, sacó una botella de vodka de la nevera y la levantó en el aire.

—Toma un trago conmigo, Zed, brindaremos por tu llegada y porque puedas solucionar todo este asunto.

Vodka, siempre vodka. Vodka para brindar, vodka para comer, vodka para cenar. Zed estaba hasta los cojones del vodka y lo último que le apetecía era tomarlo con aquel imbécil, pero era un trámite protocolario más, como lo había sido aquella reunión de la que podría haber prescindido.

Bogdanov sirvió las bebidas en vaso ancho, le tendió una y alzó la suya en el aire.

—Que sea corto —interrumpió Zed. A los rusos les encantaba alargarse en brindis eternos, y él no tenía tiempo ni ganas de perderlo allí. A Maksimov jamás lo habría cortado de esa manera, pero Bogdanov no era Maksimov.

Su anfitrión parpadeó, sorprendido y frustrado por quedarse sin pronunciar el discurso que, sin duda, llevaba horas ensayando. Tras unos segundos se conformó con el clásico:

—За Ваше здоровье!^[17]

—За Ваше здоровье!^[18]

Chocaron las copas. Bebieron.

—Bien, pues... Bienvenido a la ciudad, Zed, estás en tu casa. ¿Por qué no eliges a una de las chicas y pasas un rato con ella? Va de mi cuenta, por supuesto, como regalo de bienvenida.

La imagen de la bailarina de cuero acudió a su memoria, pero Zed la rechazó. No estaba allí para divertirse. Quizá cuando todo acabara, aunque probablemente tampoco entonces. El último muerto era su billete de vuelta a casa.

—Quiero hablar con Summer.

Bogdanov inclinó la cabeza.

—Claro. Claro —dijo, pero no se movió de donde estaba. El vaso vacío temblaba entre sus dedos.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Nada, es que... Bueno, ella... Es nuestra mejor bailarina, las consumiciones suben un treinta por ciento cuando baja del escenario, ¿me entiendes? Y...

Zed no se molestó en dar una respuesta. Bogdanov temía que desfigurara a la chica, pero la chica ya estaba muerta. Bogdanov estaba muerto. En realidad, contaba con una enorme lista de personas que ya estaban muertas sin saberlo. Radimir Lagounov había sido el primero. Yegor Popov iría después, en cuanto lo encontrara, y lo encontraría tarde o temprano. Luego Bogdanov, Summer... Con un poco de suerte, alguno de ellos sería el asesino de Katya. Si no, otro nombre más a la lista. Pero lo primero era averiguar qué sabía cada uno.

Lo primero era la stripper.

La lagartija llamada Georgy lo acompañó de vuelta al club, a las luces parpadeantes y la música atronadora. Se movía entre mesas y butacas como un perro guardián apenas retenido por una correa demasiado tensa. La gente esquivaba su mirada, los clientes, que no lo conocían, y las chicas, que lo conocían demasiado. Evitaban cruzarse con él, incluso si tenían que dar un rodeo para alejarse de su camino.

Continuaron hasta la puerta del lateral izquierdo del escenario, donde

intercambió unas palabras con el vigilante de seguridad. Este era un tío grande, aunque no tanto como el que cuidaba del despacho del jefe. Miró al desconocido, asintió a lo que le dijo su compañero y les permitió el paso.

Un corredor oscuro, toscamente iluminado por bombillas de luz negra, se alejaba en línea recta hasta una puerta cerrada a unos metros de distancia. Al atravesarla, los dos hombres hubieron de entrecerrar los ojos para acostumbrarse a la claridad. Se encontraban en una habitación cuadrada y deslumbrante, de muros blancos y luces fluorescentes, que olía a cerrado, a sudor y a abandono, el que desprendían la pintura descascarillada, los carteles de revistas mal pegados a la pared, la mesa de publicidad de refrescos, decorada con rayones y rodeada por cuatro sillas de plástico de diferentes juegos. Un sofá marrón con la tela raída llena de manchas y quemaduras de cigarrillos se encogía contra la pared.

Georgy se giró hacia Zed, y este se dio cuenta, por primera vez, de que sus ojos no eran negros, como había creído distinguir en el exterior, sino azules, un tono tan oscuro que lo mismo podía estar mirando desde el fondo de un pozo. El hombre lagartija de ojos oscuros y piel mordida abrió la boca para decir algo, pero, en ese momento, una puerta se abrió a su espalda y dos chicas la cruzaron. Las dos eran rubias y vestían diminutos bikinis de colores brillantes. Miraron a los intrusos con curiosidad, sobre todo al desconocido, y continuaron de largo, dejando entre ellas y el hombre de Bogdanov tanto espacio como la pared les permitió.

—¿Conoció a Ekaterina? —preguntó Zed cuando se quedaron solos.

Georgy lo apuntó con una mirada feroz.

—No.

Zed asintió. Justo la mentira que esperaba.

—¿Nunca la vio?

—No —repitió la lagartija, luego giró sobre sus talones y se alejó hacia la puerta por la que habían entrado las dos chicas—. Espere aquí. Avisaré a Summer.

La música que llegaba desde el escenario retumbaba en las paredes como si cada golpe de batería fuera un mazazo contra la habitación. Aunque el volumen era bajo y les permitiría hablar sin impedimentos, no le gustaba la idea de hacerlo en aquella sala que era, por lo visto, zona de paso, pero tampoco tenía mejor alternativa. Allí dentro estarían más tranquilos que en el exterior, y mucho más que en el despacho de Bogdanov, en el que ella jamás dejaría de verlo como a un enemigo enviado de Moscú.

La lagartija regresó a los pocos minutos acompañado de una mujer. Largo pelo castaño, vestida de cuero. Zed tuvo que tragarse una carcajada triste. Era asombroso que la vida aún pudiera darle aquel tipo de sorpresas, y, sin embargo, no le extrañó; así eran las cosas a veces, puñetazos a la mandíbula. La amiga de Katya a la que debía interrogar y matar no era otra que la bailarina que había visto sobre el escenario. Lástima. Una verdadera lástima.

—Señor, eh... Zed. Esta es Summer.

La chica dio un paso al frente. Sonreía con confianza, aunque algo en su expresión delataba su nerviosismo. Zed supo que la habían advertido acerca de él y se preguntó qué le habría dicho el tal Georgy, si ni siquiera este sabía la verdad.

Su duda se vio relegada por una profunda admiración de su belleza. A esa distancia era mucho más hermosa de lo que le había parecido en el escenario. Detrás del maquillaje negro, sus ojos brillaban del color del whisky. Sus labios eran gruesos y el carmín, pese a resaltarlos, no era más que un estorbo que le impedía apreciar con detalle la tentadora carnosidad de su piel. Se preguntó si lo reconocería del bar, si recordaría su cara y el modo en que había bailado para él, cantando juntos la canción, pero ella no dio muestras de hacerlo.

—Encantada de conocerlo, señor Zed.

—Zed, a secas —la corrigió.

—Zed —repitió ella, recogiendo un mechón de cabello tras la oreja.

Fue un gesto tan suave que tuvo ganas de soltárselo para que lo repitiera, pero algo en su rostro interrumpió su fantasía. No había maquillaje que cubriera aquello, la hinchazón en la mejilla, el tono violáceo en la piel, lo que había identificado como una boca carnosa y que no era más que el efecto de un labio partido. «Interrogada con minuciosidad». Aunque ya lo habían avisado, tuvo que controlarse para no golpear al hombre que los observaba de cerca y que quizá no tuviera nada que ver con aquellos puñetazos.

—Déjanos solos.

La lagartija dirigió una significativa mirada de advertencia a la chica, que ella fingió ignorar, y abandonó la estancia.

Zed señaló el sofá un segundo antes de recordar las manchas oscuras que lo tapizaban. Demasiado tarde para cambiar de idea, se dijo que eran de sangre. La sangre no le daba asco.

Ella se sentó y cruzó las deliciosas piernas con elegancia. Él clavó la

mirada en sus pies, enfundados en los mismos tacones de aguja con los que había bailado, e imaginó que se los quitaba y lamía la piel desde los dedos hasta el mismísimo comienzo de los muslos, el estómago, los pechos, la boca. Ella sonreía seductora cuando sus ojos volvieron a encontrarse. Fingía bien, muy bien. O quizá fuera de verdad así de fuerte. Una mujer que trabajaba para alguien como Bogdanov tenía que serlo por obligación. ¿Cómo iba a lograr que confiara en él?

—¿Cuál es tu nombre?

Ella sonrió, confusa.

—Summer.

—No, tu nombre real.

No era descabellado que una madre, al dar a luz una niña tan hermosa, la hubiera llamado Verano, pero ninguna *stripper* usaba su nombre real. Por seguridad, por orgullo, lo que fuera. Estaba seguro de que esa chica no se llamaba Summer, y ella se lo confirmó.

—Tessa —pronunció en voz baja, casi como un vergonzoso secreto.

«Tessa».

—Gracias.

Ella sonrió, pero en seguida los ojos se desplomaron al suelo. Él se preguntó cómo abordarla. No podía ser él mismo, no valía intimidar o amenazar. Al menos, todavía no. Necesitaba que ella se abriera a él, que le confiara los secretos de Ekaterina, de Bogdanov, lo que sabía de la organización. Tenía que presentarse como un hombre amigo sobre el que llorar, pero por Dios que no tenía ni idea de cómo hacer eso.

—No me tengas miedo —pidió.

Ella negó repetidas veces.

—No lo tengo.

—¿Qué te ha dicho sobre mí?

La chica desvió la vista, como si buscara al hombre del que hablaban, y al no encontrarlo la volvió a fijar en su interlocutor.

—Nada —respondió. Él arqueó una ceja, y ella se rindió con una sonrisa dulce—. Que vienes de parte del señor Maksimov por lo de Katya.

—Solo vengo para encargarme de la repatriación. Averiguar cómo van las cosas con la policía y si han descubierto algo, nada más.

Fue ella la que no creyó sus palabras.

—¿Nada más? ¿No vienes a...

No fue capaz de terminar la frase, pero tampoco hizo falta.

—No vengo a matar a nadie.

—Pero alguien lo hará, ¿verdad? Vengarla.

—¿Te gustaría que lo hicieran?

Tessa se miró las manos, entrelazadas sobre los muslos, y él se fijó en las lágrimas que asomaban a sus ojos.

—Se merece que alguien la vengue. No debería haber muerto, y menos así. Ella no...

Zed esperó. La táctica del silencio siempre funcionaba. Pero los minutos pasaron sin que la chica volviera a abrir la boca, por lo que se arriesgó a dar el primer paso.

—¿Erais muy amigas?

La bailarina suspiró. Alzó el rostro triste y se recogió el cabello tras la oreja.

—Espera aquí.

Se levantó y desapareció por la misma puerta por la que había llegado. La habitación, de pronto, se le antojó a Zed más sucia que antes, más oscura. Quizá por la consciencia del infausto destino que aguardaba a aquella chica, o por el retumbar cargante de los bajos de la música contra las paredes.

Cuando regresó traía el teléfono móvil en la mano. Trató de desbloquearlo con la huella, pero sus dedos temblaban y la pantalla mostró un error. Con un chasquido de protesta, la chica entrelazó cuatro puntos en el entramado de seguridad y lo desbloqueó. Accedió a una página de Instagram llena de fotografías. En el ochenta por ciento de ellas, aparecían las dos chicas juntas: en la playa, por la calle, en un restaurante, en un bar, vestidas con trajes de ballet... El otro veinte por ciento se lo disputaban paisajes, comidas y un perro con aspecto de chucho, de pelo largo blanco y negro, que ganaba por goleada a los otros dos elementos.

—Mi mejor amiga —dijo la bailarina, y, por un instante, Zed pensó que hablaba del animal.

—Ya lo veo.

—Yo hice lo que Bogdanov me ordenó... —El modo en que lo miró al pronunciar esas palabras fue una súplica de piedad. Él se mantuvo impassible, como si no lo hubiera entendido, y ella continuó—. Me hice amiga de ella, pero luego... Luego me hice amiga de verdad.

Zed volvió a observar las fotografías. No había mentira en aquellas sonrisas, en aquellos ojos brillantes. Tessa y Ekaterina eran amigas, en efecto, pero eso no significaba que la chica no tuviera información importante. Ni que

fuera inocente.

—Háblame de su guardaespaldas.

Ella afiló la mirada como un puñal, y la luz del techo dibujó un punto blanco en el dorado de su iris.

—No me importa lo que digan, Katya no se acostaba con él, con ninguno de ellos. Tuvo que ser un montaje. Ella nunca se habría acostado con ese tío.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque los odiaba —respondió con una sonrisa que el dolor, aunque disimulado, interrumpió—. La seguían a todas partes, no la dejaban salir ni divertirse. Le pidió a su padre que se los llevara de vuelta a Moscú, e incluso hicimos juntas varios cursos de defensa personal, pero él no quería ni oír hablar de eso. —Se encogió de hombros con tristeza—. Supongo que tenía razón ¿verdad? Aunque al final no sirvió de nada.

Zed tomó nota mental de lo que acababa de oír. Maksimov le había proporcionado toda la información posible sobre su hija, pero ahí había un dato que se le había escapado.

—¿Katya hizo un curso de defensa personal? No lo sabía.

Tessa dejó escapar una risilla traviesa.

—Su padre se enfadó mucho cuando ella le habló de la primera clase, y le prohibió que hiciera más, pero a las dos nos había gustado y nos escapábamos para ir. Dimos diez clases en total. Sus guardaespaldas sabían que nos largábamos, a ella le encantaba restregárselo por las narices cuando volvía y se los encontraba en el coche, vigilando una casa vacía, pero nunca supieron a dónde íbamos.

Ahí estaba la respuesta a las misteriosas desapariciones de las que había hablado Radimir. Aunque si desaparecían para eso, podían hacerlo para otras cosas también. Menudos guardaespaldas estaban hechos aquellos tres. Diez desapariciones explicadas. Diez clases de autodefensa. No era mucho, no lo suficiente para librarse de un asesino profesional, pero era un dato y todos los datos son importantes.

Se inclinaron de vuelta al móvil. Se había apagado, pero Tessa repitió el gesto en la pantalla de bloqueo y la activó. El rostro sonriente de las dos chicas iluminó la habitación.

—¿La conociste? —preguntó ella, sin alzar la mirada.

Zed repasó los rasgos de la joven en las imágenes. La conocía desde que ambos eran pequeños, pero apenas había tenido contacto con ella.

Maksimov se esforzaba mucho por mantener sus dos vidas separadas.

—Sí.

—¿Cómo era cuando estaba en Moscú? Siempre dijo que algún día me llevaría, pero...

Los ojos de Tessa se humedecieron de nuevo, y Zed se planteó no contestar. Él no estaba allí para responder preguntas. Pero lo hizo.

—Era una... Una mimada. —Observó a Tessa con temor de haberla molestado, pero la chica se echó a reír.

—¡Sí! —afirmó—. Eso también lo era aquí.

Más tranquilo, él continuó:

—Su padre hacía cualquier cosa por ella, y más después de la muerte de su otro hijo. Aunque Katya ya era la niña de sus ojos antes: le compraba todos los caprichos, le dejaba hacer lo que quería. Ella lo manejaba a su antojo, pero también lo adoraba.

Tessa ladeó la cabeza con interés.

—No hablaba mucho de él, aunque siempre lo hacía con cariño. Y también de su madre. ¿Cómo está?

—No lo sé —admitió él—. Maksimov me mandó aquí en cuanto se enteró de lo ocurrido, pero supongo que mal.

Tessa asintió.

—¿De verdad no has venido a...?

—Te aseguro que no —insistió él—. Supongo que alguien se encargará de... Bueno, de vengarla, como has dicho, alguien de Bogdanov o quien sea, pero yo no. Yo solo vengo para el papeleo.

Permanecieron en silencio. Un minuto, dos.

Tessa miraba las fotos, recordando los momentos que ya nunca volverían. La primera lágrima le rodó por el rostro, y ella la secó con un gesto distraído que no olvidó evitar la zona golpeada. Era el momento. Zed le apartó la mano con suavidad para poder verla bien. Estaba hinchada, y bajo el maquillaje se intuía el círculo más oscuro del moretón. Podía imaginárselo sin dificultad; había visto, provocado y recibido suficientes puñetazos como para visualizar la gama de colores, desde el amarillo verdoso hasta el violeta oscuro que quedaba de recuerdo.

Ella lo miró avergonzada, y él no fingió ignorancia.

—¿Bogdanov? —Rectificó al instante, el gran hombre no se habría manchado las manos—. No, Georgy.

La rapidez con la que ella apartó la mirada lo confirmó antes de que lo

hicieran sus palabras.

—El Checo, sí —admitió, y Zed anotó aquel nuevo dato sobre la lagartija gilipollas.

La chica se apartó de los ojos un nuevo mechón de cabello, y Zed acarició con la mirada la línea de su rostro. Era el rostro más dulce que había visto jamás, pese a los moratones, la zona hinchada en la mejilla y el labio partido. El dorado de sus ojos brillaba como una joya auténtica en el cajón de un prestamista. No debería estar allí, no debería haberse visto envuelta en aquella situación, con aquella gente. Una chica como esa no debería bajar nunca del escenario que era su mundo. Pero allí estaba, y allí estaba él. Con una misión.

—Tessa —susurró—, ¿quién querría matarla?

Ella sacudió la cabeza y bajó la voz hasta que casi se rompió al contestar.

—Ojalá lo supiera. La policía me lo preguntó y... —Se calló tan rápido como se tensó su cuerpo—. No les dije nada. Te lo juro. Nada.

—¿Nada?

—No, nada. Ni de mí ni del club. El señor Bogdanov me exigió que no dijera nada, y yo no lo hice. De verdad. Ni lo haré mañana. Tengo que volver, pero no diré nada, te lo juro.

Zed apretó los labios. Ese silencio que ella creía una ventaja podía ser un inconveniente. Bogdanov, tan estúpido como aparentaba. ¿Acaso creía que la policía no descubriría la identidad de Katya y la relación de Tessa con su padre?

—Vale. Tranquila, no te preocupes por eso. Dime, ¿Katya tenía novio?

—No.

Demasiado rápido, demasiado tajante. Zed echó en falta una continuación a aquella frase: «No, no tenía tiempo» o «No, no había conocido a nadie» o «No, su padre no lo permitiría». Zanzar una pregunta así de rápido era cerrar una puerta para que no escapara la verdad.

—¿Algún enemigo?

—No... —Ella suspiró un gemido—. Te juro que no. Ekaterina era la persona más dulce del mundo. Todos la querían. Ella era... Yo la quería más que a nada y no la volveré a ver. Y la última imagen que guardo de ella es su... con ese... y toda aquella...

Ya no pudo más. Se rompió del todo. Se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar como un dique resquebrajado por demasiadas grietas. Zed la

observó en silencio. ¿Era cierto? ¿Eran reales aquellas lágrimas? Lo parecían, pero no podía fiarse. Ocultaba algo, lo veía en sus ojos, pero ¿qué?

—Lo siento... —sollozaba ella, incapaz de parar—. No quiero, no...

Él aguardó inmóvil y en silencio mientras ella lloraba. Deseaba creerla. Pero no podía.

LA DESCUBIERTA

Sábado, 21 de julio – 09:57 h

Estación de policía de Los Ángeles Oeste. Los Ángeles,
CA

La sala de detectives de la comisaría de Los Ángeles Oeste era un agujero oscuro, bullicioso y sofocante. Nada que ver con el moderno edificio del FBI en Wilshire Boulevard, dieciséis plantas rodeadas de cristalerías que ofrecían vistas idílicas sobre el sucio cielo de la urbe. Aquella pequeña habitación no tenía ventanas y la única claridad procedía de las hileras de fluorescentes que recorrían el techo y que ocasionalmente interrumpían su constante zumbido con chasquidos como crujidos de huesos.

Para que pudieran trabajar juntos, el capitán había asignado a Poulsen el cubículo anexo al de la detective Delgado, un puesto que, por algún motivo, estaba vacío. De hecho, incluso la mesa de la detective estaba vacía. En medio de una cuadrícula de escritorios cubiertos de papeles, archivadores y objetos personales, lo único que había sobre el de ella era un teléfono y un ordenador; ni cuadernos ni fotos. Nada.

Lizzy llevaba toda la mañana allí, con los ojos clavados en la pantalla, tamborileando los dedos sobre el ratón cuando no movía la rueda arriba y abajo de manera compulsiva. Mike no se preguntó qué estaba haciendo, nada, repasar las fotografías de la escena del crimen o el informe forense preliminar, lo poco que tenían hasta el momento. Lo mismo que hacía él, revisar datos que ya conocía en los que no encontraría nada nuevo por mucho que los leyera una y otra vez. La respuesta no estaba allí. Quizá la traía consigo aquella chica que se acercaba entre las mesas con paso elegante.

Elizabeth se transformó al verla llegar. La rabia que había impregnado su mirada y sus gestos toda la mañana se vio sustituida en un instante por una sonrisa amable y una expresión natural y abierta.

—Hola, Tessa, me alegro de verte. ¿Cómo te encuentras?

Una pregunta estúpida donde las hubiera, pues el rostro de la chica era

la viva imagen de una mala racha: ojos enrojecidos y marcas oscuras bajo los párpados que el maquillaje no lograba cubrir. Como tampoco cubría un labio hinchado, una cicatriz en la ceja y una mancha violácea sobre el pómulo.

Los puños del federal se contrajeron sin que él se diera cuenta. Odiaba a los tíos que pegaban a las mujeres, los odiaba con toda su alma, y alguien había golpeado a aquella chica después de lo que había pasado. La pregunta era: ¿tenían relación ambos hechos? La familia Maksimov estaba de por medio. Apostaba el culo a que una cosa y otra tenían relación.

—Te agradecemos mucho que hayas venido —insistió la detective, ante la mueca triste de la joven—. Te prometo que no tardaremos nada.

Elizabeth trataba de relajar a la chica para que no tuviera miedo, pero ya no parecía la cría asustada que había perdido a su mejor amiga dos días atrás. Su postura era firme y mostraba una distancia prudente en los ojos. Mike se preparó para cualquier cosa, aquel cambio podía significar que venía con un plan preparado o que alguien la había asesorado sobre lo que debía decir. Una vez más, el apellido Maksimov acudió a su mente. ¿Podían haberse puesto en contacto con ella los hombres del padre de Ekaterina, este mismo en persona? Los moratones de su cara indicaban que así era, y la expresión decidida sugería que habían logrado su objetivo.

La detective señaló hacia un pasillo que se alejaba de la zona principal.

—Iremos a otra sala para que estés más cómoda, ¿de acuerdo?

Tessa se encogió de hombros y Elizabeth abrió la marcha. Mike se señaló el ojo para indicarle lo que había visto cuando pasó ante él, pero ella no hizo ademán de responder y él se quedó sin saber si lo había entendido.

La bailarina caminaba con la espalda recta y el cuello erguido, desnudo por debajo del moño que sujetaba su cabello tan tirante que dolía verlo, la cabeza alta con la elegancia de una cinta de seda. Una al lado de la otra, las dos mujeres parecían un dúo cómico, la esbeltez frente a la dejadez absoluta. Tessa Britton frente a Elizabeth Delgado, con sus eternos vaqueros, una camiseta amplia, los rizos atados en una coleta desastrosa y la espalda tiesa como si estuviera lista para saltar contra alguien.

La sala de reuniones del departamento era tan suntuosa como el resto de la estación. Nada. Una habitación pequeña y sin ventanas, con una larga mesa de madera oscura rodeada por una docena de sillas. Un televisor en una esquina y, en la pared, una pizarra blanca que todavía mostraba el recuerdo desdibujado de la última junta.

—¿Quieres un café, Tessa? ¿Té?

La chica negó y la detective no repitió el ofrecimiento al agente. Él reprimió una sonrisa ofendida. No sería fácil trabajar con aquella tía. No, señor. Anheló poder salir un instante a fumar un cigarro, se avecinaba una mañana larga.

Durante los siguientes minutos, Elizabeth se enzarzó con la bailarina en una conversación trivial sobre qué tipo de danza le gustaba, cuál era su bailarín favorito y otros asuntos de los que él no tenía ni la menor idea y, sospechaba, la detective tampoco. Pero estaba bien, era una maniobra clásica, lograr que la joven se relajara hablando de temas con los que se sentía cómoda, bajar sus defensas para que no fuera capaz de reaccionar a los ataques, preguntas que caerían como balas dispuestas a descubrir lo que sabía, lo que no sabía que sabía y, sobre todo, lo que no quería que ellos supieran.

Después de esos minutos, y tras pedirle permiso, como si la chica tuviera posibilidad de negarse, la detective encendió la grabadora, ubicó la declaración con fecha y lugar, se identificó a sí misma y al agente especial Poulsen, y comenzó con la entrevista.

La bailarina se presentó con su nombre completo, Theresa Ann Britton, y repitió la historia que les había contado en el escenario del crimen: había ido a ver a su amiga, extrañada de que faltara a clase, y se la había encontrado muerta y con la música a todo volumen, un tipo de música que no le gustaba. No había tocado nada. No había visto a nadie. No creía que hubiera desaparecido nada de la casa. No se acostaba con el guardaespaldas. No se drogaba. No imaginaba que nadie quisiera hacerle daño. Cada pregunta llevaba a un callejón sin salida y acrecentaba el nerviosismo del agente federal. La detective trataba el caso como una muerte por sobredosis, y él sabía que no se limitaba a eso. Lo peor era que ella también.

—Dime, Tessa, ¿sabes quién era Katya? —Soltó el collar y se adelantó sobre la mesa. La joven lo miró sin entender la pregunta—. Me refiero a su familia —explicó él, ignorando la expresión furiosa que oscureció aún más los ojos de la detective.

Tessa negó con la cabeza. Era mentira, por supuesto, y él no se dejaría engañar con tanta facilidad como parecía haber hecho su compañera.

—¿No lo sabes? Una chica con dinero, guardaespaldas, llegada de Rusia. ¿Nunca te preguntaste cuál era su historia, nunca te lo contó?

Tessa negó de nuevo. Apretaba los dientes, entre incómoda y enfadada.

—Me dijo que su padre era un hombre importante en Moscú —respondió—. Siempre creí que era político.

Mentira, mentira. Su cerebro brillaba con luces rojas que resplandecían con cada mentira. Si tenía que presionarla lo haría.

—¿Quién te ha golpeado?

La chica se llevó la mano hacia el morado de la cara. Fue un movimiento instintivo, y trató de bajarla al percatarse de lo que había hecho. Cuando entendió que era demasiado tarde, la dirigió al moño, lo arregló y la retiró lentamente.

—Eso es asunto mío —respondió—. ¿Hemos terminado ya? Les he contado todo lo que sé.

—No, todavía no. —Ella cruzó los brazos, desafiante, y él aceptó el reto—. ¿Dónde estabas el jueves cuando Katya murió?

Tessa arqueó las cejas. Era una pregunta que todo el mundo había oído alguna vez en televisión, pero el efecto en persona era devastador. Sí, sospechaban de ti. ¿Dónde estabas?

—En... No lo sé. En la academia, supongo.

Sus dedos retorcían de forma compulsiva un mechón de cabello castaño que había extraído del recogido.

—Es verdad, la academia. La Academia Clásica de Artes Escénicas de Los Ángeles, ¿verdad? Un nombre precioso. Y allí das clases. Te empeñas en repetir que eres bailarina, pero no es así, eres profesora de baile.

Elizabeth lo observaba con mirada de fuego. Lo odiaba. A veces él también se odiaba a sí mismo, no lo iba a negar, pero si no metes el dedo en la herida, no sale la sangre.

—No, yo... Yo bailo por la noche.

—¿Sí? ¿Dónde?

La chica tragó saliva y retorció el mechón de pelo que era cada vez más grueso.

—En un club. En Van Nuys.

Él se carcajeó.

—¡Eres una *stripper*!

—Soy bailarina.

—¿En Van Nuys? Te desnudas para los clientes, Tessa. Eres una *stripper*.

Ella no contestó. La diferencia estaba mucho más clara en su cabeza de lo que podía estar en el mundo real. Se llevó la mano a la cara y se secó la humedad que brillaba en sus ojos.

—Oigan, en la academia no saben que...

Claro que no lo sabían. Una prestigiosa academia de danza no permitiría que una *stripper* se contara entre sus profesoras, pero eso no era asunto de ellos. Lo importante era lo otro. Un club en Van Nuys.

—¿Qué club?

Ella se aferró de nuevo al mechón rebelde.

—El Hot Corner.

El federal logró retener una carcajada entre los labios. El Hot Corner era un famoso local de *striptease*, centro de reunión y blanqueo de dinero de una de las familias de la mafia rusa que gobernaban la ciudad.

—¿Esperas que me trague que trabajas para el padre de Ekaterina y no sabías quién era ella?

La chica fingió una sorpresa que él no se creyó.

—Se equivoca, mi jefe se llama Andrey Bogdanov. El padre de Katya no vive aquí.

Mike asintió con una sonrisa.

—No, ya lo sé, preciosa, el padre de Katya vive en Moscú y dirige sus negocios desde allí, pero el Hot Corner le pertenece y tú lo sabes.

—Yo no sé nada de eso. Mi jefe es Andrey Bogdanov. No pretenderá que yo sepa quién está por encima de él ni a quién pertenece el negocio. Yo voy, bailo y me marchó a casa. Conocí a Katya en la academia y ni siquiera creo que ella supiera que ese sitio pertenece a su padre si es como usted dice.

Era una buena respuesta, Mike tuvo que admitirlo. La hija no tenía por qué conocer los negocios turbios del padre y una *stripper* no tiene por qué saber a quién pertenece el local en el que baila. Admiró su agilidad a la hora de responder, pero seguía convencido de que mentía. Aunque ¿cómo demostrarlo?

—¿Fue él quien te pegó? —Elizabeth acudió al rescate con un tiro certero. Bang, una bala lanzada con la precisión que a él le había faltado—. ¿Bogdanov?

Tessa cerró los ojos y asintió.

—¿Por qué?

La chica se humedeció los labios. Su cerebro trabajaba a toda velocidad, dudando entre decir la verdad o mentir de nuevo. Mike miró de reojo a su compañera. Ambos estaban preparados para cualquiera de las dos opciones.

—Les he mentado, ¿vale? —admitió la bailarina—. Sé que Maksimov es el dueño del Hot Corner, hace mucho que lo sé, pero ellos no sabían que yo

conocía a Katya. La otra noche se enteraron, y Bogdanov enfureció.

Elizabeth miró a Mike, pero este no le devolvió la mirada. Aquello empezaba a sonar a algo que le gustaba más escuchar.

—¿Por qué se enfureció?

La chica sonrió con resignación.

—Porque yo no debía ser amiga de la hija del jefe, soy una *stripper*. — Tessa se adelantó hacia ellos—. Oigan, es verdad que nos conocimos en la academia y que yo sabía quién era ella, pero no pensé que pasara nada porque fuéramos amigas, y no creí que su padre ni mi jefe tuvieran que enterarse. Me equivoqué y me llevé un puñetazo por mi error. Eso es todo.

—Está bien. —Mike se recostó en la silla y acudió al relajante tacto del collar entre los dedos. Tenía tantas mentiras en la cabeza que necesitaba poner algo de orden—. Empieza desde el principio, cuándo conociste a Katya, cómo. Cuéntamelo todo.

Tessa suspiró una vez más. Se enderezó el moño y tomó aire.

—Conocí a Katya hace dos años, en la academia, y nos hicimos amigas; ella estaba sola, acababa de llegar al país y siempre la seguían esos guardaespaldas a todas partes. Yo estoy harta de oír el nombre de Maksimov en el club, y cuando ella me dijo su apellido... Bueno, no creo que sean los únicos Maksimov en Rusia, pero todo encajaba.

—¿Y qué hiciste?

Ella lo miró como si aquella pregunta no tuviera sentido.

—Nada, ¿qué iba a hacer? No iba a decirles que mi mejor amiga era la hija del jefe. Me habrían matado.

La frialdad que se veía en sus ojos de avellana contrastaba con la angustia que los había empapado la tarde del crimen. Estaba acostumbrada al dolor, al menos al propio. Era el ajeno el que la había quebrado.

—¿Katya sabía que trabajabas en el Hot Corner?

—Sabía que bailaba en un club, pero nunca le dije en cuál.

—¿Por qué?

—Porque quería ir a verme, y yo no quería que lo hiciera.

—¿Por qué?

La chica frunció el ceño y unió la mirada condescendiente a la que ya le dirigía Elizabeth. Una y otra parecían convencidas de que era un estúpido. En cuanto Tessa respondió, tuvo que estar de acuerdo con ambas.

—Pues porque no quería que me viera así. Ella me conocía como una bailarina de ballet clásico. Bastante me costó contarle cómo me ganaba la

vida. No iba a permitir que me viera desnudarme en público de esa manera.

—Bien. Volvamos a Maksimov —propuso el agente—. ¿Qué sabes de él?

—¿De Maksimov? —Tessa rio—. Nada. ¿Qué cree que puedo saber? Su nombre suena de vez en cuando por el club, pero es como un fantasma al que todos temen y nadie puede ver. ¿Usted cree que yo sé algo de lo que sucede allí dentro?

Uno de los fluorescentes del techo chasqueó y el silencio se extendió a continuación por la sala. El agente Poulsen no sabía cómo continuar. Llevaba todo el rato luchando contra una sarta de mentiras y ahora todo resultaba ser tan... verdad.

—¿Sabes si ha ocurrido algo en el club? —interrogó Elizabeth—. Algo fuera de lo normal, algo que pudiera provocar una venganza hacia el jefe.

Con la mirada triste, Tessa negó.

—No.

—¿Y Katya nunca tuvo ningún altercado con nadie? —Si la muerte de la chica no estaba relacionada con el padre, tenía que deberse a otra cosa.

—No.

—¿Tenía novio?

—No.

—¿Amantes, amigos con derecho a roce, algo?

—No.

Mike no la creyó. Una respuesta tan concisa, tan rápida e incoherente. Mentira. Por fin una mentira.

—Venga, una chica tan guapa, seguro que había mil chicos que querían...

—No había nadie, ya se lo he dicho. Yo lo sabría.

—¿Por qué?

—Pues porque era mi mejor amiga. Si hubiera tenido novio me lo habría contado. Y no lo hizo. Katya no tenía a nadie más que a mí.

—¿Por qué te enfadas? ¿Eras tú su amante?

—Oh, por Dios. —Elizabeth retrocedió en la silla y dirigió una mirada incrédula a su compañero.

Tessa lo observaba con la misma expresión. Ambas mujeres se parecían de algún modo pese a lo diferentes que eran.

—Oiga, les he dicho todo lo que sé. Katya era la hija de Maksimov, llevaba tres guardaespaldas, era mi mejor amiga, y yo trabajo en uno de los

locales de su padre. Eso es todo. No éramos amantes —añadió como si la mera idea fuera ridícula—. No se drogaba, no tenía novio, no se acostaba con sus guardaespaldas, nunca me enteré de que nadie quisiera hacerle daño ni sé nada sobre los negocios de Maksimov. Ojalá supiera algo, ella no se merecía morir así, pero no sé nada.

Elizabeth y Mike intercambiaron una mirada y él asintió. Aquella perorata era casi lo primero que se creía en toda la mañana. A trozos.

EL ASESINO

Domingo, 22 de julio – 18:45 h

Metaline Falls, WA

La masa de carne y huesos que tenía ante sí no podía considerarse una persona a esas alturas, aunque todavía se agitaba y lloraba como tal. Zed estaba seguro de que Yegor Popov no había gritado nunca como las últimas ocho horas, y el martilleo que sentía en la cabeza era una consecuencia directa de tantos berridos. Y del cansancio. Se había comido veintiuna horas de carretera para llegar a aquel pueblucho de doscientos y pico habitantes en el estado de Washington, digno del mejor David Lynch, el lugar que Popov había elegido para intentar cruzar a Canadá.

El pobre idiota se había sorprendido mucho al verlo irrumpir en la cabaña abandonada en la que se escondía, como si realmente hubiese esperado escapar de él. Es imposible desaparecer cuando quien te busca tiene dinero de sobra y una organización con ramificaciones por todo el país. Sobre todo si pides ayuda a gente que pertenece a esa misma estructura. Las primeras pistas llegaron a Los Ángeles casi antes de que Radimir Lagounov pronunciara Canadá. Una localización, una pregunta, una respuesta: esconderlo en un sitio aislado, lejos de posibles testigos, y esperar. Zed estaba en camino. Yegor Popov nunca cruzaría la frontera y nunca regresaría a casa, si esa había sido su intención.

Regresar a casa. A Rusia. Debía de ser bonito tener un hogar al que ir a morir. A Zed le daba igual hacerlo en un sitio u otro, de una manera o de otra, ser enterrado, incinerado o tirado a un barranco. Nadie lloraría sobre sus huesos.

Nadie lloraría tampoco sobre los de Yegor. Ya casi no quedaban huesos sobre los que llorar.

La barraca en la que se encontraban había ofrecido refugio a una cuadrilla de madereros casi un siglo atrás, pero hoy solo quedaba un armazón de cuatro paredes de madera y los pocos muebles que habían sobrevivido al paso del tiempo: el esqueleto de una cama, varias sillas podridas y la

estructura desvencijada de una antigua cocina. El Finka dormía aburrido sobre la única mesa, visible y limpio, una promesa de la que el guardaespaldas apenas lograba apartar la mirada, y que Zed sabía que no cumpliría. Porque la muerte de Yegor no podía estar relacionada con él. De hecho, no podía siquiera parecer una muerte violenta. Difícil de lograr, visto el panorama. El cuerpo de Yegor Popov lucía rotos nueve dedos de las manos, tenía ambos hombros dislocados, el cúbito y el radio del brazo izquierdo partidos, el húmero del derecho, cuatro costillas fracturadas, las dos rodillas hechas puré, el fémur derecho, la tibia izquierda, uno de los tobillos triturado y la cara convertida en una máscara de gomaespuma. Imposible reconocer en ese bulto tembloroso una figura humana. Todo él supuraba sangre y otros fluidos que obligaban a Zed a trabajar con la nariz y la boca cubiertas bajo un pañuelo. Popov se había cagado y meado encima, y el hedor en la cabaña era tan insoportable que ni siquiera la ausencia de cristales en las ventanas lograba aliviarlo.

Al menos, el aire que entraba desde el exterior, aunque húmedo, era fresco; nada que ver con el calor asfixiante de Los Ángeles. El cielo era una masa negruzca del color del asfalto, que se perdía hasta el horizonte y amenazaba con una fuerte descarga de lluvia. Una tormenta de verano, quizás, que ya comenzaba a llover entre los árboles. En algún lugar en la distancia, el primer rayo acuchilló el firmamento, y dentro de la casa, acostumbrado al terror, Yegor Popov gritó.

Zed se volvió hacia él.

Tenía que resignarse, ni Radimir ni Yegor sabían quién había matado a Ekaterina. Sus historias coincidían punto por punto. La chica no tenía novio, no tenía enemigos, se escapaba de vez en cuando, pero no sabían adónde —él sí lo sabía, a las clases de defensa personal. ¿Solo a eso?—. No había ocurrido ningún incidente, ningún dato que pudiera ayudar a aclarar su muerte. Tanto grito para nada. Las respuestas coincidían también con la versión que le había dado Tessa, lo que resultaba un alivio temporal a la misión que tendría que ejecutar más temprano que tarde.

—Está bien, Yegor. Vamos a intentarlo una última vez.

El antiguo guardaespaldas de Ekaterina Maksimova rompió a llorar como un bebé arrebatado su juguete. Hecho pedazos, cubierto de lágrimas, sudor, saliva y litros y litros de sangre.

—No sé... nada. Le juro que no... sé... nada... Se lo juro...

Sus palabras no pasaban de ser un farfulleo confuso babeado sobre una

mandíbula descolgada, pero con las horas, Zed había aprendido a traducirlas. No sabía nada.

Aspiró a través del pañuelo y se inclinó sobre su víctima. Esta trató de retroceder, pero no tenía adonde huir. Sus muñecas y codos estaban amarrados a los brazos de la silla con unas vendas anchas y flexibles que no dejarían marcas. Igual los muslos y los gemelos. Las manos colgaban en el aire, inertes, sin fuerzas ya para retraerse ni huesos que aguantaran un puño cerrado. Yegor era un muñeco de trapo, y si quería hacerle más daño, Zed iba a tener que forzar su imaginación.

Tomó el dedo anular de la mano izquierda, el último que quedaba completo. Lo retorció y Yegor chilló un aullido que taladró los oídos de su torturador una vez más.

—Vamos a ver, Yegor, alguien se saltó la vigilancia de Isay, se coló en casa de la señorita Maksimova y los mató a los dos, sin testigos y sin huellas. Una persona que sabía a qué hora encontraría a Ekaterina sola en casa, y que supo cómo acceder a ella sin levantar las sospechas de Isay. ¿Está de acuerdo conmigo en que hablamos de un profesional?

—S... sí... —Yegor apenas lograba levantar la cabeza, pero con ella abatida sobre el pecho, se esforzó por asentir. Lloraba.

Zed soltó el dedo, que cayó inerte acompañado de todos los demás, y Yegor volvió a chillar. Le dolía hasta el aire que espiraba el asesino.

—Bien. Un profesional habría vigilado la casa, ¿no cree? Habría seguido a la chica y estudiado sus horarios, sus rutinas y sus costumbres. ¿Y me está diciendo que ninguno de ustedes se dio cuenta de eso?

—Le juro que... no...

Zed se incorporó. Yegor no mentía, no le quedaban fuerzas para eso. Además, si se hubieran dado cuenta de que alguien los seguía, habrían hecho algo, habrían avisado a Maksimov, habrían tomado cartas y él no estaría allí. Pero estaba. Si nadie había vigilado a Ekaterina, tenía que significar que no lo necesitaba, que ya conocía la casa, los horarios y las costumbres. Que era cercano a la víctima. Y solo se le ocurría un nombre.

—Está bien, Yegor, vamos a cambiar de tema. —Popov sollozó—. ¿Qué sabe usted de Tessa Britton, la amiga de Ekaterina?

Yegor trató de alzar la cabeza, pero no lo logró, así que se conformó con alzar los ojos, inyectados en lágrimas rojas.

—¿La... la baila...rina? Siempre... estaban... juntas

Zed descargó la mano sobre el hombro de Yegor, y este aulló de dolor.

La retuvo allí, apretando los dedos en el lugar en el que la articulación nunca volvería a funcionar. El guardaespaldas gritó y gritó hasta que Zed la apartó con el oído molesto.

—Eso ya lo sé, Yegor. ¿Cree que pudo tener algo que ver?

—No... —Popov tembló una negativa—. No... creo... Por favor, señor... por favor...

—¿Por qué no?

Los sollozos agotados sacudieron el cuerpo del hombre.

—Porque... no sé... no lo sé... eran... amigas...

—¿Sabe que era una de las chicas de Bogdanov?

De algún lugar, Yegor encontró las fuerzas para levantar la cabeza.

—No... —Y la cabeza cayó de nuevo.

—Lo era. La puso allí para vigilar a Ekaterina. ¿Nunca sospecharon de ella?

—Era...

—¿Qué?

—Amigas...

Amigas. Zed se alejó hasta la ventana rota por la que ya se colaba la lluvia. Los árboles ocultaban sus copas bajo la densa niebla, como si no quisieran ser testigos de lo que ocurría en el suelo.

Eran amigas. Sí, eso decía Tessa, eso decía Bogdanov, eso decían las fotos del Facebook y el Instagram y toda esa mierda social de Ekaterina. Eran amigas. Pero ¡joder! Ekaterina estaba muerta y nadie sabía nada. Yegor tampoco sabía nada.

Ya estaba harto.

—A la mierda —susurró.

Cogió el cuchillo de la mesa. El exguardaespaldas sollozó, entre el pánico y el alivio, pero Zed rodeó la silla y lo utilizó para cortar las ligaduras que ataban los brazos y piernas del despojo humano al asiento. Popov no se movió, no podía. Zed lo dejó donde estaba y salió al exterior. Había aparcado su coche junto a una estación eléctrica a casi un kilómetro de allí, y luego había ascendido a pie hasta lo alto de la montaña, oculto entre la vegetación. Yegor, en cambio, había recorrido los estrechos caminos de tierra hasta la cumbre con un 4x4 convenientemente prestado por los hombres de Maksimov, y que ahora aguardaba bajo el chaparrón. Zed caminó deprisa, luchando contra el viento y la lluvia cada vez más fuertes, y montó en él. Las llaves seguían en el contacto, en previsión de que su dueño tuviera que salir huyendo. Muy listo,

sí. Un auténtico cerebritito. Arrancó. No veía nada por el retrovisor, y el asiento se encontraba demasiado lejos del volante para su estatura, pero no los movió, no quedarían huellas de su paso por el vehículo. Metió la marcha y condujo hacia atrás hasta aparcar el culo lo más cerca posible de la puerta. Luego bajó, abrió el maletero y regresó al interior de la cabaña.

Yegor había intentado huir. Casi daba lástima, encogido en el suelo, llorando de impotencia y de dolor, con todos los huesos rotos y manchas de sangre, orín y mierda por todo el cuerpo. Zed lo ignoró, hacía mucho que había dejado de sentir lástima por nadie. Abrió la mochila que había llevado consigo desde Los Ángeles y sacó la segunda enorme tela de plástico que portaba en su interior. Siempre llevaba dos, por si acaso, y había hecho bien, porque la primera estaba cubierta de sangre y fluidos bajo la silla y el cuerpo retorcido de Yegor. Esquivó ambas cosas y regresó al maletero. Extendió la tela por toda la superficie. Popov. Había llegado su turno.

Lo agarró por las muñecas y tiró de él hasta la puerta. El hombre chilló de dolor durante todo el camino. Sus aullidos se confundían con súplicas de piedad, pero no quería vivir, rogaba que lo mataran de una vez. Zed había aprendido a diferenciar ambas plegarias, y como casi siempre, aquella era una súplica a la que accedería de un momento a otro.

Dejó el cuerpo junto al maletero abierto del 4x4 y tomó aire. Haciendo uso de toda la fuerza que su complexión delgada no aparentaba y de mucha de la que no tenía, levantó los casi ciento diez kilos de Yegor Popov y lo descargó sobre la tela plástica. Las piernas se doblaron en una posición incoherente, sin rodillas que las mantuvieran en su sitio, y el tobillo se giró 180° acompañado de un aullido terrorífico de dolor. Zed le quitó los zapatos, cerró el portón y regresó a la cabaña.

Sacó la silla al exterior y la destrozó a golpes contra una esquina en la que se acumulaban restos de madera cortada un siglo atrás. Volvió al interior y recogió la tela plástica. Hizo una bola enorme con ella y la metió en una bolsa.

La maleta de Yegor Popov yacía olvidada en una esquina junto a la cama. Su ropa se apiñaba sin orden, amontonadas unas piezas sobre las demás, arrugadas y retorcidas. Zed se quitó las zapatillas y se puso uno tras otro varios pares de calcetines hasta que logró que las lanchas del cuarenta y siete que calzaba su víctima no se le cayeran de los pies. Se las puso. Luego lo recogió todo y lo llevó al coche.

El impacto de la lluvia sonaba cada vez más fuerte contra la chapa, un ruido ensordecedor que enmudeció bajo la luz de otro trueno. La tormenta

estallaba encima de su cabeza. El espectáculo era sobrecogedor, si bien debajo de una espesura de árboles no era el lugar más seguro para contemplarlo.

Echó un último vistazo. La cabaña estaba igual de abandonada que al llegar, y el olor nauseabundo se iría en unos minutos por la puerta abierta y las ventanas rotas, como si no hubiera ocurrido nada.

Algunas personas creían que las casas guardan recuerdos de lo que sucede en ellas, que almacenan fantasmas de vivencias pasadas. Zed no era una de esas personas; si los fantasmas tuvieran que visitar a alguien, él iría acompañado de un séquito multitudinario, pero pensó que, si tenían razón, aquella cabaña nunca olvidaría lo que había visto esa tormentosa tarde de julio.

Volvió al coche. El pañuelo chorreaba sobre su pecho, pero aún no se lo podía quitar, tampoco los guantes. Arrancó y siguió el camino que había explorado al llegar a la zona, apenas trescientos metros hasta el borde del precipicio bajo el que discurría el río Pend Oreille. Yegor gimoteaba en la parte de atrás del coche, y su pestilencia comenzaba a extenderse por el interior del vehículo.

Pese a la amortiguación preparada para aquel tipo de terrenos, el jeep se bamboleaba por los montículos que los riachuelos de lluvia horadaban sobre la tierra del camino. Con cada salto, Yegor gemía, pero su voz se apagaba poco a poco. No sería la primera vez que perdía la consciencia en lo que llevaban de tarde, Zed había tenido que despertarlo cuatro veces tras romperle cada una de las rodillas, el tobillo y algo que crujió en su cara y que temió que hubiera acabado definitivamente con la conversación. Sería una muestra de piedad dejar que durmiera hasta que todo terminara, pero aún necesitaba hacerle una pregunta, una última oportunidad.

El limpiaparabrisas funcionaba a toda potencia. El chirrido de la goma contra el cristal esbozaba serpientes de agua que desdibujaban el paisaje. El bosque aparecía y desaparecía con el fulgor intermitente de los rayos como si anunciara la proximidad del fin de los tiempos.

La escena era desoladora cuando, al fin, Zed detuvo el jeep ante el abismo. El mundo había desaparecido bajo el manto negro de aquella fiera de dientes centelleantes; las colinas, las casas en la orilla contraria del Oreille, incluso la propia orilla se escondía tras la cortina de agua que no cesaba de caer. Era una buena noche para morir.

La lluvia lo empapó antes de llegar al maletero. Lo abrió y agarró a

Yegor por la cintura. Tiró de él hasta el borde del vehículo y dejó caer sus piernas en el aire. Estaba inconsciente. Lo golpeó en el lado de la cara que ya le había roto unas horas antes, y se repugnó al notar que la carne blanda se hundía bajo sus dedos.

—Despierte, Yegor —gritó. El aguacero y los truenos lo habrían obligado a alzar la voz aunque su víctima estuviera despierta.

El muerto abrió los ojos.

—Todavía hay tiempo, Yegor. Dígame algo, lo que sea, cualquier cosa que pueda ofrecer al señor Maksimov para que su vida tenga valor.

Popov negó con la cabeza, ya se había rendido.

—No sé... nada... Por... favor...

Zed asintió. Se lo cargó al hombro, lo mejor que pudo, y caminó hasta el borde. El río rugía más de cien metros por debajo de ellos. Yegor sollozaba, pero la tormenta se tragaba su llanto.

—Lo siento, señor Popov —se despidió Zed antes de soltarlo.

El cuerpo se despeñó con un aullido que se desintegró tras el primer golpe contra las piedras de la pendiente. Cayó dando saltos, de roca en roca, esquivando por poco los árboles que ceñían la ladera. Al final, desapareció en la oscura masa de agua que acababa en la presa Boundary, a unos doce kilómetros de allí. Si Yegor tenía suerte, su cuerpo aparecería cuando amainara la tormenta. Si no, sería pasto de la fauna que habitaba en sus aguas.

Zed recogió las cosas del maletero, las telas plásticas y su propia mochila, se sentó en una esquina y se quitó los zapatos de Yegor, que lanzó al agua con todas sus fuerzas. Luego se cambió los calcetines, se calzó los suyos y echó a caminar, con cuidado de pisar sobre las rocas para no dejar huella. Los investigadores encontrarían el 4x4 abandonado junto al precipicio, con la maleta y las cosas de Yegor, y creerían que se había suicidado. Cuando descubrieran su identidad, la teoría tendría aún más sentido, el pánico a las consecuencias de la muerte de Ekaterina lo había hecho huir hasta que perdió toda esperanza.

Si no era así... Bueno, dispararía esa bala cuando llegara el momento.

EL CADÁVER

Miércoles, 25 de julio – 18:16 h

Departamento de medicina forense del condado de Los
Ángeles. Los Ángeles, CA

Elizabeth soltó un bufido cuando lo vio. Llevaba días sin tener noticias de él, desde el interrogatorio a Tessa Britton. No se había presentado a las sucesivas reuniones con el fiscal ni a los registros de las viviendas de Isay Utkin, Yegor Popov y Radimir Lagounov, ni tampoco a la reunión de esa mañana con el capitán Venters. Había llegado a creer que su participación en el caso sería distante, él en su torre de Wilshire Boulevard, y ella en la comisaría; pero no, allí estaba, con la espalda contra la pared y el pie apoyado en los fríos azulejos del pasillo de la morgue. Como si el mundo le perteneciera. Consultaba la pantalla del móvil con la mano derecha, mientras los dedos de la izquierda jugueteaban con el collar. Lo había visto realizar ese gesto en varias ocasiones, un tic nervioso del que no parecía ser consciente, y por fin, en la claridad de la galería, descubrió qué era lo que colgaba de la cadena de cuero. «¿Era una broma?», se preguntó al distinguir dos placas de identificación militares. No podían ser suyas. Él no parecía el típico militar licenciado, demasiado anárquico, desordenado, pasaba de las jerarquías y se creía por encima del bien y del mal. No podía ser. ¿Entonces, qué? ¿Un adorno estético? ¿Acaso se podía ser más zafio?

—Te dignas a aparecer.

Él soltó el collar y alzó sus ojos verde lima sin atisbo de sorpresa.

—He estado ocupado en el FBI. Trabajando en el caso.

—¿Qué caso? No hay caso. Ha pasado una semana y no ha ocurrido ninguna de esas catástrofes que augurabas.

El federal guardó el móvil en la chaqueta y se giró hacia ella. Sus ojos se posaron en los brazos cruzados de la detective y, de allí saltaron a sus nudillos. Elizabeth bajó las manos por instinto. Los tenía hinchados y heridos, con una pequeña costra en los dedos medios y roces en los índices. El agente

la miró a la cara, con evidente extrañeza, pero tuvo la cordura de no preguntar.

—¿Qué tal los registros de las casas de los guardaespaldas?

Ella contrajo los labios. Él ya había vaticinado que no encontrarían nada, y ahora quería disfrutar de su *ya te lo dije*.

—No encontramos nada —respondió—, como sabías que ocurriría. Hay evidencias de que se largaron a toda prisa.

—Chicos listos.

—Sí, supongo. En casa de Yegor Popov encontramos los armarios abiertos, y parece que faltaba una maleta. Pero hay algo raro en el caso de Radimir Lagounov. —Le complació la expresión de curiosidad en los ojos del agente. Quizá no lo supiera todo, al fin y al cabo—. Lagounov tiene una hija de once años, Darya, que...

—¿Qué ha sido de ella? ¿La tenemos localizada?

—Sí. Hemos hablado con su madre. —La preocupación en la voz del federal terminó de alegrarla, al menos podía interesarse por alguien que no fuera él mismo—. Ella y Radimir están divorciados, y él tenía que haber recogido a la niña el viernes en el campamento, pero no se presentó.

—Normal. Se largó echando hostias en cuanto se enteró de la muerte de Katya, si es que no estuvo implicado.

—Eso parece, pero no estoy convencida. Laura Jenkins dice que su hija es muy ordenada, pero la casa del padre estaba hecha un desastre, con la ropa de la niña tirada y muñecos por el suelo. Además, dice que él es un hijo de puta. —Alzó las cejas—. Palabras textuales. Pero que se desvive por Darya, que no iría a ninguna parte sin ella. De hecho, expresó su temor a que la secuestrase. Sospecho que Radimir quería llevársela con él, pero no lo hizo.

Mike asintió con gesto serio. Por una vez daba la impresión de escuchar sus palabras.

—¿Crees que algo le impidió llevársela?

—Creo que algo le impidió irse.

Él repitió el gesto. Solo había dos opciones respecto a la desaparición de Radimir Lagounov y Yegor Popov: o habían huido o estaban muertos. Y la segunda posibilidad resultaba cada vez más real.

—Está bien, Lizzy. Vamos a hablar con el forense.

Ella tomó una profunda bocanada de aire en busca de paciencia. Estaba a punto de responder la exigencia habitual, que amenazaba con asumir tintes violentos, cuando su móvil comenzó a sonar en el bolsillo. Lo extrajo. La fotografía sonriente de Susana Delgado esperaba contestación, pero ella

deslizó el botón para rechazar la llamada. No estaba de humor para hablar con su madre. Comprendía la preocupación de la que era objeto, pero necesitaba respirar y su madre se lo impedía con tanto acoso. Estaba preocupada, lógico, su vuelta al trabajo podía traer consigo otras cosas y, de hecho, así había sido. Habían regresado el insomnio, la ansiedad y las sesiones maratonianas en el gimnasio. Pero también había vuelto algo más: la curiosidad, la necesidad de saber, de resolver el misterio, de hacer justicia, la sensación de tener un motivo para levantarse por la mañana. La balanza entre lo bueno y lo malo que regresaba a su vida oscilaba sin decidir aún hacia qué lado caer, y Susana Delgado temía que acabara decantándose por el más peligroso.

Guardó el móvil y miró a su compañero, que la observaba con gesto entrometido.

—No me llames Lizzy.

Él sonrió.

El doctor Rad los había citado en su despacho. A no ser que hubiera encontrado algo fuera de lo normal, no habría exposición del cadáver, y Elizabeth lo agradeció. Recordaba una época en la que estuvo acostumbrada a presenciar autopsias, pero había pasado mucho desde entonces, y no solo el tiempo. La imagen de cada víctima le recordaba demasiado a otra que no podía permitirse recordar. Veía heridas donde no las había, sangre, restos que no estaban allí. Como le había ocurrido en el salón de Ekaterina Maksimova. Apretar los párpados, vaciar la mente, apartar el recuerdo del alcohol en la lengua y seguir adelante. Tan fácil como eso. Así de difícil. Al menos, sabía que no habría restos ni sangre en el cadáver de la aspirante a actriz; la cría permanecía casi tan hermosa como cuando estaba viva, y eso solo acentuaba lo absurdo de su muerte.

El despacho era pequeño y funcional. Había una maqueta a tamaño real de un cuerpo humano sin piel, y varios cuadros con motivos anatómicos. El mobiliario se limitaba a una mesa de escritorio con una silla tras ella y dos delante, y un archivador de cuatro cajones con cerraduras independientes. El forense no pasaba de los cincuenta años, pero el cabello ya se había tornado blanco en las sienes, y la piel bajo las gafas mostraba círculos oscuros que ennegrecían su rostro tostado. Elizabeth lo notó envejecido desde la última vez que habían coincidido en aquel mismo despacho, no tanto tiempo atrás.

—Buenas tardes, detective —la saludó con una sonrisa afable.

—Me alegro de verlo, doctor. ¿Cómo está?

—Muy bien, Elizabeth, gracias. Me alegré mucho de saber que te habías

reincorporado.

Elizabeth miró de reojo al agente del FBI y se preguntó si alguien le habría dicho que ella estaba de baja antes de ese caso. Supuso que no, él no había comentado nada, y no habría desaprovechado esa oportunidad para machacarla.

—Buenas tardes, doctor —saludó el federal, estrechando la mano del forense—. Soy el agente especial Michael Poulsen, del FBI.

—Está colaborando en el caso —explicó Elizabeth—. Agente Poulsen, el doctor Radhakrishnan.

El forense rio ante el rostro contraído del federal, y Elizabeth tuvo que reprimirse para no hacerlo también. El apellido del doctor era un trabalenguas casi imposible de pronunciar para cualquiera, pero ella se había esforzado en aprendérselo. Qué menos, cuando casi ninguno de sus compañeros era capaz de pronunciar el de ella sin equivocarse.

—Todo el mundo me llama Rad —apuntó él—, no se preocupe.

Mike asintió con evidente alivio.

—Doctor Rad —dijo—. Un placer.

—Siéntense, por favor. —El doctor señaló las dos sillas ante su escritorio y les ofreció un café, que ambos rechazaron.

La mesa estaba limpia y ordenada con pulcritud: el ordenador a la izquierda, una bandeja con papeles y carpetas en la esquina derecha, y una fotografía y un cubilete con bolígrafos entre ambos. El doctor rebuscó en la columna de informes que saturaban la bandeja hasta que encontró lo que necesitaba, una carpeta amarilla con el logotipo del Departamento de Medicina Forense del Condado de Los Ángeles. La abrió, carraspeó y, durante varios minutos, se alargó con datos triviales sobre altura, peso, estado de salud general, antiguas lesiones... Los agentes aguardaban en impaciente silencio, con los brazos cruzados. Ella tamborileaba los dedos lastimados sobre el bíceps; él se entretenía con el collar entre los suyos.

Al cabo de ese tiempo, el doctor alzó la mirada por encima de las gafas y sonrió.

—Ahora vamos a lo interesante.

Al unísono, los agentes olvidaron sus distracciones y se incorporaron en los asientos. El forense pasó dos hojas del informe y, tras dirigir una sonrisa enigmática a los investigadores, leyó:

—Punción en la vena yugular del cuello.

Los agentes se enderezaron aún más.

—¿Cómo dice?

—Punción en la vena yugular del cuello —repitió, sin ocultar su complacencia ante la sorpresa provocada—. O, lo que es lo mismo, les clavaron una aguja.

—¿A los dos? —preguntó Elizabeth.

—A los dos. Fue fácil de ver en el caso de la señorita Maksimova. Su piel era tan blanca que cualquier defecto llamaba la atención. Con el señor Utkin me costó mucho más encontrarlo, no creo que lo hubiera hecho si no lo hubiera buscado a propósito.

—¿Lo que les inyectaron fue la causa de la muerte?

El doctor soltó la carpeta, se reclinó en el asiento y se quitó las gafas, que depositó sobre la mesa.

—Hasta que tengamos el informe toxicológico será difícil saber de qué sustancia se trata, pero mi conclusión sobre la causa del fallecimiento sigue siendo la misma: depresión respiratoria provocada por un consumo masivo de opiáceos. Todavía creo, a falta de confirmación, que la droga estaba mezclada con fentanilo.

—Entonces ese pinchazo debió de servir para inmovilizarlos —aventuró Mike.

Elizabeth se giró hacia él.

—De esa manera podían montar la escena de la sobredosis accidental —añadió.

Ya no había duda. No es que la tuviera a aquellas alturas, pero le molestaba admitir que Michael Poulsen tenía razón. Sería aún más insoportable a partir de entonces.

—¿Ha confirmado la hora de la muerte?

—Entre las siete y las diez de la mañana. Siento no ser más preciso, con la droga y el aire acondicionado los resultados no pueden acercarse más.

La detective recordó las palabras de Tessa Britton: Ekaterina tenía que haber llegado a clase a las nueve. Encajaba.

El doctor Rad carraspeó.

—¿Hay algo más? —preguntó ella.

—Pues sí. —El médico pasó otra hoja y se puso las gafas—. He encontrado marcas *perimortem* en el cuello de la señorita Maksimova que coinciden con un forcejeo. Y también residuos epiteliales bajo sus uñas.

Mike y Elizabeth saltaron al unísono una vez más.

—¡Se defendió!

—¿Había sangre?

El doctor negó.

—No, no hay sangre. Pensé que tanto unas como otras podían corresponder con una relación sexual digamos... intensa, pero no hay indicios de actividad de esa clase. Ni restos de saliva ni semen.

Los agentes se miraron. Nada de sexo entre el guardaespaldas y la hija del jefe, un forcejeo, arañazos, un pinchazo. La teoría se venía abajo como una columna de Jenga.

—Descartado eso —continuó el forense—, comprobé la piel del señor Utkin, pero este no muestra arañazos. —Alzó la mirada hacia los agentes y se quitó las gafas de nuevo—. No se imaginan lo difícil que es ver algo entre tanto dibujito. Me ha costado dos dioptrías y varias noches de pesadillas.

Elizabeth sonrió. Ella también había soñado con las calaveras y ataúdes que ilustraban la piel de Isay Utkin, aunque la muerte no era ajena a sus sueños desde hacía tiempo.

—¿Entonces, de quién son? —murmuró el federal.

El doctor le dirigió una sonrisa resignada.

—Hasta que tenga los resultados del CODIS, agente Poulsen, eso tendrán que descubrirlo ustedes.

Aquella pregunta sobrevolaba la cabeza de los agentes cuando regresaron a la comisaría.

—¿Qué opinas, Lizzy?

A las ocho y media de la tarde, la sala de detectives del distrito oeste atravesaba un período de paz. El mundo reunía fuerzas para la noche y lo que ella traería. La mitad de las mesas se habían vaciado y los fluorescentes inundaban con su fría luz una estancia somnolienta y silenciosa. Elizabeth Delgado cerró los ojos y tomó aire.

—No me llames Lizzy.

—¿Qué opinas?

—Baja los pies.

—¿Qué opinas? —preguntó él por tercera vez.

Elizabeth sintió ganas de gritar. Aquel hombre la sacaba de quicio. En vez de eso, siguió con la mirada el recorrido de los zapatos del federal, desde la mesa hasta el suelo. No es que fuera una visión interesante, pero le daba un

momento para organizar las ideas antes de contestar.

—Katya se defendió —dijo—. Isay no. A él lo pilló desprevenido. ¿Cómo coges desprevenido a un tío armado que está dentro de un auto?

Mike tenía los ojos clavados en ella, con aquella forma de mirar sin parpadear. En vez de esperar su respuesta, buscó una por sí misma.

—Se encargó de ella primero —continuó—. Entró en la casa sin que el guardaespaldas lo viera y sedó a Katya. O la mató. No, la sedó primero. Si no, ¿para qué?

—Sigue. No te detengas en eso.

—Elimina a Katya de la ecuación y hace entrar a Isay. Tuvo que parecer algo inofensivo, o el guardaespaldas habría sacado el arma o...

—Deja eso, sigue.

—No, es importante, ¿cómo logró que él entrara sin...?

—No, no es importante, todavía no. Sigue.

—Vale. —Elizabeth suspiró irritada, pero continuó—. Lo espera escondido de alguna manera y le clava la aguja sin darle tiempo a reaccionar. Debía de llevar las cantidades preparadas para cada uno, porque si llega a administrar a Katya la dosis de Isay...

—Vale. Es un profesional. Sigue.

Ella se encogió de hombros. Normalmente habría odiado que alguien la interrumpiera de esa manera, pero entendía lo que hacía el agente, obligarla a entrelazar ideas sin detenerse en dudas circunstanciales. Por desgracia, el hilo terminaba allí.

—Nada más —admitió—. Con los dos sedados, los desnuda y monta la escenita del sexo y la droga. Les inyecta el fentanilo y deja que este haga su función.

Mike asintió con una profunda inhalación de aire.

—Tenemos que descartar que esto tenga que ver con Isay —dijo—. Demasiado rebuscado, podrían habérselo cargado en cualquier otro momento cuando estuviera solo, no allí.

—Estoy de acuerdo. Fuera quien fuese iba a por Katya, Isay murió porque estaba de servicio, igual podría haber sido Radimir o el otro...

—Yegor Popov —apuntó el federal—. Así que tenemos dos ramas de investigación: mataron a Katya para hacer daño al padre o la mató alguien que no tiene nada que ver con la *Bratva*.

—Tiene que ser lo primero —rechazó ella—. El asesino era un profesional.

—Para contratar a un profesional solo hace falta dinero.

—Y alguien que lo pague. ¿Qué sospechosos tenemos? ¿Quién querría hacer daño a Luka Maksimov?

—Miles. La lista de gente que lo tiene en el punto de mira da la vuelta a la manzana.

—Dime uno. El más probable.

Poulsen tomó aire antes de contestar. Lo acababa de decir, la lista era eterna, pero allí, en esa ciudad, un motivo plausible, posibilidad...

—Los Lyagushkin —propuso.

—¿Quiénes son?

Él se enderezó en la silla y respondió en tono académico.

—Son socios de la organización de Maksimov. —Se llevó la mano a las placas del collar y las hizo bailar entre los dedos—. Maksimov y los Lyagushkin llevan años manejando la venta de drogas y armas en la ciudad. Se aliaron frente al resto de organizaciones y no sé a qué tipo de acuerdo han llegado, pero esa clase de acuerdos suele ser frágil. Ya sabes, fingen que todo está bien, pero en el fondo se odian.

—Es una posibilidad —confirmó ella.

—Una de muchas —resopló él—. La propia Tessa Britton es una posibilidad. Encontró el cadáver, era la mejor amiga de la víctima y tiene acceso a gente de la mafia, asesinos. —Alzó una ceja, y Elizabeth asintió. Sí, Tessa no había matado a Katya con sus propias manos, pero seguro que por el club acudía gente que podía haberlo hecho—. Esa insistencia en que la chica no tenía novio... ¿Y si sí lo tenía? ¿Y si esto es un triángulo amoroso? ¿Y si ese novio es el asesino?

—¿Y cargarse a un guardaespaldas de la mafia? ¿Quién es, Chuck Norris?

El federal guardó silencio un instante y luego rompió a reír. Tras un segundo de desconcierto, ella se encontró haciéndolo también. El sonido de su propia risa la sorprendió. Hacía demasiado tiempo que no lo hacía, y la garganta se resintió, pero lo alargó un poco más; sentaba bien carcajearse sin motivo.

Rieron hasta que el teléfono del agente los interrumpió. Él se levantó, le guiñó un ojo y le dio la espalda para contestar.

—Poulsen. —Elizabeth lo miró alejarse entre las mesas. Los pantalones negros que llevaba ese día le ajustaban a la cadera como si se los hubieran hecho a medida—. ¡No me jodas!... No, joder... Mierda, voy para allá.

Colgó y se dio la vuelta. Ella apartó la vista de inmediato, pero no pudo evitar la sensación de que él se había dado cuenta de lo que miraba. Sin embargo, por una vez, no sonreía.

—Tengo que irme —dijo.

Y sin más explicaciones, cogió la chaqueta del respaldo de la silla y echó a correr. Elizabeth se quedó con la boca abierta, inmóvil. En medio de la conversación la dejaba tirada y se largaba a Dios sabía dónde. ¿Era así como llevaban los casos en el FBI?

Trató de ahogar una maldición.

—Pinche cabrón.

No lo consiguió, por suerte el timbre de su propio teléfono interrumpió lo que habría sido una larga lista de insultos. Supuso que sería la misma llamada que había recibido el federal, pero se equivocaba. Susana Delgado atacaba de nuevo. Con un suspiro de resignación, Elizabeth deslizó el botón verde.

—Hola, mamá —respondió en su idioma materno.

—Isabel, ¿dónde estabas? Te llamé antes y no contestaste.

—Estaba trabajando. Estoy trabajando.

—¿Y cómo te encuentras? ¿Cómo va todo? ¿Qué tal con ese agente del FBI? ¿Estás bien?

Elizabeth cerró los ojos. Su madre preguntaba a ritmo de ametralladora y la mayoría de las veces no sabía a qué pregunta contestar primero. Se decantó por una respuesta genérica.

—Todo va bien, mamá.

—¿Seguro? ¿Necesitas que llame a alguien? Puedo hablar con Martin y...

—No. —Elizabeth enfureció. Su madre nunca dejaría de tratarla como a una niña, de acuerdo, podía vivir con eso, pero no permitiría que llamara a su capitán para exigirle que cuidara de ella. Que los dos se hubieran aliado en su contra para salvarle la vida no daba licencia a ninguno para dirigirla—. No hará eso. Déjeme trabajar, estoy bien.

—Tampoco tienes que hablarme así. Solo me preocupo por ti. ¿Acaso crees que no me entero de nada? Anoche te oí cuando despertaste gritando, como antes. Y ya he visto cómo tienes las manos.

Elizabeth se miró los nudillos desollados. Le dolían al mover los dedos, pero era un dolor agradable, uno que podía controlar.

—Tu hermano y yo nos preocupamos —continuó su madre al teléfono

—. Dejaste de ir al psicólogo y llevas menos de tres meses sin...

Setenta y siete días. Setenta y siete días sin probar el alcohol. Setenta y siete días y doce horas. Y todavía tenía aquella ginebra en la lengua. No podía culpar a su madre por estar asustada. Ella lo estaba igual, peor incluso, porque el miedo a recaer era casi tan grande como las ganas de hacerlo.

—Estoy bien, mamá. —Suavizó la voz—. La veo esta noche en casa, ¿vale?

Un movimiento llamó su atención. El agente Stein se dirigía hacia ella. Se despidió de su madre tan rápido como pudo y aguardó con alivio hasta que el pelirrojo llegó a su lado.

Él se sentó en el pico de la mesa y ella se dejó caer hacia atrás, con un bufido de cansancio.

—Qué harta me tienen —admitió—. Parece que tengo que pelearme con todo el mundo, con el capitán, con mi mamá, con Poulsen.

—Es normal que tu madre se preocupe —respondió él—. Pero el federal sí que es un gilipollas —añadió—. Si necesitas que me lo cargue no tienes más que decirlo.

Le dedicó una sonrisa que Elizabeth devolvió. Era una proposición que podría valorar.

—Ya te avisaré —bromeó—. ¿Me traes algo?

El irlandés se encogió de hombros.

—¿Una invitación a cenar?

Elizabeth se echó a reír. Sí, definitivamente, sí. Le sentaría de miedo salir a cenar, hablar con alguien de cualquier tema absurdo, reír un poco, olvidar, fingir. Y Stein era una opción tan buena como cualquier otra y mejor que muchas. Ya lo habían hecho, eran amigos, conocía su pasado y sabía sobre qué no debía preguntar.

Se puso en pie y cogió su bolso.

EL HOMBRE DE MOSCÚ
Miércoles, 25 de julio – 21:42 h
Hot Corner Club. Los Ángeles, CA

Zed se recostó en el sofá y consultó el reloj. Por mucho que le molestara admitirlo, ya no estaba para esos trotes. Veintiuna horas de carretera desde Los Ángeles hasta Metaline Falls, cambiar de coche cada pocos kilómetros para no dejar rastro, localizar a Yegor, interrogarlo, lanzarlo al río, huir... Un par de años antes habría encarado el viaje de vuelta sin inmutarse, pero esta vez se había visto obligado a parar en un motel a medio camino. Allí había dormido durante todo el lunes, sin despertar más que para comer algo e ir al baño. El martes, de vuelta a la carretera y hoy, de nuevo, hecho un asco en el apartamento que su hombre de logística le había conseguido en la ciudad. Sí. Se estaba haciendo viejo. Pronto empezaba.

Tenía que intentarlo; con Yegor debía llegar hasta el final. No le gustaba torturar a la gente, él entraba en acción cuando no quedaba ninguna pregunta por hacer, pero este caso era distinto. Llevaba varios días preguntándose si había sido blando con Radimir, pero Radimir no mentía; si hubiera sido culpable, si hubiera sabido algo o hubiera tenido dos dedos de frente, se habría marchado de la ciudad nada más enterarse de lo ocurrido. No había sido así y ahora estaba muerto. Yegor sí que había huido, y por eso con él tuvo que esforzarse más.

Para nada.

Al menos, con los guardaespaldas eliminados ya podía dedicarse a su trabajo: averiguar quién y por qué.

Devolvió la atención a la carpeta amarilla que sostenía sobre las piernas. Los peores temores de Maksimov se confirmaban; la muerte de Ekaterina no había sido accidental. No era ninguna sorpresa, pero ahora contaba con todas las pruebas de la chapuza: incongruencias en las posturas, en los resultados de la autopsia, pinchazos en el cuello y restos bajo las uñas. Cualquier duda se había derrumbado en tres páginas a ordenador con el membrete de la LAPD.

Bogdanov aguardaba recostado en su pomposa silla de cuero al otro lado de la mesa del despacho. Entrelazaba las manos sobre la barriga y sonreía con el orgullo de un trabajo que creía bien hecho. Pero ni el trabajo estaba bien hecho ni lo había hecho él.

—¿Quién te dio esto? —preguntó Zed, agitando la carpeta en el aire.

—Uno de mis hombres de dentro.

—¿Es de fiar?

—Totalmente. Totalmente. —Despachó cualquier duda con un gesto de la mano—. Lleva años trabajando para mí.

Zed no le aclaró que él no se fiaba totalmente de nadie, y menos de un policía vendido, aunque estuviera comprado por los suyos.

—Bien. —Volvió a los papeles—. ¿Qué sabemos de los policías que llevan el caso?

—Ella es una detective del LAPD, mexicana, Elizabeth Delgado. Ocho años en homicidios. Él se llama Michael Poulsen, es de la unidad de Crimen Organizado del FBI. Apareció en cuanto se supo quién era la chica.

Zed cerró los ojos y tomó aire. ¿Por qué era todo el mundo tan inútil? Miró de nuevo a Bogdanov y este retrocedió en la silla.

—Sé leer —dijo—. Y Tes... —rectificó—. Summer ya me habló de ellos. Pregunto si hay algo que no aparezca en los informes policiales, algo que te haya dicho tu contacto.

El *avtorityet* asintió, avergonzado.

—Claro, claro. Discúlpame. Lo único que me ha dicho es que ella llevaba unos meses de baja y se ha reincorporado para el caso.

—Baja ¿por qué?

—Pues... —Bogdanov parpadeó antes de contestar—. Depresión, creo, o algo así. Le ocurrió algo estando de servicio y la apartaron durante un tiempo.

Zed volvió a tomar aire. Definitivamente, no estaba para tonterías. El Finka se había quedado con ganas de fiesta en Washington, y ahora le acariciaba la pierna suplicando entrar en el juego, pero no podía ser. Aún no. Pese a que cada vez que ponía un pie en aquel despacho se preguntaba ¿por qué no?

—Si quieres, puedo intentar averiguar algo más —propuso Bogdanov con voz sumisa.

Zed lo ignoró. La baja de la detective no era tan importante; lo que no le gustaba era que el FBI estuviera involucrado en la investigación. Aunque

tampoco lo sorprendía, la agencia federal era quien llevaba los casos del crimen organizado, y todo el mundo creía que lo de Ekaterina estaba relacionado con su familia. Incluso él lo creía. Todo apuntaba a ello, aunque nadie hubiera encontrado el vínculo aún.

—Que tu hombre se pegue a esos dos y me cuente cada paso que den, ¿entendido?

Bogdanov asintió y cogió el teléfono. Llamaría a su hombre para que este llamara a su otro hombre que, quizá, tendría otro hombre a quien llamar para que, al final, alguien los mantuviera informados sobre la investigación. Zed ya no escuchaba. Alguien había matado a la chica, alguien que quería vengarse de su padre o alguien que quería librarse de ella. Eran dos respuestas y una sola pregunta: ¿quién?

Se puso en pie y se giró hacia la cuadrícula de televisores que cubría la pared del despacho. Revisó cada uno de ellos hasta encontrar lo que buscaba. Estaba en un camerino con otra bailarina.

—Quiero hablar con... Summer —dijo, cuando Bogdanov colgó el teléfono.

—Por supuesto. Por supuesto.

El *avtorityet* atravesó el despacho en dos zancadas y abrió la puerta de un tirón. Georgy y el gorila inabarcable permanecían en pie en la oscuridad del otro lado, como los barrotes de una celda.

—Georgy, busca a Summer. Zed, tú puedes esperar en la barra, la casa invita.

Georgy se reunió con él unos minutos después. Zed aún no había pedido nada y trataba de repasar los datos de los informes bajo la irritante música y las luces de colores. Apartó la carpeta al sentir los pasos que se aproximaban. Tessa seguía de cerca a la lagartija checa, vestida con un sujetador negro y una falda diminuta que apenas cubría su trasero.

—Buenas noches. —Se recogió un mechón tras la oreja. Las señales de la paliza habían desaparecido casi por completo, o al menos lo suficiente para que el maquillaje cumpliera su cometido. El labio ya no lucía la hinchazón, y la pintura disimulaba la herida.

Él la saludó con una inclinación de cabeza, reprimida ante la presencia del Checo. El sábado anterior había pasado la noche con ella a solas en un reservado. Había conseguido que se abriera a él, y entre la historia de sus sueños rotos y el dolor por la muerte de Katya, la bailarina había insinuado el modo en que el Checo trataba a las chicas del club, cómo la había tratado a

ella. Ahora Zed se consumía de ganas de matarlo, pero si no podía cargarse aún a Bogdanov, a esa lagartija tampoco.

Apretó el puño para contenerse.

—¿Quieres beber algo? —preguntó ella.

Él dirigió una mirada al hombre de Bogdanov. No necesitó abrir la boca. Aquel gilipollas, tan falso como su tatuaje, asintió en un gesto casi militar y desapareció de su vista.

—Lo mismo de siempre —respondió él cuando se quedaron solos.

La bailarina asintió, sin preguntas. Se colocó de lado entre sus piernas y se inclinó sobre la barra. La postura era parte del protocolo: restregarse, ofrecerle la curva de la espalda y prometerle una visión por la que tendría que pagar. Zed posó la mano sobre su piel y ella dio un respingo sorprendido, era la primera vez que la tocaba, pero no se apartó, le sonrió traviesa por encima del hombro, y él no retiró la mano. La acarició desde la trabilla del sujetador hasta el comienzo de la falda y, cuando la chica se dio la vuelta, ya con la bebida ante ellos, dejó que los dedos continuaran sobre su cintura. Era el cuerpo más firme que había tocado nunca, como una piedra. Una piedra preciosa.

—¿Quieres que baile para ti?

Estuvo tentado de decir que sí. Llevaba desde el viernes durmiéndose con la imagen de la bailarina en los párpados y la mano cansada. Verla en privado, de cerca, era lo que más le apetecía en el mundo, pero no estaba allí para eso. Necesitaba respuestas. Ahora que había conseguido que confiara en él, necesitaba que cumpliera su función. Lo que menos podía permitirse era encariñarse demasiado. Maksimov había ordenado la muerte de la amiga de su hija y él tendría que obedecer.

—Ahora no, Tessa, tenemos que hablar.

Ella frunció los labios, se apartó el pelo de los ojos y asintió.

—¿Dentro?

—Sí.

La ausencia de su cuerpo dejó un vacío entre sus piernas cuando ella se retiró. Caminaba delante de él, y su espalda se ondulaba a cada paso acariciada por la cortina revuelta de su cabello. Se giró para confirmar que la seguía y sonrió.

Le dolería matarla cuando llegara el momento. No sería la primera víctima inocente de su carrera ni la última ni la primera que le doliera matar. Pero eso no lo haría más fácil.

Echó de menos el whisky en las manos.

—Espera —la detuvo—. Se me ha olvidado el whisky.

Ella rio y él retrocedió hacia la barra. Esperó que la camarera no lo hubiera retirado ya, sería un sacrilegio dejar un Highland 30 sin tocar, aunque no importaba si lo había hecho. Pediría otro. Tenía barra libre, ¿no? Pero allí estaba, donde lo había dejado.

Una mano en el pecho detuvo su camino.

Zed disparó la vista hacia esa mano y la mantuvo allí hasta que su dueño la retiró. Solo entonces la alzó hasta unos ojos verdes, un palmo por encima de los suyos.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo el extraño. Alto, guapo como una estrella de cine y vestido como tal.

—¿Nos conocemos?

—Yo sí sé quién eres, Zakhar. O debería llamarte Zed.

Vocalizó su nombre con desdén, y el aludido se preparó para una conversación que prometía ir a peor.

—Ilumíneme, he debido de olvidar el glorioso momento en que nos presentaron.

—No te hagas el gracioso. Sé quién eres y por qué estás aquí, y no te lo voy a permitir.

—No me diga. ¿Y qué cree que pretendo?

Algo a la espalda de Zed llamó de repente la atención del desconocido, que dirigió la mirada hacia allí y sonrió.

—Vaya, vaya, la señorita Britton —exclamó.

Zed lamentó no poder echarse a reír. Aquel tipo debía de ser Michael Poulsen, el agente del FBI que colaboraba con la policía, el que había interrogado a Tessa. Aquel cuyo historial guardaba en una carpeta entre sus manos en aquel mismo momento. Era una lástima que, oficialmente, él no supiera de su existencia.

—¿Un amigo tuyo, Tessa?

Ella dio un paso adelante.

—Es el agente Poulsen, del FBI —confirmó—. Investiga la muerte de Katya.

—Del FBI —repitió él, como si aquel dato le extrañara— ¿Y qué hace un agente federal en un sitio como este?

La risa del agente le recordó al Finka que le abrazaba el tobillo.

—Me dijeron que Maksimov había enviado a su mejor hombre, pero se

han debido de equivocarse, solo eres tú.

Zed remedó su carcajada. Pese a la música y las luces, el ambiente era de todo menos festivo.

—¿Por qué no salimos un momento a la calle, agente especial Poulsen? Aquí hay tanto ruido...

El federal se apartó a un lado y lo invitó con un gesto a ir delante. Zed se giró hacia Tessa.

—Tardaré unos minutos —le susurró al oído.

Ella señaló el escenario, a su espalda.

—Yo... tengo que prepararme para mi número.

—Volveré a tiempo de verlo.

Le guiñó un ojo con despreocupación y continuó su camino. Cuando llegó a la puerta, la mantuvo abierta para que el agente la cruzara primero. Tras unos segundos de duda, este lo hizo a regañadientes.

—Debo reconocer que tu amiga está muy buena —comentó, una vez se encontraron en el exterior.

Ya había anochecido, pero las luces de los coches iluminaban la calle a destellos amarillos y rojos. Los neones del Hot Corner pintaban el aire de violeta. Pese a la asfixiante temperatura, el agente llevaba una fina chaqueta que se agitaba con el aire. Los angelinos tenían una alta tolerancia al calor. Zed, en cambio, respiraba en el infierno desde que bajó del avión.

—Sí que lo está.

—No te importará que venga un día a pasar el rato con ella.

El ruso no respondió. Necesitaría algo más que espolear sus celos para irritarlo.

—De modo que cree saber quién soy.

El agente sonrió con una expresión retorcida que elevó una de las comisuras de sus labios. Sacó un paquete de tabaco del bolsillo de la chaqueta, lo abrió y extrajo el encendedor que llevaba dentro. Con un golpe seco sacó uno de los cigarrillos, se lo llevó a la boca y ofreció el paquete a Zed. Este negó. Había dejado de fumar años atrás. Nunca le había gustado, en realidad, solo era un crío labrándose un nombre por las malas. Pero como siempre desde entonces, el olor lo devolvió a calles sucias y peleas ganadas. Ya no ansiaba fumar, pero, a veces, sí ansiaba regresar a esa época en la que la vida era más sencilla y cada victoria era tan solo una victoria.

El extremo del cigarrillo crepitó incandescente con la segunda calada.

—Zakhar Alkaev, conocido como Zed. Nacido en Moscú en 1987. —El

tipo envió una columna de humo hacia el cielo nocturno y dejó caer de nuevo la vista antes de concluir—. Sietemesino.

Zed sintió que se le contraía el estómago. No mucha gente conocía aquel dato, y menos aún se habían atrevido a lanzárselo a la cara como un proyectil.

—Tu mami americana no tuvo tiempo de volver para tenerte aquí y naciste en casa de papá —continuó el federal—. Aunque creciste en Nueva York y regresaste a Moscú con ¿once? Esa parte no está clara. Ahora eres la mano derecha de Luka Maksimov. ¿Le limpias el culo cuando va a cagar?

Zed alzó las manos con gesto inocente. Un avión sobrevoló sus cabezas, y ambos aguardaron en tenso silencio hasta que el ruido se desvaneció en la noche.

—Me sobrevalora, agente especial Poulsen —sonrió Zed, entonces—. Soy un simple turista.

—Turista una mierda —contestó el federal con una carcajada como un graznido—. Trabajas para Maksimov y no me gusta que hayas llegado a la ciudad tras la muerte de su hija.

—Discúlpeme, pero ¿tiene algo contra mí? ¿Acaso tengo cargos pendientes con la justicia?

Poulsen inhaló por la nariz y su pecho se hinchó como una cometa al viento.

—Que seas muy bueno en lo tuyo solo hace que me guste menos tu presencia. Llevo años oyendo tu nombre relacionado con asesinatos y ajustes de cuentas, y no permitiré que conviertas esta ciudad en tu nuevo campo de batalla.

Zed negó y, muy despacio, se giró hacia la puerta del club. Antes de cruzarla se volvió una última vez hacia el agente del FBI. El humo que salía de su cigarro lo envolvía en una neblina cinematográfica.

—Si alguna vez quiere algo de mí, agente especial Poulsen, ya sabe dónde encontrarme.

A continuación abrió la puerta y desapareció en la oscuridad. Apretaba los puños con tanta fuerza que las manos le temblaban, ansiosas de dar ese puñetazo que no les había permitido .

EL PADRE

Jueves, 26 de julio – 09:14 h

Estación de policía de Los Ángeles Oeste. Los Ángeles,
CA

La detective Delgado lo miraba con esa rabia que parecía reconcomerla cada vez que él estaba cerca. No era solo que no le gustara ni que desconfiara de él, era otra cosa, algo que Mike Poulsen no había sentido nunca en sus carnes. Era un hombre atractivo, se lo habían repetido desde la infancia y, le gustara o no —y a quién no le gustaría eso—, se había acostumbrado a que ese hecho definiera su personalidad. Y nunca una mujer lo había mirado con el rechazo que veía en los ojos de Elizabeth Delgado. Podía ser que no fuera su tipo, no tenía que gustarle a todo el mundo, pero esa distancia que ella se empeñaba en fijar entre ambos iba más allá. A veces tenía la sensación de que lo odiaba. Y él no había hecho nada para merecer su odio. Sabía más que ella de la *Bratva*, por supuesto, era su trabajo. Si eso era lo que le costaba aceptar tendría que joderse. No estaba allí para hacer amigos sino para impedir una guerra.

—¿Me estás escuchando?

—Por supuesto.

—¿Y qué he dicho?

Mike dudó un segundo y luego se rio. Bueno, lo había pillado, no tenía ni idea de lo que había dicho. Ella bufó, furiosa, y se enderezó en el asiento.

—Te he preguntado qué es lo que sabes de ese tal Zed.

Ah, eso.

—Su nombre es Zakhar Alkaev, tiene treinta años y es la mano derecha de Maksimov.

Ella torció el gesto con mala cara y él puso los ojos en blanco. ¡Por Dios! ¿Qué había hecho ahora?

—¿Qué? —preguntó.

—Eso es lo único que ya me has dicho. Treinta años, mano derecha de Maksimov. ¿Qué más? Porque quiero creer que hay algo más si fuiste a

buscarlo al club sin mí.

Mike sonrió. Así que era eso, estaba enfadada porque no la había llevado.

—Tú investigas la muerte de Ekaterina, Lizzy, y Zed no estaba en el país cuando ocurrió, así que no tiene nada que ver contigo. Si yo fui a verlo es porque sé a qué ha venido.

Por una vez, no lo regañó por llamarla Lizzy. O se estaba acostumbrando o tenía algo peor en la cabeza.

—A organizar una guerra.

—Exacto.

Ella tomó aire y dejó que su mirada se perdiera por el departamento. Tres policías discutían en una esquina, dos teléfonos sonaban a la vez, los teclados echaban fuego bajo los dedos de agentes y oficiales. Una detective cruzó entre las mesas con paso rápido y el móvil pegado a la oreja. Aquel recuadro en medio de la sala era el único lugar que permanecía en silencio.

—¿Tan peligroso es? —preguntó ella, casi en un susurro.

Mike asintió.

—Sí.

Elizabeth apoyó los codos en las rodillas y se adelantó con una pregunta en los labios que él no escuchó. Otro sonido había captado su atención, un repiqueteo que jamás había esperado escuchar allí, pero que habría identificado en cualquier lugar del mundo: el ritmo seco y furioso de unos tacones que se acercaban con la autoridad de quien se cree dueña del universo. Se puso en pie y se giró, sabiendo lo que vería a su espalda.

Se equivocaba.

—¿Qué hacen ellos aquí? ¿Te has vuelto loca?

Joan Rodd tampoco saludó. Llevaba a sus dos hijos de la mano y, casi con rabia, los empujó hacia su padre.

—Te dije que necesitaba que te los quedaras desde hoy por la mañana.

Él acarició las cabezas de los pequeños. Samantha tenía diez años y sus ojitos brillantes, iguales a los de su madre, lo observaban desde detrás de las gafas de pasta rosada que le habían comprado unos meses atrás. David rechazó la caricia con un gesto seco, empezaba a mostrar una actitud rebelde demasiado precoz para sus doce, y no alzó la mirada del suelo.

—Tengo trabajo, se lo expliqué a tu marido.

Ella apretó la boca con tanta fuerza que un entramado de arrugas se dibujó sobre el labio superior. Mike sospechó que el nuevo marido de su

exmujer dormiría su desliz en el sillón.

—Richard tendría que haberte dicho que tenemos un compromiso.

El arañazo de las ruedas de una silla contra el suelo interrumpió la discusión. Elizabeth se había levantado y le tendía la mano a los niños, que se habían apartado a observar la bronca entre sus padres desde una distancia segura.

—Si os parece bien, me los llevo a una de las salas de reuniones, ¿de acuerdo?

Aquello no fue una pregunta, fue una acusación en toda regla, y cuando Mike y Joan se miraron de nuevo, ambos habían perdido parte de su rabia.

—Ni siquiera te has dado cuenta, ¿verdad? —preguntó ella.

—¿Cuenta de qué?

—¡Del ojo de tu hijo, Mike! Tiene un moretón enorme en el ojo. —Se llevó la mano al rostro para simular el tamaño del cardenal. Mike se giró en busca del chico. David y Samantha desaparecían en ese momento por un pasillo, de espaldas a él, y no logró verle la cara.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué le ha pasado?

—No lo sé. —Joan suspiró derrotada—. No nos lo quiere contar. Apareció ayer así y no es la primera vez. Antes decía que se había caído con el monopatín, pero ya no me lo creo.

—¿Has hablado con sus profesores?

Ella entrecerró los ojos con una expresión de hastío perfeccionada a lo largo de doce años de maternidad.

—Están de vacaciones, cariño. —La última palabra como si supiera a hiel.

—Joder.

Mike apartó la mirada de los ojos acusadores de su exmujer. No podía ocuparse de eso ahora, no con Zed en la ciudad, pero David... Siempre había sido un buen chico, tranquilo y pacífico. No quería imaginar que empezara a dar problemas tan pronto, a un paso de la adolescencia.

—Suelta el puñetero collar.

Mike soltó las placas del collar y se enfrentó a la mirada rencorosa de su exmujer.

—Tengo trabajo, Joan.

—¿En serio? —exclamó ella—. ¿Te traigo a tu hijo con un morado en el ojo y me dices que tienes trabajo? Pues explícaselo a ellos. —Joan Rodd, antes Poulsen, señaló hacia el pasillo por el que Elizabeth había desaparecido

con los niños—. Cuéntales que la mafia es más importante para ti que tus propios hijos.

Aquella frase pulsó un botón que solo ella sabía localizar.

—Eso no es verdad.

—Pues lo parece.

—No te atrevas a acusarme de...

—No te acuso de nada. —El tono de voz de la discusión había ido creciendo, y los policías que ocupaban las mesas cercanas ya alzaban las miradas en su dirección—. Solo digo lo que veo. Cada día es una excusa distinta, el trabajo o una redada o estás cansado o has quedado con tus amigos para jugar al *basket*. Yo estoy cansada de mentir por ti, Mike, y estoy más harta todavía de ver la mirada en sus ojos. —Volvió a bajar la voz—. Sé que los quieres. Lo sé. Pero ellos no. Y eso es lo que cuenta.

Mike suspiró. Sus puños se agitaban en el aire sin saber adónde ir. Joan tenía razón, siempre la tenía, pero él no podía admitir que cada vez le resultaba más difícil estar con sus hijos. Por supuesto que los quería, daría la vida por ellos y mataría por ellos, pero pasar tiempo con ellos... Eso era otra cosa. Ya no eran bebés que se conformaran con comida y sueño, cada vez exigían más, querían hablar, contarle sus vidas, sus problemas. Querían jugar con él y abrazarlo y...

—Está bien —claudicó.

—Nada de encerrarlos en una sala mientras tú trabajas en otro despacho.

No pudo evitar una sonrisa, aquella cabrona lo conocía demasiado bien. Alzó los dedos unidos en un juramento infantil.

—Lo prometo —dijo.

Ella también sonrió, con menos ganas.

—Me los llevas a casa el domingo por la noche.

—Sí.

—Y habla con David.

—Que sí. Lo haré.

Joan se irguió sobre los tacones para darle un beso en la mejilla. Él le acarició la cintura. Era una mujer hermosa todavía, que aún olía a promesas y atardeceres. Si bien no eran unos atardeceres que él quisiera vivir a su lado. Ya no. Quizá nunca había querido, o no se habría ido con cualquiera que lo mantuviera lejos de la apacible vida familiar. O quizá sí quiso y no supo verlo. Ya era demasiado tarde para que aquella pregunta importara. Apartó la

mano y ella le colgó de los dedos dos mochilas que estuvieron a punto de desestabilizarlo.

—Hasta el domingo —se despidió—. Pasadlo bien.

Se alejó, y las miradas de todos los policías que se cruzó se alejaron enredadas en sus tacones. Mike quiso odiarla, al fin y al cabo ella, lo había sustituido por Richard Clemens, el gran abogado, el gran marido, el gran padrastro. Y ¿quién era él? Un mal marido y un mal padre. Aunque un buen agente del FBI.

Recorrió el pasillo que comunicaba con las salas de reuniones hasta encontrar la que acogía a sus hijos y su compañera. Era la misma en la que se habían reunido con Tessa Britton unos días antes, y eso no le gustó, aunque no supo por qué.

Samantha parecía hallarse a gusto con la detective. La había arrinconado en una esquina de la mesa y la bombardeaba con una exposición de dibujos e historias que aquella trataba de atender por igual. Un as en los estudios, debía de haber descubierto que su canguro era hispana, y hacía gala con ella de las lecciones aprendidas en el colegio. Se desenvolvía en español con sorprendente habilidad, y Elizabeth le respondía en el mismo idioma, hablando despacio y claro, aunque no lo bastante para que Mike la comprendiera, de lo cual se alegró, porque tuvo la sensación de que su hija le preguntaba por las heridas de los nudillos, cuyo origen él prefería no conocer. ¿Qué le pasaba a todo el mundo últimamente? Tessa con el rostro cubierto de golpes, Elizabeth con señales de una pelea a puñetazos, y ahora su hijo. ¿Acaso la violencia se había impuesto como solución a los problemas?

En una silla cercana, pero no pegada a las chicas, David escuchaba con atención. Mike se sorprendió, no recordaba la última vez que había visto a su hijo tan interesado en una conversación que no girara alrededor de él. Él era demasiado mayor para escuchar a los demás, demasiado mayor para esas charlas de niñas, demasiado hombre, demasiado duro. Un tipo duro temprano, igual que su padre. Sería difícil sonsacarle lo que le había ocurrido, pero lo lograría. Era su padre, ¿no? No podía ser tan difícil.

—¿Ya estás volviendo loca a mi compañera?

Las risas cesaron de golpe. David retrocedió, de vuelta tras el telón de acero que formaba un cabello demasiado largo; Samantha le dirigió una mirada vacilante. Él le sonrió con toda la dulzura que pudo reunir. ¿Por qué no podía decirle a su hija que la quería? ¿Por qué no sabía demostrárselo? Ella se conformó con aquella sonrisa y le enseñó el dibujo que tenía en la mano. Un

retrato familiar: mamá, papá, David y Sam. Papá era una figura irreconocible de pelo castaño. Igual que él, sí, pero Mike supo con certeza que no era a él a quien su hija había dibujado.

—Es precioso, cariño.

La niña se colocó las gafas sobre el puente de la nariz y devolvió el dibujo a una carpeta, junto a otros similares que él no quiso ver. Dibujos de papá Richard, por supuesto, el que estaba allí cuando ellos lo necesitaban.

—Mike. —Lo reclamó Elizabeth—. ¿Quieres tomarte un rato para llevarlos a casa o...?

Él negó.

—No tengo con quien dejarlos, no me acordaba de...

—No necesito una canguro —replicó David, sin alzar la vista del móvil.

Mike giró el rostro hacia su hijo, dispuesto a replicar que eso lo decidiría él, pero Elizabeth se le adelantó.

—Gracias, David, la verdad es que nos haces un favor. —Elizabeth Delgado al rescate—. ¿Os importa entonces quedaros aquí mientras nosotros trabajamos en ese lado? Tenemos un montón de cosas que hacer.

Mike la miró con agradecimiento eterno. No sabía si tenía hijos. En realidad, sabía muy pocas cosas de ella, y las que sabía cojeaban por alguna pata. ¿Por qué había dicho el doctor Rad que se acababa de reincorporar? ¿Con quién se peleaba cada día para tener los nudillos así? ¿Por qué lo odiaba de esa manera? No sabía nada, pero sabía que, si tenía hijos, eran afortunados.

—Voy a por las carpetas —dijo. Y abandonó la sala.

Cuando regresó, la detective se había apartado a la esquina opuesta de la mesa. En su rincón, Samantha dibujaba en un cuaderno y David había vuelto a enfrascarse en el móvil, como siempre, como si no hubiera nada más allá de esa pantalla. Elizabeth lo esperaba con gesto ansioso.

—¿Dónde estábamos? —preguntó él al ocupar su silla.

Ella miró de reojo a David, pero Mike negó. No allí ni en ese momento. Las pruebas, Katya e Isay, Radimir y Yegor desaparecidos, y Zed en la ciudad. Era en eso en lo que debía centrarse, y en nada más.

—Ibas a contarme por qué Zed es tan peligroso. —Ella bajó la voz. La conversación que estaban a punto de mantener no era apta para todos los

públicos—. Con treinta años no puede ser tan importante dentro de la organización. Cuéntame qué ha hecho.

—Zed es... —Mike se detuvo para tomar aire. Era difícil describir con palabras a alguien como Zed. Eran sus trabajos los que mejor lo hacían. Abrió la primera carpeta—. Hay personas que nacen para dar, para salvar vidas o para crearlas, como las mujeres.

—No seas machista condescendiente.

—Vale. Joder, intento decirte algo bueno. Pues los médicos, las ONG que se van a África o que trabajan con refugiados en zonas de guerra... ¿Me sigues?

—Sí.

—Pues Zed es todo lo contrario. Él ha nacido para destruir. Nuestros psicólogos le atribuyen una frialdad casi patológica. Es un sociópata de manual. Si hay alguien con una habilidad innata para el asesinato, ese es Zakhar Alkaev.

Elizabeth había ido esculpiendo una arruga a lo largo de su frente.

—Un poco exagerado, ¿no?

Mike echó un vistazo a los niños. Parecían absortos en sus cosas, pero no se dejaría engañar, cuando respondió lo hizo en un tono casi inaudible.

—Cometió su primer asesinato con once años. —Aquella afirmación transformó la arruga en la frente de su compañera en dos ojos desorbitados. Una vez obtenida su atención, podía contar la historia completa—:

»La madre de Zed era americana. Trabajaba en la embajada de Moscú cuando conoció a un hombre, se enamoraron, se casaron, toda la película. Él era ruso, claro, un don nadie que trabajaba para cualquiera que pagara bien. Entonces nació Zed. Maureen quería tener a su hijo en casa, en Estados Unidos, y se estaban preparando para el traslado, pero el jodido crío se adelantó casi tres meses y estuvo a punto de matarla. Se puso de parto en no sé qué aldea rural a la que habían ido a pasar el fin de semana, lejos de hospitales y médicos, y se desangró. Al final, sobrevivió, pero le dijeron que el niño no lo haría, que estaba muerto. Ojalá hubiera sido así.

Buscó la mirada negra de Elizabeth, pero ella no abrió la boca, y él agradeció que no le reprochara aquella frase de la que no se arrepentía.

—Por desgracia sobrevivió y, en cuanto pudieron, se mudaron a Nueva York. Y ahí perdimos otra oportunidad.

—¿Qué significa eso?

Él soltó el collar y se enderezó en la silla.

—Estuvo a punto de morir otra vez, con seis años. Lo atropelló un coche y casi no lo cuenta. Bueno, de hecho, llegó a palmarla en la ambulancia, pero lograron reanimarlo en el hospital. Ojalá se hubieran estado quietos.

—Vale, ya lo pillo, desearías que estuviera muerto —Lizzy había torcido el gesto, claramente molesta por su insistencia.

—Sí, sé que suena cruel, pero es que me revienta haber perdido esas dos oportunidades. Ni el diablo quiere a ese cabrón. Cada vez que se lo envían lo manda de vuelta.

Elizabeth asintió. Él relajó la presión de sus puños cerrados y continuó.

—Aparte de eso, ya apuntaba maneras. No se adaptó nada bien a un país extraño que su padre le enseñaba a odiar, por lo que no tardó en juntarse con malas compañías. Era una época difícil, las mafias campaban por la ciudad y él aprendió a robar, se metía en peleas... La policía de Nueva York todavía guarda una carpeta con su nombre, aunque no habría sido nada del otro mundo si no fuera porque, en el noventa y siete, la madre murió.

—¿Qué? ¿De qué?

—Cáncer de pulmón. Visto y no visto. Y Zed perdió el poco control que podía tener. Menos de seis meses después se metió en una pelea con Gennaro Casale, un chico del barrio, y lo mató. Tenía once años.

Elizabeth desvió la mirada hacia los hermanos, y él la imitó. Los pequeños apartaron la cara al unísono, demasiado mal actores para enfadarse con ellos. Mike escudriñó el rostro de su hijo. Pese al flequillo que lo ocultaba, era fácil distinguir el morado que cubría su ojo izquierdo. Era un puñetazo, no había duda, y sintió una rabia caliente crecer en su interior. Quien se hubiera atrevido a golpearlo iba a pagarlo muy caro.

—¿A golpes? —Él tuvo que inclinarse para oír sus palabras.

—¿Qué? —preguntó, pensando por un momento que se refería al morado de David.

—Zed, si lo mató a golpes.

—No. Le rompió el cuello.

—Joder.

—Los testigos dijeron que ni siquiera le tembló el pulso, que le agarró la cabeza y se la retorció sin inmutarse.

Le tendió la carpeta y Elizabeth la tomó para repasar con mirada experta los datos y las viejas fotografías que ilustraban el informe policial, cada vez más y más inclinada hacia delante. Con los codos en las rodillas, los ojos desorbitados y la coleta rizada por encima del hombro, parecía una niña

que no pudiera apartar la mirada de una película de terror. Mike lamentó, como había hecho ya varias veces, que no se arreglara un poco más. Seguro que con una mano de pintura y un poco de estilo en la ropa ganaría mucho.

—¿Y qué pasó con él?

Mike tomó aire y se humedeció los labios. Se le había secado la garganta, pero no tenía agua a mano, y menos aún un cigarro, que le apetecía mucho más.

—Desapareció. Cuando la policía fue a buscarlo, él y su padre habían desaparecido sin llevarse nada. La casa estaba intacta. El chico muerto pertenecía a una familia de la mafia italiana, los que dominaban el cotarro en aquella época, así que todo el mundo dio por hecho que los habían matado como venganza. No tenían más familia, no se denunció su desaparición y, como nadie estaba dispuesto a bucear en el Hudson para recuperar los cadáveres, se dejó así.

Elizabeth se irguió en busca de aire. Sus dedos se acariciaban ausentes las heridas de los nudillos, como un tic, y Mike le dio tiempo para asimilar la información. Él la conocía de memoria, los datos, las fechas, los nombres y las imágenes. Zakhar Alkaev era su espinita clavada desde que había entrado al FBI. Lo conocía casi mejor que él mismo y, por primera vez, estaban en la misma ciudad al mismo tiempo. Un estremecimiento le erizó la columna hasta el cuello.

—¿Cuándo volvió a aparecer?

La pregunta lo obligó a regresar al presente. Al momento y el lugar en el que sus hijos escuchaban a escondidas su conversación. Bajó la voz aún más al contestar.

—En 2005. El FBI tenía un agente infiltrado en la organización de Maksimov. Llevaba cuatro años con ellos, casi desde que se instalaron en Florida. Alguien lo mató de una cuchillada en el corazón y dejó el cuerpo en la puerta de la central, con su placa colgada del cuello.

—Una advertencia.

—Exacto. En su última comunicación, el agente había dado el nombre de Zed como alguien enviado desde Moscú. No sabía para qué, pero tampoco le dio mucha importancia, al fin y al cabo no era más que un crío.

Elizabeth guardó silencio mientras calculaba, indiferente a la carpeta que él le tendía.

—Dieciocho años.

Mike asintió.

—Exacto. No encontramos nada que lo relacionara con el asesinato y para entonces ya estaba de vuelta en Rusia. Dos años más tarde su nombre volvió a aparecer. —Una nueva carpeta sobre la mesa, que ella también ignoró. Se limitaba a escuchar con atención apenas rota por furtivas miradas hacia los niños—. No sé si lo recordarás, salió en todas las noticias, alguien entró en la casa de los Kwam Lam, la familia más importante de la mafia china en Dallas. Mataron a ocho personas: seis guardias de seguridad, el jefe de la familia y un octavo tío que, al principio, nadie supo quién era. Durante la investigación surgió el nombre de Zed. Había llegado al país cuatro días antes y se había marchado un día después.

—Pero sin pruebas no era más que un hecho circunstancial.

—Exacto. Limpio como un bebé.

—¿Y quién era el octavo? ¿Lo descubristeis?

Mike asintió.

—Resultó ser un miembro de la organización de Maksimov que los estaba vendiendo al enemigo.

—Otro traidor.

—Exacto. Esa es su especialidad. La tercera ocasión en que visitó el país fue para lo mismo, en Seattle. Esta vez, el traidor estaba colaborando con la policía. Él lo... —Miró a los niños, que apartaron la vista de inmediato. Sintió unas ganas desmedidas de abrazarlos, pero no lo hizo—... lo degolló.

—Le gustan los cuchillos.

—Y no deja huellas. Llega, hace su trabajo y se va. Sin pruebas, no hay nada en su contra. Tiene doble nacionalidad, entra y sale del país cuando quiere, pero los Estados Unidos no es el único sitio que ha visitado: Italia, Albania, Japón... El poder de Maksimov se extiende por medio mundo, y con él, lo hace su sicario personal.

—¿No podéis detenerlo por la muerte del chico de Nueva York?

—No. Nadie quiso testificar ni había pruebas. La policía sabía que había sido él, pero no podían demostrarlo. Esperaban conseguir una confesión, pero dudo mucho que lo logaran aun cuando lo hubieran atrapado.

—¿Y qué fue del padre?

Mike sonrió, aunque hacía tiempo que aquella historia había dejado de hacerle gracia.

—Adivina para quién entró a trabajar cuando regresó a Moscú.

—Luka Maksimov.

—Apellido correcto —respondió él, luego le guiñó un ojo—, persona

equivocada. No para Luka Maksimov, padre de Ekaterina, sino para Ivan Maksimov, abuelo de la chica.

—Vaya, un negocio familiar.

Mike rio con estruendo. Los chicos lo miraron sorprendidos desde su esquina de la mesa.

—Tú lo has dicho, Lizzy. Un negocio familiar.

—Te he dicho que no me llames Lizzy.

Él volvió a reír. No había llegado a preguntarle por qué odiaba que la llamara así, y probablemente nunca lo hiciera, pero cuanto más se enfadara, más utilizaría el diminutivo. Había descubierto que le encantaba hacerla enfadar.

—Trabajó para él durante unos años, estuvo varias veces en prisión —continuó—. Hasta que, en 2002, Ivan Maksimov fue asesinado por una banda rival. El padre de Zed también murió esa noche, defendiendo a su jefe.

—Así que Maksimov y Zed se quedaron huérfanos el mismo día.

—Exacto. Zed solo tenía quince años, pero ya llevaba un par de ellos trabajando para la organización. Supongo que Maksimov lo acogió bajo su ala por empatía o por agradecimiento hacia su padre.

—Y ahora está aquí. —Mike se limitó a asentir—. ¿Cómo es? ¿Qué impresión te dio?

El agente evocó esos ojos nublados que había visto un millón de veces en fotografías, pero a los que nunca se había enfrentado. En cierto modo había resultado una decepción. No era lo mismo saber que Zed medía un metro setenta y era delgado, que enfrentarse a alguien más bajo que él, con aquel rostro infantil y al mismo tiempo afilado como una navaja. Parecía un niño, poco más que un adolescente, pero era el mejor asesino que figuraba en los archivos del FBI. La máscara de cera solo había caído en un instante, cuando se refirió a su condición de sietemesino. Por un segundo, tan efímero que bien podía haberlo imaginado, Mike vio en sus ojos la evidencia de aquella frialdad que mostraban los informes. La verdad del asesino.

—La de un tipo con todo bajo control —resumió—. No le preocupó verme allí ni que yo supiera quién es.

—Sabe que no tienes nada en su contra.

—Estaba con Tessa cuando lo encontré.

Elizabeth volvió a erguirse en la silla.

—¿Tessa Britton? ¿La amiga de Ekaterina?

—Exacto. La utilizará para sacarle toda la información que le sea de

utilidad y luego...

—Luego la matará.

Mike se encogió de hombros.

—¿Una *stripper*, la mejor amiga de la hija del jefe? Dalo por hecho.

Elizabeth golpeó la mesa con la palma de la mano. Los niños se sobresaltaron con un grito, los objetos que se encontraban sobre el tablero brincaron y un montón de rotuladores escaparon de su estuche para huir por la madera.

—Lo siento —se disculpó ella, al tiempo que devolvía a Samantha un lápiz blanco que había rodado hasta su esquina—. Maldita sea, Mike —susurró—, ¿cómo puedes hablar así? Tenemos que protegerla.

—¿Y qué pretendes que hagamos, Lizzy? No tenemos base para solicitar protección, no podemos retenerla ni...

—Joder. Que no me llames Lizzy.

Él sonrió. Sí, le encantaba hacerla enfadar.

EL DESTAPADO

Viernes, 27 de junio – 22:21 h

Hot Corner Club. Los Ángeles, CA

La noche no era negra en aquella ciudad. Farolas, coches y neones pintaban de colores la densa capa de contaminación que se cernía sobre sus cabezas. En la ciudad de los ángeles no se veía el cielo, y en aquel cruce en concreto, el cielo se había olvidado de ellos.

Inmundos edificios de una planta se expandían hasta el horizonte envueltos en una actividad febril que todavía aumentaría para la madrugada. La noche parpadeaba con los destellos rosados del cartel del Hot Corner. Los golpes sordos de la música que escapaba del club se mezclaban con el rumor de la calle y las voces de quienes la recorrían con intención deshonestas, hombres que clamaban las virtudes de las bailarinas de sus respectivos negocios; un grupo de jóvenes, poco más que chiquillos, que ofrecía drogas de todo tipo a los transeúntes; chicas que alquilaban sus cuerpos por un precio módico. Era un barrio de mierda abandonado de la mano de Dios a su propia perdición.

Una ambulancia blanca cruzó ante él con la sirena encendida. Zed la siguió con la mirada hasta que sus luces desaparecieron tras la esquina, y entonces guardó el teléfono en el bolsillo del pantalón. Acababa de hablar con Maksimov y, como siempre, había resultado una conversación inquietante. El *pakhan* decía lo que quería; el cómo hacerlo era cosa suya. Y lo que quería era ver muertos a los asesinos de su hija. El problema era que aún no sabía quién la había matado. Ni siquiera la policía lo sabía. Según el informador de Bogdanov, el forense había hallado restos de ADN bajo las uñas de la chica, y no correspondían a Isay, así que ¿a quién demonios pertenecían? Lo lógico era pensar que a su asesino, pero el forense también manejaba la teoría de un amante, y ambos podían ser la misma persona. ¿Ekaterina Maksimova tenía novio? Solo una persona lo podía decir.

Tessa, Tessa. No podía fiarse de ella. Sabía más de lo que admitía y ocultaba más de lo que hablaba. La chica mentía. Mentía bien, eso era cierto,

sabía aprovechar su atractivo para desviar la atención de las palabras, pero cada una que pronunciaba era mentira. No obstante, todas las respuestas llevaban su nombre, y él aún no había sido capaz de hacerle una sola pregunta. Noche tras noche se quedaba embobado viéndola bailar, y luego, a solas, perdía el tiempo hablando de cosas triviales. Se decía que era un trabajo lento, ganarse su confianza, pero no era tan estúpido como para obviar que, en cuanto obtuviera lo que necesitaba de ella, tendría que cargársela. Otra de las exigencias de Maksimov.

Abrió la puerta del club y aguantó estoico el chumba-chumba en la cabeza y el golpe del aire acondicionado del interior. Atravesó el local a paso rápido, directo hacia la entrada a los camerinos, esquivando camareras y clientes, e ignorando a las tres chicas que bailaban en el escenario. No permitiría que nada detuviera sus pasos.

—Tengo que hablar con Summer —informó al vigilante que custodiaba el acceso a la zona privada.

—Claro, amigo —rio aquel desde lo alto de su metro noventa—. Tú y todos los demás.

—Soy Zed. Bogdanov ha dado orden...

No tuvo tiempo de terminar la frase. La puerta se abrió y apareció ella. Llevaba un diminuto vestido de lentejuelas negro, tan ajustado que parecía dibujado sobre su cuerpo, y cada una reflejaba las luces en un millón de destellos multicolores.

Lo miró sorprendida de encontrarlo allí.

—Iba a buscarte —admitió él.

Ella le ofreció una mano y una sonrisa.

—¿Me vas a dejar bailar para ti esta noche?

No, no era eso lo que quería, quería hablar de Ekaterina, de los restos bajo sus uñas, de dónde iba cuando escapaba de sus guardaespaldas, de novios y enemigos.

—Sí.

Las esculturales piernas de la bailarina lo guiaron hasta el pasillo de los reservados y, una vez allí, hasta el último del fondo. Era un espacio amplio de paredes color vino, con una barra metálica en el centro y un sillón semicircular de cuero rojo destinado a albergar un grupo grande de hombres. Le indicó que se sentara y manipuló unos botones en la pared. Un segundo después, unas notas de guitarra se superpusieron a la música machacona que llegaba desde el exterior.

Ella sonrió y, muy despacio, tacón a tacón, avanzó hacia la barra.

*I've got a fever
Come check it and see
There's something burning
And rolling in me
We may not last
But we'll have fun 'till it ends*^[19]

Zed reconoció la canción a duras penas, aunque fue incapaz de dar con el nombre de la mujer de voz seductora que hablaba a través de las caderas de la bailarina. Ella tarareaba mientras bailaba, como siempre, y en ese momento, dibujó una sonrisa juguetona, y con los ojos brillantes de deseo, cantó:

*C'mon baby, be my
Bad boyfriend*^[20]

Él sonrió. La canción arrancó entre guitarras distorsionadas y ella se encaramó de un salto a la barra de frío metal. Las lentejuelas del vestido centellearon en el aire.

Guitarras. Un giro suicida boca abajo, sin manos, sujeta solo por un tobillo. Extendió los brazos y el vestido resbaló por su cuerpo hasta que las lentejuelas se estrellaron contra el suelo y los focos lamieron su piel.

Zed aguantaba la respiración. Era incapaz de moverse. Ella se dejó caer de vuelta al suelo y se acercó a él, se inclinó hacia delante y, anclando la mirada en sus ojos, apoyó las manos en sus rodillas abiertas. El calor del contacto le provocó una reacción inmediata, desgarradora.

*I wanna hear you call up my name
I wanna see you burn up in flames
Keep you on ice so I can show all my friends*^[21]

Cantado a través de la cortina de su cabello, exigido a través del brillo de sus pupilas y el carmesí de sus labios. Zed se retorció en el asiento. Deseaba a aquella mujer como no había deseado nada en el mundo, pero ella se alejó con un giro cruel.

*Say what, sugar
You wanna get what?*^[22]

Tessa guiñó un ojo y él se agitó. Quería. Quería. Quería hacerlo. Lo necesitaba.

*I wanna give you
One hundred and ten*^[23]

Alargó la mano y cerró los dedos sobre su muñeca. Ella se giró,

sorprendida.

*C'mon baby, be my
Bad boyfriend*^[24]

Se miraron inmóviles. Él no sabía por qué la había agarrado, pero no la soltó, y ella no trató de apartarse. Avanzó hacia él y se sentó a horcajadas sobre sus piernas. Zed sintió que su erección rebullía dentro de los pantalones y temió que ella se diera cuenta. Estaría acostumbrada, pero era tan... vulgar.

*You've got the women
Waiting in line*

I'm not asking you to make up your mind^[25]

—Sigue bailando. Por favor.

Ella sonrió. Se recogió el cabello sobre la cabeza y contoneó la cintura.

*I can make you happy
At least now and then*^[26]

Apoyó las manos en su cadera. No había nada mejor que verla bailar, pero su mente ya fantaseaba con otro baile más privado, tenerla para sí y recorrer con la lengua cada curva de su cuerpo.

*If you can't love me, honey
Go on, just pretend*^[27]

Él amagó una sonrisa. No podía amarla, no era capaz de amar a nadie, pero podía fingir. Ambos podían hacerlo.

Ella se mecía sobre sus muslos, lentos movimientos que parecían crear ondas en el aire. Se humedeció los labios con la lengua y, con los ojos clavados en los de él, cantó una vez más.

*C'mon baby be my
Bad boyfriend*^[28]

Se deslizó hacia delante. Ya bailaba exactamente sobre su entrepierna. Él no se atrevía a respirar.

*C'mon baby be my
Bad boyfriend*

La canción cada vez más lenta. Un poco más lenta. Ella apoyó las manos en el respaldo del sofá y lo encerró entre sus brazos, tan cerca que su cabello le acarició las mejillas.

*C'mon baby be my
Bad boyfriend*

Zed sintió el aliento de ella sobre su propia boca. Su boca...

C'mon baby be my

Sus labios...

Bad boyfriend

—¡Summer! —La cortina se abrió de un golpe. La chica se retiró contra una esquina del sillón casi de un salto, y Zed miró al intruso con más odio del que creía haber sentido en su vida—. ¿Qué coño haces? ¡Sabes que no puedes follar aquí, si quieres tirarte a un cliente tiene que ser fuera!

Uno de los vigilantes del club. Más de metro noventa, ciento y pico kilos, arma en el tobillo, un tatuaje tribal en un lado del cráneo rasurado. Zed sintió las ganas de matarlo como burbujas hirviendo en su estómago.

—Tranquilízate, tío —susurró, pese a ello, con voz calmada—. No pasa nada.

—Tú, cállate. —El gorila lo apuntó con un dedo, que dirigió a continuación hacia la bailarina—. Y tú, parece que las putas nunca aprendéis.

Zed saltó hacia él. En un solo movimiento le retorció el dedo, la mano y el brazo contra la espalda. Lo derribó en un giro y, con la mano libre, le aplastó la cabeza contra el suelo. El tipo chilló de dolor.

—No me apuntes con el dedo —aconsejó Zed, en voz baja y con la rodilla clavada en su columna vertebral—. Y nunca en tu vida vuelvas a hablarme así. ¿Entendido?

El vigilante se agitaba en el suelo, la mano izquierda palmoteaba inútil en el aire y sus pies resbalaban en un intento vano de incorporarse. Zed le retorció el dedo un poco más. El aullido se convirtió en sollozo y, por fin, en una respuesta berreada entre gemidos.

—¡Sí, sí! Joder.

—Ni a ella.

Lo retorció un poco más. Sentía la tensión de las falanges a punto de estallar.

—¡No!

La cortina volvió a abrirse y tres hombres de Bogdanov, con las armas en alto, invadieron el reservado como agua desbordada.

—¡Suéltalo!

—¡Maldito cabrón, déjalo!

—¡Suéltalo, suéltalo!

Zed sonrió, una sonrisa que nadie llegó a ver, pero que enfrió la temperatura del reservado varios grados. No lo pudo evitar, se sentía cómodo en aquellas situaciones; era lo que mejor conocía y donde mejor se sabía mover.

Como una ráfaga de imágenes, su cerebro dibujó lo que ocurriría a continuación. Romperle el dedo a aquel tipo, una patada en la boca, desentenderse de él. Luego el primero de la izquierda. Un golpe certero en el codo, seguido de otro en la muñeca, desarmarlo, lanzarlo contra el del centro, desestabilizarlos a ambos. Un golpe en la sien con la culata al tercero, el único que quedaría en pie. Quitarle la pistola. Todo resuelto sin un solo tiro.

—¿Qué coño pasa aquí?!

El que faltaba. Georgy, la lagartija checa, hizo su aparición a través de la cortina. Echó un vistazo rápido a sus tres hombres y luego al que había provocado el griterío.

—Zed... —tartamudeó—. Por favor, no, por favor. Le ruego que disculpe a mis hombres.

«Sus hombres» lo miraron, inquietos.

—¡Bajad las armas! —exclamó, agitando los brazos—. ¡Bajadlas de una puta vez!

Obedecieron a regañadientes. Zed soltó al que tenía inmovilizado, y este se levantó tambaleándose; se sujetaba el dedo con la otra mano como si temiera que se le fuese a caer.

Georgy miró a la chica.

—Lárgate —ordenó, con un gesto hacia la cortina.

Ella salió corriendo sin mirar atrás. Zed apretó la mandíbula para no liarse a dentelladas. Su coartada de hombre inofensivo se había desvanecido con los gritos del gorila.

—Zed, lo siento, por favor, disculpe a estos hombres, ellos no sabían...

Sin molestarse en contestar, Zed abandonó el reservado, atravesó el club y salió a la calle.

Cerró los ojos e inspiró el aire fresco de la noche. La había cagado, y bien. Ella ya no confiaría en él. No le hablaría de Ekaterina ni de nada, no volvería a acercarse, a tocarlo, a mirarlo como había hecho unos minutos antes. Solo unos minutos. Todo se había ido a la mierda, y él tendría que cambiar de estrategia.

Se habían acabado las tonterías.

Tendría que hacer aquello para lo que estaba allí.

LA BAILARINA CAÍDA
Viernes, 27 de julio – 23:28 h
Hot Corner Club. Los Ángeles, CA

¡Bum!

Tessa cayó al suelo y, pese a que se había protegido con las manos, un relámpago caliente le atravesó la cadera con un aullido. Intentó retener las lágrimas, pero los ojos se le inundaron sin compasión. Sollozó de dolor y de miedo, pero sobre todo de odio. Odiaba a Bogdanov, odiaba a Georgy, odiaba a Zed, y más que a ninguno se odiaba a sí misma, por llorar y por haberse dejado hacer prisionera de una organización de mafiosos hijos de puta. Por no atreverse a utilizar las técnicas de defensa personal que había aprendido en el curso con Katya. ¿Podría librarse del Checo? No, probablemente no, pero al menos defenderse, oponer resistencia, luchar y no dejarse avasallar como una criatura desvalida. Eso sí, cualquier cosa que hiciera le sería devuelta multiplicada por mil. Si hería a Georgy de alguna manera, quién sabía cómo se vengaría él.

—Maldita zorra, no tienes ni idea de a qué estás jugando.

El Checo la insultaba desde arriba con una sonrisa sádica en los labios, abriendo y cerrando los dedos tatuados como si contase los segundos para el siguiente puñetazo. Llegaría, sin duda. Estaban solos en el despacho de Bogdanov, el gran jefe no se encontraba en el club esa noche, y todo el poder recaía en manos de su lugarteniente. Ya no importaban las órdenes que hubiera recibido para controlarse, aquel cabrón se estaba resarcido por el tiempo pasado con los puños retenidos, y ella le había dado la excusa perfecta.

—¿Te crees que puedes ligarte a ese gilipollas y que te lleve con él a Moscú? ¿Eso es lo que buscas? Claro que sí, todas las putas sois iguales.

—¡Solo hacía lo que Bogdanov me ordenó! —exclamó desde el suelo.

Mala idea. La bofetada la derribó contra el parque. Bum. Las lentejuelas del vestido chasquearon contra la madera.

—¡No me repliques! —gritó el Checo, rociando de saliva su rostro—. ¡Él no te dijo que te lo camelaras, pedazo de zorra! —La agarró por el pelo y

la levantó en el aire. Ella chilló. El dolor abrasó su cabeza como si le hubieran prendido fuego. Trató de aferrarse a sus brazos, pero no sirvió de nada, el Checo la manejaba como a un cachorro indefenso—. ¿Crees que me engañas? ¡Te vas a llevar una sorpresa! ¡No tienes ni puta idea de quién es ese tío!

La abofeteó dos veces, bum, bum, una en cada mejilla. La frase que envolvía su garganta le prometía una tortura larga, dolorosa y humillante. Tessa buscó apoyo en los pies, pero él la agitó para impedirlo, y ella volvió a gritar por encima del ruido de los tacones contra el suelo. El cuero cabelludo hervía de dolor.

—No puedes volver a acercarte a él, ¿está claro?

Tessa gimió una respuesta que el Checo consideró afirmativa. La soltó y ella cayó a peso contra el suelo. El latigazo que le había estallado la cadera se repitió, más fuerte aún, y el mundo se volvió blanco.

—Lo último que quiere el señor Bogdanov es que Maksimov lo llame para quejarse de que una puta tiene a su chico desconcentrado. ¿Me has entendido?

La bailarina volvió a gemir una afirmación, y él se cernió sobre ella, acorralándola entre las piernas.

—¿Crees que puedes jugar con él, verdad? La putilla que le ofrece sus encantos. —Le agarró un pecho con la mano y hundió los dedos en la carne.

Tessa intentó apartarse, pero él no se lo permitió. Estaba encima de ella, casi tumbado sobre su cuerpo, con las uñas clavadas feroces en su piel. Las marcas de viruela que acribillaban su rostro parecían querer absorberla.

—Suéltame —suplicó ella, presa del pánico.

—¿Qué pasa? ¿Te gusta el chico de Maksimov, pero yo no? —exclamó él—. ¿Te restriegas con él, pero conmigo no?

Tessa sentía las punzadas de sus garras en el pecho como si se lo quisiera arrancar. Georgy sonreía. Por fin estaba al mando, aquel era su reino esa noche y podía hacer lo que le diera la gana. Ella no conocía los detalles de su historia, solo que procedía de una familia de inmigrantes establecidos en los Estados Unidos durante la guerra fría, y que le gustaba hacerse pasar por uno de los rusos, aunque ni siquiera hablara el idioma. Había estado en la cárcel en varias ocasiones, no sabía con exactitud por qué, pero los rumores hablaban de asesinatos y violaciones. Los rumores instaban a mantenerse alejada de él. Pero ya era tarde.

—Por favor... —imploró, revolviéndose en el suelo, con los labios

hinchados de sal—. Haré lo que dijo Bogdanov...

Bogdanov. La inesperada palabra mágica. Georgy se apartó casi de un salto y retrocedió por la habitación inspirando la desilusión húmeda por la nariz.

—Levántate —ordenó en tono magnánimo.

Tessa buscó sostén en la mesa para incorporarse. Cuando lo logró, el dolor le impidió apoyar la pierna con normalidad. Notaba las palpitaciones en la cadera y la rodilla derechas, y un calor que se extendía desde el tobillo hasta la cintura. Sintió que algo le atenazaba el estómago y un nudo en la garganta le impedía respirar. No quiso creer que fuera a acabar así, que allí, en aquel suelo de parquet, de manos de un hijo de puta como Georgy el Checo, fuera a terminar su carrera de bailarina, una carrera construida a base de sueños rotos e ilusiones vanas, de clases de danza y espectáculos eróticos delante de una panda de borrachos, pero una carrera que era lo único que la mantenía con vida, lo único por lo que valía la pena respirar. Lo único, ahora que Katya también la había dejado. Lo único. Y lo iba a perder.

—El señor Bogdanov te dijo que tuvieras al chico de Maksimov contento, es verdad, pero no te creas que me vas a engañar. —Georgy se sorbió los mocos al tiempo que la apuntaba con el dedo como había hecho Ilari un segundo antes de que Zed lo obligara a arrepentirse—. Si quiere que bailes para él, bailas; si quiere hablar de Ekaterina, hablas; si quiere que le chupes la polla, se la chupas con una sonrisa. Pero mucho cuidadito con lo que le dices ¿entendido? —La joven asintió de nuevo. Entendido—. Bien. ¿Te queda algún número esta noche?

—Sí... Uno.

—Pues arréglate un poco, estás horrorosa. —La despidió con un gesto de la mano—. Vamos. Fuera de aquí.

Tessa salió cojeando lo más rápido que pudo antes de que cambiara de opinión.

El silencio la acompañó a su llegada al camerino. Las chicas que se preparaban antes de salir a trabajar, o tan solo tomaban allí un descanso, la vieron entrar, pero ninguna dijo nada. Todas aguantaban las mismas miradas lascivas sobre el escenario, los mismos comentarios repulsivos de hombres por los que no sentían más que asco, los mismos manoseos. Todas habían sufrido la ira del Checo en algún momento y sabían lo que era estar en su lugar.

Tiffany arrastró un taburete a su lado y se sentó.

—Ilari nos lo ha contado —susurró, mientras mojaba en crema desmaquillante un pañuelo de papel—. Lo que ha ocurrido con ese tío.

Tessa no respondió. Las imágenes del ataque de Zed a Ilari se repetían en su mente a fogonazos sin sentido. Estaba debajo de ella, empalmado, a punto de besarla —o eso habría jurado— y al instante siguiente estaba de pie en medio de la habitación con Ilari inmovilizado en el suelo. Aquellos tres tíos armados que entraron en la sala, mucho más grandes que él, más altos, más fuertes, y él, tan tranquilo, como si nada de eso importara, con una sonrisa afilada en los labios que la hizo estremecer de pavor. ¿Quién demonios era?

—¿Es verdad que te estabas restregando con él?

Tessa buscó el silencio en un espejo que oscilaba ante sus ojos. Estaba mareada. El pelo era una mata enredada y húmeda de sudor y llanto. El maquillaje a prueba de agua soportaba bien el calor de los bailes, pero no las lágrimas y los puñetazos. Tenía marcas de carmín rojo por toda la mejilla, y los ojos emborronados como uno de esos góticos que salían los sábados por Westlake. Tiffany comenzó por restregarle el párpado derecho, con suavidad. La tela iridiscente del tanga rojo que llevaba por única prenda emitía destellos bajo las bombillas.

—Solo era un baile privado —suspiró.

—No, según Ilari —la corrigió Haydee, que se había colocado a su espalda y la observaba por el espejo, con los brazos cruzados bajo los pechos desnudos.

—¿Acaso te gusta? —preguntó Tiffany con el rostro contraído—. A mí me da miedo.

No la culpaba, Zed daba miedo, siempre tan serio, con el rostro enjuto como un cadáver. ¿Le gustaba? Bueno, por algún retorcido motivo, se sentía segura a su lado. No lo entendía ni podía explicárselo. Jamás se había sentido segura al lado de nadie, jamás había confiado en nadie, y él ya le había mentido. Y aun así...

—¿Estás segura de lo que haces? —preguntó su compañera al no recibir respuesta—. Viene de Rusia.

Tessa sofocó un intento de sonrisa. Rusia. Aquel país se había convertido para ellas en un símil del infierno, pero no era esa la imagen que ella tenía. Katya hablaba muy bien de Rusia, si bien era cierto que Katya hablaba muy bien de todo. Pero Katya estaba muerta, y ella seguía allí, en aquel antro de mala muerte, con una vida que no merecía vivirse y de la que no podía escapar.

Rusia.

Zed volvería a Rusia. No negaba que la idea de que la llevara con él había pasado por su mente los últimos días, mientras hablaban a solas y durante el baile privado. Ella le gustaba, eso seguro, pero ¿lo suficiente? Y aunque así fuera y se la llevara, luego ¿qué? No había finales felices para la gente como ella. Seguía sin saber quién era Zed, y, si hacía caso a Tiffany y a su propio instinto, podía ser peligroso.

—¿Más peligroso que Bogdanov y el Checo y los demás? —preguntó—. ¿Más peligroso que la gentuza que viene cada noche?

Su amiga asintió.

—Puede que sí. —Sí, podía ser que lo fuera—. Ilari es enorme y todavía le duele la mano. Le duele todo el brazo. Haydee ha tenido que untarle su pomada para las contracturas.

Señaló a la otra bailarina, que puso los ojos en blanco y cara de asco.

—Sí, mucho quejarse, pero no dejaba las manos quietas.

—Lo siento.

Haydee se inclinó por encima de su hombro.

—Es uno de ellos, Summer.

Tessa la miró por el espejo, sin encontrar ninguna frase que calmara la preocupación de sus compañeras, tan grande como la suya propia.

Zed trabajaba para Maksimov y eso, en efecto, lo convertía en uno de ellos. Le había dicho que era un burócrata, pero no lo creyó entonces y ahora estaba segura de que mentía. Además, el Checo se había referido a él como «el chico de Maksimov». No, no era un simple burócrata. Pero si no, ¿qué? Si no, un asesino. Y si era un asesino, ella estaba muerta. Nada de Rusia ni de baile ni de antro de mala muerte. Pagaría con su vida lo que le había hecho a Katya a no ser que él no lo descubriera, a no ser que lograra hacer que deseara salvarla. Había estado a punto, esa misma noche, un rato antes, brillaba el deseo en sus ojos y aquel deseo podía convertirse en algo más.

Se preguntó si estaría de nuevo entre el público. En esos días se había acostumbrado a verlo allí, sentado en la barra, solo, con el whisky a un lado y los ojos posados en ella. Él la miraba y ella casi podía imaginar que bailaba solo para él.

Cerró los párpados e inhaló con fuerza. Soñar despierta no servía de nada.

Negó con la cabeza y se giró hacia el espejo. Tiffany le había quitado los restos de maquillaje corridos por las lágrimas, pero su piel seguía

colorada y dentro de un rato habría oscurecido allí donde Georgy la había golpeado. Comenzó a aplicarse el cobertor. Tenía veinte minutos antes de salir de nuevo al escenario, le daría tiempo. Aún le dolía la pierna, pero si no dejaba que se enfriara podría soportarlo. Lo haría. Bailaría.

Bailaría para él, y quizás... quizás podría lograrlo. Le pagaban por enamorar a los hombres.

Podría hacerlo.

Por una vez, el baile no la ayudó a relajarse ni a olvidar. No logró conectar con la música y no hizo otra cosa que buscarlo entre las caras que rodeaban el escenario. No estaba. Temió que le hubieran hecho algo, pero en seguida lo descartó; el Checo no tenía valor para eliminar a un enviado de Maksimov. Simplemente se había marchado. ¿Qué esperaba, que luchara por ella, que se quedara allí para defenderla y cuidarla? Qué estúpida.

Regresó al camerino y se cambió de ropa. Las manos temblaban, y el mareo se había transformado en un dolor de cabeza que la atravesaba desde la nuca a la frente. Tenía ganas de llorar, pero no lo haría, ¿para qué? Se desmaquilló y se aplicó pomada en los golpes. Con un poco de suerte no se le hincharían demasiado, solo habían sido unas bofetadas. Mientras la piel absorbía el ungüento, se arregló el pelo y recogió sus cosas.

Las chicas se despidieron de ella con naturalidad, pero sus miradas de preocupación la escoltaron hasta la puerta. Quiso decirles algo, pero no supo qué. No sabían lo que estaba haciendo y, si era sincera, ella tampoco tenía ni idea.

El enorme jeep negro del Checo relucía bajo los focos que iluminaban el aparcamiento. Tuvo ganas de arañarlo, rayar la carrocería con las llaves hasta que saltaran chispas. Pero no lo hizo, por supuesto; el coche estaba aparcado en la plaza de Bogdanov, y la única cámara de seguridad de la zona apuntaba justo hacia allí. De modo que siguió de largo y continuó hasta el fondo. Las luces de las farolas no llegaban hasta esa esquina en la que las cajas de botellas vacías se amontonaban, envueltas en una niebla nauseabunda de pis y vómito de borracho, a los pies de unos cubos de basura que alguien había olvidado sacar. A lo largo de la pared pintarrajeada se alineaban una docena de utilitarios, los coches de las bailarinas y trabajadores del club.

—Tessa.

La voz la detuvo a medio camino. Una figura negra emergió de la oscuridad, y la impresión que había tenido se confirmó. Era él.

—¿Qué haces aquí?

—Te estaba esperando. Quería disculparme.

Zed recorrió los últimos metros que lo separaban de ella y, al llegar, su mirada se ensombreció.

—¿Quién te ha pegado?

Ella se cubrió con la mano, pero él la agarró y la forzó a retirarla, suave pero firme.

—Nadie, no pasa nada.

—¿Ha sido Georgy? ¿Ha sido él?

—Por favor, Zed, está bien, no...

Él no escuchó más. Se separó de ella y echó a andar de regreso al club. Ella corrió tras él. Lo agarró por la camiseta, pero eso no lo contuvo, así que lo rodeó con los brazos por la cintura y se pegó a su espalda. Él se detuvo y ella enterró la cara en su hombro. El olor a gel de baño de su piel se mezclaba con la podredumbre de la basura que los rodeaba.

—No lo hagas —susurró—. Por favor, no hagas nada.

Él no se movió, tieso como esas farolas que no llegaban a alumbrarlos.

—¿Por qué?

—Porque tú te irás, pero yo me quedaré aquí.

Rezó para que lo comprendiera. Nadie la protegería cuando todo acabara, y el Checo la haría pagar por cualquier cosa que Zed hiciera en su nombre.

—Está bien —cedió él tras unos segundos—. Está bien. Lo entiendo.

Ella lo soltó y él, al fin, se dio la vuelta. Se miraron en silencio, como si el mundo fuera a romperse si se movían demasiado deprisa. Zed alzó la mano y ella no se apartó. Los dedos del asesino no le hicieron ningún daño al acariciar la zona golpeada. Muy despacio, Tessa recorrió los últimos centímetros que los separaban. El retumbar de la música no sonaba más alto que sus latidos. El abismo la esperaba al otro lado de sus labios, y era un abismo oscuro y frío que había estado llamándola toda su vida. Entreabrió la boca y él aceptó la invitación. Y el mundo desapareció. Katya, Bogdanov, el Checo, Maksimov, el trabajo. Todo.

—Ven a mi casa —susurró cuando se separaron.

La Hollywood Freeway la alejaba cada noche del trabajo en medio de una oscuridad rota por los faros de los cientos de coches que avanzaban

disparados en su misma dirección. No importaba la hora, siempre había coches en el camino, siempre había gente que iba de un lugar a otro, gente que no quería estar donde estaba y gente que se dirigía a sitios a los que no quería llegar.

Tessa solía realizar el trayecto de ida con la música a todo volumen, mientras que el regreso lo hacía en silencio. Necesitaba ese silencio. Se sumergía en el sosiego nocturno y conducía rápido para llegar a casa lo antes posible, ducharse, meterse entre las sábanas y cerrar los ojos. A veces lo único que quería era cerrar los ojos. A veces se planteaba hacerlo antes de llegar. A aquella velocidad sería rápido y definitivo. ¿A quién le importaría? Katya había sido la respuesta durante mucho tiempo, pero ahora ella ya no estaba y nada la ataba a esa ciudad ni a esa vida. El baile. Solo el baile.

La autopista escaló las montañas de Hollywood Hills. Las laderas arboladas ocultaban la realidad de una ciudad masificada y fingían un entorno rural y vacío. En la ciudad de las mentiras, hasta la geografía engañaba al ingenuo.

Tomó el desvío a Cahuenga y se internó de nuevo en la urbe. No había estrellas, el aire era una densa capa teñida de colores. Las calles disparaban reflejos brillantes hacia el cielo: semáforos, neones y carteles publicitarios. Nuevas películas, nuevas series, nuevos programas de televisión. El mundo al que Katya había querido pertenecer y que le había dado la espalda como a tantos otros. Como tantos otros.

Retiró a su amiga del pensamiento. No podía pensar en Katya en ese instante, no con el pasajero que llevaba en el asiento de al lado, apoyado contra la ventanilla, mirándola como si el resto del mundo no existiera, con una expresión lejana y triste que no revelaba nada. No podía pensar en ella con lo que iba a ocurrir. ¿Qué iba a ocurrir?

Tomó por Franklin y giró al llegar a su calle. Edificios de apartamentos de alquiler, de bajo coste y bajo mantenimiento, silencio y oscuridad camuflada bajo la luz naranja de las farolas. Se detuvo ante el aparcamiento al aire libre contiguo al inmueble, abrió la verja con el mando que colgaba del llavero y aceleró. El sonido de la valla al cerrarse le cortó la respiración. Las puertas se cerraban y, a veces, ya no se volvían a abrir.

Aparcó y salió del coche antes incluso de que el tintineo del motor cesara por completo. El aire era cálido, y no corría ni una mísera brisa. Oyó la puerta del copiloto abrirse. Lo oyó bajar. Lo oyó cerrarse.

Sin mirar atrás, se dirigió a la puerta del edificio.

Él no la siguió. Permanecía junto al coche, inmóvil. Ella se detuvo y cerró los ojos con fuerza. ¿Sería entonces? ¿La mataría allí? El ruido de las sirenas, los coches y las voces que poblaban la noche angelina se había diluido, y su corazón hacía añicos el silencio. Se mordió los labios para no llorar.

Esperó.

Entonces, en la nada, escuchó un paso, seguido de otro y otro más rápido y, al fin, sintió la mano en su espalda. No halló valor para mirarlo. Sacó las llaves del bolso y maldijo en silencio el alboroto entre los dedos hasta que logró introducir la adecuada en la cerradura.

El trayecto de tres pisos en el ascensor duró una eternidad. Con la vista clavada en la puntera de sus zapatillas, Tessa se agarraba las manos para que él no notara el modo en que temblaban. El nudo en el estómago podía deberse a tantos motivos que no era capaz de decidir cuál prefería: lo que iba a hacer, con quién iba a hacerlo, lo que ocurriría después; si habría, acaso, un después.

El ascensor se detuvo. Un sutil timbrado en el silencio. Las puertas se abrieron. Tessa avanzó por el pasillo hasta su apartamento con la sensación de dirigirse al cadalso. No sabía lo que estaba haciendo, pero no podía parar. Un paso tras otro recorrió los últimos metros sintiendo el temblor cada vez más intenso en las piernas.

La alfombrilla que custodiaba la puerta la hizo sonrojar. El texto en letras negras rezaba «Si actúas como un felpudo, la gente te pisará». Muy ingenioso. Una frase que ella se repetía cada día y que, sin embargo, no había evitado que la trataran como a un felpudo la mitad de su vida. Lo pisó y abrió la puerta tan rápido como el temblor de las manos le permitió.

El pequeño chuchó apareció corriendo desde el dormitorio, precedido del repiqueteo nervioso de sus uñas por el suelo. Tessa lo había olvidado. Dejó el bolso en el sillón y lo tomó en brazos. Zed había cerrado la puerta y se dirigía ahora hacia ellos.

—Se llama Rudolf—explicó ella—. Por el bailarín, no por el reno.

Él no contestó y ella pensó que un ruso quizá no tuviera ni idea de quién era el reno Rudolph, pero sabía sin duda quién era Rudolf Nureyev.

—Es bonito. —Él acarició la cabeza blanca y negra del animal.

—Era de Katya. Ella quería comprar uno de esos perros enanos que están de moda, pero yo la convencí para que adoptara. —Se había sentido identificada con la historia de aquel animal desde la primera vez que lo vio; ambos habían sobrevivido a un abandono y ahora, de nuevo, ambos estaban

solos—. No sé qué voy a hacer con él, yo no tengo tiempo. Estoy todo el día...

Zed la miró a los ojos y sonrió. Era casi la primera vez que lo veía sonreír.

—Deberías quedártelo —dijo.

Ella asintió. Quería quedárselo, pero no creía que pudiera hacerlo. Entre las clases y el club apenas estaba en casa, y los vecinos ya se habían quejado de los llantos del cachorro. Tendría que habérselo quedado Katya, era ella la que tenía una casa grande y tiempo para compartir con él. En cambio, ella... Ni siquiera podía cuidar de sí misma.

Miró a Zed por encima del animal. Había demasiadas cosas que decir y demasiadas razones para no decirlas.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó él, cuando el silencio agotó su tiempo.

—No. —Su última oportunidad. Devolvió el perro al suelo y negó—. No, no te vayas.

Le acarició el rostro y sintió el tacto áspero de una barba que no se atrevía a nacer. Se abrazaron y, entre besos y caricias, ella lo guio hacia el dormitorio. Cerró la puerta. La cama crujió cuando se tumbaron, y también los huesos doloridos de la bailarina cuando él se tendió sobre ella, pero no se quejó. Estaba bien, le gustaba sentir su peso.

A medida que sus manos la recorrían, tuvo la sensación de que le daba tiempo para echarse atrás, pero no lo hizo. ¿Acaso podía? ¿Acaso quería? Las caricias de aquel asesino que un día la mataría eran más dulces que las de todos aquellos que le habían jurado amor a lo largo de su vida. Cerró los ojos y se enterró en su boca como si nada pudiera salir mal.

Se desnudaron el uno al otro, lentamente y en silencio. Los pantalones de deporte y el top de Tessa desaparecieron en un segundo. Él tardó más, camiseta, zapatos, calcetines, vaqueros y un enorme cuchillo que llevaba atado alrededor del tobillo y que detuvo el pulso de la chica. Tessa alzó la vista de vuelta al torso. Los hombres de Bogdanov estaban llenos de tatuajes, pero él no, aunque sus dedos intuyeron una serie de cicatrices a lo largo de la expedición por su piel: una en la cadera derecha; otra, profunda como un barranco, en el interior del bíceps. Se acercó a ella y la acarició con los labios. Zed la sujetó por la nuca y, sin apartar la mirada de sus ojos, se inclinó hacia delante y la besó.

Tessa se ahogó en su mirada, en esos ojos empapados de deseo que se clavaban en los de ella. Lo agarró del pelo y lo condujo hasta su boca. La

necesidad sustituyó al miedo. Su cuerpo, su piel, su calor, no eran suficientes. Sus ojos, casi blancos, no eran suficientes. Su boca no era suficiente. Necesitaba más. Todo. Él se introdujo entre sus piernas y ahí estaba. El mundo se acabó y, cuando volvió a arrancar, ya nada era lo mismo. El dolor, las preocupaciones y las mentiras la habían abandonado, y no quedó más que paz y un grito de alivio.

LA VECINA

Sábado, 28 de julio – 08:37 h

18th St. Santa Mónica. Los Ángeles, CA

El brillo del sol bañaba la ciudad de Los Ángeles con su habitual alegría de postal. La hilera de palmeras que se alejaban hacia el oeste generaba un paisaje idílico en el que los chalets que se emplazaban a ambos lados no eran sino la guinda del sueño americano. Aquella gente lo había conseguido, de un modo u otro lo habían conseguido. Pero cuántos se habían quedado por el camino. Katya Maksimova parecía tenerlo todo de su parte, una familia poderosa, belleza física, una ilusión que la despertaba cada mañana: triunfar, bailar, actuar, lo que fuera. Lo tenía todo, pero había muerto a un solo paso de conseguirlo. Desnuda, casi sepultada bajo el cuerpo de un guardaespaldas que no pudo guardarla. ¿Por qué?

Mike Poulsen tampoco lo sabía. Los grandes informes de los grandes expertos del FBI no hablaban de ninguna lucha entre organizaciones criminales. Todo estaba en calma, cada uno se dedicaba a lo suyo, e incluso colaboraban en algunos mercados. Por mucho que él se empeñara, el móvil apuntaba a un asunto personal, aunque no así la ejecución, eso había sido obra de un profesional a nómina de alguien. Un asesino a sueldo capaz de quitar de en medio a Isay Utkin y fingir una sobredosis de fentanilo. Sin mucho acierto, eso era verdad, pero podría haber colado si el doctor Rad no hubiera encontrado el pinchazo en el cuello de Katya.

Elizabeth detuvo el coche ante la puerta de la casa, apagó el motor y descendió. Las palmeras se mecían por encima de su cabeza, acompañadas por el suave roce de las hojas. No las movía la brisa, no corría un soplo de aire aquella sofocante mañana de julio; las movía el aburrimiento. La calle estaba vacía y silenciosa, nada que ver con la masa de curiosos que se agolpaba contra la cinta amarilla casi diez días atrás. La cinta en cuestión había retrocedido hasta limitarse a precintar la puerta, pero nadie parecía tener ya interés en cotillear el interior de la vivienda.

No, se corrigió, recuperando el hilo de su pensamiento, no habría colado; la escena estaba llena de incongruencias: las posturas, la ubicación, la ausencia de preservativos y de actividad sexual, la desaparición de los otros dos guardaespaldas, uno de los cuales podía ser el asesino. O los dos.

Quien lo hubiera hecho era lo bastante profesional para enfrentarse a un hombre de metro noventa y pico y matarlo sin problema, pero lo bastante chapuza como para dejar una escena del crimen llena de pruebas. ¿De pruebas? No, de pistas. Pero ninguna prueba, ni huellas ni restos ni... Sí, ADN sí, en las uñas de Ekaterina si el doctor Rad estaba en lo cierto. Elizabeth suspiró y se frotó la cara con gesto cansado. Nada de aquello tenía sentido.

¿Era descabellado pensar que alguien del entorno de Katya había recurrido a los profesionales que la rodeaban para matarla? ¿Quién? ¿Por qué? ¿Por qué de esa manera tan extraña? ¿Por qué quiso aparentar una sobredosis y luego dejó pistas que apuntaban a lo contrario? ¿Cuánto más iba a tardar el ADN en dar algún resultado?

El timbre del teléfono llamó su atención. Mientras lo sacaba del bolso, apostó consigo misma:

—Mamá.

Sonrió al ver que había acertado. Rechazó la llamada y guardó el dispositivo. Los nudillos volvían a mostrar señales de un entrenamiento demasiado intenso. Desde el comienzo del caso, los guantes habían desaparecido de su rutina y las vendas no eran capaces de protegerla por sí solas de la intensidad con la que necesitaba desahogarse. No se arrepentía. Le gustaba ese dolor, lo necesitaba, la ayudaba a dormir y a olvidar, aunque Mike le dirigiera constantes y suspicaces miradas a la espera de una explicación que ella no pensaba darle. No era asunto suyo.

Recorrió el sendero empedrado que atravesaba el jardín y subió los dos escalones hasta la puerta. Estaba rompiendo la cinta amarilla cuando el teléfono volvió a sonar.

Resopló.

Para su sorpresa, el nombre que aparecía en la pantalla no era «Mamá» sino «Pendejo».

—Delgado —respondió, a modo de saludo.

—Han encontrado a Yegor Popov.

El cansancio desapareció como el sol, oculto de pronto tras una palmera. La silueta negra del árbol se recortó en el cielo.

—No mames...

—Apareció en un pueblucho en Washington, flotando en una presa. Parece que se despeñó por un barranco hasta caer al río con la mitad de los huesos rotos, pero, por lo que dice el informe del forense local, el barranco debía de medir dos mil metros para provocar tremendo estropicio.

Ella cerró los ojos e imaginó a lo que el federal se refería. Una caída por un barranco, una farsa, una manera de disimular las lesiones provocadas por otra cosa.

—¿Estás seguro de que es él?

—Su coche apareció en lo alto del supuesto barranco. Tenía dentro toda la documentación. El FBI de Washington va a mandar las pruebas, pero no tengo ninguna duda de que es Popov y de que ya no respiraba cuando cayó por esa ladera.

—Voy para allá.

Colgó.

Yegor Popov había intentado huir, probablemente hacia Canadá, quizá para regresar a Rusia desde allí, o no. Daba lo mismo, no lo había conseguido. Alguien lo había encontrado primero y se lo había cargado, aunque la cantidad de lesiones apuntaba a que no había sido un castigo, sino un interrogatorio. Chasqueó la lengua, frustrada. Si todos los testigos habían desaparecido, si nadie sabía nada, ¿cómo iba ella a descubrir la verdad?

—Disculpe, ¿qué hace ahí?

Elizabeth dirigió la mirada hacia la voz. Una mujer de edad avanzada se aproximaba con cara de pocos amigos. Lucía pantalón y camisa negros y una chaqueta beige colgada del brazo con el símbolo de Armani grabado en la tela. El bolso que asomaba bajo esta pieza, negro también, exhibía un logotipo metálico de Chanel que brillaba como un trofeo a la luz del sol. Los zapatos combinaban los colores del resto del conjunto, y aunque Elizabeth no llegó a distinguir la marca, no dudó de que valían más que su sueldo de un mes.

Sacó la cartera y mostró la placa y la identificación.

—Detective Delgado, LAPD.

—¿Policía? —La mujer analizó ambas cosas desde el otro lado de las gafas oscuras y relajó la expresión de su rostro—. Disculpe, es que desde lo ocurrido el otro día han estado asomándose a la casa curiosos y periodistas.

—No se preocupe —la disculpó Elizabeth. La señora ya regresaba por donde había llegado cuando la detective decidió llamarla de nuevo—. ¿Vive usted por aquí?

Ella se giró con elegancia y extendió el brazo hacia detrás.

—Allí. —Señaló la casa que se alzaba frente a la de Ekaterina. Justo enfrente.

Elizabeth recuperó los metros que la mujer se había alejado.

—¿Ha hablado usted con alguno de mis compañeros?

La vecina negó.

—Encontré la tarjeta en el buzón, pero ponía que nos pusiéramos en contacto con la policía si sabíamos algo, y no es así.

—¿No conocía usted a la señorita Maksimova?

—No recuerdo su apellido, supongo que se refiere a Ekaterina, ¿verdad? —La detective asintió—. La conocía poco, coincidíamos algunas veces cuando yo salía, si ella estaba sacando al perro... Nada más.

Elizabeth recordó el animal que había visto en los brazos de Tessa Britton. Él había presenciado el asesinato, quizás hasta había mordido al asesino, pero los forenses no habían encontrado ningún resto en la boca ni en la herida de la cabeza, así que hasta que no aprendiera a hablar, no les serviría de nada.

—Ahora se lo quedará su amiga, supongo —continuó la mujer—. La chica que siempre andaba por aquí.

—¿Theressa Britton? ¿Pelo castaño y largo?

—Sí, esa. Siempre estaban juntas, riendo y cantando. Se las oía desde la calle, pero no se lo puedo reprochar, yo tampoco era mucho mejor de cría. —La mujer se rio con un gesto nostálgico que Elizabeth sintió como propio. Aquella señora le sacaba veinte años, y ella casi se los sacaba a Katya y Tessa, pero desde hacía un tiempo se sentía tan, tan mayor, que al contrario que la señora Chanel, ya había olvidado lo que era tener esa edad—. Aunque claro, yo nunca necesité guardaespaldas en la puerta de mi casa.

—¿Sabía usted que eran guardaespaldas?

La mujer se encogió de hombros y el logotipo metálico del bolso despidió mil brillos de colores.

—¿Y qué otra cosa podían ser? Con esas caras... Este es un barrio acostumbrado a ciertos... lujos —admitió como quien pide disculpas—, pero no verá muchos hombres como esos aquí. Provocaron un montón de habladurías, a cada cual más ridícula: que si era la hija de un millonario, una estrella de adolescentes o que era... —bufó con desprecio y señaló un punto indeterminado de la hilera de casas que se alejaban hacia el horizonte—. Un vecino un poco más allá estaba empeñado en que era una actriz porno acosada por los fans. Una idiotez. Un día le dije que si no tenía pruebas de eso debería

mantener la boca cerrada. Por supuesto, no las tenía.

Elizabeth asintió con una sonrisa. Le gustaba esa mujer, sincera y directa. Más dispuesta a colaborar que cualquier testigo que hubiera encontrado en sus ocho años como detective y todos los anteriores como agente.

—Disculpe si le robo un segundo más, señora...

—Sitz —se presentó—. Etha Sitz. No hay problema. Dígame.

Elizabeth guardó la cartera que había mantenido en la mano todo ese tiempo.

—Gracias, señora Sitz. ¿Estaba usted en casa el día de los hechos, el jueves 19?

—Estuve aquí hasta las dos, más o menos. Me marché al mismo tiempo que la chica.

Elizabeth frunció las cejas.

—¿Qué chica?

—La chica castaña, ¿cómo dijo que se llamaba, Theresa?

—A las cinco y media de la tarde —corrigió la detective. Lo recordaba con exactitud. Tessa había declarado que salió de la academia a las cinco y llegó a casa de Katya sobre las cinco y media. Lo recordaba. Había leído aquella declaración decenas de veces. ¿Y cómo que se marchaba? Tessa se había quedado en la casa tras encontrar los cadáveres. ¿O no?

—No, a las dos. Seguro. Estaba sacando el coche para ir a la *esthéticienne*. —Etha Sitz señaló su casa. El garaje se encontraba a la derecha de la misma sin que nada se interpusiera entre él y la vivienda de Ekaterina—. Eran las dos cuando salí y vi a Theresa que se marchaba.

Las dos. Elizabeth retrocedió ante la mirada suspicaz de la señora Sitz, que intuyó haber dicho algo importante. Las dos. Tessa había mentido. No podía haberse equivocado, no en un margen tan amplio.

—¿Está segura de que era Theresa Britton?

—Era la de siempre, la chica de pelo largo que se pasaba aquí todo el día, la amiga de Ekaterina. Era ella, seguro.

Elizabeth sacó el teléfono móvil y buscó una fotografía de Tessa en la carpeta de imágenes. Se la mostró a la mujer.

—¿Esta?

Etha Sitz la miró tan solo un instante.

—Le he dicho que sí. Esa.

Esa. Elizabeth no le pidió que confirmara la hora, estaba en el coche

para ir a la *esthéticienne*, estaba segura, era Tessa. Seguro. ¿Qué había pasado entre las dos y las cinco y media para que Tessa Britton mintiera? ¿Y adónde iba?

Salió de la galería de fotos, abrió la aplicación de grabadora en el móvil y lo plantó ante la boca de la mujer.

—¿Qué fue lo que vio? ¿Le importaría contármelo?

Lejos de amilanarse ante la grabación, la señora Sitz se irguió con seguridad profesional en la mirada.

—Me llamo Etha Sitz —se presentó, con voz clara y firme— y vivo en el 5563 de la calle 18 en Santa Mónica, Los Ángeles, California. El día del fallecimiento de Ekaterina Maksimova vi a Theresa Britton abandonar la casa de la víctima a las dos de la tarde.

—¿La vio llegar? ¿Sabe a qué hora vino?

—No, eso no. Lo siento.

—Pero está segura de que se marchaba en ese momento.

—Completamente. Salió de la casa en el mismo instante en que yo sacaba el coche del garaje. Alcé la mano para saludarla, nos hemos visto a menudo y es una chica muy educada, pero ese día ni siquiera me vio. Se metió en el coche y se marchó a toda velocidad.

—¿Y cómo estaba? ¿Su estado de ánimo?

—Me pareció que iba llorando.

—¿Y el guardaespaldas? ¿Seguía en la puerta?

—Pues... El coche estaba, me habría dado cuenta si no, pero... —La mujer se giró hacia el lugar que el Ford negro había ocupado durante los últimos años, pero ni el vehículo ni la respuesta a la pregunta estaban ya allí —. No sé si había alguien dentro. Lo siento, estaba tan acostumbrada a verlos que ya ni me fijaba.

Elizabeth meditó la nueva información. Según el forense, a las dos de la tarde, tanto Katya como Isay Utkin estaban muertos, pero no sabía a qué hora había llegado Tessa. ¿Cuánto llevaba en la casa? ¿Qué hizo allí? ¿Dónde fue después? ¿Por qué volvió? ¿Cuándo?

—¿La vio regresar?

—No. Como he dicho, tenía hora en la *esthéticienne* y tuve que marcharme. Pero me fui algo preocupada, claro. Últimamente no la veía tanto como antes, y lamenté que se hubieran peleado.

—¿Cree que se habían peleado?

La señora Sitz se encogió de hombros y se arregló las gafas sobre el

punto de la nariz.

—No puedo saber eso —respondió, y Elizabeth estuvo dispuesta a jugar el sueldo de un mes a que esa mujer era abogada, lo cual explicaría también su predisposición a colaborar—, pero si antes venía casi todos los días y ahora llevaba varias semanas sin aparecer, es una deducción plausible.

La detective sintió que una sonrisa acudía a sus labios, pero luchó con todas sus fuerzas para reprimirla. El asesinato de Katya Maksimova no era algo de lo que alegrarse, ni mucho menos, pero estaba deseando ver la cara de Mike Poulsen cuando escuchara aquella declaración. Allí no había mafia, allí había dos amigas distanciadas y un escenario chapucero.

—Muchas gracias, señora Sitz.

—Un placer. —La mujer asintió una despedida y sacó una tarjeta del bolso—. Si necesita algo más...

Elizabeth leyó el nombre y el número de teléfono en elegantes letras negras sobre fondo blanco. En la parte de atrás se desplegaba una lista con el perfil de la mujer en todas las redes sociales. EthaSitzAbogada. La detective se apresuró a guardar una sonrisa y la tarjeta en su cartera. Sí que iba a necesitar una declaración oficial.

Le dio las gracias de nuevo y se giró hacia la casa. Ya no sabía por qué había ido allí. Para verla, para repasar las pruebas, imaginar la escena en el mismo salón en el que había ocurrido. ¿Cómo había entrado el asesino, por dónde, dónde estaba Isay? Un montón de preguntas que, de repente, no parecían importantes. Yegor Popov había muerto, torturado. Tessa Britton había mentido.

Interesante.

EL ROSTRO

Domingo, 29 de julio – 18:35 h

1830 N Cherokee Ave. Los Ángeles, CA

Se levantó de la cama a toda velocidad. Se puso los calzoncillos y los pantalones. El móvil asomó suicida del bolsillo trasero, pero lo cogió en el aire antes de que se produjera la catástrofe. Lo volvió a guardar y salió del dormitorio.

Rudolf contaba las horas tumbado en el suelo al otro lado de la puerta, pero su mirada no mostró ningún resentimiento porque lo hubiera separado de su dueña los últimos dos días. Al contrario, el cachorro se incorporó de un salto y lo siguió hasta el sofá jugueteando alegre entre sus piernas.

El apartamento de Tessa había resultado ser pequeño: un dormitorio, un baño y una habitación que combinaba salón y cocina, con una mesa de reducidas dimensiones que hacía el papel de comedor. Pero si alguien le hubiera pedido que lo imaginara antes de entrar, habría acertado en todo lo demás: el color violeta suave de las paredes, los muebles blancos, el desorden caótico en el que se acumulaban libros, ropa y trastos diversos. Era ella, incluso olía a ella. Bueno, a ella, a la marihuana que se colaba desde las escaleras y a ese chuchó con la misma expresión consentida que su dueña original.

El ruido de la ducha lo espoleó. No tenía mucho tiempo.

El bolso de Tessa seguía tirado en una esquina del sofá, donde ella lo había lanzado después de sacar a pasear al perro. Mala idea dejarlo al alcance de un cachorro, pero no era su problema, y desde luego Zed no gastó un segundo en ofrecer otras opciones cuando ella se lanzó a por su boca tan pronto cerró la puerta.

Lo abrió y apartó a un lado una cartera, una funda de gafas y un paquete de pañuelos de papel hasta encontrar al fondo lo que buscaba. Estaba encendido. Solo tenía que desbloquearlo, y ese era un gesto que la había visto dibujar sobre la pantalla aquella primera tarde que le enseñó las fotos de Katya. Repitió el diseño de punto a punto en la cuadrícula y el teléfono móvil

se iluminó.

La gente no era consciente de la cantidad de cosas que podían descubrirse de una persona a través de su teléfono móvil. Todas las fotos estaban allí, las redes sociales, la agenda, el correo, las cuentas bancarias. Ya no hacía falta robar una cartera ni contratar a un detective privado. Solo hacía falta aquel pequeño y caro dispositivo que nadie vigilaba como debía y muy pocos protegían con contraseña. Una lástima para ellos. Mejor para él.

De un vistazo rápido confirmó que la puerta del baño continuaba cerrada. El ruido de la ducha llegaba con claridad en aquel espacio tan pequeño. Sintió la tentación de dejarlo todo y reunirse con ella bajo el agua, quizá lo estuviera esperando, pero la descartó. Ya había cedido a esa tentación tres veces desde la noche del viernes, y no estaba allí para pasar el día entre sus piernas, por mucho que eso le gustara. Tenía trabajo que hacer. Y tenía en la boca el sabor amargo que anticipa los malos presagios.

Comenzó por las redes sociales. Fotos de ballet, de Rudolf y las imágenes que ya había visto la primera vez. Nada nuevo, nada que le dijera nada nuevo. Las desechó como fuente de información y probó con la agenda, pero tampoco allí encontró nada de utilidad. Citas en la peluquería, actuaciones y cumpleaños. Abrió la aplicación de mensajería y repasó veintitrés conversaciones diferentes sin que nada llamara su atención. Frustrante.

Nada tampoco en el correo. El sabor en la boca era cada vez más intenso. ¿Qué demonios pasaba con esa mujer? A esas alturas ya debería haber descubierto tres o cuatro secretos.

Se sentó en el sofá. Había esperado terminar con aquello en unos minutos, pero la búsqueda se eternizaba, y no se le ocurrían más sitios donde mirar.

Rudolf saltó a su lado y le lamió el brazo. Zed lo apartó, pero el perro regresó con un jadeo alegre. El pobre chuchó solo quería jugar; no lo culpaba, apenas tenía un año y ya había perdido a su dueña. Él y Tessa solo se tenían el uno al otro y eso duraría hasta que él cumpliera con su cometido. Entonces el animal volvería a quedarse solo y quién sabía lo que...

Una idea repentina interrumpió su pensamiento. Katya. Katya era la mejor amiga de Tessa, pero no había encontrado ningún mensaje intercambiado entre ellas. Abrió la aplicación de contactos. Su número todavía estaba allí, por supuesto, uno más entre ciento seis. Borrarlo era un paso demasiado definitivo para el que la bailarina aún tendría que reunir

fuerzas, pero ¿por qué no había mensajes con Katya? Accedió al listado de últimas llamadas y encontró justo lo que buscaba. Nada. Nadie hablaba ya por teléfono, todo eran mensajes de voz, conversaciones reducidas a emoticonos. ¿Cómo lo hacían Katya y Tessa? Abrió el menú de aplicaciones y fue pasando programas hasta que, al fin, uno de ellos encendió la bombilla. Una aplicación de mensajería con cifrado de seguridad. Se maldijo por idiota, era la misma aplicación que usaba él. ¡Si hasta era una aplicación rusa! La abrió y estuvo a punto de dar una palmada satisfecha cuando le apareció una pantalla vacía. ¡Bingo! La información de aplicaciones reveló más de quinientos megas de datos intercambiados en los últimos tres meses. ¿Con quién, si la lista de mensajes estaba vacía? ¡Pues con Katya! Tessa y ella mantenían conversaciones que luego borraban en una aplicación que no dejaba rastro. ¿Por qué? ¿Qué escondían? No podía saberlo, pero aquel secretismo significaba que escondían algo, y ese algo era algo que él debía descubrir.

Silencio.

Zed se giró hacia la puerta del baño. Seguía cerrada, pero el agua había dejado de caer. Debía darse prisa. Ella todavía tardaría un rato entre cremas y peines, pero se le acababa el tiempo. Rudolf, que se había incorporado al notar el silencio, se tumbó de nuevo y apoyó la cabeza sobre su muslo. Zed se alegró de llevar puestos los pantalones, no era una zona donde quisiera tener el hocico del perro sin nada que se interpusiera entre ambos. Lo acarició con gesto ausente y regresó al móvil.

Miles de fotos a su disposición. Vale. Una a una. Tessa y Katya, Tessa y Katya, Tessa y Katya, vestidas de ballet, de calle, en la playa, en un concierto, en una fiesta, vestidas de deporte en un gimnasio donde debían de haber realizado aquel curso de defensa personal. Maksimov creía tener a su hija controlada, pero aquel móvil estaba lleno de pruebas de lo contrario. Él jamás le habría permitido ir a la mitad de esos sitios, pero allí estaba ella, con Tessa. Y ese era solo uno de los motivos por el que la bailarina tenía firmada una sentencia de muerte.

El secador de pelo comenzó a aullar furioso en el cuarto de baño.

Zed continuó con las fotos: Tessa y Rudolf, Tessa y Katya, Tessa y Katya, Katya y Rudolf, Rudolf, Rudolf, Rudolf, Tessa y Katya y Rudolf, Tessa y Katya, Tessa y Katya, Tessa y Katya y ¿quién era ese?

Se incorporó. Comprobó la puerta cerrada, el secador encendido. Regresó al móvil. Ante el fondo difuso de una playa y el azul del océano, tres personas ocupaban el primer plano de la fotografía. Tessa estaba a la

izquierda, en el centro estaba Katya y a la derecha, pegado a la Maksimova, un chico tomaba la foto con el brazo estirado hacia el espectador. Veintipocos años, pelo moreno y rizado, ojos verdes. Los tres sonreían felices e inocentes, abrazados entre sí.

¿Quién coño era ese?

Siguió pasando fotos. Quizás aquello no fuera lo que parecía, aunque lo pareciera tanto. Una sola foto no tenía por qué significar nada, pero después de aquella primera halló más. El chico y Tessa, pero, sobre todo, el chico y Katya. Y el perro, claro, el puñetero perro cada dos por tres. Pero también el chico. Con Katya, inmortalizados en medio de una carcajada, bromeando, posando, besándose.

¡Ahí!

Su novio. Sí que lo tenía. Tessa le había dicho que no, pero sí. Lo había engañado. Por un momento sintió un puño en el estómago, caliente como una piedra. Le había mentado en eso, ¿en qué más?

La culpa era suya. De él y no de ella. Por creerla. Si Tessa había traicionado a su mejor amiga espiándola para su padre, ¿por qué no iba a traicionarlo a él? Siempre se puede confiar en un traidor, nunca cambian ni aprenden. Continúan engañando hasta que alguien los detiene y por eso es necesario eliminarlos antes de que conviertan la verdad en mercancía de contrabando.

Apretó la mandíbula y cerró los ojos. Debía tranquilizarse. Ya se ocuparía de ella después. Después.

Primero debía averiguar quién demonios era ese tío.

Agrandó la imagen con los dedos y se aprendió los rasgos del desconocido: el pelo ondulado sobre los ojos, las pecas difusas en las mejillas, la mandíbula imberbe, la mirada brillante y la sonrisa inquieta. Abrió de nuevo la lista de contactos y repasó los nombres masculinos. Muy pocos de ellos tenían una fotografía asignada, y ninguno coincidía con el que buscaba, pero tenía que ser alguien, y tenía que ser cercano, y tenía que hablar con él por mensajería cifrada, porque tampoco lo encontró en la aplicación habitual. El novio de Katya se ocultaba bien. Demasiado bien. Aquella era la primera noticia que tenía de su existencia, pero no lo podía culpar. ¿Quién querría ser el novio de la hija de un *pakhan*? ¿Quién querría que papá Maksimov se enterara de que se acostaba con su niña? El chico era un fantasma cuya realidad Katya ocultaba a su padre, a los guardaespaldas y a cualquiera que pudiera revisarle el móvil. Y no podía hacerlo sin la connivencia de Tessa.

Que le había dicho que no, pero sí.

—¿Zed?

El ruso se volvió con el terminal en la mano y ninguna culpa en la mirada.

—¿Quién es este?

Tessa retrocedió hasta chocar con la pared. Tenía el pelo seco y bien peinado, liso como una plomada hasta el estómago. La toalla verde con la que iba cubierta parecía poca defensa ante la rabia que lo consumía por dentro.

Tras unos minutos de asimilación, avanzó hasta el sofá, despacio, recuperó su teléfono móvil de las manos de Zed y se sentó. El chico desconocido sonreía en la pantalla, ajeno a la catástrofe que iba a provocar.

—Me mentiste, ¿verdad? —murmuró ella sin levantar la vista—. Sí has venido a vengar a Katya.

Zed apretó los dientes.

—¿Quién es?

—Respóndeme. —El terror brillaba en sus ojos dorados—. ¿Eres un asesino? ¿Vas a matarme?

—¿Quién es?

Ella rio. Negó y ocultó el rostro entre las manos, entre la cortina de pelo que lo encubrió. Él se escabulló hacia la ventana. El infame sol destellaba sobre los coches del aparcamiento, tres pisos más abajo, pero no se veía ni un alma desde allí. Una ciudad solitaria, aquella, vacía pese a los millones de personas que la habitaban. ¿Dónde estaba todo el mundo?

Oyó el crujido a su espalda cuando Tessa se levantó del sofá, pero no se volvió. Unos segundos después, sintió el roce de sus dedos en la cicatriz del costado, una cordillera rugosa, suave y antigua, que dibujaba un amplio arco desde las costillas hasta el estómago.

—¿Qué te pasó?

Tessa trataba de ganar tiempo, lo sabía, pero a él también le venía bien. Quizás incluso mejor que a ella.

—Me atropellaron —respondió—. Con seis años.

—Tuvo que ser grave.

—Estuve muerto varios minutos. Me reanimaron en el hospital.

—Qué horror.

Zed sonrió y la ventana reflejó el gesto nostálgico que limpió su mirada. Aunque no era más que un niño, no había olvidado la expresión aterrorizada de su madre en el hospital —«Estarás bien, estarás bien, mi pequeño. Te vas a

curar»— ni tampoco los días posteriores, cuando le permitieron comer todo lo que quiso y jugar a todas horas y acostarse tarde. Buenos tiempos perdidos para siempre.

Ella continuó la excursión por su piel. Las yemas de sus dedos ascendieron hasta una de las cicatrices, larga y profunda junto a las costillas del lado izquierdo.

—¿Una cuchillada? —preguntó.

Él asintió sin mirar. Praga.

Ella deslizó los dedos hasta que un montículo bajo el hombro derecho interrumpió su camino.

—Un disparo —dijo él, sin esperar a la pregunta, sin volverse ni moverse. Kazajistán.

—Has estado a punto de morir varias veces —susurró ella, impresionada.

—He muerto varias veces —confirmó él.

—Pero aquí sigues.

No respondió. ¿Qué podía decir? Había muerto de pequeño y desde entonces no había dejado de acercarse a las puertas del infierno. Pero nunca lo dejaban entrar.

Los dedos de la bailarina escalaron por las costillas hacia el interior del bíceps, erizando la piel a su paso. Él aguantó la respiración. Aquella era una zona a la que no permitía el acercamiento de nadie.

—¿Y esta?

Negó.

—No quiero hablar de esa. Ahora no.

Intentó apartarse, pero Tessa lo sujetó por la cintura y se lo impidió. Podía zafarse si quería, pero no quiso.

—Dímelo —exigió ella.

—¿Qué más da?

—Por favor.

Se volvió al detectar el gemido en su voz. Tessa no lloraba, pero en sus ojos temblaba el sol de la calle.

Él se apoyó en la pared y tomó aire.

—Tenía diecinueve años —comenzó—. Todos los hombres de Maksimov iban cubiertos de tatuajes. Para ellos, para nosotros, los tatuajes son...

—Un historial —cortó ella, que no podía apartar la vista de los ojos del

ruso.

Él arqueó las cejas, casi sorprendido, y asintió.

—Más o menos, una ficha de lo que hemos hecho y lo que somos. Maksimov no quería que yo llevara ninguno. Quería convertirme en algo distinto a sus matones, aprovechar mi nacionalidad y mi idioma, pero era un deshonor no ir tatuado, así que una noche, después de un trabajo, me lo hice.

—¿Qué era?

Una sonrisa melancólica se dibujó en su recuerdo. Aún podía verlo si se esforzaba lo suficiente. En su memoria era una obra de arte.

—Un tigre. Me lo había ganado. —Ella no preguntó qué significaba eso, y él no se lo explicó—. Pensé que podía ocultárselo a Maksimov —continuó—, al menos hasta convencerlo para que me permitiese hacerme uno, pero fue un grave error. Siempre he pensado que alguien se chivó, no me faltaban enemigos entre las filas, aunque eso es lo de menos. Lo habría sabido igual.

Tessa se encogió, presa de un frío repentino. Sus ojos se descolgaron hasta el bíceps, y él lo giró para que apreciara bien lo que había interpretado como cicatriz y no era tal.

—Te quemó... —susurró ella, que había palidecido de repente.

—Me derritió la piel con un soplete.

—Dios mío...

—Cuando salí del hospital tenía un injerto de piel y una lección aprendida. No se debe traicionar a Luka Maksimov.

—No... No fue una traición.

—Sí lo fue.

Ella seguía temblando. Zed sintió ganas de disculparse, él era ese mundo que nadie debía conocer y con el que ella se había topado de golpe. Pero el rostro de la fotografía detuvo su movimiento. Ella le había mentado, ocultaba algo. Sabía algo.

—Tessa. —Endureció la voz, no podía perder más tiempo—. ¿Quién es el de la foto?

—No puedo decírtelo...

—Tessa...

—Eres un asesino. —Zed asintió sin una palabra. Ella sacudió la cabeza y retrocedió por la habitación, de vuelta al sofá. Rudolf repiqueteaba a sus pies—. Un asesino sin armas. Solo llevas ese cuchillo. ¿Dónde están las demás? ¿No llevan pistola todos los asesinos?

Él suspiró.

—Vas por la calle con una pistola, surge cualquier imprevisto, aparece la policía y estás jodido. Vas con el coche, te detienen en un control rutinario, algo en tu cara no les gusta, lo revisan y estás jodido. —La mirada nubosa del asesino se concentró en ella—. Estás con una bailarina, se sienta sobre tus piernas, golpea la pistola y se dispara. Estás jodido.

Ella dibujó una sonrisa lejana, que él agradeció. La bailarina no había notado ninguna pistola cuando bailó sobre sus piernas, pero seguro que sí había percibido otra cosa aún más dura que un cañón.

—¿Y si la necesitas?

—No la necesito.

—Porque puedes matar con las manos, ¿no? O con eso.

Señaló con la cabeza el dormitorio en el que ambos recordaban que continuaba el Finka.

—Tessa. Basta ya.

Ella se secó los ojos con un gesto rabioso. Apretó los puños y, negando a la nada, regresó al dormitorio. En el silencio solo quedó el jadeo sedoso del perro, que miraba a uno y a otro sin saber con cuál quedarse. Zed suspiró. ¿Cuánto duraría aquella lucha? Estaba allí y ya no pararía hasta descubrir las respuestas que necesitaba, aunque nada deseaba más que encontrar una excusa que detuviera su mano.

A un segundo de ir tras ella, Tessa regresó. Se había vestido con unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes. Estaba preciosa a pesar de los moretones que todavía se apreciaban en su rostro, en los brazos y las piernas. Perfecta. Culpable.

Se sentó en el sofá y volvió a encender el dispositivo. La foto del chico continuaba allí.

—Prométeme que no lo matarás.

—No voy a prometerte eso.

—Él no mató a Katya.

—Eso lo decidiré yo.

—¡No la mató!

—Tessa.

—¡Joder! —La chica abrió las manos y el móvil cayó al suelo. Zed lo recogió y se sentó a su lado.

—Háblame de él.

Ella se frotó la cara con gesto vencido. O ya no le dolían los golpes o se había acostumbrado al dolor, porque no emitió ninguna queja.

—Quiere ser artista —susurró, apartándose el pelo una vez más—. Pinta muy bien, hacía unos retratos preciosos de Katya y...

—Algo de utilidad, Tessa.

—Él no la mató. —Lo retó con la mirada a contradecirla, y negó con la cabeza antes de insistir—. La quería. Estaba enamorado de ella, y hemos llorado juntos desde que...

Zed exhaló un suspiro impregnado de acusaciones.

—No puedes estar segura. Y aunque no lo hiciera quizá tuviera algo que ver con su muerte. No puedo prometerte que no lo mataré sin conocer los detalles.

Ella ahogó un sollozo entre las manos. Era difícil escuchar a alguien hablar de aquella manera, él lo sabía, pero ya era tarde para disimular. Aguardó. Las preguntas estaban hechas, no las repetiría.

—Prométemelo o no te lo diré. Tendrás que torturarme, tendrás que...

—Te lo prometo.

Tessa tardó casi cinco minutos en creer su mentira. Tenía los ojos empapados en lágrimas cuando volvió a abrir la boca, pero no parpadeó.

—Se llama Alek Lyagushkin.

Zed sintió un escalofrío que recorrió su columna vertebral. La piel desnuda se erizó. Quiso creer que era una broma, pero no lo era. Se levantó y se alejó de ella. Necesitaba aire. Aire fresco. Aire frío de casa.

—Vamos, no me jodas...

Lyagushkin. Precisamente uno de los hijos de Feodor Lyagushkin, el jefe de la organización socia de Maksimov en el país. Socios. Rivales. ¿Dónde estaba la línea? Ella sabía lo que aquello significaba tan bien como él.

—¿Sabes quién es esa gente, Tessa? —Tessa se había encogido en el sofá y se abrazaba las rodillas como si la temperatura hubiera descendido diez grados. Quizá lo hubiera hecho—. ¿Cómo quieres que crea que no tuvo nada que ver con su muerte?

—Porque no lo tuvo. —Sacudió la cabeza—. Te aseguro que no.

—Tessa, por dios, los Lyagushkin son...

—¡Ya lo sé! Alek siempre se ocultaba para ver a Katya. Era el primero que no quería que se enterasen.

—¿Y si lo hicieron?

Ella no contestó y esa fue suficiente respuesta. Zed regresó al sofá y se dejó caer en él, sin fuerzas, sin ganas. Se restregó la cara y la cabeza hasta entrelazar los dedos en la nuca. Un largo suspiro acompañó el movimiento,

pero ni una cosa ni la otra lo hicieron sentir mejor.

—¿Cómo se conocieron?

—Katya estaba en... —Tessa tardó unos segundos en continuar, instantes en los que cupieron todas las mentiras del mundo—. En un grupo de Facebook, Rusos en California o algo así. Se conocieron ahí.

—Por Facebook —repitió Zed, incrédulo.

—Sí. Se hicieron amigos, hablaban por chat, y un día quedamos los tres. Ella quiso que yo la acompañara, por si acaso, y a él no le importó. Es... Alek es... Es encantador.

Zed tomó aire. Poco importaba lo encantador que fuera, iba a tener que matarlo.

—¿Y ya está? ¿Se conocieron y empezaron a salir?

Ella se encogió de hombros con una sonrisa.

—Sí, más o menos. Fue un flechazo.

—¿Él sabía quién era ella?

—Al principio no, ella no usaba su apellido en Facebook, se llamaba... —Se sonrojó al recordarlo y Zed se preparó para cualquier tontería—. Katya Star. —Tontería—. Pero cuando ella le dijo su apellido real, él lo supo.

—¿Y qué pasó?

—Nada. Él conocía la relación entre Maksimov y su familia, pero Katya no tenía ni idea de los asuntos de su padre, así que el apellido Lyagushkin no le decía nada.

—¿Pero tú sí lo reconociste?

—No, ¿qué iba a reconocer yo? Yo me enteré de todo cuando él me lo explicó.

Zed arrugó la mirada.

—¿Alek te lo contó? ¿A ti?

—Sí. Cuando se enteró de quién era Katya se... Se asustó. Tuvo miedo de cómo reaccionaría ella si se enteraba y me preguntó. No me lo dijo directamente, él no sabe que yo conozco a la familia de Katya, ni mucho menos que trabajo para su padre, pero... Insinuó que su familia y la de ella eran socios, pero que... bueno, que en el fondo había cierto recelo. Sonaba un poco patético el modo en que intentaba no admitir cosas que yo ya sabía, pero... Me pidió que lo aconsejase y yo... yo...

Tessa se hundió en el sofá. Un llanto agónico se escurrió entre sus dedos y escapó, aún fuerte, por las ventanas y bajo la puerta, escaleras abajo hasta el calor infernal.

—¡Debería haberlo contado, debería habérselo dicho a Bogdanov! ¡Si lo hubiera hecho, ella seguiría con vida!

Se desplomó sobre el pecho desnudo de Zed, que sintió las sacudidas y la humedad salada que resbaló sobre su piel cuando la abrazó. Quiso preguntar por qué no lo había hecho, pero se dio cuenta, antes de abrir la boca, de que era una pregunta estúpida. Katya habría descubierto que Tessa trabajaba para su padre, esta habría perdido a sus dos amigos, quizás Alek habría sufrido las represalias de Maksimov, Lyagushkin se habría acabado enterando...

—Le dije que se lo contara a Katya... —sollozaba—. Que ella no era como su padre, que no le importaría, que yo les ayudaría a seguir juntos... Fue por mi culpa. Mi culpa...

—¿De verdad estás segura de que el padre de Alek no se enteró?

—Él dice que no.

—¿Se lo has preguntado?

—¡Pues claro! —Alzó los ojos, enterrados bajo lágrimas y húmedos mechones de pelo—. Yo también pensé en ellos cuando ocurrió. Pero Alek dice que no, y yo lo creo. Está hecho polvo, Zed, está destrozado.

—Ya.

—No. No, Zed, hazme caso, por favor. —Tessa se irguió y lo encadenó con la mirada—. Él no la mató. Por favor, lo conozco, estaba enamorado de ella. De verdad.

—Tengo que hablar con él, Tessa.

—No lo mates... —insistió—. Me lo has prometido.

Zed no contestó.

De promesas sin valor estaba plagada su vida. Y él ya tenía lo que necesitaba.

LA ALUMNA

Lunes, 30 de julio – 12:50 h

Academia clásica de artes escénicas de Los Ángeles.

Los Ángeles, CA

Mike conducía más despacio de lo que ella había imaginado. Mantenía los ojos clavados en la carretera, pero sus pensamientos parecían hallarse muy lejos de allí. No había dicho ni una palabra aparte de «yo conduzco» y no le había dirigido ni una de esas sonrisas petulantes marca registrada. Al principio, Elizabeth pensó que estaba enfadado por su visita a la casa de Katya, herido en el orgullo por descubrir la mentira de Tessa Britton sobre su hora de llegada al escenario, pero ahora creía que no. De hecho, no estaba segura de que el federal hubiera oído nada de lo que le había contado. No. Ahora sospechaba que su cambio de actitud se debía a su hijo. Al menos, lucía la misma expresión que su hermano Marcos cuando alguno de los chicos se metía en problemas. Sus sobrinos rozaban la adolescencia, y los niños alegres que solían ser se habían transformado en tres pequeños monstruos irascibles y contestones. Por fortuna ninguno había vuelto a casa con un moretón en la cara. Todavía.

—¿Qué tal tu hijo? —se atrevió a preguntar.

El motor del Dodge rugió bajo el pie del agente.

—Bien.

—¿Te ha contado qué fue...?

—No.

No hizo más preguntas, aunque la curiosidad la carcomía. David Poulsen le había parecido un niño triste, un niño con los ojos inundados de preocupaciones, como tantos otros que había visto en los calabozos de la comisaría, buenos chicos a los que el mundo había empujado en la dirección equivocada. Era lo que llamaban una bomba de relojería a punto de estallar, y quizá ya lo hubiera hecho. Quizás el otro estaba peor. Quizá ya era demasiado tarde. Elizabeth se había atrevido a sugerirle que hablara con su padre, pero

ya entonces, aquella mañana en que lo conoció, supo que no lo haría, y la expresión de Mike se lo confirmaba. Fuera lo que fuese, el chico se lo estaba comiendo solo, y eso nunca era una buena opción. Ella lo sabía por experiencia.

Mike detuvo el vehículo ante la puerta del edificio y apagó el motor. Era una zona de aparcamiento restringido, pero el letrero del FBI que lucía en la luna delantera ofrecía ciertas ventajas.

Descendieron al calor de la ciudad.

La academia de artes escénicas en la que Ekaterina había estudiado baile, interpretación y canto ocupaba un antiguo edificio de los años veinte en ladrillo crudo y moldura blanca. Sus cinco pisos de altura se erigían en lo alto de un montículo de césped, escoltados por espigadas palmeras que se mecían bajo el sofocante aire del mediodía. Decenas de estudiantes ascendían aquella misma elevación, mochilas al hombro y ropas deportivas, camino al pórtico sobre el que una hermosa representación de tres bailarinas se quemaba bajo los rayos del sol.

Había pasado por delante docenas de veces, pero Elizabeth nunca se había parado a pensar en lo que «Academia clásica de artes escénicas de Los Ángeles» podía significar, más allá de un centro que acogía a centenares de chicas y chicos guapos a la espera de su gran oportunidad en Hollywood. Ekaterina había sido una de ellas y ahora era un cadáver sobre una camilla de la morgue con una etiqueta en el pie. No era algo que a los alumnos del centro les gustaría oír, pero era la realidad. Se preguntó cuántos habían llegado hasta allí desde todas las partes del mundo, como Ekaterina, y cuántos trabajaban en lo que encontraban para gastarse el dinero en aquellas clases, como Tessa.

—¿Lizzy?

Elizabeth suspiró. Para una vez que abría la boca... Se lo pidió de nuevo.

—No me llames así.

—Vamos.

Ascendieron la alfombra de césped que olía a primavera y subieron los doce escalones de piedra blanca hasta la entrada. La penumbra los cegó durante los segundos que tardaron en quitarse las gafas de sol.

Se encontraban en un vestíbulo circular dominado por unas elegantes escaleras de mármol que partían en forma de alas desplegadas desde la pared del fondo. Un murmullo de voces y músicas descendía por ellas y reverberaba contra las paredes y el suelo, sobre el que se distinguía una estrella rosa

jaspeada en medio de un aro blanco. En el rellano, una bailarina de piedra los observaba congelada para siempre en medio de su pirueta. Los alumnos subían y bajaban en medio de apresuradas charlas y risas, con el eco de voces enredado entre las ropas.

—¡Hola!

El saludo los sobresaltó desde una ventanilla abierta en la pared a su derecha. Desde la oficina intuida al otro lado, una mujer con el pelo recogido en un moño los observaba por encima de unas gafas rojas estilo años cincuenta. Aunque todo su aspecto parecía sacado de una vieja revista de moda —las gafas, el moño, la ropa— cuando los agentes se acercaron observaron que apenas llegaba a los cuarenta.

—¿Desean algo?

—Buenas tardes. —El agente especial Poulsen se apoyó en el mostrador ante la ventanilla, sonrió a la mujer y obtuvo a cambio una mirada embobada. Elizabeth puso los ojos en blanco y se tragó las ganas de resoplar —. Soy el agente especial Poulsen, del FBI, esta es mi compañera de la policía de Los Ángeles, la agente Delgado. Tenemos una cita con la directora Molina.

La mujer miró la placa del agente a través de sus gafas *vintage* y, sin borrar aquella estúpida sonrisa, cogió el teléfono para anunciar su llegada. Elizabeth se apoyó de espaldas en la pared y cruzó los brazos contra el pecho.

—¿Tu compañera? —susurró, indignada.

Mike le guiñó un ojo verde esmeralda.

—No te pongas celosa, Lizzy.

La mujer tras la ventana le impidió mandarlo a la mierda.

—Puede subir, agente especial Poulsen —dijo—. Quinto piso, la última puerta en el pasillo de la izquierda. Sigán los carteles.

Mike se despidió con otra de sus sonrisas. Cuando se dio la vuelta, Elizabeth ya había empezado a subir la escalinata.

—Qué mujer tan agradable —susurró él al llegar a su altura.

Ella no contestó. Menudo pendejo. ¿Acaso se creía un regalo para las mujeres? No lo era, no era más que un idiota con una cara bonita. Aunque al menos volvía a ser el mismo de siempre y no la momia malencarada del coche. Ahora no sabía a cuál de los dos preferir.

Siguieron el entramado de carteles que, como la portera había indicado, señalaban la localización de las aulas y despachos. El primer piso estaba inundado de música: cantantes, pianos, guitarras, baterías e instrumentos de

viento que se entremezclaban en el aire en una algarabía sin sentido. Las siguientes dos plantas eran propiedad del piano, melodías clásicas acompañadas de gritos y aplausos solitarios que marcaban el ritmo contra las paredes de los pasillos. El cuarto resonaba con voces aisladas que declamaban frases que no llegaron a identificar.

El quinto piso era un oasis de silencio.

La puerta a la que los carteles los dirigieron estaba entornada y Elizabeth la empujó con suavidad.

—Buenas tardes, entren —saludó alguien al otro lado.

Entraron.

—Buenas tardes —repitió la mujer tras la única mesa de la habitación, una estancia luminosa decorada con grandes cuadros de danza, teatro y música en las cuatro paredes—. Tenían cita con la directora Molina, ¿verdad?

—Así es —respondió la detective—. Soy la detective Elizabeth Delgado, LAPD. Él es el agente especial Poulsen, del FBI.

La secretaria se dirigió a una puerta abierta al otro lado de la sala y asomó la cabeza dentro.

—Los agentes Delgado y Poulsen, señora Molina.

Desde el interior del despacho se escuchó otra voz.

—Que pasen. Y avisa a Viktor.

La luz los sorprendió al entrar. El cielo eterno de California se colaba por una cristalera y se reflejaba en el espejo que cubría la pared opuesta. Entre ambas se erigía la mesa del despacho, pero una pintura de grandes dimensiones atraía la mirada por encima de esta. Representaba a una bailarina vestida con tutú blanco sobre el fondo difuso de un paisaje oscuro. La figura se mantenía en equilibrio con un pie en punta y el otro elevado en el aire hacia atrás, las manos alzadas por encima de la cabeza. Parecía a punto de echar a volar y su gesto relajado y feliz acentuaba la impresión.

Al fijarse en la mujer que se incorporó tras la mesa, Elizabeth identificó a la misma del cuadro, cuarenta años mayor. La tez un poco más ajada, el moño negro un poco más blanco. Solo la esbelta figura y la mirada resuelta permanecían ahí.

—¿Señora Molina? Soy la detective Delgado, LAPD —se identificó por tercera vez—. Él es el agente especial Poulsen del FBI.

—Pasen, por favor, siéntense. Vienen por lo de Ekaterina, ¿verdad? — Su acento era fuerte, cubano, y Elizabeth sintió la tentación de mantener aquella charla en su idioma natal, solo para que el federal entendiera lo que se

sentía al ser excluido—. Qué lástima, de verdad, era una chica encantadora.

—¿Notó usted algo raro en ella últimamente? ¿Tenía problemas con alguien dentro o fuera de la academia?

La mujer negó.

—No, que yo supiera. Era una chica muy dulce, todo el mundo la quería, aunque mejor que yo se lo podrá decir su... ¡Ah, aquí está!

La puerta del despacho se había abierto de nuevo y un hombre se dirigía hacia ellos con paso ligero. Vestía pantalón largo y camiseta sin mangas, negras ambas cosas, ajustadas a su cuerpo como una segunda piel, y los pies embutidos en unas finas zapatillas de ballet.

—Agentes, este es Viktor Chayka. Era el profesor de danza de Ekaterina.

El bailarín estiró el brazo y Elizabeth se quedó sin habla ante el juego de sombras que dibujaron sus músculos desde los hombros hasta la muñeca. No tenían nada que ver con los que lucían sus compañeros de gimnasio, estos eran invisibles si el hombre, por lo demás delgado, mantenía las manos caídas. Pero al elevarlas, la definición de aquellas líneas y los montículos que se intuían bajo la ajustada camiseta podían conformar un tratado de anatomía.

Se humedeció los labios.

—Señor Chayka, un placer conocerlo. Soy la detective Delgado, LAPD.

Él saludó a ambos agentes y trasladó una silla junto a la de la detective. Se sentó y cruzó las piernas con elegancia.

—Le preguntábamos a la señora Molina por Ekaterina, si tenía problemas con alguien o...

—En absoluto —certificó él con un lejano acento europeo—. Se llevaba bien con todos, hasta donde yo sé. Era una niña muy dulce.

—¿Y con Tessa Britton?

—¿Con Theresa? —El bailarín bajó la cabeza y, por un segundo, se quedó colgado del movimiento rítmico con el que su pie izquierdo se agitaba en el aire, al compás de una música que solo él oía—. Verá, no puedo decirlo con seguridad —murmuró tras unos instantes—, porque estaban en clases diferentes y a horas distintas, pero últimamente no estaban tan unidas como solían. Estas últimas semanas no las he visto comer juntas, y solían hacerlo siempre, ahí fuera, en el jardín. —Señaló hacia la ventana—. Y me ha parecido que estaban más... no sé, apagadas, quizá.

El agente especial Poulsen miró a su compañera, y esta respondió con un ligero asentimiento de cabeza. Era lo mismo que les había dicho la vecina

de Katya.

—¿Sabe qué pudo ocurrir entre ellas?

—No. Ni idea. Eran uña y carne. Se llevaban bien con todo el mundo, pero tenían un círculo cerrado ellas dos. No sé qué pudo ser lo que las separara, pero sería gordo, desde luego.

Mike se enderezó en la silla, y el cuero del asiento emitió un crujido de protesta.

—¿Sabría decirnos a qué hora se marchó Tessa el jueves diecinueve?

—Ese fue el día del fallecimiento de Katya, ¿verdad? —Los agentes asintieron—. Esa tarde Theresa no vino. Normal, claro, con el *shock*...

A Elizabeth se le torció el gesto. Tessa les había dicho que había acudido a clase, y que fue después, a las cinco, cuando salió de la academia para dirigirse a casa de Katya. Una vez más, la declaración del profesor coincidía con la de la vecina que la había visto marcharse a las dos. La historia de Tessa Britton se tambaleaba.

—Tenemos que hablar con Tessa —concluyó—. Ahora.

La directora Molina, que no había hablado en los últimos minutos, pero tampoco había perdido hilo de la conversación, se giró hacia su subordinado.

—¿Está hoy en tu clase, Viktor?

—Supongo que habrá llegado, sí. Le dije a Robert que las pusiera a calentar en lo que yo los atendía. —Se giró hacia los agentes—. Debe de estar allí.

—Pues si no le importa...

Ante la urgencia en la voz del federal, la directora se puso en pie y todos la imitaron.

Pese a los veinte años que los separaban, los movimientos de Elianne Molina no tenían nada que envidiar a los del profesor, Viktor Chayka. Andaba con una postura elegante, la espalda recta y la cabeza erguida, las delicadas manos junto a las caderas. Elizabeth se sorprendió tratando de imitarla a medida que descendían de vuelta al tercer piso. Nunca había sido demasiado femenina, y ni el trabajo ni el boxeo contribuían a mejorar eso. No es que le preocupara, pero su mamá no perdía la oportunidad de criticarla en cuanto surgía la ocasión. Charlie también se había burlado de ella por ese motivo: «Eres una machona, Lizzy», pero no le importaba cuando venía de él. Un puñetazo amistoso en el hombro era todo lo que necesitaba para perdonarlo.

Recordar que nunca volvería a reírse de ella la obligó a girar la cabeza y, al hacerlo, descubrió que Poulsen le dirigía una sonrisa burlona. Recuperó

su postura habitual. Cómo le habría gustado darle un puñetazo en ese momento, y nada de amistoso, uno de verdad. Quizá no fuera una reacción muy femenina, pero le habría sentado de miedo, y el pendejo lo pedía a gritos.

—Sigue, lo hacías genial —le susurró.

Al contrario que en la portería, nada la detuvo entonces.

—Vete a la mierda.

Aceleró el paso y recorrió con los dos bailarines los últimos metros.

—Esta planta acoge las aulas de danza —explicó la directora a medida que dejaban atrás una serie de puertas desde las que se filtraban armonías al piano y voces que felicitaban o corregían a gritos—. Esta es la zona de las clases avanzadas, y en la planta segunda están los niveles inferiores. Allí está el aula de Ekaterina. Quizás otro día quieran hablar con sus compañeras.

Elizabeth asintió en el mismo instante en que la directora se detenía ante una de las puertas.

Accedieron a un aula de ballet como las que Elizabeth había visto decenas de veces en televisión: un gran ventanal que inundaba de luz el lugar, y el resto de paredes cubiertas de espejos atravesados de lado a lado por una barra de madera. Una docena de chicas vestidas con mallas se habían congregado en un semicírculo en el centro de la estancia.

El profesor Chayka entró en la sala.

—¿Theressa?

EL CHICO

Lunes, 30 de julio – 13:42 h

Royce Drive. Los Ángeles, CA

Zed no logró reprimir un bostezo mientras consultaba el reloj. Llevaba todo el día en pos de Alek Lyagushkin: desde su casa hasta la universidad, de clase en clase y, por último, a una cafetería en la que había almorzado con unos amigos y donde llevaban más de una hora tomando café en una mesa adyacente a la cristalera.

Él los observaba desde el coche, aparcado en un garaje al aire libre al otro lado de la calle, tan aburrido como acalorado con las axilas y la espalda empapadas de sudor.

La única conclusión a la que había llegado durante esa tortura era que debía darle la razón a Tessa, el chico no era feliz. Cuanto más lo observaba, más se convencía. No participaba de la conversación, no se reía cuando los demás lo hacían, y pasaba largos periodos de tiempo con la vista hundida en el vaso de cartón en el que se le enfriaba el café sin que diera un solo trago. Estaba a demasiada distancia como para distinguir señales de noches en vela, pero no hacía falta, su abatimiento hablaba por sí solo.

Alek Lyagushkin. Parecía una broma. El hijo de Feodor Lyagushkin. Si no lo hubiera visto en persona no se lo habría creído, pero era verdad. Esos rizos oscuros, esos ojos verdes, ese rostro delicado. El novio de Ekaterina Maksimova era el hijo de Lyagushkin, y antes de que se pusiera el sol estaría muerto. Lo sentía mucho por la promesa hecha a Tessa, pero la promesa de un asesino no valía nada. Ella lo había aprendido la tarde anterior.

Se secó la frente y cambió de postura.

Con sus veintiséis años, Aleksei no era más que un crío a los ojos de Zed, aunque ese era un error que este cometía con frecuencia. Olvidaba que él mismo cumpliría treinta y uno en dos meses y analizaba a la gente como lo haría un anciano de vuelta del mundo. Era así como se sentía. Había vivido demasiado rápido y, aunque en otra vida Alek Lyagushkin y él podrían haber sido incluso compañeros de universidad, la distancia entre ambos lo inducía a

verlo como a un niño de guardería. Un crío como otro cualquiera, pero uno peligroso, uno que había matado —u ordenado matar— a Ekaterina Maksimova. No debía olvidar eso.

En la cafetería, Alek y sus amigos recogieron las mochilas y se pusieron en pie y, en el Honda, Zed se enderezó. Adherida al respaldo del asiento, la camiseta se despegó, empapada, de su espalda.

A través de los retrovisores, inspeccionó el perímetro una vez más. Tessa le había dicho que el chico no llevaba guardaespaldas y, por lo visto, tenía razón. No es que creyera que le hubiera mentado, pero... Bueno, ya le había mentado una vez. Aunque no en esa ocasión; por raro que fuera, Alek se movía sin seguridad. ¿Cómo permitía su padre algo así? Zed había presenciado las peleas entre Katya y Maksimov por aquel motivo, y mucho más cuando él condicionó los estudios de la niña en Hollywood a la presencia de los tres guardaespaldas que ya no guardarían las de nadie. Gritos, protestas, chantaje emocional, peleas telefónicas. Katya siempre había sido una niña consentida, pero, por una vez, su padre no cedió. Como había dicho Tessa, no sirvió de nada. Los cuatro estaban muertos y ahora le tocaba a él descubrir si aquel chico que se dirigía a la salida de la cafetería era el culpable.

Se puso los auriculares en las orejas, tomó el micrófono de escucha a larga distancia y lo orientó hacia la puerta del establecimiento. Las voces de los que pasaban por la acera le llegaron altas y claras como un efecto de magia, y en cuanto los chicos salieron, los oyó reírse como si estuvieran sentados en el Honda con él.

—Fatal, apenas he terminado la investigación, y ni siquiera me he puesto a pasarlo a limpio todavía...

—¿Vas a ir a correr hoy?

—No, no me llamó, pero como no lo haga antes del viernes...

Sus conversaciones eran tan insustanciales como la de cualquier joven de veintipocos años, y Alek no formaba parte de ninguna. Uno de sus amigos le dio un empujón amistoso, suave, pero el chico iba tan despistado que estuvo a punto de caer al suelo, y solo lo evitó porque el mismo que lo había empujado lo agarró del brazo justo a tiempo.

—¡Eh, tío, despierta! —Hasta él dibujó una sonrisa falsa—. ¿Vamos a la biblioteca y nos ponemos con el trabajo? Seguro que tú llevas tu parte tan mal como yo.

Lyagushkin negó.

—No me encuentro bien. Me voy para casa.

Zed arrancó el motor.

—¿Qué? ¡No, venga! Luego tomaremos algo...

—No —repitió el joven con voz cansada—. En serio, llevo una semana durmiendo mal y... Me voy. De verdad.

Asintió para reafirmar su decisión y comenzó el proceso de despedida. Zed lanzó el micrófono y los auriculares sobre el asiento del copiloto y metió la marcha. Se acababa la espera. Por fin.

Su destino se encontraba a menos de un kilómetro de allí, una distancia que en cualquier país europeo los chicos habrían recorrido en bicicleta, pero que Alek Lyagushkin salvaba en coche; quizá se había contagiado del afán quemagasolina de los americanos, o puede que lo hiciera por seguridad. En cualquier caso, era un trayecto agradable. Los edificios eran feos, porque aquella era una ciudad fea, en general, pero recorría una zona tranquila de calles protegidas por hileras de árboles bajo los que decenas de universitarios charlaban, reían y hacían planes para la semana.

Zed los envidió. Maksimov decía que su universidad había sido la calle, y no se podía negar que en ella había aprendido cosas que aquellos chicos no serían capaces de imaginar, pero le habría gustado disfrutar de una juventud como la suya, pacífica, con los exámenes como única preocupación. Inocente. Ni siquiera recordaba cuándo había perdido él su inocencia. Había muerto tantas veces —lo habían dado por muerto tantas veces— que quizás alguna de ellas se la dejó olvidada al otro lado. Ya era tarde para recuperarla. Cuando fuera viejo, a lo mejor, si es que llegaba a viejo. No contaba con ello.

Igual que le había ocurrido aquella mañana, al adentrarse en el barrio adyacente a la universidad sintió que se colaba en una serie de televisión, con las hileras de casas de dos o tres pisos de altura rodeadas de jardines bien cuidados y caminos de acceso para vehículos hasta el eventual garaje sobre el que el padre de turno habría colocado una canasta de baloncesto. Era tan ajeno a lo que él había conocido que no dejaba de verlo irreal, pero allí estaban: los jeeps en los caminos de entrada, los setos cortados con precisión milimétrica, las flores de colores bajo las ventanas y el lejano ladrido de un perro en alguna parte. Y, por supuesto, la bandera americana ondeando aquí y allá, por si a alguien se le olvidaba dónde estaban.

La casa de Alek era similar a todas las demás: blanca, dos pisos, opulenta, varias alas superpuestas unas a otras como si el arquitecto no hubiera sido capaz de dar su obra por concluida. Una explanada se abría ante la fachada principal, y en un lateral, a lo largo del edificio, se alejaba un

camino que llevaba a un garaje independiente en la parte trasera. El acceso a esta zona estaba protegido por una pequeña valla rojiza que no cumplía en absoluto su función. Zed ralentizó la marcha al pasar junto a ella. No había tenido tiempo de preparar nada, pero no desaprovecharía la oportunidad. Continuó adelante y aparcó a unos doscientos metros de distancia. Sacó de la guantera una gorra, se la puso y comprobó el resultado en el retrovisor. Satisfecho con lo que veía, cogió la mochila del asiento trasero, confirmó que el móvil estaba apagado, como lo había tenido todo el día para no dejar rastro de su persecución, se lo llevó a la oreja y salió del coche.

Los treinta y pico grados del aire le parecieron frescos comparados con el fogón en el que había pasado toda la mañana.

Pese a que no podía perder tiempo, anduvo con el paso lento de quien no tiene nada que ocultar. Los ojos en el final de la calle por la que temía ver aparecer el Lexus 450H azul oscuro de Alek Lyagushkin, una mano en el asa de la mochila y otra en el teléfono. Llegó ante la casa de su objetivo y se pegó el aparato aún más a la boca. Como si hablara con alguien, miró a su alrededor. No había nadie en la calle, ni movimiento en las casas vecinas ni una cortina que se agitara ni una ventana que delatara a un posible observador. No había tiempo para más cuidado, era lo mejor que podía encontrar. Saltó el medio metro de valla sin esfuerzo y sin huellas, y recorrió el sendero agachado contra la pared.

Un muro separaba el camino del patio trasero. Se puso los guantes y saltó para agarrarse al bordillo superior. Se asomó. El patio de Alek era más amplio de lo que parecía desde fuera; había una canasta de baloncesto en la pared, una zona para pintar en una esquina, con caballetes y una consola plagada de tarros y pinceles; y un conjunto de tres sillas y una mesa de madera en los que resultaría agradable sentarse a tomar algo. En el edificio, dos puertas correderas de cristal daban acceso al interior. Cualquiera resultaría sencilla de forzar, pero bajo el alero del tejado, Zed descubrió el cajetín de una alarma. Se dejó caer de vuelta al camino. No podía saber si la alarma tenía sensor de movimiento, si solo funcionaba con las puertas, si estaba conectada a la entrada trasera o solo a...

El motor que se acercaba lo avisó de la llegada de Alek Lyagushkin. Miró a su alrededor. La puerta cerrada del garaje a su derecha, la valla inútil a la entrada del camino, a su izquierda. Ningún sitio donde esconderse. La maldición en ruso lo acompañó por encima del muro, en un salto suicida bajo la amenaza de una sirena que le diera la bienvenida al otro lado.

No fue así.

Corrió a ocultarse contra la pared, junto a la puerta corredera que comunicaba con el interior de la casa, y desde allí escuchó apagarse el motor del coche. Volvió a maldecir, Alek había aparcado en la explanada exterior. Por eso no le gustaba trabajar sin preparar cada paso. Había corrido un riesgo innecesario.

Escuchó el coche abrirse, cerrarse, el bip bip de la alarma, pasos, el ruido de unas llaves en la cerradura, la puerta que se abría. Ya estaba dentro.

Se quitó las gafas de sol, sacó de la mochila un pequeño espejo redondo unido a una varilla de metal y lo orientó de mil maneras hasta localizar al chico en el salón, sentado en un sofá, con la mochila a los pies y la cabeza enterrada entre las manos.

Durante cinco interminables minutos no movió ni un solo músculo. La distancia impedía saber si lloraba o esperaba que la muerte acudiera a por él. Quizá fuera así, quizás Alek sabía que estaba allí y lo estaba invitando a entrar, a actuar, a matarlo. Al final, Lyagushkin se levantó y desapareció tras una esquina. Zed revisó la estructura de la casa, lo poco que intuía desde allí, y calculó que se había dirigido a las escaleras hacia el segundo piso.

Contó despacio hasta cien para darle tiempo a subir, y luego otros cien. Más de cinco minutos de margen. Entonces, devolvió el espejo a la mochila y sustituyó la gorra por un pasamontañas.

Era hora de centrarse en la puerta. Se trataba de una sencilla corredera de cristal sin sistema antirrobo ni medidas de seguridad. Resultaba increíble que Feodor Lyagushkin permitiera a su hijo vivir en aquella indefensión. Un motivo más para desconfiar. Sacó una palanca de la mochila, la introdujo bajo el marco y tiró hacia fuera. El pasador se abrió sin resistencia ni ruido.

Escuchó. Nada. Abrió la corredera, extremadamente despacio para asegurarse de que no rozaba ni crujía. Entró y volvió a cerrar.

El aire frío erizó su piel. El salón era digno de revista, cómodo, elegante, bonito pero insustancial. Nada en los muebles bien escogidos reflejaba la personalidad de un joven de veintipico años.

Halló la escalera en el lugar donde lo había perdido de vista y se asomó. Nada. Escalones de moqueta blanca, cuadros familiares en la pared — ni una foto de Katya, por supuesto— y una ventana en la parte superior. Tampoco se oía nada, como si el dueño de la casa hubiera desaparecido, como si hubiera llegado a aquella ventana y hubiera saltado al vacío.

Despacio, subió el primer escalón. Nada. El segundo. Despacio. Muy

despacio. La moqueta absorbía el ruido de sus pisadas, pero cada peldaño era una vida.

Un crujido en el piso de arriba, pasos amortiguados que sonaban lejanos.

Solo le faltaban dos escalones. Los terminó de subir y se detuvo en el recibidor. Un pasillo se alejaba hacia su espalda, con el hueco de la escalera a la izquierda y tres puertas a mano derecha. Avanzó pegado a la pared, tan agachado que iba casi gateando, se protegió tras el marco de la primera y echó un vistazo rápido al interior. Un vestidor, armarios abiertos, una cómoda, una silla. Vacío.

Continuó hacia la segunda. Estaba a punto de mirar dentro cuando un nuevo crujido le reveló la localización de su objetivo tras la tercera y última puerta. Confirmó con una ojeada que la segunda daba a un baño y se dirigió hacia la última con más sigilo del que había mantenido hasta el momento.

Dos pasos.

Se tumbó en el suelo y asomó la cabeza con cautela. Confirmado. El dormitorio. Lyagushkin se encontraba de espaldas a él. Se había quitado la camiseta y se estaba poniendo otra que acababa de sacar de alguna parte.

Zed se incorporó, atravesó en dos zancadas la habitación y se lanzó a por el chico. Le rodeó el cuello con el brazo izquierdo, lo encajó en la curva interna del codo y le presionó la cabeza con la mano derecha. Apretó tan fuerte como pudo.

Alek se revolvió entre gritos ahogados. Pataleaba y se aferraba a los brazos de su atacante. Trató de arañarle la cara, de darle una patada, golpearlo, pero la falta de aire acabó por hacer mella en su resistencia y el cuerpo se fue distendiendo hasta desfallecer por completo como un pelele de trapo.

Zed apretó unos segundos más antes de depositarlo en el suelo con suavidad.

Demasiado fácil.

Alek Lyagushkin comenzaba a reaccionar cuando Zed terminó el último nudo que lo ataba a la silla, las muñecas por detrás del respaldo y los tobillos a las patas. Normalmente habría colocado un plástico en el suelo, algo que recogiera los restos de sangre que iba a derramar, pero no tenía tiempo. Que

quedaran los restos. Ya no importaba. Aquello se terminaba allí.

Afianzó las cuerdas y se apresuró a traer la silla que había visto en el vestidor unos minutos atrás. Tomaría parte en la escenografía.

Alek aún tardó un instante en recuperar del todo la consciencia, y unos segundos eternos en asimilar que seguía vivo y que el dolor de cabeza que lo torturaba quizá no fuera el peor de sus problemas. Cuando logró enfocar los ojos en su agresor, el primer gesto de terror tornó en odio de manera casi inmediata.

—¡Tú! —La silla se tambaleó con las primeras sacudidas—. ¿Quién coño eres? ¡Tú mataste a Katya! ¡Hijo de puta!

Zed se quedó sin habla. De todas las reacciones posibles, aquella era la única que no había esperado. Claro que había contado con que el chico pudiera ser inocente, pero... No, en realidad nunca lo había creído.

—¡Mátame, hijo de puta! ¡Mátame o te mataré yo! ¡Maldito cabrón, bastardo! —La impotencia le enrojeció la cara—. СВОЛОЧЬ! УБЬЮ! УБЛЮДОК! СУКИН СЫН!^[29]

Su acento sonaba forzado. Tessa había dicho que Alek Lyagushkin era nacido y criado en Los Ángeles. El ruso era su segundo idioma, por lo que resultaba llamativo que lo utilizara para maldecir. En cualquier caso, los juramentos no tardaron en convertirse en sollozos.

—¿Por qué? ¿Por qué la mataste? ¿Por qué?

—¿Quién crees que soy?

Alek lo miró sin comprender. Los ojos, que en la foto eran verdes, estaban inyectados en sangre, y las lágrimas le empapaban la cara.

—¡Y yo qué sé quién coño eres! ¡Un hijo de puta! ¡Eso es lo que eres! Asesino...

Zed cerró la mano, pero el chico no pilló la indirecta. Sus gritos amenazaban con alertar a todo el vecindario, así que le descargó un puñetazo en la mandíbula, justo debajo de la oreja.

Un escupitajo de sangre salió disparado sobre la moqueta blanca, y la silla basculó hacia un lado. Con un movimiento rápido, Zed apoyó el pie en el muslo de su víctima y logró mantener el asiento sobre las cuatro patas.

—Escúchame bien. —Colocó la segunda silla frente a la primera y se sentó con el respaldo entre las piernas—. Quiero que te tranquilices y te limites a responder a mis preguntas, ¿entendido?

Se levantó la pernera y sacó el Finka de la funda del tobillo. Alek lo miró con los ojos desorbitados, se sorbió los mocos y asintió. La sangre le

chorreaba por la boca.

—¿Mataste a Ekaterina?

—¿Te manda su padre?

—Yo soy el que hace las preguntas. ¿La mataste?

—¡Por supuesto que no!

—¿Quién lo hizo?

El chico negro con temblorosos movimientos de cabeza.

—Suponía que tú.

—¿Lo hizo tu padre?

—No... Él no sabía nada de ella. Nadie lo... —Alek desenchajó la mirada con un brillo de terror en los ojos, los desvió al cuchillo y de nuevo al asesino tras el pasamontañas negro—. ¡Oh, joder, no! Ella no... No me digas que la has... No...

—¿Qué?

—¿Quién te ha contado lo mío con Katya? ¿Cómo te enteraste?

—Te he dicho que las preguntas las hago yo. ¿De qué estás hablando?

—De Tessa —sollozó—. Ella es la única que lo sabía... Dime que no le has hecho daño, por favor...

Zed apretó los puños para que no actuaran de nuevo.

—¿Qué te importa? ¿También te la follas a ella?

En cuanto se oyó preguntarlo tuvo ganas de abofetearse. No era eso lo que tenía que averiguar. O quizá sí. Quizá todo se tratara de eso.

—¡No! No, joder, pero es mi amiga ¿vale? Y amiga de Katya, y la única que sabía lo nuestro y...

—Cállate.

Alek obedeció. Zed se levantó y se alejó unos metros para pensar. El Finka daba vueltas entre sus dedos, disparando destellos de luz. Vale, no se acostaban, pero aquel niño no sabía quién había matado a Ekaterina y eso no era bueno. Decidió empezar desde el principio.

—Eres Alek Lyagushkin —dijo—. El hijo de Feodor Lyagushkin.

—Mi padre no sabía lo nuestro...

—¿Cómo estás tan seguro?

—Te digo que no lo...

Zed saltó la distancia que los separaba y el chico se encogió en la silla con los ojos clavados en la mano que apretaba el filo del cuchillo contra su cuello. Un hilo de sangre se deslizó por su piel.

—¡Te juro que no! —chilló, aterrorizado.

—¿Qué crees que habría hecho si se hubiera enterado?

—El no lo... —Otro puñetazo. Un nuevo chorro de sangre sobre la mancha roja y viscosa de la moqueta. Alek gritó—. ¡Me habría matado!

—La habría matado a ella.

—Sí. Pero a mí primero. Bastante me odia ya, y no habría permitido una deshonra así de su propio hijo.

Zed ahogó una sonrisa y se retiró hacia detrás. Maksimov y Lyagushkin se parecían más de lo que ninguno querría admitir.

—¿Por qué te odia?

La carcajada de Alek disparó un millón de diminutas gotas de saliva ensangrentada.

—Porque piensa que soy marica —respondió, entre risas que sonaban a llanto—. Soy la vergüenza de la familia. Es mi hermano mayor quien sigue sus pasos, y yo aquí, soñando con pintar. Me obliga a estudiar esa mierda de carrera porque preferiría verme muerto antes que tener un hijo artista. Y como no tengo novia, está convencido de que me gustan los tíos.

—¿Por eso deja que vayas por ahí indefenso?

El aludido se encogió de hombros.

—No tan indefenso —negó—. Me obliga a llevar un arma.

Zed se enderezó.

—¿Dónde está?

Los ojos de Alek Lyagushkin se posaron en la mochila que descansaba sobre la cama. Dentro de un bolsillo, Zed encontró una Walther 9mm. Le sacó el cargador, con gesto despectivo, y tiró ambas piezas sobre el colchón. Un arma inútil, débil, con la que te arriesgabas a recibir una bala de un hombre herido pero no muerto.

—¿Hay alguna más?

—No.

Le sacudió otro puñetazo y agarró el respaldo justo a tiempo para evitar que la silla volcara. El chico volvió a gritar.

—¡Que no! ¡Joder, no!

Tenía la cara llena de sangre, la mejilla y la nariz, pero sobre todo la boca. Volvió a escupir al suelo mientras se sorbía los mocos entre gemidos agónicos. La moqueta era una mancha roja circundada de otras más pequeñas, como constelaciones en un firmamento diabólico.

—Revisa la casa, ¿vale? No tengo más que eso...

—¿Y tu padre se conforma con que lleves esa mierda? No me lo creo.

¿Cómo sabes que no te sigue o que no te vigila?

Alek lo miró con rabia.

—Porque estás aquí, ¿verdad?

Zed tuvo que admitir que era una buena respuesta.

Se alejó hacia la puerta y se restregó la cara, sudada bajo el pasamontañas. Tal y como Tessa le había advertido, el chico parecía inocente. Su dolor era auténtico y su rabia, más. Pero si él no había sido, si Lyagushkin no sabía nada de la relación, si ninguna banda había reivindicado el asesinato, si nadie quería hacer daño a Maksimov más de lo habitual...

—Háblame de Tessa.

Alek alzó la cabeza, que se había abatido tras gastar el último cartucho de ira. Su rostro, tan perfecto en las fotos, estaba casi irreconocible: hinchado, enrojecido, cubierto de sangre y mocos. La habitación apestaba a muerte.

—Ella nos ayudaba. A veces nos veíamos en su casa o nos servía de tapadera para escondernos de los guardaespaldas. —Clavó la vista en él con gesto suplicante—. Por favor, ella no tiene nada que ver con todo esto... Dime que no la has matado, por favor...

Zed no respondió. Cuanto más asustado, más dispuesto a colaborar y menos a mentir.

—¿Sabes si se pelearon?

—Todo el mundo se pelea alguna vez.

—Se pelearon —confirmó. La respuesta vaga de Alek había sido una afirmación.

—Ya te lo he dicho, todo el mundo se...

La mano del asesino salió despedida hacia delante y el rostro de Alek despedido hacia detrás. Ni siquiera había pretendido golpearlo, pero estaba harto de evasivas.

—¿Por qué se pelearon?

El charco de sangre que la moqueta no era capaz de absorber creció unos centímetros más.

—No lo sé —sollozó el chico—. Pasó algo el 4 de julio, pero Katya no quiso contarme qué. Estaba furiosa. Desde entonces casi no se hablaban...

—¿Esa pelea pudo provocar que Tessa quisiera matarla?

Alek emitió un sonido nasal, una risa cansada.

—Imposible —zanjó—. Lo habrían solucionado tarde o temprano. Se querían tanto que yo tenía celos de su relación.

—¿Y Tessa? ¿Tenía celos de tu relación con Katya? ¿Siente algo por ti?

Alek negó una vez más con la mirada clavada en el suelo. Se negaba a pensar en ninguna de las posibilidades que Zed ofrecía. No, no, no. Nadie había matado a Katya, pero alguien lo había hecho.

—Tessa es nuestra amiga. Nunca se interpuso entre nosotros. Todo lo contrario, nos ayudaba a eludir a los guardaespaldas, nos escondía. Ella quería a Katya. Y yo quería a Katya. Katya...

Las palabras se diluyeron en el aire ensangrentado.

—¿Qué?

—Ella hacía que todo valiera la pena.

Zed resopló y devolvió el Finka a su funda. Abandonó el dormitorio, bajó a la cocina, sacó un cuchillo del cajón en el que todo el mundo guarda los cubiertos y volvió a subir. Ya estaba harto. Harto del chico, de Katya, de Tessa, de las lágrimas y las mentiras. Estaba harto.

Al ver el cuchillo, Alek suspiró con resignación.

—¿Vas a matarme con eso? Adelante, hazlo. Ya no... no me importa.

Por un instante, Zed sintió envidia de su dolor.

—No te voy a matar.

Alek tampoco pareció aliviado por la noticia; se limitó a mirarlo con el mismo gesto de derrota. Zed colocó el cuchillo entre sus manos temblorosas. No estaba muy afilado y le llevaría un rato cortar las cuerdas, el suficiente para largarse de allí. No le había visto la cara y no sabía quién era. Podía suponer que estaba a salvo.

Sin mirar atrás, se dirigió a la puerta.

—Mátalo.

Se giró. Alek todavía temblaba, pero su mirada era firme.

—Al hijo de puta que la mató. Cárgatelo. Yo no te delataré ni hablaré de lo que me has hecho, pero júrame que lo matarás.

—¿Y si fue tu padre?

—Mátalo.

No hizo falta responder, era una promesa que no le costaría cumplir.

Regresó al piso inferior, pero se detuvo en el salón antes de salir al patio trasero por el que había entrado. ¿Había sido demasiado blando? Desde luego que sí, podía haberlo presionado mucho más, haberle dado una paliza hasta lograr que confesara cualquier cosa, pero no lo había hecho. Había visto la verdad en el fondo ensangrentado de sus ojos. También en la última súplica. Mátalo.

¿Pero había sido eso, en realidad, lo que había mantenido el Finka

limpio? ¿Había sido su instinto que le decía que el chico era sincero, o había sido la promesa hecha a Tessa lo que lo había contenido de actuar con más violencia?

Se cubrió los ojos con las manos y ahogó un grito de rabia. ¿Qué coño le estaba pasando? Era incapaz de pensar con claridad cuando ella entraba en la ecuación. Se había tragado todas sus mentiras. Le había dicho que Katya no tenía novio, pero allí arriba había un chico que lo era. Y que sabía que las dos amigas se habían peleado. ¿Por qué? ¿Por él? ¿Tessa estaba enamorada de Alek? ¿De Katya? ¿Era Alek el que estaba enamorado de Tessa? ¿O Katya? ¿Qué coño de lío se traían aquellos tres y cómo había terminado con Katya muerta? Si es que, y era solo una posibilidad, su relación tenía algo que ver con la muerte de la chica. La hija de Luka Maksimov, no podía olvidarlo. Bogdanov juraba que no había ocurrido nada que provocara una represalia hacia su padre, pero eso también podía ser mentira. Todo podía ser mentira, y lo mejor que podía hacer era dar por hecho que todo lo era.

Se arrancó el pasamontañas y se puso la gorra antes de salir al patio trasero. El sol se había escondido tras los edificios y las palmeras, pero su brillo aún bañaba la ciudad de verano. Lo que había ocurrido en el interior de la casa no parecía real a la luz de la tarde, era el recuerdo de una película incómoda que le había dejado los guantes empapados de sudor y sangre. Se los quitó y regresó al coche.

Dos semáforos después sacó el móvil del bolsillo y lo encendió. Los pitidos de mensajes y llamadas perdidas chirriaron como una jaula de grillos. Casi todas eran de Bogdanov, y aunque se planteó no devolverlas, lo hizo.

—¿Zed! ¡Por fin, llevo todo el día intentando localizarte!

—¿Qué pasa?

—Es Summer. Unos policías fueron a buscarla esta mañana y se la llevaron a comisaría. Querían interrogarla.

Zed se hundió en el asiento.

—¿Qué? ¿Sobre qué?

—Mi contacto no lo sabía cuando me llamó.

Detuvo el Honda junto a una acera vacía y cerró los ojos. Mierda. ¿Por qué no lo había llamado a él? Claro, gilipollas, porque no le había dado su número. Tanto follar y no había pensado en eso. Gilipollas. Y ahora, ¿qué hacer? Si le mandaba un abogado desvelaría la relación de la familia con el caso. Pero dejarla sola...

¿Y por qué la interrogaban de nuevo? Tenía que haber nuevas pistas.

Quizás habían descubierto la existencia de Alek Lyagushkin, o quizá fuera otra cosa de la que él no sabía nada. Algo que le había ocultado. Otra mentira que se había tragado.

—Voy para allá. Llama a tu topo y que averigüe qué está pasando.

Colgó y miró por el retrovisor antes de incorporarse al tráfico. Muchas cosas saldrían a la luz que, hasta entonces, habían permanecido en secreto. Cosas como el joven que seguía en el piso superior de la casa de Westwood intentando librarse de sus ataduras, el joven al que acababa de interrogar y golpear. Aquello lo cambiaba todo, podía haberlo dejado libre pero ahora...

Tomó el primer desvío de vuelta a la casa. El Finka le apretó el tobillo como si supiera que, al fin, iba a entrar en acción.

SEGUNDA PARTE

BAILAR

EL INTERROGATORIO

Martes, 31 de julio – 07:47 h

**Estación de policía de Los Ángeles Oeste. Los Ángeles,
CA**

La bailarina aguardaba con expresión aterrorizada. Aún no le habían dicho por qué estaba allí, de hecho, desde que la llevaron a comisaría la tarde anterior, no le habían dicho ni una palabra. La habían mantenido incomunicada, sola en aquella celda asfixiante y sin ventanas durante toda la noche. Y al amanecer, directa a la sala de interrogatorios, un lugar de paredes blancas y mesa de acero, igual de asfixiante que la celda, pero con una cámara en una esquina del techo como ojo celador. Esperaban que la ansiedad le soltara la lengua, y ahora que por fin se habían sentado ante ella descubrirían si la clásica técnica del aislamiento había dado resultado.

Mike miró de reojo a su compañera. Lizzy revisaba los papeles que habían llevado en una carpeta, y sus nudillos magullados destacaban ásperos sobre la piel oscura. Se esforzó por no mirarlos. No fue difícil. Se había quitado la chaqueta y los bíceps eran una amenaza a tener en cuenta. No es que fueran demasiado grandes, no parecía una de esas culturistas que consumían la vida entre suplementos de proteínas, luciendo musculitos en el gimnasio al aire libre de Venice Beach. No, era mucho más sutil, pero estaban allí, sin una pizca de grasa que los ocultara. Se preguntó por enésima vez qué deporte practicaba para mantenerse en ese estado de forma y, sobre todo, si se trabajaba el cuerpo de esa manera, ¿por qué no lo lucía? ¿Por qué vestía con esa dejadez, por qué no se ponía tacones, por qué no se arreglaba el pelo ni usaba maquillaje? ¿Qué demonios le pasaba? No sabía casi nada de ella. El forense había insinuado que se acababa de reincorporar tras una baja, aunque no había especificado por qué. Y cuando Mike intentó preguntar al capitán Venters, este lo despachó con malos modos. No era asunto suyo. Quizá no lo fuera, pero se moría de ganas de saberlo. Ella cargaba siempre con esa cara de mal humor, tan seria, tan enfadada o preocupada por algo que no dejaba

entrever. Y, sin embargo, una mujer simpática cuando quería. Al menos así se había mostrado con David y Sam.

David. Lizzy se había ganado a sus hijos en cinco minutos, él no tenía ni idea de cómo, a la pequeña Sam y al arisco David. Se los había ganado y no habían dejado de preguntar por ella en todo el fin de semana. Lo mejor de un fin de semana, por otra parte, desperdiciado en intentos vanos de hablar con su hijo por las buenas y por las malas. Nada había funcionado, ni las promesas de regalos ni las amenazas de castigos. Nada. David no había abierto la boca y él seguía sin saber qué o quién había provocado el moretón de su rostro. Lo único que había conseguido era arruinar unos días con peleas y malas caras. Y Samantha había sido la más perjudicada, encerrada en la habitación sin ganas de jugar ni de salir a la calle. Mike se sentía frustrado y rabioso, fumando un cigarrillo tras otro en un intento estéril de calmarse. Para nada. Constantemente se descubría con los puños cerrados, ansiosos por golpear o disparar contra algo. El caso y la familia tiraban de él en direcciones opuestas y ninguna de las dos lo soltaba.

Revisó los papeles que Lizzy había dispuesto sobre la mesa y alzó la mirada hacia la bailarina. Tessa Britton parecía un ahogado en un mar muerto. Estaba cansada, pálida, mil mechones castaños le caían por el rostro y cubrían los párpados hinchados que revelaban la noche sin dormir. Ella clavó los ojos dorados en él, esperando una palabra, pero como esta no llegó, se rindió.

—¿Van a tenerme aquí todo el día sin decir nada?

Mike sonrió. Bang, directo a la mandíbula.

La detective Delgado se inclinó hacia el micrófono que se levantaba en el centro de la mesa y emitió la retahíla identificativa protocolaria:

—Detective Elizabeth Delgado, número de placa 56980. Departamento de policía de Los Ángeles, distrito oeste. Interrogatorio iniciado a las siete horas y cincuenta minutos del martes, 31 de julio, en las dependencias policiales. Me acompaña el agente del FBI Michael Poulsen, número de placa...

Él se acercó al micrófono.

—0856-5698421.

Elizabeth continuó.

—El sujeto del interrogatorio es Theresa Ann Britton en relación con el caso DR:182265890.

Dirigió una mirada a su compañero y luego a la bailarina.

—Hay algo que necesitamos discutir sobre tu declaración del otro día,

Tessa. Sabemos que nos mentiste.

La chica cruzó los brazos y negó.

—No les mentí. ¿En qué?

—Dijiste que habías llegado a casa de Katya a las cinco y media, después de clase. ¿Es cierto?

Tessa retrocedió en la silla. Las patas estaban ancladas al suelo, y su huida se vio frustrada a medio camino. Sus dedos se enzarzaron en una lucha feroz contra un mechón de pelo.

—Es verdad.

Lizzy sacó de la carpeta las declaraciones de la vecina de Katya y de Viktor Chayka, el profesor que había asegurado que Tessa no acudió a clase ese día. Sin una palabra, deslizó las hojas sobre la mesa. Tessa las miró de lejos, sin acercarse. Se recogió el mechón tras la oreja y se humedeció los labios.

—No fuiste a clase —resumió la detective—. Y te vieron salir de casa de Katya a las dos. Nos mentiste.

La bailarina se encogió de hombros, con la mirada clavada en aquellos papeles que no estaba leyendo.

—Me equivocaría.

—Mucha equivocación —calculó Mike—. ¿Qué hiciste desde las dos hasta las cinco y media, cuando avisaste a la policía?

—Nada. No hice nada.

—Algo harías —aventuró Lizzy. Lo estaba haciendo bien. Ni siquiera pestañeó cuando disparó el primer cartucho—. ¿Preparabas tu coartada?

—¿Qué? ¡No!

—¿Mataste a Katya? —interrogó Mike.

—¡No!

—Tenemos varios testigos que aseguran que os peleasteis. ¿Por qué?

—No. No es verdad.

—¿Por qué os peleasteis, Tessa?

—No nos peleamos. Ella...

—¿Qué?

La chica había comenzado a llorar, y las lágrimas brillantes descendían en silencio por sus mejillas.

—Katya descubrió que trabajaba para su padre.

Los agentes se miraron. Si Katya había estado en el club podía haber descubierto algo, o haber sido descubierta ella misma. Quizás alguien la había

identificado y eso había provocado su muerte.

—Cuéntanoslo.

—Ella... —La chica se humedeció los labios y se secó la cara con la palma de la mano. No tenía un pañuelo, la camiseta de tirantes ni siquiera le ofrecía una manga con la que limpiarse, así que se resignó a un gesto que tendría que repetir muchas veces antes de salir de allí. Si es que salía—. Ella me siguió. El 4 de julio. Quería que fuéramos a ver los fuegos a Marina, pero yo trabajaba, así que le dije que no. Me marché y ella me siguió. Tenía que haber imaginado que lo haría, Katya no aceptaba un no y... Bastante tiempo había... Mucho me permitió guardar el secreto.

—¿Qué pasó?

—Que descubrió que trabajaba en el Hot Corner y... —Respiró hondo, como para digerir mejor lo que estaba a punto de confesar—. Creyó que su padre me había comprado para tenerla controlada.

—¿Y es cierto?

Tessa los miró a través de los ojos encharcados. Abrió la boca, pero fue incapaz de pronunciar ninguna palabra, así que se limitó a asentir. No era suficiente. Lizzy le acercó el micrófono.

—¿Es cierto? —repitió.

—Sí —balbuceó la joven—. Cuando Bogdanov se enteró de que iba a estudiar en la misma academia que yo, me pidió que la vigilara y que cuidara de ella y... ¡Ahora está muerta!

El llanto se estrelló contra las paredes desnudas de la habitación.

Lizzy se incorporó y, con los brazos en jarras, se alejó hacia la puerta. Su espalda se hinchó y deshinchó cuando buscó en la respiración el perdón a la traición de Tessa. Mike mantuvo la vista clavada en la bailarina. Sus mentiras salían a la luz, pero aún quedaba una larga lista de preguntas sin respuesta.

—¿Dónde estuviste el jueves por la mañana?

—¿Qué?

—¿Dónde estuviste?

—En casa, como siempre. Me acuesto tarde y me levanto para ir a la academia.

—Pero no fuiste.

—Sí que fui. Llegué allí a la misma hora de siempre, y me sorprendió no ver salir a Katya con sus compañeras. Me dijeron que había faltado a clase y por eso fui a su casa.

—¿Y qué hiciste desde las dos hasta las cinco y media?

—Hui —admitió ella en tono culpable—. Fui a casa, hice las maletas, cogí el coche y me largué.

—Traicionaste a tu amiga. —Lizzy se giró con cara de pocos amigos. La expresión furiosa de sus ojos negros hizo estremecer al policía—. La engañaste, la vendiste a los hombres de su padre y cuando descubriste su muerte te largaste.

—¿Pero volví! —se defendió la chica, un poco más pálida con cada acusación—. Tuve miedo, pero supe que me encontrarían si huía.

—¿A qué hora regresaste?

La bailarina giró la cabeza hacia él.

—¿Qué?

—¿A qué hora regresaste a la casa?

—¿Qué importa eso?

Mike reprimió una sonrisa. ¿Qué importaba? Nada o todo, dependía de lo que ella contestara. Ya había mentido más veces y lo que solo era una pregunta de comprobación comenzaba a apestar a secreto como un viejo baúl en un desván.

—Dímelo.

Tessa negó cabizbaja, con los ojos clavados en el mechón de pelo que enredaba una y otra vez entre los dedos.

—A las cuatro y media.

Elizabeth dirigió una mirada sorprendida al federal, a la que él no prestó atención.

—¿Y qué hiciste hasta las cinco y media?

—Nada. Yo...

—¿Manipulaste el escenario? ¿Nos ocultaste algo?

—No.

—¿Qué hiciste?

—Había cosas que nadie debía ver, ¿vale? —Respiró y bajó la voz—. Era su casa, su vida, no quería que entraran allí y vieran... Se lo debía. Era su casa.

—¿Qué te llevaste, Tessa? —La detective Delgado se dirigió a la chica con voz calmada.

—Nada.

Elizabeth sonrió.

—Se lo debías, ¿verdad? La habías traicionado y pensaste que debías

protegerla una última vez. Te llevaste algo que no querías que viésemos. ¿El qué?

—Nada.

—¿Quién no debía verlo? ¿Nosotros? ¿El padre de Ekaterina?

—Nadie.

La detective se acuclilló junto a la joven y posó la mano en su brazo.

—Dínoslo, todo saldrá bien. Estamos aquí. Dime lo que sea.

Mike sintió que una alarma se disparaba en su cerebro.

—¿Zed lo sabe?

La bailarina giró hacia él su mirada, temblorosa bajo la sal de las lágrimas.

—Va a matarme, ¿verdad? —sollozó—. ¡Oh, dios! ¡Yo no quería! ¡Yo solo intenté protegerlo!

Enterró la boca entre las manos. El llanto, sin nada que lo contuviera, agitó su espalda con temblores furiosos, el cabello reptaba como víboras sobre los hombros. Lizzy regresó a su asiento e intercambió una mirada elocuente con su compañero. Ahí había algo. «Intenté protegerlo» había dicho. Había alguien más en esa historia, Tessa lo sabía. Zed lo sabía. Ellos no.

—¿A quién?

—No... no puedo. No puedo decírselo.

Lizzy se inclinó sobre la mesa de metal.

—Es el novio de Ekaterina, ¿verdad? —Mike apretó los dientes. Claro. Eso era. Siempre lo había sospechado y ahí estaba la confirmación—. ¿Qué te llevaste de la casa? ¿Sus fotos, sus cosas?

—Fotos... —admitió la joven entre sollozos—. Había fotos y... Algunos recuerdos.

—No querías que lo supiéramos —escupió Mike—. Maksimov no sabe de su existencia. Deberías habérselo dicho, pero no lo hiciste, y ahora Katya está muerta. Y Zed va a matarte y va a matarlo a él. ¿Tengo razón?

Tessa lloraba desconsolada.

—¿Zed sabe quién es? —insistió Mike.

La chica miró al agente con los ojos desencajados.

—Yo... No quería contárselo. Él lo descubrió. Pero... No le hará nada. Me lo prometió. Él no le hizo nada a Katya y Zed no lo...

—¡Por amor de dios, Tessa! —Mike golpeó la mesa con el puño, y la chica brincó en la silla con un grito de terror—. ¡Ese tío es un asesino! ¡No sé lo que te ha dicho, pero no puedes ser tan idiota! ¡Si lo encuentra lo matará!

—No. —Negó con la cabeza—. Me lo prometió.

—Tessa. Dime quién es.

Ella temblaba, pálida como un cadáver bajo la violenta luz de la sala. Mike pensó que cuando Zed finalizara su trabajo, lo sería.

—No puedo, no...

—¡Maldita sea, Tessa! ¡Dime su nombre!

—No es...

—¡Su nombre!

—Él no...

—¡SU NOMBRE!

—¡Alek! —gritó ella como una dentellada.

Mike se incorporó de un salto, y la silla se alejó hasta estrellarse contra la pared. Ya tenían un nombre. Alek.

—¿Alek qué más?

Tessa sacudió la cabeza.

—No tuvo nada que ver, ¿vale? —insistió—. Él no la mató. Zed lo sabe. Él se lo dirá.

Lizzy bajó la vista y Mike negó con resignación. Estúpida. Ese chico estaba muerto. Y ella también.

—Manipulaste el escenario —resumió—, nos engañaste en tu declaración y ahora ocultas datos. Te acusaremos de obstrucción a la justicia. Si piensas que trabajar para Maksimov es malo, espera a estar en la cárcel.

El suspiro que escapó entre sus labios fue casi una sonrisa. Un error amenazarla con eso; quizá se equivocaba, quizá la vida con Maksimov y los suyos sí era peor que la cárcel.

Mike se dio la vuelta y cerró los ojos. A su espalda, el acento latino de la detective Delgado intentaba ganarse la confianza de la testigo, pero ambos sabían que no lo lograría.

—Ayúdanos, Tessa. Es obvio que Katya quería a ese chico y que no querría que le pasara nada, ¿verdad? Podemos protegerlo.

Mike ni siquiera escuchaba. Los dedos jugueteaban con el collar. Necesitaba aquel apellido Alek, Alek, Alek ¿qué? Había muchos Aleks en el mundo. Uno de los hombres de Maksimov se llamaba así, pero tenía más de cincuenta años y no era el tipo de hombre capaz de seducir a ninguna mujer sin dinero de por medio. Tampoco era el único; incluso el...

—Ay, madre... —De repente lo supo. Y al mismo tiempo que su cabeza, su corazón se detuvo.

Se dio la vuelta y se acercó a la mesa con paso dubitativo. Las dos mujeres alzaron la vista hacia él.

—Dime que ese chico no es Alek Lyagushkin —susurró.

Tessa trataba de ocultarse de él, de la verdad, envuelta entre sus brazos. Él apoyó los nudillos en la mesa y se inclinó sobre la joven.

—Tessa, ¿es Alek Lyagushkin? No será difícil confirmarlo, así que no me mientas. ¿Lo es?

—Por favor... —sollozó la chica—. Lo matarán...

Mike se incorporó y abandonó la sala, seguido por las pisadas acolchadas y rápidas de las zapatillas de la detective. El departamento continuaba su ritmo de trabajo como si no ocurriera nada. Los teléfonos sonaban en la sala de investigadores, las voces llegaban amortiguadas desde la recepción, los pasos los cercaban por uno y otro lado, pero en aquel pasillo el mundo se había detenido. Un segundo de calma antes de la tormenta.

—No me extraña que no quisiera decírnoslo —susurró, una vez fuera— ni que no hubiera fotos tuyas en el móvil de Katya.

Lizzy se apoyó en la pared y se llevó las manos a la cara con un suspiro.

—Los socios de Maksimov, ¿verdad? —preguntó—. Los nombraste el otro día.

Mike asintió.

—Si pensábamos que la muerte de Ekaterina iba a comenzar una batalla campal, ahora que el hijo pequeño de Lyagushkin está relacionado, esto se va a convertir en la puta *Guerra de las galaxias*. Joder... —Se presionó las sienes con los dedos gordo y corazón de la mano derecha, empezaba a dolerle la cabeza y necesitaba un cigarro con urgencia—. Que te dé la dirección —ordenó a su compañera—, y organiza un equipo de asalto a la casa. Supongo que el chico ya estará muerto, pero si Zed sigue allí no será una pieza fácil. Y que vaya una ambulancia por si llegamos demasiado tarde.

—¡Me prometió que no le haría daño! —gritó Tessa cuando Elizabeth abrió la puerta. Desde el pasillo, Mike tuvo ganas de regresar y abofetearla hasta hacerla entrar en razón. Niñata idiota.

—¡Y que ella no se mueva de aquí!

La mañana había dibujado nubes dispersas que resplandecían sobre el azul intenso del cielo. Los niños jugaban en las aceras de aquel barrio adinerado en

el que creían no correr peligro, y sus risas bañaban las primeras horas del día con la felicidad propia de unas vacaciones.

Las sirenas de un coche de policía, dos furgonetas y dos ambulancias desgarraron el aire como el frío de un invierno que la ciudad jamás había conocido. Entraron a toda pastilla en la Avenida Malcolm y, chirriando ruedas, clavaron frenos y se detuvieron alrededor de un resplandeciente Lexus 450H azul oscuro estacionado a la entrada de una casa blanca de dos pisos. Seis puertas se abrieron al mismo tiempo y un equipo de policías de asalto se desplegó por la fachada principal. Dos de ellos saltaron la diminuta valla que cerraba el acceso a la parte trasera.

Mike bajó del coche y echó a correr hacia la puerta. No se veía movimiento en el interior, ningún ruido, nada. Sacó el arma y se parapetó contra la pared. Al otro lado se situó la detective Delgado —también con el arma en la mano— y, junto a ellos, el resto del equipo.

Tras una mirada a su compañero, Elizabeth tocó el timbre. El sonido reverberó por el interior de la casa hasta desvanecerse en el silencio. Aguardaron unos minutos de inútil espera, y volvió a tocar.

—Policía de Los Ángeles —se identificó—. Abran, por favor.

Nada.

—Llegamos tarde —susurró.

Él no contestó. Temía que tuviera razón, estaban a punto de encontrar el cadáver de Alek Lyagushkin y ya nada evitaría la guerra.

Lizzy llamó al agente que sostenía el ariete. Al igual que el resto de su equipo, llevaba el uniforme reglamentario: casco, chaleco antibalas, protecciones en las extremidades, pasamontañas. No se le veía un centímetro de piel y sus ojos eran el reflejo multicolor de los cristales de las gafas de seguridad. Se colocó ante la puerta y balanceó el ariete adelante y atrás. El contundente tronco de metal negro reventó la cerradura al primer golpe y la puerta se abrió con violencia hasta golpear la pared adyacente con un ruido seco. Restos de la cerradura tintinearón al caer al suelo. El policía se echó a un lado y el equipo entró con las armas en alto. Se dispersaron por la planta baja al grito de «LAPD».

La casa los recibió aburrida y silenciosa. Cada elemento en su lugar, los adornos justos para una decoración digna de revista que no transmitía nada. No se veían restos de lucha, los muebles dormitaban en su sitio, las ventanas cerradas, la puerta corredera que comunicaba con el patio trasero, también. Nada hacía pensar que...

—¡Detective, arriba!

Echaron a correr.

—¿Dónde? —gritó ella al llegar al piso superior.

El agente Stein se asomó por la última puerta al fondo de un pasillo y les hizo un gesto. Mike lo había visto en el equipo, pero no lo había saludado, no soportaba a ese pelirrojo irlandés, aunque la detective parecía llevarse bien con él. Demasiado bien. Él la miraba de una manera sospechosa, como si hubiera algo entre ellos, pero ella no mostraba nada, como de costumbre. Si tuviera que apostar...

Dejaron atrás un vestidor y un baño y entraron en el dormitorio. En la penumbra de las cortinas cerradas distinguieron dos sillas apartadas contra una pared, y una mancha oscura en la moqueta.

—Enciende la luz, Art —ordenó la detective.

Mike se adelantó y pulsó el botón con el dedo protegido bajo la chaqueta.

Ambos guardaron las armas. Ya no hacían falta.

La mancha oscura se reveló como lo que había temido, una acumulación de sangre negruzca, reseca, en forma de charco, acompañada de cientos de gotitas que se alejaban hacia la izquierda. Él había visto restos como aquel demasiadas veces, y ella también, pero su reacción le extrañó. La detective había apartado la vista y tenía los ojos cerrados. Durante unos segundos, el agente la observó apretar los puños y morderse los labios en silencio. Algo veía al otro lado de los párpados que le impedía enfrentarse a la realidad. ¿Qué? ¿De qué huía? Las heridas de los nudillos brillaban blanquecinas por la presión de los dedos temblorosos. ¿Contra qué luchaba aquella mujer? Stein también la observaba, pero su expresión no era de sorpresa sino de preocupación. Él lo sabía. Ese cretino sabía lo que ocurría en la cabeza de la detective, y parecía dispuesto a saltar en su ayuda si ella se lo pedía. No lo hizo. Al final, Lizzy alzó la cabeza y se encaró con lo que fuera que no quería ver.

—Manchas por proyección —susurró.

—Un puñetazo —apuntó él, atragantándose con las preguntas que no podía hacer—. Varios.

Ella negó.

—Esto no indica un asesinato, no es suficiente sangre.

—Zed no necesita derramar sangre para matar. Su especialidad es el cuchillo, pero puede haberlo estrangulado cuando terminó el interrogatorio, o

haberle roto el cuello. Vete a saber por qué.

Ella suspiró.

—Y habrá hecho desaparecer el cadáver, igual que con Radimir Lagounov.

—¡Joder! —Mike estrelló el puño contra la pared y un cuadro tableteó una amenaza que no cumplió. Una ráfaga de dolor le atravesó el brazo hasta el codo, pero no se quejó.

El dolor fue un alivio.

Habían llegado tarde. Zed había matado a Alek Lyagushkin. Su padre iría a por Maksimov. Este respondería. Y si Alek no había matado a Ekaterina, seguirían buscando al culpable y habría más muertos. Katya Maksimova, Isay Utkin, Yegor Popov, Radimir Lagounov, Alek Lyagushkin. Y creciendo.

—¡Joder! ¡Joder!

Lizzy se giró hacia él.

—Volvamos a hablar con Tessa —dijo, sin comentar los aspavientos con los que el federal intentaba aplacar el dolor de la mano, ni las explicaciones que tendría que dar por estropear un escenario—. Puede que esté más comunicativa cuando le digamos que su amigo ha muerto.

La radio de la detective emitió un crujido en su cadera justo antes de que una voz escapara por el altavoz.

—Detective Delgado, hay un hombre aquí fuera que pregunta por el agente al mando.

Ya en la calle, Mike pensó que si le hubieran enseñado una foto de ese hombre y no le hubieran dicho nada más, habría apostado la mano izquierda a que era ruso. Y habría ganado. El pelo rubio cortado al dos, el azul ártico de sus ojos, la tez colorada, la cara redonda, el cuerpo enjuto; era como un ladrillo hecho de mala leche. Lo acompañaban dos hombres enchaquetados que abultaban el doble que él pero imponían la mitad.

—¿Dónde está mi hermano? —exigió saber Stanislav Lyagushkin.

—Señor Lyagushkin, soy la detective Elizabeth Delgado, LAPD. Vamos a hacer todo lo posible por...

El primogénito de la familia apuntó el dedo índice a la cara de la detective.

—No me joda, señora. No quiero oír los esfuerzos que van a hacer para encontrarlo. Quiero saber dónde está y quién se lo ha llevado.

—¿Sabe que Ekaterina Maksimova ha muerto?

Lyagushkin desencajó la mirada al dirigirla al federal.

—¿Ha sido Bogdanov? ¿Ese mierda cree que nos cargamos a la hija de su amo?

Elizabeth y Mike intercambiaron una mirada. Lyagushkin podía estar fingiendo, desde luego, pero eso lo convertiría en el mejor actor de una ciudad plagada de ellos.

—¿No sabe nada de la muerte de la chica? —cuestionó Mike.

—Ni lo sé ni me importa. Ni siquiera la he visto nunca.

—Tenemos pruebas de que su hermano mantenía una relación sentimental con ella.

—¿Alek? —preguntó primero, para estallar luego en una carcajada que atronó por encima del bullicio de la gente que acordonaba el jardín, de la policía, los *flashes* y las radios—. ¡No me joda! ¿Ese marica?

La mirada entre los agentes se repitió. Cada vez entendían menos.

—¿Su hermano es gay? —preguntó Lizzy.

—Joder, eso creíamos nosotros —bufó Stanislav—. Con tanta pintura y tanta mariconada. Pero... Vaya, vaya, bien por el hombrecito. Al final tenía un chochete, ¿eh? —Alzó la mano—. No se ofenda, señora. —Ella se ofendió—. No sé si mi padre se alegrará de que su hijo no sea maricón —continuó él— o si se enfurecerá porque se acostara con esa zorra. ¡Ja! ¡No seré yo quien se lo cuente! ¿Alguno se ofrece voluntario? ¿Guapa?

Mike se interpuso entre la mirada asesina de la detective y su víctima.

—Señor Lyagushkin, nos vendría muy bien que pasara por la comisaría para prestar declaración.

—Claro, hombre, ningún problema. —Stanislav golpeó con familiaridad el hombro del agente—. Les contaré todo lo que quieran cuando ustedes encuentren a mi hermano.

—Como le hemos dicho, haremos todo lo posible por encontrarlo.

—Yo me paso todos sus posibles por los cojones, señor como se llame.

Mike llevó la mano al arma, pero el sentido común la desvió a medio camino. No podía mostrar sus cartas delante de un hombre como ese. Se las robaría, las marcaría y le ganaría al póker con ellas. En su lugar, la dirigió al bolsillo interno de la chaqueta y sacó un paquete de tabaco. Se metió un cigarrillo en la boca y lo encendió. El humo en la cara hizo sonreír a Lyagushkin antes de alejarse con la brisa.

—Escúchenme los dos —dijo el ruso, alternando el dedo de uno a otro—. Mi hermano es un mierdecilla, pero es el único que tengo, ¿lo entienden? Y voy a encontrarlo cueste lo que cueste. Voy a poner a toda mi gente a buscarlo,

y si esto ha sido cosa de Maksimov o de su perrito faldero Bogdanov, serán los primeros en caer. —El hielo que escupían sus ojos abrasaba el aire de la mañana—. Quiero que les quede muy claro. Si hacen cualquier cosa para detenerme, si se interponen en mi camino, no titubearé a la hora de llevármelos por delante. A usted, cara bonita, y a la espalda mojada de su...

La visión de la Glock 9mm de Elizabeth interrumpió su perorata. Lyagushkin calló y con él se hizo el silencio a lo largo de todo el perímetro. Las voces, las radios, el viento en los árboles. Hasta Mike juraría más tarde, cuando los compañeros recordasen lo ocurrido en conversaciones de vestuario, que su corazón dejó de latir en ese instante.

—Suavice el tono —ordenó la detective.

Lyagushkin detuvo a sus guardaespaldas con un gesto de la mano. Luego giró el torso hacia ella y, para asombro de los presentes, sonrió.

—Hacía mucho que nadie me apuntaba a la cara, ¿sabe? Me ha puesto cachondo.

—Me alegro por usted. Esta noche se la machaca a mi salud —lo retó ella con voz impasible—. Pero hasta entonces, modere el tono cuando se dirija a un agente de la ley. —Levantó una ceja desafiante—. Vamos a averiguar lo que le ha ocurrido a su hermano y no quiero tenerlo estorbando en la investigación, ¿entendido?

Stanislav Lyagushkin alzó las palmas de las manos y sonrió.

—Usted haga su trabajo, señorita. Y yo haré el mío.

Elizabeth bajó el cañón del arma. Ligeramente. De la cara a las rodillas.

El ruso se despidió del agente especial Poulsen con una inclinación de cabeza, de la detective con un toque en el inexistente sombrero, y se marchó. Los dos hombres que lo acompañaban tardaron treinta segundos en reaccionar y seguirlo, la mitad que el resto de testigos de la escena, que aún necesitaron otro medio minuto para recuperar el aliento.

—Tienes ovarios, Elizabeth Delgado —balbuceó el federal.

—Todas las mujeres los tenemos, agente Poulsen. Es genética.

Ella guardó el arma en la cartuchera y se dirigió al coche. Su espalda se erguía tensa como una cuchilla, pero él notó el ligero temblor en las piernas y decidió no seguirla. Se había ganado unos segundos de soledad para recuperarse de lo que acababa de hacer. Puede que todas las mujeres tuvieran ovarios, pero no todas los tenían del tamaño de los de ella.

ÓRDENES

Martes, 31 de julio – 09:21 h

1830 N Cherokee Ave. Los Ángeles, CA

Un lametón en la cara le hizo abrir los ojos. El perro, Rudolf —por el bailarín, no por el reno—, era el despertador más repugnante que había conocido nunca, pero era eficaz. Lo apartó y se sacudió los largos pelos blancos y negros que le cosquilleaban sobre la cara.

El reloj de muñeca marcaba las nueve y veinte de la mañana.

Se incorporó con una punzada de dolor en el cuello, que le provocó un gemido. El sofá de Tessa era útil para muchas cosas, pero dormir no se contaba entre ellas. Culpa suya, se había empeñado en esperarla despierto y se había quedado dormido en el salón. Ni siquiera recordaba haber apagado el televisor, a lo mejor lo había hecho el aparato solo; algunos modelos tenían esa función. Giró la cabeza de un lado a otro y escuchó el crujido de los huesos de la nuca. Se frotó los ojos.

Reinaba en el apartamento un silencio sombrío y turbador, ese silencio extraño que desprenden las casas cuando sus dueños no están. Pese a saber que no encontraría a Tessa allí, Zed se dirigió al dormitorio. La cama estaba hecha; las cortinas, abiertas. Nubes vagabundas trataban de robarle el cielo al sol, aunque era una batalla perdida. Lejos de oscurecer la mañana, resplandecían como jirones de algodón de azúcar arrebatados a un niño.

Se metió en el cuarto de baño y se duchó bajo la inquisitiva mirada del cachorro. Había dejado la puerta abierta, por si a Tessa se le ocurría la improbable idea de llamar a su propia casa para ver si él estaba allí, pero lo único que escuchó fue el jadeo constante de Rudolf y algunos gemidos que reclamaban su atención.

Se vistió y lo sacó a pasear. Una salida rápida de dos vueltas a la manzana y una meada en cada árbol. No tenía tiempo ni ganas de más, Tessa podía volver, podía llamar o aparecer en cualquier momento. Cuando regresaron al apartamento, este seguía vacío, y Zed sintió un puño que le retorció el estómago. Las diez y veintiocho minutos. Más de veinticuatro horas

sin saber de ella. Silencio y quietud a su alrededor. La casa desierta lo hacía sentirse un intruso. Era un extraño en un apartamento que no le pertenecía y cuya puerta había forzado. El sentimiento era el correcto.

Se dejó caer en el sofá en el que había pasado la noche. Rudolf subió a su lado y descansó la cabeza sobre sus piernas, pero Zed lo devolvió al suelo.

—Нельзя!^[30] —lo regañó.

El perro volvió a subir. Era terco como su dueña.

—He dicho que no —repitió él mientras lo bajaba por segunda vez.

Sin una muestra de rencor, el animal agitó la cola, dio una vuelta sobre sí mismo y se tumbó con la cabeza recostada en sus pies. Zed se conformó con eso.

Las diez cuarenta y nueve.

El edificio había despertado mucho antes que él. Los ruidos de la mañana ascendían por el patio, serpenteaban de ventana en ventana, de pasillo en pasillo por las escaleras y se colaban bajo la puerta. Voces de mujer en algún apartamento, un teléfono, un televisor, coches en la calle, una bocina furiosa. El nervioso latido de un helicóptero que, como de costumbre, le aceleró el pulso hasta que se perdió en la distancia. El olor a café se filtraba desde alguna cocina, pero Zed no tenía ganas de desayunar. El olor a marihuana le hizo consultar de nuevo el reloj. Las once y cinco. Vaya ciudad de locos.

Y media.

Las paredes del apartamento se le echaban encima. Una mañana perdida, de esas que no servían para nada más que observar el lento avance del segundero en el reloj, un corazón que se aceleraba o ralentizaba según las ideas aterradoras que pasaban por su mente. La inactividad lo estaba matando. Nada que hacer, nada que planear, nada que comprobar, tan solo permanecer junto al teléfono a la espera de noticias de ella, de Bogdanov, de cualquiera.

Era un hombre paciente —por fuerza— pero no en aquella situación. Que Tessa hubiera pasado la noche en comisaría solo podía significar dos cosas: o estaba detenida o estaba colaborando, y ninguna de las dos opciones era buena. Ella sabía más que nadie sobre él. Menudo gilipollas había sido. Qué manera de confesar, como un novato, como un chiquillo. Ahora podría contarle a la policía que era un sicario, que había ido a la ciudad para matar al asesino de Ekaterina y que había ido a por Alek. Podía contárselo todo. Le había dado el poder para destruirlo, y solo le quedaba esperar que no lo hiciera. En eso consistía el amor, supuso, o lo que quiera que fuera que sentía

por ella.

Las once cuarenta y tres.

El tono de un mensaje en el móvil lo sobresaltó. Durante un segundo ni siquiera supo dónde estaba el terminal, pero no tuvo más que mirar a su alrededor para descubrirlo sobre la mesita central. Alargó la mano hacia él. Sabía que no sería Tessa, ella no tenía su número —imbécil, imbécil—; solo esperó que fueran noticias suyas.

Resultó ser un mensaje de Bogdanov, un mensaje larguísimo con información de la policía. Tessa había dado el nombre de Alek Lyagushkin, y los maderos habían encontrado los restos del asalto a su casa. Pensaban que estaba muerto, que él lo había matado y había hecho desaparecer el cadáver, como los de Radimir y Yegor, al que, por cierto, habían encontrado. Caliente, caliente. Ahora la mantenían encerrada en los calabozos con la esperanza de que contara algo más, pero el topo de Bogdanov no sabía qué buscaban. La ayuda de aquel traidor a los suyos estaba resultando tan inexistente como su cerebro.

Zed trató de hallar esa respuesta. Podía ser que la policía hubiera encontrado alguna prueba contra ella, a lo mejor en casa de Alek. Él la había registrado, sí. ¿Suficiente? Quizá no, quizá no lo encontró porque no sabía lo que buscaba. Quizás, quizás... Todo eran preguntas sin respuesta, todo eran personas a las que no debía creer y en quienes estaba confiando. Quizás.

Las doce y catorce.

El día pasaba en silencio. Rudolf se agitaba inquieto por el apartamento. Ya lo había sacado a pasear, pero no estaba acostumbrado a aquella quietud. Seguro que Tessa hablaba y jugaba con él, seguro que siempre había música en la casa de una bailarina, música, danza y sonrisas. Pero él no era así, a su alrededor no proliferaba el baile y mucho menos las sonrisas. El perro se aburría. Él también. Sentía el cuerpo agarrotado, el cuello volvía a crujir tras tantas horas de inmovilidad y la cabeza no era capaz de pensar con claridad. Había registrado hasta el último rincón del pequeño apartamento en busca de no sabía qué, y no había encontrado nada. Había desayunado, más por aburrimiento que por hambre, y ahora observaba la cocina pensando que tarde o temprano debería almorzar y tenía aún menos ganas.

Las doce y cuarenta.

Cuando el timbre del teléfono volvió a sonar, perro y humano brincaron en el sofá. Era la melodía de llamada, en esta ocasión. Era alguien con quien hablar.

Un número en dígitos blancos con prefijo de Moscú brillaba en el centro de la pantalla negra. Zed se levantó de un salto que Rudolf reprochó con un gemido. Zed lo miró preocupado, ni siquiera recordaba el momento en el que el perro había vuelto a escalar al sofá, pero con su salto lo había hecho caer al suelo.

—Perdona, Rudolf.

El chucho agitó la cola, era fácil ganarse el perdón de un animal.

Zed se llevó el teléfono a la oreja y tomó aire antes de pulsar el botón.

—Алло!^[31]

—Soy yo.

Estaba enfadado, el tono de voz no dejaba lugar a dudas. Zed se preguntó cuál de los mil motivos que tenía para enfadarse era el que le echaría en cara con su llamada.

—Señor Maksimov, ¿qué hay?

—¿Qué hay? No sé, dímelo tú. ¿Qué hay? ¿Quién coño es esa chica a la que está interrogando la policía sobre la muerte de mi hija?

Zed cerró los ojos. Bogdanov. El puto chivato de Bogdanov.

—Se llama Theresa Britton, señor. Es la joven que encontró el cadáver.

—Ya. La puta. La *stripper*. La chica que contrató Bogdanov para espiar a mi niña y que no fue capaz de evitar que la mataran. —Zed se preguntó para qué demonios llamaba si ya lo sabía todo—. ¿Y por qué la está interrogando la policía? ¿Es sospechosa?

—No. No lo creo.

—¿Has hablado con ella?

—Sí, señor, varias veces. —Hablar, besar, tocar. Todas esas cosas que no podía confesar a su jefe—. No creo que haya tenido nada que ver.

—Entonces, repito, ¿por qué la están interrogando?

—Todavía no lo sé; supongo que es por su amistad con Ekaterina.

—¿Y qué va a contarles, Zed?

Se tomó un segundo antes de contestar. Podía mentir, fingir que no lo sabía y buscar cualquier modo de ganar tiempo hasta tener la situación controlada, pero al final sería inútil, Maksimov contaba con gente que le informaba, que le hablarían de Alek si no lo habían hecho ya, y puede que incluso le contaran lo suyo con Tessa. Si el *pakhan* encontraba cualquier excusa para dejar de fiarse de él sería su fin, así que tan solo le quedaba ser sincero y rezar.

—Parece que su hija salía con un chico, el hijo pequeño de Feodor Lyagushkin.

La respiración profunda de Maksimov arañó la línea mientras el gran hombre intocable de Moscú trataba de asimilar que su niña tenía un novio y que este era el hijo de su socio.

—¿Fue él el que...?

—No, señor.

—¿Estás seguro? ¿No fueron los Lyagushkin?

—Todavía estoy investigando esa hipótesis, señor, pero estoy bastante seguro de que, al menos, no fue el chico.

—Eso no me basta.

Zed volvió a tomar aire. Era difícil, siempre, tan difícil hablar con un hombre que ya se había hecho sus propias teorías e ideas, un hombre que estaba dispuesto a matar con tal de que nadie lo contradijera. Él era de las pocas personas a las que permitía ser sincero, pero cada ocasión era un disparo a la ruleta rusa.

—Señor, me mandó a Los Ángeles para averiguar quién mató a su hija y para hacerle pagar por ello, y es lo que estoy haciendo. Ya me he encargado del chico. En cuanto sepa algo más será el primero en saberlo.

—¿Y qué hay de la chica, la tal Theresa?

—¿Qué pasa con ella?

—¿La... —Incluso a través del teléfono lo oyó dudar, y supo lo que le costaba pronunciar siquiera aquella palabra—... la mató ella?

—No, señor, también la he interrogado. Tanto ella como el chico querían a su hija y ambos desean ver muerto al que la...

—Ya, ya, vale. ¿Sabe algo de nosotros? La chica, quiero decir, ¿puede contarle algo a la policía que nos afecte?

Zed bajó la mirada. Rudolf permanecía junto al sofá, esperando su regreso, el de su dueña, el de alguien que quisiera jugar con él.

—No lo sé, señor, no sé hasta qué punto Bogdanov mantiene sus asuntos en secreto. Ella trabaja en el club y no sé...

—Mátala. La quiero muerta también. Hazlo ya.

Le dio la espalda al perro.

—Sí, señor.

—Bien —aplaudió Maksimov—. ¿No habrá ningún problema, verdad? Me han dicho que pareces haberte encaprichado de esa zorra. Espero que eso no te afecte para hacer tu trabajo. Por tu propia seguridad no te interesa que le

hable a la policía de ti.

—No, señor. —Su voz era apenas un susurro, le quemaba la garganta y aún no había logrado respirar. Cada intento era una lija que le raspaba la boca.

—Bien. ¿Me has dicho que sigue en comisaría?

—Sí, que yo sepa. Ha pasado allí la noche.

—Pues manda un abogado que la saque de ahí. En cuanto esté fuera la eliminas; cuanto más tiempo pase con ellos más peligrosa es para nosotros, ¿de acuerdo?

—Sí, señor.

—Avísame cuando esté muerta. —Tras unos segundos de tenso silencio, añadió—: No me decepciones, Zakhar.

La comunicación se cortó y Zed dejó caer el móvil. Él mismo se desplomó en el sofá. Rudolf subió a su lado y apoyó la cabeza blanca y negra en sus muslos. Zed lo acarició sin pensar.

No me decepciones.

Nunca había decepcionado a Maksimov. No era imbécil, sabía mejor que nadie la clase de hombre que era, a lo que se dedicaba y de lo que era capaz. Por algo había sido el brazo ejecutor de sus decisiones los últimos dieciséis años, pero tampoco podía negar que Maksimov había sido su padre todo aquel tiempo. Cuando el verdadero murió, fue Luka Maksimov quien lo acogió, quien le dio un techo bajo el que vivir, ropa con la que abrigarse y comida con la que alimentarse. Le dio la vida. Le enseñó el mundo. Si no hubiera sido por él habría acabado en un orfanato y, de allí, cadáver, drogadicto o prostituido. No había muchas más opciones. Le gustara o no lo que hacía, y eso era algo que había aprendido a no preguntarse, le debía la vida y nunca le había decepcionado.

Tampoco lo haría ahora.

LA NOTICIA

Martes, 31 de julio – 16:52 h

Estación de policía de Los Ángeles Oeste. Los Ángeles, CA

Tessa lloraba en silencio, como se lloran los grandes errores. Se había cubierto la cara con las manos y entre los dedos escurría el agua salada de sus lágrimas sin sonido. Tan solo el temblor convulso de los hombros acompañaba su dolor.

Los ojos hinchados, la cara enrojecida y mojada, el pelo revuelto y las ropas arrugadas. En la mujer que ocupaba la claustrofóbica sala de interrogatorios esa tarde no quedaba ni rastro de la preciosa bailarina que había entrado en comisaría el día anterior. Ni rastro. La habían acusado de obstrucción a la justicia y la habían amenazado con una acusación formal de homicidio que podía acabar con ella en la cárcel, pero nada de eso funcionó hasta que Mike soltó la bomba y le contó lo que habían encontrado en casa de Alek Lyagushkin. Solo entonces la coraza de fuerza tras la que se había protegido se derrumbó, y la chica se vino abajo.

Elizabeth la observaba desde el otro lado de la mesa con un nudo en el pecho; su dolor le recordaba demasiado a otro que no quería recordar, que no podía permitirse recordar. No en aquel momento ni en aquel lugar ni con aquel pendejo del FBI a su lado.

Poulsen ni siquiera parecía afectado por el estado de la joven, había soltado la noticia sobre su amigo muerto como quien comenta el tiempo del fin de semana y observaba su reacción con una indiferencia fría y casi satisfecha. No tenía corazón. Para él las mujeres eran un objeto más hermoso o más feo. Elizabeth lo había visto mirar a la chica con deseo, y también se había dado cuenta de cómo la miraba a ella, como si la analizara, con aquella seguridad de amo del universo a la espera de que cayera rendida a sus pies. Pues no lo haría, desde luego que no, y menos tras ver el modo en que trataba a aquella cría que se deshacía en lágrimas ante ellos.

—No puede ser... —sollozaba con los ojos clavados en las fotografías de la moqueta ensangrentada de Alek Lyagushkin—, me lo prometió...

—Lo ha matado, Tessa —insistió el federal—. Si nos hubieras ayudado quizás habríamos llegado a tiempo.

Ella lo miró, destrozada, y Elizabeth apretó los puños que temblaban de ganas de estrellarse en su cara. No podían estar seguros de que eso, la sangre de la moqueta se había secado y, aunque reciente, era imposible, de momento, distinguir si tenía minutos u horas. Nadie había visto nada, no había testigos, no había pruebas. Nada indicaba la hora a la que había muerto el chico ni cómo ni dónde había ido a parar su cadáver. Acusar de eso a Tessa era una crueldad innecesaria que no logró más que un nuevo acceso de llanto.

—Alek no mató a Katya... Era inocente... Se lo dije...

Mike se inclinó hacia delante sobre la mesa.

—Puede ser, sí. A lo mejor era inocente, a lo mejor sabía algo sobre el asesinato de tu mejor amiga, pero ya nunca lo sabremos. —Golpeó las fotografías con el dedo—. Porque tu querido Zed lo ha matado.

Tessa volvió a negar. Con las manos enterradas bajo el cabello y los ojos en la mancha de sangre, se movía adelante y atrás, y entre balbuceos ininteligibles se le escuchaba repetir la misma palabra una y otra vez.

—No... No...

—Tessa, tu amigo está muerto y tú serás la siguiente.

El silencio fue tan repentino que los agentes se llevaron las manos a las cartucheras que portaban las armas. De repente, en aquella pequeña sala de paredes blancas que parecían escorarse sobre ellos, algo había cambiado.

—No. —Tessa se incorporó y se secó las lágrimas con un gesto seco. No. Y punto.

La risa de Mike enfrió el aire cargado de la habitación.

—¿Crees que te va a dejar con vida? Es un asesino. Te matará igual que hizo con Alek. Lo único que puedes hacer para salvar el culo es contarme todo lo que sepas sobre él.

Tessa apretó las mandíbulas, que temblaron de rabia contenida.

—Nada —replicó con contundencia—. No sé nada.

Elizabeth sintió que sus esperanzas se diluían en aquella última palabra pronunciada como dos sílabas independientes. Na-da. No diría na-da. Tessa Britton estaba asustada, pero también furiosa. Todos la habían traicionado y, esta vez sí, la culpa era suya. Se había fiado de un asesino que acababa de matar a su mejor amigo, se había fiado de unos policías que no habían sido

capaces de evitarlo y que ahora la culpaban a ella, la amenazaban y la hostigaban. Seguramente llevaba años engañándose sobre sus jefes. Por mucho que imaginara lo que hacían, por mucho que los cardenales que las lágrimas habían dejado al descubierto probaran que sabía de lo que eran capaces, aquella era la primera vez que se enfrentaba de cara con la verdad. Eran unos asesinos. La próxima víctima sería ella. Y no tenía forma de evitarlo. No podía hacer na-da.

El federal temblaba junto a la detective, con el rostro envuelto en una fina capa de sudor y los labios difuminados en una línea blanca. Llevaba años tras Zed y nunca había estado tan cerca de atraparlo, pero no sería allí y no sería gracias a Tessa. Aunque no dejaría de intentarlo.

—Te protegeremos —apostó su última carta—. Te llevaremos a un sitio seguro. No te encontrará, no volverás a verlo, te lo juro, pero ayúdame.

—Les he dicho todo lo que sé. Quiero irme de aquí.

Mike se dejó caer de vuelta en la silla. Su expresión rígida parecía masticar las pocas opciones que le quedaban. Ninguna. Nin-gu-na.

Pegó un manotazo en la mesa y apuntó a la bailarina con el dedo.

—¡Te acusaré de obstrucción a la justicia, de complicidad en el asesinato y pertenencia a la mafia! —rugió entre escupitajos de furia reprimida—. Me aseguraré de que te encierren con la gente de Maksimov. ¿Me oyes? Las cárceles están llenas de amigas tuyas, una palabra y estarás muerta.

Su rostro había enrojecido y los ojos brillaban empapados en odio. Elizabeth lo agarró por la manga.

—Vamos fuera —ordenó.

—Aún no he terminado con esta...

—¡Fuera!

Señaló la puerta con un gesto que cortó el aire. Él se levantó de un salto, y las patas de la silla chirriaron contra el suelo como uñas afiladas.

En cuanto salieron al pasillo, Mike cerró de un portazo y se enfrentó a ella.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —la abroncó desde arriba, con los brazos abiertos y el pecho hinchado de un gallo de pelea.

—¡Eso mismo te pregunto yo! ¡Ella no es la asesina!

—No estamos seguros de eso, ¿recuerdas? Nos ha mentado en todo. Una y otra vez. Necesitamos que hable.

—¿Y qué crees que va a decir? Está en estado de *shock*. Ni siquiera se cree que Alek esté muerto.

—¿Y qué quieres que haga? No tengo un cadáver que enseñarle.

Elizabeth dio gracias a Dios por ello. Si hubieran encontrado el cuerpo de Alek Lyagushkin, aquel cromañón habría llevado a la chica a la morgue y la habría forzado a meter la nariz en la sangre.

—Déjame hablar con ella —propuso—, a solas, yo sé por lo que está pasando.

Él respondió una carcajada sarcástica.

—¿Ah, sí? ¿Algún novio tuyo se cargó a tu mejor amigo?

La detective guardó silencio mientras dudaba si valía la pena responder. Las palabras se le amontonaban en el paladar con un sabor agrio a lágrimas y furia. Las explicaciones, los insultos, los motivos se confundieron unos con otros hasta que no quedó más que un clamor de voces que competían entre sí.

—Vete a la mierda —resultó la ganadora.

Se dio la vuelta y agarró el pomo de la puerta, pero una voz a su espalda la detuvo.

—Detective.

Se giró. El agente Stein se dirigía hacia ellos y su presencia fue un alivio a la tensión que le estrangulaba los pulmones. Sus ojos verdes eran un pilar con el que siempre había podido contar, un apoyo, un refuerzo. Como lo habían sido todas aquellas veces que compartieron un trago al salir del trabajo. Los buenos tiempos. ¿Lo habían sido? No, en absoluto, pero por algún motivo los recordaba así. Quizá por él.

Habían salido tres veces en la última semana. Cenas informales en puestos callejeros de tacos, charlas eternas sobre trabajo, sus vidas y el tiempo pasado. Le gustaba hablar con él, aunque sabía que él se sentiría más cómodo ante una botella. Joder, ella también, pero Art ni siquiera lo había mencionado. Solo hablaban. También sabía que él deseaba un nuevo acercamiento, un segundo intento a la relación que ella no estaba preparada para mantener. Lo había visto en sus ojos y su sonrisa y su expresión ansiosa cuando se separaban. No lo descartaba del todo, o sí, no sabía. Hacía tiempo que estaba sola y Stein era alguien a quien abrazar en las tardes frías. No era el hombre de sus sueños, pero ella ya no soñaba con hombres. Si todos los hombres guapos eran como el agente Poulsen prefería hacerse lesbiana. Eso tampoco lo descartaba. Ya no descartaba nada, ni hacía nada. Tan solo dar puñetazos a un saco. Al menos, eso.

—¿Todo bien? —preguntó él, dirigiendo una mirada nada sutil al federal.

—Sí, Art. Todo bien —mintió ella—. ¿Qué me traes?

El agente le tendió el papel que llevaba en la mano cubierta de pecas.

—Los resultados del CODIS.

Mike se colocó tras ella para leer el documento por encima de su hombro. El agente Stein y el agente especial Poulsen se ignoraban mutuamente, y Elizabeth lo agradeció. No necesitaba más enfrentamientos como el del primer día. Ya tenía suficientes problemas.

—¿Los restos de piel bajo las uñas de Ekaterina?

—Así es, tenemos un resultado positivo.

La detective repasó la información a toda prisa hasta localizar el nombre que buscaba.

—Kazimir Vasilyev —leyó.

Mike gruñó en señal de reconocimiento.

—Un viejo camarada —dijo—. Tiene un largo historial de detenciones. Es uno de los asesinos de la banda de Lyagushkin.

Elizabeth lo miró.

—El padre de Alek. Ya lo tenemos.

Pero él negó.

—No tenemos nada, no hablará.

—Bueno, hay que ir a por él de todas formas, ¿no? Con o sin inductor, tenemos al asesino material.

Mike asintió con un suspiro desganado. Había estado tan obsesionado por atrapar a Zed que el asesino de Ekaterina había dejado de ser importante. Elizabeth lo entendió, pero ella sí tenía ahora lo que necesitaba. Las luchas del FBI con la mafia no eran su problema, lo era encontrar al asesino de una chica en su distrito, y allí lo tenía.

—Organicemos la detención.

—Espera —la interrumpió el agente Stein—, hay un hombre que quiere hablar contigo. Un abogado. Viene por la bailarina.

—Maldita sea.

El único hombre sentado en las incómodas sillas del vestíbulo se levantó al verlos llegar. Cincuenta y tantos años, gafas, pelo canoso, traje impecable: abogado de manual.

—¿Detective Delgado?

—¿Quién es usted?

—Gregory Nelson, abogado de la señorita Britton.

—¿Enviado por quién? —inquirió el agente especial Poulsen.

—Eso no es relevante. Quiero saber bajo qué acusación mantienen retenida a mi cliente.

—Obstrucción a la justicia. Se niega a compartir lo que sabe sobre el asesinato de Ekaterina Maksimova. —El tono de voz del agente era frío y defensivo, pero en el fondo Elizabeth podía escuchar la resignación.

—¿Tienen alguna prueba que la incrimine en el fallecimiento de esa persona? ¿Alguna prueba de que sepa algo que no haya compartido ya con ustedes?

—Tiene información sobre un sospechoso.

—¿Un sospechoso del asesinato?

Mike y Elizabeth ni siquiera contestaron. No. Zed no estaba involucrado en el caso. Y sin pruebas, tampoco era sospechoso del resto de cadáveres que habían quedado por el camino. El abogado pareció leerlo en sus miradas y sonrió con prepotencia.

—Tomaré eso como un no —concluyó—. Exijo que la dejen en libertad de inmediato.

Mike resopló. Aún podían retener a la chica un poco más, pero debían ir a por Vasilyev, detenerlo, interrogarlo... No tendría tiempo de volver a hablar con ella y aunque lo tuviera, ambos sabían que no diría nada más. Elizabeth se adelantó a su respuesta, por si él decidía que aquello no importaba.

—Toda suya —dijo—. Prepararé el papeleo.

El abogado amplió la sonrisa, pero los agentes ya le daban la espalda de regreso al interior.

—Espero que estés contenta —susurró Mike—. No llegará viva a esta noche.

Elizabeth no contestó. Era consciente del riesgo que implicaba dejar a Tessa sola, pero sabía igual de bien que ningún juez autorizaría un dispositivo de protección con la falta de colaboración que había mostrado. Era una de ellos y con ellos la mandaban. Con su jefe, el mafioso, y su novio, el asesino. Dos personas que la querían muerta.

Se preguntó si volvería a verla.

Se preguntó si sobreviviría a saber que la habían matado, y que no había podido impedirlo.

LA VERDAD

Martes, 31 de julio – 21:18 h

1830 N Cherokee Ave. Los Ángeles, CA

Tessa se secó las lágrimas en el trayecto en ascensor hasta su piso. No lograba entender el modo en el que la vida se le había venido abajo en las últimas semanas, en las últimas horas, desde la última vez que realizó aquel mismo viaje en sentido inverso. Puede que no le gustara antes, no le gustaba lo que hacía ni lo que se veía obligada a hacer ni en lo que se había convertido, pero de alguna manera había llegado a una tregua consigo misma. Vivía tranquila. Tenía a Katya, tenía a Alek, tenía la danza y, si cerraba los ojos y se concentraba en la música, incluso podía admitir que el Hot Corner no estaba tan mal. Ganaba dinero y bailaba canciones que le gustaban más que las piezas clásicas de la academia. No era lo que había soñado de pequeña, pero ¿quién cumple sus sueños de infancia? Cuatro afortunados entre los que no se contaban las niñas que nunca se habían permitido soñar.

Pero ahora... Ahora lo había perdido todo.

De camino a la academia la tarde anterior se había convencido de que Zed decía la verdad, que no haría daño a Alek, que hablaría con él y que, cuando comprendiera que era inocente, lo dejaría marchar. Quizás incluso investigarían juntos hasta descubrir al asesino de Katya. Se lo había prometido. Mentira. Una mentira más. Lo hizo, lo mató, y ella ya no tenía nada. Sus dos mejores amigos habían muerto. La policía amenazaba con acusarla de complicidad. ¿Y por qué no? Ella tenía la culpa de la muerte de Katya. Y también de la de Alek. Había dejado sus fotos en el teléfono, aun cuando apareció Zed, aun cuando supo quién era él y lo que pretendía, dejó que las encontrara y luego confesó, le dio su nombre, su dirección... Como una estúpida. Estúpida. Estúpida. Una maldita *stripper* ignorante y estúpida que se dejó engañar por el primer hombre que no la trató como basura y que, qué ironía, le había hecho más daño que ninguno.

La policía quería que lo delatara, que les dijera dónde encontrarlo y lo que había hecho. Decían que podrían protegerla de él. ¡Ja! Nadie podía

protegerla ya. Maksimov la quería muerta, quería muerto a Alek y Alek ya había caído. Solo quedaba ella. Y era Zed el hombre que llevaría a cabo esa última misión.

En esos momentos, él estaría en el Hot Corner, esperándola, pero ella no aparecería. El abogado le había ordenado meterse en su apartamento y no abrir la boca, y era la mejor idea que había oído nunca. Eso era lo que más deseaba. Encerrarse y no hablar con nadie. Nunca. Jamás. Lo que le quedara de vida, que no era mucho. Con Alek muerto, el trabajo de Zed había terminado. Aunque él no hubiera matado a Katya, seguro que su familia tenía algo que ver. ¿Quién, si no? Zed lo habría torturado hasta conseguir el nombre que necesitaba y ahora ya solo quedaba terminar con los cabos sueltos.

Con ella.

¿Y qué podía hacer? La vieja maleta con la que había llegado a la ciudad la esperaba encima del armario, donde la devolvió tras su primera y ridícula idea de escapar, pero los motivos para quedarse en la ciudad seguían siendo los mismos: la encontrarían, creerían que ocultaba algo, la torturarían y la matarían. Ya estaba muerta, de una forma u otra, y no se le ocurría ningún sitio mejor ni peor que aquel para morir. Al menos era su casa, o lo más cercano a un hogar que había tenido nunca. ¿No queremos todos morir en casa?

El felpudo la esperaba con aquella broma que casi resultaba un insulto en ese momento. Si te comportas como un felpudo... ¡Qué estúpida! La había comprado al terminar el curso de defensa personal. Se creía tan fuerte, entonces, nadie le haría daño, sabía defenderse. Estúpida. Le dio una patada. La alfombra se levantó, golpeó la puerta y volvió a caer con una esquina doblada. La pateó otra vez y otra y otra. Se había comportado como un felpudo y había permitido que la pisasen. Todos ellos: Bogdanov, la policía, Zed... Todos.

Clavó las uñas en el marco de la puerta y continuó pateando incapaz de controlarse, llorando, gritando. El dolor era una llama que la abrasaba por dentro, que salía como fuego por su garganta y sus ojos. Patada tras patada, aquella ridícula alfombra golpeaba tenaz contra el tablero hasta que la puerta se abrió de un tirón y Zed apareció al otro lado de las lágrimas.

Entre sollozos desgarrados, ella se dejó caer al suelo.

Él se agachó y ella se encogió en un ovillo. No, no, no quería morir. Todavía no. Allí no. Se revolvió, lanzó puñetazos y patadas al aire, pero sintió que él la levantaba y la metía a rastras en la casa.

—¡Suéltame! —lloró. Él no hizo caso, la cargó hasta el sillón a pesar de los golpes rabiosos con los que ella trataba de evitarlo—. ¡Suéltame! ¡Suéltame! Eres un asesino, suéltame, maldito mentiroso, asesino, suéltame...

Rudolf ladraba frenético a su alrededor. Zed la depositó en el sofá e hizo amago de sentarse a su lado, pero ella se levantó de un salto y se alejó.

—¡No me toques! —chilló—. No me mires. Lárgate de aquí, maldito asesino mentiroso hijo de puta.

—Tessa, para, escúchame.

—¡Lo mataste! Me dijiste que no le harías daño, pero lo mataste.

El llanto la cegaba, la figura de Zed, de Rudolf, los contornos de su apartamento eran siluetas desenfocadas tras un muro de sal. Llevaba más de veinticuatro horas sin dejar de llorar y los ojos ardían. No aguantaba más. Necesitaba que aquello parase, que parase de una vez.

Él se levantó.

—Tessa, yo no he matado a Alek.

—¡Cállate! No quiero que me mientas más, quiero que te vayas.

Zed intentó agarrarla, pero ella se revolvió y lo empujó hacia atrás. Él lo intentó de nuevo y ella lo golpeó en el pecho. Él le sujetó los brazos y ella forcejeó. No soportaba que la tocara. No negaría lo que había sentido entre las manos de aquel asesino, las que la habían acariciado por la noche y habían matado a Alek a la mañana siguiente. No lo negaría, pero ya no lo deseaba más. Se revolvió con todas sus fuerzas, pero sus dedos eran como garras ancladas a las muñecas. Por más que se retorció, no pudo soltarse, y supo que había llegado el momento.

—¿Vas a matarme? —gritó—. ¿A eso has venido, a matarme? Pues coge ese cuchillo que llevas en la pierna y mátame de una vez, maldita sea. Acaba con esto.

Él la soltó tan rápido que ella trastabilló hacia atrás. Y, sin pensar lo que hacía, recuperó la distancia perdida y lo abofeteó.

El silencio se extendió por la habitación como una onda expansiva. Hasta Rudolf enmudeció. Era el final. Tessa acababa de firmar su sentencia de muerte y, en cierto modo, no le importó. Aun así, retrocedió hasta que la pared le ofreció refugio.

Inmóvil en el centro de la habitación, Zed la encañonaba con mirada de plomo. Su rostro descarnado parecía una calavera bajo la lámpara blanca que colgaba del techo. Tessa pensó en la primera vez que lo vio. Entonces le pareció un crío, tan diferente de los hombres que solían gustarle, de aspecto

rudo, altos, fuertes y poderosos. Así eran todos los que le habían hecho daño; así eran los novios de su madre, los que apestaban a cerveza, los que abusaban de ella mientras su hija dormía tras una cortina en la diminuta caravana que llamaban hogar. Así fueron sus novios en el instituto; así, el camionero que la llevó a Los Ángeles con la promesa de no avisar a las autoridades de la fuga de una menor a cambio de una mamada. Así era el dueño del primer club en el que trabajó. Así eran los hombres de Bogdanov. Pero no Zed. Zed era delgado, rubio, aniñado, silencioso. Mirada de viejo en rostro de niño. Hermoso como una serpiente.

Tras unos segundos, él exhaló todo el aire en el que había encerrado la reacción a aquel gesto. Se agachó, levantó la pernera del pantalón y sacó el cuchillo de la funda. Tessa lo miró con los ojos empapados. Ahí estaba. El arma. Él había dicho que no llevaba armas, como si aquello que sostenía entre los dedos fuera el cuchillo de la mantequilla. No, quizá fuera por lo acostumbrada que estaba a ver pistolas bajo las chaquetas de los hombres de Bogdanov, pero aquella hoja que reflejaba destellos afilados de su salón la aterrorizaba mucho más.

Zed hizo girar el puñal en el aire y se lo tendió, con el mango por delante.

—¿Me escucharás si te lo doy?

Tessa retrocedió. ¿Era una broma? Se estaba riendo de ella. Él alargó el brazo un poco más. Rudolf los observaba desde el suelo, en silencio, sus ojos recorrían la línea que el cuchillo dibujaba entre Zed y ella. Tessa alargó la mano tan rápida como pudo y lo cogió. Él no se movió.

—¿Me escucharás ahora?

Tessa observaba el arma. ¿Para qué la había cogido? Era ligera, fea, vieja y mala. No sería capaz de utilizarla, ni siquiera quería intentarlo. La soltó y vio como caía sobre el sofá y se escurría bajo un cojín.

Zed no había apartado sus sombríos ojos de los ella.

—No voy a hacerte daño —murmuró—. Solo quiero que me escuches.

Pero pasaron al menos dos minutos antes de que volviera a hablar.

Un televisor se encendió en alguna parte. Las voces de personas que discutían trataron en vano de llenar el silencio que asfixiaba el apartamento.

Él se mordía los labios, como si quisiera asegurarse de que ninguna palabra escapaba entre ellos sin su permiso.

—Tessa... —comenzó, al fin.

Un ruido le impidió decir más. Por un instante, el tiempo se detuvo, y

luego avanzó de nuevo, a toda velocidad.

La puerta se abrió de un golpe y un hombre enorme de pelo rapado irrumpió en el apartamento. Sus ojos blanquecinos saltaron como disparos de Zed a Tessa. Sin pestañear, y sin una palabra, alzó la mano y apuntó al primero con una pistola. Tessa solo pudo verla un instante, la sorpresa y el terror de una visión que nunca podría olvidar. Zed se lanzó contra aquel brazo y el arma salió volando. El intruso reaccionó rápido. Se zafó de su oponente y lanzó el puño. Zed lo esquivó y lo envió de vuelta. El otro giró de lado y se abalanzó de cabeza contra el pecho de su objetivo. Ambos hombres cayeron sobre la mesa del salón y rebotaron al suelo.

Tessa chilló.

Rudolf aulló.

El intruso tenía encerrado a Zed entre las piernas y descargaba en él toda su rabia. Era mucho más grande y Zed casi desaparecía bajo la mole de puños y manos que volaban de un lado a otro entre gruñidos y jadeos.

Tessa se escuchó gritar, oyó su voz pidiendo ayuda, e incluso se vio, como si lo hiciera desde fuera de su cuerpo, cargando contra aquel extraño aparecido de la nada. Pero no era verdad. Ni un sonido salió de su boca ni un movimiento sacudió su cuerpo. El terror la había inmovilizado y de sus labios abiertos no escapó más que un alarido mudo, una corriente de aire que le arañó la garganta.

EL ASALTO

Martes, 31 de julio – 21:37 h

1830 N Cherokee Ave. Los Ángeles, CA

Los ladridos del perro le taladraban los tímpanos.

El colosal peso del calvo estaba asentado sobre su estómago, le había clavado los dedos en la garganta y apretaba con todas sus fuerzas. Zed sintió su aliento húmedo en el rostro, la saliva caliente que le goteaba en la boca.

Ignoró las contracciones espasmódicas de los pulmones y proyectó la base de la mano contra el codo izquierdo de su atacante. El hombre se desplomó sobre él y el poco aire que había conseguido respirar salió expelido como un cañonazo.

Zed se sirvió de todo su cuerpo para empujarlo hacia los pies. Con las manos en los hombros y pateando su cadera y su estómago logró quitárselo de encima. Se apoyó en la mesa y se levantó.

El Finka ¿dónde estaba? Se lo había dado a Tessa, ¿qué había sido de él? Miró a su alrededor, pero no encontró el arma ni tampoco a Tessa. Ella y Rudolf se habían largado. Mejor así, una cosa menos de la que preocuparse.

El calvo logró ponerse en pie, y sus miradas se encontraron en el silencio del apartamento. La sonrisa de aquel gilipollas mostraba la ansiedad por acabar con él. Una expresión que Zed había visto muchas veces, la misma que le habían dirigido todos los hombres a los que se había enfrentado, los que conocían su nombre, los que habían esperado matarlo y habían muerto sin conseguirlo.

Como en casi todas esas ocasiones, la lucha de su oponente era callejera, básica, fundamentada en una superioridad de tamaño notable y una confianza inmerecida. No fue difícil prever el siguiente movimiento.

El calvo trazó un arco con el brazo izquierdo. Zed giró a un lado para esquivarlo. El puño pasó a centímetros de su cabeza. El tipo repitió la maniobra en el sentido contrario. Sin duda esperaba que su oponente se ajustara al mismo movimiento, pero Zed retrocedió de un salto, se encogió sobre sí mismo, y el puño se perdió en el aire.

Los ojos azules del calvo se ocultaron bajo el ceño fruncido mientras se planteaba la táctica a seguir. La embestida vino anticipada por un bufido casi taurino. Zed se encogió igual que antes pero, en esa ocasión, se introdujo en el hueco bajo su brazo, giró y disparó un codazo a la cara. Sintió la carne blanda de la mejilla aplastarse contra los pómulos y el escupitajo de sangre que empapó el aire.

El matón salió despedido hacia atrás. Zed remató el trabajo con un puñetazo en el estómago que terminó de derribarlo contra una mesita auxiliar.

El tipo era duro, cualquier otro se habría quedado al menos unos segundos fuera de combate, pero el calvo rodó por el suelo, se incorporó de un salto y cargó contra él. La cara empapada de sangre y los ojos brillantes evocaron en su memoria algún monstruo de la televisión de su infancia.

Zed esquivó la acometida con un salto hacia un lado, pero el matón interceptó la maniobra con el brazo, y el puño le acertó en el hombro. Giró impotente sobre sí mismo y la espalda impactó contra el suelo. No había tiempo para quejarse, la ardiente ola de dolor se extendió desde la columna hacia los lados y se almacenó en algún lugar de su cabeza para regresar más tarde, cuando la situación se hubiera calmado. Rodó hacia un lateral y se incorporó de un salto.

Los jadeos entrecortados recordaban al fuelle de una fragua al rojo vivo.

El calvo se secó el sudor sanguinolento de la cara y escupió un salivazo rojo al suelo. La herida de la mejilla chorreaba, pero su boca sonreía una exhibición de dientes torcidos en medio del círculo de su rostro. Aquel matón era ruso. Zed no necesitaba oírlo decir ni una palabra para saberlo, sus facciones hablaban el acento necesario.

—Кто тебя прислал? ^[32]—preguntó.

El calvo amplió su sonrisa dos dientes podridos más.

—Ты и твоя подружка умрëте^[33]

Zed asintió.

—Тú primero.

El calvo gruñó como un animal al ataque y lanzó una formidable derecha que Zed desvió con un golpe seco en el brazo, un giro y otro codazo que se estrelló contra la nariz. El cartílago se dobló como si alguien cerrara un libro. Con un gruñido asfixiado, el tipo se retiró unos metros para recuperarse. Apoyó las manos en las rodillas y volvió a escupir un copioso chorro de sangre. Estaba sorprendentemente entero para los golpes que llevaba

acumulados. Por muy grande que fuera, debería haber caído un rato antes, pero aquel cabronazo seguía en pie. Cocaína. Zed lo supo sin dudar. Unas rayas de coca y el dolor y el cansancio desaparecían. También los reflejos. Solo era cuestión de elegir.

El calvo se rio. Podía aguantar aquel baile una eternidad. El pequeñajo al que se enfrentaba lo esquivaría una y otra vez, hasta que en algún momento se cansara, y entonces solo haría falta un golpe acertado para acabar con él. Ambos lo sabían.

Zed esperó a la siguiente embestida y, desde abajo, le lanzó un codazo a la mandíbula. Oyó el clac de los dientes al chocar. La sonrisa del calvo acababa de empeorar un poco más. El instinto le llevó la mano a la boca, pero Zed le agarró el brazo derecho a medio camino y dio un giro de ciento ochenta grados. Escuchó con deleite el esperado crujido, seguido de un chillido de dolor. No le dio tiempo a recuperarse. Utilizó el siguiente ataque furioso como impulso y se lo cargó a la espalda para lanzarlo por encima de la cabeza. El tipo se despegó del suelo, pero por el camino se aferró a su camiseta y en un instante ambos hombres volaban por el aire.

Tuvo suerte, el calvo tardó un segundo más que él en reaccionar, el tiempo suficiente para incorporarse y sentarse a horcajadas sobre su fornida barriga. Recicló en furia el dolor por el golpe y le descargó dos puñetazos seguidos en la nariz rota.

—Кто тебя прислал? ^[34] —repitió—. На кого ты работаешь?^[35]

Necesitaba respuestas antes de matarlo. ¿Quién lo enviaba? ¿Quién era su objetivo?

El calvo se retorció en el suelo con el rostro cubierto de sangre. Diminutas gotas de sudor y saliva saltaban con cada jadeo, con cada movimiento. El brazo derecho reposaba a un lado casi inerte, mientras el izquierdo palmoteaba sin sentido junto a su cadera. Zed se dio cuenta de lo que hacía un segundo demasiado tarde. La hoja del puñal le lanzó un destello al rabillo del ojo en su camino hacia el costado. Zed descargó un manotazo, un intento desesperado de detenerla, pero no fue suficiente.

La sangre le empapó la camiseta.

El calvo intentó arrancar el cuchillo con la evidente misión de clavarlo una segunda vez y una tercera y todas las que hicieran falta para derribar a su enemigo, pero este le agarró el brazo y, en el forcejeo, su cuerpo se derrumbó sobre el del otro, que se lo quitó de encima a empujones y se incorporó dando tumbos.

Zed cayó boca abajo. La herida no le dolía, aún no, la adrenalina que intoxicaba su sangre mantenía alejado el dolor, pero cada segundo que pasaba era una amenaza de muerte. A partir de ahora no podría contar con su experimentada superioridad; ni siquiera jugaba ya en igualdad de condiciones. La sangre escapaba a chorros y cada gota era un paso en la cuenta atrás.

Intentó incorporarse, pero un pie en la espalda lo inmovilizó. Demasiado tarde. Demasiado lento.

—Это моё^[36] —dijo el ruso, y Zed sintió que le arrancaban el cuchillo de la carne.

«На этот раз да^[37]», pensó. La muerte lo había rechazado tres veces, en su nacimiento, en el atropello y el disparo que recibió en Kazajistán. Tres veces había llamado a su puerta y tres se la habían cerrado en las narices. Esta era la definitiva. Aquel gilipollas de dientes retorcidos lo iba a matar.

«Нет^[38]»

No. No había llegado hasta allí para acabar de esa manera. No moriría en aquella ciudad sudorosa, en casa de Tessa, sin verla una vez más. Sin pedirle perdón.

Si aquel cabrón tenía un cuchillo, él también. ¿Dónde estaba el Finka? Se lo había dado a Tessa, y Tessa... lo había lanzado sobre el sofá.

Se arrastró por el suelo dibujando una mancha roja y brillante que empapó el parqué a su paso. Se sentía como una oruga a la que un niño cruel hubiese arrancado las patas. Y el sofá estaba tan cerca, y a la vez tan jodidamente lejos...

El calvo se había retirado en algún momento, no sabía cuándo pero sí a dónde, hacia la zona en la que había caído su arma tras la entrada poco triunfal. Por algún motivo prefería matarlo de un disparo, quizá para no tener que acercarse de nuevo, y Zed necesitaba ganar tiempo antes de replantear la estrategia.

—Давай!^[39] —se animó sobre el olor a metal que le empapaba la boca.

Llegó junto al sofá, levantó la mano y palmoteó a ciegas sobre los cojines hasta que algo lo detuvo. Un sonido tan inconfundible como innecesario, tan innecesario como efectivo, un accesorio de película que le congeló el pulso. El calvo había amartillado el arma, a poca distancia a juzgar por la cercanía del clic, y Zed imaginó aquel agujero negro y profundo apuntando a su espalda.

Se giró. No le tenía miedo a la muerte, ningún dios le recriminaría sus

acciones. Lo había hecho lo mejor posible y quien pensara lo contrario podía venir y decírselo a la cara. Moriría, pero no lo haría tirado indefenso, huyendo.

Por fin boca arriba, pestañeó para enfocar la figura borrosa que se alzaba a sus pies. El calvo lo miraba desde lo alto, con el brazo derecho colgando en el aire como la cuerda de un globo. En la mano izquierda sostenía la pistola, temblorosa e inestable. Una Heckler & Koch, si no se equivocaba.

Zed siguió palpando los cojines sobre el sofá, a ciegas, sin mirar. No veía nada, ni siquiera podía estar seguro de que el cuchillo estuviera allí. El calvo se acercaba. Debía disparar con la zurda y no se la quería jugar. Zed sintió algo rugoso bajo la palma de la mano y lo atrapó con la esperanza de que fuera la empuñadura. Por favor, que fuera la empuñadura. El tipo levantó la pistola. Zed se dejó caer al suelo y apuntó.

La carcajada del calvo sentenció su condena a muerte.

Lo que sostenía entre las manos era el mando a distancia de la televisión.

Zed lo soltó y clavó los ojos en los de su asesino. Miraría a la muerte a la cara como había hecho siempre.

El estampido resonó por toda la casa.

LA AYUDA

Martes, 31 de julio – 22:03 h

1830 N Cherokee Ave. Los Ángeles, CA

El estampido reverberó por los pasillos.

Un disparo.

Tessa enmudeció. Había sonado arriba, eso seguro, en su casa, pero era imposible saber quién había disparado. Se acercó lentamente a la escalera y asomó la cabeza.

—¿Zed? —llamó en voz baja.

Nadie respondió. A su espalda se alejaba un corto pasillo con cuatro puertas cerradas a cal y canto y una ventana al fondo. Había golpeado en todas las viviendas de su planta sin que nadie hubiera contestado, y el resultado no había sido mejor en la segunda. Sabía que sus vecinos estaban allí, que habían oído la pelea y que se habían enterado de todo, pero también sabía que no se atreverían a salir. Y menos después de oír un disparo.

Rudolf gimió a sus pies. Ella también tenía ganas de llorar, pero debía ser fuerte. Había salido corriendo como una niña pequeña, como un cachorrito indefenso e inútil, como una idiota. Sí, pero todavía podía hacer algo por Zed. A no ser que hubiera muerto. Aquellos gritos que había oído... No. No. Se negó a pensar eso. Él mismo lo había dicho, había muerto demasiadas veces como para hacerlo ahora. No. Aunque quizás fuera el otro el que seguía vivo.

—Que alguien me ayude... Por favor...

Nadie respondió. Golpeó de nuevo en las puertas. Carlos, el cocinero con quien había tomado unas cañas alguna vez; la señora Ilsberg, que siempre se quejaba por todo; Anne y Maycee, las dos amigas que compartían piso y amantes según les daba; Eva, Ben y el pequeño Ray, que se había pasado dos años sin dejar de llorar por las noches. Todos sabían que ella estaba allí, pero sus sonrisas y bromas no contaban para nada cuando había disparos en el edificio. Tendría que buscar ayuda en otro sitio, en la calle. Cualquiera, el primero que pasara por allí, un policía, aunque eso metiera a Zed en un lío. Daba igual si lo salvaban. Si la salvaban a ella.

Se asomó de nuevo por las escaleras y miró hacia arriba. No se oía nada. Por un momento se planteó subir, pero lo descartó y descendió hasta el piso inferior.

El sensor automático de las luces delataba su camino como un chivato de la policía. Cada piso que bajaba encendía las lámparas que lo iluminaban para ella. Si alguien la buscaba no tendría más que seguir el rastro de luces, aunque, ¿adónde iba a ir salvo hacia abajo? Por otra parte, Tessa agradecía la claridad. Se habría muerto de miedo si hubiera tenido que recorrer a oscuras las tres plantas hasta la calle. Y encima a la velocidad que llevaba. Pese a la ansiedad que le oprimía el estómago, se movía con precaución extrema, un escalón tras otro, un segundo para detenerse a escuchar agazapada contra la pared, con Rudolf a sus pies. Nada. Silencio absoluto. Un nuevo escalón.

El ascensor la llamó en el descansillo de la primera planta como lo había hecho en la segunda y en su propio piso, pero no pensaba cogerlo, no era tan estúpida. En las películas, los malos siempre estaban allí cuando las puertas se abrían. De modo que ignoró el miedo y continuó peldaño a peldaño, con la mano acariciando la pared como si temiera caer a un abismo. Temblando. Echaba de menos el cuchillo de Zed. ¿Por qué lo había soltado? Había abandonado la casa tan rápido que ni siquiera se le ocurrió recuperarlo. Y de todas formas, ¿qué iba a hacer ella con un cuchillo contra uno de esos matones? Lo más probable era que se cortara un dedo. Estúpida. Su profesor de defensa personal estaría orgulloso. «Lo mejor que podéis hacer es intentar escapar» les repetía al principio de cada clase. «Esto no es una película, si os enfrentáis a un tío más grande que vosotras, tenéis todas las de perder. Salid corriendo y buscad ayuda». Salir corriendo. Lo que el profesor no les había dicho era que, a lo mejor, al hacerlo dejaban sola a otra persona, que a lo mejor esa persona moría por su culpa. Nunca les explicó qué hacer cuando oían un disparo.

Buscar ayuda.

«Busca ayuda».

La escalera alcanzó la planta baja. Tessa se protegió contra la pared y echó un vistazo al vestíbulo. Vacío. A través de la puerta de cristal se veía la calle iluminada por el resplandor crepuscular de las farolas. Ningún movimiento. Los árboles que de día alegraban la acera eran oscuras figuras amenazantes, brazos retorcidos de sombras malignas.

Buscó valor en la mirada del perro. Rudolf se había calmado en cuanto lo sacó de la casa, ya no ladraba y la había seguido escaleras abajo con los

ojos clavados en ella y la lengua fuera. Caminaba cuando ella caminaba, y se detenía cuando ella lo hacía. Se tomaba aquello como un juego, pero no lo era.

Tessa exhaló el aire y el miedo.

—Vamos, Rudolf.

La luz del vestíbulo se encendió en cuanto puso un pie fuera de la caja de la escalera. Atravesaron corriendo los tres metros que los separaban de la puerta y salieron a la noche.

Se protegieron contra la pared y aguardaron en silencio. Ni un ruido. El corazón le latía enloquecido en el pecho como si acabara de escapar de una película de terror.

La oscuridad en el cielo era total, esa oscuridad brillante y anaranjada que se empeñaba en mantener los secretos a la vista. Las nubes habían ocultado la luna y, como niñas caprichosas, jugaban a reflejar los colores de la ciudad.

Tessa devolvió la mirada a la tierra. La noche era calurosa e inerte. Las sombras de los árboles salpicaban las aceras bajo la luz de las farolas, la calle estaba desierta a excepción de un hombre que, dentro de un coche negro con el motor en marcha, la observó con sorpresa.

—¡Por favor! —Se lanzó contra la ventanilla y la golpeó con los nudillos—. Por favor, ayúdeme, un hombre ha entrado en mi casa. Por favor.

El hombre dudó un instante antes de abrir la puerta.

—Claro —dijo, al fin.

Ella se llevó las manos a la boca para contener la risa de alivio cuando el hombre salió del coche. Metro noventa y doscientos kilos de ropa negra. Pelo rubio cortado al cepillo y una nariz gruesa y ganchuda que daba la sensación de estar oliendo una pizza recién horneada. Si el atacante de Zed seguía vivo, aquel tipo podría con él, sin duda.

—Gracias. Gracias, de verdad. —Se agarró a su chaqueta. Le costaba contener las ganas de abrazarlo—. Muchas gracias. Tranquilo, Rudolf, ya está.

El perro había comenzado a gruñir, escondido tras las piernas de la bailarina.

El hombre asintió y se dirigió al maletero. Lo abrió y se inclinó sobre él. Tessa se removía inquieta junto a la puerta del edificio. Miró hacia atrás, pero las luces del vestíbulo se habían apagado y el cristal le devolvió el reflejo de la calle. Ella, medio transparente, casi como un fantasma, el hombre, el coche, el maletero abierto.

—Por favor, dese prisa —suplicó.

Él asintió.

—Ayúdame —dijo.

No hablaba mucho y su pronunciación era extraña, quizá fuera extranjero, pero a ella no le importó, no quería entablar con él una conversación, solo quería que la ayudara de una vez. ¿Qué necesitaba sacar del coche?

—Ayúdame —repitió él señalando al maletero.

Ella se acercó. Una voz en el fondo de su mente le dijo que algo iba mal, pero no la escuchó. Necesitaba ayuda. Zed podía estar herido, y el intruso podía seguir allí. Necesitaba que alguien la acompañara arriba, que la protegiera, que ayudara a Zed, que lo salvara si hacía falta.

Se aproximó al hombre y se asomó al maletero. Estaba vacío, solo una bolsa de deporte negra en una...

La agarraron por detrás. Un brazo robusto le envolvió el cuello y algo la picó en un lateral. ¿Qué era? ¿Qué estaba...

Tessa gritó, pero ni un sonido escapó de su boca. No quedaba aire en sus pulmones. Rudolf rompió a ladrar.

Se sacudió en vano. Sus pies resbalaban contra el asfalto. Intentó dar una patada, pero los golpes se perdieron en el vacío.

¿Qué le había dicho el profesor? ¿Qué debía hacer? No se acordaba. ¡No se acordaba! Qué estúpida.

Notó un hormigueo en los pies; los brazos y las piernas cosquilleaban. El mundo se desvanecía tras una niebla oscura. Las lágrimas le anegaron los ojos. Oía los ladridos desesperados de Rudolf, pero el cachorro no podía hacer nada para salvarla. La calle seguía desierta. Se moría. Abrió la boca en un último grito de silencio. El mundo oscurecía a su alrededor. Oscurecía.

Oscurecía.

El ladrido de Rudolf se transformó en un aullido de dolor.

Qué estúpida.

Oscureció.

LA ESCENA DEL CRIMEN
Martes, 31 de julio – 22:58 h
N Santa Mónica Blvd. Los Ángeles, CA

Mike aceleró a fondo. El semáforo estaba en rojo, pero con dos volantazos a derecha e izquierda logró esquivar los coches que cruzaban por Wilshire y seguir adelante. A su lado, Lizzy se aferraba al sillón, con los dedos blancos de tanto apretar el borde del asiento. Por suerte para ambos, la siempre protestona detective iba en silencio, porque si se le ocurría quejarse de la velocidad, él estaba más que dispuesto a abrir la puerta y echarla de una patada. No tenía tiempo para respetar los límites. Habían recibido el aviso de un tiroteo en el apartamento de Theresa Britton, la policía había encontrado el cadáver de un hombre, y él rezaba a todos los dioses para que fuera el de Zakhar Alkaev.

Santa Mónica se extendía ante ellos como una recta interminable rebosante de tráfico. Los coches se apartaban en cuanto oían los aullidos desesperados de la sirena, pese a que no era tarea sencilla en una avenida congestionada. Las tiendas, centros comerciales, bares y restaurantes eran manchas difusas que dejaban una momentánea impresión luminosa en su retina antes de desvanecerse en la distancia de un retrovisor por el que nadie miraba. Mike solo miraba hacia delante. Elizabeth también. Ella le había aconsejado ir por la 405, pero él lo descartó; eran quince kilómetros más y podía estar colapsada. Se equivocó. La autopista era una cuestión de suerte, pero aun en el peor de los casos, eran cinco carriles en los que los coches podían apartarse al oír la sirena, como estaban más que acostumbrados a hacer en un condado nacido para las persecuciones policiales. Atravesar la ciudad había sido, sin duda, una mala idea, pero, de nuevo por suerte para ambos, Lizzy no se lo estaba reprochando.

La línea transversal de La Ciénaga rompía Santa Mónica en la distancia. Mike aceleró, se pasó al carril de la izquierda y agarró el volante con fuerza. Elizabeth cerró los ojos con el rostro contraído y una oración murmurada en los labios. El coche giró noventa grados, golpeó los bajos contra la pendiente

y ascendió la cuesta a toda velocidad entre chispas de luz. Los bocinazos los acompañaban a cada metro.

—Ten cuidado, por Dios...

Giró a la derecha para tomar Fountain Avenue. La velocidad estuvo a punto de lanzarlos sobre la mediana y llevarse por delante a cinco adolescentes que pretendían cruzar por el paso de peatones. El bocinazo los salvó de acabar en el depósito, pero nadie pudo hacer nada contra los insultos que les dirigieron.

Elizabeth arrastraba un ojo por el asfalto mientras el otro no se apartaba de la pantalla del móvil en la que seguía la ruta.

—Ten cuidado ahora —aconsejó a gritos por encima de la sirena—. Se queda en un solo...

—Carril. Ya lo sé.

Lo sabía. Todo podía empeorar. Si hubiera ido por la 405 probablemente ya estarían allí. Pero no, aquí seguían. La gente los miraba desde las aceras y terrazas, les sacaban fotos y los grababan en vídeo. Ya se imaginaba como *Trending Topic* mundial, su minuto de gloria. Al día siguiente tendría que dar un millón de explicaciones a sus jefes, pero no esa noche, y esa noche era lo único que importaba.

—Ay, Dios... —Lizzy se encogió en el asiento. Iba tan tensa que su culo no tocaba la tapicería.

Él no se lo reprochó. Debían girar por Highland Avenue una confluencia de dos avenidas, tres carriles hacia el sur, tres hacia el norte, dos al este, dos al oeste y un paso de peatones que atravesaba el cruce en cada dirección. Las posibilidades de que aquello saliera bien eran insignificantes.

—¡Agárrate! —gritó al girar el volante.

El Dodge tomó la curva sin reducir la velocidad, y el impulso arrojó a Lizzy contra la ventanilla. En algún lugar atronó el estallido metálico de un choque violento, patinazos, pitadas. La gente los imprecó con los puños en alto. El coche se estabilizó de nuevo sobre las cuatro ruedas y Mike aceleró.

—¡Ha estado cerca! —gritó con una carcajada en los labios.

La detective le lanzó una mirada feroz.

—Sabes que el muerto no irá a ninguna parte, ¿verdad?

Sí, Mike lo sabía, pero no podía frenar. Estaba demasiado cerca de acabar con aquella historia. La muerte de Zed pondría fin a años de búsqueda infructuosa, podría cerrar el expediente, regresar a su vida y descubrir qué demonios pasaba con David. Joan lo había llamado esa mañana, tenían que

hablar de su hijo con urgencia, pero la urgencia se había retrasado y no sabía cuándo podría visitar a su exmujer. La preocupación por el chico era cada vez mayor y quería, necesitaba, a Zed muerto.

—Lo sé —murmuró, incapaz de explicarse mejor.

Volvió a disfrutar de tres carriles, pero eso no duraría mucho. Tenía que desviarse de nuevo.

—¡Sigue hasta Franklin! —gritó Elizabeth.

Mike asintió. No estaba tan loco como para meterse por Hollywood. Aceleró hasta que la Avenida Franklin se cruzó en su camino, entonces pisó el freno, se saltó un semáforo en rojo y tomó el giro a la derecha. La pura suerte los salvó de chocar contra el coche que venía de frente. Aquella parte de la avenida solo tenía un carril en su sentido.

—¡Mierda! —gritó.

—Ya casi estamos.

Así era. Dos calles después, la detective le indicó un desvío a la derecha. Era una curva cerrada y en bajada, y tras ella, como la bocina al final de un partido, las parpadeantes luces rojas y azules les avisaron de la llegada a su destino. Ese era el edificio, una construcción blanca con aspiraciones de arquitectura clásica en puertas y ventanas, con un aparcamiento al aire libre en un lateral y un caos de curiosos y vecinos en la entrada.

En la calle se alineaban tres coches de policía y una ambulancia. Varios uniformados permanecían a la espera sin nada que hacer, algunos entretenidos en mantener a los fisgones alejados del perímetro.

Tras aparcar lo más cerca posible e identificarse, Mike y Lizzy subieron hasta la tercera planta en el ascensor. Él no conseguía dejar de jugar con el collar. Sabía que la detective Delgado se había fijado en su tic, pero no podía evitarlo. Se había acostumbrado a llevar ese colgante que no le pertenecía, y sus manos recurrían a él cada vez que la tensión le aceleraba el pulso. Solo lo soltó cuando las puertas se abrieron y pudieron salir al descansillo.

Dos agentes bloqueaban el paso comentando animados el partido de los Dodgers que acababa de terminar. Lizzy se quedó hablando con el de mayor rango, probablemente el agente al cargo en la escena, pero Mike los esquivó y continuó hasta la puerta de la casa de Theresa Britton.

El pequeño apartamento había sido invadido por una cuadrilla de forenses en busca de pruebas. Hombres y mujeres con guantes, mascarillas y linternas se distribuían por cada esquina, con sus monos blancos como en una vieja película de extraterrestres.

—Tengo que entrar ahí —dijo a la detective cuando se reunió con él.
Lizzy adelantó la cabeza y ojeó el interior de la casa en busca de algo o alguien.

—¡Agente Monroe! —llamó cuando la encontró.

De cuclillas delante del sofá, una agente de color levantó la cabeza. Llevaba el equipo forense básico y parecía tomar muestras de algo en el suelo.

La mujer se incorporó, se quitó las gafas de protección y se dirigió hacia ellos. Su expresión resultaba distante y seca, hasta el punto de que ni siquiera dedicó una mirada al agente Poulsen. A él le extrañó, pero no le molestó, podía volverse transparente con tal de que lo dejaran entrar allí dentro y comprobar si esas piernas que asomaban tras la puerta eran las de Zed.

Las dos mujeres se miraron con gesto incómodo.

—Detective Delgado.

—Hola, Gabi.

Se hizo un breve silencio. Fuera lo que fuese que sucedía entre ambas, ninguna parecía dispuesta a dar el primer paso hacia una conversación, pero a Mike eso le importaba bastante poco.

—Necesitamos entrar —dijo.

La forense lo miró con desdén y él le mostró su placa, que ella ignoró para girarse de nuevo hacia la detective.

—Todavía no hemos terminado. Hay un montón de...

—Por favor, Gabi, no tocaremos nada. Solo déjanos ver qué ha pasado ahí dentro.

—Tenemos que identificar el cadáver —suplicó Mike.

La agente Monroe dudó unos segundos, pero luego se encogió de hombros.

—Esperad un minuto.

Regresó al interior del apartamento y volvió con guantes, gorros y calzas de papel para los dos. Se los pusieron. Mike notaba el temblor que agitaba su cuerpo. Aquel podía ser Zed. Podía serlo y todo habría terminado. No le importaba no haberlo matado con sus propias manos, aunque, por supuesto, habría preferido hacerlo. Pero no importaba con tal de que estuviera muerto.

Firmó en el registro de acceso a la escena y se adentró en la casa con la sensación de una espada pendiente sobre la cabeza.

El apartamento era pequeño y colorido, juvenil, nada que ver con la

opulenta casa de Ekaterina Maksimova. Una mezcla de olores a sangre, pólvora y perfume de mujer impregnaba el aire, mezclado con el ambiente cargado de toda la gente que se concentraba allí dentro.

Mike se acercó al cadáver, despacio. Temía ver sus esperanzas defraudadas, aunque también confirmarlas. Tanto tiempo investigando. Tantos fracasos. Buscó refuerzos en su compañera, pero Lizzy se había quedado en la puerta hablando en voz baja con la agente Monroe.

—Podríamos... —le decía en ese momento—... quedar un día. Si te parece bien.

La forense mantenía los brazos cruzados.

—Claro —negó. Luego suspiró y asintió con tono más conciliador—. Me gustaría.

Lizzy sonrió.

—Genial, pues... te llamaré. ¿Vale?

—Bien. Ahora no toquéis nada.

—Tranquila.

Las mujeres se separaron y Mike apartó la vista con curiosidad. Había algo entre aquellas dos, pero no creía que fuera romántico. Había visto a la detective relamerse ante el profesorcillo de ballet de la academia, no parecía lesbiana. ¿O sí? ¿Bisexual? Una más en la eterna lista de cosas que no sabía de ella: si estaba casada, si tenía hijos, familia...

—¿Es Zed? —Lizzy señaló el cadáver y Mike enfocó la mirada en él.

Nadie lo había tapado aún y las lesiones del rostro eran un cuadro impresionista. La nariz rota, las cejas machacadas, el pómulo izquierdo en carne viva y los labios aplastados. Las huellas de una pelea a golpes que dificultaban su reconocimiento sin llegar a impedirlo. Mike sintió que el ánimo lo hundía por los pies en un pantano de mierda.

—No es Zed.

Lizzy no contestó. Se acuclilló junto al cuerpo. La chaqueta y la camiseta habían sido apartadas con violencia para dejar a la vista un torso entrado en carnes y sin vello. En el corazón se apreciaba el agujero vacío de una cuchillada limpia. La causa de la muerte.

La detective apartó con delicadeza la chaqueta, que crujió como cartón rígido debido a la sangre reseca que la empapaba, retiró una cartuchera sin arma y rebuscó en los bolsillos interiores.

—No hay cartera.

—No hace falta —apuntó el agente del FBI—. Es Kazimir Vasilyev. El

hombre de Lyagushkin.

Ella alzó la mirada y él le mostró en el móvil el historial del hombre cuyo ADN habían encontrado bajo las uñas de Ekaterina Maksimova. El hombre al que llevaban buscando desde esa mañana. Una búsqueda corta.

—Lyagushkin lo eligió para matar a Ekaterina y ahora, también, al asesino de su hijo —suspiró ella.

Él no contestó. Si se hubieran dado un poco más de prisa...

—¿Y esto? —preguntó la detective.

Mike miró el punto al que señalaba. La funda de un cuchillo, vacía, acoplada al cinturón.

La mujer se volvió hacia la agente de criminalística, pero no necesitó decir nada, aquella no había apartado la mirada y se limitó a señalar un maletín de pruebas que permanecía abierto junto a la puerta.

—Lo encontramos en el suelo —resumió—. Está empapado de sangre, aunque a simple vista no creo que sea el mismo que causó la muerte de ese.

Mike y Elizabeth se miraron. Más sangre. Por el suelo, en el cuchillo, en un arma blanca desaparecida. Demasiada sangre para un solo cadáver.

—¿Tiene huellas?

—Varias.

Mike suspiró. Encontrar huellas en un arma no era tan buena señal como parecía, no en su mundo, los profesionales se llevaban las armas que podían identificarlos, y si el asesino no lo había hecho era porque no la había tocado. Él solía moverse en ambientes sin huellas y esa noche, por una vez, a su alrededor tenía tantas como para aburrirse. Huellas de sangre, pisadas, manchas de polvo blanco en cada superficie donde los forenses habían encontrado rastros. Casi todas serían de Tessa, por supuesto, pero ¿y el resto?

La detective Delgado se incorporó para analizar el escenario. Ante sí tenían una cronología de la noche, las huellas de cada movimiento y cada golpe. Solo había que interpretarlas.

El suelo estaba cubierto de manchas de sangre, manchas de proyección, de contacto y de escurrimiento. Escupitajos de saliva roja. Muebles caídos por todas partes. Las pruebas de una pelea a puñetazos que había bailado por todo el salón. En medio del caos, dos zonas se erigían como puntos de interés principal: el lugar en el que había caído el cuerpo de Vasilyev y el gran charco de sangre que se extendía en medio de la habitación, un enorme lago negro que, tras acumularse en un punto, seguía un patrón de movimiento hacia el sofá.

—Mira esto.

Lizzy siguió aquel rastro, esquivó las huellas y se acuclilló al final con cuidado de no tocar nada. Mike la imitó. Allí, casi debajo del mueble, e identificado con un marcador de plástico amarillo con el número 6, se distinguía el inconfundible agujero de una bala en el suelo. El hoyo se había llenado de sangre.

—Un disparo... —murmuró Mike. Luego miró a la agente Monroe.

La forense se anticipó a su pregunta con un seco movimiento de cabeza.

—No hemos encontrado el arma, pero la bala es una .40S&W.

—Un calibre corriente —lamentó él.

La agente asintió.

—Es lo que hay.

Mike volvió a mirar el cadáver. El arma era suya, estaba seguro, y a falta de heridas de bala en su cuerpo, podía suponer que era él quien la había disparado justo antes de recibir la cuchillada que lo mató. Por lo tanto, la sangre que empapaba el parqué debía de pertenecer a su contrincante.

—Esto no lo ha hecho Tessa —murmuró.

—Claro que no. Esto ha sido Zed —corroboró Lizzy—. Él resultó herido primero. Ahí —añadió señalando la gran mancha.

—Exacto. Luego se alejó hacia el sofá.

—¿Huía?

Mike se encogió de hombros.

—O buscaba algo, un arma, quizá. Puede que el cuchillo que mató a Vasilyev.

Desde una esquina de la habitación, la agente Monroe todavía los observaba.

—Por si os interesa —comentó—, la víctima tiene rotos el brazo derecho y la rodilla izquierda.

Mike y Elizabeth dirigieron las miradas hacia aquel punto. No se notaba si uno no se fijaba con atención; el muerto había caído con los miembros estirados y el trazado de las articulaciones era casi normal. Casi.

—Se acercó demasiado para asegurarse el tiro con la mano inútil —dijo ella. Todo tenía sentido—. Zed estaba en el suelo, herido, Vasilyev se aproximó con la pistola, pero él le dio una patada y le rompió la rodilla. Entonces se incorporó y le clavó el cuchillo en el corazón.

Mike parecía preocupado.

—Así que Zed está herido —confirmó—. Pero no muerto, el muy

cabrón.

—¿Y dónde está Tessa?

Tessa. Mike miró a su alrededor como si esperase encontrarla sentada en una esquina. Era cierto, ¿dónde estaba la chica?

Salieron al pasillo y se reunieron con el agente al cargo, que continuaba a la espera de que los forenses terminaran su trabajo.

—¿Dónde está la chica? —le preguntó—. Theresa Britton, la dueña de la casa. ¿Se sabe algo de ella?

El agente negó.

—El apartamento estaba vacío cuando llegamos. Ni rastro de ella ni de su perro.

Señaló una cama de tela rosada que alguien había metido ya en una enorme bolsa de plástico transparente.

—¿Y si algo de esta sangre es de ella? —preguntó la detective con gesto abatido.

«Se lo habrá buscado» pensó Mike. Pero no lo dijo. Tampoco lo pensaba, en realidad, solo sería uno de esos comentarios hirientes que, por alguna razón, le venían a la boca cuando la detective andaba cerca. La pobre Tessa Britton no se había buscado nada de aquello.

¿Dónde estaba Theresa Britton?

—Ellos nos lo dirán —respondió, señalando a la agente Monroe que había retomado su trabajo junto al sofá.

Lizzy asintió.

¿Y dónde estaba Zed?

LA HUIDA

Martes, 31 de julio – 22:31 h

1830 N Cherokee Ave. Los Ángeles, CA

Zed se palpó la herida por encima del gurrúño de papel con el que la mantenía taponada. No dejaba de sangrar, pero la cantidad de líquido que manaba por su costado derecho se había reducido ligeramente. Buena señal, aunque no podía alegrarse todavía. Se había librado por los pelos. Aquel cabrón había estado a punto de matarlo y si no se hubiera parado a disfrutar del momento, lo habría conseguido. Qué gilipollas. ¿Dónde había esperado llegar? ¿Quería meterle la HK en la boca? Acercarse a la distancia de una patada en la rodilla no era una buena idea, y el tipo lo había descubierto de primera mano. Si bien Zed no contó con que se le disparase la pistola. La bala había pasado tan cerca que juraría que sintió el aire en la oreja, y solo unos milímetros lo libraron de morir como un idiota. No fue así, aunque incorporarse lo suficiente para encontrar el Finka entre los cojines y lanzárselo al corazón le había costado perder mucha más sangre. Pero lo había logrado.

Una vez más.

Zed estaba muerto.

Zed estaba vivo.

El pitido en las orejas, provocado por la adrenalina y la detonación, se desvanecía poco a poco y dejaba lugar a otra serie de ruidos que no le gustaban más que aquel: sirenas de policía, ambulancias y gritos. También de eso se había librado por los pelos.

Lo que más le molestaba era no saber quién coño era el tipo enviado a matarlo. Las prisas le habían robado el tiempo necesario para investigarlo, y tan solo pudo comprobar que no llevaba tatuajes en el pecho. No era de extrañar, no todo el mundo soñaba con convertirse en un cliché andante, como la lagartija checa, pero sin esa información sería más difícil identificarlo. Al menos podía estar seguro de que era ruso, las cuatro frases intercambiadas no revelaban ningún acento extraño. Le había sacado varias fotos y esperaría a ver si Bogdanov o su gente lo reconocía.

Se pasó la mano por la cara, húmeda de sudor. Sentía frío y el mareo comenzaba a oscurecerle la visión, pero no podía permanecer un minuto más allí, en la azotea de un edificio rodeado por la policía. Tan solo necesitaba recuperarse. Un momento, solo un segundo antes de continuar. Debía averiguar lo que estaba pasando y debía encontrar a Tessa, y quizás ambas cosas fueran de la mano.

Se separó de la pared y, con movimientos calculados, logró quitarse la camiseta. La herida tiraba de la piel en todas direcciones, pero se presionó la zona con la mano izquierda para evitar que se abriera más. Ya medía dos dedos de ancho, y resultaba imposible saber cuánto de profundidad o a qué órganos había afectado, si es que a alguno. Imposible saber cuánto le quedaba.

Se ató la camiseta alrededor de la cintura, a modo de vendaje, y ciñó el nudo para mantenerla en su sitio. Con las mandíbulas apretadas se puso la chaqueta que había rescatado del apartamento y se subió la cremallera hasta arriba.

Otro segundo. Un segundo nada más. Si solo el cielo dejara de dar vueltas...

Las luces azules y rojas parpadeaban en el aire como agujas de un reloj que le metía prisa. Debía irse de allí. Ya. De hecho, hacía mucho que tendría que encontrarse lejos, pero los vecinos habían sido rápidos, alguien llamó a los maderos en cuanto se inició la pelea, y aquellos cabrones habían llegado justo a tiempo para impedir su huida. Ahora el edificio estaba tomado y él se encontraba acorralado en la azotea, dos pisos por encima del hombre al que acababa de matar.

De esta no se libraría, la policía no tendría dificultades para encontrar restos suyos por todo el apartamento, empezando por su sangre y acabando por todas las cosas que había tocado y usado en los últimos días. Pero ya se preocuparía por eso más tarde. Ahora tenía que largarse.

En el cielo nocturno, la luna jugaba al escondite entre nubes dispersas. Como de costumbre, Zed maldijo el karma de los asesinos; un poco de visibilidad no le vendría mal. Por una vez y sin que sirviera de precedente, unos grados más de temperatura tampoco le vendrían mal. No dejaba de temblar.

El rectángulo que dibujaba la azotea se distinguía con claridad pese a la penumbra. Si sus cálculos eran correctos, se encontraba en el extremo más cercano a la calle, y el aparcamiento donde Tessa había dejado el coche estaba en la base sur, a su derecha. Era ahí adonde debía dirigirse. Rezó para

que aquel fuera uno de esos edificios con la zigzagueante escalera de incendios trasera, como los que había visto mil veces en las películas. Se acercó al borde a paso rápido, se dejó caer sobre el murete y se asomó al final.

El puño apretado golpeó el cemento.

No había escalera, pero sí una patrulla de policías que revisaba los coches con linternas. Los haces de luz horadaban la oscuridad de los vehículos, el interior y los bajos, y se reflejaban como chispazos en los retrovisores.

Distinguió el todoterreno azul de Tessa en su plaza de aparcamiento, y no supo si eso era fuente de alivio o mayor preocupación. Si no se había llevado el coche, se había ido a pie. Quizás había olvidado las llaves en el apartamento, no sería de extrañar teniendo en cuenta la forma en la que huyó, incluso se había dejado allí la mochila con todas sus cosas, la cartera y el móvil que ahora cargaba él en el bolsillo del vaquero. Sin embargo, otra idea mucho más turbadora amenazaba en el fondo de su mente. El asesino podía no haber llegado solo. Lo más probable era que no hubiera llegado solo. Si le habían hecho algo...

Apretó los ojos y tomó aire, no podía pensar en eso. Tessa había estudiado defensa personal, era una mujer fuerte, físicamente fuerte, aunque aquel cuerpo tan delgado no lo aparentara. Cada músculo era una roca y ella sabía cómo utilizarlo. La bailarina, igual que el asesino, era una experta en el cuerpo humano. Ella creaba arte con él, belleza; él lo destruía. Si le habían hecho algo...

—He сейчас!^[40] —se dijo en un jadeo. Ahora no.

Cada cosa a su tiempo. Lo primero era salir de allí, y con el aparcamiento sitiado, necesitaba un plan B.

—Quizás al fondo... —quiso creer.

Recorrió el perímetro de la azotea. A cada paso, la noche oscurecía un poco más. Se asomó por la fachada trasera y comprobó con alivio que allí estaba, una escalera de metal que descendía hasta el último piso en sentido vertical para, a partir de ahí, alejarse en zigzag hasta un patio que lindaba mediante una verja con el aparcamiento del edificio anexo. Podía hacerlo, pero debía darse prisa.

Se sentó en el muro. Otra vez el mareo y la sensación de que el mundo apagaba las luces. No. No podía... Cruzó una pierna y luego la otra. La herida luchaba por abrirse un dedo más.

—He сейчас!^[41] —No tenía tiempo para quejarse.

El ruido de una nueva sirena se acercaba a toda velocidad desde algún lugar de la noche. Cuanto más esperara, más policías se unirían a la fiesta. Tenía que salir de allí.

Se aferró a la escalera y puso un pie en el primer peldaño. La estructura no se movió ni tintineó. Apretó los dedos alrededor del húmedo metal y bajó otro escalón y otro y otro. El puño de las náuseas le atenazaba la garganta. Se sentía débil, mareado, el suelo se balanceaba a una distancia indeterminada, y el mundo giraba a sus pies.

El primer descansillo fue la orilla de un naufrago. Se apoyó en la pared y respiró. Su pulso, que solía ser lento como la cadencia de un fusil de cerrojo, palpitaba ahora a ritmo de ametralladora.

A partir de ahí sería más sencillo, las escaleras tomaban la clásica forma en zigzag hasta el suelo. Aguardó unos segundos para recuperar fuerzas y, con una profunda inhalación, descendió un tramo más hasta la planta del apartamento de Tessa.

Tessa. ¿Dónde demonios se había metido?

Volvió a sostenerse en la pared. La claridad del interior se derramaba en la noche a través de la ventana, y pese a que estaba cerrada, pudo oír con nitidez las voces de los policías. Arriesgándose mucho más de lo que debía, se parapetó contra la fachada y echó un vistazo al interior. Contó tres agentes apiñados en el descansillo, charlando. Las puertas del ascensor se abrieron al fondo y el gilipollas del FBI y una mujer latina de pelo ensortijado salieron con expresión tensa. Intentó recordar sus nombres, pero no lo logró. Ninguno de ellos prestó atención al recuadro negro que se dibujaba al final del pasillo. Ninguno lo buscaba aún. Al menos, no allí fuera.

Cerró los ojos, tomó aire y cruzó hacia el siguiente tramo de escalera. No se permitió parar hasta llegar al suelo. Ignoró el frío y los temblores, la debilidad y el mareo, y descendió tan rápido como pudo.

No se asomó al aparcamiento, el número de policías allí solo podía aumentar, no disminuir, y no necesitaba confirmarlo. Se dirigió a la reja que separaba el patio de la propiedad vecina, la escaló y saltó al otro lado.

La herida se tensó y la sangre le lamió la cadera. Zed masticó la ausencia de dolor con los dientes apretados. No duraría mucho. Debía aprovechar la adrenalina y convertirla en rabia, en ira, en odio. En todo lo que lo hacía fuerte. Cuando desapareciera y pudiera volver a pensar y a sentir entendería lo cerca que había estado una vez más, pero hoy no, no era el

momento. Debía continuar.

El sudor le escocía en los ojos. La camiseta que envolvía la cintura chorreaba, y la sangre ya le empapaba los pantalones. Cada paso dibujaba un rastro que la policía seguiría hasta que lograra desaparecer de allí, y debía darse prisa, porque, al ritmo que llevaba, ellos serían más rápidos que él.

Abrió los ojos y revisó el muestrario de coches a su disposición. Se decantó por una tartana verde de metal abollado que parecía más vieja que él y que se encontraba más cerca que ningún otro. Atravesó el aparcamiento y se dejó caer contra la puerta. La marca de una mano ensangrentada se dibujó en la ventana.

—Блять!^[42] —maldijo al comprobar que estaba cerrado.

No llevaba nada con lo que abrirlo, tendría que apañárselas por las malas. Sacó la pistola del calvo, la agarró por el cañón y golpeó con todas sus fuerzas en medio de la ventanilla. No eran muchas fuerzas, pero bastaron. El cristal se agujereó por el centro como si le hubieran disparado una bomba. El viejo Chevrolet de los noventa no sabía nada de cristales laminados ni ventanillas de seguridad. Golpeó con el codo hasta terminar de ensanchar el agujero, metió la mano y abrió la puerta. Entró y se sentó sobre mil esquirlas de cristal que crujieron bajo su peso. El aparcamiento bailaba salsa al otro lado del parabrisas, y él apretó los párpados para ignorar aquella fiesta a la que el mundo quería invitarlo y de la que nunca escaparía. Hizo un puente con los cables —fácil, muy fácil, le gustaban los coches viejos— y se dirigió a la salida. El mando que abría la verja estaba encajado en el parasol. Zed murmuró una plegaria de agradecimiento por los pequeños favores, y apretó el botón.

La calle estaba desierta. Pese al sonido de las sirenas y el reflejo de las luces en las fachadas de los edificios, los mirones trabajaban en lo alto, desde la seguridad de sus ventanas. Rezó para que ninguno de ellos fuera el dueño del Chevrolet y aceleró. Giró a la derecha en la primera intersección y avanzó hasta la esquina con la calle de Tessa. Frenó. El barullo de coches y policías a su derecha era ya digno de una serie de televisión. Los curiosos a los que no había visto en la parte de atrás se habían reunido aquí, y los *flashes* que disparaban los móviles convertían el barrio en una discoteca de moda.

Estaba a punto de arrancar de nuevo cuando un movimiento en el rabillo del ojo llamó su atención.

—No me lo puedo creer —gimió.

Quitó la marcha y abrió la puerta. Los policías a cincuenta metros, una

ambulancia atronando en su dirección, incluso los periodistas tenían que estar al caer. Y él allí, pensó, haciendo el idiota.

—Ven aquí —llamó con voz ronca.

Rudolf gimió, acurrucado bajo las sombras rojas y azules de un árbol. Zed apretó los dientes, bajó del coche y corrió hacia él. El perro estaba encogido contra el tronco, temblando. En otra situación lo habría llevado en brazos, pero con la herida era imposible. Lo agarró por el horrendo collar de diamantes y lo arrastró por las malas. El cachorro intentó soltarse. Gemía y clavaba las uñas en el suelo, pero Zed no estaba con ánimos para negociar. Lo lanzó al interior del coche y subió tras él.

—¡Eh, oiga! —Uno de los curiosos lo señaló con gesto recriminatorio.

Zed no le dio tiempo a acercarse. Cerró la puerta y aceleró.

El edificio quedó atrás, iluminado como el neón de un prostíbulo.

Tras la primera curva, redujo la velocidad al máximo permitido y avanzó hasta encontrar un semáforo en rojo ante el que hubo de detenerse. Sería un ciudadano modelo hasta que estuviera a salvo, aunque el costado le abrasara, su corazón fuera un AK-47, todo su cuerpo temblara de frío y el mundo se pareciera cada vez más a un oscuro túnel cuya salida se alejaba por segundos.

Dirigió una mirada débil hacia el cachorro. Rudolf gemía contra la puerta, el rabo entre las patas y los ojos negros más tristes del mundo.

—Lo siento, chaval —le dijo—. La encontraremos.

Con las pocas fuerzas que le quedaban, Zed sacó el teléfono móvil del bolsillo. El número que necesitaba ocupaba el primer lugar en la lista de llamadas recientes. Solo tuvo que pulsar una tecla y dejarlo caer sobre las piernas.

Rudolf recostó la cabeza en su muslo y le lamió los dedos que presionaban la herida.

Bogdanov contestó al segundo timbrado.

CAUTIVA

Miércoles, 01 de agosto – 07:31 h

En algún lugar de Los Ángeles, CA

Oscuridad. Olores. Sonidos.

Tenía la cabeza cubierta con una gruesa tela que la condenaba a un mundo negro y asfixiante de olores y sonidos. El olor a sudor y a miedo, su sudor y su miedo. Su pánico. El sonido de sus gritos, de su respiración agitada y de nada más, porque en aquel infierno no se oía nada más que su propia muerte. Gritó, pero nadie acudió a su súplica. Gritó más. Más fuerte. Más alto. Pataleó en el aire y chilló, pero nadie respondió. Nadie se ofreció a ayudarla y nadie le exigió que guardara silencio. Porque no importaban sus gritos. Nadie la oiría.

Comprender eso la hizo gritar más.

Volvió a chillar y a sacudirse en vano. El mueble sobre el que se encontraba —quizás una cama, sí, eso, seguro-- chirriaba con cada movimiento, y lo único que conseguía era clavarse algo metálico y frío en la carne de las muñecas. Algo que tintineaba. Esposas.

La gruesa tela amortiguó sus gritos.

La frustración y el odio hacia sí misma eran cada vez mayores. Estúpida, estúpida, maldita estúpida. Ese era el lugar al que la habían conducido todas sus malas decisiones: huir de casa, elegir Los Ángeles como destino, perseguir un sueño, vender su alma para conseguirlo, traicionar a su mejor amiga, ocultar cosas a Bogdanov y confiar en Zed. Todo la había llevado allí, a esa habitación, a esa cama.

El llanto se le desgarró en un crujido. Las lágrimas empapaban la tela que se adhería, pegajosa, a su piel. No podía abrir los ojos, le costaba respirar y el mundo daba vueltas. Le dolía la cabeza y el cuello, tenía miedo, frío, sudaba, temblaba...

Tenía que calmarse. No estaba consiguiendo nada.

Tenía que calmarse.

Se concentró en la respiración. Uno, dos, tres, cuatro, al compás de la

música, como cuando bailaba. Uno, dos, tres, cuatro. Inspiraciones calientes y húmedas a través de la tela. Inspira, espira, cálmate... Su corazón percutía en el pecho, rítmico y atronador al principio, hasta que logró estabilizarlo en un nivel de pulsaciones similar al que tenía después de un baile. En una situación como aquella no podía pedir más. Pero sí podía hacer más. Podía quitarse lo que fuera que le cubría la cabeza.

Encorvó la espalda y pasó las piernas y el culo por el hueco entre los brazos. Fácil. Al menos, fácil para alguien con su flexibilidad. Sonrió como si hubiera ganado una batalla. Lo había hecho. ¿Por qué no?

Se llevó las manos a la cara y palpó la tela. No le sorprendió reconocer una chaqueta de cuero; había identificado el olor a piel vieja por debajo del apestoso tufo a sudor. Buscó a ciegas las mangas que unían la prenda en su nuca y las desató.

Una bocanada de aire fresco le inundó los pulmones y le congeló la piel húmeda de las mejillas y la frente. Al fin pudo abrir los ojos.

Otra victoria. Dos a cero.

Aunque no había mucho que ver. Un cuartucho pequeño, de paredes agrietadas y olor a humedad y a polvo. La cama hedionda, sin sábanas ni almohada, arrinconada en una esquina, y un retrete mugriento cubierto de manchas que no quiso analizar. La única ventana, protegida por rejas de metal, era un recuadro de dos palmos de largo por uno de alto, en la parte superior de la pared, casi a la altura del techo, demasiado elevada como para que pudiera asomarse. Corrió hacia la puerta, pero, por supuesto, esta no se abrió cuando giró el pomo a un lado y a otro, una y otra vez, cada vez más rápido. Más desesperada. Más violenta. Nada. Regresó al camastro y se dejó caer.

Pese a saber que no lo conseguiría, trató de quitarse las esposas. Sus manos eran finas, sus muñecas parecían las de una niña; si lo intentaba, si empujaba una contra otra, fuerte, fuerte, fuerte. No. Era inútil. Se las estaba clavando en la carne. Pero lo intentó, aguantó el dolor y las lágrimas y la desesperación, y luchó durante agónicos minutos antes de darse por vencida. Las heridas quemaban y la sangre resbalaba por la piel, pero ni siquiera servía para lubricarla. Nada. Al final aceptó la situación, una derrota. Iban dos a uno.

Acababan de empezar.

Ahora tenía que pensar, repasar lo ocurrido. Estaba en casa. Zed intentaba decirle algo, que él no había matado a Alek, aunque aquellos dos policías le hubieran hecho creer que sí. Por supuesto que no, él le había dicho que no lo mataría si era inocente, y Alek era inocente, así que no lo había

matado. Y punto. Seguro que aquello de la sangre que habían encontrado en su habitación también era mentira, seguro que lo único que querían era que les dijera dónde estaba Zed.

¿Y dónde estaba Zed? ¿Dónde estaba ahora? El pánico amenazó con aparecer de nuevo, pero ella lo rechazó. Zed estaba bien, era un asesino, él mismo lo había confesado, así que estaría bien y la rescataría como había hecho ante Ilari cuando el gorila la insultó, como había intentado hacer cuando descubrió las marcas de los golpes del Checo, los últimos de tantos. ¿Habría cambiado algo si ella le hubiera permitido hacerlo? ¿Habría matado al Checo, a Bogdanov, a los demás? Sí, claro, y luego ¿qué? Una puesta de sol en una playa de México, música de película y los títulos de crédito. Felices para siempre. Seguro.

Pero ¿dónde estaba Zed?

Trató de hacer memoria. Los recuerdos se confundían en el nebuloso dolor de cabeza que la atontaba. Estaban en su casa y alguien intentó matarlos, un tío con pistola. Zed y él pelearon, y ella... El miedo la paralizó. Rudolf — ¿dónde estaba Rudolf?— ladraba y corría de un lado a otro, pero ella era incapaz de moverse, estaba aterrorizada y... Sí, salió corriendo. ¿Qué otra cosa podía hacer? Intentó buscar ayuda, pero nadie respondió. Salió a la calle y encontró un hombre. ¡Qué estúpida fue! ¡Estúpida, estúpida! ¡Era uno de ellos! Sentado en un coche ante su puerta con el motor encendido. ¡Estúpida!

Nada más. Aquel tío le inyectó algo en el cuello, todavía notaba el dolor del pinchazo, y los recuerdos cesaron.

Y ahora estaba allí. ¿Dónde era allí? ¿Y quién la había secuestrado? Porque, por absurdo e irreal que sonara, estaba secuestrada, eso era lo único de lo que podía estar segura. Secuestrada. Como en las películas. Qué estúpida. Estaba sola, atada, no sabía dónde y no sabía en manos de quién. No sabía dónde estaba Zed. Ni siquiera sabía dónde estaba Rudolf. Probablemente estuviera muerto, igual que ella. ¿Por qué? ¿Quién?

Lyagushkin. Tenía que ser él quien la retenía. Sabía que Alek no había matado a Katya, pero apostaba a que su padre era el asesino. El tipo del FBI se había puesto blanco al descubrir su nombre. Lyagushkin. ¡Qué poco sabía ella de la relación entre las familias de Katya y Alek! Maksimov y Lyagushkin. Solo sabía que Alek insistió siempre en que ellos no podían enterarse. No podían enterarse. Pues de alguna manera su padre se enteró. Katya estaba muerta, Alek estaba... No. No estaba muerto, Zed no lo había matado. Se lo prometió. Estaría en algún sitio, quizás... Dios, quizá lo había matado su

padre como castigo. Ahora ellos la habían secuestrado. ¿Para qué? ¿Qué querían de ella? No la habían matado, pero eso no tenía por qué ser una buena noticia. Por lo que sabía de esa gente, quizá preferiría morir a caer en sus manos.

Un ruido en la cerradura interrumpió sus pensamientos. Una llave que giraba y la puerta se abrió. Tessa sintió que se quedaba sin aire. No podía ser. Era imposible.

—Mira a quién tenemos aquí... —El Checo se rio y la frase de su cuello se estiró como una guadaña—. Así que era verdad.

No podía ser. ¿Georgy? ¿El Checo había traicionado a Bogdanov? ¡Imposible! Era su mano derecha, su perrito faldero. Tenía que estar soñando, una pesadilla, un golpe o aquella inyección... O quizás estaba muerta y esto era el infierno. Ella encerrada con el Checo por toda la eternidad.

—Tú... —logró articular.

Él dejó en el suelo una bandeja con un bocadillo y una botella de agua, se sentó a su lado y esbozó una de sus sonrisas afiladas, que convirtió las cicatrices de su rostro en un campo de minas.

—Yo. Y tú. Los dos solos. ¿Qué te parece?

—Pero...

Él le acarició las mejillas con un gesto que se pretendía cariñoso, pero Tessa solo sintió asco y miedo. Encogió el cuello para alejarse de su contacto, y la mano del Checo se quedó en el aire. Durante unos segundos, él la observó con la cabeza torcida hacia un lado, como si planeara lo que haría a continuación, hasta que pareció decidirse y, con otra de sus sonrisas, bajó la mano y le acarició el tobillo. Sus dedos tatuados eran ásperos y rudos. Ella apartó las piernas y retrocedió hasta encajonarse contra la esquina. No tenía escapatoria. Los pantalones cortos no la protegían, se sentía tan expuesta como si estuviera desnuda. Él se acercó más. Volvió a posar la mano en su piel, más arriba, en la rodilla.

«Zed, Zed.» Tessa lo llamó en silencio, pero Zed no apareció.

La mano pasó de largo la articulación y siguió subiendo. El Checo sonreía con gesto repulsivo. Tessa gimió. Aquel hombre la aterrorizaba, siempre lo había hecho, con aquella forma de mirar y de sonreír y de golpear. Su única felicidad en la vida era amedrentar a las chicas del club, y ahora no había nadie que lo controlara.

—No me toques... —suplicó.

Él no se detuvo y ella no pensó. El asco y el miedo tomaron la

iniciativa, y sin pararse a pensar en las consecuencias, le golpeó la mano. El Checo la miró, sorprendido, y rio. Pero no se alejó. Ella golpeó de nuevo. Y otra vez. Agarró los dedos y trató de separarlos de su piel, pero él se había aferrado a ella, y las fuerzas de ambos no eran comparables.

—Suéltame —gimió.

A él se le escapó una carcajada. Su oposición lo excitaba mucho más de lo que lo contenía. La arrastró por los tobillos hasta alejarla de la esquina y ella volvió a chillar. Sus dedos arañaron inútilmente la pintura descascarillada de la pared, que se le incrustó bajo las uñas.

Tessa lloró. Gritó. Las esposas le desollaron la piel. Se revolvió bajo su captor como un niño poseído por el diablo hasta que, de alguna manera, se encontró con las piernas en el aire. Lanzó un rodillazo seco a las costillas de su objetivo. Bum. El Checo se irguió con un bufido de dolor y Tessa disparó los pies hacia su cara. Bum. Las deportivas se estrellaron contra su boca, y él cayó derrumbado al suelo.

El silencio engulló el aire hasta convertir la habitación en un espacio diminuto. Lentamente, Georgy el Checo se levantó. Un hilo de sangre le fluía de la nariz y se unía en la comisura de los labios con el que escapaba de su boca. Se limpió con el dorso de la mano y un gesto de incredulidad, dejando a su paso una mancha roja sobre la piel. Observó la mano ensangrentada y dirigió una mirada furiosa a la joven que temblaba sobre la cama.

Ella estuvo a punto de disculparse, pero se contuvo, no pediría perdón por defenderse. Además, sería inútil. Se encogió contra la esquina, pese a saber que no serviría de nada, como no lo había hecho antes.

—Por favor... —suplicó, contra su voluntad.

—Pequeña zorra... —El Checo volvió a mirar la mancha de sangre que tiznaba el tatuaje de su mano. Todavía no entendía lo que había ocurrido.

—Lo siento...

No pudo evitarlo. Tessa se disculpó, pero eso no lo apaciguó. El puñetazo impactó contra su mejilla, veloz y furioso. La sangre anegó su boca y el mundo perdió definición al otro lado de una nube blanquecina.

El dolor enmudeció su grito.

—No iba a hacerte daño, pedazo de puta —dijo él, con la voz cargada de rabia—. Todavía no.

Ella reconoció en sus ojos la misma expresión de desprecio que veía cada vez que la golpeaba. Las amenazas veladas, las intimidaciones, el miedo y el poder que se creía con derecho a ejercer sobre ella. Y estaba harta.

Se lanzó hacia arriba, de cabeza hacia delante. No sabía lo que hacía y no tenía un plan, pero tampoco era capaz de pensar. Lo cogió desprevenido y logró golpearlo en la cara. Él levantó los brazos por la sorpresa y ella arremetió con manos y pies y boca, a golpes y mordiscos. Él manoteaba tratando de evitar sus ataques.

—¡Maldita puta! ¡Estate quieta!

Ella chillaba y golpeaba ciega de rabia.

—¡Cabrón! —gritó—. ¡Maldito cabrón! ¡Maldito seas!

Era un ataque condenado al fracaso y ambos lo sabían. En cuanto él se recompuso de la sorpresa, agarró aquellos dedos que eran un enjambre de abejas y la abofeteó. Tessa se desplomó sobre el colchón.

—Te arrepentirás...

El Checo sonrió.

—¿Ah, sí?

Ella abrió los ojos. Apenas lo veía a través de las lágrimas, pero no necesitaba hacerlo, lo conocía bien.

—Zed te matará —escupió junto a mil gotitas de sangre que le salpicaron el pecho.

Georgy le regaló una sonrisa perversa.

—Zed está muerto —dijo.

Y el sonido de su carcajada lo siguió mucho después de que cerrara la puerta.

LA LLEGADA

Miércoles, 01 de agosto – 08:23 h

Hot Corner Club. Los Ángeles, CA

La oscuridad palpitaba en su cabeza. Dolorosos latidos como puñetazos que trataban de sacarlo del sueño reparador en el que había pasado las últimas horas. Zakhar Alkaev dejó de luchar y se rindió.

Despierto. No hay término medio en el sueño de un asesino. Era capaz de dormir profundamente en un segundo y, al segundo siguiente, despertar con plena consciencia. Los sentidos siempre alerta, tan dispuestos a aprovechar un instante de tranquilidad como a entrar en acción. Nunca sabía cuándo podría cerrar los ojos ni qué encontraría al abrirlos.

En este caso, oscuridad y silencio.

El despacho de Bogdanov permanecía a oscuras, como lo había dejado. Ni siquiera las pantallas de la pared reproducían imagen alguna. El silencio parecía absoluto, pero si aguzaba el oído podía escuchar el murmullo conspirador del aire acondicionado y, por encima, una respiración, pesada y profunda, proveniente del suelo. Dudó de su cordura durante un instante hasta que lo recordó: Rudolf.

Se incorporó en el sofá. La piel del costado le dio los buenos días con un tirón que le recomendó moverse con cautela, a lo que la cabeza contraatacó con un ataque de náuseas. Había perdido demasiada sangre y la debilidad se cebaba en él.

Tan solo había dormido cinco horas, según le indicaron las manecillas fluorescentes del reloj de su muñeca, pero era más que suficiente. Había sobrevivido una noche más, un intento más, un enviado más, y la mañana, ahí fuera, en alguna parte, despertaba llena de posibilidades. Perfecta para todo lo que tenía que hacer.

Bajó las piernas al suelo y el hocico húmedo del cachorro le acarició los pies descalzos. Apenas había tenido tiempo para ocuparse de él durante la noche, pero, por lo que había visto, el golpe en la cabeza parecía deberse al impacto de algo duro, una patada, quizá, aunque no aparentaba gravedad. Aun

así, tendría que asegurarse de que estaba bien o Tessa se enfadaría.

Tessa. Debía encontrarla, averiguar dónde estaba, dónde había ido. Quién la tenía. No podía negar esa posibilidad, que era la más probable. Alguien se la había llevado, y ese alguien pagaría por ello.

Se apoyó en el brazo del sofá para incorporarse sin volver a provocar el tirón de los puntos, y se dejó guiar por la iluminación de emergencia hasta la puerta. Pulsó el interruptor de la luz y parpadeó mientras las lámparas cobraban fuerza y los ojos se acostumbraban a la claridad.

Ya en el baño, apoyó las manos en el lavabo y observó su aspecto en el espejo. Toda su vida lo habían tomado por un crío, pero nadie lo haría con aquella cara, ese rostro cansado que había palidecido hasta traslucir las venas que se entrecruzaban en sienes y mejillas, las oscuras ojeras que ensombrecían su mirada y los pómulos afilados bajo la deslumbrante luz del fluorescente. Un grueso vendaje blanco le rodeaba la cintura, pero, al menos, el punto por el que había penetrado el cuchillo no estaba señalado con sangre. Buena noticia. El resto del torso, por el contrario, aparecía teñido con manchas marrones aquí y allá, que cubrían su piel habitualmente pálida. El médico a sueldo de Bogdanov lo estaba esperando cuando llegó al club, le cosió la herida, lo vendó y le dijo lo que él ya sospechaba, que la puñalada no había afectado a ningún órgano vital, que había tenido suerte. Era una manera de verlo. Aquel médico que no se atrevía a mirarlo a los ojos, y que jamás había cosido a nadie con tanta delicadeza, no conocía su historial. Una cuchillada no iba a matarlo.

Abrió el grifo y mojó el extremo de una toalla. Le produjo un macabro placer ver la tela blanca ensuciarse con su dolor a medida que limpiaba la sangre del pecho. Todo era blanco en el despacho de Bogdanov, todo estaba limpio, como si aquel gilipollas quisiera ocultar la suciedad que llevaba dentro; y aquella sangre reseca y marrón había venido para sacar la verdad a la luz. Rudolf le lamió los pies. ¿Por qué no? Tomó otra toalla y la mojó.

—Ven, Rudolf.

El cachorro lo siguió hasta el retrete, repiqueteando las uñas contra el suelo. Zed se sentó y lo subió a las piernas. Un calambrazo lo obligó a aguardar unos segundos hasta que el fuego en el costado se diluyó. Entonces limpió la sangre reseca de la cabeza del animal, que gimoteó cuando rozó la herida.

—No te quejes, que yo estoy peor —le reprochó él.

Rudolf jadeó alegre a modo de respuesta. La limpieza no era más que un

juego con el que relajarse después del susto de la noche anterior. Intentaba atrapar la toalla, lamía y mordisqueaba la mano de su inesperado enfermero. Zed terminó el trabajo lo mejor que pudo y le apartó los largos pelos blancos y negros para examinar la zona. No era grave, una costra del tamaño de un kópek que ya comenzaba a curar. Ambos habían tenido suerte, después de todo.

Devolvió el animal al suelo y buscó un recipiente en el que darle de beber. El pobre cachorro jadeaba con la lengua fuera y le había chupado los dedos con ansiedad. No halló nada en el baño, pero descubrió una vasija de cristal en el aparador tras la mesa del despacho. Parecía valiosa. Sonrió. La llenó de agua y se la ofreció cuatro veces hasta que el animal se sintió saciado. Para entonces el suelo estaba cubierto de agua y marcas negras de pisadas y pezuñas. A su anfitrión no le gustaría eso. A Zed, sí.

Halló sobre un estante una camiseta limpia que alguien había dejado para él. Le arrancó la etiqueta con los dientes y se la puso. Le dolió levantar el brazo, pero no se quejó. Se habían acabado las quejas.

De vuelta al sofá, se sentó, tan despacio como se había levantado, tomó la botella de agua que había dejado en la mesa antes de acostarse y bebió de un trago la mitad de su contenido. De un segundo sorbo bajó el resto. Ahora sí se encontraba mejor. La devolvió a su sitio y observó con mirada analítica el resto de objetos que la acompañaban. Su cartera, el teléfono móvil, el de Tessa, el Finka y la pistola del calvo. Guardó la primera en el bolsillo del pantalón, comprobó en el segundo que no tenía ninguna llamada ni mensaje de la chica —no los tenía—, constató lo mismo en el de ella y dejó ambos donde los había encontrado. Sacó el Finka de la funda. Relucía como si nunca se hubiera clavado en un corazón. Lo había limpiado antes de acostarse, y no quedaba ni rastro de la sangre de aquel calvo cabrón que había estado a punto de acabar con él. Se lo ató al tobillo y lo ajustó con la reconfortante sensación de volver a casa.

La pistola. Una Heckler & Koch USP Expert, calibre .40 S&W, 875 gramos de peso sin el cargador. Manejable. Fiable. Lo bastante para haberlo matado si el calvo cabrón hubiera acertado. La alzó y apuntó a la lámpara apagada que dormía sobre la mesa de Bogdanov. No le gustaban las pistolas, pero las cosas habían cambiado. La desarmó y la volvió a armar, pieza por pieza, hasta el último clic de la corredera. Puso el seguro y la encajó contra los riñones, bajo la cinturilla del pantalón. Las cosas habían cambiado.

Rudolf permanecía atento a sus movimientos, sentado junto a la mesa y

con los grandes ojos marrones fijos en sus manos. El repentino timbrado del teléfono móvil los sobresaltó a los dos.

El nombre que iluminaba la pantalla le vació los pulmones como una patada al esternón. Zed recuperó el aire perdido y se llevó el aparato a la oreja.

—Алло! ^[43]—contestó.

—Soy yo. —La voz de Maksimov sonaba limpia y cercana, como si estuviera al otro lado de la puerta.

Zed se apretó los párpados con una mano e inspiró. Enfrentarse a Maksimov no era la mejor manera que se le ocurría para empezar la mañana.

—Buenos días, señor.

—Déjate de buenos días. ¿Está muerta?

—No, señor.

—¿Cómo que no?

—Hubo un problema.

—¿Desde cuándo buscas excusas?

Zed percibió el sabor de la decepción en la voz de su jefe. Jamás le había fallado. Él era su mano derecha, su carta ganadora. Maksimov lo había adoptado como a un hijo y él habría entregado la vida por su padre. Pero le había fallado y, lo que era peor, estaba a punto de volver a hacerlo.

—Me ocuparé de todo, señor, no se preocupe.

—Me preocupo, Zed. —La voz al otro lado del teléfono descendió varios tonos desencantados—. No sé qué te está ocurriendo. Nunca me habías fallado.

—Señor, le aseguro que...

—No me asegures nada. Ya no me vale. Bogdanov me avisó hace unos días de que algo te pasaba y no quise creerlo, pero me alegro de haberlo hecho.

Una voz femenina y enlatada se superpuso a la aspereza de las palabras de Maksimov. El rostro de Zed se contrajo. Había viajado lo suficiente como para reconocer el aviso de próximo embarque.

—¿Señor, dónde se encuentra usted?

—Estoy en el aeropuerto. ¿Y tú?

El aeropuerto. Zed no preguntó en cuál. Lo sabía.

—En el Hot Corner.

—Pues no te muevas de ahí.

Maksimov cortó la comunicación y Zed dirigió la mirada a la puerta. Su

jefe no se hallaba al otro lado, tal y como había pensado unos minutos antes, pero no tardaría en hacerlo.

Cincuenta y siete minutos, exactamente, fueron los que tardó en llegar. Cuando lo hizo, Zed y Rudolf ya no estaban solos, Andrey Bogdanov estaba con ellos. El Checo no había dado señales de vida en toda la noche y era mejor así. Zed no se sentía de humor para enfrentarse a su cara de lagartija y a ese tatuaje fraudulento que solo deseaba arrancar con sus propias uñas.

Luka Maksimov, el gran *pakhan* de la Maksimovskaya Bratva hizo su aparición imponente, aterrador como de costumbre, metro noventa en un traje impecable de seda y algodón azul, a juego con el hielo de sus ojos. El pelo canoso, peinado perfecto hacia detrás, como si no acabara de pasarse doce horas en un avión. Sin una palabra, se sentó en la silla del despacho y les indicó que ocuparan las que había frente a él.

—¿Qué coño es eso? —preguntó cuando Rudolf apareció escoltando los pies del asesino.

—Era el perro de su hija, señor.

—Ah, sí. El del nombre absurdo.

—Rudolf.

—Eso. ¿Qué hace aquí? ¿También te has encariñado de él? Últimamente te van las almas perdidas, Zed.

—Pensé que usted querría que viviera, señor. —Zed buscó una mentira lo más rápido que su cabeza le permitió. Había desayunado y ya se encontraba algo más fuerte que unos minutos antes, pero nunca se estaba lo bastante alerta con su jefe—. Por consideración a...

—Sí, sí. —Maksimov agitó la mano en el aire para zanjar el asunto—. Me importa una mierda ese chucho. Cárgatelo, quédatelo o fóllatelo, me da igual. Habla.

Zed se sentó y tomó aire antes de comenzar. Tras el aspecto de hombre de negocios de expresión serena que veía ante él, se ocultaba uno de los individuos más crueles que habían pisado Rusia, y eso era mucho decir.

En pocas palabras, tan conciso pero detallado como pudo, le hizo un relato de lo que había averiguado desde su llegada: la amistad entre Katya y Tessa, la existencia de Alek Lyagushkin, las declaraciones de ambos y el asalto a la casa de la bailarina.

—¿Qué hiciste con el hijo de Lyagushkin? —preguntó Maksimov en cuanto terminó la historia—. Me dijiste que te habías encargado de él.

—Señor, Alek no mató a su hija —insistió Zed.

—No. Fue Kazimir Vasilyev, el cabrón que intentó matarte anoche — interrumpió Bogdanov por primera vez—. Mi soplón me lo dijo esta mañana. Vasilyev es uno de los hombres de Lyagushkin.

Zed sintió que sus esperanzas se desvanecían como la marea al bajar. Uno de los hombres de Lyagushkin. Alek le había jurado que su padre no conocía su relación con Katya, pero ahí estaba la prueba de su mentira. O de su ignorancia. ¿Cuál de las dos? ¿Acaso importaba? Lyagushkin había descubierto la relación entre los chicos y había matado a Katya. Él había creído a su hijo y se había equivocado.

—¿Dónde está el cuerpo de Aleksei?

Zed bajó la mirada. Lo había intentado, pero Maksimov no descansaría hasta ver el cadáver del hijo del hombre que había matado a de su hija. Solo que...

—Alek sigue vivo.

La única reacción de Luka Maksimov fue un endurecimiento apenas perceptible en la mandíbula. Muy despacio, el *pakhan* al que Zed consideraba su padre se giró hacia Bogdanov y asintió.

—Cuéntaselo —ordenó.

Bogdanov tragó saliva.

—Llamaron mientras dormías —dijo—. Uno de los hombres de Lyagushkin. Tienen a Summ... A Tessa.

La marea volvió a crecer. Zed sintió que respiraba de nuevo. Lejos de asustarse, ahora se sentía mejor. Ahora sabía dónde estaba Tessa y quién se la había llevado. La espera había terminado y, con un objetivo a la vista, ya podía dejar que la adrenalina tomara el mando de su cuerpo.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó, aunque sospechaba conocer la respuesta.

Maksimov se adelantó sobre la mesa. Sus ojos brillaban furiosos y le temblaban los labios de rabia. Pero Zed no retrocedió. El *pakhan* hizo un gesto con la cabeza hacia Bogdanov, y este se levantó y salió a toda velocidad, dejando una estela de pánico a su espalda.

—¿Qué te ocurre, Zed? —preguntó Maksimov cuando el *avtorityet* abandonó el despacho—. Mírate. Estás encoñado de esa puta. Te ordené que la mataras, que mataras al hijo de Lyagushkin y desobedeciste mis órdenes las dos veces. Si lo hubieras hecho, todo esto no habría pasado, y tú y yo estaríamos en casa tomándonos un vodka a la salud de mi hija muerta. ¿Recuerdas a mi hija muerta? ¿La recuerdas?

Zed no supo qué responder. Era cierto lo que le echaba en cara. Todo. Pero no había vuelta atrás. Agachó la cabeza y esperó hasta que su jefe decidió volver a hablar.

—Llamé a Lyagushkin en cuanto aterricé —dijo aquel, entonces—. No sabe que su hijo sigue vivo. Cree que lo mataste. Como creía yo. —Zed no respondió, pero un pulso nervioso le estranguló la garganta. Maksimov fingió no darse cuenta—. Me ha asegurado que él no ordenó la muerte de Ekaterina. Sonaba muy convincente, Zed. Dice que no entiende lo ocurrido, pero que comprende mi dolor. Que él habría hecho lo mismo. Dice que trabajaremos juntos por descubrir al hijo de puta que ha acabado con nuestros hijos muertos. Pero exige que entregue al asesino de Alek. Me exige que te entregue a ti.

El corazón que Zed habría jurado no tener se resquebrajó en silencio. Él había traicionado a su padre y este mostraba, al fin, las cartas sobre la mesa. Katya era su hija, pero él no era más que un asesino a sueldo como tantos otros, mejor que la mayoría, sustituible como todos.

—¿Qué es lo que propone?

Maksimov retrocedió en la silla y se cruzó de brazos con una sonrisa confiada.

—Que te entregues para salvar a esa puta. Tú a cambio de ella. Sabe que a mí ella me da igual, pero de algún modo también sabe que a ti no.

—Da lo mismo. La matará en cuanto yo aparezca.

—Por supuesto. —El *pakhan* asintió con un encogimiento de hombros—. Y se asegurará de que tú lo veas. Justo antes de matarte.

Zed dudó eso último. No que Lyagushkin pretendiera matarlo, pero sí que pensara hacerlo rápido. No sería rápido, sería lento y doloroso y delante de la mirada vacía del cadáver de Tessa.

—De algún modo se han enterado de que estás encaprichado de esa puta, Zed, y la han utilizado contra ti. ¿Acaso no aprendiste nada de lo que te enseñé?

Zed admitió la pulla sin devolver el golpe. Maksimov le había inculcado la soledad como supervivencia, si no tienes a nadie no pueden utilizarlo en tu contra. Pero el alumno había superado al maestro. Era Zed quien había crecido solo, quien se había mantenido alejado de todo el mundo hasta el día en que entró en aquel club y la vio bailar sobre el escenario. Su jefe lo acusaba por ello sin pensar que él había tenido a su esposa, a su otro hijo, Yevgeniy, antes de que este falleciera, y a Katya, había amado a Katya, y quien fuera había utilizado ese amor en su contra.

—¿Qué va a hacer, señor?

Maksimov entrecruzó los dedos a la altura del estómago.

—¿Qué propones tú? —preguntó, a su vez, y el enorme diamante en su anillo lanzó un guiño blanco desde el dedo anular.

Zed inhaló todas sus fuerzas. Maksimov no solía tomar las riendas de las operaciones, tenía gente que lo hacía en su lugar, que protegía su nombre de cualquier acción directa, lo tenía a él para encargarse de ese tipo de asuntos. Pero ahora estaba allí y había tomado los mandos, y nada podía ser peor.

—¿Se cree que ellos no tuvieran nada que ver con la muerte de Katya?

Se oyó un crujido procedente de la silla cuando Maksimov se adelantó con gesto amenazador.

—Por supuesto que no.

Zed esbozó una sonrisa siniestra.

—Entonces vamos a matarlos —dijo—. Vamos a matarlos a todos.

LA REALIDAD

Miércoles, 01 de agosto – 17:32 h

**Estación de policía de Los Ángeles Oeste. Los Ángeles,
CA**

Elizabeth se cubrió la cara con las manos y bostezó. Un bostezo largo y lento que le crujó la mandíbula cuando, al fin, volvió a cerrar la boca. No se molestó en disculparse ante el federal, que le dieran a ese pendejo, él había hecho cosas peores. Por suerte, él tampoco se lo recriminó. De hecho, presa del conocido contagio, Poulsen se dio la vuelta para imitar su gesto de cara a la pared en un intento de que ella no lo viera. Ella lo vio.

Ninguno podía acusar al otro por su cansancio. Llevaban trabajando diecinueve horas seguidas desde la noche anterior.

Diecinueve horas sin parar.

Vasos vacíos de café habían quedado por el camino como víctimas colaterales, en el auto, en puestos callejeros, arrugados y lanzados a la papelería junto a la mesa. Uno de ellos, del que aún salía una columna de vapor blanco como el humo de un arma recién disparada, aguardaba en la esquina el momento de su muerte.

Diecinueve horas.

Elizabeth se había lavado las axilas en el baño de la comisaría y se había aplicado el desodorante que siempre guardaba en el cajón, pero aun así se sentía sucia y pegajosa. La camisa empezaba a oler mal, los rizos que tanto le costaba controlar se habían declarado en anarquía, le picaban los ojos. Y los pies la mataban. Se había permitido el lujo de quitarse los zapatos mientras permanecía tras la mesa, y mover los dedos para tratar de recuperar la circulación, pero los notaba hinchados, sudados y doloridos. No era de extrañar, en aquellas diecinueve horas casi no había tenido tiempo de sentarse. Primero en casa de Tessa, atenta a los descubrimientos del equipo de criminalística que, bajo la supervisión de Gabi, analizaba los restos de sangre y la cronología de las trayectorias. Luego al laboratorio de análisis de

pruebas. Después a la morgue, donde habían recogido el informe toxicológico que confirmaba que a Katya y a Isay los habían sedado mediante una inyección de Propofol, para inyectarles a continuación una dosis letal de heroína adulterada con fentanilo. No tuvieron ninguna oportunidad. La siguiente parada fue la casa de Alek, por si el equipo que analizaba los restos hallados en el dormitorio había encontrado algo nuevo. Nada. Luego, por fin, a comisaría, a interrogar a Stanislav Lyagushkin, que se mostró encantadísimo de colaborar y entregar una lista de testigos que jurarían ante cualquier juez que él y su padre estuvieron en la oficina toda el día de los asesinatos, y que declaró que no tenía ni la menor idea de por qué demonios Kazimir Vasilyev querría hacer daño a Ekaterina Maksimova ni cómo se había enterado de la relación de la chica con Alek cuando ni ellos mismos lo sabían ni por qué se había presentado en el apartamento de Theresa Britton.

En resumen, no habían logrado nada.

Bueno, nada no. Había vuelto a hablar con Gabi. Al menos, la que había sido su mejor amiga durante tantos años parecía dispuesta a perdonarla cuando se disculpara. Y lo haría. El alcohol y la rabia la habían llevado a decir cosas horribles, cosas que no sentía, pero ahora pediría perdón y podría recuperarla. Era su turno. Gabi ya lo había intentado antes. Joder si lo había intentado. Día tras día en el hospital, en su casa, al teléfono. Conversaciones que se hacían cada vez más cortas a medida que los tragos se hacían cada vez más largos y Elizabeth no tenía ganas de nada que no fuera beber y follar con cualquiera que la ayudara a olvidar. Gabi incluso se apuntó con ella a las primeras clases de boxeo cuando la madre de Elizabeth le dijo que había dejado de beber y estaba rehaciendo su vida. Solo asistió una vez. No volvió más. Algo en los ojos de la que había sido su amiga la asustó. Pero lo había intentado. Joder que sí. Ahora era su turno. Reservaría en The Ivy, ese restaurante que frecuentaban los ricos y famosos y al que Gabi siempre había querido ir, le pediría perdón y retomarían la amistad. Podía hacerlo. Lo necesitaba.

—Resumamos —suspiró. Mike se giró hacia ella con gesto serio. Su mano jugueteaba encadenada a las placas militares del collar, pero no se molestó en bajarla—. Ekaterina Maksimova y Alek Lyagushkin se conocen por el Facebook y empiezan a salir juntos con la ayuda de Theresa Britton, que encubre su relación.

—Exacto.

—En algún momento, el padre de Alek descubre el noviazgo de su hijo con la hija de su socio y manda a Kazimir Vasilyev a matarla. Y por el camino

se carga a Isay Utkin, el guardaespaldas.

—Exacto.

—Entonces Maksimov envía a su mano derecha para averiguar quién ha matado a su hija.

—Y a cargárselo. A él y a todos los que hayan tenido alguna relación con su muerte o no hayan podido evitarla, o puedan saber algo.

—Los guardaespaldas, Radimir y Yegor.

—Y Tessa.

Elizabeth asintió, pero borró ese nombre de la lista. No quería pensar en eso, todavía no. Tessa no estaba muerta, solo había desaparecido. Debía aferrarse a la ausencia de un cadáver que en el caso de Radimir Lagounov no representaba diferencia, pero en el caso de la bailarina, sí. Toda la diferencia que puede haber entre estar muerto o haber huido. Desaparecida. Tessa había desaparecido y eso podía significar cualquier cosa, porque si estaba muerta, habría muerto por su culpa. Por torpe, por no poder protegerla, por no insistir cuando el federal la mandó a su casa. No. No podía pensar en eso.

Tomó un sorbo del café y dejó que el líquido negro de máquina le enfriara la sangre.

Radimir y Yegor. Muertos. Aunque el cadáver de Radimir Lagounov no había aparecido aún, contaban con que lo haría tarde o temprano. El de Yegor Popov había llegado desde Washington a comienzos de semana, pero el informe del doctor Rad no ofrecía nada diferente al dictamen original. Sus lesiones y fallecimiento encajaban con una caída por un barranco si suponían que ese barranco era tan alto como el Gran Cañón, y sí, ¿encajaban también con una paliza brutal? Sí. Encajaban.

—Tessa le habla a Zed de la relación entre Katya y Alek, y Zed da por hecho que él o su familia mataron a Katya —continuó—. Lo mata, hace desaparecer el cadáver y regresa a casa de ella.

—Para cargársela —insistió el federal, que daba vueltas alrededor de la mesa, con ese gesto ansioso que le palpitaba en los dedos cuando necesitaba un cigarro. Elizabeth había perdido la cuenta de los que se había fumado en aquellas diecinueve horas, pero ya le había visto tirar al menos un paquete a la basura—. Ha esperado hasta acabar con Alek por si la seguía necesitando, pero una vez su trabajo ha concluido ya puede eliminarla.

Elizabeth negó. No, no, no. Se negaba a creerlo. Tessa podía estar muerta, pero no la había matado Zed. Él la quería. Estaba segura, aunque no tenía respuesta para la pregunta que venía a continuación: ¿Cómo lo sabía?

¿Cómo estaba tan convencida de eso cuando ni siquiera había visto a Zakhar Alkaev en persona? Algo se lo decía, algo en el deambular del caso, en los saltos que el ruso había dado de un lado a otro, siempre alrededor de ella, en la forma en que la bailarina se había aferrado a la inocencia de un hombre que sabía un asesino. Podía no ser más que un juego, una maniobra para utilizarla, sacarle información y matarla, pero... Se lo decía su instinto. Una intuición no valía tanto como una prueba, pero a veces era lo único que tenían. Y Charlie siempre le dijo que siguiera su instinto.

Charlie.

El recuerdo de aquel nombre le detuvo el pulso. Trató de evocar la última ocasión en que había pensado en él, pero, por primera vez en demasiado tiempo, no fue capaz. Era un nombre que, hasta hacía unos días, golpeaba en su cabeza como la bola de un *pinball*, todo el día Charlie, Charlie, Charlie. La soga de un ahorcado que le arrebatava el aire. Pero ahora, ¿cuánto tiempo sin pensar en él? ¿Desde el comienzo del caso? ¿Cuánto tiempo sin pensar en tomar un trago? Eso la sorprendió aún más. Charlie y alcohol eran dos conceptos hermanos, y al dejar a uno a un lado había dejado también al otro. ¿Cómo había sucedido?

—¿Lizzy?

Apretó los dientes. Una cosa era no pensar en Charlie y otra que le gustara que aquel pendejo la llamara así. ¿Cuántas veces le había dicho que no lo hiciera? No tenía fuerzas para hacerlo una más. No en ese momento en el que había cosas más importantes de qué preocuparse.

—No la mató —dijo, exhalando la bocanada de aire que contuvo su rabia—. Según Gabi la sangre es de dos personas; una es Kazimir, obviamente, y la otra suponemos que es Zed. No hay sangre de nadie más.

—Zed no necesita derramar sangre para matar.

—Pero si la otra sangre es suya...

—Claro que es suya, Lizzy, joder. Ya sé que no podemos confirmarlo, pero el ADN coincidirá con el del cuchillo de Vasilyev, los condones que encontramos en el baño y el cepillo de dientes recién estrenado.

Era cierto, el ADN confirmaría que pertenecían a la misma persona, pero no quién era esa persona. Zed nunca había dejado rastro en sus trabajos anteriores, y ni el FBI ni la INTERPOL tenían registrado su perfil genético. Aunque el ADN de la sangre, los preservativos y el cepillo de dientes coincidiera, no podrían confirmar que pertenecía a Zed hasta que obtuvieran alguna muestra con la que compararlo. Aquella ausencia total de pruebas

resultaba tentadora como arma arrojadiza contra Mike y su agencia, pero no la utilizó.

—Ya sé que es de Zed, era una forma de hablar. Lo que quiero decir es que si él estaba herido y había matado a Tessa, ¿qué hizo con el cadáver? Gabi dice que la pérdida de sangre fue abundante, encontramos restos en las escaleras interiores y en las de emergencia, en la azotea, en el aparcamiento de al lado, por toda la casa. En ese estado no podía cargar con un cuerpo. ¿Qué hizo con ella?

—No lo sé —admitió él.

Ella asintió. No había esperado que lo supiera, era una pregunta para la que no tenían respuesta, pero lograr que el todopoderoso Michael Poulsen admitiera no saber algo era la mayor victoria que obtenía sobre él desde el inicio del caso.

—¿Y dónde está Zed? —continuó—. Hemos puesto vigilancia en puertos, aeropuertos, carreteras y estaciones de autobús, pero nadie ha vuelto a ver a ninguno de los dos desde la muerte de Kazimir, ni a él ni a Tessa.

Mike la miró de nuevo. Sus ojos verdes volvían a reflejar aquella lástima despectiva que cada vez la irritaba más.

—Piensas que están juntos, ¿no? —le reprochó, retrocediendo como quien se aleja de una enferma contagiosa—. Han huido cogidos de la mano hacia el atardecer. El asesino y la puta. *Pretty Woman* versión siglo XXI, ¿es eso?

—Vete a la mierda.

Con un golpe seco, Mike descargó las manos contra la mesa. El vaso de café se tambaleó.

—¡Aceptalo de una puta vez, Lizzy, esa chica está muerta!

Elizabeth le disparó un puñetazo. No se dio cuenta de lo que hacía, no fue consciente cuando se puso en pie, cuando lanzó la mano ni cuando exigió con un grito que no la llamara Lizzy. No se dio cuenta hasta que fue demasiado tarde, hasta que él cayó al suelo empujado por el golpe y el silencio invadió aquel recuadro de la comisaría como un agujero negro que se tragara el último atisbo de civilización.

El repiqueteo de los teclados, los pasos, las voces, solo los teléfonos continuaron sonando, ajenos a la oscura tregua en la que se había sumido la policía de Los Ángeles Oeste.

Mike se llevó la mano a la mejilla con una expresión de sorpresa en el rostro. Elizabeth solo oía su propia respiración y el martilleo del corazón en

el pecho. Nunca había hecho algo así, y si le hubieran dicho unos meses atrás que golpearía a un compañero no lo habría creído. Pero acababa de hacerlo.

Todo había terminado. Ella. Su carrera. Su cordura.

Necesitaba salir de allí.

Recogió los zapatos y retrocedió un paso, luego otro.

Luego echó a correr.

EL VENGADOR

Miércoles, 01 de agosto – 18:27 h

Estación de policía de Los Ángeles Oeste. Los Ángeles,
CA

Mike siguió a Elizabeth con la mirada hasta que la negra coleta de la detective desapareció por el pasillo. En su cabeza, la vio salir a la calle, subir al Accord y largarse chirriando ruedas del aparcamiento de la comisaría. Antes de que el coche imaginario hubiera cruzado la valla, él ya había tomado la decisión. No podía continuar así. Podía aguantar que su compañera fuera una romántica empeñada en rodar una segunda parte de *Pretty Woman* con la bailarina y el asesino. Vale. Podía aguantar su carácter refunfuñón y sus constantes miradas acusatorias cada vez que abría la boca. Incluso podía aguantar su nulo sentido del humor. Vale. Pero un puñetazo, no. No. No era la primera vez que lo golpeaban, pero sí la primera vez que lo hacían sin motivo, y, en esta ocasión, no se lo merecía.

Retiró la mano. El pómulo palpitaba en latidos amargos y el sabor herrumbroso de la sangre le inundaba la boca. El golpe le había incrustado la mejilla contra los dientes, y percibió la herida abierta al pasar la lengua por la carne. Tragó.

El silencio pesaba sobre sus hombros como la mirada de un francotirador. Los detectives del departamento, compañeros de Elizabeth, lo observaban a la espera de descubrir qué había hecho para que ella lo golpeará. Y la respuesta era: nada. Nada.

Al menos, el capullo pelirrojo irlandés no se encontraba a la vista. Elizabeth no parecía el tipo de mujer que necesitara a un caballero andante, pero aquel gilipollas que siempre la rondaba se habría erigido en su defensa y habría buscado revancha. Estaba en su derecho, por decirlo de alguna manera; los miembros de un cuerpo de policía se consideran una familia, y todo el mundo defiende a su familia si sospecha que ha sido agredida. Solo que, joder, él no había agredido a nadie. Él era la víctima. ¿Qué coño había hecho para

merecer ese puñetazo?

El oficial que ocupaba el escritorio más próximo le tendió una mano y él aceptó la ayuda para levantarse. Le dio las gracias y aguardó varios minutos, inmóvil, hasta que percibió que la rutina regresaba a la comisaría. Alguien contestó a un teléfono, alguien se alejó entre las mesas, las conversaciones se retomaron. Esperó hasta que estuvo seguro de que nadie le prestaría atención, y entonces se movió.

Atravesó el departamento en dirección al despacho del capitán Venters, sintiendo las miradas fugaces que llovían sobre él. Todos imaginaban lo que iba a hacer, chivarse, por supuesto, era lo que esperaban de un señorito del FBI, correr a su superior para delatar a una compañera. Acusica. Chivato. ¿Qué otra cosa podía hacer? Esa mujer no estaba bien de la cabeza. Sabía que en cuanto la denunciara la expedientarían, quizá la expulsaran del cuerpo. Lo sabía. ¿Se merecía algo así? No era mala detective. Le gustaba su manera de razonar, era rápida, coherente, hilaba los datos sin salirse por las ramas. Pero estaba loca.

—Papá.

Se giró, sobresaltado. El pequeño David Poulsen lo miraba desde el fondo de un pómulo hinchado y negro. De tal palo...

—¿Qué coño...?

Agarró a su hijo del brazo y tiró de él en dirección a una de las salas de reuniones, pero el chico se zafó de su mano con una sacudida.

—Suéltame. He venido a hablar con Isabel.

—¿Quién?

—Isabel, tu compañera. La detective.

Isabel, Elizabeth, tenía sentido.

—¿Con Lizzy? ¿Por qué?

—No es asunto tuyo.

—Oh, sí. Sí que lo es.

Mike clavó los dedos en el brazo de su hijo y lo arrastró sin importarle las protestas, los zarandeos ni las miradas de los que estaban pasando la tarde de trabajo más entretenida en mucho tiempo. Lo lanzó al interior de la sala de reuniones y encendió de un manotazo todos los fluorescentes del techo.

—Suéltame ya.

—Dime qué coño te ha pasado en el ojo.

David se sacudió el pelo de la cara.

—No te importa.

Mike cerró de un portazo y se apoyó en la madera con los brazos cruzados.

—No saldremos de aquí hasta que me lo digas. Tu madre y yo estamos hartos de tanta gilipollez. Ella no sabe qué demonios pasa contigo, y yo tampoco. Pero si ella no es capaz de sacártelo por las buenas te lo sacaré yo por las malas. Siéntate ahí.

—No me da la gana.

—Pues no te sientes. Me la suda tu postura. Habla.

David se cruzó de brazos y se alejó hasta la pizarra. Las huellas mal borradas de una junta anterior resultaban mucho más atractivas que la mirada furiosa de su padre. Este no se movió, estaba dispuesto a esperar lo que hiciera falta. Su hijo se había metido en peleas, era evidente, las marcas en la cara y los puños hablaban por sí solas, lo que quería saber era por qué, contra quién, cuándo, cómo. Quería saberlo todo.

Las manecillas del reloj que colgaba sobre la pizarra marcaban cada minuto transcurrido en silencio como los años de una relación incómoda entre padre e hijo. Mike se preguntó por qué se había ido todo a la mierda, pero en el fondo lo sabía, no había sido un buen padre. Sus hijos solo exigieron de él atención y cariño, y él no fue capaz de dárselo. Dudaba de si sería capaz de querer a alguien, y esa duda era una pesada carga que llevaba a la espalda, una mochila tan vacía como su corazón. Con Samantha era más fácil, era una niña dulce y divertida, pero David era distinto. Ya era mayor cuando él se marchó y no se lo había perdonado, aunque tampoco estaban bien antes. Se parecía tanto a su tío, el hombre al que debía su nombre, que dolía. Dolía ver tanto de Davey en sus ojos: su expresión decidida, su sonrisa confiada como si nada malo pudiera ocurrir. Su rostro furioso, ahora, tan parecido a aquel cuando todo lo malo ocurrió.

—¿Dónde está Isabel?

Mike devolvió la mirada a la nuca de su hijo.

—No está. —Y quizá nunca volviera, pero ese era otro asunto, no podía preocuparse por las dos cosas al mismo tiempo—. ¿Por qué ese empeño en hablar con ella?

—Ella me entiende.

Mike reprimió un bufido. ¿Cómo iba a entenderlo? Solo se habían visto una vez, unos minutos en aquella misma sala.

—¿De qué estás hablando, David?

—Da igual. No te importa.

El agente inspiró todo el valor que pudo arrancar del aire y se acercó a su hijo. Se apoyó en la pizarra, frente a él, con el culo contra el reborde, y lo miró. Los ojos se desviaban a las magulladuras que tatuaban el rostro de su primogénito, pero descubrió que no estaba preocupado ni enfadado con él. Estaba furioso con quien le hubiera hecho eso. Lo mataría. Conocía a la mitad de los asesinos de la mafia, podía incluso mandar a Zed. Podría. Pero no. Lo haría él. Con sus propias manos.

—Por supuesto que me importa. Cuéntamelo.

—Isabel me dijo que practicaba boxeo.

Mike se llevó la mano a la mejilla y sonrió. Boxeadora. Qué hija de puta. La cara todavía le ardía y sentía la boca como si se le estuviera hinchando, aunque al menos ya no sangraba. En cualquier caso, eso explicaba muchas cosas: por eso estaba tan delgada, por eso siempre tenía las manos machacadas. Por eso David quería hablar con ella.

—¿Esperas que te enseñe a pelear?

Su hijo lo miró por primera vez.

—¿Lo haría?

—No, si no me cuentas antes con quién te estás peleando y por qué.

David bufó, pero hundió la cabeza en actitud derrotada.

—Es por Sam.

Mike se irguió. El nivel de rabia en su sangre aumentó como la alerta de un ataque nuclear. DEFCON 2.

—¿Quién coño le está haciendo algo a tu hermana?

—Es una compañera de su clase, se llama Morgan.

—¿Te estás pegando con una niña?

—¿Me quieres escuchar?

Mike se mordió los labios para no responder y, al mismo tiempo, para aguantar una sonrisa. Puede que David se pareciera a su tío, pero aquella frase había sonado igual que su madre. Jodida bruja. Asintió y el chico devolvió la mirada a la pizarra. Agarró el rotulador que descansaba en la moldura y jugueteó con él entre los dedos.

—Esa niña es una matona, ¿vale? Se burla de ella, la llama cuatro ojos, se ríe de sus gafas... Ella y sus amigas la han estado machacando durante todo el curso, pero ahora... —Levantó la mirada—. Su familia vive cerca de casa, y a veces Sam se la encuentra cuando sale a jugar. Un día la empujó y la tiró al suelo. Sam me lo contó y yo fui a defenderla. ¡No hice nada, papá, solo le dije que la dejara tranquila!

—Te creo.

David lo miró de reojo a través del largo flequillo, como si eso lo sorprendiera.

—Vale —aceptó—. Pues el problema es que Morgan tiene un hermano y ahora viene a por mí. Han dejado en paz a Sam, pero yo no voy a permitir que me avasallen porque les dé la gana. Si quiere pegarme, yo le pegaré más, ¿vale? Y no me importa...

—¿Qué edad tiene ese chico?

Los grandes ojos verdes de David se ataron a los cordones de sus Nike.

—Quince.

—¿Quince?

El federal se llevó las manos a la cabeza al tiempo que retrocedía. Quince años. Comparado con los doce de su hijo, aquel pequeño bastardo era casi un hombre. Lo mataría. Lo mataría, sin dudar.

Suspiró mientras se frotaba la cara con gesto cansado. Las paredes sin escape de aquella sala lo hicieron extrañar su oficina de Wilshire Boulevard. Allí las cristaleras le permitían huir cada vez que necesitaba pensar, y en ese momento lo necesitaba más que nunca, pensar y medir lo que diría a continuación. No podía culpar a David por defender a su hermana pequeña. Era su deber. Era el trabajo de un hermano mayor como lo había sido el de Davey defender al pequeño Mike hasta que este tuvo edad para defenderse a sí mismo y, juntos, convertirse en el equipo Poulsen, el terror de Indianápolis. Mira cómo habían acabado. No podía permitir que su hijo acabara así.

Se dio la vuelta. David se había acercado por detrás y ahora, intimidado al enfrentarse a su padre, se paralizó a dos pasos de distancia. Casi tan alto ya como él, tan guapo, tan mayor, tan solo. Mike se desplomó en una silla con toda la dignidad que pudo disimular y pidió a su hijo que lo hiciera también. David obedeció.

Tomó aire antes de hablar. Aquello era más difícil que nada de lo que hubiera hecho antes. Se avecinaba uno de esos momentos que ninguno olvidaría, y dependía de él lo bueno o patético que quedara en el recuerdo.

—Escucha, David... —Su hijo aguardaba—. Lo que has hecho está mal, ¿vale? No puedes tomarte la justicia por tu mano. Si sabías que algo así ocurría deberías habérselo dicho a tus profesores. O a mí. O a tu madre. Pero no puedes solucionar los problemas a golpes, ¿lo entiendes?

David asintió, aunque su expresión no engañó a nadie. No solo no lo entendía, sino que no estaba dispuesto a intentarlo siquiera. Mike suspiró. ¿A

quién iba a engañar él?

—Una vez dicho esto. —Inspiró—. Tengo que darte las gracias.

Su hijo entrecerró los ojos, desconfiado.

—Sí —continuó—. Cuidar de tu hermana no es tu trabajo, es el mío. Y Dios sabe que no lo hago tan bien como debería. Ojalá pudiera estar más con vosotros y defenderos cuando os pasa algo malo. Ojalá fuera un padre mejor. De verdad, David, os quiero con todo mi corazón, pero... —El chico parpadeó para retener el llanto que le temblaba en los ojos, y aquellas lágrimas mudas amenazaron con arrancar también las de su padre—. Te juro que voy a estar ahí —prosiguió para que el silencio no lo derrumbara—. Te agradezco que defendieras a Sam, eso es lo que hace un buen hermano, estoy orgulloso de ti... —David se levantó de un salto y se arrojó a sus brazos. Mike lo envolvió con fuerza, con todas sus fuerzas. No estaba dispuesto a llorar delante de su hijo, pero Dios sabía que sus ojos no habían firmado ningún acuerdo sobre eso—. No tendrás que volver a hacerlo. Voy a estar ahí, hijo, te lo juro. Voy a estar ahí para vosotros. Arreglaré esta situación y no tendrás que preocuparte más. De verdad.

David sollozaba entre temblores como el niño que era, que todavía era por quién sabía cuánto tiempo. Mike le besó la coronilla y cerró los ojos, aspirando aquel olor que casi había olvidado. El olor de su hijo. A mañanas de agosto, a pelotas de baloncesto, a leche con cereales.

—Isabel me dijo que hablara contigo... —gimió el chico—. Me dijo que tú me ayudarías, pero no la creí. Lo siento, papá...

Elizabeth. Quizá se mereciera otra oportunidad. Quizás había llegado el momento de averiguar qué demonios pasaba con ella. Quizás él sí se había ganado ese puñetazo, al fin y al cabo. No sería la primera mujer que lo llamaba gilipollas; una boxeadora tan solo había utilizado otro idioma para hacerlo.

Hablaría con ella.

Después.

LA BOXEADORA

Miércoles, 01 de agosto – 19:24 h

The Nickel Mine. Los Ángeles, CA

El mundo persistía inalterable al otro lado de sus ojos cerrados. El trajín de la hora de salida de las oficinas, autos que iban y venían, turistas, gente que pasaba en dirección a ninguna parte. Amores que nacían y odios que estallaban. Se reencontraban viejos amigos o se despedían para siempre. Grandes fortunas crecían y otras se derrumbaban. Millones de personas seguían respirando sin percibir diferencia entre aquel segundo y el anterior. El tiempo no se detenía por nadie. Ni siquiera por ella. Con los codos sobre la barra, la barbilla apoyada en las palmas de las manos y los dedos presionándole los párpados, Elizabeth dejaba pasar aquel tiempo, un instante tras otro, recordando su rutina de entrenamiento, los pasos y los golpes, los ritmos, una y otra vez, intentando no beber la ginebra que una camarera a la que no había visto nunca le acababa de servir.

El Nickel Mine Bar se encontraba a trescientos cincuenta metros de la comisaría, lo bastante cerca como para ser punto de reunión habitual de los agentes que terminaban su turno, y lo bastante lejos para no limitarse a esa clientela. Camareros de sonrisas despreocupadas servían comida, cervezas y cócteles, acompañados del murmullo constante de los eventos deportivos que, a todas horas, se retransmitían en las pantallas gigantes que colgaban de sus muros. Abrían los siete días de la semana y, durante unos meses, había sido su hogar. Ahora, transcurrido el tiempo, Elizabeth ya no conocía a casi ninguno de los clientes y a ninguno de los trabajadores, pero aún sentía cierto regusto nostálgico al hallarse de nuevo en aquel taburete, entre las paredes de imitación de ladrillo, los luminosos de neón y los destellos continuos de los cuatro televisores tras la barra. Tres meses antes se había jurado a sí misma que no volvería a aquel bar. Se había volcado en el trabajo y el boxeo, y no había vuelto a probar una gota de alcohol. Ni una. Pero el olor herbáceo de la bebida la llamaba a gritos esa tarde desde el fondo de un vaso ancho, brillante y con dos cubos de hielo.

Solo la oscuridad autoimpuesta la salvaba de alargar la mano y arruinar tanto esfuerzo y dolor, pero no le impedía escuchar las voces de otros que consideraban las siete y media de la tarde como una buena hora para empezar a ahogar las penas. Oía conversaciones y risas de celebración que se le antojaban más lejanas que cualquier otro sonido. Vasos que entrechocaban, cuchillos y tenedores que arañaban los platos, sillas que arrastraban las patas por el suelo. La puerta de cristal que se abría y el rumor lejano de la calle que se colaba a hurtadillas, envuelto en un soplo de aire caliente que le acarició la espalda. Unos pasos que se acercaban a ella. El inconfundible olor a tabaco que desprendía su ropa.

—No, por favor, no... —Rezó en voz baja, moviendo apenas los labios contra las palmas de las manos.

—Aquí estás.

Sí. Él. No quiso mirarlo. Se moría de vergüenza y, peor aún, de miedo, porque las apuestas a favor de golpearlo de nuevo si volvía a llamarla Lizzy estaban dos a uno en su contra.

—Márchate, por favor.

—No, no lo creo.

Lo oyó ocupar el taburete vecino y arrastrar el vaso sobre la barra. Dar un trago. El golpe seco cuando lo devolvió a su lugar.

—Un poco aguado —reseñó él—. Se están derritiendo los hielos.

—Márchate, Mike, por favor. Siento mucho lo que hice, ¿de acuerdo? Mañana le diré al capitán que haga el traspaso al FBI y te librarás de mí. Tenías razón, esto es cosa vuestra. Te pido perdón y te suplico, por favor, que te marches.

Él no respondió. Durante unos segundos, ella permaneció en aquel silencio artificial y oscuro, hasta que notó el roce sutil de sus dedos en los nudillos. Todo su cuerpo se estremeció, y estuvo a punto de dar un brinco, pero no se movió.

—Pegas bien. —Oyó su voz sobre el murmullo que los rodeaba—. Debí imaginar que eras boxeadora.

Ella suspiró. ¿Cómo había podido golpearlo? Imaginó las habladurías en el departamento, las miradas, las explicaciones. La compasión. No había nada peor que eso, ni siquiera los recuerdos de lo ocurrido. La compasión que apareció después fue mucho peor. De ser una detective, una de ellos, pasó a convertirse en alguien digno de lástima, alguien a quien tratar con cuidado y hablar con rodeos. La compasión. Si bajaba las manos, la vería también en la

mirada del federal.

—Lo siento. De verdad, te repito que...

—¿No has oído hablar de los guantes?

Volvió a suspirar. Era imposible terminar una frase cuando hablaba con él.

—Necesito sentir el dolor.

—Todos lo necesitamos a veces. Yo mismo ya no sabía qué hacer para que me dieras un puñetazo.

Ella supo que era una broma y lo maldijo mientras se ocultaba aún más al fondo de la oscuridad de sus manos. No quería sonreír. Nunca más.

—Así me gusta, una sonrisa —se burló él, testigo de aquello que ella había intentado ocultar—. Venga, ¿qué te ocurre?

Elizabeth exhaló las pocas fuerzas que le quedaban. Bajó las manos y lo miró de nuevo. Se había quitado la chaqueta y llevaba el primer botón de la camisa desabrochado. Las placas militares del cuello le dedicaron un guiño a la luz multicolor de los neones de cervezas.

—¿A qué viene eso? —huyó—. ¿Fuiste militar?

Mike bajó la mirada hacia el collar. Tomó las placas entre los dedos y las observó con una expresión en sus ojos verdes que ella no supo descifrar.

—No son mías —dijo, tras unos segundos—. Eran de mi hermano. Murió.

—¿Te burlas de mí?

—No. No es un tema que me haga ninguna gracia.

—Dios mío... —Ella volvió a refugiarse entre las manos y rezó, no por primera vez en la tarde, por desaparecer del mundo. Después de darle un puñetazo, no imaginaba nada peor que hacerle recordar a su hermano muerto —. Lo siento.

—No te preocupes.

Asomó el ojo entre dos dedos.

—¿Murió en combate?

—No, aunque podría decirse así. Su cuerpo regresó, pero su cabeza nunca salió de Somalia.

—¿TEP?

—Estrés postraumático, exacto, aunque en aquella época todavía no lo reconocían como trastorno. Llevaba en el ejército desde los diecinueve años, y enseguida empezamos a notar cómo cambiaba. Cada año estaba un poco peor. No comía, no dormía, y cuando lograba cerrar los ojos se despertaba

gritando por las pesadillas. Se pasaba el día sentado en un sillón, en silencio y a oscuras; no te podías acercar a él sin avisar, y cualquier ruido lo sobresaltaba. Lo oía llorar en su habitación... —La camarera se acercó a ellos, pero Elizabeth la rechazó con un gesto. Ya había bajado las manos y ahora se enfrentaba sin armadura al dolor de un hombre al que había creído sin corazón—. Entonces lo hirieron y lo devolvieron a casa con una medalla, pero ya era tarde. No fue capaz de adaptarse. Mis padres intentaron buscarle trabajo, pero no aguantaba en ningún sitio y nadie lo aguantaba a él, y al final, no sé cómo, acabó en una banda. Matar era lo único que sabía hacer y lo utilizaron para ello. Murió en una guerra entre facciones poco después. Siempre he creído que lo buscó, que ya no lo soportaba más y se dejó matar.

—¿Cuántos años tenía?

—Veintinueve.

—¿Y tú?

—Veinticinco.

—Dios mío... —Elizabeth dejó caer la mirada sobre la ginebra, todavía delante del federal. ¿Por qué aún parecía la respuesta perfecta a todos los problemas? El único modo de olvidar para ella, para él. Lo había malinterpretado, lo había juzgado por su cara bonita y había creído que no era más que un pendejo. ¿Le extrañaba su obsesión con el crimen organizado? ¿Le extrañaba que llevara aquellas placas? Era ella la pendeja.

—Eso ya lo has dicho —sonrió él.

Ella tardó un segundo en entender el chiste.

—Sí, ya, lo siento. Aunque eso también lo he dicho.

—Sí. Eso también.

—No lo entiendo., ¿por qué llevas unas chapas del ejército que le hizo eso?

Mike negó.

—Estas chapas no me recuerdan cómo era cuando volvió, me recuerdan cómo era cuando se fue. Un tío genial, alegre y divertido, con el que siempre podías contar y que volvía locas a las chicas. —Miró las placas una última vez y, tras el parpadeo de una sonrisa, las dejó caer—. Ese es el Davey que recuerdo cuando las llevo.

Elizabeth asintió en silencio. Era mejor no hablar más, no volver a abrir la boca o la cagaría de nuevo.

—Ahora tú —dijo él, deslizando el vaso de vuelta hacia ella—. ¿Qué pasa contigo?

Los hielos casi derretidos flotaban en el líquido transparente como diamantes en un cubo de lágrimas. Elizabeth apartó la vista y, tras posarla un instante en su compañero, la alejó también de él, del verde afortunado de sus ojos, de la mejilla enrojecida por el puñetazo, de esas chapas que no dejaban de brillar. La bajó hasta sus manos y se fijó en que las magulladuras de los nudillos habían desaparecido casi por completo. Llevaba tres tardes entrenando con los guantes, pero algo le decía que esa noche se quedarían en la bolsa.

—Hace... once meses. —Once meses, una semana, seis días—. Mi compañero y yo investigábamos el asesinato de una chica colombiana que había aparecido en el parque Stoner. La habían traído ilegal desde Sudamérica para esclavizarla como prostituta. Ya sabes, nada nuevo. —Mike asintió. Era duro decirlo así, pero historias como aquella eran el pan nuestro de las comisarías de la ciudad—. Llegamos hasta uno de los integrantes de la banda, Alfredo Combs, un segundón que creímos que nos serviría para llegar más arriba, y fuimos a la tienducha que tenía en Figueroa para tantearlo un poco a ver qué nos contaba.

Mike la observaba en silencio. Ella no había apartado la vista de las manos, pero notaba la mirada de él en su piel. Era la primera vez que hablaba de eso. Ni siquiera se lo había contado al psicólogo del cuerpo, aunque aquel, por supuesto, ya lo sabía. Cerró los ojos. Podía verlo como si nunca hubiera salido de allí.

La tienda, los pasillos vacíos y los ventiladores que no lograban mantener fuera el calor. Un dependiente veía la tele con gesto soñoliento tras un mostrador protegido por cristales blindados. Charlie y ella lo ignoraron y continuaron hacia el fondo, junto a un expositor de fruta en el que las piezas se amontonaban de forma descuidada. Algunas fresas se habían espachurrado y el líquido rosa que goteaba entre las grietas de la caja de plástico era un imán para las moscas. El olor dulzón se le metió hasta la garganta. No las había vuelto a probar desde entonces.

Atravesaron los pasillos hasta las neveras de refrescos que ocupaban la última pared. En la esquina derecha se distinguía la puerta tras la que, según el chivato, hallarían la oficina en la que Alfredo solía trabajar. Abrieron sin llamar. Iban tranquilos, pero los modales se habían quedado en el auto, tenían una misión que cumplir.

Accedieron a un almacén pequeño y oscuro, abarrotado de cajas de cartón y envases de plástico amontonados contra las paredes. El aire podrido

les pegó las ropas a la piel. Detrás de una puerta se escuchaban las voces de varios hombres, gritos y risas. Ella sacó su arma. Charlie también. Abrieron y el infierno se desplegó ante ellos, con todos sus demonios y terrores.

El lago de fuego se convirtió aquella tarde en una habitación que olía a sudor y a sangre. Los fluorescentes del techo resplandecían sobre los charcos rojos que inundaban el suelo. Tres chicas yacían en el suelo con la piel empapada del mismo tono, sobre todo en las piernas, pero también en la espalda, nalgas, pechos, cuello. La cara congelada en un gesto eterno de terror. Dos de ellas no se movían. La tercera apenas lograba respirar. Un hombre se alzaba junto a ella con un alambre en las manos del que chorreaba un hilo continuo de sangre. Lo rodeaban otros siete, cuyas risas se habían cortado de cuajo con la llegada de los intrusos. Entonces las carcajadas estallaron de nuevo. Sacaron sus armas semiautomáticas del pantalón o las recogieron de la mesa más cercana, y apuntaron a los policías. Sabían que eran policías, habían aprendido a distinguirlos, a olerlos. Elizabeth supo que todo había terminado.

Tragó saliva y sintió que un nudo le presionaba la garganta. Cada segundo de lo ocurrido a partir de aquel momento estaba tan claro en su memoria como si estuviera sucediendo de nuevo, como un bucle que no hubiera dejado de repetirse desde aquel día. Y aún dolía igual. Volvió a tragar, la saliva áspera como una lima de metal. Tuvo que dejar que la raspara una tercera vez antes de continuar con la historia.

—Nos ataron a unas sillas... Uno frente al otro, y nos golpearon. Cuatro, cinco, diez puñetazos...

Mike se revolvió en el taburete y ella abrió los ojos. Estaba allí, en el bar, todo había pasado. Estaba a salvo ahora.

—Me metieron una pistola en la boca y le dijeron a mi compañero que a la primera pregunta que no respondiera me matarían.

—Joder...

—Él les contó todo lo que quisieron saber. Les habló de la investigación y de lo que teníamos hasta el momento. Se rieron mucho cuando les dijo que creíamos que Alfredo Combs era un miembro más de la banda. Habíamos pillado al cabecilla y no lo sabíamos. —Asintió—. Se rieron mucho.

Levantó la cabeza. Se le había ido hundiendo, hundiendo entre los hombros, y al alzarla sintió una cuchillada de dolor en el cuello. Fijó la mirada en las botellas que decoraban la trasera de la barra, tomó aire y continuó.

—Mataron a Charlie —dijo—. Pero no le dispararon. Dijeron que no malgastarían una bala en nosotros. Lo mataron a golpes. A patadas, a puñetazos, con una barra de metal... Lo mataron delante de mí mientras el tipo que me había metido la pistola en la boca me obligaba a mirar y se reía...

—Joder, joder...

—Y entonces Combs se volvió hacia mí.

—Joder, Elizab...

—Me dijo que me iba a violar. Que luego me violarían todos sus hombres. Todos, lo recalco. Todos. Y que después me matarían como habían matado a Charlie. Sin una bala. Porque no valíamos ese gasto.

—Mierda, Elizabeth, no tienes que seguir si no...

—Pero llegó la caballería. Combs estaba despidiendo a sus hombres. Les decía que iba a divertirse un rato conmigo y que los avisaría cuando pudieran pasar a tomar el relevo. Y justo entonces llegó la policía. El tipo que habíamos visto fuera era un topo de la DEA, y llamó para pedir refuerzos cuando oyó los gritos. Organizaron el rescate lo más rápido que pudieron, pero...

Un ruido sordo la interrumpió. Un ruido lejano, apenas audible, el sonido de una lágrima que golpeó la madera pulida de la barra. Elizabeth lloraba y ni siquiera se había dado cuenta. Se secó la mejilla con la mano, aun sabiendo que, de momento, no podría parar.

Quiso continuar la historia, pero no lo hizo, no hacía falta. Pillaron a Alfredo y a todos sus hombres con las manos en la masa, con tres chicas violadas y asesinadas, un agente de policía brutalmente golpeado hasta la muerte y otra que había sido testigo de todo. Ahora estaba encerrado a la espera de juicio, pero saber eso no hacía que ella se sintiera mejor cuando los fantasmas la acechaban por la noche y era incapaz de cerrar los ojos.

—Lo siento mucho —susurró Mike.

Ella no lo miró. Aún no. Temblaba.

—Charlie me llamaba Lizzy —concluyó.

Él suspiró.

—Mierda. Soy un gilipollas. Lo siento.

Ella no respondió. Las compuertas habían cedido y toda la mierda acumulada había escapado como una riada. Se sentía vacía, hueca por dentro. Sin fuerzas. Se levantó del taburete y, sin una palabra, abandonó el bar. No había llegado a probar la ginebra.

Mike había dicho que estaba aguada.

LA PREPARACIÓN

Jueves, 02 de agosto – 05:53 h

Piso franco. Los Ángeles, CA

Zed apoyó los codos en la barandilla del balcón y suspiró. Tendría que darle las gracias. Siempre podía contar con Veyron cuando necesitaba algo rápido y de calidad, pero en esta ocasión, su encargado de logística se había lucido. El piso treinta y seis del rascacielos en el que le había conseguido un apartamento disfrutaba de unas vistas inmejorables sobre la ciudad, desde el *downtown*, en el sur, hasta las montañas de Santa Mónica al noroeste, por encima de toda el área metropolitana y con el Pacífico al fondo.

El amanecer que había visto alzarse desde allí era una postal turística: el cielo reventado en una explosión naranja y rosa, zonas residenciales ocultas bajo masas de parques y jardines, y los edificios del centro, altas siluetas negras salpicadas de luces amarillas en ventanas que nunca se apagaban. La clase de mañana en la que cualquier cosa podía ocurrir. Los hombres y mujeres que despertaban en aquel momento o estaban a punto de hacerlo o no se habían metido aún en la cama tenían ante sí un nuevo día que podía ser irrelevante o ese día definitivo que jamás olvidarían. Esa misma hoja en blanco se presentaba ante Zed en la figura redonda de un sol que, como un mal augurio, teñía el cielo de sangre.

El grave latido de un helicóptero orientó hacia arriba la mirada del asesino. La constante presencia de aeronaves le había acelerado el pulso durante los primeros días de su estancia en la ciudad. A cualquier hora se veía asaltado por el ruido de helicópteros de policía, de televisión, de Hollywood, rutas turísticas o transportes privados de ricos y famosos que atravesaban el cielo en dirección a uno de los incontables aeropuertos de la zona. El aparato que veía ahora parecía dirigirse al Bob Hope. ¿Qué clase de ciudad ponía a un aeropuerto el nombre de un cómico? Los Ángeles era un chiste de humor negro oculto bajo un sucio manto de contaminación que, quizá, también tuviera la culpa del horroroso clima que la caracterizaba. La idílica California. Un huevo. No era normal un sitio en el que siempre hacía ese calor. Eran las seis

de la mañana y ya superaban los veinte grados. Y el sol... Siempre allí arriba, sin importar el estado de ánimo de quien lo observara. Feliz, triste, preocupado, tranquilo, siempre lucía el sol. Era incoherente. En Rusia nevaba, llovía y hacía viento. Si eras feliz podías bailar bajo la lluvia, y si eras desgraciado podías dejar que ella se llevara tus lágrimas. Pero el sol, ¿qué podía hacer el sol por las lágrimas? ¿Secarlas? Prefería trabajar con sol que con lluvia, por supuesto, pero habría dado un año de vida por ver una nube de verdad. Una puta nube, y no aquellos jirones deslavazados como escupitajos en el cielo.

El repentino roce de algo húmedo en el codo lo sobresaltó, y un ramalazo de dolor en el flanco derecho le provocó un gemido. Se llevó por inercia la mano al vendaje que le cubría el torso desnudo y comprobó que no se le habían saltado los puntos. Luego miró al causante del susto. Rudolf. El cachorro no llegaba a apoyar las patas sobre la barandilla, pero mientras sus pezuñas resbalaban contra el cristal que los separaba del abismo, había alcanzado a lamerle el brazo. Zed se despidió del que podía ser el último amanecer de su vida y regresó al interior del apartamento.

Su hora se acercaba. Aunque eso no tenía nada de especial para él, su hora había llegado y pasado de largo demasiadas veces como para que esas palabras significaran algo. Quizá nunca había llegado a vivir del todo. Quizá parte de él había quedado al otro lado cuando lo atropellaron, y todo aquel tiempo solo había intentado regresar a ese día, a ese niño que aún no había hecho nada malo.

Dos grandes bolsas de deporte permanecían abiertas sobre la cama. La primera contenía ropa, zapatos, sobres de dinero en múltiples divisas, pasaportes y todos los papeles que necesitaría para su huida. Su seguro de vida. La otra aún presentaba sus tripas oscuras. Las armas que transportaría se mostraban sobre la cama revuelta como en el expositor de un supermercado: rifles, fusiles, subfusiles, ametralladoras, pistolas, revólveres y cuchillos. Bogdanov le había dado a elegir lo que quisiera entre su arsenal, y esa era la parte complicada; no le gustaban las armas largas, eran difíciles de llevar y de esconder, y solo servían en el caso de una batalla campal. Pero eso era justo lo que se avecinaba.

Maksimov había llamado a Lyagushkin, y juntos habían acordado un encuentro íntimo para la entrega, Zed a cambio de Tessa. Un lugar neutral que Lyagushkin les comunicaría a lo largo de la mañana. Pocas personas. No sucedería así. Por mucho que ambos fingieran estar dispuestos a colaborar

para encontrar al hombre que había ordenado matar a Ekaterina, ninguno se fiaba del otro. Los dos bandos acudirían con un ejército, y una pistola no sería suficiente. Así que Zed había optado por llevarse todas las armas que tenía a su disposición.

Por desgracia, eso no lo hacía sentir mejor. Al contrario. Demasiada potencia de fuego, demasiada gente, demasiadas incógnitas. No le importaba enfrentarse solo a veinte hombres, siempre que contara con el factor sorpresa y pudiera organizar el ataque a su ritmo. Pero esta vez no habría factor sorpresa ni ritmo. Esta vez sería diferente, y no le gustaba nada. No conocía el lugar de encuentro ni la hora, no confiaba en la gente que lo acompañaría. Todo estaba mal y su instinto lo avisaba mediante gritos que se veía obligado a ignorar.

Lanzó al interior de la bolsa los chalecos antibalas y el AKMSU, luego la SIG P226 y dos Uzi. Una Makarov, una Glock. No sería una batalla discreta. Tampoco importaba. Nada importaba, solo sacar a Tessa de allí. Viva y bien. Suspiró y guardó el MP5.

Rudolf se subió a una esquina del colchón y olisqueó el AK-47 con desconfianza antes de apartarse. Buen instinto.

Zed recogió el Finka que había dejado junto a las maletas. Su viejo cuchillo, lo único que había heredado de su padre y la única arma a la que confiaba su vida. Jamás se había separado de él desde aquella mañana que no quería recordar, y aún lo consideraba más útil que todas las pistolas y ametralladoras que tenía ante sí. Su Finka. No era cuestión de que Rudolf se lo clavara por accidente. La herida de la cabeza del cachorro curaba bien, aunque el vendaje que Zed había improvisado lo hacía parecer un dibujo animado: Rudolf, el temible perro momia. Esperó que Tessa no se enfadara cuando lo viera, lo había hecho lo mejor posible. Sabía mucho de vendarse a sí mismo, pero poco sobre vendar animales, y no se encontraba en situación de llevarlo a un veterinario. Ella lo comprendería. Ella.

Cerró los ojos y se dejó caer en la cama. Las armas tintinearón sobre el colchón al chocar unas con otras.

Tessa, Tessa. El mundo se había reducido a esa palabra. Tessa. Los ojos dorados de Tessa, la sonrisa de Tessa, el cuerpo de Tessa, su piel, su cabello, su baile... Ella. Tessa.

Su padre se reiría de él si lo viera ahora. Ya se lo había advertido, pero el Zed de catorce años que creía saberlo todo, no lo escuchó. Estaban en casa, lo recordaba bien, sentados borrachos como cada año en el aniversario de la

muerte de su madre. El tugurio de paredes consumidas por la tristeza. La bombilla solitaria que colgaba como un gancho de carne del techo. El sofá destartado, comprado en un mercadillo de segunda mano, como todo lo demás, porque Bogdan Alkaev no tenía motivos para preocuparse por la decoración de una casa cuyos habitantes jamás considerarían su hogar. Allí, con la botella entre las piernas, dejó caer la mano sobre la rodilla de su hijo y le aseguró que él también se enamoraría algún día, que querría compartir su vida con alguien y abandonarlo todo por esa persona. Tonterías. Zed tenía catorce años, estaba tan borracho como su padre, y la idea de unirse a una mujer para siempre sonaba como el infierno. Él iba a ser el rey de Moscú. Por supuesto, no pasó mucho tiempo hasta que las mujeres comenzaron a ganar atractivo, pero ni siquiera entonces se planteó unirse a una. ¿Quién lo amaría haciendo lo que hacía, siendo lo que era? ¿Comprometerse, casarse, una familia? Dieciséis años atrás, aquellas palabras habían sonado a utopía en boca de su padre, pero hoy eran un sueño real que lo cambiaba todo.

Nunca había tenido miedo a morir. ¿Cuántas veces había muerto, al fin y al cabo? El abismo en el que sus demonios lo aguardaban parecía llamarlo de manera recurrente, y una y otra vez él saltaba sin ver el fondo. Hasta ahora. Ahora que estaba dispuesto a saltar de nuevo había algo que lo retenía y que no era más que la ilusión de una persona que lo aceptaba como era. Eso lo cambiaba todo. El abismo se había vuelto más negro y los demonios del fondo tenían los dientes más afilados. Tessa y aquella mirada de oro que él no lograba apartar de su mente lo mantenían en la cima del acantilado. Ella no le dejaba saltar. Y sin embargo ella era el motivo por el que iba a hacerlo.

Ella era su debilidad. Y por eso la habían secuestrado. Por eso él iba a jugarse la vida. Porque como un novato estúpido que no hubiera aprendido nada, había permitido que todos conocieran su flaqueza. Cualquiera en el Hot Corner sabía que acudía cada noche para estar con ella, para verla bailar, para interrogarla sobre Katya y pasarse horas, en cambio, hablando de las pequeñas cosas que no son nada pero lo significan todo. Lyagushkin había encontrado en Tessa el mejor modo de llegar al hombre que había matado a su hijo, porque pensaba que ella era lo único que él tenía. Cierto, pero no del todo. También tenía a Maksimov.

Zed suspiró con alivio al recordar el breve instante en el que creyó que el *pakhan* lo entregaría para acceder al asesino de Katya. No había sido así. Lyagushkin no había contado con que Zed era como un hijo para Maksimov y como tal, este defendió su plan. Le haría pagar la traición de no matar a Alek,

por supuesto, y esa deuda era algo en lo que Zed prefería no pensar, pero de momento jugaban en el mismo bando. Zed estaba al mando de la operación, Lyagushkin moriría, Alek moriría, pero Tessa viviría.

Se levantó y fue al cuarto de baño. Tenía que relajarse y enfriar la mente. No podía enfrentarse al intercambio con la cabeza como la tenía, con aquel constante despiste en el que solo existía si ella estaba cerca. Se mojó la cara con agua fría y frotó como si pudiera arrancarse las dudas de la piel. Luego cerró el grifo y volvió a restregarse con la toalla. Cuando acabó, le costó identificar el rostro colorado que encontró en el espejo. Aquel individuo que parecía mucho más joven de lo que se sentía le devolvió una mirada impasible, la ilusión mentirosa de un hombre que no tenía miedo.

Bajó la mirada. Cada cicatriz que cercenaba su piel era una lección cuya enseñanza debería aplicar esa misma tarde. La primera, la del atropello, lo había acompañado siempre. Qué poco imaginaba entonces todas las que la seguirían. La figura del espejo giró el brazo para forzarlo a observar la temible marca del bíceps. El precio de su rebelión. ¿Qué esperaba Maksimov? Él no era más que un crío que acababa de perder a su padre. El *pakhan* ocupó ese lugar, lo tomó bajo su cuidado, lo moldeó como quiso y lo enseñó a matar, a esconderse y a pasar desapercibido. Pero le impidió ser uno de ellos. Nada de confraternizar. Nada de tatuajes como los que usaban sus compañeros para narrar su historia en la piel. Él no tenía historia.

Tan solo quería ser como los demás, como su padre, que llevaba el cuerpo cubierto de recuerdos desdibujados y verdosos. Tatuajes grabados en las calles de Moscú antes de su emigración a Estados Unidos, antes de intentar fingir ser otra persona. Lo único que el joven Zed deseaba en aquel momento era ser como él. Que su padre estuviera orgulloso. Que su madre... No. Apenas la recordaba ya. Ella y todo lo que era se había quedado en Nueva York. No podía saber si estaría orgullosa de él. Pero si su padre lo estaba, aun muerto, sería algo.

Se hizo el tatuaje del tigre y Maksimov lo obligó a pagar por ello. Ni siquiera entonces cesaron las bromas y humillaciones por parte de quienes veían en su piel inmaculada una prueba de su cobardía. Hasta que uno murió entre sus manos, delante de los demás, y las risas se cortaron para siempre.

Su piel ya no estaba tan limpia como entonces. Hoy mostraba el recuerdo del atropello, la quemadura, tres balas y una cuchillada. Dos, cuando se quitara el vendaje. Nueva York, Moscú, Praga, Kazajistán, Kiev, San Petersburgo. Los Ángeles. Cicatrices dejadas por quienes habían intentado

matarlo. Tantos nombres, tantas veces, tanta sangre. Tanta rabia. Intentos de herirle que no funcionaron porque ninguna bala causaba tanto dolor como el que había sentido con diez años. Nada hería más que aquellos ojos que se cerraron para siempre en la cama de un hospital, que le dirigieron una última sonrisa, incapaces, por las drogas y el tormento, de apretar su mano.

Nada dolía tanto. Ni siquiera el soplete que le quemó el tatuaje. Nada dolía tanto.

Exhaló todo el aire que llevaba dentro y regresó al salón. Eran las seis y diecinueve. La PlayStation aguardaba paciente bajo el televisor, el lector de libros electrónicos dormía en la mesa, la toalla de ejercicios colgaba del pomo de la puerta del baño. La tarde anterior, la cuchillada le había hecho ver las estrellas mientras entrenaba, pero eso no lo detendría, y menos hoy. Le quedaba un largo día de espera por delante.

LA DESPEDIDA

Jueves, 02 de agosto – 08:03 h

**Estación de policía de Los Ángeles Oeste. Los Ángeles,
CA**

El agente del FBI Michael Poulsen tomó aire antes de acercarse a la mesa de su antigua compañera. Lizzy —Elizabeth, Elizabeth, nada de Lizzy nunca más — estaba sentada ante el ordenador. Escribía con dedos rápidos y ágiles sobre el teclado, la mirada concentrada en la pantalla y la mandíbula tensa. Su cuerpo estaba allí, pero su alma se había refugiado en una realidad en la que los pensamientos podían retenerse con cuerdas trenzadas de informes y tecnicismos. Tras conocer su historia, muchas cosas habían empezado a encajar en la cabeza del federal: la constante tristeza de su compañera, su frialdad, su mal humor y ese empeñamiento obsesivo en mantenerse alejada de él.

Qué idiota había sido. Una y mil veces ella le pidió que no la llamara Lizzy, pero él tenía que hacerlo, le gustaba hacerla rabiar. ¿Por qué? ¿Por qué era tan gilipollas? No lo sabía, pero al mirar atrás podía aventurar que siempre había sido así, con todo el mundo y más aún con las mujeres. ¿Por qué? ¿Qué le pasaba? Esa actitud suya explicaba su historial de relaciones fugaces y drásticas rupturas. Ninguna lo aguantaba demasiado tiempo. Normal. Y lo peor de todo era que no había aprendido nada. En las dos semanas que llevaba a su lado no se había interesado lo más mínimo por su vida, si tenía familia, hijos, marido. Nada. Vio sus nudillos destrozados y no se molestó en preguntar por qué. La vio hablar con aquella forense y quiso creer que eran pareja. Luego, en cuanto oyó su historia, dio por sentado que mantenía una relación con el tal Charlie. Así de fácil, cambiaba de teoría según caían los dados, sin preocuparse en ningún momento de averiguar la verdad. ¡Menudo investigador de mierda! Pero era tan sencillo juzgar a los demás sin tener pruebas. Los imaginó juntos, una pareja que se rompía de la peor manera posible y un corazón destrozado a golpes. Pero no. O sí, pero no como él

había querido creer. Charlie y Lizzy no eran pareja. El informe policial que había estudiado esa misma noche se lo confirmó. Charles Gilliam tenía sesenta y un años, tres hijos y un nieto. Si algo había sido Charlie para la detective no era un amante, era un padre. Su primer y único compañero en la brigada de homicidios, la persona que le enseñó lo que sabía. Todo estaba en los informes. Todos sus errores. Todos sus prejuicios equivocados. La había juzgado mal y se había tenido que tragar sus palabras; y el tiempo que había perdido comportándose como un capullo ya nunca lo recuperaría.

Sacudió la cabeza para despejar la mente de aquella colección de despropósitos, y retomó el camino entre las mesas. Ella no se dio cuenta de que estaba allí hasta que él carraspeó para llamar su atención. Entonces Lizzy —Elizabeth, Elizabeth era tan largo... ¿Beth?— levantó la mirada y le dirigió una sonrisa torcida, avergonzada, como si hubiera algo de lo que debiera avergonzarse.

—Estoy preparando el informe para el traspaso al FBI —dijo, sin un saludo ni un «buenos días».

—Gracias —respondió él.

Tantas cosas que decir y su cabeza no supo por dónde empezar. Se quedó en un triste «gracias», un comodín que no significaba nada y al que siguió el silencio, frío e incómodo, tan denso que ni siquiera el bullicio imperante en la sala pudo perturbarlo.

Y como tras unos minutos eternos él fue incapaz de añadir nada a aquella palabra vacía, ella devolvió la mirada al ordenador.

Eso era todo. Podía marcharse. No tenía nada más que hacer allí. Sus papeles y carpetas estaban encima de la mesa, desordenados como siempre en montañas que amenazaban con derrumbarse en un alud incontenible. No tenía más que cogerlas y regresar a la oficina en el 11000 de Wilshire Boulevard. Adiós.

—Maksimov está en la ciudad —dijo, sin embargo, sentándose en la silla que tantas veces había ocupado.

Ella desvió sus ojos negros hacia él.

—¿Cuándo ha llegado?

—Ayer, creo.

—Quiere cargarse a Lyagushkin con sus propias manos, ¿eh? —Él asintió con un encogimiento de hombros, y ella se recostó en la silla antes de continuar—. ¿Y qué vais a hacer?

Vais. Segunda persona del plural. Vosotros. Nada de «¿qué vamos a

hacer?». Era «¿qué vais a hacer?», y él sintió aquel tiempo verbal como una cuchillada. Todo había cambiado, por su culpa, por gilipollas.

—Seguirlo a todas partes —contestó—. Me toca el trabajo más aburrido del mundo, y sospecho que la carrera del otro día por el centro tiene algo que ver. —Se frotó la cara con un suspiro cansado. Necesitaba un cigarro, una birra y un polvo. Necesitaba unas vacaciones—. En cuanto tengamos la orden comenzaremos las escuchas.

—No tardarán. Esto es importante.

—Ya.

Mike quiso añadir algo más, pero, de nuevo, fue incapaz de encontrar las palabras que rompieran el muro creado entre ellos. Dirigió una mirada a su alrededor, como si en la rutina que los envolvía fuera a encontrar inspiración.

Media docena de detectives trabajaban con las cabezas enterradas en columnas de papeles y ventanas de ordenador, donde no hallarían las respuestas al mal que acechaba el mundo, la ciudad, el distrito. No las encontrarían entre aquellos datos y por eso no las buscaban, tan solo buscaban un nombre que señalar como culpable. Cerrar una carpeta y pasar a la siguiente. Como si una persona fuera la única culpable de sus actos. Pero si algo podía afirmar cualquiera de aquellos detectives era que el mal muy pocas veces se encuentra dentro de una persona. No hay asesinos, ladrones ni mafiosos. Hay personas que cometen asesinatos, que roban o se meten en la mafia. No son enfermedades, no está en la sangre. Normalmente no, al menos, aunque había excepciones. La maldad que corría por las venas de Zakhar Alkaev estaba grabada en su ADN. Pero en la mayoría de los casos era una cadena de años, de días, de minutos. Un solo segundo, a veces, era lo que hacía falta para pulsar el interruptor y apagar una luz. Él lo sabía, como lo sabían aquellos detectives y, por supuesto, como lo sabía Elizabeth Delgado. Ella había mirado a los ojos a la oscuridad. Lo describían los informes: la muerte de su abuelo a manos de los narcos, la huida de su madre a Estados Unidos en una noche fría y aterradora. La misma vieja historia de siempre: las amenazas, los gritos, los abusos de quienes juraron mantenerlos a salvo. Luchar a sangre y hueso por un sueño para morir a golpes en un almacén porque alguien había decidido que no merecía el precio de una bala.

Los que trabajaban en aquella sala sabían que culpabilidad y justicia eran dos cosas distintas. La primera era fácil de conseguir. La segunda se escurría entre los dedos como la arena de un reloj. Y con el tiempo dejaba de buscarse. Total ¿para qué? Aunque el tipo que había estado a punto de matarla

pasara el resto de sus días en la cárcel, ella no volvería a dormir en paz. Aunque cazara a Zed, aunque detuvieran a Lyagushkin, a Maksimov... Katya no volvería a la vida. ¿Lo haría Alek, Tessa, algunos de los cientos de cadáveres que aquellos tres cargaban a sus espaldas? Los muertos no exigían justicia, eran los vivos los que querían creer que tal concepto existía y que podían apelar a ella cuando algo salía mal. Y él, Elizabeth y el resto de detectives de la sala, de todas las salas del mundo iguales a esa, eran los actores contratados para interpretar el papel y fingir que no sabían lo que sabían. Que no hay justicia. Pero que siempre queda la venganza.

—¿Qué vas a hacer tú ahora?

La detective ladeó la cabeza.

—¿A qué te refieres?

—Nos cedes el caso. ¿Qué vas a...?

Elizabeth —¿Beth? No sonaba mal, ¿no?— bajó la vista. Mike lamentó haber preguntado, pero de inmediato cambió de opinión, quería preguntar, quería saber, no volvería a ser el gilipollas que daba cosas por sentado. Ya había empezado a cambiar. Exigió explicaciones a David y su hijo se las dio; exigió conocer la historia de su compañera y ella se confesó con él. Era una táctica nueva, pero comenzaba a manejarla con soltura. Se alegró de haber preguntado.

—En cuanto termine con el informe presentaré mi dimisión.

—¿Qué? —Se inclinó hacia ella.

—Ayer lo entendí. Cuando entraste en el bar imaginé cómo debías verme, una policía tonta e inútil, sentada delante de una ginebra aguada, con un montón de gilipolleces en la cabeza y a un trago de convertirse en alcohólica.

—No eres tonta ni inútil.

Ella rio con desgana.

—Por supuesto que sí. Tú tuviste razón todo el tiempo, se aproximaba una guerra y Zed iba a matar a Tessa en cuanto terminara con su trabajo. Ahora Maksimov está aquí, ella y Alek han desaparecido y seguramente estén muertos. Si os hubiéramos cedido el caso desde el principio quizá habría cambiado algo.

Tomó una ruidosa bocanada de aire y levantó la cabeza, que se le había ido enterrando entre los hombros.

—No —concluyó—. No sé si siempre he sido así o si es un efecto de lo ocurrido, pero no puedo continuar en este trabajo. Es una pérdida de tiempo para mí y para el departamento.

—Puedes pedir una baja, buscar ayuda.

—¿Me imaginas a mí largándole el rollo a un loquero? —rio ella—. No, lo intenté y no funcionó. Buscaré otra cosa que hacer. Algo se me ocurrirá.

—Beth...

—¿Ya no soy Lizzy? —Por primera vez una sonrisa sincera le entornó los ojos.

Él negó, avergonzado.

—Siento haberte llamado así.

—No sabías nada. Está bien.

—Me lo repetiste mil veces.

—Sí, eres un cabezota. Pero está bien, de verdad, no pasa nada.

Lo miró en silencio. De nuevo aquel silencio que le exigía que hablara, pero que no le daba pistas sobre lo que debía decir.

Y antes de que lo descubriera, el móvil del agente empezó a sonar. Con una sonrisa resignada, Elizabeth se volvió de nuevo hacia el ordenador y Mike sintió que había perdido la oportunidad de hacer algo, aunque no supiera qué. Soltó el collar, se levantó y sacó el teléfono del bolsillo interior de la chaqueta. El número en la pantalla correspondía con la central del FBI en la ciudad. Contestó.

—Poulsen.

—Tío, no te lo vas a creer. —El agente Yuen sonaba pletórico—. Alek Lyagushkin está vivo.

Mike giró el rostro hacia Beth. La vida continuaba con normalidad en aquella austera habitación. Ella tecleaba, sus compañeros trabajaban, reían, hablaban. No estaba soñando.

—¿Qué dices? ¿Dónde está?

—Lo tiene Zed. No sabemos dónde, pero creemos que va a reunirse con Maksimov esta tarde para entregárselo.

Beth había retomado su trabajo en el ordenador, ignorante de que un agente federal, a menos de dos kilómetros de allí, acababa de darle la razón que ella creía haber perdido.

Mike cubrió el micrófono con la mano y se inclinó sobre su mesa.

—Alek Lyagushkin está vivo —la informó.

La detective alzó la cabeza con los ojos abiertos de par en par, dos bombillas de obsidiana que iluminaron el departamento.

—¿Cómo os habéis enterado de eso? —preguntó él al teléfono.

—No te lo vas a creer —repitió su compañero—. Llamó a emergencias.

—¿Quién?

—¡Él mismo! ¡El mismísimo Alek Lyagushkin! —El agente rompió a reír—. Fueron unos segundos, en seguida cortó, o cortó otra persona, no queda claro en el audio, pero era el puto Alek Lyagushkin cagado de miedo. Dijo que Zed lo ha secuestrado y que va a entregarlo a Maksimov. Tienes que venir echando leches, la intervención está en marcha. Hay que organizarlo todo.

Mike colgó sin despedirse y se giró hacia la que había sido su compañera hasta el día anterior. El capullo del agente Stein se había acercado al oír las voces y cotilleaba junto a la mesa, siempre cerca de ella, siempre con la oreja puesta para enterarse de todo. No dejó que le amargara la victoria.

—Ya has oído —dijo, ignorando al irlandés—. Alek está vivo.

—Zed lo dejó con vida... —murmuró la detective.

—No por mucho tiempo, Maksimov está en la ciudad y ya sabemos cuál será su primera parada. Tengo que irme.

Salió corriendo.

—¡Ten cuidado! —gritó una voz a su espalda.

Mike se giró.

—Siempre lo tengo —contestó con una sonrisa.

—No lo has tenido en tu vida —replicó ella, con una mueca aún mayor.

A él se le escapó una carcajada que lo acompañó de camino a la puerta, pero antes de llegar, se giró hacia ella una última vez.

—¡Quizá deberías replantearte tu futuro! —le gritó—. ¡Quizá tu instinto no te falló!

Beth sonrió, y él abandonó el edificio con la imagen de aquella sonrisa en la retina. Una bonita imagen.

EL CAMBIO

Jueves, 02 de agosto – 11:23 h

Algún lugar de Los Ángeles, CA

La mosca se posó sobre el bocadillo que un cretino con cara de pocas luces había dejado en el suelo como desayuno, y que ahora reclamaban las hormigas del lugar. Igual que el que le había llevado para cenar la noche anterior, el almuerzo anterior a ese y el desayuno anterior a aquel, el pedazo de pollo aprisionado entre dos lonchas de pan se pudría sobre el plato sin que Tessa le prestara atención.

«Zed ha muerto».

Las últimas palabras que le había dirigido el Checo se repetían negras y amargas. Zed ha muerto.

Por su culpa. Ella se había largado, había huido. Lo dejó solo con el otro tipo y escapó. Cayó en las manos del gorila como una estúpida. Y ahora Zed estaba muerto.

Para no haber empuñado nunca un arma, la lista de cadáveres que se acumulaba a su espalda crecía con cada anochecer. Katya, Alek, Zed...

Se giró en posición fetal en el camastro, encogida de cara a la pared como si pudiera fundirse con ella y desaparecer del mundo. Estaba cansada. Tan cansada. Le dolían la cabeza, el cuerpo y el alma, los ojos le ardían de tanto llorar, la garganta era una lija cada vez que respiraba aquel aire cargado de polvo. Solo quería volver atrás y que todo fuera como antes, regresar a los almuerzos con Katya en el jardín de la academia, a las risas, a las escapadas nocturnas por la puerta de atrás para que el guardaespaldas de turno no se diera cuenta, a las salidas con Alek, a los cafés... A como era todo antes de que Katya muriera, antes de que se enterara de que la había traicionado. Antes de empezar a traicionarla.

Sentía que cada decisión tomada desde que podía recordar había sido un error. Una y otra vez había elegido el camino equivocado, y siempre que encontró algo bueno se las arregló para estropearlo. Como Katya. Algo en su interior le repetía que una amistad como lo suya no podía ser real, y por eso la

había vendido a Bogdanov. Le contó todos sus secretos menos el único que habría podido salvarla: que la hija de Luka Maksimov se había enamorado del hijo de Feodor Lyagushkin. Todo lo hacía mal. Todo.

Durante los últimos meses, un odio cenagoso había crecido en su alma, la losa de un nuevo día de traiciones y bailes obscenos ante hombres a los que despreciaba, aunque no tanto como se despreciaba a sí misma. Odiaba su vida, pero allí, encerrada en mitad de ninguna parte, habría dado cualquier cosa por recuperarla. Incluso por volver al escenario del Hot Corner. Estaba dispuesta a aguantar las miradas y los manoseos, la repugnancia que sentía cada vez que uno de aquellos tipos la acariciaba para meter un billete en el tanga, y las guarradas que babeaban a sus pies. Aguantaría lo que fuera con tal de regresar allí y volver a bailar.

Necesitaba bailar.

Se secó las lágrimas y bajó de la cama. Bailar. Poco podría bailar en su situación. Los brazos de una bailarina deben alzarse, deben volar y expresarse. Y lo único que expresaban aquellas esposas, salpicadas de manchas oscuras que se empeñaba en creer que eran óxido, era dolor y miedo.

Agitó la cabeza y se apretó los párpados con las palmas de las manos para no romper a llorar una vez más. Lo haría lo mejor que pudiera. Lo necesitaba si no quería volverse loca. Siempre había sido así. Si cerraba los ojos, cosa que no quería hacer, todavía podía recordar aquella tarde en que, sentada con su madre delante del televisor, supo que la danza sería al mismo tiempo su perdición y su salvación. Veían *Las zapatillas rojas* y su madre estaba sobria, le acariciaba el pelo y le decía que era hermosa, preciosa como la bailarina de la película. Que el mundo podía ser suyo si aprendía a danzar sobre la navaja. Tessa aprendió a hacerlo, y en ese momento entendió que la danza sería lo único que la mantendría viva y cuerda. Hoy, más que nunca, aquella necesidad era real.

Se sentó en el suelo alfombrado de polvo. La espalda recta. Cerró los ojos, respiró hondo y comenzó con el estiramiento: pies, tobillos, gemelos, cuádriceps, abductores, abdominales. Se puso en pie y continuó con el tren superior: dorsales, muñecas, brazos, hombros y cuello. Contaba uno, dos, tres, cuatro, y en cada tempo se sentía un poco mejor, como si la cochambrosa habitación desapareciera y regresara a la academia, a la luminosa aula que el sol bañaba desde los espejos, donde las notas del piano reverberaban contra las paredes y la voz firme del profesor Chayka corregía sus pasos.

La piel de las heridas en las muñecas parecía desgarrarse con cada

movimiento, pero lo aguantó. Los golpes y las zonas hinchadas se quejaban con cada gesto. Pero lo aguantó. Lo que iba a hacer a continuación dolería mucho más. Pero lo aguantaría.

Activación. Movimientos para entrar en calor, saltos, carrera, abdominales. Sin darse cuenta, había comenzado a sonreír.

Cuando terminó la rutina estaba sudando. No sabía la hora que era, pero el calor entre aquellas paredes escamosas era asfixiante, se le agarraba a la garganta y no la dejaba respirar. Notaba las axilas empapadas y la cara húmeda. El pelo, sucio y enredado, se le pegaba a las mejillas y los hombros. Se lo apartó y sustituyó la coleta por un moño precario que sabía que no aguantaría demasiado. No podía hacer más, con las manos esposadas y sin una mísera pinza a su disposición. Su mochila había quedado en casa, con todas sus cosas, con el teléfono, con el cadáver de...

No. No quiso pensar en eso. No podía.

Sacudió brazos y cuello, y se dispuso a empezar con los ejercicios.

Tomó aire.

Plié. Rodillas flexionadas a media altura, bajar lentamente. Un, dos, tres, cuatro... ¡Qué raro era hacerlo con las manos atadas! *Grand plié.* Abajo del todo, un, dos, tres, cuatro...

Podía oír el piano en su cabeza, las tranquilas notas que sonaban más fuerte que el miedo.

Relevé, a puntas en segunda, cuarta, quinta... Los brazos en alto. Malditas esposas. Un, dos, tres, cuatro...

No sabía cuánto tiempo llevaba encerrada, pero calculaba unas treinta horas. Un desayuno, un almuerzo, una cena, una noche de insomnio y otro desayuno. Botellas de agua. Bocadillos que permanecían intactos en el plato hasta que el cretino se los llevaba y traía los siguientes bajo la supervisión dictatorial del Checo. No la había vuelto a tocar, pero cada visita era un arma cargada. Cada sonrisa, una promesa de lo que haría con ella tarde o temprano. Y al Checo le encantaba sonreír, lo hacía todo el rato, sonrisas largas y afiladas. Pero Tessa no podía dejar de preguntarse por qué no la habían matado aún.

Jété y Tendú. El pie adelante, atrás. Un, dos, tres, cuatro...

Alguien la quería con vida. ¿Quién? Lyagushkin, estaba claro. Era él quien la había secuestrado, pero ¿para qué? ¿Por qué no matarla? Si era una venganza hacia Zed por matar a Alek, ¿por qué mantenerla con vida? No, Alek seguía vivo, Zed no lo había matado, se lo dijo. Se lo dijo. Pero, aun así, si

Zed estaba muerto...

Grand battement. La pierna estirada hacia delante, un, dos, tres, cuatro, arriba... Arriba...

Zed ha muerto.

Nadie la protegería ahora. ¿Y quién la había protegido antes? Nadie, nunca. Solo él la trató bien, pero no se podía decir que la hubiera protegido. Por ayudarlo, se había llevado una paliza, y quizá también por su culpa se encontraba ahora encerrada en aquella habitación mugrienta en la que un calor bochornoso se le pegaba a la piel, y de la que no saldría con vida.

Bogdanov. Ojalá pudiera ver su cara cuando se enterara de que el Checo lo había traicionado y se había unido a Lyagushkin. Ojalá lo mataran. Aunque si tenía que apostar entre esos dos, dudaba menos de las habilidades asesinas de Georgy que de las de su jefe; al fin y al cabo, el Checo era el ejecutor de los trabajos sucios de su amo. En cualquier caso, nunca lo sabría. Nunca saldría de allí.

Zed ha muerto.

Rond de jambe. La pierna dibujó un arco en el suelo, a media altura, en alto, en *dehors*, en *dedans*. *Grand rond*... Una y otra vez las manos tendían a separarse, a alzarse y buscar la posición correcta. Las esposas se le clavaban en las heridas de las muñecas, que hervían en carne viva cada vez que el metal las rozaba, pero Tessa no se detuvo ni protestó. Necesitaba continuar para olvidar. Olvidar el dolor mediante el dolor. Olvidar el miedo.

Una gota de sudor se le coló en el ojo derecho, y la bailarina apretó los párpados hasta que desapareció el picor.

De acuerdo. Que no la hubieran matado significaba que tenían un plan peor para ella. Pues no estaba dispuesta a aceptarlo. Tenía que salir de allí, y ya que Zed no la rescataría como el príncipe azul de esos cuentos de hadas en los que no creía ni siquiera de niña, tendría que buscar una manera de salvarse sola.

Giró en *Fouetté* de cara a la habitación.

Sus posibilidades no eran halagüeñas: cuatro paredes descascarilladas, la puerta cerrada con llave y un ventanuco con rejas a la altura del techo.

Esa misma mañana había arrastrado la cama hasta la pared para subirse a ella y mirar al exterior. A través del dedo de mugre que embreaba el cristal, pudo distinguir lo suficiente para saber que se hallaba en un sótano. Un manto de césped brillante y húmedo se extendía desde la base de la ventana hasta una explanada rodeada de árboles de la que vio llegar y marcharse coches en un

goteo casi continuo. Algo ocurría, se notaba la inquietud en el ambiente, en las voces y los pasos apresurados que escuchaba a través de las paredes y el techo. Quizás aquello tuviera relación con la muerte de Zed, quizás habían provocado la ira de Maksimov, que vengaría a «su chico». ¿Qué sería de ella si eso ocurría? No podía contar con que Maksimov la rescatara, por supuesto que no. Ella no era más que la stripper amiga de su hija. La mataría, también. O algo peor.

Pirouettes. Un giro detrás de otro, otro, otro, otro, en *dedans, dehors...* La pierna estirada, encogida. La punta del pie contra la rodilla. Rápido, rápido, el corazón enloquecido, la garganta seca. El pelo, liberado del moño, volaba como el reloj que marcaba un tiempo que se le acababa.

No quería morir. No le gustaba su vida, pero no quería morir. La habían utilizado. La habían pateado y manipulado. Ya estaba harta. No moriría. No caería en sus manos. No volvería a los abusos. A los abusos de Bogdanov. Los abusos del Checo. Los abusos de los clientes. De todos. No.

Más rápido. Sus ojos golpeaban rítmicamente la misma cicatriz cuarteada del muro. La habitación giraba con ella. Cada vez más rápido. Más rápido.

Saldría de allí. Escaparía. Adonde fuera. A México. O más abajo. Más abajo. Más arriba. Donde fuera. ¿Qué importaba? Se había dejado pisotear. Nunca más. Se había comprado un felpudo para recordárselo. Nunca más. Zed había muerto. Por su culpa. Por protegerla. No podía rendirse. No lo haría. Por él.

Se lo debía.

Nunca más.

Detuvo la *pirouette* cara a la puerta. El mareo por el hambre y el sueño le atenazó la garganta, pero Tessa jadeaba. Y sonreía.

Dentro de un rato, el cretino vendría a traerle el almuerzo. Y si tenía suerte, lo haría solo. El día anterior, el Checo había pasado a la hora del desayuno para comprobar que seguía viva, pero de la comida y la cena se había encargado el otro, como si fuera un trabajo demasiado insignificante para alguien de su nivel. Aquel idiota entraba, dejaba el bocadillo en el suelo, la miraba de arriba abajo, se rascaba la polla por encima del pantalón, le cambiaba el orinal y se largaba con una carcajada. Muy tranquilo. Todos lo estaban, aunque quizá no deberían. Él era más alto y pesado que ella, pero ella era rápida y fuerte. Su cuerpo podía parecer frágil a simple vista, pero estaba cimentado en fibra y músculo. Era mucho más peligrosa de lo que aparentaba.

Había estudiado defensa personal. Y ya no tenía miedo.

Se secó el sudor con la fina camiseta de tirantes, apartó el enjambre de hormigas que se habían apropiado del bocadillo y le dio un mordisco. Estaba sorprendentemente bueno. Pollo, lechuga, tomate y mayonesa. Mordió otro trozo.

De acuerdo. Paso uno...

Yaroslav se sorprendió de la habilidad que había adquirido en las últimas horas para sujetar la bandeja con una mano mientras hacía cualquier cosa con la otra. Parecía uno de esos niñatos que trabajan en los bares para pagarse los estudios cargando platos y vasos de un lado a otro. Como si llevara dedicándose a eso toda la vida.

Era la primera vez que tenía que alimentar al prisionero confinado en el sótano de la casa. Antes de que encerraran a la chica, todos los que habían ocupado esa habitación eran tíos con una condena a muerte sobre sus cabezas, poco importaba si comían o la palmaban por el hambre, así que Yaroslav estaba casi seguro de que ninguno había sido alimentado ni por él ni por nadie. Quizás el hambre doliera menos que los castigos que los aguardaban fuera de aquella habitación. No lo sabía. Yaroslav nunca había pasado hambre. Su familia sabía arreglárselas en un mundo en el que la ley del más fuerte es la única que importa. Y él no era demasiado fuerte, quizá tampoco fuera muy listo, lo sabía y no se engañaba al respecto, pero si algo sabía era acercarse a la gente adecuada. No había más que verlo; había llegado mucho más lejos que la panda de flacuchos cuatro ojos que lo miraban con desprecio y asco en el colegio. Mucho más lejos. Ellos se habían convertido en un montón de fracasados, con su hipoteca, una mujer tocapelotas y un trabajo de mierda. Él, en cambio, estaba allí, a las órdenes de un hombre poderoso que pagaba bien y confiaba en él. Se lo había dicho el día anterior. Cuida de ella, Yaroslav, confío en ti.

Y Yaroslav no lo decepcionaría.

Sostuvo la bandeja en equilibrio sobre la mano izquierda, sacó las llaves del bolsillo con la derecha y, con dedos como cañones de escopeta, deslizó una tras otra por la anilla de metal hasta encontrar la que buscaba. La giró en la cerradura y abrió la puerta con el pie.

La zorra dormía en la cama, encogida como una niña pequeña de cara a

la pared, con las piernas contra el pecho y aquellas nalgas que podían volver loco a cualquiera asomando bajo el pantalón. Aquel culo tan pequeño, tan firme. No conseguía dejar de pensar en él desde que lo manoseó la primera noche que había pasado allí. Ojalá hubiera estado despierta, le habría gustado mirarla a los ojos, pero cuando Max la dejó en ese camastro todavía estaba inconsciente. Y él no la tocó. Bueno, apenas. Solo unas caricias inofensivas. El jefe debería recompensarlo por no haberla violado allí mismo. Debería tenérselo en cuenta. Igual lo hacía. No como el Checo. Aquel gilipollas sí que había intentado violarla, o al menos hacerle daño, pero la zorrilla se defendió. ¡Bien hecho! Una chica con pelotas, como le gustaban a él. No le extrañaba que Zed se hubiera encaprichado de ella. Ahora el cabrón moriría por su culpa, pero esa era otra historia.

Cerró la puerta con llave y dejó la bandeja en el suelo. El bocado del desayuno había desaparecido y el plato estaba cubierto de hormigas negras que habían acudido a la caza del botín. Algunas daban vueltas de un lado a otro como si estuvieran colocadas; otras habían dibujado ya una línea definida de entrada y salida, y cargaban con diminutas migas de pan de regreso a su nido, donde quiera que estuviera.

Yaroslav dejó el nuevo plato junto al antiguo y devolvió este a la bandeja. La botella de agua que le había llevado por la mañana también estaba vacía. Bien. El jefe se alegraría. Yaroslav no tenía ni idea de cuáles eran los planes para ella, dudaba de que nadie los conociera aparte del gran hombre, pero sí sabía que incluían mantenerla con vida.

Lo había dejado muy claro. El jefe en persona se había presentado en la casa y había dado órdenes concretas respecto a mantenerse alejados de ella. No necesitó decirlo dos veces. Una orden, una mirada, aquel gesto de la boca que congelaba la sangre en las venas, y todo el mundo lo entendió a la primera.

Lo único de lo que Yaroslav estaba seguro era de que aquella cría se iba a arrepentir de lo que hubiera hecho para provocar la ira de la organización. Ninguna de las personas que había ocupado aquel cuartucho antes que ella había sobrevivido demasiado tiempo después de abandonarlo, y aunque todos hasta entonces habían sido hombres, que ella fuera una chica no mejoraba su futuro. Al contrario. La organización tenía su sistema para castigar a las mujeres, castigos mucho peores que cerrar los ojos y no volver a abrirlos, castigos que convertían la muerte en la única esperanza. Aquella zorra acabaría suplicando a alguien, en algún lugar del mundo, que la matara, y

Yaroslav lo lamentó. Un instante.

No había nada que él pudiera hacer para salvarla y, en cambio, sí podía hacer algo por sí mismo.

Nada de matarla, nada de violarla ni de hacerle daño. Pero quizá podía jugar un poco. Era un cuerpo que alegraba la vista, y seguro que lo estaba deseando. Si no ¿por qué llevaba aquellos pantalones tan cortos y aquella camiseta que casi le dejaba las tetas al aire? Él lo sabía, su padre se lo había explicado antes de que empezara a salirle pelo en las pelotas: todas las tías son iguales, en cualquier parte del mundo, Rusia, América o donde sea, les gusta provocar, llamar la atención, atraer sus miradas para luego devolverle ese gesto de repugnancia que tan bien les sale, con los labios fruncidos y una mirada de desprecio que dice que no, que no con él, que con cualquier otro, a lo mejor, pero que él no es lo bastante bueno. Como si ellas fueran princesas. Hasta que sacaba la cartera, claro, entonces sí, entonces llegaban las sonrisas y los besos y las caricias y las palabras bonitas. Zorras mentirosas. Todas iguales. Y esta también.

Tan solo tenía que controlarse un poco. Nada de hacerle daño.

«Contrólate».

Se aproximó a la cama, despacio, con la mano extendida hacia ese culo que lo llamaba a gritos, y posó los dedos en su piel. Estaba húmeda por el sudor, pero incluso así era tan suave...

La zorra no se movió, encogida de cara a la pared, con el pelo en un moño del que se escapaban mechones rebeldes. La mano en el culo no había provocado ninguna reacción, así que Yaroslav se inclinó sobre ella. Lo que buscaba, lo que más deseaba ver y tocar, permanecía aún fuera de su vista. Por poco tiempo. Se inclinó. El hombro, el brazo caído sobre el estómago... La curva de las tetas asomaba por el escote. Se humedeció los labios con la lengua. Eran tetas pequeñas, pero no le importaba. Desde luego que no. Alargó la mano.

¡Pum!

El mundo se movió. Su cabeza golpeó contra algo. La pared. Un destello de dolor blanco le nubló la vista. ¿Qué coño había pasado? Sin tiempo de recuperarse, se sintió lanzado de nuevo contra el muro. Intentó detener el golpe con los brazos, pero llegó tarde. Impactó, perdió el equilibrio en la repentina oscuridad y cayó de bruces sobre la cama.

La habitación era roja, del color de la sangre que se le metía en los ojos y en la boca. No veía nada. Alargó las manos y trató de agarrar a la puta que

lo había golpeado. Ella estaba... No, no estaba... Estaba en todas partes. Debajo, encima... Rugiendo a gritos como un animal.

Notó el impacto en la cara cuando su nariz besó el suelo. Un peso en la columna y algo se le enroscó a la garganta. Unas piernas, los muslos lo aplastaban, los gemelos lo estrangulaban. La zorra le taponó la boca y la nariz con las dos manos y presionó su cabeza hacia delante. Estaba encima de él y apretaba con todas sus fuerzas. ¿Cómo podía retenerlo? Si no era más que una mosquita muerta. ¿Cómo podía ser tan fuerte?

Sus piernas... Sus piernas eran un puto cepo alrededor del cuello. Le clavó los dedos en la carne para abrirlas, pero ella resistió con un grito de rabia y de dolor. No conseguía respirar. Quiso chillar y escupir todos los insultos que inundaban su boca, pero no emitió ningún sonido. Gruñidos. La falta de aire abrasaba sus pulmones. Trató de revolverse, pero cada movimiento lo asfixiaba más. Una niebla negra envolvía el mundo. La sangre en los ojos no le permitía ver. Intentó recuperar la pistola de la parte de atrás del pantalón, pero había caído con los brazos hacia delante y ahora no podía alcanzarla. Ella se había sentado justo encima de sus hombros. Justo encima, la muy puta.

Manoteó en el aire como un pelele. Sus pies se agitaron en busca de apoyo, pero lo único que consiguió fue golpearse las espinillas contra la estructura de la cama. Mordiscos de metal que apenas percibió. Intentó erguirse en una flexión, pero ella empujó aún más hacia delante, aplastando sus brazos contra el suelo. Más. La cabeza era un martillo neumático que no le permitía pensar. Estaba a punto de desmayarse y su visión se llenaba de puntos negros.

La oía gruñir por el esfuerzo. ¿O era él quien lo hacía? No distinguía los sonidos... No veía...

La oscuridad se... Oscuridad.

Gruñó, no podía gritar, no tenía aliento. No respiraba...

La zorra apretó más, con un rugido agónico, y el mundo desapareció.

Oscuridad.

Tessa se dejó caer hacia atrás hasta que su espalda golpeó la cama, que tintineó en el repentino silencio que había invadido la habitación. Por un segundo se apoyó en ella para recuperar el aliento. Cuando abrió los ojos,

continuaba sentada sobre los riñones del cretino. Se apartó con aversión, arrastrándose por el suelo hasta la pared más cercana, y lo observó desde la distancia. Yacía boca abajo, con la cabeza girada hacia ella y la boca abierta, los brazos extendidos hacia delante y los pies en alto, apoyados en el colchón. El zapato derecho había salido volando durante el forcejeo y el calcetín negro lucía un agujero por el que asomaba el dedo gordo, como la cabeza inerte de una marioneta.

Tessa apretó los puños. No conseguía dejar de temblar, pero debía moverse. No estaba segura de si lo había matado o solo había perdido el conocimiento, y como no pensaba acercarse para comprobarlo, debía ponerse en lo peor y salir de allí a toda hostia.

Se levantó y se secó con el brazo el sudor que le empapaba la cara. El moño se había desmoronado, como era de esperar, así que se lo quitó y lo hizo de nuevo. Ahora debía ponerse en marcha.

Y por poco que le gustara, lo primero era lo primero.

Sabía dónde estaba lo que necesitaba coger, en la cinturilla del pantalón de ese tío, en los riñones. Lo sabía porque había rezado durante los largos minutos que no debieron de ser tantos para que la pistola no se disparara mientras forcejeaban en el suelo. Tuvo suerte, pero ahora debía arrebatársela. Estaba allí, el puño negro asomando entre el pantalón y la camisa. Tan a la vista y tan temible. Se agachó y alargó la mano. Mierda. Estaba llena de sangre. la sangre de él, sus babas... Retuvo la arcada y se limpió a restregones contra las sábanas sucias.

Se estremeció.

Cerró los ojos e inhaló una bocanada de aire, no tenía tiempo que perder con tonterías. Agarró la empuñadura con dos dedos y retrocedió de un salto. No ocurrió nada. El ruso continuaba ¿dormido? ¿muerto?

Sopesó la pistola en la palma de la mano. Había visto decenas de hombres armados en su vida, en el club y los guardaespaldas de Katya, pero nunca había sostenido ninguna. Le pareció ligera, más de lo que había imaginado. Empuñadura negra y cañón plateado, pequeña, manejable. Poderosa. ¡Qué fácil era dominar a los demás cuando se tenía algo así entre las manos! ¡Qué fácil sentirse fuerte y humillar y amenazar y golpear! Sintió que el odio y la sed de venganza hacia los hombres que cargaban armas como esa impregnaba su corazón, pero lo apartó. No tenía tiempo.

Las llaves. El tipo solía guardarlas en el bolsillo derecho después de cerrar. Tessa se acercó, alerta por si detectaba la menor reacción en su rostro,

y alargó la mano hacia allí. Introdujo los dedos, luchando contra la rigidez del vaquero, y tiró del primer objeto que encontró. Premio. El aro de metal del que colgaban ocho llaves salió sin impedimento.

Se puso en pie de un salto, corrió hacia la puerta y probó una llave cualquiera. Pensó que había acertado cuando la pieza entró en la cerradura, pero no giró por mucho que la movió a un lado y a otro. La sacó e intentó la segunda. Ni siquiera entró.

—Vamos, joder...

Oía la respiración del ruso a su espalda. ¿O quizá lo imaginaba? Si seguía vivo, ¿cuánto tiempo permanecería inconsciente?

La tercera llave encajó. Tessa apretó los párpados y la giró. La cerradura hizo clic.

Un vistazo atrás. Seguía inmóvil. ¿Era esa la posición en la que...? Sí, estaba igual.

Pegó la oreja a la puerta y escuchó. No se oía nada. Solo el ruido atronador de su corazón. Le temblaban las manos, pero se arriesgó a abrir unos milímetros hasta que una ráfaga de aire fresco penetró en la habitación y le enfrió la piel. Abrió un poco más. Ante ella se alzaba una pared, un pasillo desangelado de muros blancos que se alejaban hacia la izquierda hasta unas escaleras a tres puertas de distancia. A la derecha continuaba para morir contra una pared agrietada a unos pasos de allí.

Echó un último vistazo al interior. El ruso no se movía. A lo mejor lo había matado sin darse cuenta, a lo mejor lo que había tomado por su respiración era otra cosa. Sintió la tentación de ir a comprobarlo. Ella no quería matar a nadie, nunca había matado a nadie, quizá pudiera hacerle el boca a boca, alguna de esas maniobras de reanimación que se veían en la tele, quizá...

Salió al pasillo y cerró la puerta mientras sus labios dibujaban en silencio la palabra «Estúpida».

Se dirigió hacia las escaleras de la izquierda, despacio.

—*Syuda!*

El corazón de Tessa saltó hasta su garganta. El grito había llegado desde arriba, o de fuera, imposible saberlo con exactitud ni descifrar el significado de esa palabra rusa, pero no pasó ni un segundo antes de que varias voces se unieran a aquella y un coro de pasos y carreras retumbaran por el edificio. Miró a su alrededor, no había escondite en el pasillo, y no regresaría a la habitación en la que aquel tío podía despertar de un momento a otro —o no—

con un tremendo dolor de cabeza y un cabreo igual de grande.

Probó la primera puerta. Estaba cerrada. Quizá la llave colgara del manajo que agarraba temblorosa entre los dedos, pero no tenía tiempo para probarlas todas. Las carreras sonaban cada vez más rápidas y cercanas.

Corrió hacia la siguiente y giró el pomo. Se abrió. Le sorprendió tanto que se quedó inmóvil, con la mano en el tirador metálico, hasta que nuevos gritos la reanimaron. Entonces entró y cerró.

El sofocante olor a polvo le secó la boca. Se encontraba en una habitación de idéntica estructura y tamaño a su celda, con la diferencia de que en esta apenas quedaba una pulgada vacía. Docenas de estanterías se apilaban contra las paredes, unas por delante de otras, todas llenas de cajas y trastos metidos en bolsas de papel. Una mesa ocupaba la esquina junto a la puerta, y sobre ella habían amontonado una columna inestable de sillas plegables de plástico rojo. El suelo estaba tapizado de cajas cerradas con cinta de embalar y objetos viejos: una bicicleta desvencijada en un rincón, un antiguo televisor... Basura.

Repasó el manajo de llaves. No sabía cómo eran las que abrían un juego de esposas, pero las que sostenía entre las manos eran demasiado grandes, clásicas llaves de puertas, así que las descartó. Se preocuparía por eso más tarde. Lo primero era salir de allí.

Y para ello debía comprender dónde demonios era «allí».

Se dirigió a la pared del fondo, en la que se abría el ventanuco idéntico al de su celda, y probó con el pie la resistencia de las cajas de cartón que se amontonaban bajo este. Había palabras garabateadas sobre las tapas y en los laterales, pero estaban escritas en cirílico y no le fueron de ayuda. Presionó hacia abajo para comprobar si se hundían, pero aguantaron. Lo que fuera que guardaban era duro. Libros, supuso. Se agarró a una estantería llena de polvo y, con cuidado, escaló sobre la caja más cercana. Resistió. Afianzó la posición con los dos pies y se asomó.

Un BMW negro accedía en ese momento al aparcamiento, haciendo crujir los guijarros del camino como azúcar machacado bajo las ruedas. Se cruzó con un Audi que se alejaba y continuó hasta detenerse junto a dos Mercedes del mismo color y un BMW blanco que permanecía al ralentí. Media docena de hombres aguardaban a un lado, entraban en el edificio, salían y discutían a gritos. Tessa no reconoció ningún rostro ni distinguió ninguna palabra, pero supo que hablaban en ruso. Conocía demasiado bien el ritmo, aquella entonación áspera que sonaba como si los interlocutores se profesaran

el más hondo desprecio.

Un hombre en un elegante traje gris dirigía el cotarro desde el centro de la explanada. Aunque no le veía la cara, su aspecto resultaba imponente: alto, espalda recta, pelo cano y voz profunda. De espaldas a ella, junto al BMW blanco, daba órdenes a todo el mundo. Los hombres que salían de la casa se dirigían a él, lo escuchaban, asentían y se metían en los coches. Ni uno solo protestó ni le llevó la contraria. Debía de ser Lyagushkin en persona.

La puerta del coche recién llegado se abrió y Georgy descendió al calor de la mañana. Tessa se estremeció de odio y de miedo. Era difícil distinguir ambos sentimientos cuando se trataba de él.

El Checo se secó el sudor con el dorso de la mano y avanzó con paso tranquilo hacia el jefe.

—Todo organizado, señor —dijo en inglés.

—Muy bien —respondió el hombre del traje gris, con un marcado acento ruso—. Todo con discreción. Que no sospeche nada hasta que yo dé la orden.

Tessa aún era incapaz de creérselo. Georgy siempre había sido fiel a Bogdanov, cumplía sus órdenes antes de que aquel terminara de pronunciarlas y se ofrecía disponible a cualquier hora del día y de la noche. Las chicas del club —a escondidas, por supuesto— se referían a ellos como el perro y su amo. Quizá fuera eso, a lo mejor el Checo se había cansado de ser esclavo. Bogdanov no era el colmo de la amabilidad ni del agradecimiento, y quizá le habían ofrecido un trato. ¿Cómo era la frase? Una oferta que no podría rechazar.

El hombre que debía de ser Lyagushkin le gritó algo en ruso a un tipo que acababa de salir de un coche. Aquel respondió en el mismo idioma y el primero asintió y lo dejó marchar con una última exhortación que sonó a velocidad. Luego devolvió la mirada al Checo.

—Sí, señor —asintió este. Después sonrió—. ¿Qué pasa con Zed?

Tessa notó que se le encogía el estómago. Zed estaba muerto. ¿Qué pasaba con él?

—¿Qué pasa con él?

—Quiero cargármelo yo.

«¿Qué?».

—Zed es mío —respondió el jefe con naturalidad—. En cuanto tenga a Aleksei lo mataré yo mismo. No te metas en eso.

Tessa retrocedió un paso y, en el desconcierto de su mente, sintió que el

pie no hallaba dónde posarse y caía al vacío. Reprimió un grito. Manoteando en el aire, encontró la estabilidad del suelo en el último instante y evitó la caída. Agilidad, equilibrio. El profesor Chayka estaría orgulloso.

Pero no aguantó mucho allí. De un salto, escaló de nuevo sobre la caja y volvió a asomarse al exterior. El gran patriarca había zanjado la conversación y se alejaba hacia uno de los hombres que acababa de salir de la casa. Ya no había más que decir sobre el tema. Zed estaba vivo. Estaba vivo, aunque por poco tiempo si hacía caso a lo que acababa de escuchar.

Tessa devolvió los pies al suelo y se sentó sobre una de las cajas que había escalado un momento antes. Su mandíbula temblaba, apretada con ambas manos como una niña pequeña que tratara de no hacer ruido. Zed estaba vivo.

A su alrededor continuaban las voces, pasos y motores que se ponían en movimiento y se alejaban rumbo a un destino que ni conocía ni tenía interés en conocer. Tessa solo quería salir de allí y encontrar a Zed. No tenía un teléfono desde el que llamar ni un número al que hacerlo, pero podía regresar al club y contárselo todo a Bogdanov. Este se pondría furioso cuando supiera que el Checo lo había traicionado, avisaría a Zed, y él y Maksimov se lo deberían a ella. Quizás eso la protegería. Quizá todo pudiera salir bien, al final. Era solo una posibilidad, un «quizás», pero un «quizás» era mucho más de lo que tenía hasta entonces. Un «quizás» podía significarlo todo.

Esperó todavía unos minutos antes de ponerse en movimiento. Los ruidos cesaron poco a poco, las voces enmudecieron, los pasos se detuvieron y los coches se alejaron. Entonces, cuando el silencio fue total, se decidió. Agarró la pistola con fuerza, notando en ella el reflejo del temblor de sus dedos, abrió la puerta y salió.

—Jodida puta...

Un estampido retumbó en el pasillo cuando el arma se disparó, apenas un poco más alto que el chillido que escapó de su garganta.

Alguien la agarró por la espalda y le retorció las manos esposadas hasta que el dolor la forzó a soltar la pistola. Por encima del pitido que la ensordecía, escuchó el impacto seco del metal contra el suelo. Se revolvió y pateó en el aire, pero el hombre le sujetó la coronilla y la estrelló de frente contra la pared. Tessa se desplomó con un grito. El pasillo giraba a su alrededor, difuminado tras una niebla negra y viscosa. Notó un chorro de sangre caliente que le resbalaba entre los ojos y los tambores de guerra que le palpitaban en el cerebro. Gimió y se llevó las manos a la cabeza.

Un pie le pateó las costillas y fue como si la embistiera un dieciocho

ruedas. Se encogió en el suelo. Otra patada y otra y otra. Cada una de aquellas ruedas pasándole por encima. Su cuerpo era un saco de líquido caliente en el que se ahogaba entre gritos y lágrimas.

—*Khvatit!*

La patada se congeló en el aire, a medio camino de su espalda. Tessa temblaba y lloraba, encogida como un montón de ropa sucia en el suelo, pero en el silencio que siguió a aquella férrea orden, se atrevió a apartar las manos. La sangre le escoció en los ojos cuando los abrió. Ante ella, como un gigante de cuento de terror, se alzaba su carcelero, perfectamente despierto, con la cara magullada, cubierta de sangre y ojos furiosos. No la miraba a ella sino al comienzo del pasillo, hacia las escaleras. Tessa giró los ojos en aquella dirección y descubrió al hombre del traje gris, el que mandaba, el que iba a matar a Zed, el que había identificado como Lyagushkin. Pero esa cara...

Le costó unos minutos recordar de qué la conocía y entonces entendió lo equivocada que había estado todo ese tiempo. El terrible, terrible error que había cometido.

LAS PRUEBAS

Jueves, 02 de agosto – 18:09 h

**Estación de policía de Los Ángeles Oeste. Los Ángeles,
CA**

Beth esperó junto a la impresora a que saliera la última hoja del informe. Las páginas que la máquina escupía entre quejidos sellaban el fin de todo lo que había conocido hasta el momento. Su último caso. Ocho años de trabajo como detective en la LAPD reducidos a un informe rutinario identificado como DR:182265890 Maksimova / Utkin.

Un caso que ni siquiera vería concluir.

El FBI tomaba el relevo a partir de ese momento, y serían ellos quienes llevaran a cabo el arresto de Maksimov y Zed, quienes frustraran la entrega de Alek Lyagushkin al hombre que pretendía matarlo. El padre del chico caería después; las sospechas que lo inculpaban en la muerte de Katya e Isay eran solo eso, sospechas, pero con el ADN de Kazimir Vasilyev bajo las uñas de Ekaterina, las pruebas de su implicación aparecerían tarde o temprano. O no. Los hombres como Lyagushkin y Maksimov sabían cuidarse bien, no eran ellos los que daban la orden directa ni los que firmaban nada. Y con el asesino material de Katya convertido en un cadáver, ni siquiera podrían preguntarle quién le había ordenado matarla ni por qué.

Elizabeth suspiró. El informe que iba creciendo hoja a hoja en la bandeja le parecía ahora menos relevante que al concluirlo en el ordenador. Si no servía para detener a Feodor Lyagushkin, ¿qué había logrado? Atrapar a Zed, claro, esta vez sí. Su ADN empapaba todo el apartamento de Tessa, y su sangre, la ropa de Vasilyev. Podrían pillarlo, al menos, por el homicidio de este y el secuestro de Alek. Mike tendría que conformarse con eso. Otro asunto eran los asesinatos de Radimir Lagounov y Yegor Popov, y todos los anteriores a aquel caso. No se podía pedir todo.

Elizabeth consultó el reloj que vibraba en la pantalla de la máquina y calculó dónde estaría su compañero. No sabía nada de la operación en la que

pretendían atrapar a los rusos, ni siquiera sabía si el FBI había logrado averiguar cuándo se produciría la entrega del pobre Alek, pero debía suponer que así era. En ese caso, imaginó a Mike aparcado en alguna callejuela con buena visibilidad sobre el objetivo, sudando bajo el tórrido sol de la tarde de agosto, jugueteando con el collar y esperando que llegara la hora. O puede que ya estuviera en medio de la acción. Puede que estuviera cazando la gran ballena blanca en ese mismo instante. Se alegraba por él. Menudo pendejo.

Aunque la pendeja había sido ella, y si necesitaba una prueba que lo corroborase, la sostenía ahora mismo entre las manos: más de sesenta páginas de un informe que debía entregar al FBI y que representaba su fracaso como policía. Desde la llamada del capitán Venters dos semanas atrás, no había hecho otra cosa que dar palos de ciego, creer sin pruebas y dejarse llevar por la necesidad de que algo saliera bien. Pero a veces el mundo era una sucesión de puñetazos. El padre de Alek había matado a la novia de su hijo, el enviado de Luka Maksimov había manipulado a Tessa y la había asesinado, no sin antes secuestrar a Alek Lyagushkin. ¿Para qué carajo había secuestrado a Alek en lugar de matarlo? Aunque tuviera el informe entre las manos, Elizabeth Delgado debía admitir que no entendía nada.

Daba igual, la única conclusión era que no servía para ese trabajo. Lo había hecho bien durante ocho años, pero nunca se había sentido tan perdida como entonces. Las pruebas difuminaban el paisaje tras la cortina. Un caso seguro y sencillo de sobredosis se había complicado hasta involucrar a la mafia rusa internacional, asesinos a sueldo, bailarinas traidoras... Cada intuición que había tenido a lo largo de esos días se había visto rechazada por los acontecimientos, y cada implicado en el que había querido creer la había engañado. Porque había dejado de lado la premisa básica de su oficio: solo las pruebas importan. Hay que buscarlas, analizarlas, encontrar su lugar entre los hechos y luego, solo entonces, interpretar lo que ha ocurrido.

Regresó a su puesto. Llevaba el informe en la mano y en la parte superior, encima de todo lo demás, la hoja de su renuncia. Era lo mejor que podía hacer. Martin se enfadaría, claro, el capitán no soportaba que uno de sus detectives se rindiera, ni ante un caso ni ante los golpes de la vida. Por eso la había apoyado tanto tras la muerte de Charlie, por eso la obligó a tomarse la baja y a asistir a las reuniones con el doctor Brice. Y ella lo hizo. Lo intentó. No la podían acusar de lo contrario. Estaba allí y lo hizo lo mejor posible, pero lo mejor posible ya no era suficiente. Quizá nunca lo había sido. Lo único que podía hacer ahora, por ella misma y por el departamento, era largarse de

allí. Encontrar otro trabajo y fingir que todo aquello no había ocurrido nunca.

Se sentó en la silla, guardó la renuncia en el primer cajón y extrajo de este una de las carpetas reglamentarias para introducir el informe del caso. Su último caso.

El caso.

Sabían que Katya estaba muerta y que la había matado Kazimir Vasilyev, uno de los hombres de Feodor Lyagushkin. ¿Por qué? Porque Lyagushkin se lo había ordenado. ¿Por qué? Para castigarla por salir con Alek. ¿Valía la pena declarar una guerra entre familias por algo así? Sabían que Maksimov había enviado a Zed para vengar a su hija. Sabían que el sicario había torturado y matado a Radimir Lagounov y a Yegor Popov, pero que estos no le habían dicho nada porque no sabían nada. Sabían que Zed había manipulado a Tessa hasta que la bailarina le habló de Alek. Sabían que Zed lo había torturado. Y ahora descubrían que lo había retenido todo este tiempo. ¿Por qué? ¿Para qué mantenerlo con vida? Alek no había matado a Katya, la amaba, Tessa lo había repetido hasta la saciedad y ella se lo creía, así que no tenía sentido que ordenara matar a la chica, pero sí que lo hiciera su padre. Y en ese caso, ¿por qué no ir a por Feodor Lyagushkin desde un principio? Zed era un profesional. No le habría costado entrar en casa de Lyagushkin y cargárselo. Pero no, había ido a por Alek. ¿Por qué? Quizá Maksimov quería hacer sufrir al padre, ojo por ojo, tu hijo por mi hija, pero no era lógico que hubieran pasado tres días y no lo hubieran matado aún. Que no hubieran matado a ninguno de los dos.

Elizabeth se incorporó en el asiento y posó la mano en el informe, pero enseguida la retiró. No encontraría allí la respuesta a esa pregunta.

Y además, pensó mientras se dejaba caer de nuevo contra el respaldo, ya no tenía por qué preocuparse. Ya no era asunto suyo. El caso era de Mike y del FBI, y lo resolverían en unas horas. Su estómago se contrajo de rabia al imaginar la escena. Qué envidia. Ojalá no se hubiera dado tanta prisa en anunciar su dimisión. Qué ganas de estar allí y vivir la resolución en primera persona. La culminación de tantas investigaciones, la expresión en la cara del federal cuando atrapara a su gran enemigo.

¿Y qué pasaba con Tessa? ¿Dónde estaba? No había pruebas de que la hubieran matado, ni sangre ni, por supuesto, su cadáver. No era descabellado creer que había huido. En medio de la pelea entre Zed y Kazimir, echó a correr y se largó. Chica lista. Pero ¿dónde estaban ahora? Había puesto bajo vigilancia sus cuentas corrientes y su línea de teléfono, pero aún no se había

producido ningún movimiento. Una chica sola, sin dinero y muerta de miedo. ¿Dónde iría? ¿A casa de alguna amiga? Tendría que preguntar en la academia, en el Hot Corner...

No. Lo haría otro. Ella estaba a punto de presentar su dimisión. ¿O no?

Resopló y se agitó en la silla. Ya ni siquiera sabía lo que quería. Recordó las últimas palabras de Mike: «Deberías replantearte tu futuro». Pendejo.

Bajó la mirada hacia la mesa que el federal había ocupado junto a la de ella. La tela negra del asiento vacío le recordó lo que se proponía hacer esa misma tarde, quizá ese mismo momento, la ausencia de quien no volvería a utilizar aquel escritorio y, quizá ningún otro. Cerró los ojos y, por primera vez en demasiados años como para recordarlos, rezó. Que no le ocurriera nada. Había sido un dolor en el culo, pero también un buen compañero. Aunque no tuviera ni idea de cómo mantener ordenada una mesa. ¡Menudo desmadre! En cada pulgada se acumulaban montones de carpetas, papeles, notitas, archivadores apilados en grave riesgo de derrumbe al menor soplo de aire.

Se levantó. Alguien tendría que arreglar eso, pues él no iba a volver. Con los brazos en jarras, observó el panorama postapocalíptico al que estaba a punto de enfrentarse y negó con la cabeza. No había un modo seguro de hacerlo sin arriesgarse a derrumbar las montañas de papeles, así que tomó aire y empezó por el montón más cercano, con la esperanza de no acabar sepultada. Uno a uno, hoja a hoja, carpeta a carpeta fue limpiando el lugar: los informes forenses de Katya e Isay Utkin, el de Yegor Popov, aparecido en Canadá, y el de Kazimir Vasilyev, asesinado presuntamente por Zed en el apartamento de Tessa; juntos en un montón. Radimir Lagounov aún no había aparecido, pero lo haría algún día en el río Los Ángeles o en Eaton Canyon o donde fuera.

Los informes de criminalística sobre los tres escenarios, los análisis de los restos de sangre, las pruebas halladas, todo a otro montón. Los historiales delictivos de Kazimir, Radimir e Isay a otro. Dudó sobre añadir a esa pila el historial de Zed, no eran más que informes que Mike le había enseñado cuando le habló del sicario por primera vez, pero ninguno se refería a él por nombre y apellido. Aunque a esas alturas no dudaba de que aquellos asesinatos eran obra suya. Los puso en la parte superior del montón y continuó.

Abrió una carpeta azul con el logotipo del FBI y revisó las fotos que contenía, más de una docena de instantáneas enmarcadas tras la ventana de una habitación o desde el interior de un coche. Fotos tomadas durante *tronchas*, pese a que el zoom hacía creer que el objetivo se encontraba a pocos pasos de

distancia. En todas las imágenes dicho objetivo era el mismo: un hombre de unos setenta y pocos años, pelo teñido de canas, barriga tamaño americano medio y ropa informal. Buscó en la etiqueta de la carpeta el nombre del sujeto: Feodor Lyagushkin.

—Así que eres tú... —susurró.

Nunca le había visto la cara. Eligió una en la que aparecía de cerca, con buena iluminación, y la observó con detenimiento. El hombre no se parecía en absoluto a Alek, al menos en las fotos que había visto del chico. Este lucía rasgos delicados y elegantes, pero su padre parecía un bruto con cara de pocas luces, la piel demasiado estropeada para su edad y las mejillas coloradas como si hubiera trabajado toda la vida al aire libre. Bueno, no vería mucho sol cuando Mike lo detuviera. Se iba a pasar el resto de sus días en la cárcel por la muerte de Ekaterina y quién sabía cuántos cargos más que debía de tener pendientes. O eso esperaba. Por desgracia la experiencia le había enseñado que la justicia no era algo de lo que pudiera fiarse al cien por cien. Ni siquiera al cincuenta.

Relegó esa fotografía al último lugar del montón y observó la siguiente. Esta era todo lo contrario que aquella, oscura y lejana, aunque el fotógrafo se había esforzado por enfocar con claridad y había obtenido una nitidez digna de elogio. Estaba tomada desde el exterior de un edificio, a través de una ventana. Lyagushkin en pie, en medio de una habitación, sonreía al tiempo que estrechaba la mano de un hombre semioculto tras la pared. De él tan solo se veía un brazo pálido con la mancha borrosa de un tatuaje unos centímetros por encima de la mano.

Beth forzó la mirada. Se acercó la fotografía a los ojos, pero no mejoró, era demasiado lejana y borrosa como para identificar lo que estaba viendo. Observó el caos sobre la mesa, y antes incluso de tener la idea la descartó, allí no encontraría nada. Regresó a su lado del escritorio y sacó una lupa del segundo cajón. La acercó a la fotografía, al brazo, al tatuaje.

No. No, no, no podía ser. No. Pero era. ¿Cuánta gente llevaba un tatuaje como ese? Quizás en Europa fueran muchísimos, pero no en Los Ángeles, no uno igual, no en el mismo sitio, no encima de dos...

En la parte inferior de la imagen destacaban unos dígitos rojos, la hora y la fecha en que se había tomado. Dos días atrás, las 10:48. Beth cerró los ojos y negó con la cabeza. No podía ser. Todo estaba mal.

Salió corriendo hacia el despacho del capitán. Llevaba la fotografía tan apretada entre los dedos que el papel se curvaba arrugado por la presión, pero

no fue consciente de ello. Tampoco importaba, lo único que importaba seguía viéndose con claridad.

EL REHÉN

Jueves, 02 de agosto – 18:14 h

Clarington Ave. con Venice Blvd. Los Ángeles, CA

El agente federal Mike Poulsen aplastó la colilla contra el asfalto con la punta del pie y volvió a subir al coche. El calor era sofocante en su interior, pese a las ventanillas abiertas, por lo que en unos minutos volvería a sentir el sudor resbalando por la cara. Minutos, horas, ese día todo era cuestión de esperar. Dejó escapar un bufido de aburrimiento y alzó la mano para consultar el reloj, pero su compañero no le dio tiempo a comprobar la hora.

—Tres minutos más tarde que la última vez.

El agente Yuen, tan simpático como siempre. El hombre que le había dado la noticia de la llamada de Alek Lyagushkin a emergencias y de la llegada de Zed a la ciudad, el que había participado en la investigación desde el despacho de Wilshire, merecía estar allí, pero en ese momento Mike deseó abrir la puerta y lanzarlo al fuego que achicharraba la calle.

—Muy gracioso.

—Relájate.

—¿Cómo coño voy a relajarme? —Mike lanzó el brazo hacia el frente, en dirección a la vista de la que disfrutaban a través del parabrisas. Yuen no siguió la trayectoria de su dedo. Sabía tan bien como su compañero lo que tenían delante y que era imposible relajarse.

—No podemos hacer nada todavía —se limitó a decir.

Mike se cruzó de brazos y se dejó caer contra el respaldo del asiento como un niño enfurruñado. Odiaba que Yuen tuviera razón.

—Es que no entiendo nada —farfulló.

No entendía nada.

El vehículo camuflado del FBI llevaba horas estacionado en el pequeño aparcamiento al aire libre de una zona comercial en la esquina entre Venice Boulevard y Clarington Avenue, observando el discurrir del tráfico como cualquier otra calurosa tarde de agosto en la ciudad de Los Ángeles. Venice cruzaba ante ellos de lado a lado mientras que Clarington se alejaba en

paralelo a su izquierda hacia delante y por detrás. Centenares de coches por minuto en cualquier dirección, ruidosos autobuses, gilipollas con la música a todo trapo, el arrancar de motores que abandonaban el aparcamiento, voces y risas de quienes iban o venían de los restaurantes que lo bordeaban. Un día normal.

En absoluto.

Yuen tenía la cabeza apoyada contra la ventanilla y tamborileaba desesperante los nudillos contra el cristal. Ambos estaban acostumbrados a las interminables horas de espera y vigilancia que su profesión los obligaba a llevar a cabo, pero eso no lo hacía más divertido. Aunque eran capaces de mantener la mirada fija en un punto concreto durante tanto tiempo como fuera necesario, resultaba imposible evitar que los pensamientos buscaran su propia evasión. Muchas veces, casi siempre, hacia algún elemento del caso, esas dudas que se metían en su cabeza y no les permitían pensar en otra cosa. Hoy, sin embargo, entre mafiosos y asesinos, el hijo de Mike reclamaba su porción de interés. No había contado a su mujer la confesión de David, y todavía no estaba seguro de si hacerlo o no. Se sentía... Era ridículo, pero se sentía superior a ella por haber logrado averiguar lo que ocurría. Y traicionar la confianza de su hijo podía terminar para siempre con el inicio de relación que parecían haber establecido. Él lo había descubierto, ella no, y ahora era él quien debía solucionarlo. ¿Cómo? Buena pregunta. Esa noche había soñado despierto con presentarse en la casa del pequeño matón de quince años y meterle una bala entre los ojos. No lo haría, por supuesto que no, pero si pudiera... Si fuera alguien como Zed... O si al menos supiera boxear como Elizabeth.

Ella merecía estar allí, ojalá no hubiera abandonado la investigación.

—Voy a por un café —anunció el agente Yuen—. ¿Quieres?

—Sí, gracias.

Una ola de aire abrasador se coló en el coche cuando el agente abrió la puerta. Aunque el termómetro exterior del vehículo marcaba veintiséis grados, la sensación térmica dentro era mucho mayor. No podían estar toda la tarde con el aire acondicionado encendido, y en cuanto lo apagaban, los rayos implacables del sol encendían su hoguera dentro del Dodge, y el sudor se deslizaba como lenguas húmedas por las axilas y la columna vertebral. ¿Cuánto tiempo más tendrían que aguantar allí?

Cogió por enésima vez los prismáticos del salpicadero y apuntó al edificio de apartamentos de tres plantas, gris y moderno, que dormitaba al otro

lado del cruce. Un edificio normal, como tantos otros, con una estructura irregular de balcones que brotaban de la fachada. Un edificio en el que se encontraba alguien a quien habían creído muerto y que, sin embargo, estaba muy vivo.

No entendía nada.

Dirigió la mirada hacia el tercer ventanal por la izquierda, segundo piso, un balcón. Alek Lyagushkin se había vuelto a sentar en el sofá. No aguantaba mucho tiempo quieto ni en movimiento, tan pronto se sentaba como se ponía en pie, daba vueltas por la casa, desaparecía de su vista y, cuando todos los equipos de vigilancia que copaban Clarington Avenue se estaban preparando para asaltar la casa, volvía a aparecer subiéndose la bragueta o comiéndose un bocadillo. Porque Alek Lyagushkin estaba secuestrado, pero disfrutaba de total libertad de movimientos.

Yuen regresó envuelto en el olor de los cafés que se agitaban en una bandeja de cartón.

Mike Poulsen seguía sin entender.

El hijo desaparecido de Feodor Lyagushkin había llamado a emergencias a las siete de la mañana, aterrorizado. El agente Poulsen había escuchado esa grabación tantas veces que podría reproducirla de memoria en un juicio.

—*¡Ayúdenme! Socorro, va a matarme, por favor.*

—*Tranquílcese, señor. ¿Qué ha sucedido?*

—*¡Me ha secuestrado! ¡Zed va a entregarme a Maksimov! Por favor, necesito ayuda, va a matarme.*

—*De acuerdo, señor. ¿Se encuentra usted retenido ahora mismo?*

—*¡Sí! ¡Sí, joder!*

—*¿Sabe la dirección?*

—*¡No! No lo sé, en el centro, yo... Joder. ¡Mierda!*

El tono de llamada interrumpida cortaba la comunicación en ese punto. Zed lo había secuestrado. Iba a entregarlo a Maksimov. Iba a matarlo. ¿Cómo encajaba eso con el chico que ahora paseaba libremente por un apartamento de Culver City?

No había sido difícil localizar el origen de la llamada. Se había producido desde un teléfono fijo, y el 911 registró su procedencia de manera inmediata. La intervención se puso en marcha: unidades de asalto, escucha y vigilancia se dirigieron hacia la dirección proporcionada por el servicio de emergencias, pero se cuidaron mucho de no llamar la atención. El supuesto

secuestrador era un miembro de la Bratva, no podían ponerlo sobre aviso de su llegada, no podían arriesgarse a que matara al rehén, a que tomara más prisioneros, a empeorar la situación.

Primer paso, averiguar qué estaba ocurriendo, el lugar exacto en el que se encontraba, en qué condiciones, cuántas personas lo vigilaban. ¿Cuántas? Nadie. ¿Condiciones? Perfectas. El equipo de vigilancia, camuflado bajo la apariencia de una furgoneta de reparto de muebles, se apostó en el aparcamiento y enfocó hacia el edificio sus cámaras y micrófonos de largo alcance. Localizaron a Alek en diez segundos, solo, con la cara machacada y el ruido de la televisión como única emisión sonora desde su ventana.

—Esto es una trampa —dictaminó el agente Yuen.

Mike retorció el collar entre los dedos para contener las ganas de aplaudir. Como si no se hubiera dado cuenta. Era una trampa, por supuesto, pero no tenía sentido. Si Alek Lyagushkin no estaba secuestrado, ¿por qué había dicho lo contrario? ¿Por qué no había dado señales de vida desde su desaparición? ¿De quién eran los restos de sangre que habían encontrado en su casa? ¿Por qué no salía de allí?

Demasiadas preguntas y una sola respuesta: esperar.

Así llevaban casi nueve horas. Nueve putas y aburridas horas en las que no había pasado nada. Los ánimos estaban decaídos en el equipo. Los distintos turnos de vigilancia se habían relevado, la furgoneta de reparto de muebles se había convertido en una de paquetería, primero, y otra de una marca de alimentación, después. Los únicos que seguían allí, con el culo como piedras y la cabeza a punto de estallar eran Poulsen y Yuen. Y Alek Lyagushkin, ventana arriba y abajo.

Una y otra vez.

Hora tras hora.

Quizá sí estuviera secuestrado, al fin y al cabo, el secuestro más surrealista del mundo. ¿Quién podía pasar nueve horas encerrado en un piso sin hacer nada? Por Dios.

Tomó un trago largo del café. Solo, como a él le gustaba, fuerte. Dejó que el líquido le abrasara la garganta y bebió otro sorbo. Había perdido la cuenta de los cafés que oscurecían su sangre a esas alturas del día. Era lo único que podían hacer para entretenerse: beberse las horas de espera entre bolsas de comida rápida y visitas al meadero.

Devolvió la bebida al portavasos, pero algo llamó su atención y erró la puntería. El vaso tropezó contra el soporte y cayó. La tapa se abrió al golpear

contra la palanca de cambios y el contenido se derramó sobre los teléfonos móviles que descansaban en la bandeja. Yuen gritó sobresaltado y recuperó el suyo de la piscina.

—¡Tío! —exclamó.

Mike no podía apartar la vista de la avenida.

—Yuen.

—¡Mira la que has montado! —insistió el agente—. Espero que no se haya...

—¡Yuen!

—¿Qué?

—Ahí está.

Por allí se acercaba, el mismísimo Zakhar Alkaev, caminando con calma desde el otro lado de Clarington Avenue, pasando de largo el restaurante tailandés. Con una mochila a la espalda, las dos manos en los bolsillos y gesto relajado.

El iPhone del agente Poulsen, semihundido en un charco de café, no tenía ninguna importancia.

—¿Lo veis? —preguntó el agente Yuen por la radio.

—Objetivo a la vista —confirmó uno de los miembros de la *troncha*—. A la espera de órdenes.

—No os mováis —advirtió Mike—. Pero preparaos por si hay que entrar en acción. ¿Unidad del tejado?

—Preparados —respondió uno de los hombres que se habían apostado en el tejado del edificio, dos plantas por encima del apartamento de Alek.

—¿Tenéis audio?

—Sí, señor.

—Actuad si detectáis cualquier amenaza para el rehén.

—Sí, señor.

Mike miró a Yuen. Este negó. Tampoco entendía nada, pero ambos se temían lo peor. Quizás Alek no había escapado porque no había podido, quizá no había pedido auxilio por las ventanas porque lo vigilaban mediante cámaras, quizá lo habían amenazado o tenía una bomba en la puerta o había otro millón de motivos por los que el chico no había salido de allí y ahora, en cuanto Zed entrara en la casa, iba a morir. Y sería culpa de ellos. Suya.

—¿Me relajo ahora? —gruñó a su compañero.

Yuen no contestó. Ambos orientaban los prismáticos al ventanal a setenta metros de distancia. Las manos en los tiradores de las puertas, las

piernas dispuestas para echar a correr. El corazón retumbaba como tambores de guerra por encima del constante crepitar de la radio.

El olor a café invadía hasta el último rincón del vehículo.

Zed llegó a la puerta del edificio, sacó una llave del bolsillo, abrió y desapareció en la oscuridad. Los agentes se incorporaron en los asientos. Sus cabezas ya casi rozaban el techo.

El equipo de vigilancia retransmitía la señal de audio a la radio del vehículo, y un minuto después de perder de vista al ruso escucharon por los altavoces el reconocible sonido de las llaves en una puerta que se abría.

—¡Zed! —La voz de Alek Lyagushkin—. ¿Qué ha pasado?

—Ya está organizado —respondió el asesino—. Nos encontraremos a las ocho.

—¿Dónde?

—3140 East Pico Boulevard.

—¿Dónde está eso?

—Un polígono industrial. En el Wholesale.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Ya lo sabes. Todo sigue igual que te dije. ¿Serás capaz de hacerme caso?

Silencio. Mike y Yuen se miraron.

—Sí. —Alek.

—¿Seguro?

—Joder, sí. Lo haré. No me queda otra, ¿no?

—Si quieres que todo salga bien, no.

—Pues ya está.

Silencio, de nuevo unos pasos, la puerta. Llanto.

Llanto desconsolado e infantil que se escuchó filtrado entre unos dedos con los que, como si lo tuvieran delante, Mike y Yuen imaginaron que el chico se había cubierto la boca.

Zed reapareció en la calle un minuto después, tan tranquilo como a su llegada, y emprendió el retorno Clarington arriba como si nada hubiera ocurrido.

—¿Lo seguimos?

Mike dudó. Todo había cambiado, pero aún no tenía esas respuestas que había esperado obtener con la vigilancia. Zed iba a encontrarse con Maksimov a las ocho —ochenta y un minutos a partir de ese instante—, y Alek tendría que hacer algo. ¿El qué? De momento, nada, solo llorar en el apartamento. ¿Y

después? ¿Cuándo?

El chico estaba secuestrado, Maksimov lo iba a matar, y aun así continuaba allí, sin intención de escapar. Era obvio que no tenía otra opción; lo habían amenazado de alguna manera y Mike estaba dispuesto a averiguar cuál, dispuesto a pillar a Zed y a Maksimov juntos, en pleno intercambio. Dispuesto a salvarle la vida.

Ochenta minutos.

Solo debía organizarse.

Tenía tres posibilidades: seguir a Zed, permanecer con Alek o dirigirse a esa dirección que el hombre de Maksimov acababa de proporcionarles: 3140 East Pico Boulevard, distrito Wholesale, el lugar en el que se encontraría con su jefe. Demasiado tentador.

Setenta y nueve minutos.

—Unidades uno, dos y tres, preparad intervención en la nueva dirección de East Pico, aseguraos de que no haya ningún civil por la zona, la cosa puede complicarse. Unidad cuatro, permaneced con Aleksei Lyagushkin e informad de sus movimientos.

—¿Qué hacemos nosotros? —preguntó el agente Yuen.

Mike giró la llave en el contacto.

—Yo no me pienso separar de ese cabrón.

LA EMBOSCADA

Jueves, 02 de agosto – 19:28 h

3140 East Pico Blvd. Los Ángeles, CA

Zed detuvo el Honda cuando el GPS le indicó que había llegado a su destino, y comprobó la localización en la aplicación de mapas del móvil. Era allí. No había ninguna duda, Maksimov le había enviado el mensaje una hora y media antes, y gracias al Google Earth había memorizado la configuración del barrio. Ahora reconocía cada calle como si hubiera vivido en él toda la vida.

Dejó el móvil en el asiento, junto al envoltorio de la hamburguesa con la que había llenado el estómago antes de dirigirse a la reunión, y alzó la mirada. En el lugar donde el Google había situado un icono rojo se alzaba en el mundo real un viejo edificio en ruinas de color azul claro cubierto de graffitis multicolores, una sola planta de forma irregular, como un viejo restaurante de carretera de los años cincuenta al que el crecimiento de la ciudad hubiera rodeado de hangares y construcciones industriales.

A la derecha, en la fachada oeste, se abría un aparcamiento con espacio para una treintena de coches.

Por el lateral este se alejaba un acceso para camiones que, como se veía en el mapa, conducía a un muelle de carga situado en la parte trasera de la nave, una explanada pequeña, de forma triangular, que no comunicaba con el aparcamiento oeste. Tras el muro que la delimitaba al fondo se hallaban las vías del tren que cruzaban el distrito. Zed lanzó la mirada a lo largo del camino hasta divisarlo. Dos metros de alto —al menos— y rematado por una alambrada con su corona de espinas. Saltarlo no era imposible, nada lo es, pero sí complicado.

Tanto el camino de servicio como el aparcamiento oeste estaban protegidos por sendas vallas de hierro casi oxidadas, y el primero, además, por una reja que lo separaba de la propiedad vecina. No tenía llave para ninguna de las dos, pero no se inquietó. Si algo había comprobado en esa ciudad era que nadie prestaba atención a los demás. La mayoría de empresas del barrio parecían haber concluido ya su jornada laboral, las que no, estaban

en pleno proceso de cierre, rutinario pero apresurado, que no dejaba tiempo para preocuparse por asuntos ajenos. Coches y camiones atravesaban las enormes puertas de los hangares acompañados por el atronador ruido de motores, el chirrido de los frenos, el traqueteo de las ruedas sobre los baches que hacían saltar los contenedores de metal en los remolques, bocinazos aislados a modo de despedida o recriminación y los eventuales gritos en español de algún operario. El barullo de voces y ruidos, lejos de incomodarlo, le resultaba tranquilizador. El aburrimiento es silencioso, el aburrimiento es lo que lleva a las personas a fijarse en lo que no deben.

Giró el volante para dar media vuelta y condujo hasta una bocacalle que había memorizado en el mapa, a menos de doscientos metros de distancia. Aparcó, recuperó el teléfono móvil y mandó el mensaje que tenía preparado. La barra de envío duró menos de un segundo. Ya estaba hecho. No había vuelta atrás.

Se caló la gorra de *baseball* hasta los ojos y salió. La temperatura había descendido con la tarde, pero la humedad pegajosa le lamió la piel que venía fresca del interior del vehículo. No veía el momento de regresar a casa. Si todo iba bien, sería dentro de unas horas, si no... No regresaría nunca. Era una posibilidad.

Rodeó el coche, abrió el maletero, sacó la bolsa de deporte, se la colgó al hombro y cerró. Sin detenerse ni mirar a los lados, sin consentir que su expresión reflejara el cuchillo que todavía sentía clavado en el costado derecho. Con confianza. La actitud lo era todo. Una duda y cualquiera sospecharía que llevaba algo extraño allí dentro. Los ataques terroristas que asolaban el mundo habían espoleado la paranoia ciudadana, y él no podía permitirse aparentar estar cargando con una maleta llena de armas.

Guardó las llaves y se dirigió con paso tranquilo a su destino. Quiso mirar hacia detrás, pero no lo hizo. Sobre cada hangar, en cada poste de luz o de teléfono había una cámara de vigilancia que enfocaba la calle. Zed se aseguró de que la visera le cubriera el rostro. Aquello no le gustaba nada.

Se notaba incómodo y nervioso, y no eran dos emociones adecuadas para enfrentarse a lo que tenía por delante. No le gustaba que aquella fuera la primera vez que visitaba el lugar, no le gustaba tener tan poco tiempo para prepararse, no le gustaba que Maksimov hubiera cambiado las reglas del juego. ¿Por qué, a esas alturas? Apretó el paso.

Resultaba inquietante moverse por esas calles industriales en el desamparo de un atardecer de sombras alargadas. Como el protagonista de una

película de terror en la que los zombis aparecerían de un momento a otro. Solo que no eran zombis lo que temía, era un coche patrulla pasando la tarde del jueves, una ronda rutinaria, una mirada fugaz a un tipo con gorra y mochila. Un gesto y sería el final. Pero no se lo pondría fácil. Puede que ni siquiera lograran atraparlo con vida. Había muerto tantas veces que consideraba a la parca su amiga más fiel. Aunque siempre lo había rechazado, sabía que tarde o temprano lo alcanzaría. Por el momento él había resultado ser un corredor más rápido que ella.

Ni siquiera se molestó en comprobar la entrada principal, una puerta de cristal protegida por barrotes y flanqueada por dos ventanas tapiadas. Supuso que estaba cerrada con llave, pero, aunque hubiera estado abierta, tampoco habría entrado por ella. La puerta principal nunca es una opción. Continuó hacia el aparcamiento y llegó hasta el lateral en el que la valla se cerraba contra la pared del hangar anexo, tan abandonado como el que le interesaba. El borde superior quedaba a unos cincuenta centímetros por encima de su cabeza, si bien eso no representaba ningún problema. Echó un vistazo alrededor. Un Dodge pasó de largo acompañado del destello del sol sobre los cromados de la carrocería, un camión se alejó en sentido opuesto, un grupo de operarios se despedía ante el portón de una fábrica textil mientras uno de ellos lo cerraba con llave. Aguardó hasta que se perdieron cada uno en una dirección y, tras comprobar que nadie lo veía, apoyó el pie en una hendidura del muro y se impulsó hacia arriba. La bolsa de deporte pesaba una tonelada, pero consiguió esquivar las puntas de hierro que amenazaban al cielo al final de la reja. Estaban tan viejas y gastadas que no le habrían hecho demasiado daño si hubiera caído sobre ellas, pero mejor no probarlo.

Descendió de un salto al otro lado y corrió hasta ocultarse tras un saliente curvo del edificio, que parecía construido *a posteriori*. Solo entonces se permitió soltar la maleta y quejarse del dolor. Esos movimientos bruscos no le hacían ningún bien a la herida. Metió la mano bajo la camiseta y palpó la venda. No estaba húmeda, nada de sangre. Bien. Aun así, aguardó unos segundos mientras el calor que lo abrasaba por dentro se disipaba. Aquello era ridículo, no podía trabajar así: herido, medicado, con prisas y sin conocer el lugar.

No tenía alternativa.

Tomó aire y observó el edificio. El colorido entramado de graffitis cubría el azul de las paredes hasta donde un brazo humano podía llegar. De ahí hacia arriba, pintura desconchada y restos de humedad. Entre medio de los

dibujos, una hilera de ventanas con los cristales rotos, que brillaban como guillotinas al último sol de la tarde, se ocultaban bajo un dedo de mierda que impedía la visibilidad al otro lado de los recuadros marrones. A los pies del edificio se acumulaban cordilleras de basura arrastrada por el viento: tierra, ramas, hojas y ratas muertas, también jeringuillas y condones usados. Un viejo contenedor vomitaba en una esquina los restos de alguna actividad abandonada tiempo atrás, bolsas y cajas que alguien se había olvidado de recoger y a las que ni siquiera las moscas y mosquitos hallaban motivos para acercarse.

El lugar apestaba a catástrofe.

Zed chasqueó la lengua. Había aprendido a escuchar a su instinto. Estaba vivo gracias a las veces en que había silenciado a la cabeza y hecho caso al estómago. Si este le decía que retrocediera, retrocedía; si le gritaba, alto y claro, que allí ocurría algo raro, él escuchaba. Aquella tarde los gritos no lo dejaban oír nada más.

Allí ocurría algo raro.

El ventanal más próximo estaba dividido en dieciséis ventanucos en dos filas de ocho, doce de los cuales estaban rotos. Sacó la SIG P226 y comprobó que estaba cargada, lanzó la maleta dentro y se coló detrás.

El polvo lo envolvió en una bruma parduzca y apestosa que lo forzó a cubrirse la boca y la nariz con el brazo. No sirvió de nada, el hedor a meada de gato le penetró hasta la garganta y le humedeció los ojos. Se alejó de la nube que había generado al caer y recuperó la respiración.

Escuchó. Un lugar como aquel podía ser visita habitual de yonquis y vagabundos, pero aparte del correteo apresurado de alguna rata que huía por su vida, no oyó nada más. Mejor así.

Se encontraba en un cuarto pequeño que parecía haber alojado un despacho alguna vez. Una serie de rectángulos deslucidos en la pared recordaban los buenos tiempos en los que allí colgaban cuadros o diplomas. Ahora no era más que la galería de arte en la que Colt proclamaba su amor eterno a Mercedes. Las motas de polvo danzaban en las columnas de aire y sobre los cristales rotos que tapizaban el suelo.

Con el arma preparada, Zed se colgó la bolsa al hombro y se asomó al murete de un metro de alto que separaba el despacho de la nave principal.

Apuntó a derecha, izquierda, arriba, abajo. Nadie.

Salió.

Fuera lo que fuese que una vez había tenido allí su sede, se había largado sin preocuparse de recoger. Las baldosas del suelo asomaban huidizas

entre restos de muebles, estanterías volcadas, mesas y sillas mordisqueadas por las ratas, meadas por gatos y por los mismos vándalos que habían pintarrajeado los muros dentro y fuera.

A lo largo de la pared oeste, junto a aquel por el que había entrado, se alineaban otros cuatro despachos con los mismos muretes a media altura y cristales rotos que en su momento ocuparon la otra media. El primero de todos, con la característica forma curva que había visto desde el exterior, era el más grande pero estaba igual de abandonado que los demás. En el lado este, más habitaciones, estas sí, con paredes desde el suelo hasta el techo. Las ventanas de ese lateral estaban protegidas por barrotes, aunque esa protección no había servido de nada. Por los huecos de las puertas desaparecidas se intuía la misma dejadez que impregnaba el resto de la nave: muebles rotos, papeles tirados y paredes garabateadas. Al fondo, la única puerta cerrada del lugar delataba el acceso al muelle de carga trasero.

Bajo la luz anaranjada de las farolas de la calle que se encendían con el atardecer, revisó todas las estancias. Unas estaban vacías, como la primera; y otras lucían restos de sus funciones, como la nave central; en cualquier caso, eran lugares demasiado propicios para esconderse y situar una emboscada. Rincones oscuros que podían llenarse de enemigos si la cosa se ponía fea.

El estómago rugió una advertencia mientras se aproximaba a la puerta cerrada del fondo. No había llegado, sin embargo, cuando escuchó un vehículo que se detenía en la calle. Se ocultó tras el murete de una de las habitaciones de la derecha, sostuvo la SIG con las dos manos y aguardó.

El motor se apagó y, en el silencio amortiguado de la tarde, Zed escuchó una puerta que se abría y se cerraba y unos pasos sobre la acera. Una sombra oscura se perfiló a través del cristal difuso de la entrada. Encajó una llave en la cerradura y la giró. Quien fuera tuvo que empujar con todo su cuerpo para vencer la resistencia de una puerta que llevaba cerrada demasiado tiempo.

Luka Maksimov se limpió el polvo de la chaqueta y miró a su hombre sin atisbo de sorpresa.

—Sabía que te adelantaría —dijo.

Zed bajó la pistola.

—¿Cómo es que tiene la llave?

—Lyagushkin me la hizo llegar. Alguien la dejó en el Hot Corner.

—No me gusta este sitio —cambió de tema.

—Es el que propuso él.

—Peor aún.

Maksimov entró. Por un segundo, Zed distinguió en la calle el BMW blanco que el *pakhan* usaba para moverse por la ciudad: cristales tintados, protección antibalas, nada discreto. Luego aquel cerró y el mundo exterior desapareció de su vista.

—Joder, qué asco —comentó el recién llegado mirando a su alrededor con la mano en la nariz. Se giró hacia Zed—. ¿Dónde está el chico?

—Primero quiero ver a Tessa —negó este—. No lo traeré hasta que compruebe que ella está bien.

Maksimov apretó los labios, pero Zed no se dejó intimidar. Sabía que a su jefe le gustaba dictar las órdenes, pero en esta ocasión tendría que confiar en él. Esta vez era personal.

—Recuerda lo que hemos hablado —insistió el *pakhan* —, quiero a Aleksei muerto.

—Y yo quiero muerto a su padre —respondió—. Deje que termine de revisar esto.

A paso lento, bordeó el perímetro del recinto y se dirigió a la puerta que le quedaba por revisar al fondo de la nave. Se colocó contra la pared opuesta al ángulo de apertura y accionó el tirador. Abrió. Silencio. Se agachó de cuclillas y, con el arma por delante, giró un ángulo de ciento ochenta grados y apuntó al interior. Nada. La luz de las farolas, tamizada por la mierda que cubría las ventanas, iluminaba lo que debía de haber sido un almacén. Estanterías vacías a lo largo de las paredes, una zona elevada, un muelle de carga con altas ventanas cubiertas con persianas de metal, y una puerta en un lado. Otro punto del que preocuparse. Otra puerta, mil ventanas por todas partes.

Se incorporó.

No le gustaba nada.

—Zed, ¿dónde está Aleksei?

Se dirigió a otra habitación en el lado izquierdo del almacén. Su instinto lo prevenía a gritos, algo iba mal. Agarró el arma con fuerza, apuntando hacia delante.

Abrió la puerta de una patada. Entró. La habitación, que parecía haber sido otro despacho, estaba vacía. Tan solo quedaba un armario de madera desvencijado, algunos papeles tirados por el suelo y un viejo calendario en la pared con la hoja de septiembre de 2015 bajo la foto descolorida de un bosque. Apuntó al armario y abrió la puerta desde el lateral. Vacío.

—Zed... —Regresó al almacén. Algo iba mal, pero ¿qué?—. Zed, чєрт

побери!^[44]

Zed se giró de un salto al oír el grito. El cañón de la pistola barrió la nave en busca de una amenaza, pero no encontró nada más que a Maksimov, destacado en medio de la penumbra con su traje perlado y la bolsa con las armas a los pies.

—¿Qué?

—¿Dónde está el puto Aleksei?

—Señor, ¿qué...? ¿qué importa? Yo tengo a Alek. En cuanto aparezca Lyagushkin con Tessa lo traeré.

Maksimov resopló. Con una sonrisa derrotada, negó con la cabeza. Se abrió la chaqueta y sacó el teléfono móvil. Pulsó algunos botones en la pantalla y se lo llevó a la oreja.

—Tráela —dijo. Y colgó.

Zed volvió a pensarlo: algo iba mal.

—¿Señor?

Maksimov negó una vez más. Parecía triste, aunque una amarga sonrisa quebraba su boca.

—Tengo que decirte algo, hijo.

EL TRAIADOR

Jueves, 02 de agosto – 19:41 h

**Estación de policía de Los Ángeles Oeste. Los Ángeles,
CA**

Arthur “Art” Stein se esforzaba por aparentar calma, pero incluso a través del televisor en el que veía su imagen, la detective Delgado se había dado cuenta del modo en que, con los brazos cruzados contra el pecho, sus dedos se clavaban rítmicamente en los bíceps, como si llevara una cuenta atrás.

Ella tampoco podía estarse quieta. Hacía casi dos horas que había emitido la orden para que el agente regresara de su patrulla, pero como si supiera lo que iba a ocurrir, Stein había retrasado el momento con excusas y llamadas que cualquier otro podría haber atendido, y no se había presentado en comisaría hasta quince minutos antes. Elizabeth había pasado aquel tiempo dando vueltas alrededor de la mesa, tratando por todos los medios de localizar al agente especial Poulsen, pero su móvil estaba apagado y en la oficina solo le decían que «se encontraba en una operación». A falta de respuesta, la burocracia federal la había instado a dejar un mensaje que ya le pasarían en cuanto terminara. Pinches burócratas.

Por fortuna, Art ya estaba allí, sentado en la sala de interrogatorios, con los brazos y las piernas cruzadas y la cabeza gacha, esperando. La fría luz del fluorescente marcaba las pecas de su piel como si le hubiera estallado un saco de mierda en la cara.

Elizabeth lo observaba desde una habitación cercana. Al agente ya lo habían detenido, le habían leído sus derechos y lo habían esposado, pero aún no se le había informado de nada más, y si sospechaba el motivo por el que estaba allí —y debía de sospecharlo, al menos— no lo reflejaba en su rostro.

El segundero del reloj en la pared corría a toda velocidad y la instaba a imitarlo y darse prisa. El discurrir vertiginoso de unos segundos que no podía permitirse perder y que, aun así, estaba perdiendo.

Porque no podía moverse. Todavía no. Pese a la incisiva mirada del

capitán Venters clavada en la nuca, aguardando a que entrara en la sala y diera comienzo a las preguntas: ¿Qué, cuándo, cómo? Y sobre todo, ¿por qué?

Pero ¿importaba eso, en realidad? No. No importaba. El porqué era fácil: dinero. Lyagushkin y los hombres como él disponían de todo el dinero del mundo para comprar policías, para asegurarse el silencio y los chivatazos adecuados. Así que no importaba el porqué. Tampoco el cuándo ni el cómo. Solo importaba el qué. ¿Qué le había dicho Art a Feodor Lyagushkin? ¿Qué le había contado? ¿Hasta dónde peligraba la misión de Mike? ¿Estaba en riesgo su vida?

Eran demasiadas preguntas y tan solo ese hombre, perdido en aquella sala diminuta y oscura en la pantalla del televisor, poseía las respuestas. Un solo hombre y tenía que ser Art, alguien a quien ella conocía desde hacía años, casi desde su entrada en el cuerpo, y con el que había trabajado en decenas de casos. Una voz en su cabeza le preguntó cuántos de esos casos habría manipulado, pero ella no tenía respuesta. No quería saberlo, en realidad. El irlandés era uno de los policías que acudieron a rescatarla cuando mataron a Charlie; fue a visitarla al hospital, la llamó para ver cómo se encontraba, se preocupó por ella. Tanto, que su preocupación se acabó convirtiendo en algo más; tanto, que esas últimas noches en que habían vuelto a salir —una cena, risas, miradas— ella llegó a pensar que estaría bien intentarlo de nuevo. Intentarlo de verdad, sin alcohol ni la necesidad de huir que una vez la lanzó a sus brazos. Intentarlo en serio. Era alguien a quien llamaba «amigo». Y era un traidor. ¿Cómo interrogas a un traidor al que consideras un amigo? ¿Dónde está esa línea y cómo carajo se cruza?

Quería odiarlo. Era lo primero que había deseado al ver aquella foto. Lo segundo, justo después de la incredulidad, la necesidad de odiarlo. Y sin embargo no era capaz. No lo disculpaba, no lo comprendía, no lo respetaba, pero tampoco lo odiaba. ¿Cuántos había como él? Sus años como policía le habían enseñado que en raras ocasiones se puede hablar de bien o mal, que todo el mundo tiene un precio y algunos son más baratos que otros. ¿Dinero? Quizás. Era la respuesta más fácil, pero podía ser otra cosa. Quizá Lyagushkin lo había amenazado. A él, a su familia. Quizá le había ofrecido algo más valioso que el dinero. No importaba. ¿Acaso podía asegurar ella que no habría caído en la misma trampa? ¿Cuál era su precio?

Exhaló sus últimas fuerzas, dirigió una mirada al capitán y abandonó la habitación acompañada del detective Lewicki. Su presencia allí se debía más al protocolo que a una ayuda real, ni sabía nada del caso ni podía participar en

las preguntas. Ambos eran conscientes de ello, y Art Stein también.

Afuera, el pasillo estaba desierto y desde la sala de detectives llegaba el silencio absoluto. Todos los compañeros de departamento se habían enterado de lo ocurrido y aguantaban la respiración para escuchar sus movimientos. La comisaría no era diferente del barrio en el que se había criado, grupúsculos de personas apiñadas ante las puertas de las casas, cuchicheando sobre las últimas novedades, los cotilleos más jugosos que corrían de boca en boca calle arriba. Quién había hecho qué. La detective Delgado, sí, esa, la que casi la palmó cuando se cargaron a Charlie, esa, sí, había pillado al irlandés. Está a sueldo de la mafia. ¿Te lo puedes creer? Como lo oyes. Todos sabían lo que había encontrado y lo que eso significaba, y sabían lo que se disponía a hacer. Beth se preguntó de qué lado estaban. Podía contar con la lealtad de un buen número de ellos, casi todos. ¿O no? ¿Cuántos estaban a las órdenes de Lyagushkin? ¿Cuántos, a las órdenes de Maksimov? ¿Cuántos, comprados por las bandas latinas, los chinos, los árabes, cualquier otro? Nadie arriesgaría su coartada, pero ella sabía que alguno en esa sala respiraba suspiros de alivio por no haber sido él el descubierto.

En cuanto entró en la sala de interrogatorios, Stein le dedicó una sonrisa encerrada entre los paréntesis de las arruguillas pecosas que confinaban su boca. Ella se la devolvió sin darse cuenta.

—Beth. —Él agitó las manos esposadas—. ¿Qué ocurre? ¿Qué hago aquí? ¡Me han detenido!

Beth dirigió una ojeada rápida a la cámara que grababa la escena desde la esquina del techo frente al sospechoso, y se encomendó al apoyo del capitán Venters. Él estaba al otro lado, oíría cada palabra que se pronunciara entre aquellas cuatro paredes, cada pregunta y cada respuesta. Contaba con él pese a que ambos sabían que ella no debería ser la encargada de realizar ese interrogatorio. Era amiga del irlandés. El capitán lo sabía, aunque no supiera que esa amistad había cruzado los límites establecidos por las normas del cuerpo, y en otras circunstancias, habría elegido a otro detective, pero no tenían tiempo para poner a ninguno en antecedentes. Por otro lado, quizás el capitán esperaba que su amistad fuese una baza útil contra el agente corrupto. Beth se mostró de acuerdo, pero aquella pregunta que no la dejaba en paz desde que vio la foto volvió a romperle los tímpanos: ¿Cómo coño se interroga a un amigo que ha resultado ser un traidor?

El detective Lewicki se situó en una esquina, detrás del sospechoso, y

Beth ocupó la silla frente a este. Tras las identificaciones de rigor al micrófono, abrió la carpeta, sacó la fotografía y la deslizó por la mesa hacia el agente Stein. Art se inclinó sobre ella.

—¿Quién es? —preguntó.

—Dímelo tú —respondió la detective—. Es tu mano la que está estrechando.

Art alzó la mirada, confuso.

—¿Mi mano?

Beth extrajo una segunda fotografía de la carpeta. Era una ampliación que habían hecho en el departamento de imagen, un primer plano que encuadraba solo el brazo con el tatuaje. Aunque la calidad no era como se hacía creer en las series de televisión, sí se identificaba lo suficiente el escudo del equipo de fútbol irlandés, rojo y negro, desdibujado por los años, unas pulgadas por encima de la mano, sobre una piel cubierta de pecas y dos característicos lunares. Acercó la imagen al agente y observó su reacción. El rostro del policía pasó por todas las etapas del luto en cinco segundos: negación, negociación, depresión, ira y aceptación. Sus ojos verdes se abrieron, se cerraron, se encogieron hasta parecer dos rayas dibujadas a lápiz y luego se volvieron a abrir.

—Esto podría ser de cualquiera —dijo, antes de ocultar los brazos bajo la mesa.

Beth expelió una bocanada de aire triste.

—No hay mucha gente en esta ciudad con un tatuaje igual que el tuyo, Art. Me atrevo a decir que no hay mucha gente en este país con ese tatuaje. Pero, en cualquier caso, apuesto a que no hay nadie que tenga ese tatuaje en el mismo sitio, en un brazo cubierto de pecas y con esos dos lunares idénticos a los tuyos.

Art Stein no contestó. Se inclinó hacia delante con los brazos cada vez más ocultos bajo la mesa, como si creyera que si no lo veía, ella olvidaría que estaba allí. Tenía la línea rojiza del pelo salpicada de pequeñas gotas de sudor.

Beth se removió en el asiento. No le gustaba lo que estaba haciendo ni a quién se lo estaba haciendo.

—Acabemos con esto, Art. Sabes que te he visto el tatuaje cientos de veces.

Él negó. Inclinado sobre la mesa, su cuerpo se mantenía rígido como una estatua de cera.

—Quiero a un abogado.

Quería a un abogado, por supuesto, la detective ya contaba con que lo pediría y, según las normas, a partir de ese momento el interrogatorio se daba por concluido. Pero no tenía tiempo que perder.

Se inclinó hacia delante y lo miró a los ojos.

—Escucha, Art, no hay final feliz para esto. ¿Entiendes? Con abogado o sin él son tu tatuaje y tus lunares, y es tu brazo, y estabas reunido con Feodor Lyagushkin hace cuarenta y ocho horas, mientras lo investigábamos por un caso de asesinato. Pero si colaboras...

Art arqueó las cejas.

—¿Qué colabore? ¿Qué coño quieres que haga?

—Dime lo que sabes. ¿Sabe Lyagushkin que Zed tiene a Alek? ¿Sabe que va a entregárselo a Maksimov?

El agente Stein cerró los ojos y suspiró.

—No tienes ni idea de nada —dijo.

—Pues explícamelo. ¿Qué es lo que no sé?

Art negó. Su cuerpo se irguió, de nuevo, y retrocedió hasta apoyarse en el respaldo de la silla.

La ira tensó la mandíbula de la detective Delgado. No tenía tiempo para eso.

—Maldita sea, Art. Háblame. Cuéntamelo. Sé que no eres así, no sé por qué estabas reunido con ese tío, pero seguro que podemos arreglarlo.

El agente permaneció mudo, con la mirada perdida en los rayones que decoraban la mesa de metal.

Elizabeth se incorporó de un salto y golpeó la mesa con toda su rabia

—¡Mike va a interceptar esa reunión, Art! —exclamó con el puño apretado y un dedo apuntando a la cara del agente—. Si le ocurre cualquier cosa, la responsabilidad caerá sobre ti. ¿Y crees que Lyagushkin te protegerá en prisión? ¿Un madero corrupto? No le importas una mierda. Dejará que sus hombres hagan contigo lo que quieran y querrán hacer un montón de cosas, no tengas ninguna duda sobre eso. ¿Cuántos delincuentes has ayudado a encerrar? Eres un buen policía, Art, siempre lo has sido, ¿cuántos te odian allí dentro?

Stein guardó silencio durante unos segundos que se hicieron minutos que parecieron horas. Al cabo, resopló y la miró.

—Quiero inmunidad.

Beth se desplomó en la silla. Giró la cabeza y sus ojos viajaron hasta la videocámara tras la que se encontraba el capitán, la persona que podía

autorizarla para acceder a esa petición, pero, por supuesto, no vio más que su propio reflejo distorsionado en el objetivo. Se imaginó cansada, ojerosa, despeinada y con una mirada aterrorizada en los ojos. No había tiempo.

—La tendrás, Art, pero cuéntame lo que sepas.

—En cuanto vea los papeles.

Beth se levantó, despacio, para que el chirrido de la silla contra el suelo no delatara la ira que impregnaba su alma. Aquel hombre por el que podría haber llegado a sentir algo estaba jugando con ella y con la vida del agente Poulsen, y conocía las reglas del juego tan bien como cualquiera. Un abogado, inmunidad, un as en la manga bajo la que ocultaba un tatuaje.

Apoyó los dedos en la mesa y se inclinó sobre el detenido. La rabia en sus ojos fue tan intensa que el agente Lewicki, que no se había movido en toda la tarde, se enderezó y llevó la mano a la pistola.

—Tendrás inmunidad, Art, te lo juro. Pero también te juro que si al agente Poulsen le ocurre algo me aseguraré de que te conviertas en la muñequita de todos los tíos a los que alguna vez ayudaste a encerrar. ¿Me entiendes?

Stein asintió, abatido, sin levantar los ojos de la mesa.

—Nunca quise hacer esto, Isabel —susurró—. De verdad que no. Tú me conoces. —Dirigió una mirada hacia la cámara. Una referencia a la aventura de la que nadie sabía nada. Beth supo que se hundiría con él si abría la boca, y también que no le importaba, pero el irlandés bajó la pelirroja cabeza y continuó—. Sabes que no soy así... pero era tanto dinero.

—Dame algo —suplicó ella, también en un susurro—. Por favor. Para que pueda decirle al fiscal que te necesitamos.

Él agitó las manos en las esposas, clavó los ojos en la detective y habló.

—Lyagushkin no mató a Ekaterina.

TERCERA PARTE

MORIR

LA TRAICIÓN

Jueves, 02 de agosto – 19:52 h

3140 East Pico Blvd. Los Ángeles, CA

—¿Qué?

Maksimov dejó la pregunta en el aire y retrocedió dos pasos para investigar la superficie de una de las mesas que resistía en pie a su espalda. La suciedad acumulada le tiñó la yema del dedo de color marrón y le hizo descartar la idea de apoyarse en ella. Recogió la maleta de las armas del suelo y la dejó sobre el tablero, donde desapareció bajo una nube de polvo.

—¿Qué quieres que te diga? —Apartó la cara—. Si hubieras hecho desde el principio lo que te pedí no habría tenido que llevarme a tu chica.

—¿Qué quiere decir? —Zed no entendía nada. Su instinto seguía gritando como las voces de un loco en una celda, pero tanto barullo le impedía pensar—. ¿Usted se llevó a Tessa? ¿Para qué?

—Tenías que haber matado a Aleksei.

—Pero él no tuvo nada que ver, fue su padre...

—¡Me importa una mierda! —El grito de Maksimov reverberó contra las paredes vacías del recinto—. ¡Si Lyagushkin mató a mi hija yo mataré a su hijo! Y luego a él. Es justicia.

—No es justicia. —Negó con la cabeza, lentamente—. Es venganza.

Maksimov rio.

—¿Y desde cuándo tienes algo en contra de eso?

Zed abrió la boca, pero no supo qué responder, así que la cerró sin llegar a pronunciar palabra. Él siempre había sido un fiel defensor de la venganza. La había deseado, planeado y ejecutado. La había disfrutado cientos de veces con las manos ensangrentadas. Y sí, Maksimov tenía razón, si Lyagushkin había matado a Katya merecía saber lo que era perder a un hijo. Entonces, ¿por qué de pronto eso no le parecía bien? Por Tessa, claro. Porque Alek era amigo de Tessa, porque ella le había suplicado que no le hiciera daño. Porque el chico le había pedido que matara a su padre si era quien había ordenado la muerte de la mujer que amaba. Porque, por primera vez, el amor

tenía algo que ver en todo eso. Nunca había sido así, pero Tessa había entrado en su vida como una pelota de bolos, a toda velocidad y en línea recta hasta derribar cada una de las columnas que lo sostenían: la seguridad en sí mismo, en lo que era, en lo que hacía y en que nada de eso importaba. Ahora importaba. Que su objetivo tuviera mujer, hijos, amantes o familia de cualquier tipo, lo que opinaran sus amigos o lo que sintieran. Con la llegada de la bailarina todo eso había entrado en el juego. Y las reglas habían cambiado.

Un ruido en la puerta atrajo las miradas de los dos hombres.

Doce siluetas negras se distribuyeron por la nave como insectos ante un festín. Con sus gestos serios de tipos duros, tratando de ocultar el rictus de asco que el hedor en el aire intentaba dibujar en sus rostros, empeñados en no mostrar debilidad. No podían quejarse, no durante un trabajo y menos delante del *pakhan*. Zed casi sintió ganas de reír. Casi. La voz en su cabeza tampoco le permitía eso. Algo va mal. Algo va muy mal. ¿Es que no lo ves?

Georgy el Checo lideraba el grupo con mirada triunfal. Agarraba a Tessa del brazo y tiraba de ella a sacudidas. La chica llevaba las manos esposadas a la espalda, aunque era evidente que apenas le quedaban fuerzas para resistirse. Había recibido una paliza, otra. Mostraba la cara hinchada y cubierta de moratones, los ojos ahogados en sangre, el cabello sucio y revuelto en mechones que se arrastraban como gusanos por el rostro y los hombros. Zed sintió una fría corriente eléctrica que le reptaba por la columna vertebral.

—Tessa. —Avanzó un paso hacia ella.

La bailarina fijó su mirada aterrorizada en él y gritó algo por debajo de la cinta americana que le amordazaba la boca. En los ojos se distinguía el terror que la atenazaba, pero también algo más. Georgy la calló de un empujón.

—Trae a Aleksei. —Maksimov se dirigió a su hombre con expresión tranquila—. Y tendrás a tu chica.

Tessa gritó. Bajo la mordaza resultaba imposible saber lo que quería decir, pero movía la cabeza en un gesto histérico de negación.

Él sabía lo que ella intentaba decirle, que en cuanto les entregara a Alek, ellos lo matarían. Lo sabía, pero no le quedaba otro remedio. No le importaba si Lyagushkin vivía o moría, él solo quería que soltaran a Tessa y llevársela de allí. Y que se apañaran Maksimov y Lyagushkin y sus respectivas venganzas. Pero entonces lo entendió, Maksimov nunca había pretendido hacer

un intercambio, o al menos no el que le había prometido.

Joder.

—Lyagushkin no va a venir, ¿verdad? —Maksimov negó con un gesto indiferente—. No lo entiendo. Íbamos a matarlo por lo de Katya.

—Lo mataré, desde luego. Pero primero quiero que sufra como he sufrido yo. Quiero que sepa lo que es perder a un hijo.

—Pero...

—Maldita sea, Zed, déjalo ya. Lyagushkin mató a mi niña. ¿O acaso lo has olvidado? —Maksimov sacó la pistola de la cartuchera y la apuntó hacia Tessa—. Y como no traigas a Aleksei me voy a cargar a la tuya.

La chica se encogió con un sollozo entre las manos de la lagartija tatuada.

Zed suspiró. Nada tenía sentido, pero tampoco veía escapatoria para aquella situación. Una hora antes pensaba que entregaría a Alek a su padre y este le devolvería a Tessa, y que luego, con ambos a salvo, él podría matar a Feodor Lyagushkin. Ahora todo era diferente, Alek iba a morir, el asesino de Katya seguiría vivo y Tessa lo odiaría siempre. Pero al menos viviría. Sacó el teléfono móvil del bolsillo y marcó el único número que tenía en la memoria. Al otro lado de la línea, alguien descolgó. Zed solo pronunció una palabra.

—Ven.

Los minutos se sucedieron en silencio sin que se escucharan pasos en el exterior ni ninguna figura atravesara la puerta. Un minuto. Dos. Cinco. Ocho. Era fácil calcularlos en la quietud oscura de la nave abandonada. Nadie se movía ni hablaba, y la cabeza de Zed no encontraba distracciones al contar de cero a sesenta. Una vez, otra... Diez.

Nada.

Lo había traicionado. Zed había confiado en él y Alek lo había traicionado. ¿Quién lo culparía? Por mucho que dijera que no le importaba morir después de perder a Katya, no era tan fácil cuando la muerte es una pistola que te apunta a los ojos. Había huido. Y Tessa iba a morir.

Once minutos.

El crujido de una pisada en la tierra. Una figura negra y temblorosa se recortó en la puerta y Zed volvió a respirar. Paso a paso, la figura se desgajó de las sombras: el cabello castaño y revuelto, la cara machacada por la paliza que Zed le había dado. El cuerpo delgado y frágil encorvado hacia delante como si sus hombros cargaran con el peso del mundo. Su mandíbula no dejaba de temblar. Pero no lloraba.

Los hombres de Maksimov retrocedieron para abrirle paso hasta el centro de la nave, y luego formaron un círculo a su alrededor. El chico no miró a Tessa, su rostro suplicante estaba girado hacia Zed, que se volvió hacia Maksimov.

—Ya tiene lo que quería —dijo—. Ahora suéltela.

—Todavía no —negó aquel—. Mávalo.

Zed no se extrañó por la petición, era su castigo. Tenía que haber eliminado a Aleksei en cuanto lo encontró. No lo había hecho y ahora Maksimov lo obligaba a ejecutarlo a sangre fría delante de Tessa. No se podía traicionar al *pakhan*, no se desobedecían sus órdenes.

Pero lo hizo. De nuevo.

—Mátelo usted.

Maksimov emitió un gruñido de desprecio nasal. Dio un paso hacia Tessa, y ella gimió. La pistola del Checo estaba pegada a su sien, tan clavada que el borde desaparecía entre el cabello revuelto. La de Maksimov era un cañón del .44 directo a sus ojos. Una Desert Eagle que a esa distancia no dejaría de ella ni los dientes.

—Te dije que lo mataras y no lo hiciste. Te dije que la mataras a ella y no lo hiciste. Ahora vas a tener que elegir.

Zed negó con un suspiro demasiado parecido al de su jefe.

—La matará de todas formas.

—Quizá. Pero si no haces lo que te digo, me aseguraré de que su muerte sea lenta. —Resbaló el cañón dos palmos hacia abajo—. No tengo que explicarte lo que duele un .44 en el estómago, ¿verdad? Ambos lo hemos visto.

La chica asistía a la conversación en silencio, desdibujada por los temblores que la sacudían. Zed notaba sus ojos de whisky añejo saltando de uno a otro, escuchando el debate sobre el modo en que iba a morir. Ya no gemía, y él supuso que había aceptado la situación, pero eso no sucedería si podía evitarlo. Claro que ¿cómo demonios iba a evitarlo?

—Mátalo —insistió Maksimov—. Contaré hasta cinco.

Alek Lyagushkin retrocedió hasta chocar con el cerco de hombres que lo rodeaban. El que tenía más próximo lo agarró por el brazo y lo separó hasta una cauta distancia de seguridad. Si la bala de Zed impactaba contra una parte blanda, podía atravesar el cuerpo y acabar en quien estuviera detrás, pero si alguna vez hubieran trabajado con él habrían sabido que eso no ocurriría. Esa bala se incrustaría en el cerebro, una muerte inmediata, sin dolor. Sin posibilidad de error.

Zed alzó la pistola.

—пять^[45] —murmuró Maksimov.

Tessa gimió una súplica enmudecida. Lágrimas de miedo y desesperación le corrían por las mejillas.

No podía hacer nada. Eran demasiados. Aunque matara a Georgy, quedarían todos demás. Once hombres con las pistolas apuntadas a su cabeza. No había factor sorpresa, no había planificación ni plan B. Ni siquiera había plan A. La maleta estaba llena de armas, pero fuera de su alcance, en la mesa donde Maksimov la había dejado. No importaba lo que hubiera dentro, las pistolas, los fusiles, las escopetas que nunca dispararía.

—Четыре^[46]

Alek. Tessa. No le debía nada a ninguno. Ninguno merecía morir, pero allí estaban ambos con una sentencia sobre la cabeza y el agujero negro de un cañón ante los ojos. ¿Que eligiera? Era ridículo, no había elección. Mataría a Alek sin dudarlo si eso salvara la vida de Tessa, pero no sería así.

—Три^[47]

Y si se negaba, ¿qué? Si no lo hacía, ¿qué? Maksimov mataría a Tessa, mataría a Alek. ¿Y a él? ¿Qué le haría? El *pakhan* no permitía traiciones y Zed se estaba aficionando a coleccionarlas. Si le había quemado un brazo por hacerse un tatuaje, ¿qué no le haría ahora? ¿Matarlo? No. Eso no. Era su padre. Casi. Era el hombre que lo había criado cuando se quedó huérfano, que le enseñó todo lo que sabía, que lo convirtió en lo que era. Lo dejaría con vida y seguiría a su lado, pero el castigo haría palidecer al diablo.

Empezando por la muerte lenta, dolorosa y cruel de la mujer que había provocado su traición.

La voz en su cabeza le dijo que no. No lo permitiría.

—два^[48]

Dio la espalda a Alek y apuntó la SIG a la cabeza de Maksimov. Este rio, una carcajada que no se reflejó en sus ojos. Hacía demasiado tiempo que nadie apuntaba un arma a su cara, y no era una persona cualquiera la que lo hacía, era Zed. Nadie había sobrevivido para contar qué se sentía cuando ese hombre lo apuntaba con un cañón.

—¿Pretendes matarme?

—Si me obliga.

—Ella morirá igualmente. Y ese jodido crío. ¡Están los dos muertos!

Zed no contestó. Eran obviedades que no merecían respuesta.

—¡Maldita sea, Zed! ¿Todo esto es por esa zorra? ¿Me traicionas por

ella? ¿Me amenazas por ella? ¡Está bien, de acuerdo! Cárgate al crío y la dejaré vivir. Toda tuya. Recogemos y volvemos a casa. Como si nada hubiera ocurrido. Eliminamos a Lyagushkin y nos quedamos con esta ciudad. ¿La quieres? Es tuya. Bogdanov es un inútil y ambos lo sabemos. Puedes quedarte aquí y dirigirla cuando Lyagushkin haya desaparecido.

Zed balanceó la cabeza de un lado a otro. Era absurdo, ridículo, casi patético. Maksimov era un hombre frío e inteligente, pero algo se había estropeado en su cerebro; quizá la muerte de su hija lo había vuelto loco y ahora no decía más que estupideces. No era solo que Zed no quisiera esa ciudad ni regalada, ni que matar a Lyagushkin y los suyos fuera a resultar tan fácil como su jefe parecía pensar. Era que ya no se creía una palabra. En cuanto eliminara a Alek, Maksimov mataría a Tessa, solo para que él lo viera. ¿Como si nada hubiera ocurrido? Gilipollecés.

—Deje que se larguen —propuso—. Él y Tessa. Los dos. Lejos de aquí. Deje que salgan e iremos juntos a por Lyagushkin.

—¿Te has vuelto loco?! —exclamó Maksimov, con toda la razón del mundo—. En cuanto saliera por esa puerta, el pequeño cabrón iría a avisar a su padre.

—¡No! —La voz de Alek rebotó entre las paredes—. No. Yo quería a Katya. La quería...

—Cállate.

—No, escúcheme, si él la mató, si mi padre lo hizo...

—¡Que te calles! —gritó Maksimov.

Zed se volvió hacia el chico. Entendía lo que estaba haciendo. Era un buen intento, noble, salvar la vida, la de Tessa, entregar al asesino de su novia; todo estaba muy bien, pero no funcionaría. Y menos si seguía cabreando a Maksimov.

—Cállate, Alek —le ordenó.

Pero él miraba al *pakhan* con ojos llorosos.

—La quería, señor Maksimov, tiene que creerme. Yo vivía por ella, la amaba con toda mi...

Nunca pudo terminar aquella frase cuyo final todos imaginaron. Un trueno iluminó la penumbra y abrió un agujero rojo en el pecho del chico.

El cuerpo de Alek Lyagushkin cayó al suelo antes de que los ecos de la terrible explosión se desvanecieran entre las paredes. Tessa aulló en los brazos del Checo.

La pistola de Maksimov humeaba en su mano, un brazo por delante de

sus ojos satisfechos. Zed reprimió un gemido. Alek estaba muerto. Todo había terminado.

Tessa volvía a llorar, y él lamentó no poder consolarla una última vez. El cañón de Maksimov se desplazó hacia el pecho de la bailarina.

—один^[49]

EL INFIERNO

Jueves, 02 de agosto – 20:14 h

3140 East Pico Blvd. Los Ángeles, CA

—ОДИН

Tessa no hablaba ruso. Ni una palabra. Lo había escuchado miles, millones de veces, incluso Katya había intentado enseñarle algunos términos más o menos obscenos entre risas y *gin-tonics*, pero no entendía aquellas letras extrañas, y le costaba pronunciar los sonidos que en boca de su mejor amiga resultaban tan dulces y entre los dientes de los hombres del club la aterrorizaban.

No lo hablaba, pero no había que ser Anastasia para entender que las palabras que Luka Maksimov acababa de escupir eran una cuenta atrás, y que aquella última era su final. Uno. ¿O cero? ¿Qué importaba?

Alek yacía muerto en el suelo, sobre un charco de sangre que crecía cual marea dispuesta a tragarse el mundo. Una mancha negra como petróleo en la que su mejor amigo —y único, a esas alturas— se había hundido para siempre.

Ahora era su turno. Uno. ¿O cero?

La ciudad guardaba silencio. No se escuchaba un coche, una sirena, un helicóptero. Los sonidos imperceptibles resbalaban por las paredes escamosas sin que nadie sino ella los escuchara: la respiración contenida de una docena de hombres petrificados; la lejana carrera de un gato, o una rata demasiado grande para querer distinguirlo; el roce de la ropa en cuerpos inmóviles.

Miró a Zed. Su rostro implacable era la última imagen que quería llevarse con ella, el hombre que lo había intentado. El hombre al que ya no podría advertir de que su jefe planeaba matarlo.

«Adiós» se despidió, en silencio, con las cejas arqueadas. Un último aviso.

Cerró los ojos.

Oscuridad.

—¡Atención! ¡Les habla el FBI!

La voz, metálica y crepitante a través de un megáfono, se coló por las ventanas de las habitaciones del lateral derecho del hangar y provocó un estallido de acción en el interior del recinto.

—¡Están rodeados! ¡Suelten las armas y salgan con las manos en alto!

Zed fue el primero en reaccionar. Aprovechando la confusión, agarró a Tessa, se lanzó a por la maleta y tiró de ambas hacia la primera puerta que encontró en el lado izquierdo de la nave. Maksimov disparó a su espalda, y aunque la bala se estrelló contra la pared, la detonación desató el infierno.

Los hombres del FBI respondieron al disparo y los rusos corrieron a refugiarse bajo las ventanas. La guerra había estallado en el viejo local abandonado del Wholesale.

Tessa sintió cómo Zed tiraba de ella y la arrojaba hacia una esquina de la habitación. Con las manos aún esposadas a la espalda, no pudo agarrarse a nada y trastabilló hasta chocar de frente contra la pared. Apenas lo notó, tenía el cuerpo tan dolorido que uno más no le hizo daño.

Él regresó junto a la puerta, se protegió la espalda contra el tabique y, pistola en mano, se asomó al exterior. Los disparos atronaban en la nave ruinoso. Disparos más intensos de dentro afuera y otros más lejanos, pero más potentes, de fuera adentro. Tessa reconoció la cadencia de las escopetas que había escuchado en televisión, aunque aquello no se parecía en nada a las películas. Los muros retumbaban, el suelo temblaba. El mundo rugía.

Se sentó en el suelo e introdujo las piernas por el hueco entre las muñecas esposadas, un movimiento que ya le resultaba casi natural. Se palpó la cara hasta encontrar el comienzo de la cinta americana con la que la habían amordazado y, despacio y a tirones, mordió el dolor y se la arrancó de la piel. El aire frío le lamió las mejillas y le adhirió a ellas el cabello.

Arrugó la cinta en una pelota, luchando contra el pegamento que insistía en fijarla a sus dedos, y la lanzó a un lado. Zed continuaba junto a la puerta, echando veloces miradas al exterior antes de refugiarse de nuevo tras la pared. Ella esquivó la bolsa de deporte abandonada en el suelo y gateó hacia él. Necesitaba saber qué ocurría. El ruso miró hacia abajo cuando notó que se arrastraba entre sus piernas, pero no la detuvo.

El estruendo era ensordecedor. A través de los huecos de las puertas que quizá nunca hubieran existido o quizás alguien se había llevado, distinguió a los hombres de Maksimov agazapados en los despachos del lado contrario de la nave, a salvo bajo las ventanas mientras las balas atravesaban el aire y

se estrellaban contra los muros, el techo, las columnas. Esquirlas de cristales rotos llovían sobre ellos. De vez en cuando, alguno se incorporaba, disparaba y se volvía a agachar, o alzaba la mano lo suficiente para disparar a ciegas. Cada detonación producía un estallido de luz que centelleaba como focos de una discoteca en plena *rave*. Aquello era el infierno en la tierra y no parecía que fuera a terminar nunca.

Maksimov no estaba a la vista. Tampoco el Checo. Juntos o en solitario habían desaparecido, pero no se mantendrían ocultos mucho tiempo. Había demasiado en juego. Ella estaba viva, Zed también, y ambos debían dejar de estarlo antes de que la policía los atrapara.

Él retrocedió a la seguridad del despacho, le indicó que lo siguiera y se acuclilló a su lado. La agarró por las mejillas y la examinó con esos ojos grises que brillaban como espectros en el débil resplandor que se colaba por las ventanas. Estaban a escasos centímetros el uno del otro, tan cerca que podía oler el aroma que exudaba su piel; tan lejos que sintió que no podría alcanzarlo por mucho que alargara el brazo.

—¿Estás bien? —preguntó él por encima del estruendo.

Ella soportó el dolor de sus dedos sobre los golpes y asintió. ¿Lo estaba? No, no lo estaba en absoluto. Todavía notaba la presión de la pistola del Checo contra la sien, y la boca negra de la de Maksimov aparecía ante sus ojos si cerraba los párpados. Alek estaba muerto y, por un segundo, cuando el disparo estalló en sus oídos, pensó que había sido ella, que el Checo había disparado y que estaba muerta. Muerta. Pero no lo estaba. El cuerpo de Alek había quedado fuera, sin vida, y lo único que ella podía sentir era alivio. ¿En qué la convertía eso? Su mejor amigo... Su mejor amiga...

Zed. Al menos le quedaba él. Lo agarró por la camisa con las manos esposadas y lo zarandeó hasta asegurarse de que le prestaba atención.

—Oí a Maksimov —gimió—. Planeaba matarte. Se lo dijo al Checo, que te mataría en cuanto le entregaras a Alek. —Zed guardó silencio. Luego sonrió. Ella sacudió la cabeza—. Lo digo en serio. Lo oí. Tienes que creerme, por favor. No puedes confiar en él. Se lo dijo...

Él asintió y le limpió las lágrimas que le corrían por el rostro.

—Te creo —dijo. Y ella no supo si era verdad o solo pretendía calmarla—. Saldremos de aquí, ¿de acuerdo? Pero no puedo quitarte las esposas.

Tessa negó. Lo sabía. El Checo tenía las llaves. O quizá no, no podía estar segura. Ya no estaba segura de nada. ¿Cómo iban a salir de allí con vida?

Estaban rodeados, encerrados en un cuartucho que apestaba a pólvora, en el que un ruido atronador sacudía las paredes que despedían nubes de polvo con cada estallido, en el que detonaciones de luz le golpeaban los ojos. Era como presenciar el fin del mundo. Era el fin del mundo.

De su mundo.

—Tessa. Tessa, escucha —la llamó Zed. Ella le devolvió una mirada cargada de pánico—. Tenemos que salir de aquí.

Tessa asintió. Claro que tenían que salir de allí, pero ¿cómo? Buscó la respuesta a su alrededor. El paso de los modernos saqueadores de tumbas se distinguía pese a la oscuridad centelleante: pintadas obscenas y amenazadoras que decoraban las paredes, la estructura desvencijada de una mesa que se repartía sobre la alfombra de cascotes. La única ventana de la habitación había perdido los cristales tiempo atrás, y la luz que penetraba exánime desde el exterior brillaba con el matiz furioso del infierno, pero resultaba inaccesible tras unos barrotes de hierro. Se preguntó si Zed podría romperlos de alguna manera, y luego recordó que aquello no era una película de dibujos animados y que era poco probable que el ruso guardara una lima de metal en la enorme maleta que cargaba a la espalda.

No. Si querían llegar a la calle debían atravesar la nave. El infierno. Dos docenas de hombres armados que querían matarla. Maksimov. El Checo. Y al otro lado, el FBI y la vida real. Solo que, aunque lograra salir de aquel edificio, la vida ya no sería lo mismo nunca más. Katya y Alek seguirían muertos, y ella ya no tendría su trabajo en el Hot Corner. Si en la academia habían descubierto que bailaba en el club, tampoco la aceptarían de vuelta. Todo se había ido a la mierda y había sido culpa suya, aunque aún no entendiera cómo. Ella solo quería bailar. Era lo único. Lo único. Había pasado la mitad de su infancia bailando en el *backstage* del club en el que trabajaba su madre, bailando en la caravana delante de la radio, bailando bajo un millón de focos que la iluminaban si cerraba los ojos. ¿Era eso? ¿Su ego la había llevado hasta aquella situación? No, ella nunca necesitó focos. ¿O sí? Le gustaban las luces del Hot Corner. Le gustaban las miradas de los hombres. No que la tocaran, no que le dijeran guarradas, pero el modo en que la miraban... Joder. ¿Había sido eso? Nadie merece morir por eso. No era culpa suya. Ella solo había hecho lo que la habían obligado a hacer. Bogdanov la obligó a espiar a Katya, Alek la obligó a guardar su secreto. Zed la obligó a delatar a su amigo. Ella solo quería bailar, y ahora ya solo pedía sobrevivir. Lo había intentado.

Y sin embargo nada de eso la sorprendía. Siempre había sabido que su historia no tendría un final feliz. Los cuentos de hadas no empiezan en una caravana en un pueblucho de dos mil habitantes en medio de Texas. Las princesas no nacen de una madre borracha y un hombre de cuyo nombre nunca se acordó. Las cosas no funcionan así. Disney lo sabe y por eso miente, pero ella nunca se lo creyó. Tan solo hizo lo posible por retrasar la caída. Bailar en la cuerda floja y esquivar las balas hasta llegar allí, a esa nave abandonada, a esos ojos de acero que la observaban sin pestañear.

Tomó aire y asintió. Lo seguiría hasta donde hiciera falta y si el destino final era el infierno, lo atravesaría con él.

—Dime qué tengo que hacer.

Zed sonrió con una ofensiva expresión de alivio. Abrió la bolsa y rebuscó hasta sacar una pistola. Tiró hacia detrás de la corredera y se la ofreció.

—Toma esto —le dijo, poniéndole el arma entre los dedos temblorosos—. No tiene el seguro puesto, así que ten cuidado. Agárrala con las dos manos, apuntas y disparas, como en la tele. Fuerte. Notarás el retroceso así que apunta bajo. Si viene cualquiera que no sea yo, te lo cargas. ¿Entendido?

Ella meneaba la cabeza arriba y abajo, apenas consciente de lo que él le decía. El arma era más pequeña que la que le había robado al hombre de Maksimov, un poco más ligera, pero negra, también, y de empuñadura marrón. Tipo, marca, modelo, no sabía nada, y nada habría cambiado de saberlo.

—¿Serás capaz? —preguntó él.

Tessa asintió, aunque no, no creía que fuera capaz de disparar. Ni siquiera había escuchado sus últimas palabras. El estruendo de los disparos, los cristales, los gritos y la lejana estridencia de un megáfono formaban un aquelarre en su cabeza, una confusión de estímulos que la mantenían sumergida en una niebla oscura y un aire metálico que apenas le llegaba a los pulmones.

—Necesito que me cubras, Tessa. No quiero presionarte, pero estoy poniendo mi vida en tus manos.

Ella levantó las cejas, aterrorizada.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué vas a hacer?

Zed le acarició las mejillas por última vez y se inclinó hacia ella.

—Voy a salvar a Alek —dijo. Luego la besó.

FBI

Jueves, 02 de agosto – 20:16 h

3140 East Pico Blvd. Los Ángeles, CA

Mike se encogió justo después de que una bala impactara contra la esquina tras la que se había resguardado y escupiera pedacitos de cemento sobre su rostro.

—¡Aléjese de ahí! —le gritó el SWAT más cercano, pero él no obedeció.

Tenía que apartarse, lo sabía, una intervención de asalto era asunto de los grupos de operaciones y allí mandaban ellos; pero no lo entendían, ese era su caso, el hombre que se escondía en el interior de aquel edificio, al que había seguido hasta allí, al que había visto escalar la verja y entrar por una ventana rota, era su hombre, su objetivo. No podía quedarse al margen.

El intercambio de disparos no cesaba ni un instante entre la nave abandonada y los vehículos que habían rodeado la fachada principal y el aparcamiento del lado oeste, cuya valla no había resistido el primer empujón de uno de los BearCat del SWAT. Los agentes uniformados, con el identificativo de la agencia en letras blancas como dianas en pecho y espalda, disparaban las estruendosas Remington 870 a resguardo tras los coches, mientras las pistolas semiautomáticas de los hombres de Maksimov creaban destellos de luz al otro lado de las desaparecidas ventanas. Desde el cielo, la unidad aérea en el helicóptero barría toda la zona con el cañón de luz. Solo faltaba la música para que el agente Poulsen sintiera que presenciaba una fiesta clandestina desde el exterior.

Mike se protegía tras el recodo del edificio al otro lado del aparcamiento. El tiroteo se intensificaba ante sus ojos, y por mucho que el agente más cercano y las balas perdidas que se estrellaban contra la pared cada pocos segundos insistieran en que debía retroceder, era incapaz de hacerlo. Una pregunta se repetía en su cabeza y lo forzaba a observar el desarrollo de la acción por sí, en un momento inesperado, hallaba la respuesta. ¿Qué coño había ocurrido?

Menos de dos horas antes estaba seguro de tener la situación controlada. La troncha mantenía a Alek Lyagushkin bajo vigilancia en el apartamento de Culver City y los equipos de intervención se dirigían al punto de encuentro entre Maksimov y Zed. Faltaba hora y media para las ocho. Zed se había dirigido a un restaurante Jack in the box, en el que había comprado una hamburguesa y un refresco, y se había detenido casi media hora en un aparcamiento para tomárselos. Durante ese tiempo Mike no se separó de él. Ochenta minutos. Setenta. Su estómago rugía de hambre al imaginar el sabor de aquella hamburguesa. Su olor. Queso, ketchup, tomate, ternera. Quién sabía a qué hora podría cenar. A las siete en punto el ruso arrancó el motor y enfiló la 10 hacia su destino.

Mike lo seguía a cuatro coches de distancia. Las noticias crepitaban por la radio y, con cada palabra, el federal sentía la tentación de acelerar y acabar con aquello de una vez. Las unidades de intervención ya habían tomado posiciones. El lugar era una nave abandonada, rodeada de hangares y depósitos, en medio de un polígono industrial. Se dio la orden para que las empresas de la zona terminaran su actividad y evacuaran a los empleados antes de las siete cincuenta. No mucho antes, no podían despertar sospechas, pero a las ocho no debía quedar nadie allí. La cosa podía ponerse difícil.

A las siete y media llegó Zed. Mike lo hizo unos minutos después. Le confirmaron que el ruso estaba a la vista, vigilado por docenas de prismáticos, cámaras y agentes armados, y le ordenaron que diera un rodeo para aparcar en un lugar seguro, a una distancia desde la que presenciaria el espectáculo sin ponerse en peligro ni inmiscuirse en la operación. Pero no pudo hacerlo, la tentación era demasiado fuerte; el riesgo, demasiado grande. No pudo. Continuó por la misma calle y pasó por delante del asesino a una velocidad estable, ni demasiado rápido ni demasiado lento, con la vista clavada en la carretera, pero un ojo desviado hacia él. Tenía que comprobar que era él. Yuen, a su lado, aferraba el arma dispuesto a disparar si la imprudencia de su compañero provocaba un tiroteo, con una mirada furiosa en los ojos y la mandíbula apretada tan fuerte que Mike casi podía oír el rechinar de los dientes.

Simplemente, no pudo evitarlo.

Pero todo salió bien. Continuó adelante y aparcó en el lugar indicado, a ciento cincuenta metros, tras una curva amplia que no impedía la visibilidad. Desde allí vieron a Zed escalar la valla y saltar al aparcamiento del otro lado. Lo vieron romper una de las ventanas y lanzar dentro de la nave una bolsa de

deporte. Luego se coló tras esta y la calle quedó desierta y en silencio.

Las primeras vetas del anochecer asomaron por el oeste, el horizonte se tiñó de naranja inflamado, las pocas estrellas lo bastante valientes para mirar abrieron sus ojos sobre la ciudad. Las farolas las expulsaron al encenderse.

Un impresionante BMW blanco apareció poco después, reflejando las luces de la calle sobre la reluciente carrocería. Maksimov descendió y abrió la puerta de la nave con una llave y un empujón.

A través de la radio que retransmitía la señal captada por el equipo de escucha, oyeron al líder de la Bratva admitir que había secuestrado a Tessa. Lo había hecho para castigar a su hombre. Lo había hecho para obligarlo a matar a Alek, algo a lo que, al parecer, el ruso se había negado. Yuen y Mike atendían en silencio, tan sorprendidos como el sicario, no solo de saber que Maksimov se había llevado a la chica, sino de que esta siguiera viva.

Así era. La vieron con sus propios ojos unos minutos después, en las manos de un musculitos tiznado de tatuajes que la arrastraba del brazo. Los agentes intercambiaron un mudo gesto de reconocimiento; el tipo se hacía llamar El Checo, pese a que según todos los informes jamás había pisado aquel país. Georgy Mašek había nacido en Estados Unidos, en el seno de una familia que abandonó la tierra de sus antepasados tras el fracaso de la primavera de Praga. Una familia que había tratado de inculcarle los valores occidentales, y a la que había traicionado aliándose con el peor enemigo. Ese era el gilipollas que había llegado acompañado de una docena de hombres y había arrastrado a Tessa Britton al interior del edificio.

La chica seguía viva, magullada y con manchas de sangre en la cara y la ropa, con las manos atadas a la espalda y la boca amordazada con un trozo de cinta americana. La chica seguía viva, sí, pero era imposible saber cuánto tiempo duraría.

Por poco que fuera, Beth merecía saberlo. Había acertado. De nuevo.

Mike trató por enésima vez de encender el teléfono móvil, pero ni el botón ni la pantalla daban señales de vida. El iPhone había fallecido ahogado en una piscina de café.

—Mike.

Yuen señaló al frente, hacia un joven que lloraba aterrorizado en mitad de la calle, a cincuenta metros del hangar.

—Alek Lyagushkin.

El equipo que lo seguía lo confirmó, el chico había salido solo del piso en Culver y había cogido un taxi hasta allí. ¿Por qué demonios llegaba Alek

Lyagushkin solo y voluntariamente a ser entregado a Maksimov?

Eso mismo parecía preguntarse él. Durante diez minutos avanzó hacia la puerta y retrocedió, lloró, se secó las lágrimas, volvió a llorar, se acercó y se alejó. Al final, como quien se enfrenta a un tiro libre en el último segundo, se limpió la cara, tomó aire y se dirigió al edificio cubierto de graffitis. Dudó solo un instante más antes de atravesar la puerta, pero lo hizo y desapareció en la oscuridad.

Entonces sonó el disparo.

Mike ni siquiera miró a su compañero, soltó los prismáticos, bajó del coche y echó a correr pistola en mano, poniéndose el chaleco antibalas por el camino hacia el edificio abandonado. Dos furgonetas de la SWAT lo adelantaron y rodearon la nave antes de que llegara. El BearCat embistió la endeble valla que protegía el aparcamiento y los agentes se desperdigaron como avispas en formación de ataque. El helicóptero salió de la nada con su ruido rítmico y su foco deslumbrante.

Allí llevaban cinco minutos que parecían horas. El redoble continuo de disparos convertía la noche en una batalla de fuegos artificiales de color blanco. Los mismos destellos iluminaban el interior de la nave en la que se habían atrincherado los rusos. Maksimov y Zed, Alek Lyagushkin, Tessa, el Checo y una docena de hombres armados. Y el cadáver de quien hubiera recibido el disparo que lo obligó a salir del coche. Sin pruebas que lo corroboraran, las apuestas iban un millón a uno contra el hijo de Feodor Lyagushkin.

Mike se parapetó tras la esquina y miró a su alrededor. Los negros vehículos federales habían formado una barrera en el aparcamiento. Apenas había espacio entre ellos y el edificio. Las balas impactaban contra los coches con la facilidad de una galería de tiro, pero aquello no podía durar mucho. Tarde o temprano, los hombres en el interior se quedarían sin munición. Era un asedio, como en las mejores películas sobre la Edad Media, y ni en El Señor de los Anillos escaparían de una superioridad numérica como la que disfrutaban. Catorce rusos, incluidos Maksimov y Zed, contra una treintena de agentes SWAT con armamento ilimitado. Todos sabían cómo acabaría aquello. Maksimov detendría el fuego, saldría con Tessa de rehén, o Alek, o ambos, y sería una elección sencilla: dejarlos marchar o matarían a los chicos.

Mike observó los tejados circundantes hasta donde alcanzaba la vista. Las negras siluetas de los francotiradores eran oscuros puntos inmóviles apenas visibles tras los salientes de las azoteas. Maksimov no saldría vivo de

allí. Desde el aire o en tierra acabaría en manos del FBI. No tenía escapatoria.

Y lo sabía. Tenía que saberlo. Por eso Mike no comprendía cómo la situación se alargaba tanto. Los rusos se defendían y los federales no se quedaban atrás, pero era difícil saber si acertaban a algo o a alguien. Los gritos atravesaban la noche, aunque no sonaban como aullidos de dolor, sino de rabia, imprecaciones para las que no necesitaba traductor. Podían estar así toda la vida. ¿Cuántas armas tenía Maksimov? Parecía como...

Una idea irrumpió en su cabeza. No conservaban munición, no esperaban ganar la batalla; lo que ganaban era tiempo. Tenían entretenidos a los federales mientras el jefe escapaba por otro lado.

Mierda.

Agazapado tras los coches, echó a correr. Llevaba la Glock en la mano y se tapaba la oreja izquierda con la otra, pero no era suficiente, las detonaciones estallaban a su alrededor y lo instaban a volar.

El BMW blanco de Maksimov destacaba en la noche como una virgen en un burdel. Dos jeeps negros, con las grandes letras amarillas del SWAT en los cuatro costados, lo escoltaban y vigilaban la puerta principal del edificio, por la que nadie había asomado la cabeza. Los destellos de luz de los disparos se intuían a través del cristal difuso. Parecía un cebo perfecto, allí, tan pacífica y accesible, pero todos sabían que el primero en abrirla caería abatido, así que nadie se había acercado aún. Mike tampoco lo hizo.

Pasó de largo, con la cabeza hundida entre los hombros y la espalda encorvada, y llegó hasta la fachada este del edificio. Las ventanas de aquel lateral estaban defendidas por gruesos barrotes de hierro, y a lo largo, protegido en todo su recorrido por una valla igual a la del aparcamiento, se alejaba un camino que doblaba a la derecha al fondo de la nave y desaparecía tras ella. Al final se alzaba un muro de casi dos metros de alto, rematado por una alambrada de espino.

—¿Qué hay al otro lado del muro?

El agente al que se había dirigido, uno de los ocupantes de las furgonetas que cubrían la fachada principal, lo miró a través de las gafas de seguridad. Estas, más el casco y la braga del cuello subida hasta la nariz, ocultaban su rostro por completo, pero Mike imaginó la expresión de desdén que matizaría sus ojos. A aquellos hombres no les gustaba que los «oficinistas» se inmiscuyeran en sus operaciones. El agente bajó la escopeta, cogió una tablet y le mostró la vista aérea del lugar.

—La vía del tren. El BNSF.

El tren de mercancías. Mike acercó la imagen con un gesto de los dedos. El patio de la parte trasera del edificio tenía forma triangular, más ancho por el este y en ángulo cerrado hacia el oeste, pero sin comunicación con el aparcamiento sitiado. Solo un muro de dos metros, quizá menos, lo separaba de la vía del tren. La libertad.

—Tengo que acceder ahí.

—Tenemos hombres al otro lado. Si alguien intenta escapar lo veremos —respondió el SWAT.

—No me importa. Voy a entrar.

—¡Oiga!

Demasiado tarde. Mike ya no estaba allí.

Saltó la valla, se pegó a la pared y recorrió a toda velocidad el camino hasta el fondo del edificio. Corría agachado de forma que las ventanas enrejadas quedaran por encima de su cabeza. No se fiaba. El corazón le cerraba la garganta. A cada metro que recorría, el patio asomaba tras la esquina, vacío. Ninguna sombra se dibujaba en el suelo nocturno excepto la de las ramas ensortijadas de un árbol.

Al llegar al recodo, se protegió contra la pared y escuchó por encima de los disparos que estallaban al otro lado del hangar. Silencio. Dio un paso.

Una ráfaga de subfusil lo hizo retroceder de un salto.

EL EJECUTOR

Jueves, 02 de agosto – 20:26 h

3140 East Pico Blvd. Los Ángeles, CA

Zed dudó un último instante. El cuartucho al que habían corrido no era un lugar seguro, pero su aparente calma hacía que el exterior pareciera el mismísimo infierno, y era ese infierno al que pretendía llevar a Tessa. No tenía otra opción. Con las ventanas protegidas por barrotes y sin otra manera de salir de allí, el único camino pasaba por atravesar la nave y llegar a la calle. Solo que no podía salir a la calle. Joder, el FBI estaba allí fuera. En cuanto abriera la puerta lloverían disparos desde todas las azoteas, y en lo que tardaban en explicar que querían entregarse, los de dentro rematarían el trabajo. Además, qué coño, él no pensaba entregarse, solo tenía que poner a Tessa a salvo y podría largarse de allí. Desaparecer de nuevo y esta vez para siempre.

—¿Preparada?

La bailarina asintió. Aferraba la Makarov con las dos manos y expresión decidida, pero él no la creyó. No sería capaz de disparar. Nadie es capaz de hacerlo la primera vez. En las películas parece fácil, aprietas el gatillo y se acabó, pero nadie imagina lo mucho que pesa un arma entre las manos de un novato. Un kilo puede parecer una tonelada cuando al otro lado del cañón hay un ser humano.

Ella volvió a asentir.

Él recogió la maleta y se la cargó al hombro. El costado derecho amenazó con saltarle los puntos que cosían la herida, pero, una vez más, la sutura aguantó. Tarde o temprano reventaría si continuaba sometiéndola a esos tirones, pero era un futuro del que no tenía escapatoria.

Apretó los dientes y se acercó a la puerta. Se protegió contra la pared y asomó la cabeza. Un vistazo rápido. Fuera. Dentro.

Un hombre de espaldas a él, agazapado tras una mesa y con los brazos sobre el tablero polvoriento, encañonaba su arma hacia la entrada de la nave. El resto se habían refugiado en los despachos del ala oeste y disparaban a través de las ventanas rotas, entre gritos y maldiciones que mezclaban ruso e

inglés a partes iguales. Tenían toda su atención volcada en el aparcamiento.

Él dirigió la suya hacia el bulto que yacía en medio del recinto. Imposible saber si ya era tarde. Imposible acceder a él sin ser visto. La figura inmóvil se encontraba entre el vigilante y la puerta. Puto karma de los asesinos.

Besó a Tessa una última vez, sin pararse a pensar en que su vida podía depender de ella, y echó a correr. El ruido de los disparos era atronador, retumbaba entre los tabiques y dentro de su propia cabeza, pero también ocultaba el ruido de las deportivas contra el suelo. Recorrió el lugar en tres zancadas, se agachó tras el centinela de la puerta y le envolvió el cuello entre las manos. Torció bruscamente la mandíbula hacia arriba con la derecha al tiempo que empujaba la cabeza hacia delante con la izquierda. El cuello se partió por la cuarta vértebra, y el tipo se desplomó sin un ruido.

Nadie vio nada, nadie se enteró de nada. Solo Tessa, protegida tras el marco de la puerta, no apartaba la vista de él, pero Zed no la miró, no podía enfrentarse a sus ojos en ese momento. Ella ya sabía lo que él era.

Tan sigiloso y veloz como había salido, avanzó los cuatro pasos que le restaban, agarró el cuerpo de Alek Lyagushkin por las piernas y tiró de él hacia atrás, hacia atrás, hacia atrás, hasta el almacén que había inspeccionado al fondo del local. Un reguero de sangre oscura dibujó su camino en el suelo.

Entró, soltó la carga, comprobó que no había nadie y se asomó a la nave.

Tessa continuaba oculta donde la había dejado. Asomaba la cabeza por la puerta y lo miraba con expresión aterrorizada en los ojos. Era su turno. Zed sacó el arma y se la mostró.

—Confía en mí —susurró.

Ella lo hizo. No dudó ni un instante. En cuanto él asintió con la cabeza, ella echó a correr, cruzó cuarenta metros en quince pasos y se lanzó a sus brazos. Zed la estrechó contra su cuerpo y cerró la puerta con el pie.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Ella no respondió. Lentamente, se apartó de él, con la vista clavada en el cuerpo del chico que había sido su mejor amigo, al que había intentado proteger sin éxito y que ahora se sumergía en un pozo de sangre negra que manaba de su pecho, dos dedos por encima y a la derecha del bulto rígido que señalaba el final del chaleco antibalas.

—Alek.

Alek Lyagushkin no respondió. El reguero de sangre que habían

dibujado a su paso comenzaba a formar un charco bajo su cuerpo. Zed se arrodilló junto a él.

—¡Alek! —Lo zarandeó. Nada—. ¡Alek, despierta!

Nada.

Tessa lloraba.

Zed disparó una bofetada que se hundió en la mejilla húmeda del chico.

—¡Abre los ojos, joder! —rugió.

Y Alek abrió los ojos.

—Zed... —Se estremeció y tosió como si hubiera aguantado las ganas de hacerlo todo aquel tiempo.

Tessa sollozó un gemido nervioso y se derrumbó a su lado. A caballo sobre el filo que separa la risa y el llanto, acarició la cabeza de su amigo como si quisiera comprobar que no era una alucinación. Alek posó la mirada en ella y sonrió.

—Tessa...

—Estás vivo... Estás vivo... —gemía la chica.

Zed introdujo los dedos por el agujero que había dejado la bala en la camiseta y desgarró la tela. Una maldición escapó entre sus labios. Dos centímetros, tres, y el proyectil se habría incrustado en el chaleco, pero no, había acertado dos centímetros, tres, más arriba, en diagonal. En el hombro izquierdo. En ese punto no habría afectado a los pulmones ni al corazón, pero el asesino no daba un rublo por la clavícula. El agujero de entrada medía un centímetro de diámetro, pero la bala de punta blanda del .44 podía haber dejado un orificio de salida del tamaño de un balón y haberse llevado por delante venas, arterias, huesos y músculos. Al menos, Maksimov no había disparado a la cabeza. Claro que no, aquello habría sido demasiado compasivo. Aun así, por unos centímetros de mierda...

—Ayúdame con esto —pidió a Tessa.

Terminó de rasgar un gran pedazo de tela y entre ambos la utilizaron para envolver el hombro tan fuerte como pudieron. No llegó a ver la herida. Por nada del mundo permitiría que ella la viera, y él no necesitaba hacerlo para entender la gravedad de la situación. En realidad, aquello era un intento desesperado por retrasar lo inevitable. No tenía vendajes ni medicinas, no tenía nada. Pero sí tenía que intentarlo.

—Tessa, necesito que aprietes aquí, ¿de acuerdo? —Presionó la herida por delante y por detrás, y Alek aulló—. Sé que duele, tío, pero hay que hacerlo.

El chico asintió entre lágrimas y apoyó la mano ensangrentada sobre la de su amiga. La pintura de uñas descascarillada de la bailarina era del mismo color que aquella sangre.

En la nave principal, el tiroteo no se detenía. Los rusos disparaban como si contaran con toda la munición del mundo, pero no era así, y los federales lo sabían. Solo tenían que aguantar hasta que las balas se agotasen y podrían entrar con las manos en los bolsillos y una cantinela silbada entre los labios. No tardaría en suceder. Nadie imponía un poco de cordura ni parecía tener un plan de huida. A esa hora, Maksimov ya estaría en su casa, en el hotel o de camino a algún refugio que ni siquiera Zed conocía, pero este estaba seguro de que el Checo continuaba por allí cerca. Si quería ascender en la jerarquía solo necesitaba cumplir la última orden del *pakhan*: cargárselos. Matar a Zed, a Tessa, a Alek si seguía vivo. ¿Cuánto tiempo seguiría vivo?

Tenía que sacarlos de allí.

Tanto las persianas del muelle de carga como la puerta para operarios estaban cerradas, pero él tenía la llave. Se apartó de Alek y sacó el primer bicho grande que encontró dentro de la bolsa. El MP5. Valdría.

Se puso en pie y apuntó. No seleccionó el modo de «ráfaga corta». No lo necesitaba. Dos disparos. El cerrojo estalló y trozos de metal cayeron al suelo entre una niebla polvorienta. El ruido reverberó por las paredes durante unos segundos hasta desvanecerse en un lejano zumbido en los oídos.

—Vamos. —Guardó el subfusil en la mochila y se la colgó al hombro—. Tenemos que salir de aquí.

Él y Tessa agarraron al herido por la cintura y lo ayudaron a incorporarse. Alek se levantó con un gemido agónico.

—Tessa, cúbrenos. —La chica asintió. La Makarov cada vez temblaba menos en sus manos.

Paso a paso, entre los gemidos de dolor de Alek y los suyos propios, que masticaba y tragaba como una píldora venenosa, Zed abrió el camino hacia la puerta. La luz amarillenta de las farolas entraba como agua desbordada en un mar de polvo en suspensión. Ya casi estaban fuera.

Un paso. La luz y el aire fresco en la cara.

Otro más. Alek gemía, pero hasta él se atrevió a respirar cuando salieron a la noche.

Otro paso. El patio oscilaba bajo las sombras tenebrosas de un árbol que había crecido salvaje en una esquina.

El callejón lateral que comunicaba con la avenida estaba allí delante, a

un par de pasos, pero de eso tendría que encargarse Tessa. Él no lo recorrería. Él se quedaba allí. Solo tenía que dejar a Alek en el suelo y...

Una detonación desgarró el falso silencio del patio. Algo lo golpeó por detrás con la potencia de un camión y lo derribó al suelo con toda la carga encima. La noche se volvió blanca, luego negra, luego roja.

Zed tosió bocanadas ásperas de aire con sabor a metal. El mundo giraba ante sus ojos y un lazo le oprimía la garganta. Tosió. Tosió. Se alegró igual que siempre de llevar el chaleco antibalas, pero no hay chaleco capaz de absorber toda la energía de un disparo por la espalda. Aunque la bala se hubiera quedado fuera de su cuerpo, y por dios que podía sentirla, la presión del impacto en las costillas le impedía respirar. Jadeaba. Era pronto para saber si se habían roto. Por ahora solo necesitaba inspirar. Espirar...

Alguien sacudió su cuerpo desde atrás. Sus brazos se agitaron en el aire como los de un pelele y el terrible peso de la maleta abandonó su espalda. La SIG también lo había abandonado en la caída. Estaba desarmado. Se giró boca arriba en el suelo y buscó entre la niebla que enturbiaba su mirada al cabrón tras el gatillo.

—¿Qué pasa contigo, hijo? ¿Es que no sabes morir?

No le sorprendió encontrar los ojos gélidos de Maksimov. Tessa lo había avisado, pero él no la creyó, no quiso creerla.

—Tessa... —jadeó. Ella no contestó. ¿Dónde estaba?

Maksimov miró a su izquierda y, de las sombras tras el árbol invasor se desgajó la escurridiza figura tatuada del Checo.

—Vete a buscarla —ordenó el *pakhan*.

Georgy el Checo dirigió una mirada desdeñosa al sicario y se coló de vuelta al interior de la nave de la que Tessa no había llegado a salir. Zed apretó los párpados y se despidió de ella. No volvería a verla. Al menos la había besado una última vez. Al menos...

—Si hubiera querido matarme... —jadeó—, habría disparado... a la cabeza...

—No me dirás que no te lo mereces.

Zed intentó sonreír, pero fue incapaz. Dolía demasiado.

—Supongo que... sí.

Maksimov avanzó un paso. Él sí sonreía, confiado y seguro como el líder que era.

—Sabía que saldrías por aquí —murmuró—. Te conozco como a un hijo, ¿verdad?

Zed no respondió. Poco a poco recuperaba la respiración, pero la presión en las costillas no disminuía. Estaba casi seguro de que le había roto alguna.

Maksimov apuntó su arma hacia Alek Lyagushkin. El chico se arrastraba por el suelo para buscar refugio contra la pared, pero nada se interponía entre él y el que podía haber sido su suegro. Sin dejar de apuntar, este devolvió la mirada a su hombre.

—Le pusiste un chaleco.

Zed no se molestó en negarlo.

—Es inocente.

—¡Te ordené que lo mataras y me traicionaste! Sabes que no soporto que me traicionen. Tú mejor que nadie deberías saberlo. ¡Tú has matado a traidores y ahora te conviertes en uno de ellos!

El moscovita estaba perdiendo los nervios. Su mandíbula se estremecía de furia, la mano se agitaba inquieta, y con ella, la Desert Eagle calibre .44, que temblaba en el aire. Un monstruo. Un puto cañón que le había reventado la espalda. Zed no apartaba la vista de aquella mano, buscando el momento para lanzarse a por ella, pero Maksimov se mantenía demasiado lejos, y él no tenía fuerzas para moverse.

—Ya ni siquiera puedo confiar en mi propia familia —continuó el *pakhan* con un brillo furioso en las pupilas—. Tú eras como mi familia, casi como un hijo, como Ekaterina. ¡Y los dos me traicionasteis!

Clic. Zed casi pudo oír el clic en su cabeza cuando, de pronto, entendió lo que iba mal, lo que su instinto llevaba días tratando de advertirle. Maksimov no perdonaba a traidores.

—Usted mató a Ekaterina.

—Me traicionó. —Señaló a Alek con la pistola—. Se lio con ese mierda. ¡Con un Lyagushkin! La muy puta lo hizo a propósito para traicionarme.

Zed no estaba sorprendido. Aquel razonamiento absurdo no lo era tanto en boca de su jefe. Los conceptos de amor, familia, honor y traición siempre habían sido algo que manipular a su antojo.

Maksimov dio un paso adelante y cuando su sombra se apartó, algo negro asomó entre unos hierbajos secos a menos de dos metros de él. La SIG. Zed no la miró, no debía advertir a su jefe. No sabía cómo podría alcanzarla, pero sabía que cada segundo ganado era un segundo más de vida.

—¿Cree que Katya se enamoró de Alek para joderlo a usted?

—¡Por supuesto! O... No. Quizá no lo hizo a propósito, mi niña no lo habría hecho, pero...

—Por supuesto que no. Katya lo adoraba, y usted lo sabe.

—¡Pero tenía que haberse alejado de ese mierda!

Alek se encogió con un gemido cuando el cañón se agitó ante su rostro. Zed se dejó caer unos centímetros hacia el arma. Solo un poco más.

—Era una cría —continuó cuando el ruso se giró de nuevo—. Usted siempre le dio lo que ella quería, y ahora lo quería a él.

—Sí... —El tono de Maksimov se empapó de asco—. Él... ¿Crees que este niño de mierda no sabía quién era mi niña? ¿Quién era yo? ¡La engañó! ¡Fue todo una treta de su padre!

—¡No! —Alek se defendió con un grito roto que roció de saliva sus piernas—. No... Yo la quería... La amaba...

Maksimov negó con aversión. La SIG reflejaba la luz de una farola sobre el cromado negro. Estaba cerca, pero no lo suficiente. Zed se inclinó un poco más. Un poco más...

Una explosión abrió un agujero en el suelo y un millar de piedrecitas diminutas llovieron sobre su mano antes de que Zed tuviera tiempo de retirarla. La Desert Eagle humeaba en la oscuridad del patio. Maksimov había visto su maniobra, y con ese disparo había zanjado todas sus opciones.

—Tú... —suspiró con amargura—. Jamás creí que tú me traicionarías. Jamás creí que ella lo haría. Pero lo hicisteis los dos...

—Yo hice lo que usted me mandó —respondió Zed, recuperando la vertical.

—No. Te encoñaste de esa puta y lo jodiste todo.

—Tessa no tiene nada que ver con esto —se defendió pese a que ambos, incluso Alek, sabían que era mentira.

—¿No tiene nada que ver? —Maksimov rio—. ¡Me obligaste a secuestrarla!

—Y su hombre intentó matarme.

—Eso no era parte del plan, Zed. Te lo juro.

Zed dedicó a su *pakhan* una mirada inquisitiva. Había oído algo parecido a una disculpa en su voz, la primera que le escuchaba pronunciar nunca. En la situación más absurda del mundo, mientras le apuntaba con un arma a la cabeza.

—Kazimir solo tenía que llevarse a la chica, pero te encontró allí y se puso cachondo. Todo el mundo sabía que estabas en la ciudad, y ya sabes...

No se puede esperar más de un hombre de Lyagushkin.

—¿Era un hombre de Lyagushkin? —Zed miró a Alek, pero este no le devolvió el gesto. Estaba pálido y su rostro brillaba cubierto de sudor. Los párpados, casi cerrados, temblaban a punto de perder el conocimiento. Al chico le quedaban minutos de vida si alguien no detenía la pérdida de sangre que lo estaba hundiendo en un cenagal—. ¿Por qué?

—¿Por qué? Piensa, hijo. Si lo pillaban, las culpas de todo recaerían sobre su familia. El secuestro de tu chica, la muerte de mi niña... Vía libre para nosotros. ¿No lo entiendes?

Zed suspiró. No importaba, en realidad, si lo entendía o no. Ese era el fin, no quedaba nada más que decir. Nada que hacer. La SIG estaba demasiado lejos. Maksimov no le quitaba el ojo de encima. Alek estaba muerto. O, al menos, desfallecido. Todo había terminado. Pese al estruendo cada vez más irregular del tiroteo, Zed supo que oiría el disparo que acabaría con su vida.

—Eras como un hijo para mí, Zed, después de perder a Yevgeniy ya solo me quedabas tú... —El ruso desvió la mirada, como si entre las sombras pudiera ver al hijo que había perdido y la hija que había matado. Un mal padre, si uno se paraba a considerarlo, pero nadie lo hacía. Parpadeó antes de dedicar la última mirada a su hombre—. Прощай навсегда^[50]

—Repítelo en cristiano. —La voz, segura y confiada, se asomó tras la esquina.

El puto federal llevaba una Glock en la mano. Tan pequeña.

Maksimov se giró hacia él con el .44 en alto. Sonrió. Zed saltó.

Como supo que ocurriría, oyó aquel disparo por encima de todos los demás.

MUERTE

Jueves, 02 de agosto – 20:31 h

3140 East Pico Blvd. Los Ángeles, CA

Uno, dos, tres, cuatro...

Uno, dos, tres, cuatro...

Inspira... Espira...

La oscuridad en el interior del armario era total. Apenas había diferencia entre abrir los ojos o cerrarlos; ni una rendija de luz mostraba los resquicios de las puertas, las bisagras, nada. Todo era negro de un modo u otro, pero Tessa ni siquiera se atrevía a parpadear.

Uno, dos, tres, cuatro...

Zed estaba muerto. Esta vez sí. «Cúbrenos», le había pedido, y ella agarró la pistola y se creyó tan fuerte, pero ni siquiera sabía de dónde salió aquella bala. Aún no lo sabía. Y Zed cayó justo delante de ella. El sonido del disparo todavía reverberaba en su cabeza, mucho más fuerte que los que poco a poco se agotaban en el interior de la nave. El disparo de un cañón que derribó al asesino como una marioneta. «Cúbrenos». Todo había terminado. Si había soñado con finales felices y huidas al atardecer, ya no existirían. Sentía un nudo en el estómago, pero aún no era dolor, estaba demasiado asustada para eso, aunque sabía que llegaría. Se había acostado con Zed para conservar la vida y había acabado perdiendo el corazón. «Cúbrenos». El dolor aparecería, con toda su intensidad, ese vacío en el pecho y el peso que se instalaría sobre sus hombros y no le permitiría respirar. Aparecería, si lograba salir de allí.

«Cúbrenos».

Zed había caído bajo el disparo y Alek cayó con él. Ella echó a correr. ¿Qué otra cosa podía hacer? «Cúbrenos». Dio la vuelta sobre sus pasos, regresó al interior y quiso huir, atravesar la nave, salir a la calle, buscar ayuda. Estúpida. La matarían en cuanto pusiera un pie fuera de aquella habitación. La sangre de Alek se interponía en su camino como una advertencia, así que dio media vuelta y buscó otro escondite; solo halló una

puerta abierta que daba a un despacho vacío. Un armario destartado se arrimaba a la pared y allí se metió. Una idea estúpida, ahora lo sabía, pero ya era tarde.

No había soltado la pistola. La sostenía con tanta fuerza que le temblaban los nudillos, pero era incapaz de relajarlos. Aun con ella en la mano había conseguido taparse los oídos y sentía que, si liberaba la presión, el ruido atronador de los disparos la dejaría sorda. ¿Y si se quedaba sorda de verdad? Ya no podría bailar. ¿Qué haría entonces?

Estúpida. Estaba muerta. ¿Bailar? Dentro de unos minutos ni siquiera podría respirar. La encontrarían, la matarían. ¿Cuánto tiempo llevaba allí?

Intentó cambiar de postura, pero no logró moverse más de unos milímetros. Le dolía la espalda. Le dolían el culo y las rodillas encogidas contra el pecho. Las muñecas desolladas que las esposas no dejaban respirar. También le dolía la cabeza y los golpes acumulados en los últimos días. La cara. Los brazos. Por mucho que lo intentara, no lograba recordar la época en la que no lucía la piel cubierta de hematomas. Pero ese tiempo existió, estaba segura. Una época en la que tuvo amigos, una vida, bailaba, era feliz... Ahora solo era una víctima más, escondida en un armario y rodeada de hombres armados. Estaba muerta.

Esa idea ni siquiera la asustaba ya. Al menos, no tanto como debería. Después de años convencida de que ya nada podía ser peor, había aprendido a aceptar que siempre podía serlo. Un poco peor. Un poco cada vez, una caída eterna a base de pequeños tropezones. Cuando huyó de su casa pensó que jamás volvería a llorar. Se lo repetía una y otra vez en aquel camión en el que un tipo con la mano rolliza metida entre sus piernas la acercaba a la noche deslumbrante de California. Como si todas las lágrimas vertidas fueran a protegerla de nuevos dolores. Casi funcionó. Hasta unas semanas atrás, casi había funcionado. Ahora notaba sobre la piel tirante de las mejillas el rastro de horas de llanto ininterrumpido, pero los ojos inflamados y rojos proclamaban que se habían acabado las lágrimas. Ya no lloraría más. Esta vez de verdad. Se había acabado. Se había acabado.

Uno, dos, tres, cuatro. Los pasos de baile se ejecutaban en su cabeza. Uno, dos, tres, cuatro. La música, las delicadas notas del piano. Los cañonazos podían ser parte de la melodía si se esforzaba, si apretaba fuerte los párpados y la mandíbula y dejaba de temblar.

Uno, dos, tres, cuatro.

Tenía que salir de allí. Aquel armario era un refugio mediocre, lo

admitía, se había equivocado al elegirlo, pero tampoco tenía muchas opciones. Sin embargo, permanecer en él era lo mismo que salir con las manos en alto.

Debía largarse de allí.

Visualizó la estructura del edificio en su cabeza. Apenas lo recordaba, todo había sucedido demasiado rápido. El Checo la sacó del coche a tirones y la arrastró hasta el interior de la nave apestosa que hedía a polvo y pis de gato. En cuanto los ojos se acostumbraron a la oscuridad, toda su atención se concentró en Zed. Y en Alek. Estaba vivo. Tan aterrorizado como ella, tan molido a golpes como ella, pero vivo. Zed no lo había matado. Aunque ahora ambos estaban muertos. Alek, Zed y Katya muertos. Ella, muerta.

«Cúbrenos».

No. Tenía que escapar. Se concentró y trató de recordar lo que sabía, dónde estaba. El armario se apoyaba en la pared del fondo de una habitación pequeña y rectangular. La salida frente a ella, a la derecha. Al otro lado, el almacén de carga. La puerta de acceso a la nave a la... derecha. A la derecha, sí, detrás de la mancha de sangre de Alek en el suelo, lo único que quedaba de él, los últimos instantes con quien había sido su mejor amigo.

Apretó los dientes. La calle, ¿izquierda o derecha? Intentó recordar dónde estaba cuando Zed y ella abandonaron el primer escondite para arrastrar a Alek hacia allí. La puerta se encontraba a su espalda, de frente. Atravesaría la nave tan rápido como pudiera y tendría la salida delante. Allí mismo, a pocos metros.

Al otro lado encontraría al FBI, quizás al agente como-se-llamara, aquel tan guapo que la había tratado tan mal en el interrogatorio. Era un imbécil, pero a lo mejor estaba su compañera, la hispana que sí había sido amable con ella. Cualquiera de los dos valía. Cualquiera valía.

Salir del armario, salir de la habitación, salir de la nave. Correr, sin parar, tan rápido como pudiera.

Apretó la pistola con fuerza y se secó la cara. El pelo se enredaba con el sudor de la frente y las mejillas. Los ojos le ardían. Parpadeó hasta que la arenilla se disolvió, se recogió el cabello tras las orejas y tomó aire.

Salir del armario. Salir de la habitación. Salir de la nave.

Abrió la puerta. Despacio. Apenas un milímetro que crujió un chasquido de advertencia. El hilo de luz que penetró en su escondite fue menor de lo que le habría gustado, pero igualmente lo agradeció. Intentó escuchar, pero no oyó nada por encima de los disparos, solo su corazón, como el doble bombo de una banda de *rock*.

Uno, dos, tres, cuatro.

Golpeó la puerta con los pies. Saltó fuera. Lo que vio la hizo caer al suelo con un grito de terror.

—Hola, Summer. —El Checo sonreía apoyado de lado contra la pared, justo en el camino a la puerta. A la vida—. Pensé que no ibas a salir nunca, estaba a punto de ir a por ti.

De rodillas en el suelo, Tessa gimió. El Checo. Por supuesto. Quién si no. Si alguien iba a matarla tenía que ser él. Aquel cabrón y sus cicatrices en la cara y su sonrisa en cirílico y sus tatuajes y su mirada lasciva y sus insultos y sus puños.

No. No. Otra vez no. Ya no.

«Cúbrenos».

Tessa levantó la pistola con ambas manos. Sus dedos no temblaban. Los músculos, bien entrenados, disimularon el pánico que infestaba el resto del cuerpo.

—Esta vez no, Checo.

Él estalló en una carcajada.

—¿Vas a dispararme? —Llevaba su propia pistola en la mano, pero no la alzó.

Eso la enfureció.

—Sí.

—Venga, adelante. —Él aspiró por la nariz, se separó de la pared y dio un paso hacia ella.

Tessa retrocedió poniéndose en pie.

—No te muevas.

—Dispárame.

—No te muevas. Estate quieto.

Georgy la miraba con una carcajada apenas contenida en los labios. Su lengua los humedeció bajo una capa de saliva brillante.

Tenía que detenerlo. Apretar el gatillo. Apretar el gatillo. Nada quería más en el mundo que matarlo, pero su dedo no respondía. Apretar el gatillo. No era tan difícil. Y sin embargo no era capaz. Las manos temblaban y las sacudidas comenzaban a extenderse hacia los brazos y los hombros. El Checo sonreía confiado, y ella reprimió un sollozo de exasperación. Debía detenerlo. Un disparo, uno de advertencia. Al suelo. O al techo. Al menos eso.

Observó la pistola. Observó sus manos, empapadas en la sangre de Alek. Tanto sufrimiento para nada. Alek...

La pistola. El seguro consistía en una pequeña palanca en el lado izquierdo sobre la que se intuía un punto rojo. La subió y el punto desapareció.

La sonrisa afilada del Checo se alargó dos dientes más mientras avanzaba un paso seguro hacia ella. Tessa levantó el arma hacia el techo y disparó. El gatillo no se movió.

El Checo estalló en una carcajada explosiva y punzante, y ella sintió la rabia en los dedos. Zed le había advertido que tenía el seguro quitado. ¿Cómo había podido olvidarlo? Pero ese punto rojo que había visto ¿no debería significar que el seguro estaba puesto? Pues era al revés. Movi6 de nuevo la palanca hacia abajo y alz6 la pistola.

«Cúbrenos».

El Checo no dejó de reír.

—¡Muy bien! —aplaudió.

Dio un paso adelante y ella retrocedió hasta que una pared se ofreció a guardarle la espalda. La adrenalina corría por sus venas; no tenía miedo, no tenía, tampoco, ni idea de lo que estaba haciendo, pero improvisaría sobre la marcha.

—No te muevas —gimió.

—Vamos, con lo que nos estamos divirtiendo...

—Solo quiero salir de aquí, Checo. No me obligues a disparar...

Él inhaló por la nariz, con aquella asquerosa sonrisa, y alz6 las manos en el aire. La pistola negra apuntada hacia arriba. No la tomaba en serio, nadie lo hacía, ni siquiera con un arma en las manos la tomaban en serio.

—Apártate, hijo de puta, o te juro que te mataré.

Él negó.

—No lo harás.

Pero algo había visto en sus ojos porque, por primera vez, bajó el arma y la orientó hacia ella. Tessa no sintió miedo, por fin la tenía en cuenta, por fin ella era una amenaza, era algo, era alguien.

—Apártate de la puerta.

—Baja la pistola.

—Te dispararé.

—No lo harás. No eres más que una niña asustada.

—¡Déjame salir!

Las manos ensangrentadas temblaban cada vez más fuerte. El cañón de la pistola se agitaba ante sus ojos. Una niña asustada, lo que había sido siempre. Una niña asustada en manos de gente como él, que movían los hilos

de la vida de los demás como quien aplasta un mosquito molesto en una tarde de agosto.

—¿Crees que vas a escapar de esta, Summer?

—Me llamo Theresa.

—No, te llamas Summer, y no eres más que una *stripper* que se despelota para cuatro salidos que se pajea pensando en ella. ¿Crees que saldrás de aquí y todo acabará bien? Ahí fuera hay doce de los míos, Summer.

—Que no me llames...

—Doce hombres armados. Saldrás ahí y ¿entonces qué? ¿Tu novio te rescatará? Zed está muerto. Ha escapado justo por donde sabíamos que lo haría, y uno de esos disparos que oyes se lo ha llevado él. Y otro, tu amigo Lyagushkin. Maksimov se los ha cargado a los dos. Como a Katya.

Tessa sintió que el mundo se detenía, de repente, y ella se hundía como un cadáver en el mar.

—¿Qué?

El Checo rio. Las palabras de su cuello eran una mancha borrosa en la penumbra, como los dibujos de sus brazos, de sus manos, las marcas que tatuaban su piel y por las que Zed había estado a punto de morir.

—Sí, preciosa. Maksimov se cargó a su propia hija. Nadie lo sabe, ni siquiera yo debería saberlo, pero siempre está bien tener el oído alerta, ¿verdad?

—No es verdad... —No lo podía creer. Maksimov había matado a Katya. Entonces... Si todo había sido un montaje, ¿para qué?—. ¿Para qué mandó a Zed?

—Y yo qué sé. No esperarás que entienda cómo funciona la cabeza de ese cabrón. Supongo que lo hizo para disimular, para eliminar a un Lyagushkin y comenzar la guerra. A estas alturas da igual. Katya lo traicionó para irse con Alek, y Zed lo traicionó por ti, y ahora los tres estáis muertos.

—No...

—Sí. Así que baja la pistola y acabemos con esto de una vez.

—No. No es verdad.

Al otro lado de la nave, los disparos sonaban cada vez más espaciados; se quedaba sin tiempo. Pero Tessa ya no pensaba en escapar, solo pensaba en Katya. Su padre la había matado, su propio padre, el hombre al que ella tanto adoraba. ¿Cómo era posible?

«Cúbrenos». «Cúbrenos».

El Checo se sorbió los mocos y enderezó el arma en el aire.

—Empiezo a cansarme de esto, Summer. Baja la puta pistola.

—No.

—¿Vas a matarme? ¿Crees que es tan fácil?

—Cállate...

—¿Crees que puedes acabar conmigo como si esto fuera una película de la tele?

—¡Que te calles!

«¡Cúbrenos!».

—No eres capaz, Summer, no tienes los cojones que hacen falta, ¿no lo...?

La bala le abrió un agujero en la frente. El Checo se derrumbó con un ruido sordo bajo una nube de polvo que llovió sobre su cuerpo como las partículas blancas de una bola de nieve. Solo que estas eran negras, negras como la mancha que había salpicado la pared a su espalda, la que se extendía por el linóleo, la que a la luz del sol se vería roja.

Estaba muerto.

La pistola cayó al suelo y Tessa la siguió. Temblaba. Le temblaban las manos y las piernas y los pulmones, pero una risa que rozaba la histeria se hizo un hueco en su garganta. El Checo estaba muerto. Nunca la volvería a golpear, a insultar ni a amenazar. Todo había acabado.

Se había acabado.

Una explosión retumbó en las paredes. Luego otra. Otra. Tres destellos blancos inundaron la nave y el mundo, esta vez sí, se detuvo.

LYAGUSHKIN

Jueves, 02 de agosto – 20:29 h

3140 East Pico Blvd. Los Ángeles, CA

Stanislav Lyagushkin no podía dejar de sonreír. Había nacido y crecido en aquella ciudad de cine, pero hasta esa noche, y pese a que su vida no podía considerarse tranquila, jamás se había sentido parte de una película. Esa noche sí. Esa noche se desarrollaba ante él la mejor escena de acción que había presenciado en mucho tiempo, y mientras aguardaba su grandiosa entrada, no podía dejar de sonreír.

—¿Qué está ocurriendo? Háblame.

La voz de su padre se escuchaba con claridad al otro lado del teléfono, pese al constante zumbido del rotor del helicóptero que encañonaba el haz de luz sobre la nave sitiada. Feodor Lyagushkin rugía de ira por no poder estar allí, pero era un hombre mayor y ya era hora de que cediera el poder a las nuevas generaciones. A él, para ser exactos.

—Tendría que verlo, padre. La SWAT tiene rodeados a esos gilipollas y los están obligando a gastar toda la munición en un tiroteo absurdo. No aguantarán mucho.

—¿Sabes algo de Aleksei?

Stanislav meditó con cuidado sus siguientes palabras. El hombre al teléfono era su padre, pero también el *pakhan* de la Kazanskaya, y no era alguien a quien conviniera enfadar. Tampoco mentir, si bien tendría que elegir una u otra. Por mucho que no quisiera oírlo, Aleksei estaba muerto. Uno de los hombres, apostado en una localización desde la que tenía visibilidad sobre el frente de la nave, lo había visto entrar en ella, solo, por su propio pie, derrotado y humillado como el marica que era. Stanislav había estado a punto de dar la orden de matarlo y evitar así que muriera por mano de Luka Maksimov, pero no lo hizo, habría delatado su presencia y lo habría arruinado todo. Lo sentía por el pobre Alek, y aún más por su padre, que después de dar a su hijo por perdido y descubrir de pronto que no era así, tendría que llorarlo de nuevo. Solo esperaba que la ejecución hubiera sido rápida.

—¿Stanislav? ¿Estás sordo? ¿Sabes algo de tu hermano?

—Aleksei está muerto, padre.

Silencio.

—¿Estás seguro de eso?

No lo estaba, se encontraba demasiado lejos para verlo de primera mano. Si hubiera llegado un poco antes habría podido elegir otro emplazamiento, más cerca y con mejor visibilidad, pero el poli irlandés que les había dado el soplo no supo decir dónde se produciría el encuentro entre Zed y su jefe. Tuvieron que averiguarlo ellos, y para entonces, la SWAT ya había establecido un perímetro de seguridad de un kilómetro con medio centenar de maderos por todo el barrio. Excepto al otro lado de las vías del tren, donde solo habían destinado un par de agentes. Allí estaba él, sobre el tejado de una empresa de productos congelados, lo bastante lejos y a oscuras para que el helicóptero ni siquiera les prestara atención. A sus pies, cinco metros más abajo, los cadáveres de los uniformados que debían proteger la zona. Cuando los encontraran, las culpas recaerían sobre Maksimov, por supuesto, pero ya no tendría importancia. Stanislav no pensaba dejarlo con vida después de aquella noche, si es que la SWAT no se le adelantaba. Eso estaría bien, que hicieran ellos el trabajo sucio.

—No he visto su cuerpo, si se refiere a eso, pero lo vimos entrar en el hangar y, un instante después, sonó un disparo.

Silencio. Más largo. El estruendo del tiroteo se elevaba entre los tejados que se extendían hasta el horizonte y se diluía en la noche angelina. No se veía ni una estrella en el cielo ni una nube que las cubriera, la impronta de mierda que enterraba la ciudad teñía la bóveda de marrón y convertía la luna en un borrón indefinido.

—Mata a esos hijos de puta.

Stanislav esbozó una sonrisa afilada. No necesitaba el permiso de su padre para cargarse a Luka Maksimov. Bueno, de momento sí lo necesitaba, pero era algo que haría de buena gana. Con el moscovita muerto la ciudad sería de ellos. Suya. Vengar a un hermano era una excusa perfecta para que el resto de bandas y clanes aceptaran su movimiento, y aunque nadie quería provocar una guerra en una ciudad permanentemente alzada en armas, cambiarían de opinión si esta estaba justificada.

—Cuente con ello.

—¿Qué está ocurriendo ahora?

Stanislav alzó los ojos al cielo. Su padre era único tocando los cojones,

pero no podía hacer nada por librarse de él. Su hora llegaría, tarde o temprano, pero no esa noche. Se tragó una maldición y se preparó para continuar el relato vacío de cómo los SWAT disparaban a un edificio en cuyo interior no tenía la menor idea de lo que ocurría.

Abrió la boca.

Uno de sus hombres alargó el brazo y señaló un punto en la distancia. Stanislav volvió a sellar los labios, cogió los prismáticos de visión nocturna que le colgaban del cuello y apuntó en aquella dirección. No podía ver el frente del edificio, pero sí tenía una imagen limpia de la parte trasera en la que una puerta de metal acababa de abrirse. Su estómago se contrajo de rabia al ver salir a Luka Maksimov. Lo acompañaba uno de los hombres de Bogdanov, aquel calvo con la cara agujereada. Un gilipollas como todos los demás. Cerraron la puerta tras ellos y desaparecieron bajo la sombra oscura de un árbol que se alzaba en una esquina del patio.

—¿Dónde están? ¿Los veis? —Las negativas llegaron desde todos los canales de la radio—. Maksimov acaba de salir por la parte trasera —comunicó al teléfono.

—¡Cárgatelo! No dejes que se escape.

—No escapará —murmuró Stanislav.

No escaparía. Luka Maksimov había presenciado su último anochecer y ya no vería salir el sol. Tampoco su hombre, su querido Zed, su jodida mano derecha. Aquel gilipollas al que no había visto llegar pero que sabía que estaba ahí porque no podía no estar. También él caería esa noche. Era un hombre al que no se puede dejar con vida si pretendes cargarte a su mentor.

—¿Qué está haciendo? ¿Lo ves? ¡No estará huyendo!

—Padre, tengo que colgar. Luego lo llamo, confíe en mí. Yo me encargo de todo.

Sin esperar respuesta, pulsó el icono rojo y vio cómo la ficha del contacto en la pantalla perdía el poco brillo que le había configurado y se volvía negra. Su padre estaría furioso en esos instantes, y quien se encontrara cerca lo iba a pagar, pero no sería él. Ni siquiera al día siguiente, cuando regresara triunfal con las muertes de Maksimov y Zed en el currículum. Dos muescas más profundas que cualquier otra en su culata. El viejo no se acordaría del desplante cuando él le entregara la ciudad envuelta en papel de regalo.

—¿Alguien ve a Maksimov?

Más negativas. No había ido a ninguna parte, así que debía seguir allí,

oculto bajo el árbol, esperando algo. A alguien. Cuando la puerta de metal del patio trasero estalló, Stanislav supo que vería salir a la persona a la que esperaba. Aunque no imaginó que lo haría acompañado de su hermano. Vivo.

La nitidez de los prismáticos no le ofreció las respuestas a las preguntas que calentaban su cabeza. Alek aún respiraba y, por lo visto, Zed lo estaba ayudando a escapar. No tenía sentido, Zed lo había secuestrado, la bala que había provocado que su hermano apenas pudiera caminar probablemente había salido de su arma. ¿Por qué? A no ser que no lo estuviera ayudando, a no ser que lo estuviera secuestrando de nuevo. Alek Lyagushkin era demasiado valioso para dejarlo morir, valía dinero, valía la inmunidad en el nuevo régimen cuando Maksimov cayera.

La imagen en los prismáticos comenzó a temblar. Stanislav cerró los ojos, tomó aire y lo soltó. Debía tranquilizarse, aguardar, esperar el momento adecuado y reaccionar en consecuencia. Volvió a abrir los párpados y comprobó con placer que la imagen se había estabilizado. No podía ponerse nervioso. Los nervios hacían que cualquiera perdiera el control, y en su mundo, un movimiento sin control podía llevar al desastre.

Zed y Alek dieron tres pasos en la noche antes de que el estallido de un disparo los abatiera. Stanislav retuvo un grito en la garganta. Los dos hombres cayeron al suelo y una tercera figura que apenas había emergido de las sombras del edificio regresó al interior a toda velocidad. No se preocupó por ella, su hermano yacía en el suelo, Zed también, y Maksimov se acercaba a ambos con la pistola en la mano. Sí, sin duda, aquello era como ver una película. ¿Qué coño estaba ocurriendo?

Estaban lejos. Tan lejos. Sus labios se movían, pero el sonido de sus palabras se evaporaba en la noche. Maksimov y Zed discutían en las tinieblas, bajo un techado de metal que los protegía de la vista del helicóptero. El viejo no dejaba de apuntar a su hombre con el arma, pese a que este ya no parecía representar ningún peligro. Aunque uno no podía fiarse de aquel cabrón. No, en absoluto. Maksimov hacía bien en mantener las distancias.

Le habría encantado escuchar lo que hablaban. ¿Qué habría sucedido para que el *pakhan* de la Maksimovskaya decidiera eliminar a su perro faldero? Su padre no lo creería cuando se enterara. Sus propios hombres, en pie a lo largo y ancho del tejado, eran incapaces de apartar los ojos de la escena.

La pistola de Maksimov se desvió de Zed a Alek, pero Stanislav no se asustó, su hermano estaba muerto. Apenas se movía y en los prismáticos de

visión nocturna una mancha negra cubría la parte superior de su pecho. Si no estaba muerto, le quedaban cinco minutos. Tres. Menos.

—Señor.

Bajó los prismáticos y se giró hacia el hombre que acababa de llamar su atención. Este hizo un gesto impreciso con la cabeza en dirección al hangar, como si no fuera justo allí donde habían estado mirando la última media hora, pero el movimiento de una sombra obligó a Stanislav a tragarse el insulto que tenía en la boca. Alzó de nuevo los prismáticos y los enfocó hacia el acceso para camiones que discurría a lo largo de la nave asaltada. Una figura negra corría agazapada contra la pared, en posición de defensa y con un arma en la mano. Llegó hasta la esquina del edificio, pero no se asomó. Escuchaba.

En cuanto la silueta oscura se incorporó y el haz de luz del helicóptero incidió sobre su rostro, Stanislav estalló en una carcajada que tuvo que reprimir con los dientes. El agente del FBI, el jodido federal que había conocido en casa de Alek. Aquello se ponía divertido. Si Maksimov o Zed no se lo cargaban, quizá pudiera hacerlo él. También podría cargarse a su compañera, aunque la sudaca lo había puesto cachondo. Una tía dura. Quizá la dejara vivir. O quizá no, lo decidiría sobre la marcha. Recorrió con la mirada el sendero que se alejaba a espaldas del federal, pero no la encontró. Recordó que era policía, LAPD, quizá por eso no formaba parte de la operación. ¿Su compañero cara bonita la había dejado tirada para divertirse con los amigos? Chasqueó la lengua con una sonrisa mientras movía la cabeza de un lado a otro. Mal hecho, fed. Ahora tú vas a morir y ella no.

El madero hizo una señal al helicóptero para que siguiera de largo, y Stanislav devolvió la vista al centro de la escena.

El intercambio de disparos entre los hombres de Maksimov y la SWAT continuaba en el aparcamiento del edificio, pero Stanislav apenas escuchaba las detonaciones; su cerebro se había acostumbrado a ellas y en cierto modo las filtraba como si en el silencio restante pudiera escuchar las palabras que intercambiaban el *pakhan* y su hombre. Por eso el inesperado estallido de una detonación le hizo pegar un brinco.

Maksimov había disparado, pero Alek continuaba inmóvil en el suelo y Zed seguía vivo.

—¿A qué ha disparado? ¿Alguien lo ha visto? ¿Ha sido a Alek? ¿Ha matado a mi hermano? —preguntó por la radio.

—Creo que ha disparado al suelo —apuntó uno de los hombres que lo acompañaban en aquel particular cine al aire libre.

Al suelo. Stanislav suspiró aliviado, aunque no supo por qué, pues contaba con que su hermano estaba muerto a esas alturas. Si siguiera con vida habría reaccionado a aquella detonación a escasos metros de su cabeza. Pero no. No se había movido. Ni un ojo abierto. Nada.

Muerto.

Joder, era un buen chico. Marica, pero buen chico. Para una vez que se tiraba a una tía acababa palmando por ella. Pobre capullo.

Maksimov avanzó hacia delante y apuntó el arma a la cabeza de Zed. Stanislav aguantó la respiración. Ojalá pudiera sacar el móvil y grabar aquel instante para la posteridad.

Un paso. El mundo, detenido en medio del caos, la figura plateada de una semiautomática en la noche. La espalda del ruso, erguido y letal. El silencio.

La calma y, de repente, la tempestad. Todo se aceleró y la situación se fue a la mierda y nadie la supo parar. El federal apareció de la nada y Maksimov se giró hacia él. Zed se interpuso de un salto. El *pakhan* apretó el gatillo.

Los prismáticos de Stanislav Lyagushkin resbalaron entre los dedos y cayeron hasta colgar de la correa del cuello como un ahorcado en el viejo oeste.

Nadie dijo nada durante los siguientes minutos.

Aunque no las oía, imaginó las palabras de despedida que caían de la boca del hombre que agonizaba en el suelo. Tres muertos. Tres. Le habían ahorrado trabajo, pero lo único que sentía era rabia por no haber apretado él aquel gatillo. Stanislav Lyagushkin tenía una única misión en la vida, y en un segundo se la habían arrebatado.

De repente, tres explosiones blancas iluminaron la noche y obligaron al único descendiente vivo de Feodor Lyagushkin a ponerse en movimiento.

Aún había una cosa que podía hacer.

SWAT

Jueves, 02 de agosto – 20:42 h

3140 East Pico Blvd. Los Ángeles, CA

El cerebro del agente especial Poulsen procesó la orden de encogerse un instante después de oír la explosión, a la que siguió otra y una tercera. Los fogonazos de luz blanca escaparon por la puerta de la nave, por las grietas de las persianas y las ventanas que daban al pasillo lateral.

Entonces llegaron las voces.

—El SWAT —gritó. Los muros del edificio lo habían protegido de los ciento ochenta decibelios que producían las granadas aturdidoras M84, pero el pitido en los oídos tardaría unos minutos en desaparecer—. Ya están dentro.

Zed no reaccionó a la noticia. Tirado en el suelo, donde el disparo lo había derribado, se levantó el faldón de la camisa para comprobar la gravedad de la herida. Sus dedos chorreaban cuando los sacó. La bala le había impactado en la cadera, allí donde la protección del chaleco no llegaba. La bala que Maksimov había disparado contra el agente especial Poulsen.

—¿Por qué coño has hecho eso? ¿Por qué te metiste en medio? —exclamó este.

—No tengo ni puta idea —jadeó el ruso.

Mike resopló enfurecido. ¿Ahora qué? Ese tío le había salvado la vida. ¿Ahora qué?

Maksimov también yacía en el suelo, pero él no volvería a ponerse en pie.

Mike ni siquiera recordaba haber disparado. El ruso había apuntado la Desert Eagle entre sus ojos y, al mismo tiempo que atronaba la detonación, Zed había saltado y derribaba al federal al suelo. En la caída, este apretó el gatillo. O quizá la Glock se había disparado sola. No lo sabía. No recordaba nada. La bala entró por la mejilla del *pakhan*, pero no salió, y el hombre se desmoronó como un monigote sobre el cemento agrietado. Si Zed no lo hubiera derribado, estaría muerto. Los dos lo estarían.

¿Ahora qué?

En el suelo acechaba una bolsa de deporte por la que asomaban media docena de armas de todos los tamaños, como las tripas de un monstruo que se desangraba. Mike apuntó la 9mm reglamentaria hacia el asesino y la empujó con el pie lo más lejos posible. Luego recogió una SIG P226 del suelo, a través de la chaqueta para no dejar huellas, y la depositó sobre la maleta.

Sin apartar la vista del herido, cacheó el cadáver de Luka Maksimov y le arrancó de los dedos la pistola que no había soltado al caer. No llevaba nada más encima, ni falta que le hacía; aquel monstruo que cargaba balas del .44 era más que suficiente. Tampoco encontró nada entre los hierbajos resecos que crecían de las grietas del asfalto. El potente foco del helicóptero arañaba la oscuridad, pero su haz se estrellaba contra el techo de metal que los cubría. No podía estar seguro de que no quedaran más armas por el suelo, pero tampoco podía buscar mejor.

—¿Por qué coño hiciste eso? —repitió.

—No me lo agradezcas tanto....

—Vale, sí, gracias. Pero...

—Alek...

El hijo menor de Feodor Lyagushkin había perdido el conocimiento, pero su pecho todavía se hinchaba y deshinchaba al respirar. Mike dudó solo un instante, si podía salvar a uno de ellos, solo a uno, sería Alek Lyagushkin. No sabía de quién ni de qué calibre era el arma que había herido al muchacho, pero sí sabía que Zed había recibido un .44 y que, por lo tanto, el agujero a su espalda sería lo bastante grande para meter la cabeza.

—Alek nos llamó —dijo mientras presionaba la herida del chico, precariamente envuelta en un pedazo de tela arrancado de la camiseta.

Zed intentó sonreír.

—Lo sé. Se lo... dije yo.

—¿Que? ¿Por qué?

—Tenías que... salvarlo... A él y a... A Tessa...

El ruso perdía lentamente todo color en su piel. Se moría, esta vez de verdad, pero no parecía alarmado. Había muerto demasiadas veces como para acobardarse a esas alturas.

Mike se preguntó qué estaría viendo al otro lado del túnel. Un asesino no merecía que nadie viniera a buscarlo, pero el agente no imaginaba nada peor que atravesar solo la oscuridad. Allí iba Zakhar Alkaev, alias Zed, a encontrarse con su madre, su padre y todos los muertos que había dejado por el camino.

Mike iba a decir algo cuando un foco de luz los deslumbró.

—¡Alto! ¡FBI! ¡No se muevan y pongan las manos a la vista!

El federal entrecerró los ojos.

—Agente especial Michael Poulsen, FBI. Llevo la placa al cuello.

La luz descendió para iluminar la identificación del agente, que apartó los brazos lo mejor que pudo sin dejar de presionar la herida del joven Lyagushkin. El SWAT la alumbró con la linterna acoplada al subfusil y bajó el arma.

—Todo en orden. —Mike parpadeó, con un enorme círculo blanco en medio de la visión—. Pero necesitamos asistencia médica. Tengo un muerto y dos heridos graves.

—Sí, señor.

El agente solicitó la ayuda por el pinganillo y desapareció por el camino que bordeaba el edificio. Con su ausencia, la única luz que quedó fue la de la luna, que asomaba menguante en un cielo sin estrellas, y la claridad lejana de las farolas que iluminaban las vías del tren y el barrio al otro lado.

—Tessa... —Mike devolvió la atención al ruso. Una fina capa de sudor brillaba en su frente y sobre el labio superior—. Tienes que ir, tienes que... ayudarla.

—Ahora. En cuanto lleguen los sanitarios iré a por ella. No te preocupes.

Zed cerró los ojos. La oscuridad se cernía sobre ellos reclamando lo que era suyo.

—Lo he oído todo —añadió el federal. No supo por qué, tan solo creyó que aquel asesino que había elegido morir por él merecía saberlo—. Oí lo que ocurrió con Katya y que tú salvaste a Alek.

Zed dejó caer la cabeza en un gesto agónico que podía ser una afirmación o la deserción de las pocas fuerzas que le quedaban. Cuando logró volver a levantarla, fue más su mirada la que se alzó, que el rostro teñido de sangre. Con una súplica muda, el herido pidió al federal que se agachara. Más. Más. Hasta que pudo hablarle al oído.

Mike se acuclilló con la mano en la Glock, preparado para cualquier cosa, pero no tuvo que recurrir a ella; las últimas palabras de Zakhar Alkaev no tuvieron nada de amenazadoras.

Tras oírlas, le dio su palabra y se incorporó.

Zed no volvió a abrir los ojos. Su pecho ya no se movía. Sus manos descansaban inertes sobre el pantalón empapado de sangre.

Zed estaba muerto. Todo había terminado.

Aquel hombre de cabello y rostro pálidos como un espectro, poco más que un niño, había obtenido lo que se merecía, pero de alguna manera, Mike sentía que no era justo. No así, no allí, no a cambio de salvar su vida. ¿Por qué coño había hecho eso? Había salvado a Alek, a Tessa, los había avisado. ¿Por qué?

Dos agentes identificados con la palabra MEDIC en los chalecos salieron corriendo del edificio y se dividieron el trabajo: uno se ocupó de Alek, que se mantenía por poco tiempo a este lado del túnel, y el otro descartó de un vistazo rápido a Maksimov y se agachó junto a Zed. Tampoco allí podría hacer nada. Mike quiso quedarse con ellos, pero recordó la última petición del ruso. Ya que había muerto por salvarle la vida, lo menos que podía hacer era cumplir su promesa. ¿Dónde demonios se habría escondido Tessa?

El interior del edificio olía a pólvora. Los SWAT habían terminado el reconocimiento y la nave parecía un campamento de verano incendiado a la claridad de las barras de luz química colocadas por las esquinas. Media docena de agentes custodiaban la hilera de rusos tumbados boca abajo a lo largo del espacio central, con las manos esposadas a la espalda. Mike no reconoció las caras, difuminadas entre la suciedad, el sudor y la ira que las deformaban, pero estuvo seguro de que eran caras que había visto mil veces en sus archivos. Allí estaban. El plan de Maksimov había fracasado. Alek estaba vivo. No habría guerra.

Se limpió la sangre de las manos en la chaqueta. No habría guerra, pero siempre había víctimas.

—Necesito que la suelte, señorita.

La voz, masculina y seca, le llegó desde el almacén de carga que acababa de atravesar. Mike retrocedió sobre sus pasos y distinguió la figura negra de un SWAT con el subfusil en posición de tiro apuntado hacia el interior de otra habitación.

Tessa temblaba encogida en una esquina. Bajo la implacable luz de la linterna del agente, los moratones de su cara daban aún más espanto. Nada quedaba de la belleza que se había sentado ante él en la comisaría, aquella mujer era lo que se llamaba un juguete roto, y Mike estaba dispuesto a apostar a que el hijo de puta que la había roto era el cabrón cubierto de tatuajes que yacía en el suelo con un agujero de bala en el centro de la cara. El proyectil había salido de la Makarov que la bailarina sostenía entre las manos esposadas y empapadas de sangre roja como el esmalte desconchado de sus

uñas.

—Tranquilo, agente —dijo—, deme un segundo.

—Está armada, señor.

—Lo sé.

Se acercó a ella con las manos en alto, a paso lento. Se dice que cuando matas a una persona parte de ella queda dentro de ti, que la culpa ya nunca te abandona. Quizá para hombres como Zed o Maksimov eso no fuera así, pero para el resto de los mortales era una verdad indiscutible. En veintiún años de carrera en las fuerzas de seguridad, Mike había disparado un par de veces, pero nunca había tenido que matar a nadie, y no era algo que quisiera probar. Menos aún después de recordar en lo que se había convertido su hermano tras conocer la sangre. Ahora aquella chica lo sabía y nada volvería a ser igual, pero podían ayudarla. Si bajaba la pistola.

—Tessa... —susurró—. Soy el agente especial Poulsen, ¿me recuerdas?
Mike Poulsen.

Ella apretó los dientes y orientó el cañón del arma hacia él.

—Te recuerdo —dijo con voz tan fría como su mirada—. Me trataste mal. Me insultaste y me amenazaste.

Él suspiró.

—Lo sé, soy un gilipollas, pero soy de los buenos, Tessa. Puedo sacarte de aquí. Todo ha terminado.

—Lo he matado —dijo ella y señaló con la cabeza al cadáver del suelo.

—Apuesto a que se lo merecía.

—No volverá a hacerme daño.

—No, Tessa, nadie lo hará. Todo ha terminado, pero tienes que darme la pistola.

La mirada oscura de la chica se clavó en el arma. La poca energía que le quedaba estaba volcada en apretarla, y lo hacía tan fuerte que los nudillos brillaban blancos bajo la linterna del SWAT.

—Dámela, Tessa. Y todo habrá acabado.

La joven permaneció en silencio. Un minuto, dos. Ciento veinte segundos en los que el mundo amenazó con saltar por los aires sin remedio. Pero, al cabo, la bailarina en el suelo se rindió y le tendió las manos. Él le arrebató el arma antes de que se arrepintiese y la entregó al agente, que bajó el subfusil. La oscuridad cayó sobre ellos. Ahora sí, todo había acabado. Nadie volvería a herirla, nadie le levantaría la voz ni, por supuesto, la mano. Para bien o para mal la mujer que era había desaparecido con la detonación de una

9mm.

Mike se quitó la chaqueta y la cubrió con ella para paliar los temblores que ambos sabían que no se debían al frío. Agradeció que el SWAT hubiera desviado la luz; en sus manos aún se apreciaban marcas oscuras de la sangre de Alek Lyagushkin, y no quería por nada del mundo que ella las viera.

La ayudó a incorporarse y la acompañó a la puerta. Tessa no parecía ser consciente de la presencia del agente que los seguía, como no parecía serlo de nada de lo que los rodeaba. Estaba en estado de *shock*, pero se recuperaría. Lo haría porque era fuerte, porque tenía algo por lo que vivir. Lo haría porque no le quedaba otra opción.

—Busque a alguien que le quite esas esposas —sugirió en voz baja al SWAT cuando la dejó en la ambulancia.

El agente asintió y él continuó su camino. El cansancio encorvaba sus hombros. Los ojos suplicaban un instante de reposo. Necesitaba parar, recuperar fuerzas y asimilar lo ocurrido.

Más tarde.

Pasó de largo el impresionante BMW blanco con el que había llegado Maksimov y se preguntó qué pasaría ahora con él. Rezó para que no acabara en un desguace. Sería un sacrilegio.

A unos metros de distancia, el agente Yuen tomaba notas en el móvil, apoyado contra uno de los imponentes BearCat que sitiaban el edificio. La luz azulada del dispositivo iluminaba su rostro desde abajo y lo convertía en un fantasma de cuento. Mike supo que le caería una buena bronca cuando todo acabara. Ni siquiera se había acordado de él desde que los primeros disparos lo sacaron del coche hacía una eternidad. Se la merecía. Pero esa noche, simplemente, no podía cargar con más peso a la espalda.

Le hizo un gesto para que se encargara de Tessa y le aseguró, girando el dedo índice en un círculo infinito, que se reuniría con él más tarde, que le explicaría lo sucedido, que le pediría perdón y lo invitaría a una copa. Todo en un solo gesto.

Él necesitaba un segundo de intimidad. Necesitaba un cigarro. Necesitaba pensar. Todo había acabado, pero el resultado del partido no estaba claro en su cabeza. Maksimov había muerto. Bien. Alek y Tessa seguían vivos. Bien. Zed también estaba muerto, pero le había salvado la vida, así que, ¿qué era eso? ¿Bien, mal? ¿Cómo contaba ese tanto?

Se alejó de los poderosos focos que iluminaban el edificio desde el helicóptero, desde lo alto de las furgonetas y tejados aledaños, y se disolvió

en la oscuridad de la calle, lejos de la acción, el ruido y el olor a pólvora.

El Dodge era un monstruo agazapado en las tinieblas más oscuras que recordaba. Las dos farolas que se alzaban sobre él estaban rotas, y la noche había engullido esa zona del barrio. El bullicio de la intervención quedaba atrás, no demasiado lejos, pero lo suficiente para que pareciera otro mundo y otra vida.

El efecto vigorizante de la adrenalina comenzaba a diluirse y las dudas y el miedo que aquella había mantenido a raya regresaban con fuerza. Para eso estaban los compañeros en un día cualquiera, una copa en el bar más cercano, las risas nerviosas que solo conocen quienes han estado a punto de morir. Pero hoy no le apetecía. Elizabeth debería estar allí. Tenía que hablar con ella, decirle que Tessa y Alek vivirían, que tenía razón. Que tenía razón en casi todo.

Abrió la puerta del coche y se sentó, pero no cerró. El aire nocturno lo ayudaría a recuperar la cordura tras la pesadilla.

Justo entonces la radio crepitó de nuevo.

—¡Agentes heridos! ¡Repito, agentes heridos! Aquí el agente Meyers en el patio de carga trasero. Hay dos agentes heridos. ¡Solicito refuerzos y asistencia sanitaria inmediata!

Mike sacó la radio del bolsillo con manos temblorosas. El patio de carga, los sanitarios, Zed.

—¡Aquí el agente Poulsen! ¿Qué ha ocurrido? ¿Están bien?

—Soy Meyers. Señor, los sanitarios están vivos, pero inconscientes.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué hay del herido y los dos muertos?

—No sé qué ha pasado. Aquí solo hay un varón con herida de bala en el hombro y un fallecido.

—¿Solo uno? ¿De qué edad?

—Afirmativo, señor, uno. Unos sesenta y pico años.

Mike cerró los ojos y dejó que una sonrisa triste le torciera los labios. Zed había escapado. Parecía haber muerto cuando lo dejó, pero no era así. Quizás la muerte no quería saber nada de él y por eso lo rechazaba una y otra vez.

Huido.

—Al habla el agente especial Poulsen —se dirigió a la radio—. Tenemos un sospechoso huido. Se trata de Zakhar Alkaev, alias Zed. Está herido de bala, pero es peligroso. Repito, es muy peligroso y... —Recordó la bolsa llena de armas que había dejado allí, a su alcance, confiado en que ya no

la usaría—. Va fuertemente armado. Vigilen el perímetro y no lo dejen escapar.

El helicóptero se alejó para ampliar la zona de búsqueda mientras en la radio se oían voces que organizaban la persecución del sospechoso, pero Mike no creyó que logran encontrarlo. Zed ya no estaba allí, había desaparecido. Como siempre.

Lanzó la radio sobre el asiento y cogió el paquete de tabaco del salpicadero. Extrajo un cigarro y se lo llevó a la boca. Buscó el mechero.

Encontró el cañón de una pistola apuntándolo a los ojos.

—Cierra la puerta, federal.

Mike obedeció. La luz del techo se apagó y Stanislav Lyagushkin se convirtió en una sombra en el asiento trasero.

—La pistola. Mirando al frente. Las manos en el volante. —ordenó el ruso cuando Mike le entregó su arma—. Mi hermano ha muerto por tu culpa.

—Alek está vivo. ¿No lo has oído?

—Una mierda. He visto lo que ocurrió allí detrás. Lo he visto morir.

—Sigue vivo. Lo acaban de decir por la radio. Está herido, pero se recuperará.

—¿Y su asesino? ¿Seguro que la ha palmado?

«Un fallecido. Sesenta y pico años».

—Si te refieres a Maksimov, sí. Eso parece.

Lyagushkin rumió la noticia durante unos segundos. Mike no podía apartar los ojos del retrovisor, del cañón de la pistola reflejado en él, aquel agujero más negro que la oscuridad que los rodeaba.

—Bien hecho, federal —apreció el ruso, al fin—, pero has dejado escapar a Zed.

—Zed salvó a tu hermano.

—¿De qué hablas? Lo torturó, lo secuestró y se lo entregó a su jefe.

—Lo salvó. No sabes nada, Stanislav, Zed lo...

El culatazo en la sien lo calló de golpe. Mike salió impulsado hacia un lado e impactó con la cabeza en la ventanilla. El dolor se repartió entre ambos lados del cráneo como dos tiros libres.

—Joder... —jadeó.

—Cállate, federal. Zed se ha largado y tú vas a morir por eso. —Stanislav Lyagushkin rio—. Voy a meterte un tiro en la cabeza y todos pensarán que ha sido él. Y todos los putos federales del país lo buscarán y lo matarán. Y si no lo hacen ellos, lo haré yo, pero me vais a ayudar a encontrarlo.

Lyagushkin levantó la mano y desconectó la luz del techo, luego abrió la

puerta y salió, sin darle la espalda, sin dejar de apuntarlo a la cabeza. Cerró y abrió la puerta del copiloto.

—Adiós, agente especial Poulsen. Le daré saludos a su compañera.

—Dámelos ahora, güey.

La mirada de Stanislav Lyagushkin se congeló al escuchar la voz femenina.

—Mi policía favorita... —murmuró.

—Baja el arma, te estoy apuntando a la cabeza.

—¿Y sabe cuántos de mis hombres la están apuntando a usted?

—Ninguno, cariño. —Aunque no la veía, oculta tras el cuerpo de Lyagushkin, Mike percibió la sonrisa en su voz y rezó para que su confianza tuviera una base sólida—. Llevamos toda la noche vigilándoos, solo esperábamos que os movierais. En cuanto entraste en el coche, nos encargamos de tus amigos. Solo me quedan unas esposas para ti.

—Eso suena tentador, pero no te creo.

—No mames, Lyagushkin. Me tienes hasta la...

Mike no logró entender lo que ocurrió antes de que la detective especificara hasta dónde la tenía. Stanislav giró como una lagartija y lanzó un rechazazo a la agente, que ella esquivó. Elizabeth se agachó de un salto y le devolvió un puñetazo que lo hizo tambalear, luego se encogió y lo embistió y, de repente, Stanislav Lyagushkin estaba en el suelo, boca abajo, con la detective sentada sobre los riñones y la pistola incrustada en la nuca.

El federal se precipitó fuera del coche. Notaba los martillazos del corazón enloquecido en el pecho, sudaba y le temblaban las manos y la barriga. Elizabeth alzó la mirada y le mostró las esposas.

—¿Me ayudas? —preguntó.

Y sonrió.

Detrás de ella habían aparecido cuatro SWAT de la LAPD armados hasta los dientes.

DESPEDIDA

Viernes, 03 de agosto – 16:21 h

Venice Gym. Los Ángeles, CA

Pum. Pum. Pum. Pum. Derecha. Izquierda. Derecha. Derecha.

Isabel golpeaba el saco con la poca fuerza que le quedaba a esa hora de la tarde. La noche anterior se había acostado de madrugada, tras terminar en el escenario del distrito Wholesale, y esa mañana se la había pasado en comisaría rellenando informes sobre la operación de soporte al FBI y sobre la detención de Art.

No sabía lo que ocurriría con él. El agente Stein había sido acusado formalmente y dentro de poco sería juzgado y condenado por media docena de causas que lo mantendrían en prisión hasta que el dinero que le había ofrecido Lyagushkin ya no pareciera suficiente. La rabia que sentía al pensar en ello la hacía golpear el saco con más fuerza. Había creído que eran amigos, había confiado en él y ahora no podía evitar sentir que la había traicionado, que todo aquello, las conversaciones, las risas, incluso los besos y caricias intercambiados una fatídica noche habían sido mentira, que la había utilizado para tener acceso directo al caso. No quería creer que era así, pero...

Pum. Pum. Directo. *Crochet*.

Arthur Stein era un traidor. ¿Y cuántos más había? Puede que muchos, puede que ninguno. Todo el mundo tiene un precio y los hombres como Lyagushkin o Maksimov disponen de una chequera enorme para pagarlo. Bogdanov, a quien también habían detenido esa misma mañana intentando salir del país, estaba allí para ofrecer al agente lo que quiso, y Stein había vendido su alma al diablo por un módico precio.

Pum. Pum. Pum.

Isabel tampoco sabía qué ocurriría con ella misma. La carta de dimisión continuaba en el cajón donde la había guardado justo antes de ponerse a arreglar la mesa de Mike, justo antes de descubrir las fotos de Art. Ya no estaba segura de nada. El capitán Venters la había felicitado por su trabajo, igual que el federal, que había reconocido que le debía la vida, y ahora su

convencimiento de que no valía para el cuerpo se tambaleaba. A lo mejor sí valía, a lo mejor solo era una mala racha, a lo mejor podía buscar ayuda y sobreponerse.

Hundió los guantes en el saco un poco más, un poco más rápido, un poco más fuerte, cada vez más. 2Pac le decía al oído que la vida continuaba. Para él se había acabado mucho tiempo atrás, pero quizá para ella no fuera tarde. Quizá pudiera continuar de verdad.

Directo. Directo. *Crochet. Crochet.*

Una gota de sudor escapó del moño que recogía sus rizos salvajes y resbaló a lo largo de la columna vertebral, inmune a los saltos y movimientos que no se detenían. Directo. *Crochet.* El boxeo era tan útil para olvidar como para celebrar un triunfo. ¡Quién se lo iba a decir! Anoche había ganado y hoy estaba allí. Ni siquiera le molestaba el curioso que se había detenido al otro lado del ventanal y cuya sombra oscurecía su pequeño rincón. Allí fuera el mundo sí continuaba. A la luz jubilosa de la tarde, grupos de turistas se sacaban fotos en la soleada California, parejas caminaban de la mano y se sonreían como si el verano no fuera a terminar jamás; los perros corrían, los niños jugaban entre risas y gritos, los vendedores callejeros ofrecían sus productos de dudosa calidad y los curiosos se asomaban a la cristalera para espiar a los que entrenaban en el gimnasio. Odiaba que hicieran eso, la hacían sentir como un animal en el zoo, pero decidió no hacer caso. Seguir. Más rápido, más fuerte. La vida continuaba y los golpes también.

Pero lo que no había conseguido aquella sombra lo hizo el silencio. La música se apagó en el teléfono y el tono de llamada la sustituyó. Elizabeth resopló enojada y se detuvo. Con los guantes puestos le resultaría imposible extraer el dispositivo de la riñonera para leer el nombre de quien llamaba, así que se secó el sudor de la frente con el antebrazo y aguardó a que el timbre se cortase para retomar la sesión. La sombra continuaba tras la ventana.

La miró.

Se echó a reír.

Mike Poulsen dibujó un gesto de alegría con los dos brazos abiertos y el teléfono móvil en una mano. Pulsó la pantalla de su dispositivo y el tono se detuvo en el de la detective. Ella le hizo una seña para que esperara y se alejó hacia el interior del gimnasio. Ya casi había terminado su tiempo de entrenamiento y no pasaba nada por acabar un poco antes para hablar con él. El federal había ocupado la mañana con sus propios protocolos, informes, reuniones y explicaciones, de las que tendría que dar más que nadie, pues era

él quien había perdido a Zakhar Alkaev, pero Elizabeth no creía que lo hicieran pagar por ello. No era culpa suya. O eso pensaba, pues todavía no había tenido tiempo de escuchar su versión de la historia.

Se duchó, se cambió de ropa y salió al paseo. El brillo del sol limpiaba la ciudad de malos recuerdos. La temperatura era ideal, más suave que los días anteriores, y una agradable brisa le acarició la piel todavía caliente. Se sumergió en los sonidos de la alameda, en el aire y la luz.

—Agente Delgado.

Abrió los ojos y sonrió. Mike continuaba junto al ventanal, apoyado ahora contra él con una de sus posturas de estrella de cine, las manos en los bolsillos y una pierna doblada contra el cristal, su sonrisa perfecta, el cabello oscuro brillando a la tarde, las gafas de sol ocultando sus ojos, el conjunto apenas desmejorado por la hinchazón en la sien a causa del golpe propinado por Stanislav Lyagushkin. No vestía el habitual traje negro del FBI sino unos vaqueros y una camiseta gris que le quitaban varios años de encima. Por mucho que le molestara, Elizabeth tuvo que admitir una vez más que aquel pendejo estaba de muy buen ver.

—Agente especial Poulsen.

Él miró hacia el paseo. La alameda era un bullir de cabezas que se perdían en la distancia entre puestos de artistas callejeros, vendedores y músicos que atraían a los viandantes y turistas. En un lateral, un corro de público jaleaba el baile callejero de un grupo de chicos. Un muro de cuerpos sudorosos trazaba la frontera entre la avenida y la zona ajardinada que se adentraba en la arena.

—¿Vamos al jardín? —preguntó él.

Elizabeth asintió. Se alejaron del bullicio y se internaron en la zona verde. Los gritos y la música llegaban con claridad hasta sus oídos, pero las palmeras y el césped creaban la sensación de una temperatura más suave, y las esponjosas ondulaciones del suelo se ofrecían como lugares perfectos para charlar.

Él se sentó bajo una palmera y, con un suspiro, se llevó la mano al bolsillo del pantalón y sacó el paquete de tabaco medio aplastado. Extrajo un cigarrillo y se lo llevó a la boca. Beth negó cuando le preguntó si le molestaba. Él lo encendió y envió el humo lo más lejos que pudo de su compañera.

—Ya terminó —dijo—. Por ahora, al menos, hasta que tenga que declarar.

—Cuéntame tu versión —pidió—. ¿Qué pasó con Zed?

Mike resopló una bocanada de humo.

—Supongo que me engañó. No puede ser que con una herida como la que yo vi desapareciera de esa manera. Tuvo que ser una trampa, aunque no sé de dónde salió esa sangre.

—Quizá fuera la herida que le hizo Kazimir en el apartamento de Tessa —apuntó ella—. A lo mejor se le abrió por el impacto de la bala en el chaleco o algo así...

Él la miró y, a través de las gafas oscuras, aprobó su teoría con un gesto.

—Es posible, sí. Qué cabrón.

Una ovación de gritos y aplausos les llegó desde el paseo. El grupo de bailarines se estaba ganando el sueldo.

Elizabeth devolvió la mirada a su compañero. Excompañero.

—¿Y qué hay de lo que te pidió? ¿Lo has hecho?

Él no preguntó a qué se refería.

—Sí —respondió, escueto. Dio una calada al cigarrillo y continuó—. Fui a la estación, encontré la llave en los servicios, donde dijo que estaría, y abrí la taquilla.

—¿Y qué había dentro?

—Una maleta.

—¿La abriste? —Al federal le estaba costando soltar la lengua, pero ella no quiso meterle prisa, aunque se moría de ganas de entender las últimas palabras de Zakhar Alkaev, aquella extraña petición que el agente había obedecido sin dudar.

—Sí, claro que la abrí. Me la llevé a Temescal Canyon. No estaba seguro de lo que podía haber dentro y no quería arriesgarme a detonar una bomba en Union Station, pero encontré un sitio bastante aislado y la abrí.

—¿Y? —rio ella. Ya no podía disimular el ansia.

Él también rio.

—Estaba llena de pasta. Un montón de dólares americanos. No los conté, pero habría varias decenas de miles.

—No mames... —susurró ella. Ahora lo entendía, sobre todo la segunda parte de la petición, lo que el ruso le había rogado que hiciera con aquello que encontraría en la taquilla número 247 de la estación de tren—. ¿Y se lo llevaste?

—¿Tú te lo habrías quedado? —preguntó Mike con una ceja arqueada.

Beth negó con efusividad y él rio—. Yo tampoco. Pero la verdad es que no se lo he dado todavía. Me pasé por el hospital y le dije que lo tengo y que se lo entregaré en cuanto salga. También fui a ver a Alek, pero estaba dormido. Me dijeron que se recupera bien, aunque tardará. Tendrán que ponerle una placa en el hombro.

Beth asintió en silencio y dejó que sus ojos vagaran indecisos hasta clavarse en sus pies, semienterrados entre el césped que alfombraba el suelo. Arrancó una brizna de hierba y la arrugó en una pelotita. Quería decir algo, una muestra de alegría por la recuperación del chico, pero el futuro que se abría ante él no le daba ninguna confianza. Tendría que ocupar el lugar de Stanislav hasta que este saliera de la cárcel, si es que lo hacía, y con un padre como Feodor Lyagushkin y una vida como la de su familia, quizá el futuro no se presentaba tan merecedor de esa alegría.

—¿Y cómo se lo tomó Tessa? —Regresó al tema inicial—. Es un montón de pasta.

Mike asintió, pero tardó un momento en responder. Con cada calada, el extremo del cigarro se encendía incandescente.

—Se alegró, claro, pero... Bueno, no sé, sigue en estado de *shock*, parece como si nada la afectara. Me dijo que quizá monte su propia academia para enseñar danza clásica y también baile moderno y *pole dance*...

—Le irá bien —dijo Elizabeth, aunque no estuviera segura de la veracidad de sus palabras. La detective sabía lo que era encontrarse de golpe con una situación como la que había sacudido la vida de Tessa Britton. Enfrentarse cara a cara con la violencia es lo más parecido a que te restrieguen el corazón por el suelo. Ni siquiera ella, con su entrenamiento y sus años en la policía había estado preparada para algo así. ¿Cómo iba a estarlo la bailarina?

Precedido por una sonata de ladridos alegres, un jack russell apareció ante ellos corriendo, les olisqueó los pies y salió disparado. Llevaba la lengua fuera, la correa colgando y expresión de éxtasis en la mirada. Los agentes lo siguieron con la vista hasta que se perdió en pos de un perro peludo blanco y negro que se sumergió entre la multitud. Un hombre los persiguió entre gritos de «¡Toby!» que no lograron detenerlos.

—¿Toby? —preguntó Mike con una sonrisa sarcástica—. ¡Venga ya!

Ella rio. Era increíble.

El hombre desapareció entre el mismo grupo de personas por cuyas piernas se había colado su mascota, y los dos agentes apartaron la mirada.

Durante los siguientes minutos se dedicaron a disfrutar del silencio y la tumultuosa paz que envolvía el lugar, del olor salado del océano y de los gritos alegres de las gaviotas y los niños. Beth estaba harta de ver aquel jardín, la playa, el paseo y las mismas sonrisas de felicidad veraniega cada día, pero sabía que había gente que, pese a vivir en la ciudad, no visitaba jamás esa zona. Los Ángeles era un conjunto de guetos aislados de los que parecía difícil escapar.

—Me pidió otra cosa aparte de entregarle el dinero a Tessa —murmuró de repente el federal.

—¿Zed? ¿El qué?

—Que cuidara de ella.

Elizabeth sonrió. No iba a decirlo, pero, oye, ella tenía razón.

—¿Por eso lo has hecho?

—¿El qué?

—Darle un dinero que deberías haber entregado al FBI como prueba.

Mike giró la cabeza hacia ella y aunque sus ojos verdes se ocultaban tras las gafas de sol, Beth percibió la contrariedad en su expresión. Lamentó haber sacado el tema, pero era una infracción que podía acarrear graves consecuencias para el agente y que, no solo por eso, representaba una culpabilidad que aquel llevaría sobre su espalda durante mucho tiempo.

—Me salvó la vida —respondió él. Una respuesta corta y tajante. No había nada más que decir.

Y ninguno dijo más. Elizabeth podía preguntar por qué, pero no obtendría respuesta. Mike no lo sabía. Probablemente, ni siquiera el propio Zed lo sabía. Y como casi todas las cosas importantes de la vida, el motivo no importaba. El caso estaba cerrado. Maksimov, muerto; sus hombres, detenidos; Lyagushkin, detenido; Alek y Tessa, vivos. Zed había escapado, pero era un precio bajo a pagar por una resolución como aquella.

—Gracias —susurró Mike.

Ella lo miró. Mientras sostenía el cigarro entre los dedos de la mano derecha, jugueteaba con el collar en la izquierda. Había cosas que nunca lo abandonarían, como las había que nunca la abandonarían a ella.

—¿Por qué?

—Por salvarme anoche. Sé que ya me habías avisado de la operación que preparabais, pero reconozco que cuando aquel cabrón me puso la pistola en la cara me olvidé de ti. Pensé que estaba muerto.

—Yo pensé que no lo conseguiríamos —admitió ella—. Te llamé mil

veces y no contestabas, en el FBI no me pasaban contigo ni me escuchaban...

—Burócratas —dijo él.

Ella rio, y él se dejó contagiarse por su risa unos instantes, pero luego la silenció y un gesto serio alineó su rostro.

—Gracias —repitió—. Estuviste increíble.

—De nada —sonrió ella.

La brisa meció la palmera sobre sus cabezas y, por un segundo, el sol los bañó con su luz. Beth pensó que era un buen día. El primero de muchos. La vida continuaba.

—Bueno. —Mike dio una última chupada al cigarro y lo aplastó en la hierba. Liberó una columna de humo hacia el cielo y se incorporó—. ¿Tienes algo que hacer? Tengo que visitar a un niño de quince años y me vendría bien una boxeadora.

Ella se levantó con gesto contrariado.

—¿Quieres que pegue a un niño de quince años?

—A lo mejor necesito que evites que lo haga yo. ¿Me acompañas? Te lo explico por el camino.

Elizabeth se encogió de hombros y lo siguió. Atrás quedaba el jardín, los patinadores, los turistas, la gente. Ahí fuera, en algún sitio, Zed había desaparecido. Había vuelto a casa o buscaba otro lugar al que llamar hogar. Sin Maksimov y sin trabajo, tendría que empezar de cero, pero si era capaz de regalarle varias decenas de miles de dólares a Tessa, Beth supuso que se las apañaría bien.

—¿Crees que volveremos a encontrarlo? —preguntó, luego aclaró—. A Zed.

Ante el silencio que recibió como respuesta, Elizabeth se giró para buscar a su compañero, pero Mike no estaba allí. Se había detenido unos pasos más atrás, con la mirada fija en un punto en el horizonte, casi donde la arena se fundía con el cielo.

Cuando arrancó a caminar de nuevo, Beth forzó la vista para distinguir lo que había estado mirando. Un hombre se alejaba de ellos, un hombre delgado de pelo rubio con un perro blanco y negro que trotaba a sus pies.

—Zed está muerto —respondió el federal.

AGRADECIMIENTOS:

¿Por qué siento que esta es la parte más complicada del libro? Hay tanta gente a la que debo dar las gracias que sé que alguno se me va a quedar por el camino, y tampoco quiero hacer este apartado más largo aún que la novela, así que trataré de resumir:

A Anna Palijchuk y Goar Ayrapetyan: por su ayuda con el ruso. Si no me hubieran echado un cable, mis mafiosos podrían haber acabado diciendo cualquier barbaridad.

A Clara Torre: por toda la rutina de entrenamiento y pasos de ballet, y por adaptarse a las circunstancias especiales de mi bailarina.

A Daniel Ferrera: por responder a todas mis preguntas sobre armamento, munición, tácticas de asalto y funcionamiento policial. Y todo sin asustarse ni mandarme encerrar. ¡Todo un mérito!

Una vez más, a los foros, páginas web y sitios de Internet en los que hay gente maravillosa dispuesta a compartir información y echar una mano. Sois el salvavidas de los escritores, y no quiero imaginar lo que era esto antes de vosotros.

Una vez escrito, como siempre, a Lector Cero: porque están ahí mucho más de lo que la profesionalidad exige. Contraté una empresa y encontré unos amigos. Eso no pasa todos los días.

A la «Gran» Erminda Pérez Gil. No tengo palabras para expresar lo grande que eres ni lo que agradezco lo que has hecho por esta novela.

Y, sobre todo, a ti, que compraste *En el punto de mira* y apostaste por él y por mí cuando no nos conocías de nada, y a ti, que no lo compraste pero hoy tienes este en las manos. A los lectores, en general, porque si no estáis ahí, entonces ¿para qué estoy yo?

GRACIAS

MÚSICA:

- *Tainted love*: Escrito por Gloria Jones y versionado por Ed Cobb, John 5, Tim Skold, Marilyn Manson, Chad Michael Ward y Christian Gerard. Copyright © – Maverick Recording Company
- *Bad Boyfriend*. Escrito por Shirley Ann Manson y Douglas Elwin Erickson Copyright © Kobalt Music Publishing Ltd., Universal



Código de registro: **1807267836903**

ASIN: **B07H35MWH5**

©Arantxa Rufo, 2018

-
- 1] Líder de la organización en la Bratva rusa.
- 2] Mafia rusa.
- 3] —Chiort! —¡Joder!
- 4] —Otpusti menya! —¡Suéltame!
- 5] —Dobroye utro. —Buenos días.
- 6] A veces siento que tengo que escapar, tengo que huir del dolor que llevas a mi corazón.
- 7] El amor que compartimos parece no ir a ninguna parte.
- 8] Una vez corrí hacia ti (corrí) Ahora huiré de ti.
- 9] Este amor contaminado que me has dado. Te doy todo lo que un chico podría darte. Toma mis lágrimas, y eso no es todo en absoluto.
- 10] Amor contaminado.
- 11] Para hacer las cosas bien

necesitas alguien que te abrace fuerte.

Crees que el amor es rezar.

Lo siento, yo no rezo así.

[121](#) Amor contaminado.

[131](#) Tócame, cariño, amor contaminado.

Tócame, cariño, amor contaminado.

[141](#) —Kazhdomu svoyo. —Cada uno es suyo.

[151](#) Mando intermedio de la Bratva, normalmente al cargo de un pequeño grupo de hombres.

[161](#) Personas involucradas en el crimen organizado ruso / soviético, que se rigen por una serie de normas estrictas.

[171](#) —Za Vashe zdorovye! —!Salud!

[181](#) —Za Vashe zdorovye. —Salud.

[191](#) Estoy ardiendo.

Ven y compruébalo.

Hay algo que arde

y gira en mi interior.

Puede que no duremos,

pero nos divertiremos hasta que acabe.

[201](#) Vamos, cariño, sé mi
chico malo.

[211](#) Quiero oírte decir mi nombre.

Quiero verte arder en llamas.

Mantenerte en hielo para poder mostrarte a mis amigos.

[221](#) Dí, cariño,
¿quieres que te qué?

[231](#) Quiero darte
el ciento diez por cien.

[241](#) Vamos, cariño, sé mi
chico malo.

[251](#) Tienes a las mujeres
haciendo cola.

No te estoy pidiendo que te decidas.

[261](#) Puedo hacerte feliz.

Al menos de vez en cuando.

[271](#) Si no puedes amarme, cariño,

adelante, tan solo fingelo.

[28\]](#) Vamos, cariño, sé mi
chico malo.

[29\]](#) —Svoloch! Ubyu! Ublyudok! Sukin syn! —¡Cabrón! ¡Te mataré! ¡Hijo de puta!

[30\]](#) —Nelzya! —¡No!

[31\]](#) —Allo! —Hola.

[32\]](#) —Kto tebya prislal? —¿Quién te envía?

[33\]](#) —Ty i tvoya podruzhka umriote. —Tú y tu amiga vais a morir.

[34\]](#) —Kto tebya prislal? —¿Quién te envía?

[35\]](#) —Na kogo ty rabotayesh? —¿Para quién trabajas?

[36\]](#) —Eto moye. —Esto es mío.

[37\]](#) —Na etot raz da. —Esta vez sí.

[38\]](#) —Net. —No.

[39\]](#) —Davay! —¡Vamos!

[40\]](#) —Ne seychas! —¡Ahora no!

[41\]](#) —Ne seychas! —¡Ahora no!

[42\]](#) —Blyat'! —¡Joder!

[43\]](#) —Allo! —Hola.

[44\]](#) —Zed, chiort pobierí!! —¡Zed, maldita sea!

[45\]](#) —Pyat'. —Cinco.

[46\]](#) —Chetyre. —Cuatro.

[47\]](#) —Tri. —Tres.

[48\]](#) —Dva. —Dos.

[49\]](#) —Odin. —Uno.

[50\]](#) —Proshchay navsegda. —Hasta siempre.